

Trilogía 2ª Guerra Mundial

Berlín

Theodor Plievier

EDICIONES DESTINO
TALLERS, 62 – BARCELONA

Traducción del alemán por
TRISTAN LA ROSA

Título de la edición original:
BERLIN

Primera edición: octubre 1955
Segunda edición: julio 1961

Depósito legal B. 9.939. - 1961
Núm. de registro: 5.052-55

PRINTED IN SPAIN

© Ediciones Destino

ADVERTENCIA

Este archivo es una versión corregida a partir de otro encontrado en la red, para compartirlo con un grupo reducido de amigos, por medios privados. Si llega a tus manos **debes saber** que **no deberás colgarlo en webs o redes públicas, ni hacer uso comercial del mismo**. Que una vez leído se considera caducado el préstamo y deberá ser destruido.

En caso de incumplimiento de dicha advertencia, derivamos cualquier responsabilidad o acción legal a quienes la incumplieran.

Queremos dejar bien claro que nuestra intención es favorecer a aquellas personas, de entre nuestros compañeros, que por diversos motivos: económicos, de situación geográfica o discapacidades físicas, no tienen acceso a la literatura, o a bibliotecas públicas. Pagamos religiosamente todos los cánones impuestos por derechos de autor de diferentes soportes. Por ello, no consideramos que nuestro acto sea de piratería, ni la apoyamos en ningún caso. Además, realizamos la siguiente...

RECOMENDACIÓN

Si te ha gustado esta lectura, recuerda que un libro es siempre el mejor de los regalos. Recomiéndalo para su compra y recuérdalo cuando tengas que adquirir un obsequio.

y la siguiente...

PETICIÓN

Libros digitales a precios razonables.

PRIMERA PARTE

*Tus manos me formaron y me
compusieron todo en contorno; ¿y así me
deshaces?*

(LIBRO DE JOB, 10, 8.)

¡A BERLÍN!

“¡A Berlín!” “¡Probablemente llegaré demasiado tarde!”

El telegrama venía de Zossen y estaba firmado por el jefe del personal militar, quien ordenaba a Zecke su traslado como profesor a la Escuela Militar de Ingenieros de Karlshorst. El telegrama había tardado varias semanas en llegar a su destino, es decir, al despacho que Zecke tenía en la Capitanía General de Praga. Entre el día de la expedición del telegrama y la fecha de su llegada había habido noches de tremendos bombardeos en Berlín, y la ciudad de Dresden había sido arrasada, por lo cual había quedado interrumpida la comunicación postal y telegráfica.

"Debería ser demasiado tarde", pensó Zecke.

En aquellas circunstancias, en que la catástrofe general podía producirse de un momento a otro, Zecke no tenía ningún interés en abandonar Praga por Berlín, donde seguramente se abatiría la avalancha que había de caer sobre Alemania. En el Oder estaba el mariscal Zukov con rusos, siberianos y cosacos, y más hacia el Sur, junto al Neisse, se hallaba Koniev con sus tanques, jinetes, uzbekos, turcomanos y gentes del Asia, que en cualquier instante podían convertirse en una incontenible riada. En el Oeste, los americanos e ingleses habían irrumpido primero por Remangen y Oppenhei, y luego, después de haber forzado el paso del Rin entre Rees y Wesel, habían envuelto el territorio del Ruhr y proseguido más tarde hacia el interior del Reich. En el Sur los franceses marchaban hacia la Selva Negra.

Zecke miró a través de la ventana.

El viejo tilo que crecía en el patio de la Capitanía General estaba lleno de gruesas yemas, que una de aquellas noches se abrirían, y el patio, las calles, las plazas y los tranquilos rincones de la ciudad quedarían entonces engalanados de verde.

Era un cálido día de abril de 1945.

—No hay nada que hacer, Zecke —dijo el ayudante del general—. Procúrese en la cantina una botella de coñac para el viaje.

El ayudante comprendía lo que el coronel estaba pensando, se hacía cargo de que Zecke no deseaba cambiar Praga por el infierno de Berlín. Los dos habían trabajado durante mucho tiempo en la Capitanía General y se conocían perfectamente, y ambos consideraban la situación militar de un modo escéptico y sabían que el Reich hitleriano estaba condenado a muerte.

—Me hago cargo de su punto de vista, Zecke, pero ni el mismo general podría anular la orden. Usted mismo sabe que estamos obligados a obedecer las órdenes del jefe del personal y que, en este caso, deberá usted presentarse en la Academia Militar de Ingenieros de Karlshorst.

No había nada que hacer.

El coronel Zecke aceptó, pues, la orden de marcha. El ayudante se encogió de hombros y se retiró. Así, pues, antes de producirse la ofensiva,

tomó el tren en la estación que años atrás, después de la catástrofe de 1918, se había llamado Estación-Wilson. Sí, aquel era el tren de Berlín. Zecke acabó de convencerse cuando un empleado de la estación le hubo asegurado que ningún otro tren hacía aquel trayecto. Por primera vez contemplaba él uno de aquellos nuevos trenes militares, compuesto de destartados vagones de carga con estrechas hendiduras (el vidrio era un rarísimo artículo en aquella Alemania bombardeada), con bancos de madera y tablas que separaban los pocos departamentos individuales.

"¡Que seas feliz, querida isla!", pensó Zecke cuando las ruedas se pusieron en marcha y, en compañía de los otros pasajeros, le condujeron hacia la naciente claridad del día. Durante más de dos años, la Capitanía General había sido para él un seguro refugio. Tras la catástrofe —su catástrofe personal— ante Moscú y del consiguiente permiso para reponerse, había sido destinado al Cuartel General y había pensado mucho en su seguridad personal. El servicio, muy rutinario de por sí, dejaba un gran margen de tiempo para poder pensar en los acontecimientos, y los viajes de servicio (en el Cuartel General se prodigaban muchísimo), que eran simples visitas o tenían por objeto llevar un correo, ayudaron a asegurar los nudos de la trampa. Aquello duró hasta el 20 de julio, en que la bomba se convirtió en un bumerang que cayó sobre los oficiales conjurados, destruyó la trampa y dejó en manos de los supervivientes unos hilos destrozados e inútiles. Los generales prusianos no parecían ser las personas más adecuadas para preparar atentados. La situación no estaba madura para que los altos mandos militares pudieran ser cambiados, ni para que al Partido se le diera una orientación más conservadora; la política era una sobrecarga para el ejército, y la Iglesia no podía pronunciarse en la debida forma contra la concepción materialista del mundo. Para que todo eso pudiera llevarse a cabo faltaban todavía muchos supuestos, es decir, hacía falta una organización del trabajo, una auténtica fronda militar y la coordinación de los antiguos grupos de resistencia.

Era un concepto mágico: uno se sienta a la mesa oficial sobre la que hay muchos teléfonos, coge el auricular de uno de ellos y pronuncia en él las palabras milagrosas, y he aquí que unos regimientos se ponen en marcha al otro lado de los hilos. La esperanza de poder aprovechar en favor del levantamiento la inquietud provocada por el mismo Hitler y la creencia en un funcionamiento mecánico de los acontecimientos fue algo fatal. Claro que en todas las revoluciones, incluso en las que habían triunfado, había habido gaudules y gentes dispuestas enrolados bajo la misma bandera. La falla, sin embargo, no estaba en la mejor o peor utilización de los medios, que podían ser tan eficaces como las mismas circunstancias, sino en la ausencia de supuestos previos. Uno de ellos, y quizá el más importante, era la ausencia de una mano amiga alargada desde el exterior; pues tal como estaban las cosas —tanto en el interior del país como en lo referente a las relaciones de éste con otros estados—, las Potencias enemigas hubieran debido apoyar con su autoridad el alzamiento. Pero en el concepto que esas Potencias se habían formado acerca de la liquidación de la guerra no entraba el supuesto de un levantamiento interior, ni el de un cambio de Gobierno, ni el de una Alemania diferente a como ellos la habían concebido. Zecke se había convencido de ello desde los días de Casablanca y Teherán y había confirmado sus ideas cuando la Conferencia de Yalta. Cuando las reuniones de Casablanca y de Teherán, y ahora, a raíz de la Conferencia de Yalta, estaba más seguro de ello que nunca.

Y Zecke creía que desde la proclamación de las "cuatro libertades" en la Carta del Atlántico hasta la "capitulación sin condiciones" se había retrocedido un buen trecho al otro lado del frente.

El coronel Zecke se levantó y echó una mirada a su alrededor. Se veía que aquel tren de Praga había servido para transportar soldados a todos los teatros de la guerra del Sureste. Los bancos estaban ocupados por oficiales de todas las graduaciones, así como por simples soldados. Había allí gentes que cambiaban de destino, heridos y convalecientes, y tampoco faltaban tres o cuatro de aquellos tipos que, con una orden de marcha en el bolsillo, viajaban de un lado a otro del país y esperaban el final de la guerra agazapados en los vagones del ferrocarril y en los andenes de las estaciones, donde se alimentaban con la clásica sopa de guisantes. Había allí algunos de aquellos tipos, pero también había hombres dispuestos a resistir hasta el final, y éstos eran la mayoría. Todas las armas estaban representadas en aquel vagón de ferrocarril. Pero había que ser un experto en la materia para saber distinguir aquellos uniformes igualados por un prolongado uso. Los correajes estaban gastados; las botas, sucias; los cuellos de las guerreras, abiertos; las gorras, aplastadas y ladeadas; los cigarrillos pendían a un extremo de las bocas; las manos aparecían sucias, y los rostros sin afeitado. Las posturas de aquellos hombres no podían ser más incorrectas y Zecke no se sorprendió de que nadie le saludara. Aquellos soldados habían luchado en todos los campos de batalla y habían sufrido las mismas penas, y sobre todos sus rostros se extendía ahora la misma pátina de cansancio y derrota. ¡Y ahora les venían con lo de la rendición sin condiciones! No; de ninguna manera: la rendición no haría más que multiplicar las víctimas entre quienes se hallaban comprometidos en la guerra. Pero en aquel lado del frente la palabra rendición ya se había apoderado de quienes vacilaban y se sentían desfallecer.

Zecke volvió a ocupar su asiento. Bosques, campos de cultivo, pequeños montes. Tierra bohemia, siempre falta de independencia, en la que únicamente cambiaban los dueños, pero subsistían los conflictos sociales, políticos y religiosos. Y también subsistían los bosques y, sobre los árboles, allá en lo alto, las nubes. Zecke miró hacia el cielo azul. Unas voces llegaron desde el departamento contiguo, y una de ellas suscitó en él el recuerdo de una escena casi olvidada, vivida tiempo atrás en un desierto de nieve. Pronto, sin embargo, se durmió. El tren dejó atrás la región del Moldau, siguió el curso del Elba y no se detuvo en la estación fronteriza de Tetschen-Bodenbach. Zecke se desveló un momento, se volvió a dormir en seguida y ya no despertó hasta que las ruedas del tren rodaron, cada vez más despacio, sobre una especie de alfombra de goma.

Miró a través de la ventanilla.

Lo que vio era Dresden o, mejor dicho, lo que quedaba de Dresden.

Un gigantesco arado había pasado sobre la tierra dejando tras sí un espantoso paisaje de ruinas. Nada quedaba de los grandes hoteles, y allí había habido, uno junto a otro, cinco o seis. Una duna de piedras, ladrillos y argamasa, y tras ella, otra, y más allá otra ola de escombros. Y entre las dunas aparecía una columna, el marco de una ventana, una casa, el hueco de una torre partida por la mitad, una iglesia decapitada. Las famosas fachadas de las casas de Dresden se habían venido abajo y las que quedaban en pie estaban ennegrecidas por el humo y cubiertas de hollín. Raspada...

¿Quién fue el primero que pronunció la palabra raspar? ¿Quién comenzó y

quién continuó luego? ¡Dios del cielo!, ¿dónde está el final de todo eso? La iglesia de la Virgen María también había quedado reducida a escombros, y no hacía mucho tiempo que en ella había oído el Réquiem de Wolfgang Amadeus Mozart.

Estaba rodeado de uniformes. Los cánticos piadosos resonaban en la gran nave del templo. Y ellos pensaban en su amigo, con el que se acababa de cometer una ignominia. Los amigos se habían reunido entre los invitados oficiales, todos ellos portadores de las más altas condecoraciones del Tercer Reich.

"Dies irae, Dies illa..."

El mariscal Von Witzleben en la picota.

Las penalidades y los sufrimientos de su último calvario recogidos en una película. Una inmensa vergüenza..., pero no para él, sino para los fariseos de las togas. No para el mariscal, a quien se le habían quitado los tirantes de los pantalones y durante la vista se vio obligado a sostenerse lastimosamente los pantalones con las manos, sino para el presidente del tribunal y para el ministro de Propaganda, con su lámpara jupiterina levantada sobre el ajusticiado, y para el monstruo que se había colocado en la picota, donde debería permanecer por toda la eternidad.

Witzleben, Hassell, Hoppner, Moltke..., centenares de ellos habían sido ahorcados, asesinados, fusilados; pero una y otra vez había habido allí miles de trabajadores, de estudiantes, de mujeres... y esos son los que, llamados por el Señor, se habían presentado y se presentarían de nuevo cuando Alemania los necesitara para levantarse otra vez.

"Dies irae, Dies illa..."

Las ruedas rodaban despacio sobre el puente que hacía poco había sido reparado. El templo estaba destrozado. La iglesia de María se había venido abajo. El órgano aparecía entre los escombros y las hermosas vidrieras policromadas, las ventanas de estilo rococó y los remates de varios colores se veían entre la basura.

"Dies irae, Dies illa..."

Entre los escombros estaban las obras de Chiaveri, de Canzler, de Dunger y de Semper... Entre los escombros había pinturas al fresco y obras esgrafiadas, y sepultados bajos las ruinas se hallaban cuadros de Rafael, Giotto, Holbein, Durero y Cornelius. Una sonrisa de Europa se había convertido en polvo.

¡Gran Dios... y Roosevelt y Churchill!

¿Es que los deseos de Stalin tenían de ser cumplidos hasta tal punto? (Se decía que los grandes bombardeos habían sido sincronizados con la ofensiva rusa.) La estación, una de las grandes estaciones de Alemania, había quedado en pie entre las ruinas, en el centro de la ciudad. Cuando la época de los reyes sajones, Dresden era ya una ciudad para empleados retirados y oficiales fuera de servicio. Aquí vivía una burguesía tranquila y conservadora. Parejas de recién casados recorrían los famosos museos. Y en los libros registros de los hoteles figuraban los nombres de Dostoiewski, Tchaikovski, Balzac, George Sand y Lord Byron. Pero Dresden es un importante centro ferroviario y un excelente campo de exterminio para las columnas de avituallamiento y de refuerzo. ¿Cómo es que la estación había quedado en pie? La cuestión, sin embargo, era que la ofensiva rusa proseguía su marcha sin necesidad de esa ayuda y avanzaba sin dificultad a través de las despobladas líneas alemanas,

en las que únicamente quedaban pocos y cansados soldados.

La intacta estación quedará como un acertijo.

Y todavía hay otro acertijo, mucho más difícil de solucionar que éste. La última fase de la batalla del Volga —que se libró dos años antes— había costado doscientas mil víctimas y toda Alemania, al enterarse de lo sucedido, se conmovió y todas las banderas aparecieron, en signo de luto nacional, a media asta. Aquí, en esta ciudad, en dos noches hubo tantas víctimas como en la última fase de la batalla del Volga. En el Volga cayeron soldados y aquí, en Dresden, cayeron empleados retirados, trabajadores, ancianos, niños y refugiados, y no hubo luto nacional.

—Nunca se sabrá los cadáveres que yacen bajo estos escombros.

—Creo que usted, capitán, se encontró en el fregado.

—Sí; estuve aquí cuando uno de los bombardeos. Había llegado aquel mismo día. Recuerdo que me dirigía al Cuartel General —repuso el joven capitán.

Parecía no tener ganas de contar lo que había visto. Pero en seguida contó cómo, a causa del calor, había tenido que salir de un sótano, en el que había muchísima gente apiñada, y había corrido luego por calles cubiertas de llamas.

—Llegué a un parque abarrotado de refugiados y me metí entre la multitud. El parque estaba lleno de coches y de carros. Fue algo inimaginable. Las gentes corrían de un lado a otro. Reinaba una tremenda confusión. Las salvas de los aviones, que disparaban sus ametralladoras sin cesar, peinaban los coches y llovían sobre la multitud.

—¡Terroristas!

La voz acababa de sonar en el compartimiento de al lado. Era la misma voz que algo antes había despertado viejos recuerdos al coronel Zecke. Un joven comandante era quien acababa de hablar. Llevaba un brazo en cabestrillo. De pronto, Zecke identificó la voz. Era la voz del primer teniente Hasse, del estado mayor de Bomelburg. Primer teniente Hasse. Capitán Hasse, luego, cuando estuvo bajo sus órdenes como ayudante suyo. Fue ante Moscú, en un pequeño pueblo situado junto al río Nara. La cabaña se tambaleó. Las hojas de la ventana irrumpieron en la habitación. Entre las maderas, la lámpara de petróleo y la nieve, que cada vez entraba con más violencia, estaba él mismo, extendido sobre el suelo. Junto al médico, a quien le alargaba una jeringuilla, había un rostro.

Y aquel rostro era el de Hasse, su ayudante. Había sido un colapso, un colapso causado por la desordenada retirada, el desbarajuste general, y las tremendas bajas sufridas en aquella acción, durante la cual el general Bomelburg desapareció, para siempre más, entre la nieve.

Y ahora estaba sentado junto a Hasse.

El comandante Hasse, que ahora tenía una voz algo más ronca.

—¡Terroristas! —dijo Hasse.

Allí abajo estaba la ciudad, convertida en desierto durante el transcurso de una noche, y las gigantescas montañas de escombros eran las sepulturas bajo las que yacían sus antiguos habitantes.

El capitán Boehlke continuaba contando su odisea cuando el bombardeo de la ciudad. Calor sofocante, humo, pánico, cegadora luminosidad y gentes sacudidas como si fueran hojas secas y como un remolino de hojas secas arrastradas hacia la hoguera y consumidas en ella. Boehlke continuaba contando cómo, en medio del pánico general, había caído al agua y cómo lo

habían sacado de no sabía dónde.

—¡Terroristas! —repitió Hasse, con voz monótona.

Desde un punto de vista objetivo había pocos reparos que poner. Y Zecke, que un instante antes pensaba levantarse y saludar a su antiguo ayudante, se quedó sentado. Realmente, no había nada que objetar... Oradour-sur-Glane, Lidice, Treblinka, Auschwitz, el gas Zyklon B, las gentes del "Noche y Niebla", montañas de esqueletos humanos salidos de los hornos crematorios y de las cámaras de gas, y cientos de miles de desaparecidos, y el exterminio elevado a la categoría de principio de Estado. La verdad es que no nos convenía hablar de terrorismos. Pero... ¿Dónde estaba el final de todo aquello? ¿Cuándo acabaría la pesadilla? ¡Dios nos asista a nosotros y a los demás!

—¡Cuando uno de esos tipos es abatido hay que correr hacia él, hay que darle con la bota en la boca y romperle la cara! ¡Cada uno de ellos se lo ha merecido una y mil veces! —volvió a sonar la voz de Hasse.

Zecke permaneció sentado.

El tren dejó los puentes atrás, avanzó por el campo y comenzó a ascender por una suave pendiente. Junto a las vías corría una carretera, a poca distancia de ella discurrían las aguas del Elba y al otro lado del río serpenteaba otra carretera.

Se cambió el tema de conversación.

—¿Hacia dónde van?

—Unos van en dirección hacia Checoslovaquia y otros se dirigen hacia el Norte.

—¡Están completamente locos!

—¿Quién no lo está hoy día?

Las dos carreteras, la que discurría junto a la vía y la que se veía al otro lado del río, estaban llenas de fugitivos. Pero mientras unos buscaban su seguridad en el Norte, los otros, que huían de los rusos, se dirigían hacia el Sur. Los coches se movían con dificultad, mucho más despacio de lo que sus ocupantes seguramente deseaban. Una loca esperanza los empujaba hacia adelante. ¿Habría de ser inútil el trecho recorrido, el hambre, las lágrimas, el viento y los muertos que habían dejado atrás? Cada cual buscaba su consuelo en el movimiento, en la huida hacia adelante. Nadie parecía darse cuenta de que el camino del Sur llevaba al mismo sitio que el del Norte y nadie tenía el valor de aguardar su destino detenido en la carretera.

—¿Cree usted que la situación es diferente aquí, en el tren? —preguntó Zecke, y miró al joven capitán Boehlke.

Aquel capitán había atravesado la hoguera de la guerra y ahora estaba en aquel tren porque se dirigía a Berlín, donde seguramente sería ascendido. Y no solamente aquel capitán, sino muchos otros viajeros habían estado a dos pasos de la muerte y ahora se dirigían hacia una parte cualquiera, para allí, sea donde fuera, continuar su servicio y volver así a anudar el hilo de su existencia militar, de su destino. Y lo hacían como si tras la apocalíptica catástrofe todo tuviera que continuar de la misma manera como hasta entonces, como si —y esto también le atañía a él— todavía tuvieran que crearse más regimientos y nombrarse nuevos jefes de regimiento. Y allí, entre aquellos viajeros, estaba Hasse, que en aquel momento acababa de detenerse frente a él.

—Buenos días, mi coronel.

—¡Criatura! ¡Realmente es usted, Hasse!

—¡Qué sorpresa!

—He oído antes su voz, pero no estaba seguro de que fuera usted. Siéntese usted, Hasse. Aquí queda un sitio libre.

—Buenos días, y Dios le guarde, y Heil Hitler.

Así: Dios y Hitler, y todo junto, y de dónde viene y dónde va, y sabe usted, y se acuerda usted, y entonces, en el Nara, ¿cuánto tiempo ha pasado?

Estaban sentados uno junto a otro, el jefe del regimiento y su subordinado, quien el invierno de 1941 se había hecho cargo de los restos del regimiento y a través del viento y la nieve los había conducido hasta Juchnov.

También Hasse se había visto rondado por la muerte, pero una y otra vez había podido escapar de ella. Y no solamente se había endurecido su voz, sino que toda su manera de ser parecía ahora más dura que antes. Había regresado del infierno de Moscú y un año después se encontró en la bolsa de Stalingrado, de donde fue evacuado, gracias a un disparo en el brazo, en un avión. Ahora venía del país de la Acrópolis, de Grecia. La antigua herida se había abierto de nuevo y Hasse se dirigía a Berlín, donde pensaba someterse a tratamiento y pasar luego la convalecencia junto a su familia.

Llegó el momento en que Zecke y Hasse ya no tuvieron nada más que decirse. Hasse se volvió hacia el capitán Boehlke. El estado mayor de la división de Boehlke estaba en el frente de Checoslovaquia. Meses antes había sido destinado a la Capitanía General de Potsdam. Entonces, en el cuartel de caballería de aquella ciudad, siguió un curso para ascender, y a mitad del mismo, en compañía de sus compañeros, fue trasladado a Bad Kissingen. Tras el examen fue destinado a Praga, donde debía servir como segundo ayudante de un general de artillería. Pero se le mandó que fuera a Leitmeritz y allí se le dijo que el general había sido trasladado a Dresden, donde debía esperar nuevas órdenes. En Dresden le pilló el bombardeo y tuvo que ser ingresado en el hospital. Ahora iba camino de Berlín y debía presentarse en Potsdam, donde al parecer estaba su general.

Boehlke era muy joven. En realidad era un capitán demasiado joven, y el que su graduación no se ajustara a su edad era un mal síntoma. Boehlke tenía un rostro limpio y una mirada clara. Por esto, porque el muchacho le era simpático, se alegró que al cabo de un rato languideciera la conversación entre él y Hasse.

El tren se arrastraba lentamente sobre los campos.

El viaje parecía no haber de terminar nunca. Las ruedas producían un ruido monótono. Zecke inclinó la cabeza y la volvió a levantar. Con la cabeza apoyada sobre el hombro de su vecino, unos, y doblados hacia adelante, otros, los viajeros dormitaban en el vagón, al final del cual ardía una pequeña vela. A través de la ventanilla se veía la noche, todavía muy oscura. Pero aunque el tiempo transcurriera muy despacio y el tren avanzara muy lentamente, lo importante era que se iba hacia adelante y que siempre se estaba mejor en aquel vagón repleto de pasajeros, que tumbado sobre un campo de patatas con los aviones enemigos encima. Y también aquel viaje tuvo su término.

Las ruedas rodaron sobre unos desvíos. Una gran nube de vapor pasó ante la ventanilla. El tren se desvió hacia la derecha. La vía que conducía a la estación estaba ocupada. Por fin, el tren entró en una inmensa nave y las ruedas se detuvieron.

Berlín. Estación de Potsdam.

La nave central estaba medio destruida. Las viejas paredes, construidas en 1870, se veían ennegrecidas a causa del último incendio. Las vías aparecían

llenas de grandes piedras. Aquí y allá se pisaban vidrios rotos. A través de la desnuda armazón de la alta cúpula se veía la luz del amanecer.

Eran las cinco de la mañana.

En compañía de los demás viajeros, Zecke, Hasse y el capitán Boehlke se dirigieron hacia la salida. La escalera estaba destrozada. La plaza parecía haber sido arrasada por una guerra civil. Cascotes, muebles, coches desvencijados. El asfalto había sido maltrecho; se habían cavado trincheras, levantado barricadas y puesto grandes vallas. ¡Qué había aquí que pudiera ser defendido!

—Un espectáculo poco convincente —dijo Zecke.

Hasse soltó una carcajada y Boehlke se quedó muy serio.

—No, no es muy convincente —dijo.

Se acercó un hombre con una escalera al hombro y una brocha y un cartel en la mano derecha. Apoyó la escalera en la pared y pegó en ella un cartel que decía: "BERLÍN SEGUIRÁ SIENDO ALEMÁN." Eso era lo que Dios quería; pero el ministro de Propaganda debiera cerrar el pico, pues el asunto ya no era de su incumbencia.

Sonó una sirena.

El zumbido de la sirena, cuya intensidad aumentaba y disminuía a intervalos, sonaba de un modo dramático entre aquel mundo en ruinas.

Era la señal de alarma.

—¡Alarma! ¡Dejen la calle libre!

—¡A los sótanos del Hotel Atlantic!

—¡A los sótanos del Hotel Atlantic! —gritó Hasse, a su vez, y la gente que bajaba la escalera repitió la orden. Únicamente había que seguir a los que marchaban delante. Anduvieron junto a grandes montones de ruinas, a solitarias fachadas, a vías retorcidas hacia arriba y bajo alambradas. Finalmente llegaron ante una abertura. No vieron a ningún guardia. Tampoco había allí porteros ni camareros. Todo estaba a oscuras. Bajaron a la luz de una lámpara de bolsillo. De pronto, el capitán, que abría la marcha, desapareció en la oscuridad. Tropezaron con una escalera y volvieron a descender. Una caverna, otra caverna. Una hilera de cámaras excavadas en la paz de una catacumba. A lo lejos brillaba la llama de una vela.

—¡Tú, borracho, ten cuidado!

—¡Sinvergüenza, qué se ha creído usted!

—¡Mejor sería que pusieras los pies en otro lugar en vez de plantarlos sobre mi barriga!

Hasse dirigió la luz de su lámpara hacia un rostro. Sobre el suelo había un marinero que miraba a Hasse con odio.

—No haga usted caso, Hasse —dijo Zecke.

Aquel era el tono en que se hablaba allí, y también era la manera de hablar de aquella época. Una hora antes de ser sepultado en la fosa común se podía decir lo que se quisiera.

—Supongo que por algo será esto el refugio de un hotel —dijo Zecke—. Quizá nos den una taza de café y un panecillo.

—Aquí no encontrará absolutamente nada. Como no lleve algo en sus bolsillos..., coronel —dijo el marinero con un tono más amable.

El capitán Boehlke, que se había adelantado a ellos, volvió hacia atrás. Había encontrado un rincón desocupado y les condujo hacia él. Los ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad. Marineros, aviadores, soldados de

infantería, de ingenieros y de comunicaciones estaban tumbados sobre el suelo, con el arma entre las manos y el casco bajo la cabeza, a guisa de almohada. Y muchos de ellos tenían sacos, macutos y maletas consigo. Soldados y oficiales uniformados con la misma suciedad y los mismos harapos. Fuera se oía el estampido de la artillería antiaérea.

—No crea usted, mi coronel, que aquí haya mucha artillería antiaérea. Solamente hay unas piezas alrededor de la estación y en el barrio gubernamental. Aparte de eso, nada.

Estruendos de cañones y detonaciones de bombas. Pero los ronquidos no cesaban. Y tampoco cesaban las protestas. Unos se quejaban de haber sido molestados y otros de haber sido obligados a bajar al refugio. Se decía que en Berlín se producían tres o cuatro ataques aéreos diarios. Y no se podía ir de un lado a otro, pues tras cada bombardeo todo quedaba paralizado: el tranvía, el "metro" y el "elevado".

—¿Cómo podré ir a Karlshorst?

—Antes hubiera usted tardado una hora, pero hoy necesitará todo el día para llegar allí, mi coronel.

—¿Y a Potsdam?

—A Potsdam se puede ir más aprisa.

Boehlke debía presentarse en la Capitanía General de Potsdam. En vista de la situación, Zecke había decidido tomar la dirección de Potsdam y llegarse hasta Wannsee, donde esperaba encontrar a un viejo amigo suyo. Así, pues, haría un trecho en compañía del capitán Boehlke. Cuando la alarma hubo cesado se despidieron de Hasse, quien pensaba dirigirse a Hermsdorf, donde vivía su familia, y luego al hospital de Tempelhof. Boehlke se compró un periódico en la estación del tranvía. Y una vez instalado en el tranvía pasó revista a las noticias y leyó un artículo acerca de la situación militar. Zecke, que estaba sentado frente a él, le iba observando. Y vio como el rostro del joven Boehlke se fue ensombreciendo. Boehlke dobló el periódico, miró a Zecke y se encogió de hombros.

—Es como para desesperarse. ¿Qué puede hacerse? —dijo.

—Yo creo que ya es demasiado tarde para hacer algo —repuso Zecke.

—Sí, quizá tenga usted razón. Pero yo debo presentarme al general.

—Todos debemos presentarnos en un lugar u otro.

Boehlke contó al coronel Zecke su odisea: Potsdam, Bad-Kissingen, Praga, Leitmeritz, Dresden, y en ninguna parte había dado con el general. Quizá estaría en Potsdam.

—Parece como si...

Quería decir que parecía como si el general fuera uno de aquellos soldados que para hacer tiempo se pasaban la vida viajando de un lado a otro.

—Pero no es así, ya lo sé, mi coronel. Lo que ocurre es que siempre llego tarde.

Zecke no se había equivocado respecto al joven. El caso no admitía dudas. Con aquel muchacho se podía hablar claro. Un puente espiritual se había tendido de hombre a hombre. Pero las cosas debían quedar así.

Debía descender del tranvía. Se habían cruzado en el camino, como barcos que se acercan durante la noche.

No tenían tiempo más que para estrecharse las manos.

Tras veinte minutos de marcha llegó Zecke ante una villa con pequeñas torretas, como las que se construían en tiempos del Kaiser. En la casa vivían

dos familias: en el piso superior habitaba la de un coronel de aviación y en el entresuelo la de su viejo amigo, el escritor Dr. Wittstock.

"¿Qué clase de hombre es ese Dr. Wittstock?", le preguntaron a Zecke en cierta ocasión. La pregunta, formulada por alguien que le acababan de presentar, se la hicieron años atrás, durante uno de sus permisos, en Berlín.

¿Qué clase de hombre era el Dr. Wittstock? Pues era un hombre muy inteligente, histérico y dinámico, respondió Zecke en aquella ocasión.

Estaban en un hotelito situado al extremo sur de Berlín. Zecke continuó:

—No, no era militar. Mis relaciones con él no tenían nada que ver con las cosas del cuartel. Usted conoce Potsdam, mi vieja guarnición, y ya puede usted imaginarse lo molesto que a veces puede uno encontrarse en aquella ciudad y las ganas que uno tiene de salir de ella. Sobre todo cuando la época de Seeckt no pensábamos más que en dejar aquello y marchar hacia la derecha o la izquierda, especialmente hacia la izquierda. Pues durante los años veinte, en Berlín no siempre podía uno comer en el "Adlon". Se jugaba a la inflación y a la deflación, y en todas partes se hacían experimentos económicos, y allí estaban los cafés de la Kurfürstendamm, y las salas de descanso de los grandes teatros, y los cabarets, y los restaurantes, donde uno se reunía con los amigos a la salida de las representaciones. ¡Allí me encontraba a gusto! Y también estaban los salones, donde se podían concluir audaces combinaciones. En ese ambiente conocí a Wittstock. No, no era militar. A Wittstock no le había ido bien en la milicia y por eso tenía un raro complejo y se sentía atraído por los uniformes. Aunque durante el Tercer Reich siempre se sintió en la oposición, nunca dejó de coquetear con los hombres de la situación. No militaba, empero, en ninguna organización secreta, donde tampoco hubiera sido admitido, pues tenía los nervios blandos, como suele decirse. Esta situación hizo que no resistiera muchos años en la oposición. Se sintió fascinado por aquel despliegue de poder. Sí; se sintió fascinado por la Prensa, la publicidad, las caravanas de coches, los desfiles militares y toda la pompa de aquella época. Y también sintió la necesidad de participar en aquel espectáculo. Ocurría, sin embargo, que a veces criticara a Hitler, pues no en vano tenía una buena formación intelectual. Wittstock llegaba a una reunión y decía: "Tenéis toda la razón. Ese atentado debía hacerse". Pero a los tres días argüía de este modo: "¡Está visto que la gente está falta de todo talento y que los otros tienen toda la razón y el solo hecho de que ese hombre haya llegado al Poder es suficiente para legitimar su presencia. Ellos son los verdaderos representantes de la situación, pues sólo ellos han comprendido el curso de la Historia y saben hacer frente a la adversidad. Pero vosotros, pobres intelectuales, estáis ciegos y permaneceréis maniatados por escrúpulos morales." Y ya no retrocedía y repetía los conceptos al uso. Decía que la moral no era más que una serie de principios que aseguraban al burgués la comodidad. Hacer historia quería decir actuar de un modo brutal. Asumir una responsabilidad significaba tener que arriesgar vidas humanas, y lo malo, decía, ya no es malo si con ello se emprende algo grande. Únicamente con el ánimo de estar por encima del mal se camina hacia la Historia. Entrar en la Historia, hacerla realmente, es algo que sustituye a la Religión; algo, en suma, tocado de eternidad. Todo lo demás, en su opinión, era puro mito. De todos modos y pese a su manifiesto racionalismo (Wittstock era un hombre hecho de contrastes), daba una gran importancia a lo desconocido. Uno de sus temas favoritos era argumentar en favor de lo desconocido como fuerza motriz de la Historia. Wittstock

desconocía la realidad de las fuerzas históricas, tergiversaba la Historia de la Filosofía y tenía como norte un caducado ideal renacentista. Así era Wittstock y esa era la manera de pensar de muchos hombres de nuestro mundo endiosado.

El coronel Zecke había llegado ante la casa de uno de aquellos hombres del renacimiento, que ahora habían quedado reducidos a la impotencia. El timbre no funcionaba. Pero sí funcionaba la sirena de la esquina. Otra vez volvían a sonar las señales de alarma y sus silbidos aumentaban y decrecían de intensidad. Se oyeron los estampidos de la artillería antiaérea. Zecke golpeó la puerta con los puños y al cabo de un rato, a pesar del estruendo, fue oído. La puerta se abrió y ante él apareció Wittstock. Tenía el cabello revuelto, iba cargado de abrigos, entre los que se veía el abrigo de pieles de su esposa. En una mano sostenía la impedimenta reglamentaria para protegerse de los ataques aéreos.

—¡Hombre, Zecke! ¿De dónde sales? ¡Ven en seguida adentro!

Zecke siguió a Wittstock y se metió tras él en la casa. Salió luego por la puerta trasera de la misma, atravesó un pequeño jardín, descendió unos peldaños y se metió en una especie de trinchera.

—Este es el segundo ataque aéreo de hoy. Desde las cinco de la mañana que estamos metidos en el refugio. Sólo hemos tenido una pequeña pausa.

—También yo he sufrido el primer ataque. Me refugié en la bodega del Hotel Atlantic.

—No hay correo, ni periódicos, ni teléfonos. Te aseguro que es muy divertido.

La trinchera corría en forma de zigzag, estaba cubierta con un tejadillo de maderas y ante ella se alzaba un pequeño amontonamiento de tierra. Era muy estrecha y apenas podía uno estar en ella de pie. Únicamente cabían dos personas y esas dos personas acostumbraban ser el matrimonio Wittstock. Esta vez los ocupantes se estrecharon un poco. Aquella era la primera oportunidad que Zecke tenía para saludar a la señora de la casa, pues la esposa de Wittstock pertenecía al círculo de amistades de su mujer.

—¿Cómo está Lena? —fue su primera pregunta.

—Bien; muchas gracias. Está en Turingia, en el bosque. Vive con Ágata y me escribe cartas muy reconfortantes —dijo, y tras una pausa añadió—: Bien; ¿de manera que ahora viene de Praga? Pues debo decirle que ha hecho un mal cambio, querido Herbert. Estoy segura de que en Praga todavía se vive de un modo civilizado.

—¡Hay allí cosas tan hermosas y tan baratas! —opinó la señora Wittstock.

—Todo eso ya pasó hace tiempo, señora. Y la baratura de entonces era una pura arbitrariedad: las cosas no costaban casi nada debido a nuestra exagerada valoración del marco. Lo cual, como tantas otras cosas, fue una de las medidas teatrales que caracterizaban nuestra política.

El ruido de los bombardeos atronaba el espacio. Los aviones sobrevolaron el jardín y se alejaron. Todavía, a lo lejos, se oyeron unos cañonazos.

—Esta vez no va para nosotros —dijo Wittstock—. Cuando se ha visto cómo una de esas bombas arrasaba una casa de nueve pisos, y cuando se ha contemplado, como nosotros hemos visto desde nuestro jardín, sacar los destrozados cadáveres de entre las ruinas, se aprende a apreciar un agujero como éste. Lo más que puede ocurrir es que le den a uno de lleno. Y entonces, claro está, todo se acabó.

—Sí; esto es como el frente.

—¿Te quedas con nosotros? Ya nos arreglaremos —dijo Wittstock al tiempo que se volvía hacia su esposa.

—Le ruego a usted que se quede. Ya sabe, señor Zecke, que siempre es usted bien venido, y la casa de Potsdam, que ahora está vacía, no será muy acogedora y además está muy lejos.

—¿Qué piensas hacer?

—Lo importante es saber qué piensan hacer conmigo —dijo Zecke, y acto seguido informó a los esposos Wittstock acerca de su traslado, y luego les dijo que lo primero que debía hacer era buscar su nuevo destino.

Zecke decidió presentarse aquel mismo día en Karlshorst, donde debían comunicarle su nuevo destino. Así, pues, una vez hubo cesado la alarma y después del almuerzo se despidió de sus amigos.

—Ya sabes que siempre, de día y de noche, puedes venir a casa —le dijo Wittstock mientras le acompañaba hacia la puerta.

La advertencia de que necesitaría todo un día para llegar a Karlshorst resultó absolutamente justificada. Al principio todo fue bien, pero al llegar a la Potsdamerplatz tuvo que bajar del tranvía y caminar hasta la Alexanderplatz. Con otro tranvía sólo llegó hasta la estación de Schlesich. Allí preguntó a alguien la manera de proseguir el viaje.

—Sí; la línea del tranvía está interrumpida en este lugar —le dijeron—. Vaya usted hasta el final de esta calle y quizá allí encuentre otra vía que continúe. Naturalmente, esa vía no llegará hasta Karlshorst, pero es probable que el tranvía le deje a usted en el Ostkreutz.

El coronel Zecke se quedó un rato parado y miró entre la niebla. Luego se dirigió hacia el lugar que le acababan de indicar y aguardó un rato. Al cabo de un tiempo pensó que, a pesar de todo, no debía moverse de allí. Y su paciencia fue premiada, pues el tranvía acabó por llegar y Zecke pudo subir a él. Pudo montar gracias a su uniforme, pues todo aquel que no iba de uniforme era echado atrás por el empleado, que era un muchacho de unos dieciséis años.

—¡Podéis ir a pie!—gritó el muchacho a quienes quedaron en tierra.

—Puede usted acompañarnos durante un rato —dijo a Zecke un jorobado—. La línea llegaba ayer hasta el paso a nivel, pero ahora, tras esos últimos bombardeos, no sé hasta dónde podremos llegar.

Y no llegaron lejos. Al cabo de un momento Zecke se volvió a encontrar parado en medio de la calle.

—Dígame usted, señor, ¿cómo podría llegar a Karlshorst?

—Si está de suerte, con el tranvía. Ayer todavía funcionaba uno.

Y llegó un tranvía. Pero tampoco aquel tranvía hacía todo el trayecto. Y Zecke tuvo que hacer el resto del camino a pie. Finalmente, al caer la tarde, llegó a Karlshorst y se dirigió al cuartel.

Era un soberbio conjunto de edificios. Como es natural, las ventanas habían sido arrancadas y en el tejado aparecían grandes huecos. Las casas estaban abandonadas. No se cumplía ningún servicio. Esto se veía en seguida. Zecke sólo descubrió a un individuo cubierto con un gran abrigo de chófer, calzado con botas altas, tocado con una gorra ladeada y dando chupadas a una pipa. El hombre se paseaba ante la puerta. Debía ser el centinela.

—Busco la Academia de Ingenieros, camarada —le dijo Zecke.

El centinela se detuvo y miró a Zecke de arriba abajo. Un viejo coronel. Uno de la vieja guardia. Sin sacarse la pipa de la boca, respondió:

—¡La Academia de Ingenieros! ¡Esto de aquí son los restos de la Academia de Ingenieros!

Los restos... El patio interior estaba lleno de ruinas; el tejado aparecía hundido y ninguna ventana se hallaba en buen estado.

—¿No se ha celebrado aquí un curso para jefes de regimiento?

—Sí, se ha celebrado pero el personal ya se ha trasladado a otro lugar.

—Pues debo presentarme allí.

—En ese caso, mi coronel debo decirle que ha llegado usted demasiado tarde. ¿No sabe usted lo que ha sucedido?

—No; no sé absolutamente nada.

—Pues escuche usted: el curso se ha suspendido y el personal se trasladó, como le he dicho a otro lugar, hacia el oeste. Tenían miedo a que los rusos ocuparan esto. Y hoy mismo nos han comunicado que los americanos han llegado a donde estaban los cursillistas y los han cazado a todos.

—¿Qué dice usted? ¿Han cogido al personal?

—Sí, a todos. Estaban en el campo de ejercicio. Si hubiera usted llegado un poco antes, ahora ya no tendría más preocupaciones.

El coronel Zecke se enteró a continuación de que algunos alumnos se habían quedado allí, donde también estaba el ayudante del regimiento, que había quedado encargado de poner en orden la documentación del mismo.

Así, pues, ya no tenía prisa. Buscó la cantina. Así tendría la posibilidad de inspeccionar los restos del cuartel. En la cantina encontró a algunos jóvenes oficiales que le repitieron lo que poco antes le había dicho el centinela. Y también le dijeron algo más. Los cursillistas habían caído en manos de los americanos, pero la misma tarde, debido al contraataque de una división blindada alemana, habían sido puestos nuevamente en libertad y ahora se disponían a marcharse a otro sitio. El cursillo continuaría en un lugar el Sur. Cuando Zecke entró en el despacho oficial del regimiento estaba completamente informado de lo ocurrido y sabía tanto como el mismo ayudante.

—Buenos días. Aquí el coronel Zecke. Acabo de llegar de Praga.

Al ayudante casi se le cayó el monóculo del ojo. Miró fijamente al recién llegado. El ayudante ostentaba las insignias de comandante. En la vida civil era profesor en una escuela de ingenieros industriales. Ahora representaba al regimiento y tenía la obligación de ponerse a las órdenes de un coronel. Pero ni la actitud de Zecke, ni el tono de voz con que se presentó hacían prever ninguna orden.

—Sí; aquí está todo en ruinas —dijo Zecke—. Pero, ¿qué hace usted aquí? Por lo visto yo he llegado demasiado tarde. Dígame, ¿cuándo puedo marcharme?

El ayudante se había quedado sin palabras. Y el pagador, que estaba sentado junto a él, parecía igualmente sorprendido y se esforzaba en inclinar la cabeza sobre los papeles que había encima de la mesa.

Al cabo de unos momentos, habló el ayudante:

—Siento, mi coronel, que haya usted venido en balde. Hasta el momento no he recibido nuevas instrucciones para usted, mi coronel. Así, pues, le ruego tenga la bondad de aguardar.

Y en seguida informó a Zecke de que la Escuela había sido trasladada más al Sur, cosa que el coronel ya sabía. El ayudante no supo decirle, empero, el lugar exacto del nuevo emplazamiento y terminó rogándole una vez más que

tuviera paciencia y esperara nuevas órdenes, que no tardarían en llegar.

—Pero usted puede telefonar al jefe de personal del Ejército —dijo Zecke—. No creo que sea difícil ponerse en comunicación con Berlín o con Zossen.

—Las oficinas de personal han sido trasladadas desde hace unos días a Turingia y la comunicación telefónica con Turingia está momentáneamente interrumpida.

—Si las oficinas han sido trasladadas a Turingia, ya no podemos contar con ellas, pues la mitad de esa región ha sido ocupada por el enemigo. Puede usted informarse de ello: la noticia ha sido dada en un parte de guerra. Por lo tanto, le ruego que deje usted de hablar en ese tono de euforia.

Tal como le habían dicho a Zecke, el ayudante era un fatuo. Ignoraba los partes militares del Cuartel General, pero se creía mejor informado que Goebbels. Ahora, tras las últimas palabras de Zecke, se veía obligado a adoptar una posición defensiva, y Zecke aprovechó aquel momento para decirle:

—Ya que las oficinas de personal han sido nuevamente trasladadas y no nos queda más remedio que esperar, mañana o pasado mañana le volveré a visitar.

—Quisiera rogarle, mi coronel, que se alojara usted en el cuartel.

—¡Ni pensarlo!

El ayudante se sintió derrotado y con voz desfallecida musitó:

—Eso, mi coronel, sería lo mejor.

—Ya he echado un vistazo al cuartel. Las habitaciones son muy incómodas y las camas son pésimas. No pienso pasar los últimos quince días de mi vida en un lugar como éste.

Los últimos quince días... ¿Qué querría decir este coronel? ¿Cómo se permitía tales expresiones? Esta vez sí que le cayó el monóculo al ayudante. El pagador se inclinó todavía más sobre los papeles. Zecke se quedó contemplando a los dos personajes.

Allí estaban los dos, en aquel edificio bombardeado, con las comunicaciones telefónicas inutilizadas y los restos de las ventanas sobre las mesas, decididos a ganar la guerra en el último momento. Y por lo visto ninguno de los dos advertía la diferencia entre un regimiento destrozado en el frente y un frente situado a dos pasos de Berlín.

—Señores, no comprendo su confianza. Pero lo importante es que me quedo en la ciudad. Allí tengo varias cosas que hacer y además quiero echar un vistazo a las calles. También deseo visitar a unos viejos amigos. Por otra parte, todo está tan malparado, que ya no importa que el telegrama llegue a mis manos dos o tres horas antes o después.

Quedaron así.

—Hasta la vista, señores. Nos veremos pasado mañana.

El ayudante y el pagador miraron hacia la puerta como si por ella no hubiera salido un coronel llegado de Praga, sino un fantasma. El ayudante movió la cabeza de un lado a otro y el pagador le imitó dócilmente. Pensaron que para obrar de aquella manera debía uno estar en condiciones excepcionales. Claro que aquel coronel había sido primer teniente cuando la Gran Guerra, no hacía mucho que había estado al frente de un regimiento que llegó hasta las afueras de Moscú, y ahora acababa de abandonar un puesto de gran importancia; y uno, tal como estaban las cosas, no podía saber el nuevo cargo de aquel hombre; de manera que lo mejor era dejarle hacer su voluntad.

Zecke se presentó varias veces a Karlshorst y siempre le dijeron que las comunicaciones todavía estaban interrumpidas. Visitó a algunos viejos amigos y también entabló nuevas amistades. Casi todas las tardes y las noches iba a visitar a los Wittstock. En cierta ocasión se llegó hasta Potsdam y regresó con el triste convencimiento de que la ciudad ya no era más que un concepto histórico. Visitó su antigua casa, que había sido bombardeada y al parecer había sufrido los efectos de un saqueo a conciencia. Y no sintió la menor curiosidad por nada. Pues, ¿qué curiosidad puede uno sentir cuando las paredes de su casa están derrumbadas, el empapelado de las habitaciones aparece colgando a tiras y a través de las caídas ventanas sólo se ve polvo y ruinas? Los pocos objetos que en aquella casa quedaban no le podían interesar, pues habían perdido toda relación con las personas a que pertenecieron y se había hundido la circunstancia en la que habían ocupado un lugar. ¿Qué podía significar una silla Luis XV o un cortinaje de damasco o los restos de una colección de monedas, cuando todo Potsdam se había convertido en un montón de ruinas, la iglesia militar había dejado de existir, la tumba del gran rey había sido profanada y los restos del monarca debían rodar confundidos entre el polvo y los escombros por alguna carretera? ¿Qué podían significar sus cosas cuando los miembros del batallón de cazadores de la guardia y los de los regimientos de húsares y los del cuerpo de guardia habían sido diseminados por todo el mundo y nunca más volverían a reunirse?

¡Para no volver a reunirse nunca más! Zecke regresó a Berlín con la sensación de que el pasado había sido enterrado para siempre. Y si el símbolo de Prusia está por los suelos, la gran ciudad levantada a expensas de Prusia ardía por los cuatro costados y sufría los efectos de constantes bombardeos. Porque la destrucción de Potsdam significaba la condena a muerte de aquella inmensa aglomeración de casas en las que vivían cinco millones de personas. ¿Es que Berlín no moriría cuando el Tercer Reich saltara por los aires? ¿Cómo nace una ciudad? ¿Cómo muere? Una ciudad no nace sólo porque un Gran Elector se hace construir un castillo y ordena abrir un camino, en el que ordena plantar dos ringleras de tilos, desde su morada al próximo caserío. Aunque todo eso sí tenga relación con el desarrollo de la ciudad, como también la tiene la situación de ésta junto a un río, y su importancia como centro de comunicaciones, y el que sus moradores tengan un desarrollado sentido comercial, y sean laboriosos y valientes, y sean capaces de crear una milicia, y pagar unos impuestos. Todo eso son cosas que influyen en el nacimiento y desarrollo de una ciudad. Mucha gente acudió a ella. Llegaron hombres y mujeres procedentes de las antiguas comarcas: de Pomerania y Silesia, y habitantes de Francia, y gentes que habitaban en las orillas del Lago Lemán..., y hugonotes, flamencos y holandeses. Muchos destinos se citaron en aquella ciudad, y tuvieron que encontrar allí muchos hombres y mujeres, y fue necesario que ocurrieran muchas cosas en los lechos de los burgueses, en las mansardas de las chicas de servicio, tras las cocinas militares de las tiendas de campaña (ésas eran las abuelas) y durante las excursiones en las montañas (ésas eran nuestras madres). Mucho, mucho tuvo que suceder hasta que apareciera el semblante de los berlineses.

Y todo aquello, aquellos rostros surgidos de la arena y el barro del Spree, iban a ser aniquilados de un plumazo, porque gracias a determinadas circunstancias de política interior (y sobre todo de política exterior), el destino del país cayó en las manos de un ser anormal, y porque así lo habían decidido,

cuando la guerra ya tocaba a su fin, tres titanes.

El Spree continúa corriendo a través de Berlín y seguirá su curso tras la catástrofe final, aunque cinco minutos antes de producirse, un ayudante de regimiento, unos alumnos de la Academia Militar de Ingenieros de Karlshorst, un cierto comandante Hasse y otros locos hayan colocado los explosivos bajo los puentes del río y en los sótanos de las casas. Berlín subsistirá.

Berlín subsistirá, porque sus habitantes continúan en pie. Todavía no se ha disparado una bala y la palabra no ha sido pronunciada por ninguno de sus representantes, ni por los que se cubrían con un abrigo imperial, ni por los que usaban chaqueta de presidente, ni por el que ahora viste camisa de color pardo. El mismo Berlín —el Berlín que lleva gorra, y blusa de cerrajero, y trajes humildes— será quien pronuncie la palabra.

Y mientras tanto...

No; ni la charlatanería, ni las salvas podían alejar el peligro.

El coronel Zecke paseaba por el puente de Weidendamm.

Cincuenta años antes había paseado por aquí, cogido de la mano de su padre. Abajo corrían las aguas del río y arriba lucía un cielo azul de primavera. El aire era dulce, tan dulce como sólo en Berlín puede serlo. En soplo de aquel aire levantó el ancho sombrero de paja que llevaba el pequeño Zecke y dulcemente lo hizo volar sobre el pretil del puente y lo depositó sobre las aguas del río. El sombrero desapareció bajo el puente, surgió luego al otro lado y continuó navegando como una cáscara de nuez, como un barquito de leyenda. "¡Eh! ¡Usted, el de la caña!", gritó el padre. Y el hombre de la caña detuvo el sombrero, lo sacó del agua y lo devolvió al pequeño Zecke y se ganó unas monedas.

Eso ocurrió en el puente de Weidendamm.

Zecke dejó el puente atrás y llegó ante los restos del cuartel del regimiento de granaderos de Alejandro, continuó luego por la Friedrichstrasse y llegó ante una especie de túnel de ruinas. Dos casas se habían venido abajo y sus restos formaban extrañas arcadas bajo las cuales caminaban los viandantes. Se agachó y continuó hasta que salió a la luz. Pasó ante la Ópera y la Hedwigskirche y desembocó ante un paisaje cubierto de enormes sillares de mármol. Aquí se levantaban antaño los grandes palacios que simbolizaban el poder del dinero. Una tempestad los había hecho desaparecer. Zecke se fijó en las ruinas de la casa que buscaba y se fue directamente hacia ellas. Se trataba de algo sin importancia: debía saludar a un empleado de Banco que ni siquiera conocía. Los tres pisos de la casa se habían venido abajo, pero la planta baja continuaba en pie. La calle aparecía brutalmente removida. Una cuerda donde cogerse conducía a través de un gran montón de ruinas y llegaba hasta la puerta del edificio. La entrada estaba intacta y la puerta giratoria continuaba funcionando. Zecke penetró en una gran sala.

Era de día y el sol brillaba en lo alto del cielo, pero el polvo de los cristales únicamente dejaba penetrar una débil claridad. Las gentes se movían en aquella sala como seres privados de vista, hundidos en un acuarium.

Zecke se acercó a una ventanilla.

—Busco a un tal señor Schulze. Tengo algo que comunicarle.

—¡Ah, ya! ¿El señor Schulze? Vaya usted, por favor, a la ventanilla número cinco. Allí le informarán —respondió el empleado, y su mano señaló hacia un punto indeterminado de la región submarina. Fue en dirección a una vela y encontró luego la ventanilla en cuestión. Allí repitió su demanda.

—¡Ah, ya, el señor Schulze!

El empleado le rogó que se dirigiera al jefe del departamento. El jefe del departamento tenía el aspecto que le correspondía a un ser de aquel mundo abisal: vestía un traje absolutamente arrugado, una camisa que desde mucho tiempo atrás no había sido lavada, y un suéter de aspecto lastimoso. Junto a él aparecía una vela que despedía una densa humareda. El jefe y su ayudante se quedaron contemplando a aquel visitante que deseaba ver al señor Schulze.

Cuando el jefe llegó a la ventanilla, Zecke creyó necesario decirle:

—Tengo el encargo de comunicarle al señor Schulze que su cuñado, el de Praga, se encuentra perfectamente bien.

—¡Ah, ya!, el señor Schulze...

Y al ver que la visita de aquel señor no estaba relacionada con registros, interrogatorios, detenciones, ni Gestapo, cambió la expresión de los rostros.

—¡Qué pena lo del señor Schulze! Pasó los últimos seis meses en el frente. Dejó a su esposa, una mujer joven y hermosa, y a dos niños, el mayor de cuatro años y el menor de dos. Y, lo que ocurre, un día cayó una bomba sobre la casa y la mujer y los chiquillos quedaron enterrados entre los escombros. Schulze recibió un telegrama y se le concedió permiso para volver.

Hizo una pausa, y continuó:

—Eso ocurrió hace tres semanas. Y Schulze se presentó en Berlín con un permiso de ocho días. En seguida comenzó a remover las ruinas. Los obreros palearon sin descanso, y él se pasó todo el día, de la mañana a la noche, ante ellos, entre los escombros. Al día siguiente volvieron a palear sin interrupción, y él iba y venía de un lado a otro y miraba por las rendijas que se iban abriendo. Los obreros palearon hasta entrada la noche, y nada. Se fue a dormir muy tarde y al día siguiente se repitió la misma escena. Ese fue su permiso. Pero imagínese usted la suerte de Schulze: cuando sólo le quedaban tres horas de permiso, le trajeron los cadáveres que buscaba...

Zecke atravesó aquel espacio submarino, empujó la puerta, que giró silenciosamente, caminó sobre los montones de escombros y ruinas, pasó ante la Ópera, la Armería Nacional y la Universidad y dejó atrás, entre la niebla, la Catedral y el "Schloss". Y volvió a encontrarse en el puente, donde un viento de primavera se había llevado años atrás el sombrero de paja de un niño.

"¡Qué suerte había tenido aquel hombre!" Aquella frase se le había quedado grabada en la memoria y cuando al día siguiente conoció al Director general señor Knauer, todavía le martilleaba la imaginación. El Director general Knauer vivía más allá de Tempelhof, en el distrito de Mariendorf, y hasta el momento en que le conoció lo único que sabía de él era el nombre. En realidad no había ido en busca del señor Knauer, cuyo nombre, por otra parte, únicamente le hacía pensar en las fábricas Sirius, de Stettin. Lo cierto es que había ido en busca de una señora. En cierta ocasión se sentó junto a ella en el Palacio de los Deportes, luego la conoció y salió con ella varias veces. Era una joven berlinesa, es decir, una mujer realista, práctica y un tanto americanizada. Una de aquellas mujeres que se confeccionaba los vestidillos de verano; que los sábados, cuando salen de la oficina, se planchan la ropa, y que cuando salen de excursión se llevan una pequeña provisión de emparedados. Sí, era una mujer realista y práctica que cuadraba en un ambiente muy apropiado para ella. Todo eso es cierto, pero ¡cuánto romanticismo había en ella! En cierta ocasión, al volver él a Berlín, la telefoneó, pues quería invitarla a beber una taza de café en "Josty" y luego, quizá, ver alguna película. Pero ella se excusó.

Le dijo que aquel mismo día contraía matrimonio con un oficial que estaba en el frente, y se casaba por poderes. ¡Hacer una cosa así a través del espacio! Y el novio (un joven médico que ella le había presentado tiempo atrás) estaba en el frente del Este. Así, pues, lo único que podía hacer era comprar un ramo de rosas blancas y asistir como testigo a la ceremonia. Y desde entonces no la había vuelto a ver.

Y ahora, tras una infructuosa llamada por teléfono, Zecke traspasaba la verja del jardín y llamaba a la puerta de la casa. Un hombre abrió al cabo de un rato, el director Knauer. Su manera de vestir llamaba la atención. Las prendas estaban bien cortadas, pero ninguna hacía juego: los pantalones no iban de acuerdo con la chaqueta y ésta, por su parte, no quedaba bien ceñida.

—Quisiera hablar con la señora Halen.

—Lo siento, pero la señora Halen no está en casa... En realidad no está en Berlín.

—¿Sabe su dirección?

—Perdone; no puedo dársela; ignoro dónde vive. Pero, entre usted, por favor.

Se sentaron frente a frente: Zecke y Knauer.

—La señora Halen tuvo que salir repentinamente de viaje. Se fue a Salzwedel, pero ignoro la dirección exacta. Creo que luego se fue a otro lugar, más lejos...

El hombre dejó de hablar. Se produjo un largo silencio. No haría falta añadir algo más para que Zecke comprendiera.

—La americana me va algo ancha porque no es mía. Era de mi hermano, que también ha muerto. Los bajos y las mangas me vienen algo cortos. El chaleco era de un buen amigo mío; el pobre murió ahorcado. Los pantalones los encontramos aquí; pertenecían a un individuo que quería marchar a Italia. No sé si habrá llegado. ¡Dios quiera que la Gestapo no lo venga a buscar aquí!

El hombre tenía anchas manos y fuertes brazos. Seguramente no sería algo fácil encontrar una chaqueta que le fuera bien.

—Knauer, de Stettin —se presentó.

Así, pues, aquel era Knauer, el dueño de las fábricas Sirius, uno de los hombres más ricos del norte de Alemania. Con aquellas grandes manos y con sus propias fuerzas había creado su industria, cuyos productos se exportaron primero a Inglaterra, luego a África, más tarde a China y finalmente a todo el mundo.

—Bastó una sola noche para que todo quedara arrasado —dijo—. Las naves, las existencias y mi propia casa... No tenía más vivienda que aquella. Salí de allí en pijama y zapatillas, envuelto en una manta.

Pero aquello sólo fue el principio de la catástrofe. Todo fue demolido, se prendió fuego a la gasolina, se destrozaron las máquinas y las herramientas, se forzaron y desperdigaron las cajas fuertes de los despachos, cuyo contenido fue saqueado y quemado.

—Conocía a un escritor a quien había ayudado en varias ocasiones — continuó en voz baja el señor Knauer—. Era un hombre de grandes dotes, pero no trabajaba. No podía escribir a causa de las escenas que ocurrían a su alrededor. Sólo hubiera podido escribir para él, para guardar luego las cuartillas en un cajón. Los bombardeos nocturnos, las casas que se venían abajo, las cuartillas desparramadas por la calle; todo eso le impidió fijar sus ideas. Pues bien, yo siempre pensé que una caja de acero era algo muy diferente a un

cajón... y estaba equivocado. Así lo he podido comprobar ahora. Mi caja fuerte se salvó de la catástrofe: la Gestapo se apoderó de ella. Y así vine yo a Berlín y llegué a casa de la señora Halen.

Los prados florecidos no sólo avivan el romanticismo de las berlinesas para contraer matrimonio por poderes, sino para otros objetivos. Así, pues, también la pequeña señora Halen... Sí, era un eslabón más de la cadena, y recibía visitas, escondía a los perseguidos y les buscaba protección, enviándolos a sitios más seguros, y acogía a judíos y oficiales y a cuantos se presentaran, como al señor director Knauer. Acompaña a sus acogidos, a quienes viste y alimenta, y procura documentos personales que unas veces deben ser falsificados y otras, robados. Y en algunas ocasiones se ve obligada a viajar; primero a Salzwedel y luego a otros sitios, y el señor director Knauer no puede, en verdad, dar su dirección. ¡Cuánto romanticismo! Y no sólo el prado en flor, sino también la cabaña en el prado, y en ella, la paz. Y para que en la cabaña reine la paz hay que hacer la guerra a los palacios, a los nuevos palacios donde habitan los usurpadores del Reich, los que han hundido el Reich alemán. Hay en todo ello tanto romanticismo que el círculo se cierra y el mismo romanticismo se convierte en realidad, en una sangrienta y carcomida realidad.

—Ahora se me dice que esta casa tampoco es muy segura. Me han hablado de un tal doctor Wittstock. ¿Qué clase de hombre es ése?

"¿Qué clase de hombre es ése?"

El coronel Zecke tenía ahora ocasión de informar acerca de su viejo amigo Wittstock.

—Es un hombre que no escribe para guardar las cuartillas en el cajón, sino que escribe para la actualidad de cada día. Y está convencido de que los hombres del día son figuras históricas. Sí; desconoce en absoluto la realidad de las cosas; pero algunas veces —e incluso lo dice en voz alta— opina que no se trata de figuras históricas, sino de vulgares canallas. Como le digo: Wittstock no cambiará de manera de ser y lo mejor de él es su pasado.

El coronel Zecke se había entretenido tanto que, como era de esperar, fue sorprendido en la casa por un ataque aéreo. Y cuando las sirenas comenzaron a sonar y la radio anunció la proximidad de grandes formaciones aéreas que volaban en dirección a la parte Sur de Berlín, acompañó a Knauer al sótano refugio.

La colonia tenía forma de herradura y la parte abierta de la misma estaba orientada hacia el Norte, es decir, en dirección a Tempelhof. En el refugio había vecinos de otras casas: algunas mujeres, dos hombres de cierta edad, uno de los cuales era director de una escuela y el otro un impresor, y también un joven matrimonio y Heinrich Putlitzer con su esposa, que era fotógrafo. Knauer le presentó a los Putlitzer. La señora Putlitzer hizo pensar a Zecke en la persona a quien había ido a buscar. No es que se parecieran físicamente, pues cada una de ellas tenía unos rasgos muy característicos; pero a Zecke se le antojaron ser como hojas del mismo árbol, como partes del rostro de Berlín, en el que se adivinaba, tras la certeza de la catástrofe que se avecinaba, el firme propósito de sobrevivir a lo peor.

Era fácil darse cuenta de que los Putlitzer, Riebeling, el viejo impresor y el Director Knauer eran amigos. En cierto modo formaban un grupo aparte. Los "otros" también estaban bien representados. Allí estaba el director de escuela, que parecía no encontrarse muy a gusto en aquel mundo cuyo aspecto cambiaba por momentos. Tenía tres hijas: las dos menores eran muy niñas y

no se daban cuenta exacta de lo que acontecía a su alrededor, y la mayor, que tenía catorce años, se parecía mucho a su padre y tenía la misma expresión de derrota que éste. La expresión de derrota y vergüenza que aquella niña tenía, empero, fundamentos muy concretos. Entre los vecinos era un secreto a voces el que un hijo del director, un muchacho de diecinueve años que servía en las milicias de las S. S., había desertado y, vestido de paisano, se ocultaba en un cobertizo de madera. Y el viejo estaba consternado. En el barrio se decía que el muchacho, que hasta entonces había sido el orgullo de la familia, sería cazado en la próxima redada de la policía. La hija mayor, sin embargo, opinaba que la culpa de todo aquello la tenían las "democracias", y de la mañana a la noche apabullaba a su padre con aquel cuento. Estaba avergonzada, no se atrevía a alzar la mirada y, por miedo a que la reprocharan algo, no hablaba con nadie.

Además de Knauer, los dos Putlitzer, el viejo Riebeling, el director y sus tres hijas, estaba allí la mujer de un magistrado, que no miraba a derecha ni izquierda y parecía ensimismada. Aquella vez el ataque aéreo no se produjo en la parte Sur de Berlín, sino en el mismo centro de la ciudad. Al cabo de largo rato cesaron las detonaciones y el ruido de los aviones se alejó. Zecke y Knauer abandonaron el refugio antes de que se diera la señal del cese de la alarma. Regresaron a la casa. Zecke volvió al tema de antes.

—Creo que, a pesar de todo, puede usted estar tranquilo en casa de Wittstock. Las gentes que frecuentan la casa pertenecen a épocas pasadas. Allí va, entre otros, el redactor Spülge, que tiempo atrás no sabía si dedicarse a la pintura, a la literatura o a la música y para quien su época de estudiante y los días en que frecuentaba los cafés de la Kurfürstendamm ha quedado como lo mejor de su vida. Tampoco de él tiene usted nada que temer.

—La Gestapo o los rusos —dijo Knauer—. Lo primero es posible que llegue y lo segundo no hay quien lo evite. No sabría decirle cuál de las dos cosas es peor. ¿Qué puede sucederme todavía? Lo ignoro. Sólo sé que no puedo torcer mi destino.

Aquellas fueron las últimas palabras del Director Knauer.

Acompañó a Zecke hasta la puerta del jardín.

Sí, ¿qué más puede ocurrirle? Su fábrica está arrasada, las ropas que lleva eran de amigos suyos —uno de los cuales fue ahorcado, otro espera serlo y el tercero optó por desertar—, y la comida se la da una generosa berlinesa obligada a ir de ciudad en ciudad, sin dejar nunca una huella tras sí. Este hombre ha sido robado, reducido a la miseria, y perseguido de tal manera que su destino no puede empeorar. ¡Qué suerte ha tenido este hombre!

Cuando aquel mismo día Zecke llegó a Karlshorst, se le presentó el ayudante con una orden. Se le mandaba trasladarse a Hamburgo y de allí a Jutlandia, donde debería ponerse al mando de unas tropas.

—Se teme —dijo el ayudante— que las tropas inglesas intenten desembarcar, por lo cual, con los restos de algunas unidades dispersas, debe formarse una línea de contención, que a su debido tiempo, caso de efectuarse el desembarco enemigo, deberá convertirse en una bolsa.

—Solamente he oído "unidades dispersas y tropas inglesas", acerca de lo cual no quiero hacer ningún comentario —replicó Zecke—. Pero, cuente usted, por favor: dada la casi total paralización de los medios de transporte, necesitaré una semana para llegar a Hamburgo, de allí hasta el lugar del destino otra semana, y para reunir los restos de las unidades dispersas, otra más. Luego

me será necesario realizar una inspección sobre el terreno, pues es imprescindible que conozca el lugar, lo cual me llevará otra semana más. — Zecke hizo una pausa, y levantando la mano derecha y estirando los dedos, continuó:

—Una, dos, tres y cuatro semanas. Dígame usted, comandante: ¿qué opina usted de esto?

El ayudante miró a Zecke como si no comprendiera lo que acababa de escuchar.

—¿Cuánto tiempo cree usted que nos queda? Siempre he tenido la costumbre de emprender mi quehacer con cierta previsión, y no puedo aceptar ningún encargo si de antemano sé que no existe ninguna posibilidad de éxito. ¿Se trata ahora de una orden proveniente del jefe supremo de personal?

—No; no se trata de eso. Todavía no tenemos comunicación con el jefe de personal.

—Entonces, por mi parte, la cosa está decidida: Lo siento, pero no puedo aceptar su encargo.

El ayudante, el pagador y algunos individuos de la Escuela de Ingenieros volvieron a quedar como anonadados. No podían comprender que el coronel se negara a entrar en su rutina. Y creyeron que el coronel estaba cometiendo una especie de deserción. El Ayudante echó al pagador una mirada de desesperación, pero a los demás no se dignó participarles su estado de ánimo. Y el coronel Zecke se convirtió para él en "el caso Zecke". ¿Era posible que él, oficial de reserva y antiguo nacionalsocialista, tuviera que tragarse todo aquello? Sí; hasta que no se abriera una carpeta para el caso Zecke, no tenía más remedio que soportar aquel desafuero.

Zecke volvió a ocuparse en encontrar los adecuados medios de transporte que le condujeran hacia Berlín. Al oscurecer, cuando, cerca de la Alexanderplatz, caminaba por la Frankfurter Strasse, le sorprendió el tercer bombardeo aéreo del día. Descendió al refugio de una gran vivienda. Mujeres vestidas con pantalones largos y suéters, cargadas con maletas, colchas y colchonetas. La gente se dirigía a sus sitios sin pronunciar palabra, en silencio. Los estampidos de los cañones antiaéreos, el zumbido de los aviones enemigos, el silbido de las bombas al caer y el estrépito de las casas que se venían abajo constituía ya algo habitual en sus días y noches.

La existencia sin apagones de luz ni ataques aéreos se había convertido en un lejano recuerdo.

—Eso ya no nos lo podemos imaginar siquiera —le respondió una mujer a la que Zecke había hablado de tiempos pasados—. Pero todo tiene un fin, ¿no es cierto, coronel?

La mujer tenía cuarenta años. Era madre de tres hijos: dos de ellos varones y los dos soldados. Uno de ellos lo había perdido en el frente del Este y el otro había sido hecho prisionero por los ingleses. Tenía cuarenta años, pero si uno se la imaginaba fuera de aquel ambiente del refugio y vestida de otra manera, aparentaba ser más joven.

Zecke la contempló detenidamente.

Y vio que en el fondo de los ojos de aquella mujer brillaba una tenue sonrisa. Su rostro tenía una expresión de dolor, pero sus ojos todavía sabían sonreír.

—Éste, por lo menos, está seguro —dijo, refiriéndose al hijo que había sido hecho prisionero.

—¿Y su marido? —preguntó Zecke.

—¡Es un inútil, nunca ha servido para nada! En 1933 ingresó en la "asociación". Pero no le sirvió de nada. Y a mí tampoco. Ya me lo supuse desde el primer momento. Al cabo de algún tiempo se salió de la "asociación". Y fue peor que si no hubiera entrado.

Se acabó la conversación. Fuera resonó un terrible trueno. Los espíritus malignos parecieron desatarse sobre una casa vecina. La carcomida fachada y las reblandecidas vigas se enfrentaron ante la catástrofe. Y en aquel momento no sonaba la artillería antiaérea ni había aviones enemigos en el cielo. Los cuatro pisos de la fachada delantera, los cuatro del ala lateral del edificio y los cuatro de la parte trasera del mismo se tambalearon sobre una sucia y despeinada multitud que se apiñaba en los sótanos. ¿Cómo iba a lavarse y a peinarse aquella gente si las cañerías estaban obstruidas y la conducción eléctrica había dejado de funcionar, si día y noche caía sobre ella hollín y polvillo de cal y yeso? El refugio parecía tambalearse. Se abrió una grieta en la pared. Grandes trozos de cal comenzaron a desprenderse del techo. El piso podía abrirse de un momento a otro y una avalancha de piedras podía irrumpir del techo. El hombre es demasiado pequeño en medio de las fuerzas desatadas. Una mujer se puso a rezar, y sus labios se movieron sin articular palabra. Un profundo silencio reinaba en el refugio. Otra mujer se apretaba las sienes con las manos y lloraba quedamente. Otra parecía querer meterse en el suelo y arañaba el piso. Un soldado dejó de ser dueño de sí mismo y se puso a temblar. Otra mujer, que iba mejor vestida que las demás y en cuyo semblante había quedado un rictus de dolor, estaba tendida sobre un banco, inmóvil, como un cadáver, con los ojos desmesuradamente abiertos. Zecke se enteró más tarde de que era la propietaria de la casa, y luego, entre el segundo y tercer bombardeo, se percató de que la mujer se inyectaba morfina.

La mujer que lloraba, la que rezaba, la que se arrastraba por el suelo, la que permanecía inmóvil sobre el banco y el soldado, formaban un grupo de cinco rostros, pero en el refugio había más de cien personas: mujeres, niños y soldados que habían entrado a última hora. Unos vomitaron, pero no por miedo, sino porque "uno tiene que estar aquí sentado, sin poder defenderse", como decían. A muchos, sin embargo, no parecía importarles lo que sucedía. Pero sí les importaba. Nadie, en verdad, permanecía indiferente. Gritaban, rezaban, vomitaban, intentaban salir de allí y se arrastraban por los suelos y adoptaban posturas de indiferencia, pero nadie quería morir. Nadie quería morir y todos deseaban sobrevivir a la catástrofe.

Pausa

De vez en cuando, entre las oleadas de aviones enemigos, se producía una pausa. Y también se producía una especie de paréntesis en aquel espectáculo infernal, en el que los espectadores eran actores que ignoraban si acabarían con vida aquel drama. Y también se producían pausas en las conversaciones.

La mujer habló a Zecke entre la segunda y tercera oleada de bombardeos y le contó algunos detalles acerca de la dueña de la casa y se disculpó cuando sintió deseos de vomitar. Con toda sencillez le presentó a un realquilado.

—Este es Franz; vive con nosotros —dijo.

Franz sólo tenía una mano; la otra se había quedado en Wiasma. Y como aquella mano era precisamente la derecha y él era delineante, se había quedado sin empleo.

Se reanudó la conversación.

—Sí, el hombre es un inútil; comprendo que debe ser difícil salirse adelante... Me imagino que debe ser muy difícil...

—Los pocos marcos que necesito para subsistir me los gano en casa cosiendo. No quiero ir a la fábrica. Creo que es una insensatez alargar la guerra, ¿no opina?

—Sí, es una insensatez —repuso Zecke.

La mujer no enterraba sus ideas en el corazón, y él tampoco. Así, pues, cosía, quizá remendaba guerreras, y mientras tanto el marido se dedicaba a vagar por ahí.

—Pero, dígame... No; perdone; en realidad no me afecta...

—Pregúnteme usted con absoluta franqueza.

—Bueno; al fin y al cabo probablemente no nos volveremos a ver. Lo que me interesa saber es por qué se casan a veces las mujeres con hombres inútiles, que no valen para nada.

—Pues, muy sencillo, coronel. Quizá tenía él buen aspecto, quizá tenía un hermoso cabello oscuro y rizado. Basta un instante para equivocarse, pero la equivocación hay que pagarla luego durante mucho tiempo.

—¿Acaso bebe o va con mujeres?

—No, nada de eso. Es un gandul. Incluso es demasiado gandul para dedicarse a la bebida o irse por ahí con mujeres.

Segunda oleada de bombas. Más llantos, temblores, esperanzas y fingidas apatías. El hombre es demasiado pequeño y quiere sobrevivir y pasarse la existencia a la luz del sol, lejos del refugio.

Entraron gente desvanecida. La calle estaba ardiendo. Posiblemente se había incendiado la casa de al lado. El calor fue aumentando en el refugio. Zecke respiraba con dificultad y temía quedarse sin aire. Alguien le ofreció un pañuelo mojado. Era la mujer quien se lo daba. Y ella, a su vez, se cubrió el rostro con un pañuelo empapado en agua. Algunos se habían envuelto en sábanas mojadas.

Una casa se derrumbó y al caer produjo un estrépito ensordecedor. Era la casa de al lado.

—¿Dónde está Wilhelm? —preguntó la mujer.

—Ha ido arriba, en busca de su organillo —repuso Franz.

Otra vez silencio. Zecke se sintió como desfallecido. Alguien le quitó el pañuelo y al cabo de un momento se lo devolvió mojado. La dueña de la casa continuaba echada sobre el banco y mantenía los ojos desmesuradamente abiertos, como horas antes. Entraron a otros heridos. Apareció Wilhelm. Era un veterano sobre cuyas espaldas llevaba un viejo, destartado organillo. Su rostro estaba blanco como la nieve. Caminaba encogido.

—Ha recibido el organillo —murmuró.

Pero también él había recibido. Al cruzar el patio, un trozo de metralla atravesó el organillo y le hirió a él en la espalda. Se sentó y permaneció encogido.

Las bombas continuaron cayendo, una tras otra, sin interrupción. El ruido, que ya era atronador, se hizo más intenso.

Lo único que aquellos aterrados seres podían aguardar era la catástrofe. Pero incluso en aquellos momentos había quien continuaba con su apatía e indiferencia. Tras haber sufrido cien bombardeos aéreos se sufría con resignación y uno ya no se ensuciaba en los pantalones. Los que no habían

podido dominarse hacía tiempo que estaban dispersados por los campos de Alemania.

Los sanitarios transportaban a los heridos a un refugio contiguo. Fueron en busca de Wilhelm. Cuando trataron de incorporarle, se quejó. No quería separarse de su organillo. Llamó a Franz:

—Franz, te doy este organillo, consévalo en buen estado, es un Liratedesca, un Sambuca.

Fue como un postrer legado. De pronto, súbitamente, todo terminó. El silencio cayó como una bomba.

Se abrió la puerta. Bajaron nuevas gentes. Se oyeron gritos y se produjeron empujones. Se trataba del reparto del trabajo necesario para abrir el boquete de salida. La gente fue cogiendo picos y palas y comenzaron a descombrar.

La mujer...

También ella tenía un cubo en la mano. Zecke le devolvió el pañuelo. ¿Qué podía decirle él, aquí, en el refugio, junto a una casa demolida, a aquella mujer que estaba con un cubo en la mano? Quizá podría decirle que no creía que tuviera cuarenta años; que únicamente aparentaba treinta. No; aquello era una tontería. Todo lo que se le antojaba era una tontería. Aquella mujer le coartaba. Ella se percató de su embarazo y sonrió. Se sonrió y su rostro, que estaba cubierto de polvo, conservó sin embargo una honda expresión de tristeza.

Él murmuró unas palabras. Dijo una vulgaridad, pero su vulgaridad quedó disculpada por aquella sonrisa de comprensión.

—Tiene usted los ojos de una muchacha de veinte años.

—Sólo los ojos, coronel, y esto no es bastante.

EN LOS SÓTANOS

Zecke estaba sentado en el ferrocarril de Wannsee.

Con un pañuelo apretado a la nariz, había tenido que caminar un rato y luego, tras una larga espera y muchos empujones, había podido montar en el ferrocarril. Y no se había percatado del tiempo transcurrido. Y ahora, en el vagón, tampoco reparaba en las cansadas gentes que le rodeaban, cuya única preocupación era llegar cuanto antes a sus casas, antes de que se desencadenara un nuevo ataque aéreo.

Zecke pensó en su última aventura y se sonrió.

Pero no podía imaginar la sonrisa y los ojos de aquella mujer apartados de aquel escenario de muerte, envuelto en llamas y estremecido por gritos de pánico. La berlinesa puede tener, incluso en medio de la catástrofe, un rostro dulce y unos ojos sonrientes.

Una novela...

Una novela más allá de la Alexanderplatz. La sonrisa de Zecke se desmayó poco a poco y se trocó en una suave expresión de tristeza. Encontró a los Wittstock en el refugio. Era aquel un refugio muy diferente del anterior.

Antes de la guerra había servido de bar y su decoración estaba hecha a base de muebles de viejo estilo alemán. Ahora, desde el comienzo de los bombardeos aéreos, el bar servía de refugio y en él se hacía la vida familiar.

Zecke saludó un poco sorprendido al hijo de los Wittstock.

—¿Has venido de permiso? ¿Es que todavía se dan permisos?

—No, no estoy de permiso. He venido en comisión de servicio. Formo parte del convoy de una expedición de heridos graves. Nuestro hospital ha sido abandonado. Los heridos menos graves han sido dados de alta y han tenido que emprender el viaje a Berlín a pie o en tren, según su suerte.

Se trataba de un hospital situado en un romántico lugar entre Berlín y el Oder, cerca de la pequeña ciudad de Buckow. Zecke había oído decir a la señora Wittstock que su hijo había sido enviado a Buckow en calidad de sanitario.

—Entonces, también tú vendrás a Berlín.

—No; la compañía de Sanidad se quedará allí, y yo debo regresar mañana.

Zecke estaba pensativo y no podía apartar de su imaginación la escena del otro refugio, en la que se destacaban la mujer, Franz y Wilhelm, con su Sambuca a cuestas.

—Bien, bien —dijo, y no se sabía exactamente a qué se refería, pero el joven Wittstock, que se llama Günther, creyó comprender.

—Sí, en la compañía de Sanidad se está muy bien, y desde luego mucho mejor que en la artillería antiaérea o en otra unidad cualquiera.

Y al no replicar Zecke, continuó:

—Todos mis compañeros de clase se han dispersado: unos sirven en la artillería antiaérea o en la milicia. Pero eso no se ha hecho para mí.

—¿No tienes vocación militar?

—Espero el final de todo eso.

—¿Y tus compañeros de clase?

—Son "tontos".

Y al joven Wittstock, que únicamente contaba dieciséis años, también le parecía tonto hablar acerca de sus ideas sobre el militarismo con un coronel, aunque éste fuera Zecke. Así, pues, le pareció natural que Zecke se levantara al cabo de poco rato y se dirigiera al piso superior para quitarse la porquería que le había caído encima durante su última excursión a través de Berlín.

Cuando Zecke regresó al refugio se encontró con Wittstock, que estaba solo.

—El muchacho aguarda el final —dijo Wittstock, al cabo de un rato de silencio. Hizo esta observación respecto a su hijo, que en aquel momento acababa de ir en busca de un compañero suyo que tampoco era "tonto". La observación, sin embargo, fue una especie de puente para llegar a otro tema.

—Espera el final de esta "época jupiterina".

—Sí —replicó Zecke, que ya conocía el tema.

—Esta noche pareces estar muy lacónico.

—Sí —contestó Zecke—. Por otra parte, debo decirte que todavía ignoro lo que quieres decir con esto de "época jupiterina".

—Una época en la que aparece una profunda fuerza que llega hasta todas partes, hasta los dominios del arte, de la literatura y de la política; una época en que bulle lo informe y hierve el devenir.

—Sí; y ahora añade que es una época de reacción universal.

—¿Y por qué no? Esa es mi opinión.

—Sí —replicó Zecke.

"Creación entre estallidos de bombas y columnas de humo, en las que uno se ahoga. ¿Y por qué no, si en medio de aquella catástrofe podía darse un episodio sentimental? Hubiera debido preguntarle su nombre."

—Sí, una época creadora, pero quienes veo a mi alrededor no son dioses, sino mentecatos, mentirosos, arribistas y estafadores, que desde el principio al final se agarran a la vida y no hacen más que ofender a Dios. Déjame en paz con tus Categorías y con tus vaguedades acerca de esas ebulliciones.

—El devenir habita en lo desconocido.

Zecke bostezó.

Wittstock continuó hablando. Tenía necesidad de hablar y así lo hacía, aunque él mismo no creyera en sus palabras. Y no dijo más que vaguedades. Habló del poder de lo inconsciente, se refirió luego a la presencia de esa fuerza en diferentes pueblos y la relacionó más tarde con la política y el arte. Zecke volvió a seguir el hilo de su discurso cuando le pareció que su amigo se expresaba de una manera más clara y objetiva.

Habló acerca de los pintores modernos y de la disolución de las líneas y las formas en diferentes escuelas de última hora.

—Cuando los franceses se rebelaron contra la razón nos presentaron a un Matisse y a un Braque, por ejemplo, y nos ofrecieron cuadros que parecían hechos a base de una pasta multicolor. Y en la literatura aparecieron los surrealistas y una corte de visionarios y alucinados. Y esa fue la moda.

—Y todo fue puesto en duda, y el hombre se quedó sin ningún agarradero y se convirtió en un lloriqueante Job —replicó Zecke—. En realidad, todo eso se refiere a una especie de empeño religioso. También nosotros hemos tenido todo eso, pero aquí quienes han pretendido buscar a Dios armados de pincel y paleta y se han lanzado por los terrenos de la abstracción han sido arrojados del país. Hasta aquí estoy de acuerdo contigo, pero cuando pretendes que nuestros políticos, que son un hatajo de aficionados y de bandidos, tienen algo que ver con esa fuerza de que hablabas, permíteme que te diga que no comparto tus ideas. Hablas de fuerza jupiterina y debieras decir parálisis. Y hablas del inconsciente, pero yo te digo, y debes creerme, pues es verdad, que en medio de esa parálisis que nos agarrota observamos un orden asombroso, y en medio de las fuerzas del inconsciente somos más razonables que nadie, y así continuaremos siendo hasta que el unicornio, el cancerbero, las quimeras, los dragones y todos los animales fabulosos se conviertan en empleados, se beban la sangre y se coman la carne de las personas.

—No sé qué tenéis contra el Tercer Reich.

Aquellas palabras, pronunciadas por Wittstock en un tono diferente del que hasta entonces había empleado, pusieron fin a la conversación, con la que el anfitrión no intentaba indisponerse con Zecke. Un invitado habitual llamado Splüge acababa de entrar en el refugio. En su mano derecha sostenía una cartera y bajo el brazo llevaba un paquete. Dejó ambas cosas sobre la mesa y comenzó a desempaquetar.

—Son bebidas alcohólicas y conservas —dijo, y pasó recuento—: "Corned beef", lenguas de cordero, una longaniza del tamaño de un brazo. "Hennessy", "Kirsch". No tenemos motivo para pasar hambre. Aquí hay cigarrillos y cigarros. Y esto de aquí es para la señora de la casa.

La señora de la casa no se encontraba en aquel momento en el refugio, sino en el piso superior, en sus habitaciones.

Splüge mostró una cajetilla de "Papirossis".

—Todo eso ha venido directamente de Moscú, entre los efectos de una plana mayor. Atravesaron el Oder y nos dejaron eso. Tengo la intención de ir uno de estos días al Oder, y quizá lo haga mañana mismo.

Splüge se comportaba como si estuviera en su propia casa. Fue a buscar vasos, vertió en uno de ellos algo de bebida, y dijo:

—¡Por el Tercer Reich! ¡Podéis imaginaros!

Hizo una pequeña pausa, cambió el tono de voz, y continuó:

—Hoy ha habido una conferencia de prensa, pero únicamente para unos cuantos. Sólo éramos una docena y no había ningún corresponsal extranjero. Los corresponsales extranjeros ya han desfilado. Nuestro doctor estaba muy pálido, y le va bien esa palidez. Bueno; la verdad es que ha comenzado a hablar claro. En fin; ¡salud!

Parecía como si las revelaciones del ministro de Propaganda le hubieran alegrado. Splüge bebió un segundo vaso, sirvió luego bebida para los demás y volvió a llenarse su vaso por tercera vez.

El primer teniente Splüge era mucho más joven que Zecke y que Wittstock. Zecke tenía cincuenta y dos años y Wittstock acababa de cumplir los cincuenta. Zecke era un viejo amigo de la familia Splüge. Al señor Splüge, que era un famoso abogado, lo conocía desde hacía muchos años. Zecke recordaba haber visto al pequeño Splüge hacer su primer camino hacia el colegio y todavía se lo imaginaba, en aquella ocasión, con un paquetillo de bombones bajo el brazo. Luego, años después, había sentido una gran admiración por el muchacho. Era un chico muy bien dotado y, tanto en la escuela primaria como en la escuela superior, había descollado siempre por su clara inteligencia. Luego se interesó por la pintura y la música. Llevó una vida bohemia que le costó bastante dinero a su padre, y se incapacitó para ejercer una profesión burguesa. Al comienzo de 1933 era director de una orquesta de jazz. Luego, por medio de su padre, que era militante del Partido, se hizo con un buen puesto en la organización. Y ascendió como un cohete, sin detenerse ni un momento, y al llegar la guerra estaba situado en una de las posiciones clave del Tercer Reich.

Vicco Splüge había crecido, y había crecido tanto que incluso se permitía tratar con absoluta desenvoltura a los amigos de su padre: a Wittstock, cuyos escritos le parecían faltos de valor, pero cuyo saber enciclopédico, así como las amistades que reunían en su casa, admiraba sin reservas, y al coronel Zecke, que ya en su época de oficial del Estado Mayor General era un elemento inseguro y ahora, después del atentado del 20 de julio, se había convertido en un hombre sospechoso. Pero Zecke, a quien había conocido como uno de los jefes de la pasada conspiración, conservaba ante él toda su autoridad y prestigio y cada vez que se atrevía a llamarle por su nombre sentía una particular satisfacción. Por lo demás, él tenía sus propias ideas acerca del Partido. Desde luego estaba muy lejos de aprobar algunas de las tonterías cometidas por el Partido, y además, a pesar de que era militante, había conservado su propia vida particular. El Partido era un medio para comer, pero los amigos eran asunto particular.

Habían bebido cinco o seis coñacs.

Splüge encendió un cigarrillo, y al tiempo que daba en él las primeras chupadas y contemplaba la blanca ceniza que en seguida se formó en la punta, dijo:

—Desde luego, no tenemos ningún motivo de queja, pues a nosotros, es

decir, a la camarilla, nos va todo divinamente. En ningún país del mundo, en ninguna democracia, encontraría yo un espíritu más liberal del que aquí se me ofrece. Por ejemplo, ahora me es posible viajar gratis por toda Europa. Tengo más dinero del que en otras circunstancias hubiera podido ganar. Porque ahora continúo ganando mi antiguo sueldo de redactor jefe y tengo además otro sueldo como primer teniente de una compañía de propaganda y cobro aparte cada uno de los artículos que escribo. Gano tanto dinero que me es imposible gastar todo lo que ingreso.

—¡Ya lo pagarás, y pronto!

—¿Muy pronto?

Splüge cogió un vaso y lo arrojó al suelo.

—También a mí me parece que la cosa está endiabladamente mal. No crean ustedes que no me doy cuenta de la realidad; sé que vamos a la catástrofe y que en un momento u otro tendremos que pagar. Sí; uno puede llevar una existencia burguesa, y entonces paga con el aburrimiento, y también puede ir de un lado a otro por Europa, como ahora, con el Tercer Reich, y luego lo pagas con una pequeña catástrofe europea.

De pronto comenzaron a sonar las sirenas. Enmudecieron y volvieron a funcionar.

—¡Ya os he oído bastante hoy!

Splüge llenó de nuevo los vasos y permaneció sentado donde estaba. Zecke tampoco tenía ganas de levantarse. Wittstock se puso en pie y preparó la impedimenta contra el bombardeo. Zecke se acordó del refugio de la Alexanderplatz y pensó en aquella mujer...

—No tendrás más remedio que pagar... Pero, no te preocupes; el Führer os reparte capsulitas de veneno, como si fuera un viejo tío vuestro que os diera bomboncitos de chocolate.

Las sirenas continuaban sonando. Se oyó el zumbido de unos aviones. Una detonación. Los vasos temblaron sobre la mesa. La señora Wittstock apareció en el refugio. Estaba algo nerviosa.

—Alberto, ¿dónde estás?

Wittstock dijo:

—Herbert, Vicco, ¿no oís?

—¡Vete a hacer puñetas con tu ridícula sirena! ¡Ah! Perdón, señora.

La señora Wittstock no aguardó más y salió corriendo. Wittstock, que ya había cargado con la impedimenta reglamentaria, echó una mirada a su alrededor, se encogió de hombros y dijo:

—Como queráis, pero quienes hemos visto sacar un montón de cadáveres del refugio de enfrente...

Splüge le interrumpió:

—Carne triturada, cadáveres quemados, riñones arrugados, pechos al descubierto, corazones como esponjas, todo eso lo vi ya en la clase de anatomía. No puedes asustarme... Bueno; ya se ha marchado, y la señora también. Y la botella está vacía. Pero ahora mismo vamos a descorchar otra, ¿verdad, Herbert?

Splüge llenó un vaso, pero no de los de coñac, sino de los de agua. Luego le ofreció otro a Zecke. Las ventanas del sótano estaban protegidas con sacos terreros. Cayó otra bomba y pareció que la pared y los sacos terreros fueran a derrumbarse. El edificio sufrió una fuerte sacudida.

—¡Ésta sí que cayó cerca!

—Eso no nos conmueve lo más mínimo. La nuestra todavía no ha caído. Pero, ¿dónde estábamos? ¿Qué estábamos diciendo? ¡Ah, sí!; hablábamos del doctor, de la pálida cara del doctor cuando la última conferencia de prensa. Quizá fue esta la última conferencia del doctor. Habló de la capacidad de resistencia del pueblo alemán, de la potencia de nuestro ejército, de la gran ofensiva que se está preparando, de la lucha hasta el final y demás. Tú me entiendes, Herbert.

—Sí, claro que te entiendo.

—También nos dijo que debíamos escribir acerca del desacuerdo que reina en el campo enemigo y que, por todos los medios que estuvieran a nuestro alcance, debíamos incitar al pueblo a que combatiera hasta el último instante. "Pero, por favor —dijo—, no me crean ustedes tan tonto como para creer todo eso. La ruina de Alemania es algo fuera de duda. De todos modos yo tengo una ambición y esa ambición la mantendré hasta mi último aliento", exclamó levantando la voz. Hubieras tenido que ver su rostro: parecía la máscara mortuoria del arcángel Gabriel. "Aspiro —continuó diciendo— a que durante más de quinientos años en todas las historias de Alemania se recuerde que el pueblo alemán, pese a todo, no capituló, sino que sucumbió con las armas en la mano y que esa gesta fue obra exclusiva de Goebbels, el ministro de Propaganda".

—¡Sí, eso ya se ve!

Oyeron un ruido bajo sus pies. Otra salva de bombas acababa de caer sobre la ciudad.

—¿Qué es lo que se ve, Herbert?

—Se ve a tu ángel caído y todas las casas derruidas de la Wilhelmstrasse y de la Vosstrasse. Esos señores creen de verdad que la guerra es algo así como una ópera de Wagner, y no saben que la canallada, que al final de cuenta nadie podrá ocultar, será escrita el día de mañana con todas sus letras.

La tierra continuaba sacudiéndose bajo sus pies.

—También yo tengo mis cápsulas, Herbert. Me las ha dado Goebbels. Tengo dos: una para mí y otra para ti. Te la regalo; tómala. Ahora todo es posible: la horca, los rusos, todo.

El coronel Zecke cogió la pequeña cápsula recubierta de un polvillo blanco que le ofrecía Splüge. Guardó luego cuidadosamente la cápsula en el bolsillo interior de la chaqueta. El muchacho tenía razón. Nadie sabía lo que podía suceder. Y aquello era un misterioso tesoro, una oscura puerta que uno podía abrir a su antojo y que también podía mantener cerrada.

Zecke se sintió angustiado en el sótano. Se levantó y salió afuera. Un inmenso incendio teñía de rojo una nube que navegaba por el cielo, y la luz volvía a caer sobre la tierra. Zecke se tumbó sobre el suelo. Una pequeña mata de hierbas que había frente a su nariz le pareció de un tamaño gigantesco y las hierbas se le antojaron tan espinosas como cactus del desierto. Estaban bombardeando sobre Zehlendorf. Ardían unos depósitos de gasolina. Berlín ardía por los cuatro costados y en el centro de la ciudad, en el Ayuntamiento, en el Schloss y en la Alexanderplatz, era donde el fuego tenía mayor violencia.

Se alejaron las escuadras de los bombarderos. El ataque había cesado.

Y también había cesado de funcionar la artillería antiaérea, pues en realidad ya no había más municiones. Muchas casas se habían derrumbado y bajo los escombros quedaban centenares de cadáveres. Ya no caían más bombas y había llegado el momento en que los sobrevivientes se separaban de

los muertos.

Splüge continuaba sentado en el mismo sitio de antes. Echó una dura mirada a los recién llegados e incluso a Zecke, que volvió a ocupar su antiguo sillón.

—Créeme, Herbert; para mí no es nada agradable el pasearme por Berlín. ¡Qué espectáculo: esas calles, y esas casas, y esas gentes!

Pareció que buscaba una semejanza que le ayudara a componer el cuadro, pues al fin y al cabo aquella era su profesión. Pero fracasó en su empeño.

—Sí, ya lo tengo. Pero, no; no es eso.

—Eso sería lo mejor.

—¿Qué sería lo mejor?

—Que no te esforzaras en hacer comparaciones vacías y sin sentido.

—He malbaratado mi existencia, Herbert. La verdad es que no he hecho nada provechoso. Todavía no he pronunciado ni escrito una sola palabra viva, y ya ves: debo ser enterrado junto a la blanca máscara del doctor, con todo lo demás... Sí, hay que mostrar esa máscara tal y cómo es, y también hay que mostrar aquel corazón helado. ¡Tan inteligente y tan frío! ¡Tantas mujeres y tan poco amor! Su esposa lucha como una leona; desea marcharse de Berlín y sacar de aquí a sus cinco hijos. Pero él no la deja partir. Juntos han hecho el mismo camino, y juntos deben morir. En su casa junto al Lange, durante un bombardeo, mientras ella y los pequeños permanecían refugiados en el sótano, él y un amigo suyo estuvieron todo el rato en la azotea, mirando hacia Berlín, siguiendo el curso del ataque. A mí me confesó que podría llegar un momento en que no deseara seguir viviendo y entonces no sabría qué hacer con sus hijos. No debes creer, sin embargo, que eso me lo confesara así, tal como te lo digo. Eso me lo dio a entender dejando caer una palabra de vez en cuando, muy de tarde en tarde, y con algunos de sus recientes silencios. Sé que después de aquel bombardeo estuvo discutiendo con un amigo si las personas mayores, y especialmente los padres, tenían el derecho de disponer de la vida de las criaturas. Él sostuvo que sí y dijo que los padres no solamente tenían el derecho, sino que tenían el deber de decidir sobre la vida y la muerte de aquellos que todavía no tenían criterio propio.

"¡Juntos han hecho el camino, y juntos deben morir! Eso atañe a los niños, pero también me atañe a mí, Vicco Splüge. También yo quería ser mayor de edad y deseaba convertirme en hombre y todo para luego, al final, caer con los demás en el agujero. Allí, en la Vosstrasse y en la Wilhelmplatz, vi la danza macabra de las máscaras. Yo le he visto. Y esto, Herbert, es algo inolvidable. Como Goya, ¡yo le he visto! Y el que ha visto ese espectáculo de la manera que lo vio Goya, ése sí que podrá alcanzar una auténtica mayoría de edad y ordenar su vida de un modo ejemplar. Aquellas máscaras llevaban a cabo una denuncia pública, y como tú acabas de decir: el unicornio, el cancerbero, las quimeras...

—Debo rogarles a ustedes... —comenzó a decir Wittstock al entrar en el sótano, y tras él aparecieron su esposa y su hijo.

—¿Qué vas a rogaros? Estoy dispuesto a continuar la conversación.

—Debo rogaros que no habléis tan alto.

—Yo en tu lugar soltaría lo que llevas dentro.

—Bueno; acaba de suceder algo desagradable. Parte de vuestra conversación, en el transcurso de la cual os habéis manifestado demasiado

fatalistas, ha sido oída por nuestros vecinos, el coronel de aviación y su esposa. El coronel acaba de venir a casa y me ha dicho: "No quiero que se diga que voy por ahí haciendo denuncias. No, no voy a denunciar a su amigo, que al fin y al cabo es un coronel, como yo. Pero mis hijos se han quedado atónitos al oír hablar de ese modo a oficiales de alta graduación y a altos funcionarios del Partido".

—¿Y no le has dado tu parecer al coronel?

—¿Mi opinión? ¿Qué quieres decir con esto, Herbert?

—Mi querido Wittstock: si hubieras conservado la mitad de tu antigua inteligencia y de tu pasado humor, le hubieras dicho a ese señor: Mi querido coronel, si todavía quiere usted a sus hijos dígales que dentro de pocos días unos tanques rusos se detendrán ante la casa y adviértales de que en tales circunstancias, cuando una gran ciudad se ve obligada a capitular, la gente suele colocar banderas blancas en las ventanas. Así y no de otra manera hubiera debido hablarle a ese señor coronel. Y respecto a ti, hace días que deseaba preguntarte si para franquearte deseas aguardar a los últimos cinco minutos. ¿Puede saberse lo que esperas? ¿Aguardas acaso a que ese fantasma que habitaba en el refugio de la Cancillería, a que ese hombre que ha causado la ruina de Alemania, te ofrezca una solución?

Alguien golpeó la puerta con los nudillos.

—¡Ya está! ¡Ya lo has conseguido!

—¿Qué es lo que hemos conseguido? ¡Vaya intelectual exaltado!

La señora Wittstock abrió la puerta. Un oficial aviador entró en la habitación. Era el coronel Aachern. El coronel Aachern saludó a la concurrencia, echó una mirada a la silla que Wittstock le ofreció, se fijó en Splüge y volviéndose hacia Zecke dijo:

—A mi modo de ver, el que un alto oficial vestido de uniforme, como usted en este momento, se atreva a hablar de la manera que acabo de oír, significa el final de Alemania. Cuando se está en guerra, sin embargo, no debe ofenderse al jefe supremo del ejército, al que, además, se ha prestado juramento de fidelidad.

—¡Oh! —exclamó Zecke.

¿Dónde se encontraba? ¿Cómo había ido a parar a un mundo en el que todavía se hablaba de juras de banderas? En seguida, sin embargo, se percató de lo terriblemente ligado que se encontraba a causa de aquel juramento en el que incluso los mejores enterraban su responsabilidad bajo la palabra dada. Pero no consintió que un joven oficial y mucho menos un oficial de aviación se comportara como en otra circunstancia hubieran podido hacerlo sus antiguos compañeros. Tras la dudosa muerte de Mölders, el suicidio de Udet y el contrario parecer del inspector general Galland respecto a las órdenes del Alto Estado Mayor, cuyo último acto fue la devolución a Göring de las condecoraciones que éste había concedido; y cuando la "Luftwaffe" no podía cumplir con las obligaciones del momento y estaba tan desorganizada y desmoralizada como estuvo la marina al final de la primera guerra europea, el coronel Zecke no podía creer que la actitud del coronel Aachern fuera sincera. Era imposible que el coronel Aachern fuera tan estúpido. Estaba seguro de que el juramento no era para Aachern más que una cortina tras la cual esconderse o un corsé gracias al cual conservar una actitud de gallarda apariencia. Siempre, una y otra vez, se planteaba el mismo tema de la fidelidad a la bandera y de la limpieza del uniforme. Y acerca de todo ello tenía él muchas

cosas que decir.

—Hace treinta y cuatro años que visto el uniforme —dijo Zecke en voz baja, como si hablara para sí mismo—. Los gobiernos, durante este tiempo, han cambiado tres veces y otras tantas he tenido que prestar juramento. La última vez, sin embargo, en vez de seguir la tradición prusiana, no juramos a la bandera, ni a un principio, sino a una persona. ¿Debemos por ello olvidar el principio? ¿Podemos estar ligados a una persona que no encarna ése principio (y que jamás lo ha encarnado) y que nos ha conducido a la catástrofe?

—Esta es otra observación absolutamente intolerable. ¿Qué quiere usted decir con eso, señor Zecke?

—Pues quiero decir que hemos llegado al final y que ya no tenemos manera de combatir al mundo entero, que tan bien armado nos hace la guerra.

Tampoco aquellas palabras podían gustar al coronel de aviación. Aachern estaba destinado al campo de Rechlin. De las noventa máquinas de su antigua escuadra únicamente le quedaban cinco o seis. Las demás estaban destruidas o esperaban en los cobertizos a que alguien las reparara, permanecían medio hundidas en el barro o habían sido derribadas.

—Usted, camarada Aachern, lo sabe igual que yo, no puede ignorarlo: no tenemos material y nos falta gente —dijo Zecke, y al hacer aquella afirmación parecía tener un motivo especial para hacérsela al coronel.

"Desde luego, es cierto —pensó Aachern—. No tenemos gasolina. Únicamente se nos da un sucedáneo con el que los motores no pueden funcionar. Al despegar, los aviones lanzan una tremenda humareda, como si tuvieran que levantar un enorme peso. Y con el aceite ocurría lo mismo que con la gasolina. Si a los diez minutos de volar a todo gas no se cambiaba el aceite, podía uno despedirse del avión. No tenían gasolina, ni aceite, ni radar. Y los aviones, por otra parte, se habían quedado viejos. El último modelo de caza "Messerschmidt" había sido adaptado a avión de combate y todavía se veían obligados a bregar con el viejo Me-62."

—Sí, es cierto, es cierto —dijo el coronel Aachern—. Pero, a pesar de todo, lamento que en esta casa —y al decir aquellas palabras se volvió hacia Wittstock— y bajo este techo se haya dicho todo esto.

Continuaba en pie y al ofrecérsele de nuevo asintió, cogió la silla, la apartó de la mesa y se sentó.

—Querer continuar la guerra en estas circunstancias —dijo Zecke —es enviar a la muerte, sin que para ello exista ninguna justificación de orden militar ni político, a los soldados, a las mujeres y a los niños. A esto hemos llegado, señor Aachern, y estamos malbaratando nuestra semilla.

"Sí, también aquello era cierto —pensó Aachern—. Aquellos chiquillos a quienes se había obligado a pasar de los aviones a vela de las sociedades juveniles a los Me-62, y que al primer vuelo caían de morros al suelo, eran una auténtica semilla echada a perder."

Aachern permanecía con el busto erguido y contemplaba a la concurrencia con mirada sombría.

"¿Qué hacía él en medio de aquella gente? Por lo menos debería ordenar a su mujer que se marchara. Debía evitar que su esposa respirara aquella atmósfera derrotista. De todas maneras, sin embargo, quizá ya no era necesario tomar tales preocupaciones. Ella misma le había hecho algunas observaciones poco ortodoxas."

—¡Nuestra situación es realmente trágica! ¡Es una dura prueba para los

nervios! —exclamó Wittstock.

Zecke alzó la mano e hizo un gesto como si quisiera desaprobar aquel tono de queja.

—No es necesario que tratemos de disculpar a nadie. Estamos sentados al borde de un volcán y nos esforzamos en hablar de una manera razonable. Si algo hay aquí de lamentable son las causas que nos obligan a expresarnos de este modo. Y no solamente aquí, sino en todos los sótanos de Berlín, las gentes se rompen la cabeza preguntándose de qué manera podrán salir de esta situación.

—Será mejor que bebamos algo —dijo Splüge, que ya había preparado sendos vasos para los reunidos. Las mujeres bebieron licor. Splüge repartió sus cigarrillos. El coronel Aachern hubiera rechazado el coñac e incluso no habría continuado sentado allí de no tener en su bolsillo una orden que aquel mismo día había recibido del Cuartel General. Nunca hasta entonces había hablado con nadie acerca de aquellos temas.

—Hasta ahora me he limitado a estar sentado tras los mandos de mi avión. Encontrar las grandes soluciones era una tarea que no me correspondía a mí sino a mis superiores. ¿Por qué, pues, tenía yo que ocuparme de ellas? Era una cuestión de principio. Hasta ahora me había atendido a él. Pero quizá convendría revisarlo. Zecke tiene parte de razón. Desde luego no podía aceptarse la responsabilidad de ordenar más vuelos. ¡Y ahora llegaba esta orden! A las cero horas debía asegurar el vuelo de un correo aéreo y limpiar para ello el cielo de Berlín. Pero, ¿cómo iba a poder hacerlo? En la orden se decía que la acción debería efectuarse echando mano de todas las fuerzas disponibles. Así, pues, debería utilizar toda su escuadra, compuesta de cinco o seis aviones. Y si las armas no bastaban para realizar aquella acción, el enemigo debería ser embestido directamente, con los aviones.

"¡Embestido!"

—Nosotros todavía estamos en el coñac —dijo Splüge—, y los otros ya están en el Zyankali. Algunos también lo hacen con veronal o con morfina.

"¡Caza nocturna con el cielo lleno de "Mosquitos!" ¡Y hay que embestir!"

El coronel Aachern miraba, uno tras otro, a los invitados.

"Cuánta experiencia había de tener este oficial del Estado Mayor General, cuyos cabellos comenzaban a blanquear y que de joven había tomado parte en la batalla de Verdún y ahora había llegado hasta las mismas afueras de Moscú. Y este otro, este primer teniente que ocupaba un alto puesto en el Partido... ¡Zyankali, veronal! ¿Quién habría dado aquella orden tan estúpida, absolutamente irrealizable, sobre todo después de haber declarado él la triste situación de su escuadra y después de haberse demostrado el fracaso de los aviadores suicidas japoneses? Aquella idea se le habría ocurrido al mariscal del Aire y seguramente Galland ya le habría dicho su opinión. Posiblemente el general habría sido amenazado de muerte y no habría tenido más remedio que cursar la orden. Debemos obedecer y luego... ¡Pobre Lisa!"

Y Aachern compadeció a su esposa, a quien cada día, al regresar de Rechlin, contaba lo sucedido en el campo y ponía al corriente de los jaleos del personal. ¡Pobre Lisa... y Joachim y Anneliese!

Apenas oía lo que se decía junto a la mesa y los demás respetaban su silencio.

—¡Ah, sí! ¡Claro que conocí al doctor Lemke! —exclamó Zecke—. No, no quiero Zyankali. Se trata de un caso muy diferente, camarada Aachern.

Zecke trató de que Aachern tomara parte en la conversación general.

—No, el doctor Lemke no era así. Quisiera contarles a ustedes, y en especial a usted, camarada Aachern, cómo conocí al doctor Lemke. Y también me gustaría referirles algo de su vida pasada. El doctor Lemke es un viejo amigo mío, a quien quiero mucho. Es un hombre muy inteligente que tiene un importante negocio de imprenta. También edita una revista de economía. En cierta ocasión necesitaba verle. Quise hablarle por teléfono, pero el teléfono no comunicaba. Ayer hablé con su hermana: me dijo que mi amigo acababa de regresar de un largo viaje y que estaba durmiendo. Le rogué que despertara a su hermano, le dijera mi nombre y le comunicara que desde hacía unos días esperaba a que se me notificara mi nuevo destino. Al cabo de unos momentos me contestó que su hermano me recibiría con mucho gusto. Y fui a su casa. El doctor Lemke me comunicó que a causa de la actual situación del país había trasladado a su familia a Bodensse. Luego se había llegado hasta Groningen y había sacado a un hijo suyo del Instituto de aquella ciudad. Mientras estaba en Groningen, los tanques norteamericanos llegaron hasta a veinticinco kilómetros de la ciudad. Y en seguida me contó su aventura. "Mi querido coronel Zecke — me dijo—, sé que he obrado contra todas las leyes de la lógica. La dirección del Instituto me rogó que, en calidad de ingeniero agrónomo, me presentara a las fuerzas norteamericanas. Estaba casi dispuesto a cumplir el encargo, pero de pronto me dije que no podía abandonar mi puesto en Berlín y dejar que mis gentes se vinieran abajo. Y a última hora alquilé un carruaje (entre tanto, los norteamericanos se habían acercado todavía más) y me marché a Karacho y desde allí continué hacia aquí. Atravesé los campos donde el ejército alemán se deshacía por momentos. He visto dispersarse los regimientos y he visto cómo los agricultores ya no quieren ayudar a los soldados que se batían en retirada. A las cinco horas de viaje, cuando estábamos en una pequeña estación del ferrocarril, sufrimos un tremendo ataque aéreo. Créame usted, Zecke, cuando un país es vencido en tierra, y cuando el enemigo es dueño absoluto del cielo, no tiene sentido pensar en nuevas operaciones, ni tan siquiera en organizar una nueva resistencia. Los americanos dominan las carreteras y las vías férreas, y así que se hace de día no puede circular ningún tren ni avanzar ningún batallón, ni correr ningún auto, ni trotar ningún caballo sin que cada veinte kilómetros se produzca un ataque aéreo. Así lo acabo de comprobar. El tren en que viajaba tuvo que detenerse innumerables veces. Un ataque se produjo en campo abierto y los viajeros buscaron refugio en un bajo nivel. Al cruzar un puente fuimos atacados de improviso. Los aviones ametrallaron el tren, redujeron los vagones a escombros e inutilizaron la locomotora. El pánico cundió entre los paisanos, las mujeres y los niños. Y también vi como algunos jóvenes oficiales perdían los nervios. Créame usted: los cincuenta o cien soldados que vivieron aquella escena han quedado fuera de combate para varias semanas. No hay nada que hacer. Eso significa la catástrofe final."

"Esto es lo que me contó mi amigo, el doctor Lemke, que nunca ha disimulado su creencia de que Hitler es el responsable de la catástrofe alemana. Pero ahora que la tropa ha sido derrotada, se ve incapaz de dejarla en la estacada y acude a sus camaradas, y eso también lo haría si antes no hubiera prestado juramento.

—Sí; el sentido de responsabilidad hacia la tropa —dijo Aachern—. Pero, al fin y al cabo Lemke todavía tiene una tropa. Yo, por mi parte, no la tengo

desde hace meses.

Cuando se refirió a su traslado de la aviación de combate a la aviación de caza, dijo lo mucho que le disgustó e impresionó el tono indisciplinado y el poco espíritu militar que reinaba entre los pilotos de caza. Luego, cuando las demás unidades se fueron deshaciendo y el personal de los antiguos aviones de transporte, combate y observación pasó a la aviación de caza hubiera querido volver a la antigua situación. Antes, por ejemplo, se había dado el caso de que, para no debilitar la fuerza combativa de su escuadrilla, un piloto herido, con la pierna enyesada, subiera a su avión. Pero todo eso se acabó cuando en la aviación de caza ingresaron los pilotos de otras unidades. Entonces se acabó la camaradería, el orden y la disciplina. El campo de aviación estaba lleno de individuos que habían pasado ante un tribunal militar, que habían sido expedientados por motivos personales y políticos y que habían sido castigados por haber formulado críticas contra el pésimo material que tenían entre las manos. Y también estaba lleno de individuos que habían sido degradados, algunos de los cuales pasaron de coroneles, con la cruz de hierro y demás, a simples cabos. Entonces sí que todo había terminado. Uno estaba ausente, otro enfermo, otro se daba de baja, otro echaba a volar hasta que el motor se le salía del aparato. Y cuando el viejo equipo hubo desaparecido, la escuadra se quedó sin moral. Y las cosas se agravaron todavía más y finalmente la escuadra acabó casi por desaparecer y en vez de pilotos militares había allí una especie de milicia popular. Y también ésta fue eliminada. Y ahora sólo quedaban cinco o seis hombres. ¡Y había que embestir!

—Sí; la verdad es que en gran parte estoy de acuerdo con usted —dijo Aachern—. Y también comparto la opinión de su amigo acerca del dominio que el enemigo ejerce sobre el cielo de Alemania. Me doy perfecta cuenta de todo esto.

Aachern miró a Zecke en los ojos. Tenía deseos de franquearse con aquel hombre. Pero la conversación hubiera tenido que efectuarse sin testigos a la vista. No podía apartar de su imaginación aquella orden. Y no tenía un momento de paz. Pero decidió que aquello debía arreglarlo por su cuenta. Se levantó y al despedirse besó la mano de la señora de la casa. Luego se volvió hacia la concurrencia y dijo:

—Les agradezco la compañía y les deseo muy buenas noches.
Y acompañado de su esposa salió del sótano.

QUEMEMOS TODO ESTO

El coronel Zecke caminaba una vez más por la ciudad bombardeada, mil veces herida, y se dirigía hacia un barrio tan destruido y abandonado que le produjo la impresión de hallarse entre una ciudad en ruinas. La lluvia, que en cierto modo había limpiado aquel paisaje de escombros, entre los cuales aparecían grandes charcos de agua, había dado al conjunto un aspecto todavía más desolador. Contempló un desvencijado tranvía que avanzaba lentamente, chirriando sobre las vías. Y contempló también, a la población civil que cargada de maletas y paquetes efectuaba el eterno recorrido hacia los refugios, y una vez más se detuvo al mirar las largas colas de mujeres que aguardaban poder comprar algo de comida, o esperaban, cerca de las fuentes públicas, llenar sus cubos. Todavía había sostenido algunas conversaciones con Wittstock y luego había dejado de frecuentar la casa. Al coronel Aachern no lo había vuelto a ver, y las únicas noticias que tenía de Splüge era una tarjeta en la que éste le había comunicado que marchaba por un par de días al frente del Oder.

En Karlshorst, en la antigua Escuela Militar de Ingenieros, en el trecho entre la cantina y la oficina del regimiento, le pareció que los otros habían cambiado de expresión. Se dirigió a un soldado que parecía particularmente afectado y le preguntó:

—Dígame usted, amigo: ¿ha ocurrido algo?

—¿No está usted enterado?

—No. ¿De qué?

—Los rusos han llegado hasta aquí. Esta mañana hacia las cuatro hemos sufrido un gran cañoneo. Hemos oído perfectamente los disparos de la artillería pesada. Los rusos han cruzado el Oder; es decir, han alcanzado las alturas de Seelower.

El servicio de información del regimiento se basaba en conversaciones telefónicas y en rumores. Según esos rumores, los rusos habían alcanzado las alturas de Seelower y luego habían sido rechazados. Pero, en todo caso, habían iniciado su nueva ofensiva en aquella región con una formidable preparación artillera y un enorme despliegue de material. Eso es lo que se desprendía de las numerosas conversaciones telefónicas y de los inagotables rumores.

Zecke tuvo una nueva sorpresa en la oficina del regimiento. Mientras esperaba al ayudante se enteró de que su nuevo destino había sido comunicado. El profesorado y los alumnos de la Academia de Ingenieros habían sido trasladados a Baviera y él debía presentarse en un lugar cercano a Regensburg.

—Es muy tarde; son casi las doce —dijo Zecke, y extendió un mapa junto a la orden de ruta.

—Desde el Elba hasta el Oder (o hasta las alturas de Seelower, como ahora se dice) tenemos el talle de avispa. Porque, ¿se ha percatado usted,

comandante, de que lo que todavía nos queda en Alemania parece sobre el mapa un reloj de arena? Todavía nos queda algo en el norte y otro poco en el sur, y en medio, esto es, aquí en Berlín, está el delgado cuello por el que pasa la arena.

Al ayudante no le gustaron aquellas observaciones hechas sobre el mapa. Sin embargo, no acababa de encontrar absurdo aquel parecido entre la actual situación del mapa y el reloj de arena, y además ahora resultaba que las cínicas y arrogantes observaciones de aquel coronel se iban convirtiendo en una evidente realidad.

—Así, pues —dijo Zecke, al tiempo que extendía una mano sobre el mapa —, ya que la carretera entre Leipzig y Nüremberg está casi toda ella en poder de los norteamericanos, para ir a Regensburg no tendré más remedio que pasar por Praga.

"¡Aquella era otra de sus impertinentes exclamaciones!"

El pagador se movió como si hubiera sido picado por un insecto, pero en seguida se volvió a doblar resignadamente sobre sus papeles.

El ayudante dio a Zecke su orden de marcha.

El oficial pagador entregó en seguida una orden para que en la cantina le proveyeran de lo necesario para el viaje. El pagador, sin embargo, demostró no tener un carácter rencoroso y añadió una botella de coñac a la lista de artículos que debían ser entregados.

La despedida fue breve.

"Ha sido una despedida ceremoniosa y fría", pensó Zecke cuando estuvo fuera. Había de encontrar de nuevo al oficial pagador, pero el encuentro había de verificarse en un mundo muy distinto a aquél. Un día, entre unos cinco mil presos de guerra, reconoció al pagador de la Academia de Ingenieros, que iba envuelto en un lastimoso uniforme.

—¡No creía encontrarle de nuevo!

—Pues no sabe usted la alegría que me da. ¡Estábamos tan irritados contra usted a causa de aquellas observaciones que nos hacía!

Porque usted, claro está, no nos tomaba en serio y ahora me doy cuenta de la razón que tenía al tratarnos como a niños.

Esto ocurrió algunas semanas más tarde.

Zecke caminaba hacia la estación de Karlshorst. Oyó cómo detrás suyo disparaba la artillería pesada, que todavía estaba muy lejos, pues los disparos semejabán un croar de ranas. Valiéndose de diferentes medios de transporte llegó primero a la Alexanderplatz y luego al Wannsee. La despedida de los Wittstock también fue algo helado. Las fórmulas corteses malograron en el último momento una postrera y franca explicación. Dejó un saludo para el coronel de aviación, que había regresado tras el último servicio. Empaquetó sus cosas. Cogió un pequeño saco de mano y una cartera de documentos y se dirigió hacia la estación. La estación de Potsdam era un inmenso edificio incendiado en el que no había más que sombras. Pues sombras eran los vagones que, con la luz roja en lo alto, entraban silenciosamente en la estación. Y seres provenientes de un mundo de sombras eran los soldados cargados de sacos y maletas que en silencio y a toda prisa atravesaban los andenes.

Zecke se dirigió a un empleado, y le dijo:

—Debo ir en dirección Dresden-Praga.

—Diríjase usted, por favor, al andén número cinco, donde se está

formando un tren. Ya hay siete vagones colocados y únicamente falta la máquina.

—¿Cuándo marcha el tren?

—Dentro de cinco horas, a lo más, si tiene usted suerte.

Zecke avanzó entre la oscuridad, encontró los vagones y subió a uno de ellos, donde encontró un conjunto de sombras que aguardaban en silencio. Encendió una cerilla y vio un asiento desocupado.

—¿Me permite?

—No faltaba más.

—¿Hacia dónde va usted?

—Hacia el Sur, camarada.

En la estación se hablaba de ir hacia los cuatro puntos cardinales, pero únicamente podía irse hacia el Norte o hacia el Sur.

—¡Ojalá tengamos suerte y podamos salir de aquí!... No tardará en producirse el próximo ataque aéreo... Y las bombas caerán seguramente aquí, en la estación... Estoy convencido de que pasaremos una noche muy agitada...

"No podéis espantarme", pensó Zecke. Tenía pan, un trozo de longaniza, una lata de sardinas, cien cigarrillos y, gracias al buen carácter del pagador, una botella de coñac, y otra que le habían dado en Wannsee. "Ningún bombardeo aéreo puede espantarme y además no pienso meterme en un refugio para luego perder el tren. No; aquí estás y aquí te quedas. Todo eso de la alarma aérea, el refugio y todo lo demás son pequeñas reglas para ir tirando, que no están mal, pero que únicamente sirven para los chiquillos y para figurar en cierta clase de historias. Mejor que todo eso es una botella de coñac."

Abrió su mochila, descorchó una botella, bebió un trago, comió un pedazo de pan y un trozo de longaniza, volvió a beber, dio otro bocado y finalizó con un sorbo más. Luego, al cabo de un momento, acercó de nuevo la botella a los labios y se bebió casi todo su contenido.

"Ahora ya puede durar lo que sea —pensó—. No te preocupes por nada. ¡Que ocurra lo que debe ocurrir! Lo importante es ser valiente."

Zecke quedó ensimismado y en su imaginación despertó el perfil de unos rostros. Ahora veía claramente dibujados los semblantes de los Wittstock, de Splüge, de la mujer de Putlitzer, de Hallen y de la desconocida de la Alexanderplatz. Y también recordó a Lena y se la imaginó con una falda plisada y cubierta con un ancho sombrero de paja. ¿Cuánto tiempo hacía de todo aquello? Fue durante una semana que estuvieron en Kiel. Y ahora se daba cuenta de que durante toda su estancia en Berlín no había pensado ni una sola vez en Lena, su esposa.

Fue como si cayera en un profundo pozo y quedara sumido en la más profunda oscuridad. Y aquello duró hasta que un sordo rumor se desató junto a él y las sombras comenzaron a moverse como si despertaran a la vida. Las sombras iban de un lado a otro cargadas de sacos y paquetes. Y luego todo quedó en silencio.

—¡Aquí todavía hay alguien!

—¡Eh, tú, coronel! ¡Alarma!

Volvió a coger la botella y bebió lo que en ella quedaba. Luego descorchó la segunda y continuó bebiendo.

"Siempre habrá tiempo para ir bebiendo. A vuestra salud, muchachos. Y a la vuestra, mis amores. El sabio viaja a través de los ocho países bárbaros, se baña en los cuatro mares, escala las cinco montañas sagradas, vuelve

después del viaje a su patria y contempla finalmente la pared vacía, y así acaba su vida. El coronel prusiano es más contentadizo: ahora comienza su viaje a través de los países bárbaros y lleva como alimento una longaniza y como néctar una botella de coñac, y ninguna alarma puede alterarle. Esos aviones, sin embargo, hacen un tremendo estruendo. Y las bombas caen de verdad. Ahora, estando como estoy en peligro, me hubiera levantado y me hubiera ido en busca de un refugio. Pero, no; aquí estoy y aquí me quedo. Tanto me importa que en el cielo haya una o dos escuadras. De todos modos no pienso contarlas."

Caía una bomba tras otra.

Berlín ardía igual que había ardido ayer, anteayer y todos los días. Una lluvia de chispas cayó en la estación. Las llamas se erguían hacia el cielo, en la noche. Esta vez no se hallaba lejos de la acción, como cuando estaba en Wannsee, ni se encontraba refugiado en los sótanos de una casa tambaleante; esta vez se hallaba en medio del huracán y parecía que la tierra iba a abrirse de un momento a otro. El rojo resplandor del fuego iluminaba el interior del vagón. En el llamear de las explosiones se veía una extensa gama cromática que iba desde el blanco hasta el negro cerrado. En el cielo se tambaleaban aviones incendiados que parecían almas malditas del cielo y de la tierra. Y únicamente había un único ser que estaba completamente solo en la Santa Montaña. Y eso no se hace. No se permanece solo. Ni se queda un sentado cuando el mundo se viene abajo, sino que por lo menos, y aunque no tenga sentido, uno se arroja bajo el vagón.

Zecke bebió un trago y se quedó sentado.

"Vaya tipo extravagante ese Zecke! Dice que hay que deslindar las órdenes de las conversaciones, y quien únicamente es hombre para recibir o dar órdenes sólo es medio hombre. Y también dice que deben ser deslindados el principio y la persona..."

Así pensaba Aachern, el comandante de aviación Aachern.

La verdad es que había obrado mal con los pilotos de caza del viejo equipo. ¿Qué significa que una gorra esté torcida o que alguien se deje crecer las patillas unos centímetros más de lo reglamentario? Lo importante no es el uniforme, sino el hombre que en él se encierra.

Tardío descubrimiento.

"Ya no queda ningún joven, pues unos se han marchado, otros han caído de bruces y otros han desaparecido. No hay más que dos viejos y tres jóvenes, es decir, los restos de una especie de milicia del aire."

"Ahora me encuentro en medio de la porquería, que no puede ser mayor."

Así pensaba el coronel de aviación Aachern mientras volaba a ocho mil metros sobre Berlín. Cinco aparatos volaban tras él. La escuadrilla también volaba a ocho mil metros de altura. Así se decía en la última comunicación emitida por radar, que había podido captar. Luego el aparato dejó de funcionar.

Volaba a ocho mil metros de altura, a una velocidad de quinientos sesenta kilómetros por hora. Con seis aviones, que en total tenían treinta y seis ametralladoras, se veía obligado a encontrar a los "Mosquitos" y entablar combate con ellos para así limpiar el cielo de Berlín.

Aquella orden era una locura. El general de los pantalones ribeteados de rojo, de las piernas torcidas de tanto montar a caballo y de la roja nariz de tanto

beber, había dejado de ser un tipo divertido.

"El correo aéreo tiene que llegar a su destino. Usted me responde de ello con su vida, Aachern. ¡Con armas o con abordajes!"

"Pero, ¿dónde están? A ocho mil metros, dijo el radar, y en seguida enmudeció estropeado."

Aachern miró hacia abajo y vio como estallaban las bombas en el suelo, y también vio pasar sobre él los cortos relámpagos de las bombas incendiarias.

"Así, pues, están más arriba que yo. Están más arriba y a la izquierda. A la izquierda y arriba, emitió al triste grupo, compuesto de cinco hombres que gobernaban a "Cocodrilo", "Elefante", "Caruso", "Serpiente" e "Iltis". Pero aquella caja de mierda —el Me. 109— había alcanzado en sus mejores momentos los once mil metros y ahora únicamente llegaba a los diez mil. Y los "Mosquitos" probablemente volaban a catorce mil metros de altura. Aachern vio cómo caían las bombas y descendían las bengalas luminosas, y siguió su curso a través de la noche, y vio sus estelas blancas, rojas, amarillas, verdes y azules, y cómo luego, mucho antes de llegar a tierra, expandían una gran luminosidad. Se percató de que el radio de acción de aquel bombardeo abarcaba desde la Puerta de Brandenburgo hasta el campo de Tempelhof, por una parte, y desde Neukolln hasta Schöneberg, por otra; es decir, se dio cuenta de que el bombardeo se cifraba en el centro mismo de Berlín, que él había de dejar libre de enemigos para asegurar la llegada del correo. Aquel trozo de Berlín aparecía iluminado como al mediodía, y también la Puerta de Brandenburgo, la estación e incluso la columna de la plaza de Belle-Alliance se destacaban con todo detalle.

El enemigo arrojaba su cargamento de bombas en aquel gran círculo luminoso. Era imposible cumplir aquella orden, y el sacrificio hubiera debido de pensarlo mucho antes. Hubiera debido de reunir a sus muchachos, explicarles la desesperada situación y luego despegar y dirigirse hacia el Oeste. Ahora ya era demasiado tarde. Ahora estaba en medio del caos, volando sobre aquel gran círculo fantasmagórico, dirigiéndose hacia el centro mismo de la tormenta. "¡Afuera con esas ideas vergonzosas! ¡Hay que dar la vuelta!"

Aachern dirigió su aparato hacia la izquierda y los demás le siguieron. Observó que la artillería antiaérea disparaba contra ellos.

"Sólo faltaba que nuestra propia artillería nos echara abajo."

Una especie de balones encendidos escalaron el cielo, y de pronto comenzaron a estallar a derecha e izquierda y encima y debajo de los aparatos; era la artillería antiaérea. Focos luminosos e incendios. Grandes incendios. El pálido dedo de un reflector se posó sobre "Elefante".

"Elefante" comunicó: "Elefante" a "Paloma". Blanco de artillería, blanco. Han hecho blanco conmigo." Y en seguida la llamada desesperada: "Blanco, blanco". "Elefante" a "Paloma": "Debo arrojarme."

Luego, silencio. Uno menos.

"¿Dónde están los demás?"

"Paloma" a todos, "Paloma" a todos."

Abajo, en la tierra, un gran círculo luminoso. Abajo, un caos; un tremendo caos. Grupos de casas envueltas en inmensas columnas de humo, entre las cuales salían a veces grandes llamas.

Esta es la Potsdamerstrasse, la Yorkstrasse, el Güterbahnhof, y todo forma una gran isla de humo bordeada de rojo.

¿Dónde están los "Mosquitos"?

Aachern grita en el aparato emisor: "Tuba", "Tuba", "Cucú", "Cucú". ¿Dónde está la escuadra enemiga? ¿En qué dirección vuela y cuál es su altura?" Nadie contesta desde tierra.

También abajo todo estaba muerto.

¿Dónde están los demás? Tiene que haber cuatro, o por lo menos tres: un viejo y dos jóvenes. Esos me han seguido hasta el círculo infernal.

"Paloma" a todos, "Paloma" a todos, "Paloma" a todos.

Ningún Víctor, ningún Ricardo, ningún "enterado", ningún "no enterado". Nadie respondió.

Más disparos de la artillería antiaérea. Y más columnas de humo. Las columnas de humo de la artillería antiaérea son negras como el carbón. Aachern se adentra en aquella densa humareda a quinientos sesenta kilómetros por hora. Ya no ve ni la mano que sujeta el mando, y vuela a ciegas. Atraviesa parte de la humareda y vuelve a salir a la luz. Abajo está Berlín, envuelto en una luz fantasmagórica. Incendios, montañas de humo, relámpagos. Vuelve a entrar en la oscuridad. Y quiere salir de ella. Pero no puede. Está como cegado. No es capaz de volar a oscuras.

"¡Estúpida nariz de bebedor, tu comportamiento no tiene sentido! Zecke, Zecke, ¿dónde está Zecke! ¡Tengo que hablar con él! Sí, hay que hablar, es preciso conversar."

Pero ya es tarde. Ya es demasiado tarde.

¿De qué sirven ahora las aclaraciones?

Tiene que dar por terminado el ataque. Lo único que ahora queda por hacer es dar por terminado el ataque.

Aachern conduce su avión sobre la gran luz sin sombras. Y se encuentra otra vez en el espacio libre, que parece estar lleno de fantasmas.

"Cucú", "Cucú".

No contestan de la tierra.

"Paloma a todos."

Nadie está ahí. "Cocodrilo", "litis", "Serpiente" y "Caruso" han desaparecido.

"Paloma a todos: operación desechada. Se abandona operación. Abandonamos, abandonamos... Descenso, descenso, descenso."

Ni Víctor, ni Ricardo.

"No hay nadie; estoy solo."

Sombras que cruzan como una exhalación y miles de reflejos. Estelas encendidas de los gases. Un avión empenachado de humo y llamas. Depósitos de gasolina envueltos en fuego, restos de un gigantesco naufragio. Todo refleja mil luces y brilla de un modo multicolor. Día o noche, arriba o abajo, todo se confunde. Aachern no sabe ya dónde está. No sabe ya dónde está el cielo y dónde la tierra; sólo ve sombras, sombras fugaces y perdidas, sombras malditas.

"¿Contra quién debo atacar? ¿Contra quién debo disparar? ¿A quién debo abordar?"

Luego vio... Allí había un reflejo metálico. Ante él avanzaba una brillante silueta. Por fin, por fin tenía un blanco. Pero no vio nada. Estaba cegado. No podía disparar. Así, pues, al abordaje. Comenzó a picar. Descendió vertiginosamente. No se produjo ningún choque. El final no acababa de llegar. Descendió más allá de la supuesta meta. ¿Dónde estaba la muerte?

Seguramente había tratado de abordar un trozo de aluminio, un metal

incandescente, un tanque de gasolina, un fantasma o un simple engaño óptico. Aachern condujo su avión hacia arriba. La cabeza se le quedó sin sangre. Pareció que se hacía de noche. Todo desapareció ante sus ojos. ¡Jaque mate! Estaba acabado. Temblaba y se sintió mojado por un frío sudor. Se olvidó de su circunstancia. Luego recobró el conocimiento. Y se volvió a encontrar otra vez en el mundo de las sombras desprendidas. Y no sabía cómo debía considerar la orden recibida. ¿Es que aquella orden tenía algún valor sobre la tierra?

Aquello era algo pasado. El mundo de las órdenes se había hundido entre el humo y las ruinas. "¿Qué es lo que estoy buscando?"

"Hay que salir de aquí. Pero ¿hacia dónde debo ir? No hay ninguna salida. Lo único que hay que hacer es salir de aquí. Tanto da dirigirse hacia el Oeste como hacia el Sur. Pongamos proa al Sur."

Otro intento.

"Paloma" a todos, "Paloma" a todos: Ataque desechado, ataque desechado. Aterrizar, aterrizar."

Órdenes dirigidas a fantasmas: a "Caruso", "Iltis", "Serpiente", "Cocodrilo" y "Elefante": a dos hombres que todavía no habían cumplido los treinta años y a tres muchachos de dieciocho, que seguramente habían caído al suelo quemados y destrozados.

"Paloma" a todos: ataque desechado. Reunirse; rumbo Sur, Sur."

No hubo respuesta. No hubo respuesta. Rumbo Sur.

Aachern había perdido la sensibilidad y no hubiera sentido el pinchazo de un alfiler. No tenía miedo ni ideas. Accionaba de un modo mecánico. En realidad, no era más que una parte de su máquina, que a toda velocidad cruzaba el espacio. No era más que la palanca sobre la cual tenía puesta su mano.

"¿Cómo voy a aterrizar? Ya no hay ningún campo de aterrizaje. Lo que hay que hacer es salir de aquí; salir de este infierno, aunque en la tierra me aguarde otro. ¿Hacia quién debo dirigirme: hacia los rusos, hacia los norteamericanos o hacia la tierra de nadie?"

"Sólo queda una solución: salir del avión."

"Salir, salir."

"Estoy volando y quizá el avión vuela conmigo."

"¿Hacia dónde voy?"

"Volar, volar... sobre estepas, paisajes nevados, desiertos y sobre montañas. Una luz solitaria junto a otras luces: un hermano de las estrellas, esto es volar. Pero yo, perseguido por la nariz del bebedor me voy a la mierda. Una luz roja se enciende. El tanque tiene sed. Se enciende otra luz, también roja. Todo, en el avión, está lleno de luces rojas. Y lo propio ocurre en Berlín, porque el final ha llegado."

"Tengo el tiempo limitado, sólo me quedan diez minutos. Cinco minutos."

"Salir del avión, salir del avión."

No se trataba de morir; tenía que obrar, éste era su único pensamiento y aparte de él no había nada más. Salir del avión, salir. Y todavía más fuerte: salir del avión. Se desabrochó el cinturón, se sacó los auriculares, apretó la roja manivela que accionaba el techo de la cabina, apretó con los dos pies sobre una palanca y de pronto se vio proyectado hacia arriba.

De un modo mecánico contó: uno, dos, tres.

Estiró una anilla y el paracaídas se abrió. ¿Qué mundo le aguardaba allí abajo: el este, el oeste o la tierra de nadie?

Era de noche y abajo nada se movía. No se oían disparos ni se veían fuegos. Ninguna voz en el sótano. El mundo, allí abajo, estaba durmiendo. De pronto vio una raya ancha y clara. La sobrevoló. Era una autopista. ¿Qué autopista era aquella? ¿La que iba a Breslau, a Leipzig o a Colonia? No, no creía que fuera la de Colonia. Cerca había un gran bosque. Descendió sobre él. Casi tocó las ramas de un árbol con sus pies. Aspiró un olor a cedro y luego sintió el olor de la tierra. Fue hacia la izquierda. Pasó sobre una trocha y llegó sobre un prado abierto. Un suave vientecillo empujó todavía al paracaídas. Voló un trozo más, y luego notó que estaba a punto de tocar el suelo.

Pero sólo sus pies tuvieron la sensación de tocar tierra, porque el cambio había sido demasiado brusco, y un instante antes todavía estaba en su avión y atravesaba a toda velocidad las nubes y la humareda y ahora se encontraba sobre el suelo y notaba la blanda hierba del valle. Y durante un instante quedó desconcertado a causa de su misma voluntad, que durante tanto tiempo había estado pendiente de las palancas del gas y de la altura, de los mandos del avión y de la cuerda del paracaídas. Y luego se sintió como una abandonada criatura que acabara de nacer del cielo. Comenzó a caminar sobre el prado, llegó a un caminillo y siguió luego unos relejes que le condujeron hasta una carretera. Se detuvo ante un indicador.

Encendió una cerilla: Stadtroda. "¿Qué ciudad era aquella? ¿Dónde se encontraba aquella ciudad? Había otro indicador, y en él ponía: "Hacia Kahala". Pero aquello tampoco le decía nada. Decidió retroceder, deshizo el camino de los relejes, volvió al prado y avanzó a lo largo de la linde del bosque. Luego divisó una casa de campo. Era una casa grande y solitaria con un enorme portalón. Ladró un perro. A través de una puerta mal cerrada vio una débil luz. El perro volvió a ladrar y la puerta se abrió.

—¡Querido! ¡Por fin estás aquí! ¡Qué descuidado vas!—oyó Aachern que decía una voz de hombre.

"¡Anda, ven, no te entretengas! ¡Entra en casa!

Aachern obedeció. En aquellos momentos hubiera obedecido al mismo diablo. Atravesaron un pequeño y mal iluminado vestíbulo y llegaron a una habitación amueblada de un modo rústico.

—Creíamos que te había ocurrido algo... Pero no ha sido así. Luisa; mira, Luisa; ha vuelto.

Aachern fue contemplado por un hombre y una mujer que se le acercaron. Estaba junto a una mesa de roble de aspecto macizo. El techo era bajo y en él aparecían grandes vigas de madera. La casa estaba en silencio. Era más de medianoche. Aquellos labradores iban engalanados como si fuera un día festivo.

—¡No, no es él!

—¡Es un pájaro perdido!

—Aachern —se presentó el coronel de aviación.

—Rudi Paul; cría de conejillos de Indias —repuso el otro—. Pero, hombre de Dios, ¿de dónde sale usted y qué desea?

—Sí, de dónde, de dónde... Pues de allí —dijo Aachern, y con un gesto vago señaló hacia la pared y el techo—. Sí, exactamente de allí: de Berlín.

—De manera que viene de Berlín, ¿eh? Y, dígame: ¿ha tardado usted mucho en llegar hasta aquí?

—Sí, bastante; media hora, aproximadamente.

El señor Paul se dio cuenta de que el recién llegado comenzaba a

pestañear, a mover el labio inferior y de que estaba a punto de echarse a llorar. Y se percató de que aquel hombre vestía uniforme de aviador. Y recordó que cuando la primera guerra europea él mismo había sido aviador.

—Bueno; siéntese usted. Descanse. ¿De manera que viene usted de Berlín, del centro mismo del Tercer Reich? Pues llega usted en el momento preciso en que el Tercer Reich se está descomponiendo. Abajo, en Ulrichswalde, ante la taberna del pueblo, acaban de deponer las armas los últimos soldados que quedaban: un teniente y cuatro hombres. Los soldados no querían, pero el teniente les obligó. Los americanos pasaron ayer por la carretera.

Aachern estaba sentado en una cómoda silla. Aquellos muebles eran rústicos, pero muy cómodos y hasta bonitos... Aquel hombre le recordaba al coronel Zecke y también le hacía pensar en la roja nariz, cuando aquel rostro tenía una expresión jovial y despreocupada. El individuo que tenía ante sí era un hombre de baja estatura, ancho pecho y rostro algo arrugado. Sus ojos, de inteligente expresión, llamaban la atención.

—¿Dónde estoy? —preguntó Aachern.

—En Turingia... no lejos de Gera, en el Ulrichswaldee, en casa del doctor Paul. En otro tiempo, mi querido amigo, también yo fui aviador y cuando la guerra hubo terminado ejercí de fiscal en Gera. Pero el Tercer Reich me prohibió ejercer. Aquí, en esta casa, he esperado la llegada del milésimo Reich y mientras me he dedicado a la cría de conejillos de Indias, que han estado a cargo de mi mujer y que luego los vendía al Instituto. Ahora se acabó con los conejillos y con el Tercer Reich. Esta es la situación exacta, mi querido amigo. Sí, ahora todo se acabó. O mejor dicho, todo vuelve ahora a empezar de nuevo.

Aachern bebió despacio una taza de té que le ofreció la señora Paul. Luego, de una manera más o menos deshilvanada, explicó la misión que le habían encomendado, la pérdida de "Caruso", "Elefante" e "litis", y su aterrizaje sobre el prado.

—¿Qué va a ocurrir ahora?

—Pues ahora todo va a ser diferente.

—Los americanos...

—Ya están en Gera y continúan hacia Chemnitz. Seguramente llegarán al despuntar el día.

—Los americanos... Caer prisionero...

—¿Tiene usted familia, señor Aachern?

—Tengo esposa y dos hijos en Berlín-Wannsee.

El doctor Paul se quedó mirando al pájaro caído y pensó que aquel hombre había tratado de salvar a su "Caruso", a su "litis" y a los demás. ¿De qué había de servir que aquel pobre diablo fuera a parar tras unas alambradas? Pero, ¿podía él, el abogado Rudolf Paul, que había sufrido una larga serie de interrogatorios en la Prinz-Albrecht-Strasse y que había tenido que aguardar el final de aquel Estado de ilegalidad para rehabilitarse; podía él dar su primer paso en el nuevo orden ofreciendo una ayuda que quizá no fuera del todo justa? "¡Pamplinas, mi querido Rudi! —se dijo a sí mismo—. ¿Acaso no te has encontrado tú alguna vez en una situación análoga a la de este hombre y no te han ofrecido entonces ayuda?" Sí, debía darle un traje de paisano a aquel pájaro. Miles de personas ofrecen en esta hora ayuda a los demás. Estamos viviendo un momento de calamidad pública y este hombre está absolutamente

desvalido, va de un lado a otro del país y cuando se encuentra en tal estado los demás hombres deben ayudarlo.

—¿Desea usted caer prisionero?

Aachern le miró y abrió desmesuradamente los ojos.

—Entonces aguarde usted un momento.

El doctor Paul salió de la habitación. Al cabo de un momento volvió a entrar y ofreció a Aachern pantalones y chaqueta de campesino. Aachern se desvistió y dejó su uniforme en un rincón. Y en aquel preciso momento acabó de despertar a la realidad.

—¿Le parece a usted que quememos todo eso?

—Sí, quemémoslo... ¡Ah!, doctor Paul —murmuró, y le estrechó la mano.

FINIS GERMANIAE!

El coronel Zecke se despertó. La gente chillaba a su alrededor y pasaba apresuradamente junto a la ventanilla. Zecke no sabía dónde se encontraba y trataba de coordinar sus ideas. La gente que corría por el andén gritaba:

—¡Las vías, las vías!

"¿Qué le importaban a él las vías? ¿Qué habría ocurrido en las vías?"

Una bomba había caído sobre las vías y la casilla del vigilante se acababa de venir abajo. Zecke se dio cuenta de dónde estaba y pensó que el destrozo de las vías implicaría otras horas de espera. Tendría que aguardar a que se hiciera de día.

Pero quedaba el recurso de la botella. Zecke cogió la botella y la acabó de vaciar. Si la situación se alargaba, no había más remedio que volver a la Santa Montaña. Eso le pareció tan razonable que el tiempo y el espacio perdieron toda importancia.

Cuando volvió a abrir los ojos, era de día. Las ruedas rodaban a buena marcha. El tren avanzaba junto a unos campos de patatas y coles. El sol brillaba en lo alto y nada hacía pensar en Berlín, la inmensa ciudad que se alzaba tras el horizonte y que aguardaba su destino.

En Buckow todo estaba en silencio. El pueblo, situado entre un bosque y el mar, se alzaba al final de un caminillo, un poco apartado del gran tráfago de la carretera principal. Las planas mayores de unos batallones se habían instalado en el pueblo, y de noche, un poco amortiguado por el bosque, llegaba al pueblo el ruido de los coches militares que rodaban por la carretera. Los treinta kilómetros que había entre Buckow y el Oder habían bastado para impedir el avance de los aviones rusos.

Desde el sanatorio "Waldfrieden", que desde hacía mucho tiempo se había convertido en hospital militar, podía oírse el zumbido de los grandes aviones y escuchar a través de la noche el ir y venir de los centinelas.

Desde hacía tres meses estaban los rusos frente al Oder. Una vez intentaron pasar el río, pero inmediatamente fueron rechazados.

¿Por qué no habían de ser rechazados otros intentos? ¿Por qué a tan

esperada ofensiva no había de arrojar a los rusos del Oder y echarlos hacia atrás, hacia Rusia? Esa era la opinión y la esperanza de Dallmann, el capitán médico, y de buena parte de los que trabajaban con él en "Waldfrieden". Pero llegó la orden de evacuar el hospital. Los heridos menos graves fueron dados de alta y tuvieron que marcharse por sus propios medios. Los heridos más graves fueron trasladados a Berlín, y la evacuación se hizo de manera tan precipitada que al comenzar el traslado no se sabía si en la capital habría sitio para todos. El sanatorio había de quedar convertido en hospital de enlace de la compañía sanitaria del oficial médico Dallmann. La noche del 15 al 16 de abril se hallaba el sanatorio sumergido en una profunda paz. Era primavera y la noche estaba a punto de terminar. El capitán médico Dallmann, el sargento sanitario Wustmann, los ayudantes y las hermanas, todo el mundo despertó en el mismo momento. Un despertador se había puesto en marcha y no cesaba de repiquetear. Un extraño ruido.

Se produjo un leve temblor subterráneo. Fue tan débil que ni los vasos que había sobre las mesillas de noche se movieron ni vibraron. Fue un ruido extraño, muy diferente a todo lo que hasta entonces se había oído. Únicamente el sargento Wustmann, el chofer Stroh, el teniente médico Heide y algunos sanitarios que habían participado en la campaña del Este se dieron cuenta de lo que ocurría: fuego graneado.

Aquello duró una hora y media.

Llegó una ambulancia con heridos. La cosa, en realidad, no tenía nada de particular. Pero al cabo de unos momentos llegó otra ambulancia igualmente llena de heridos. Buckow no estaba junto a la carretera principal, y tampoco, de momento, en la supuesta zona de ataque. Sin embargo, aquel hospital no estaba acondicionado para recibir gran cantidad de heridos.

Los heridos debían ser inmediatamente evacuados a Werneuchen, donde había un gran hospital. La compañía sanitaria estaba motorizada. Camiones, ambulancias y coches recorrían regularmente los treinta kilómetros que había entre el hospital y Werneuchen. Pero cuando los heridos llegaban allí ya se había recibido la nueva orden: continuar la evacuación hasta Weissensee.

Weissensee estaba muy cerca de Berlín.

En el hospital se habían quedado el teniente médico Heide, el sargento sanitario Wustmann, el chofer Stroh, dos cabos y el joven ayudante Wittstock. Habían recibido la orden de empaquetar los efectos de la compañía sanitaria, expedirlos luego a su próximo destino y seguir a su unidad. Y no podían hacer más que prestar los primeros auxilios a los heridos que iban llegando y acondicionarlos para su inmediata evacuación.

Dos días y dos noches. Buckow y el sector que llegaba hasta el Oder todavía no se habían convertido en frente. Pero hasta Buckow llegaban muchas ambulancias y camiones cargados de heridos procedentes de la nueva brecha. El capitán médico, el teniente y los ayudantes de "Waldfrieden" casi habían dejado de dormir. Llegaban heridos procedentes de la artillería antiaérea, de la milicia popular, de las juventudes hitlerianas, de una división de la S.S. Llegaban sin brazos, con metralla en la espalda, en las piernas y en el vientre. Llegaban con quemaduras, llenos de suciedad, con los uniformes destrozados, manchados de sangre. Pero el pálido pecho que había bajo los harapos no desmayaba. Era emocionante la actitud espiritual de algunos de aquellos heridos. Un teniente, cuya boca temblaba al hablar, dijo:

—Doctor, hemos sido arrollados y aplastados. Ya no existe el frente...

Están viniendo...

El frente había sido roto en el norte. Frente a Küstrin y Frankfurt había todavía algunas unidades en sus viejas posiciones. Aquello duró tres días y por último el capitán médico, el teniente y tres ayudantes, montaron en un camión cargado de enseres clínicos.

Los tres estaban extenuados y no deseaban más que poder dormir. Únicamente el chofer podía mantener los ojos abiertos. El camión avanzó despacio por un camino lleno de cráteres. Siguió por la carretera del bosque y llegó a la autopista que conducía a Berlín, donde ya no se produjo ningún traqueteo.

Detrás se oía el sordo rumor del frente y a derecha e izquierda, sobre los campos, caían algunos proyectiles. Sobre el bosque zumbaban los aviones. Ráfagas de ametralladora barrían la carretera. Pero el capitán médico y los ayudantes no abrieron los ojos. El sargento Wustmann levantó algo la cabeza, entreabrió los ojos y se encontró entre un caos de coches abandonados. Eran coches bombardeados y destrozados.

—¡Chico, chico! —exclamó el sargento Wustmann.

—Sí, sí —respondió el chofer Stroh.

Era un paisaje conocido, igual a otros que habían visto en el Weichsel, en el Dnieper, en el Don y en el Mius. Era un paisaje conocido, un espectáculo nada nuevo. Una carretera de retirada.

—¡Chico, chico!

—Sí, sí.

El sargento se volvió a dormir. Llegaron a Werneuchen y buscaron el hospital. Pero su unidad ya se había marchado. El chofer Stroh volvió con la noticia de que habían de continuar hacia Weissensee.

—¡Chico, chico!

Una carretera y un espectáculo conocidos.

Entre la bombardeada impedimenta y los abandonados enseres de la retaguardia se veían ruinas y escombros procedentes del frente. Primero aparecieron restos de los servicios de retaguardia y luego grupos de una división aérea sorprendida en el bosque. Y paisanos, mujeres y niños que arrastraban carros y carretas, y hombres montados en bicicletas, y una multitud que escapaba de los pueblos amenazados y que procedía del Oeste, y, entre ella, grupos de trabajadores extranjeros provenientes de Francia, Polonia, Rusia y Holanda.

Y allí estaba Splüge, el Goya-Splüge de "yo lo he visto".

La noche antes de la ofensiva había ido al Oder. Había ido allí para ver lo que ocurría. Al otro lado del río estaba el pueblo de Güstebiese. Tiempo atrás había habido allí un puente. Los rusos habían tendido otro y establecido una cabeza de puente en la otra orilla, que defendieron con increíble tenacidad. Desde un puesto avanzado vio Splüge el puente: el puente de la muerte, el puente del diablo, el puente de Berlín, como le llamaban los rusos. Tenía ocho metros de ancho y estaba hecho con madera recién cortada. Aquel puente había sido tendido en una noche y desde el momento de su aparición y durante largas semanas fue blanco de la artillería divisionaria, de la artillería de los batallones cercanos y de las bombas de los Stukas. Durante días y noches, las bombas no dejaron de caer, y las aguas del Oder fueron continuamente removidas a derecha e izquierda del puente, y la corriente del río se llevó cadáveres, caballos y cargamentos. Y los restos de hombres y caballos, así

como infinidad de tablones y trozos de la obra fueron arrastrados por las aguas. Pero el puente permaneció en pie y al final del mismo, donde los destrozos habían sido mayores, burbujeaba una multitud de ingenieros que manejaba cuerdas, picaba, martilleaba y tapaba agujeros, y que era bombardeada y ametrallada y arrojada al agua. Pero otra vez volvía a aparecer sobre el puente armada con martillos, hachas y sierras. Y los dos extremos del mismo permanecieron firmemente asentados en las orillas del río. La tierra había sido removida por las bombas y revuelta por las granadas, y cada agujero se convirtió en un taller de carpinteros y herreros. Ya desde el principio y a un kilómetro a la redonda, la orilla oeste se convirtió en un inmenso taller. El bosque se fue aclarando y un gran trozo del mismo acabó por desaparecer y los troncos fueron conducidos hacia el río. Las detonaciones no cesaron de día ni de noche. Y tampoco cesaron las humaredas. Y el puente volvía a aparecer igual que ayer y anteayer y todos los días, cargado de hombres, caballos y carros, que formaban una larga hilera que lentamente se arrastraba hacia el Oeste y desaparecía luego en la cabeza de puente.

Splüge había visto el puente desde el puesto de observación de la artillería, con ayuda de los prismáticos de largo alcance, y luego había regresado a la plana mayor del regimiento. Después de comer un bocadillo, a medianoche montó en su coche y se dirigió hacia Letschin. En Letschin, que estaba situado exactamente a la mitad de camino entre la primera y la segunda línea, le sorprendió el fuego graneado. Los impactos de la artillería pesada alcanzaron el pueblo y los disparos cayeron en las casas, que estaban ocupadas por soldados. Sobre los campos se estrellaron brillantes relámpagos y se levantaron columnas de tierra y humo. Él había ido allí para ver, pero ¿de qué servía tener la imaginación llena de cuadros si uno estaba a punto de perderla y de quedar destrozado contra una pared? Había que quedarse en el pueblo y buscar refugio en el primer sótano, en el agujero más hondo que encontrara. ¿Pero qué traerá la próxima hora? ¿Qué ocurrirá cuando termine el cañoneo? ¿Qué pasará cuando despunte el día? "Continúe usted hacia Quappendorf", dijo a su chofer. Pero no se podía avanzar. Las columnas en retirada se apretujaban en la carretera. Regresaron a Letschin y trataron de llegar a la segunda línea siguiendo un curso paralelo a la carretera, avanzando entre desmontes, para luego volver a tomar la carretera principal de Berlín. Pero tampoco aquello fue posible, pues el terreno estaba batido por la artillería de largo alcance.

Había comenzado la batalla del Oder.

Aquella era la última gran batalla en Alemania y Splüge se encontraba en medio de ella. Así lo había querido. Pero no de aquella manera. Él, la verdad, no había deseado encontrarse en medio de aquel agujero. Hubiera bastado ver el borde del mismo. Durante una hora, Splüge no oyó ni vio absolutamente nada. El fuego graneado alcanzó una intensidad inimaginable. Después de haber permanecido durante unas horas en un sótano lleno de patatas, Splüge pudo continuar su camino después que el soldado alemán se hubo levantado del suelo y rechazado por última vez la oleada de la infantería rusa. Y sus ojos vieron montones de ruinas y sus oídos se llenaron de gritos desesperados. Un pueblo ya no es un pueblo. Una carretera ya no es una carretera. Las llamas batían contra los tejados de las casas y sobre las calles caían trozos de pared. Caballos, coches y un cañón antiaéreo destrozado. "¡Idiotas, estúpidos!... ¡Habría que matar a esos perros!" El sargento y el capitán que estaban a su

lado no lograban desembarazar el camino. Apareció un caza ruso y una bomba mató a unos caballos, amontonó unos coches y acabó de obturar el camino.

El pueblo de Posedin ya no era un pueblo. La carretera que iba a Sitzig y a NeuTrebbin ya no era una carretera. Tres kilómetros y luego cuatro kilómetros más. Pánico, desbarajuste y montones de enseres. Un soldado metido en una garita. El soldado llevaba desabrochado el cuello de la guerrera y sus ojos centelleaban en su pálido rostro. ¿Cómo podía haberse desencadenado aquella gigantesca riada? Grupos de soldados avanzaban a campo traviesa. Y cada uno de ellos ofrecía un triste aspecto: sin armas, ni picos, ni palas, corriendo y gritando: ¡los rusos, los rusos, los rusos!

Aquel corto desvío costó a Splüge y a su chofer casi todo el día. Los soldados de la segunda línea, que estaban bastante bien armados, comenzaban a desalojar las posiciones. Soldados alemanes con la espalda vuelta al Oder. Habían evacuado sus posiciones y ahora, apiñados unos junto a otros, marchaban hacia atrás.

Splüge atravesó unas trincheras y fue conducido a un estado mayor donde le revisaron la documentación. El ayudante examinó sus papeles y los dejó en seguida sobre la mesa. Luego le ofreció un cigarrillo y formuló algunas consideraciones acerca de la situación militar.

—Los rusos deben de haber puesto un cañón junto a otro en un espacio de gran anchura y de bastante profundidad. Nosotros ya hemos tenido alguna que otra experiencia, pero le aseguro que un fuego graneado como éste no lo habíamos visto jamás. Sin embargo, la ofensiva será detenida de un momento a otro y pronto estará restaurado el equilibrio.

"Un Estado Mayor no es el frente, y en un Estado Mayor puede uno mantener la cabeza despejada —pensó Splüge—. Sin embargo... este ayudante ya no es un joven hitleriano, y aunque sólo tenga unos veintidós años, no deja por eso de ser un oficial de la Wehrmacht y además un oficial de Estado Mayor." Splüge todavía no había olvidado las horas transcurridas en el sótano de las patatas. Y tampoco había olvidado la lentitud con que habían avanzado por la carretera, ni los obuses que habían caído a ambos lados de la misma, ni los surtidores de tierra y humo, ni los rostros pálidos y desencajados. Así, pues, le irritó el tono de seguridad de aquel joven oficial. Y durante un momento tuvo la impresión de que su rostro y su mirada tenían la misma expresión que los de los soldados que había dejado tras sí, en la carretera.

Le pareció que aquel oficial le ocultaba algo.

—Bueno; al fin y al cabo, usted mismo ha podido ver algo de lo que está ocurriendo. Aquí también ha sido muy duro. La verdad es que la brecha es bastante profunda y que en estos momentos se combate de firme para cerrarla de nuevo. Hasta ahora las pérdidas son desgraciadamente muy elevadas.

Sonó el teléfono.

El ayudante se levantó, se dirigió al aparato y fue contestando de una manera lacónica. Al cabo de un instante, mientras hablaba, acercó a Splüge los papeles que estaban sobre la mesa, le indicó con la mirada que los recogiera y con un gesto se dio por despedido. Pero un nuevo acontecimiento cambió la situación.

El frente se volvió a poner en movimiento. El ayudante, Splüge y los escribientes cayeron al suelo. Acababa de comenzar el segundo fuego graneado. Eran las dieciséis horas.

—Son las dieciséis horas en punto —dijo el ayudante tras haber echado un

rápido vistazo a su reloj de pulsera.

Los rusos habían adelantado el fuego y los impactos llegaban ahora a la segunda línea. Fueron recibiendo partes hasta que las comunicaciones telefónicas quedaron interrumpidas. Se enteraron de que el fuego cubría todo el sector, tanto las posiciones fortificadas como los Estados Mayores y principales carreteras que tras ellas había.

Splüge se volvió a encontrar en la estacada.

Alguien le acompañó a un refugio. No era un abrigo construido con cemento y dotado de una doble puerta, sino un sencillo refugio entibado con troncos. Al cabo de un rato se encendió la luz.

Unos soldados estaban apoyados a la pared.

"Yo lo he visto"... Pero ahora ya no podía más. Tenía la vista nublada y el oído embotado, pero estaba obligado a continuar viendo y oyendo. ¿Cuánto más podría resistir? La tierra era removida sin cesar, continuamente. Enormes surtidores de tierra se elevaban por los aires y volvían a caer como una tremenda catarata. Aquello era un Niágara de fuego y hierro que no cesaba de bullir y burbujear. "Y ahora estás aquí, en este refugio, y no sabes cuándo vas a volar por los aires y ser abatido brutalmente sobre la tierra."

¡No escuchar! ¡Pensar en otra cosa!

Pero "No hay nada más en que pensar. Sí, sí, hay otras cosas."

"La bandera, destrozada y quemada... ¡Bah!, ¡tontería, pura tontería!... La bandera... En casa, sobre el escritorio, tenía un poema a medio escribir sobre la bandera. ¡Ah!, y, en casa, también tenía a Leonore".

"Leonore tiene ocho pares de zapatos en el armario y todavía compra más. A veces va a Leiser, a Karstadt, a la Hermannplatz y al Spittelmarkt y no encuentra lo que quiere y vuelve a hacer el recorrido, incansable, hasta que halla lo que desea. Y así llena el armario de zapatos y cuando lo tiene lleno dice que quiere irse a Colonia o a Ámsterdam o, por lo menos, desea mandar a un correo. ¡Qué estúpida criatura! ¡Como si a estas alturas se pudieran mandar un correo a Colonia o a Ámsterdam! Y después se agenció el perrito. Pero la culpa es mía. Fulana tiene un perro, dice, aunque en realidad únicamente tendría que decir: quiero un perro, y no para hasta que lo consigue."

"¡Ese estrépito, esos estampidos! Y ese hombre en el rincón, ese soldado de infantería que no deja de contemplarse el dedo. Ahora se examina la mano: la palma y el dorso. Y no para de temblar. ¡Qué asco! Es como para destrozar los nervios!"

"Tiene un canario y ahora quiere un perrito. Y mañana deberé llevarlo a hacer pipí al Grünewald."

Su amiga Leonore, su esposa Beate, el perro, el pájaro, la bandera y los rígidos rostros bajo los cascos; nada podía ayudarle. Su dedo meñique comenzó a temblar, luego tembló el siguiente y en seguida el índice y el pulgar. "¡Cuánto tiempo podría aguantar aquello! Este espantoso alboroto, propio de una selva virgen poblada de monos chillones y alborotados elefantes! ¡Este estruendoso derrumbamiento! ¡Un hervidero jupiteriano!, decía ese idiota de Wittstock. ¿Cuánto rato durará esto? ¿Cuándo llegará el momento en que podamos salir de aquí y echar a correr? Pero, ¿hacia dónde?... El ayudante también está aquí, en el refugio, y lleva el casco puesto. Y su antigua confianza se ha convertido en una pálida máscara. Ahora le están temblando las dos manos. Tiembla igual que el soldado de infantería que está sentado a su lado."

—Ya acabará.

Así habló el hombre que tenía a su lado. Llevaba el casco puesto. Tenía las armas junto a él. Permanecía sentado sobre el banco de madera y respiraba con tranquilidad. El cigarrillo que tenía en la boca no temblaba lo más mínimo. Y mientras afuera se producía aquel martilleo, aquella molienda y aquel tremendo golpear, fumaba tranquilamente. Como todos, aguardaba aquí, en este infierno, a que terminara el fuego graneado y a que llegaran los rusos, que, en apretado oleaje, estaban a punto de precipitarse sobre la segunda línea.

—Ya acabará.

Y, efectivamente, todo acabó. El soldado que había estado temblando se levantó. Todos se pusieron en pie y todos se sacudieron el miedo de sus rostros. El fuego graneado había durado desde las dieciséis hasta las diecisiete treinta, exactamente igual que la primera vez.

Afuera todavía era de día.

Los rusos debían creer que, tras aquella preparación artillera, aquella misma noche llegarían a las alturas. Splüge consideró que había llegado el momento de partir. Su coche tenía el techo hundido. Pero el motor se puso en marcha. Las ruedas todavía podían girar.

Tenía que pasar por Tiefensee, Werneuchen y Weissensee. En realidad, aquello no era más que un pequeño salto. Tiempo atrás había ido con su amiga Leonore a las montañas de Seelower para tomar café. Y en total, entre ir y venir y tomar una taza, había tardado dos horas en regresar a la Kurfürstendamm. Aquella tarde, sin embargo, el camino se había convertido en una carretera de retirada, en una carretera llena de desvíos batida por los aviones rusos.

Y durante la noche, y todavía más al día siguiente, la carretera se llenó de tropas, pues por ella avanzaron los regimientos que a toda prisa habían salido de Berlín. Y en ella se encontraban los que iban al frente y los que venían huyendo de él. Hubiera debido abandonar el coche y hacer el camino a pie. A pie hubiera llegado en una noche. Aquella idea se le ocurrió demasiado tarde. Exactamente se le ocurrió cuando su coche quedó embotellado y no podía avanzar. Se decía que las bombas rusas no valían nada, pero la realidad era que no dejaban de provocar el pánico entre los fugitivos y que una sola bastó para lanzar fuera de la carretera al coche de Splüge y dejarlo boca abajo, con las ruedas en el aire. Ahora no quedaba más remedio que confiarse a los pies. Pero no resultó muy cómodo avanzar con los huesos machacados y, por otra parte, tuvo que detenerse ante la barrera de tanques que había en Werneuchen, y pernoctar en una casa que había junto al camino. Las bombas habían desalojado la carretera, dispersando a los fugitivos por los bosques vecinos. Y en aquella confusión había perdido al chofer, a quien no debía volver a ver jamás. Y comenzó un nuevo día. La carretera estaba llena de mujeres, niños y viejos que avanzaban a pie, a caballo y en carros. Los viejos carros entoldados habían salido de nuevo y flotaban en medio de la riada de fugitivos. Procedentes de Berlín llegaban formaciones heterogéneas de infantería, de las Juventudes de Hitler, de la Wehrmacht e incluso unidades de la marina y de la aviación. Los soldados llegaban a pie y montados en camiones. La carretera estaba obstruida en una longitud de varios kilómetros. No se podía avanzar ni retroceder. Los ratas arrojaban bombas y los cazas ametrallaban a la compacta multitud. Los comandantes blasfemaban y los oficiales, sargentos y chóferes trataban de despejar la carretera. Algunos, los

que iban a pie, avanzaban a campo traviesa. Splüge era uno de éstos. Los enfermos se quedaron atrás y algún recién nacido fue abandonado en la cuneta. Caballos heridos, caballos muertos, coches destrozados... Un esfuerzo más... Era de noche cuando Splüge llegó a Weissensee. "Ya lo he visto"..., pero también eso tenía que pagarse. Pero, al fin y al cabo, los pies entumecidos eran un precio barato. No había visto gusanos de luz, sino simples gusanos. El soldado que temblaba en el refugio, la vieja que arrastraba un carretón, el suboficial con la cabeza vendada, las mujeres cargadas de sacos, fugitivos llegados de lejos: ¡pobres gusanos! La vieja que arrastra un carretón le dice que viene de Gross-Schliowitz, en la Prusia Oriental, y el suboficial de la cabeza vendada hace un gesto con la mano y rehúye contestar. La riada aumentaba por momentos. Impedimenta destrozada, soldados con el distintivo de heridos, brazos enyesados y llenos de porquería, soldados apoyados en bastones y cojeando, rostros vacíos y heridas abiertas. Los vencidos en Kunersdorf debían tener el mismo aspecto.

—¡Todo se ha perdido! —gritó el rey.

Dos veces tuvo que cambiar de caballo, pues dos veces mataron a su montura. Y al llegar a su país, el reino se había salvado. La muerte del Zar y las discrepancias entre los aliados habían valido la salvación de Prusia.

*La bandera,
desgarrada y quemada,
brilla sobre la Patria.
Adelante,
adelante...*

Y ahora, al igual que la zarina Elisabet, había muerto el presidente Roosevelt, y con ello se acababa de establecer un gran paralelismo histórico. Los americanos y los rusos no tardarían en reñir y separarse. Así, por lo menos, hablaban los fugitivos que se dirigían a la capital y cuya última esperanza estaba en el refugio de Hitler.

La bandera...; pero esta vez no era más que un trapo a punto de caer, que un hombre tambaleante y descalzo, que un ahorcado en una farola. Con un cartelón sobre el pecho, que decía: "Me llamo Walter Schulz y cuelgo aquí porque fui cobarde y no defendí a las mujeres y los niños". Los torcidos pies del antiguo soldado, uno de los cuales aparecía envuelto en harapos, colgaban sobre la multitud, que avanzaba por la carretera, y casi rozaban las cabezas de los fugitivos.

Splüge vio cómo, poco a poco, la riada humana se iba aclarando, pues unos se dirigían hacia el Norte, y otros, para poder entrar en Berlín por carreteras de segundo orden, hacia Hochenschünhausen.

Entre los campos surgían fachadas medio derruidas y bloques de casas destrozadas. Luego, entre los campos, aparecieron los centinelas avanzados de la capital. Los fugitivos rompieron el cerco armado de la capital. Los tanques únicamente dejaban libre un pequeño espacio para los coches. Todavía funcionaba el mando de la barrera y pronto se empezó a buscar nuevas víctimas entre los recién llegados. Súbitamente aparecieron unos hombres tocados con casco y luciendo unas insignias en el uniforme.

—¡La documentación!

El coronel Splüge pudo pasar.

Ya estaba allí y lo único que le hacía falta era encontrar un tranvía o cualquier medio de locomoción.

—No tendrá usted tanta suerte como para encontrar lo que busca, querido. El ferrocarril no funciona, el metro tampoco y el tranvía dejó de existir. Todo ha quedado paralizado después del ataque de esta tarde; nada puede hacerse hasta mañana, y no sabemos lo que mañana ocurrirá.

—No, no lo sabemos.

Eso sólo lo sabe Dios y quizá el mariscal que está en las montañas de Seelower, pues al fin y al cabo todo lo que ha ocurrido ha sido porque los rusos así lo han querido. Splüge estaba desfallecido y cojeaba. Se puede telefonar a la oficina y a Leonore. Mejor dicho, se puede intentar hacerlo, pues no cree que nada funcione. Si comenzaba a andar, el día, que no tardaría en levantarse, le pillaría en la Alexanderplatz o quizá en Friedrichain. Su buena suerte, que hasta entonces nunca le había fallado y en la que mucho confiaba, se iba hundiendo poco a poco. Y no era extraño, porque en aquel momento no tenía ni una pobre bicicleta, y parecía que todo Weissensee utilizaba ahora aquel medio de locomoción. Además, desde Tiefensee no había probado una gota de coñac. La botella había desaparecido con el chofer, y por si todo era poco, los cazas rusos volaban sobre la ciudad. ¿Es que se proponían arrasar Weissensee? Pero esos aviones no hacen más que lanzar una especie de macetitas inofensivas.

Splüge, empero, se echó al suelo.

Esos cacharros vuelan a una velocidad ridícula, parece que van a estrellarse contra las aceras y luego salen disparados hacia el cielo entre los tambaleantes postes del alumbrado.

Noche en Weissensee.

Un casa incendiada arroja un surtidor de chispas sobre el asfalto de la calle. Las mujeres que están junto a la fuente hacen como si no supieran qué cosa son las bombas o fingen, por estar acostumbradas a otros calibres, no tomarse en serio las explosiones. Pero no todas las bombas rusas van mal dirigidas y los cubos que un momento antes eran sostenidos por las mujeres, ruedan sobre las aceras. Ellas los van a buscar y vuelven otra vez a la fuente. Descorazonador, muy descorazonador. Lo mejor es marcharse de aquí y coger una calle lateral.

En la calle lateral olía a quemado, polvo, sótano y podredumbre. Entre las ruinas aparecían montones de objetos caseros, como zapatos, somieres y ropa. Se fijó en el esqueleto de una casa. Un sofá colgaba de una viga. Le pareció que la casa y la calle le eran conocidas. Alguna vez había pasado por aquel sitio. Splüge ha atravesado aquella calle más de una vez. Un poco más lejos de donde se halla está el cementerio y allí vive Haderer. Naturalmente, no vive en el cementerio, sino en una casa vecina. Haderer le hacía los zapatos a medida; no había mejor zapatero que él, y en su casa siempre podía beberse un buen vaso de vino. Vivía en un edificio orientado hacia el norte y la zapatería siempre estaba llena de luz. Y allá, al lado del cementerio, ¡qué edificante! Splüge dio con la pared del cementerio y se volvió para ver la casa.

El edificio todavía estaba en pie y la tienda tampoco había desaparecido. El viejo debía de estar en casa y para encontrarle únicamente debía llamar a la puerta y aguardar unos momentos. Y allí estaba el zapatero y en su martillo se reflejaba la luz de una vela.

Haderer estaba sentado sobre un taburete. El zapatero opinaba que un

artista debe trabajar de noche o por lo menos en hora muy avanzada. No estaba solo: frente a él había otro hombre. Splüge hubiera podido sorprenderse, pues no era una hora adecuada para encontrar allí dos personas reunidas. Pero echó una mirada indiferente.

—Pasaba por aquí delante y no funcionaba el ferrocarril ni el "metro", y ni tan siquiera tengo una bicicleta y mi coche se ha estropeado —explicó Splüge.

—¿Un disparo? —preguntó el viejo.

—No; el coche ha volcado en Tiefensee. Quisiera tomar algo —dijo Splüge al tiempo que volvía la cara.

—¿Quizá un vasito de aguardiente? —preguntó Haderer.

—¡Pse!, no estaría mal.

El viejo le ofreció un vasito de aguardiente y luego le invitó a sentarse en un viejo sillón sin brazos, pero con un cómodo respaldo. El aguardiente sabía muy bien y el poderse sentar era algo muy agradable.

—No es preciso que hable, señor Splüge; ante todo, descanse.

Splüge aceptó gustosamente la invitación. En aquel momento hubiera podido quedarse dormido. Y no tardó en cerrar los ojos. Haderer y su amigo callaron, y durante algún rato sólo se oyó el martillo del zapatero.

Luego dijo Haderer:

—Sí, muchas cosas han cambiado desde entonces, August.

Y otra vez el martillo.

—¿Qué hace Paulina? —preguntó el otro.

—No debes pensar más en Paulina.

—¿Y Riederheim?

—Desaparecido o muerto, ¡quién sabe!

—¿Y Feierfeil?

—Lo mismo, ¡quién sabe!

Con los ojos medio cerrados, Splüge contemplaba al zapatero, cuyas espaldas estaban encorvadas. Poco antes de dormirse se fijó en el otro. El sueño le pilló como en una emboscada. Se encontró como metido en un gran agujero y arriba en el borde del mismo se hallaba el desconocido. Aquel hombre tenía un rostro curtido por el sol y el viento. ¿De dónde había salido aquel rostro? ¿Había llegado a través del puente de la muerte, o simplemente se había colado por la chimenea?

Pasó una hora o quizá solamente transcurrió un segundo y de pronto Splüge se despertó, con la sensación de estar al borde de un gran peligro. Abrió los ojos y miró a August Gnotke.

August Gnotke había estado cubierto de tierra y lodo; había caminado a través de pantanos y desiertos. Hacía dos años había tenido una extraordinaria vivienda. Para los demás fue un día como tantos otros, un día equivalente a una vulgar hoja del calendario, pero para él fue una fecha inolvidable, pues aquel día significó para él algo así como el fin del tiempo... Caminó a través del viento y la nieve, por unas tierras heladas. Y la sentencia decía: muerte en el camino; muerte a causa del hambre, del tifus o de los trabajos forzados. Y de noventa y un hombres sólo quedaron tres. Y para éstos la sentencia rezaba así: hambre y esclavitud y entrega del alma. Ni un pensamiento más para el pasado, ni para el porvenir; ningún sentimiento de simpatía para con los compañeros de cautiverio, ni hacia la inocencia pisoteada, la conciencia aherrojada, y la muerte convertida en un imposible.

Quedaba un ser sin voluntad y sin alma; una muñeca, algo que hablaba al

dictado y que se movía según lo prescrito, pero que pudo arrastrarse por la tierra de nadie hacia el otro lado del frente, para allí morir o regresar al punto de partida y recomenzar así el juego con la muerte.

Como prisionero de Stalingrado, August Gnotke había visto perecer su ejército. Ya antes de la catástrofe final había quedado agotado a causa del hambre, los piojos, la propaganda y el trabajo. Luego fue enviado de un lado a otro: a trabajar, a vigilar a los demás y a aprender la doctrina comunista en unas escuelas donde debía recitar largos párrafos de memoria, repetir centenares de frases hechas, eliminar los restos de su sentido crítico y acabar con lo que todavía quedara de su personalidad. Gnotke hizo todo aquello y luego, una vez terminada su instrucción, fue enviado al frente en calidad de ayudante. Y, con sus compañeros, estuvo en el Dnieper y en el Weichsel. Y la muerte no le llegaba.

Las vidas, empero, no se ahorran.

La otra parte no cesaba de enviar nuevos refuerzos. Los prisioneros eran sacados de los grandes campos de concentración, enviados a la retaguardia y, tras un breve curso de formación política, mandados al frente, donde eran sacrificados en grandes hecatombes. Faltaban uniformes y armas. Muchos de ellos no tenían documentación y a ninguno de ellos se le permitía echar una ojeada al plano del lugar donde operaban, de manera que la mayor parte de ellos cayeron muertos o heridos en los campos de minas y los demás fueron tropezando con policías militares alemanes, que los entregaron a las patrullas de las S.S., las cuales procedieron a su ejecución.

Gnotke salió ileso de todas aquellas acciones y una y otra vez fue enviado de nuevo al frente. Gnotke se percató de que el arma y no la propaganda lo era todo en el frente y que los manifiestos del "Comité Nacional" y de los generales de Moscú, así como las hojas impresas y los periódicos iban a parar a las letrinas del Estado Mayor del Grupo de Ejércitos.

El arma lo era todo y la propaganda no servía para nada. El "ayudante" iba de un lado a otro y hablaba ante el micrófono instalado en un camión o discursaba con un simple megáfono en la mano. Hablaba hacia las trincheras alemanas y a quienes estaban en ellas les prometía buena comida, cuidados médicos y un rápido regreso a casa. Y bien pronto fue considerado como una embustera y fea sirena. Se daba el caso frecuente de que los desertores eran muertos por los soldados del frente hacia el que se dirigían y que muchos prisioneros alemanes caían asesinados al ser conducidos hacia la retaguardia. Tanto la artillería alemana como la rusa disparaban contra las carreteras utilizadas por los fugitivos.

Una desatada soldadesca asesinaba, robaba e incendiaba a placer. Los hospitales de campaña se transformaban a culatazos en cementerios. Gnotke vio muchas cosas y se dio cuenta de que el mismo fantasma iba y venía de un frente a otro. Vio pasar un tren formado por vagones de carga en los que se apiñaban unas mujeres de cabellos revueltos y rostros ennegrecidos por el humo de la máquina. Aquellas mujeres venían de la Prusia Oriental y se dirigían hacia el mar, de donde él venía. Permaneció mirando el tren hasta que el último vagón hubo desaparecido y sus ojos se quedaron desmesuradamente abiertos.

Volvió a atravesar la tierra de nadie y llegó a la ciudad de Schneidemühl. Los soldados del ejército rojo caminaban borrachos por las calles. De los sótanos y de las ventanas salían gritos de auxilio. Unas mujeres se tiraban por

los balcones a la calle y otras eran atrapadas en plena huida. Y a Gnotke se le quedaron los ojos vidriosos y los oídos sordos.

Llegó al pueblo de Güstebiese, atravesó el "Puente del Diablo" y aguardó a que se produjera la nueva ofensiva. Entre las incontenibles oleadas de la infantería rusa llegó a la segunda línea alemana de defensas. Unas compañías rusas se retiraron y él se quedó en el tejado de una casa. Se quitó el abrigo ruso, arrojó la munición y se arrolló una venda manchada de sangre a la cabeza. Cogió la documentación, el certificado de herido, algunas cartas y unos cuantos billetes a un sargento muerto. Lo único que necesitaba era oscuridad, pánico y desbarajuste. Esperó a que se produjera la desbandada. Y la desbandada se produjo cuando los rusos avanzaron de nuevo y conquistaron el terreno perdido. Todos los malos espíritus de la catástrofe se aliaron a Gnotke. Se convirtió en un rostro más, en un granito de polvo que fue empujado hacia atrás. Y así encontró luego el camino hacia Tiefensee, Werneuchen y Weissensee. Y así llegó hasta las grandes trincheras de cemento y las barricadas hechas con locomotoras y vagones de tren, las barreras de tanques y los puestos de control de la policía militar. El oficial, que ya estaba rendido, únicamente gritaba:

—¡La cartilla militar!

Cuando el oficial se fijó en las insignias, en el distintivo de herido y en la vidriosa mirada de Gnotke le hizo señal de que pasara, pues aunque no tenía el corazón blando, tampoco era hombre que quisiera buscarse líos. Luego, al cabo de un instante, se giró y miró hacia atrás, pero el sargento ya había sido engullido por la riada de fugitivos.

Una vez en Berlín-Weissensee, por primera vez desde hacía mucho tiempo, Gnotke marchó por donde quiso. Para encontrar escondrijo ya tendría tiempo. Así, pues, decidió ir a casa del zapatero Haderer, que era de su mismo pueblo, en Pomerania. Haderer hubiera podido ser su padre y siempre se había comportado con él como si efectivamente lo fuera. Pero desde 1932, cuando su amigo ingresó en las S.A., se había mantenido alejado de él. Encontró a Haderer en la misma calle y en la misma casa de siempre. El zapatero apenas se mostró sorprendido por la vuelta del "hijo perdido".

—¿De dónde vienes, August?

No podía decir que venía del Océano Ártico. No lo podía decir porque el Océano Ártico lo lleva con él. Desde hacía mucho tiempo no había tenido la sensación de pisar tierra firme.

—Vengo de Güstebiese —respondió Gnotke—. ¿Cómo van las cosas por aquí?

—¡Cómo quieres que vayan!

—¿Qué hace Paulina?

Y entonces se presentó el otro. Era un coronel de propaganda; un tipo pequeño, quizá un miembro de los "hombres-lobos". Le pareció que aquel hombre acababa de recibir una paliza. El recién llegado se sentó y se durmió o hizo ver que se dormía.

Riederheim, Feierfeil... ¿Quién sabe dónde están? Quizá están montados en un vagón de carga, en un vagón de carga que marcha sobre vías en mal estado y que de un momento a otro pueden hacer saltar el tren, o quizá marcha sobre desvíos que no funcionan y que despedirán los vagones y los convertirán en escombros. Quizá están empuñando palancas que se tuercen como cañas y palas que se quiebran como si fueran de papel, y quizá tienen los rostros

desfigurados y la piel llena de costras y los ojos que, a causa del hambre, se les salen de las órbitas. ¡Quién sabe!

—¡Quién sabe! —dijo Haderer.

El "lobo" de la propaganda parecía haberse dormido. ¡Quién pudiera conocer sus pensamientos y saber los secretos de la guardia de los jóvenes "lobos"! Entonces fue cuando Splüge abrió los ojos y se fijó en Gnotke.

Una mirada helada...

Splüge se sobresaltó, pues en aquel hombre reconoció al sargento que había visto en la garita de la carretera de Weissensee. Y en seguida se dio cuenta que la venda que antes le cubría la cabeza estaba ahora sobre la mesa, entre los trozos de cuero y los cuchillos. El uniforme estaba en orden, pero había algo que le inspiraba desconfianza. Quizá era el rostro, quizá su comportamiento con el zapatero. Y sobre todo, ¿cómo había podido llegar hasta aquí? ¿Por qué había venido? Quizá todo aquello era una trampa o un centro de conspiradores. Sea lo que fuera, aquello no era nada tranquilizador.

Hay que marcharse de aquí. Pero hay que marcharse sin que parezca una huida.

—Bueno, señor Splüge, ¿cómo va eso?

—Gracias, muy bien. He dormido algo y ya me encuentro descansado. Voy a marcharme en seguida.

Splüge quiso dar a sus palabras un tono de absoluta tranquilidad, pero no lo consiguió. Su garganta estaba reseca y las palabras no le salían. Pero ninguno de los dos hombres hizo el menor ademán de retenerle.

Splüge se levantó.

—Tenga usted cuidado, señor Haderer; creo que habrá vendaval.

—Sí —repuso Haderer.

—Sargento...

—Roeder —se presentó Gnotke.

—Señor Roeder, *¡Hals und Beinbruch!*

Splüge se tragó el "Heil Hitler". Cerró la puerta y, en la oscuridad, buscó los dos peldaños. Echó una larga mirada hacia el cielo y respiró profundamente. Un gran silencio se cernía en aquel momento sobre la ciudad. Era un silencio fantasmal que a veces era roto por un sordo rumor y unos estampidos que se producían entre las nubes, hacia el Este. Splüge se arrimó a la pared de una iglesia y avanzó luego por unas calles sumidas en la más completa oscuridad. Pensó en los dos tipos de la zapatería y se dijo que era un idiota.

"Pero, no sé, no sé. Me comería una escoba si ese tipo se llama Roeder. Ha sido un encuentro, pero no sé con quién lo he tenido."

—Muchacho, muchacho, si esta vez no va bien...

—Eso ya lo he visto yo en otra ocasión.

El sargento de Sanidad Wustmann y el chofer Stroh cambiaban impresiones. Los demás brincaban, entre cajones y aparatos, en la parte trasera del camión. En Weissensee, al igual que en Werneuchen, no encontraron más que una orden según la cual debían continuar hacia adelante, pues el hospital de sangre debía ahora ser instalado en medio de Berlín, en el edificio del Reichstag. Al llegar a la estación de Weissensee tomaron por una carretera de segundo orden y prosiguieron su camino.

Tanques, cañones antiaéreos, artillería, soldados, motocicletas, camiones.

La riada se movía lentamente hacia el cordón armado y continuaba luego en dirección hacia Tiefensee y Semmelberg.

—Esta vez no sale bien la cosa.

—En 1914, en Odessa, vi algo semejante, y cuando llegamos a las posiciones fijadas por el mando, nos encontramos que los rusos ya las habían ocupado.

—Entonces todavía había coñac.

—Sí, entonces todavía se podía beber y hablar alto.

Silenciosas columnas avanzaban hacia el cinturón armado de la ciudad. La luz de los incendios iluminaba los rostros. Y el olor a cuerpos sucios, a cuero y a uniformes sudados se mezclaba con el olor a incendio y polvo.

—Pero eso de ahora no ocurrió entonces.

Pasó la milicia popular: viejos hombres tocados de gorras de visera y cubiertos con capotes militares belgas. Y luego pasó una formación de las "Juventudes de Hitler": muchachos de catorce, quince y dieciséis años, vestidos con uniformes de la Wehrmacht, que les venían grandes y les colgaban de sus delgados cuerpecillos.

Las ruedas rodaban despacio y los pies se arrastraban torpemente.

Aviadores con fusiles de infantería, unidades de la artillería antiaérea, compañías de trabajadores, cadetes, policías con carabinas, bomberos de Berlín, conductores de tranvía.

La carretera estaba acordonada por la policía militar y nadie podía escapar de la formación. A un hombre, sin embargo, se le permitió atravesar el cordón. Era un coronel. El coronel se acercó al camión y preguntó si le dejaban montar.

—Buenos días, coronel Splüge —le saludó el ayudante de sanitario Wittstock.

—¡Günther! ¿De dónde sales?

—De Buckow. Hemos tenido que evacuar.

—Pues habéis tenido suerte. ¿Adonde vais?

—¡Al Reichstag!

—¡Magnífico! Iré con vosotros. ¿Le parece, sargento!

—A mí, por mi parte, me parece muy bien. Pero pregunte usted a nuestro capitán médico.

El capitán médico Heide no puso ningún reparo y Splüge pudo montar en el coche.

Hasta el Reichstag había ocho kilómetros, y en circunstancias normales el viaje hubiera durado media hora. Ahora estuvieron detenidos un par de horas junto a la estación del ferrocarril y cuando, por fin, se pusieron en movimiento y se metieron por calles laterales, avanzaron muy despacio. El camino estaba lleno de escombros. Vieron una calle entera envuelta en llamas, y como no había agua, el fuego podía extenderse hacia todas partes. Avanzaban tan despacio como si fueran a pie. Asomó la luna. Las estrellas cubrían aquel mundo en ruinas. Manzanas enteras habían ardido y estaban deshabitadas. Cuando llegaron a la Alexanderplatz comenzaba a despuntar el día. Tuvieron que volver a meterse en una calleja lateral para dejar pasar a una columna de soldados. Y todavía tardaron dos horas más en llegar al monumental edificio del Reichstag, construido con grandes sillares.

Dem deutschen volke. Así rezaba, con letras de oro, sobre el portal del edificio. Desde la fundación del Reich, en 1871, los estamentos alemanes habían tenido aquí un techo común. En el estrado de los oradores había estado

un Bismarck, un Bethmann Hollweg, un príncipe Max Von Baden. Pero también había estado un Liebknecht —sénior y júnior—, un Bebel y una Rosa Luxemburg. Aquí, en una de las fachadas de poniente, el 9 de noviembre de 1918 proclamó Philipp Scheidemann la República. También hubo un incendio del Reichstag y un proceso por dicho incendio. El Tercer Reich surgió entre las columnas de humo de ese incendio que devoró la sala de sesiones y destrozó la gran cúpula del edificio. Y ahora parecía que entre el humo y el fuego iba a terminar el Reich que entre el humo y el fuego había comenzado.

El sargento Wustmann tenía edad suficiente para poderse formar una idea de lo que aquel edificio había representado en tiempos pasados. Incluso había asistido a un debate en el Reichstag. En octubre de 1918, durante un permiso, había estado en aquella casa. Pero entonces no se percató de la gran importancia de la sesión que le cupo presenciar.

Era un día desagradable y frío. Berlín pasaba hambre. En Berlín ya no había petróleo para las lámparas. Los tranvías chirriaban. De tanto rodar, los neumáticos de los coches estaban lisos como el hielo. No había nada: ni jabón, ni tabaco, ni pan.

La guerra estaba a punto de terminarse.

El Imperio estaba a punto de terminarse.

El joven soldado de Sanidad (tenía entonces veintidós años) miró la sala a través de la galería de cristales y vio las hileras de los diputados. Eran unas figuras temblorosas que se apiñaban unas junto a otras. Muchos diputados tosían, pues en Berlín señoreaba la gripe. El nuevo canciller pronunció un discurso de presentación durante el cual apenas se le oyó. Habló muy bajo, pues también tenía la gripe. El nuevo canciller era el príncipe Max Von Baden.

Los diputados fueron subiendo uno tras otro al estrado, y los discursos se perdieron en el vacío. Sentados en sus bancos, los representantes del pueblo hojeaban los periódicos. Únicamente una vez, como si un viento hubiera pasado entre ellos, se levantaron súbitamente y comenzaron a hablar a la vez. Hablaban entre ellos; algunos se dirigían a su vecino y otros vociferaban a distancia. Era imposible entender algo de lo que decían, y Wustmann se enteró de ello, al finalizar la sesión, gracias a las referencias periodísticas. La rotura del frente, un llamamiento angustioso de los jefes del ejército y los catorce puntos del Presidente Wilson fueron objeto del debate. Habló el independiente Haase y a él se unieron los representantes de las minorías nacionales: polacos, daneses, alsacianos y loreneses.

Los socialdemócratas y los independientes acusaron al Gobierno de continuar la guerra y unos echaron las culpas a los otros.

—¡Plebiscito! —gritó un danés.

—¡Entonces también tendrían que votar los muertos! —opinó un polaco, y añadió—: ¡Polonia para los polacos!

El socialdemócrata Noske dijo:

—Entonces, América tendría que ser entregada a los indios. El desconcierto cundió en el banco gubernamental.

—¡El coro de los chacales! —gritó uno.

—*Finis Germaniae!* —gritó otro.

Hausmann, el secretario de Estado, citó unas palabras de Heinrich Heine:

—"Vieja Alemania: nosotros tejemos tu sudario y en él envolvemos nuestro triple juramento."

Aquello ocurrió en 1918 y ahora volvía a suceder algo parecido. Esta vez,

sin embargo, no se discutían otros catorce puntos. La capitulación total podía ser aceptada o rechazada sin necesidad de ningún debate, pues de una manera u otra la catástrofe era inevitable.

—*Finis Germaniae!*

El teniente médico Heide, el sargento Wustmann, los dos cabos y el ayudante Wittstock recorrieron infructuosamente todo el Reichstag y regresaron a la ambulancia sin haber encontrado rastro del capitán médico Dallmann ni de la compañía sanitaria. Wustmann volvió a hacer otro recorrido y de pronto se halló en la sala de sesiones del Reichstag. Al igual que la entrada y el gran pasillo, la sala se había convertido en un enorme vivaque cubierto por los hierros de la desnuda cúpula. Aquella parte del edificio había quedado inutilizada desde el gran incendio ocurrido en 1933. El Gobierno no había tenido tiempo de restaurarlo y quería legarlo, en aquel mismo estado, como recuerdo del principio de su subida al Poder. Grupos de fusiles dispuestos en forma de pirámide se levantaban en la sala. El suelo estaba lleno de latas de conserva vacías, montones de papeles, trapos y correajes. Unos soldados dormían sobre el suelo, con la cabeza apoyada sobre la mochila o el macuto; otros comían y otros jugaban a las cartas. Eran las diez de la mañana.

¿Una compañía sanitaria? Nadie sabía dar noticias de ella. Sí, ayer o anteayer hubo una por aquí. Pero nadie sabía indicar su actual paradero. Por fin, alguien le dijo:

—Sí, mi sargento; en el primer piso hay algo de lo que usted busca.

Wustmann subió al primer piso. En el pasillo había un letrero junto a otro. En la antigua dependencia de las minorías se habían instalado unas oficinas militares, pero los empleados y escribientes no se lo tomaban muy en serio, posiblemente a causa de la falta de medios de comunicación, pues muchos se disponían a trabajar en aquel momento, es decir, a las diez. El pasillo estaba lleno de gente que iba y venía. Wustmann detuvo a alguien y le preguntó por lo que buscaba.

—Sí, efectivamente, aquí hay una compañía de Sanidad. La inspección sanitaria está al final de todo, en la última habitación.

Wustmann repitió la pregunta a dos o tres personas más y al fin dio con el lugar deseado. Se trataba de una oficina central, al frente de la cual había un coronel médico y una multitud de antiguos empleados de la Cancillería y escribientes, ocupados en hacer la lista de todos los heridos de la Wehrmacht.

Dio con la puerta que conducía a la oficina del jefe y encontró al coronel médico sentado ante su escritorio.

—Sí, un capitán médico llamado Dallmann ha estado aquí. Eso fue ayer. Pretendía instalarse aquí, en nuestras dependencias. ¡Qué ocurrencia!

El coronel médico era un hombre de edad avanzada. Seguramente había tomado parte en la guerra de 1918. Estaba al frente de los servicios de inspección sanitaria desde el principio de la guerra. Los acontecimientos le habían trastornado un poco, pues el coronel médico pretendía que lo que en aquel momento debían hacer los hospitales era confeccionar y entregar en sus oficinas del Reichstag las listas de bajas y heridos de toda la Wehrmacht.

De todos modos, Dallmann y su gente no podían hallarse lejos de allí. Finalmente consiguió que el coronel le dijera que la compañía sanitaria se había instalado en una estación del ferrocarril, al lado mismo del Reichstag.

—¡Lástima! Un par de oficinas aquí, en el Reichstag, no nos hubieran ido mal.

—¿Y qué hubiéramos hecho nosotros? ¡Al fin y al cabo, también nosotros tenemos que trabajar!

—¿Cree usted que ese trabajo todavía es importante? Los rusos han atravesado el Oder y están camino de Berlín.

El coronel médico movió la cabeza, haciendo un gesto de desaprobación.

La puerta se abrió y unos empleados de la Cancillería y cuatro o cinco escribientes que trabajaban en el despacho de al lado, movieron la cabeza del mismo modo que su jefe.

—¡Que hayan atravesado el Oder no significa que estén camino de Berlín! Claro que el camino no es muy largo.

Aquella gente todavía creía en la súbita aparición del arma secreta y en el ejército secreto de Wenck. No había electricidad y no podían oír la radio, y muy de tarde en tarde conseguían algún periódico. Cada día no hacían más que oír y comentar mil rumores contradictorios. Y como durante aquella guerra se había mentido y exagerado tanto, únicamente podía uno fiarse de su vista, de su oído y de su sexto sentido.

El coronel médico dijo:

—¡Haga usted el favor de no contar aquí cuentos tártaros!

—¿Cuentos tártaros? Tártaros... De un momento a otro los puede usted tener aquí, mi coronel. ¿Cree usted que eso puede continuar indefinidamente?

—¿Qué está usted hablando? Por favor, tenemos que trabajar.

De pronto, sin embargo, el coronel alzó la cabeza. Un lejano ruido llegó hasta sus oídos. Durante aquella guerra no lo habían escuchado jamás, pero todavía lo recordaba, de cuando la primera guerra. Y también los empleados de la Cancillería, los escribientes y las secretarías oyeron aquel ruido, muy diferente del que hacían los aviones y las bombas cuando los ataques aéreos. Sí, era un ruido muy diferente a lo que hasta entonces habían oído, pero no creían que fuera más amenazador, que los otros.

—¿Qué es eso? —se preguntaron uno a otro.

—Artillería —dijo. Wustmann, asomándose al cuarto de al lado La artillería dispara al borde mismo de la ciudad, probablemente en Weissensee.

—¡La ciudad está siendo cañoneada!

—¡No es posible!

Pero el ruido continuaba sin interrupciones. Era aquel ruido ensordecedor que había ido siguiendo a Wustmann desde Bucko hasta Berlín, pasando por Tiefensee. Pero todavía sucedió algo más, fue como si un tren chirriante corriera entre las nubes sobre el perímetro de la ciudad, describiendo un gran semicírculo.

—Eso debe haber sido en Teltow o quizá detrás del canal de Teltow —dijo Wustmann.

—¿Qué opina usted de eso?

—¡Berlín también es bombardeado por el lado sur!

—Eso no es un ataque aéreo —opinó el coronel médico.

Un tremendo ruido se expandió por los aires. Era un ruido que venía de lejos y que cada vez crecía en intensidad. Luego, una impresionante detonación. La tierra tembló. Era la primera granada de la artillería rusa que caía en el corazón de Berlín.

El coronel médico llegó entonces a una decisiva conclusión.

—Debido a las circunstancias —dijo—, las oficinas deberán permanecer cerradas durante un par de días.

LA DESBANDADA

El coronel Splüge acababa de llegar a la Vosstrasse. Pasó ante la Cancillería y se detuvo un momento ante el ministerio de Propaganda. El edificio estaba bastante deteriorado y en algunas partes todavía salían pequeñas columnas de humo. Para llegar a su despacho tenía que atravesar una interminable serie de grandes y pequeños sótanos en los que trabajaban directores generales, consejeros ministeriales, oficinistas y secretarias y en los que había centenares de visitantes. Pero, ¿qué ocurría? Muchos altos empleados estaban en camisa y calzoncillos. Los uniformes aparecían por el suelo y algunos oficinistas estaban seleccionando las prendas de vestir que los otros acababan de arrojar. Había allí uniformes del Partido, de las S.S., de la aviación, de la marina y de infantería. Y los empleados se despojaban de sus ropas de paisano y se ponían los uniformes militares. Splüge entró en otra habitación. La habitación estaba atestada de familiares y de empleados. Eran mujeres y niños que acostumbraban a refugiarse allí cuando los bombardeos. También había muchos soldados. La mayoría de aquella gente se había traído somieres, camas y mantas; los bombardeos se sucedían casi sin interrupción y se quedaban allí días enteros.

"Si las habitaciones se habían convertido en un escenario de carnaval y en una especie de catacumbas, quisiera saber qué significan esas oficinas de aquí alrededor, en las que todavía se trabaja como si tal cosa. Las catacumbas serán el cementerio de la masa y las oficinas se convertirán en nichos particulares. Dejad que los muertos entierren a los muertos. Eso lo dijo Isaías o el apóstol San Pablo, no sé exactamente quién, pero en todo caso, lo dijo alguien que no hubiera deseado estar aquí."

Splüge entró en su despacho.

Leonore ya estaba allí. Su secretaria, la señorita Leonore Stassen, estaba sentada y se dedicaba a coser uniformes.

—Buenos días —saludó Splüge, y colgó su gorra en una percha. Splüge no oyó que la secretaria contestara a su saludo, pues la señorita Leonore susurró las palabras de un modo imperceptible.

Splüge se sentó ante su mesa de trabajo.

La señorita Stassen salió del despacho. Splüge pensó que debía estar enfadada por su reciente ausencia de tres días. Iba a encender un cigarrillo cuando la secretaria volvió a entrar y dejó una taza de café y una copa de coñac sobre la mesa. Luego, sin decir palabra, comenzó a coser de nuevo.

—¿Qué hay de nuevo? —preguntó ella al cabo de un rato.

Hubo una pausa.

—Se está formando el batallón "Wilhelmsplatz II".

—Sí; ya he visto el carnaval.

—Nosotros pertenecemos a la segunda compañía.

—¿Nosotros? ¿Las mujeres también?

—Sí, nosotras también. Acabo de recibir un uniforme de la aviación.

—Le felicito.

—Gracias.

—¿Qué otras novedades hay?

—Bormann ha prometido entregar grandes fincas y castillos a quienes

prestaran su colaboración en esta hora difícil. Ya le ha adjudicado una a un señor de la sección "Cultura".

—Por lo que a mí respecta, le pueden dar dos. Continúe.

—El doctor Ley está organizando una "Legión de la muerte", para lo cual ya se ha llevado a unos empleados de la Casa.

—No tengo nada que objetar. Continúe.

—El Führer celebró ayer su cumpleaños.

—¡Ah, ya!

—Tras la fiesta, algunos señores de su círculo más allegado se fueron de viaje.

—¿Quiénes?

—Göring se fue hacia el sur, y Donitz y Himmler hacia el norte. La gran desbandada acaba de comenzar.

—¿Y tú, qué haces? ¿Qué es lo que estás cosiendo?

—Se nos ha ordenado que cosamos el brazalete militar con el nombre de "Wilhelmplatz II" en la manga izquierda de los uniformes para el nuevo batallón.

—Es una tarea inútil. ¿Qué otras novedades hay?

—Sí; se ha suicidado el señor Schmidtke, de la sección "Periódicos". Se envenenó... El jefe de la sección jurídica, señor Schmidt Leonhardt, subió con su hija a uno de los últimos pisos de la Casa y no volvió a bajar. Se dispararon un tiro.

—Pues dispare usted contra mí, señorita Stassen.

Estaba resentida y pensaba que lo mejor era no dirigir la palabra a un hombre como aquél. "Yo sólo soy la quinta rueda del coche. Probablemente habrá estado estas noches con su Beate. En la Hohenzollerndamm se habrá establecido la paz, mientras yo, en la Nikolassee, no hago más que ensuciar pañuelos y preocuparme tontamente por mi "querido". Pero siempre ha sido así y así continuará hasta el final. ¿Por qué no acaba de una vez con esta situación tan molesta para todos? Pero él no piensa en separarse. No piensa en ello, y yo, estúpida criatura, no he hecho más que tener mala suerte en mi vida. Pero estoy decidida a no continuar."

Splüge sacudió la ceniza de su cigarrillo y se bebió el resto del coñac.

—Continúe, Leonore —dijo, y bostezó—. ¿Qué más?

—¡Ah, sí! El doctor Goebbels no ha dado hoy su acostumbrada conferencia matinal. Parece ser que se ha retrasado.

—¿Qué más?

—El doctor Meissner se ha marchado a Mecklenburgo, y los ministros están casi todos fuera de Berlín.

Leonore se llevó las guerreras que tenía sobre la falda, pero al cabo de un momento las volvió a traer. Los brazaletes habían sido cosidos demasiado abajo de las mangas y tenía que descoserlos y colocarlos más arriba.

—Quizá sería mejor que fueras a coser a otra parte —dijo Splüge.

Estaba muy cansado, pensaba en demasiadas cosas y la presencia de Leonore le alteraba los nervios. Ella volvió a coger las guerreras y se marchó, al parecer muy enfadada. Aquello la mantendría alejada durante un tiempo y le permitiría a él serenarse.

Pero tampoco así se pudo tranquilizar. Alguien anunció a un tal capitán Boehlke. El capitán llevaba la Cruz de Hierro.

—Perdone usted, señor jefe de negociado; creo que no acabo de encontrar lo que busco.

—Yo no soy el jefe de negociado; pero, dígame usted, capitán, ¿qué desea?

—Debo presentarme al general Meuspath, que manda la defensa artillera de Berlín. He hablado con un ayudante del general y he estado en el refugio de Bendler y en el del parque zoológico, y en ninguna parte he dado con el general. Ahora vengo de la Cancillería. Allí me han dicho que viniera aquí y que en el departamento de enlaces, que continúa funcionando a la perfección, me dirían en dónde se encuentra el general Meuspath.

El joven capitán no se encontraba, como él mismo había supuesto, en el sitio que buscaba. Splüge deseó ayudarlo. La Casa estaba llena de gentes que iban y venían con partes que mantenían un cierto servicio de comunicaciones. Por otra parte, el teléfono también funcionaba. Abrió una puerta y llamó a una archivera.

—Veremos lo que podemos hacer, capitán Boehlke. La señora Dannewitz será tan amable de acompañarle a donde quizá puedan orientarle.

Splüge dio a la señora Dannewitz los nombres de algunas personas que quizá podrían informar al capitán. Y la señora Dannewitz salió en compañía del recién llegado.

Splüge se quedó solo.

Cerró los ojos y trató de reponerse.

Lo mejor sería un sueñecillo al estilo napoleónico, o quizá lo más indicado sería un Yogi para poder olvidar en un par de segundos todo aquel enjambre de cosas y, como un oso tras el largo sueño invernal, levantarse de nuevo completamente descansado.

Llevaba tres noches sin dormir.

El zapatero Haderer, los cubos de agua en Weissensee, el sargento Roeder —que no se llamaba Roeder—, los funcionarios y secretarías vestidos con los uniformes de la aviación, de las S.S. y de la marina... ¡Qué bien se estaría en Nikolassee, tendido entre las gardenias del jardín, durmiendo un sueño reparador! No oír ni ver nada, ni tener que tomar ninguna determinación más. Respiró a fondo una, dos, tres veces. Pero su cerebro era como un sismógrafo y en él se registró un lejano, levísimo zumbido. Splüge se percató inmediatamente de dónde procedía aquel ruido que flotaba sobre los tejados de Berlín. Abrió los ojos y miró a su alrededor. La oficina estaba bastante bien amueblada. Había grandes sillones forrados con una tela de color rojo en la que se destacaba la cruz gamada. Aquellos sillones procedían de las grandes salas de conferencias. Había además figuras de porcelana, jarros antiguos y lacas japonesas. Y en un rincón había dos fusiles: uno para él y otro para Leonore. Unas cartucheras colgaban de la pared. Entre los libros y los jarros se veían unas latas de conserva. Las ventanas estaban protegidas con sacos terreros. "Habrà ruido; pero el sótano no es ningún sótano, pues está sobre el nivel del suelo. Y el pomposo edificio que se levanta sobre este supuesto sótano no es más que un gigantesco y vacío diente. Hemos sido compañeros de viaje... ¡Pero ahora resulta que los señores se han marchado!"

El lejano ruido continuaba flotando sobre las calles.

Leonore volvió a entrar. Parecía que no oía aquel monstruoso zumbido de la muerte.

—Es un concierto en tono menor —dijo Splüge.

—¿Qué quieres decir?

—Pues, esto: que el concierto es en tono menor.

—Como quieras. La señorita Hannemann se ha colocado como archivera en una empresa constructora de obras.

—Que tenga mucha suerte. ¿Qué es esto?

—Unas listas del personal...

El ruido continuaba.

—He sabido que el mayorista doctor Weichhardt acaba de recibir una hermosa partida de zapatos.

—Esas son tus preocupaciones...

"Carece de sentido para comprender el significado de esos fusiles y esas cartucheras, ni puede hacerse cargo acerca de porqué su estúpido trabajo de costurera la tiene absorbida."

—El doctor Weichhardt tiene también un buen surtido de artículos alimenticios. Incluso puede proporcionarnos vino.

El ruido iba en aumento.

—¡Weichhardt! ¡Weichhardt! ¡Debieras pensar en otras cosas!

—Sí, al fin y al cabo, para ti no soy más que una agenda donde anotar tus cosas, pero eres incapaz de darme ninguna satisfacción. Sabías que quería ir a Garmisch. Deseaba reponerme en Garmisch y tú anulaste la reserva de la habitación. Créeme, ¡hubiera preferido nacer gusano!

—Y eso es lo que eres: un gusano, un repugnante gusano.

—Pues a mí me parece, señor Splüge, que me está usted confundiendo con la señora Beate.

Se produjo algo así como un gigantesco trueno.

—¡Eso no ha sido una bomba! ¿Qué ha sido eso, Vicco?

—Eso ha sido... ha sido... Ahí tienes tu habitación en Garmisch... gusano, gusano, más que gusano. Y yo también soy un gusano, un gusano, como tú.

SEGUNDA PARTE

*Los ídolos no los hace el dorador, sino
el adorador.*

BALTASAR GRACIÁN

CHARLA EN TONO FAMILIAR

Un tipo de cierta edad, algo curioso, pero nada desagradable.

Lástima que toda la noche tenga uno que estar sentado sin decir nada, sin poder entablar conversación. Pero la verdad es que uno no puede decir nada, pues nadie se fía de su vecino. Finalmente, sin embargo, cuando el tren entraba en Wannsee, comenzó la conversación y se abrió la confianza. Fue como un puente que terminara en el vacío. "Se llama Zecke, y es coronel. Hace años estuvo destinado en Potsdam. Tendré que preguntarle a mi tío Raimond."

En Potsdam, el capitán Boehlke se enteró de que el general Meuspath, a quien venía buscando desde Praga y Leitmeritz, había sido destinado a las fuerzas de artillería encargadas de la defensa de Berlín. El capitán recibió el orden de presentarse en Dóberitz. Y tras su presentación en el Mando Central se dirigió a casa de su tío Raimond. Su tío no había regresado a casa y su tía se cuidó de él. Sus dos primas —Anna y Leonore— tampoco estaban en casa. Anna, que estudiaba la carrera de médico, se hallaba en Göttingen y hacía dos días había telefoneado. Dijo que se encontraba bien, y que los ingleses habían irrumpido en los barrios viejos de la ciudad. Un poco más, y todo habría pasado para ella. Leonore era la preocupación de la familia. "Leonore decidió seguir la carrera burocrática", le dijo su tía en un tono de disgusto. Leonore trabajaba en el Ministerio de Propaganda y nadie sabía por qué había ido a parar precisamente a aquel Ministerio. "Te ruego —le suplicó su tía— que no hables de eso a tío Raimond. No puede sufrir que se pronuncie el nombre de Leonore." Todo aquello le pareció a Boehlke muy raro.

Tío Raimond llegó a casa cargado de libros y de periódicos, como siempre. Estuvo muy contento de ver a su sobrino y se disculpó por lo muy ocupado que estaba. Sin embargo, encontró un momento para poder charlar con él. Entraron en el despacho, que estaba lleno de libros, y se sentaron en unas cómodas butacas ante una mesilla sobre la que en seguida colocaron dos tazas de café y unos vasos de coñac. Tío Raimond ofreció a Boehlke un "Uppmann", uno de los últimos que quedaban en la caja, y le dijo:

—Querido Berthold, podemos charlar mientras duren los cigarros.

Ante todo quiso que su sobrino le contara sus últimas experiencias.

—Pues, sí, tío, el traslado hacia Bad Kissingen fue algo tan precipitado que no tuve tiempo de despedirme de ti. Los últimos días que estuve en la Escuela Superior para Ayudantes pasaron como un relámpago. Al final sólo quedamos un pequeño grupo y parecía que jugábamos a la historia de los "diez negritos", pues cada día éramos uno menos. El momento culminante se producía por las mañanas, cuando llegaba el coronel, que nos leía la lista de los nuevos destinos. Una vez decía: "Queda usted destinado como segundo ayudante del comandante en jefe Von Graudenz; y esta misma tarde se dirigirá usted en avión a la bolsa de Von Graudenz". Y otra vez decía: "Queda usted destinado a Breslau, o a Königsberg, o a la fortaleza Thorn o a cualquier otro barco vikingo

hundido". Un día, el Reichsführer S.S. Himmler pidió un enlace. El oficial debería servir de enlace con la Wehrmacht, y era preciso que estuviera en posesión de la Cruz de Hierro y que fuera rubio y alto. Aquel mismo día debía estar en la estación del Zoo y tomar allí un tren especial y presentarse a Himmler. Ya puedes imaginarte en qué estado de ánimo preparaban sus cosas mis compañeros. A medio curso se me dijo que el Estado Mayor de mi división, que por aquel entonces estaba en Kurlandia, tenía interés en retenerme. Así, pues, desde buen principio ya supe que iría destinado a un lugar que de antemano estaba perdido. Pero las cosas cambiaron, pues al terminar el curso mi división había dejado de existir. Fui destinado como ayudante de un general de artillería a quien he estado buscando en Praga, Leitmeritz, Dresden y Berlín. Tampoco aquí, en la capital, saben darme noticias de ese general. En la Jefatura de Personal no han podido decirme si mi general está en Doberitz o en Freienwalde, junto al Oder. Me han encargado de buscarle en Berlín, en los alrededores de la capital. Esta es mi historia, tío.

Tío Raimond se limitó a mover la cabeza.

—Además debo confesarte que estoy sin ánimos. Antes, uno nunca se encontraba solo, y aunque las cosas fueran mal, aunque todo se viniera abajo, siempre se tenía a un compañero, a un amigo. Y ahora, desde que me marché del frente, me encuentro solo, y me siento insignificante para enfrentarme con todo eso.

—Sí, la camaradería... partir el pan con el compañero; compartir las adversidades... De esa manera podían hacerse más llevaderas ciertas situaciones.

—Dime, tío, ¿cuánto crees que todavía puede durar todo esto?

—Pues, mira: Stalingrado duró setenta y siete días, pero si no me equivoco, aquí todo irá mucho más aprisa, pues los berlineses están hartos y la tropa está completamente agotada.

—¿Y qué piensa hacer nuestro "querido" Führer?

La pregunta no había sido formulada al azar y tío Raimond podía quizá contestarla. Tío Raimond estaba enterado de muchas cosas, pues era jefe de bibliotecarios, estaba al frente de una importante sección de la biblioteca del Estado Mayor Central y desde el principio de la guerra estaba encargado de hacer resúmenes de la prensa extranjera y ayudar al informador Scherf, lo cual le obligaba a ir de vez en cuando al Cuartel General del Führer. Tío Raimond podía observar los cambios de atmósfera que se producían en las más inmediatas esferas de Hitler.

A tío Raimond le sorprendió la pregunta, pero no vaciló en contestar:

—Voy a decirte algo, Berthold: no tienes idea de la desmoralización que reina en la Cancillería. Las últimas "sacudidas" han tenido allí una impresionante repercusión. La gente dice cosas increíbles, y las dice incluso ante los centinelas de las S.S. Cuanto antes lleguemos al final de la catástrofe, tanto mejor. Esa es la situación desde hace tres semanas.

—¿Qué más?

—A juzgar por lo que allí se dice, Hitler ha llegado a un estado de completa demencia.

—¿Qué es lo que se dice?

—Scherf tenía que despachar con él, y yo le vi durante unos momentos. Bormann salió del despacho y nosotros nos quedamos solos con Hitler. El Führer miró a Scherf de arriba abajo y, de pronto, le dijo: "Óigame usted,

Scherf, tengo la impresión de que convendría reunir todas las tropas que nos quedan y lanzarlas contra el Este, sin preocuparnos más del frente del Oeste."

Nuestro Führer, cuyo pensamiento se anticipa en mil años al de los demás, siempre toma sus determinaciones con medio año de retraso. Esa maniobra se la hubiera aconsejado el año pasado cualquier hombre del campo. Por lo menos, eso se le hubiera debido ocurrir antes de la ofensiva de las Ardenas.

—¡La ofensiva de las Ardenas! Allí se malbarataron las últimas divisiones y se gastaron los últimos céntimos de que disponía ese hombre, que ya entonces estaba a punto de convertirse en un pobre de solemnidad. No sé si sabes de quién es la frase: de un alto oficial del Gran Cuartel General. Ese oficial, cuyo nombre no quiero pronunciar, decía que ya no existe ningún objetivo militar ni político y que todo eso es una pura manifestación de histeria.

—¡Si por lo menos no hubiera tenido tan trágicas consecuencias para Alemania! Con todo eso, Hitler ha echado por los suelos el último crédito que nos quedaba, no el suyo, sino el nuestro, el del pueblo alemán. La catástrofe será ahora mucho mayor de lo que hubiera sido. Pues el último resto de buena voluntad, que en un momento dado hubiera contado en el ánimo del vencedor, ha sido echado por la borda.

—Los jefes de mi frente también hablaban así. Nuestro coronel estaba fuera de sí. Decía que todo aquello era una farsa, una mentira para engañar al mundo, una inútil falsedad.

—¿Y ahora quiere lanzar todas las fuerzas contra el Este?

—Fue un proyecto relámpago. Sabes que en Bohemia, Noruega, Dalmacia y en mil sitios más tenemos muchísimas divisiones desparramadas. Pero él nunca ha hecho nada para que esas fuerzas se concentraran contra el Este. No ha hecho más que jugar con la idea y exponerla de vez en cuando a sus allegados, entre los que figuran Bormann y Scherf. Y en los pasillos y en las dependencias de su refugio no se hace más que comentar cada una de sus palabras. Días atrás había muchos que ya se veían equipados con material americano, dispuestos a emprender por segunda vez el camino hacia Moscú. Pero esa ilusión ya se ha desvanecido y la gente murmura y se aguanta en pie gracias al alcohol.

—Estamos viviendo las últimas sacudidas.

—¡Demencia paralítica! Pero esta vez, la enfermedad no necesitará dos años para acabar con el paciente, pues de aquí a dos semanas todo habrá acabado. Hitler mismo es un hombre acabado. A veces, mientras habla, en medio de una conversación, se queda ausente y crea con ello una situación muy embarazosa a quien tiene delante. Le cuesta un gran esfuerzo ocuparse de los asuntos militares y cada día le gusta más referirse a las cuestiones políticas de cuando su ascensión al Poder, y entonces, cuando se refiere a ese tema, sus ojos, generalmente apagados, cobran un brillo especial. Y también le agrada hablar de las grandes construcciones que piensa emprender una vez terminada la guerra.

—¡Grandes construcciones! ¡Pero ahora, de momento, todo se está viniendo abajo! Y los rusos, que están en el Oder, no se quedarán mucho tiempo parados, sin avanzar.

—Ignoro si realmente se hace cargo de la situación. Pero, de todos modos, lo cierto es que siempre huye de la realidad. Bormann es su único informador. Y Bormann le dice lo que le conviene. Ese tipo de piernas cortas y abdomen prominente, ese intrigante salido de lo más hediondo de la cloaca nazi, es su

único enlace con el mundo. Todas las ideas y los planes que son sometidos a la aprobación de Hitler, así como todas las personas que se le acercan, deben antes tener la conformidad de Martin Bormann. Una sola persona puede llegar a Hitler sin que Bormann pueda impedirlo, y esa persona es Hoffmann.

—¿Hoffmann?

—Sí, el fotógrafo Hoffmann, que desde hace muchos años, es decir, desde la época de Munich, es amigo de Hitler. Pero eso ya es otra historia.

—Cuéntamela tío, si no te importa.

—Bueno; pues, como te decía, Hoffmann es el único que tiene libre acceso a Hitler, lo cual resulta intolerable para Bormann. Hace cosa de medio año le salió a Hoffmann un eczema en la nariz y Morell, el médico que le visitó, le dijo que para diagnosticar sin temor a equivocarse debía hacer antes varios análisis. Morell hizo los análisis y certificó que había encontrado bacilos de paratífus. Hoffmann, sin embargo, creyó que el resultado de los análisis había sido falseado por orden de Himmler, quien quería separarlo de Hitler. Morell, por otra parte, afirmó que el eczema era incurable.

"Pero Hoffmann no pensaba dejarse aislar y mucho menos estaba dispuesto a que lo confinaran en una casa vigilado por hombres de las S.S. Así, pues, se marchó a Viena y se fue a ver a un capitán médico a quien conocía de antiguo. "Pero, hombre, ¿no comprendes que Himmler quiere deshacerse de ti?", le dijo el capitán médico tras haberlo visitado. Los análisis fueron negativos y durante el período de observación Hoffmann no presentó ningún síntoma de paratífus, pues no tuvo fiebre, ni escalofríos, ni sufrió descomposiciones, sino que se encontró perfectamente bien.

"Bormann y Himmler supieron inmediatamente dónde se encontraba Hoffmann y pusieron a éste una guardia de las S.S. y no le permitieron regresar a Berlín. En Viena ocurre lo mismo que en Praga, cuya situación ya conoces. Los agentes alemanes escapados de los Balcanes están instalados en el hotel "Imperial" y es muy difícil dar un paso sin que a policía tome nota de ello. Sin embargo, Hoffmann pudo coger un avión y trasladarse a Berlín. Llegó aquí, se fue derecho a la Cancillería y se instaló en la sala de espera de Hitler. Al cabo de un rato apareció un ayudante y dijo a los presentes que nadie se moviera de su sitio, pues Hitler comparecería de un momento a otro. Hoffmann, sin embargo, se levantó y cuando Hitler le vio, retrocedió como espantado y le dijo: "¿Qué hace usted aquí, Hoffmann? Está usted a punto de morir". Y, sin detenerse, pasó de largo. Bormann, que figuraba en el séquito de Hitler, se comportó como un loco y acusó a Hoffmann de haber cometido una enorme imprudencia, pues su enfermedad, que era muy contagiosa, significaba un peligro para Hitler. Hoffmann se quedó como anonadado, subió precipitadamente a su habitación, que estaba en el segundo piso de la Cancillería, y, fuera de sí, comenzó a hacer su equipaje. La señorita Wolf, una de las secretarias de Hitler, entró entonces en la habitación y Hoffmann le contó lo que acababa de ocurrir. "Debe usted hablar con él", le dijo la señorita Wolf, e inmediatamente salió de la habitación. Al cabo de un rato volvió y le dijo: "Hitler le recibirá a usted a las dos de la noche." A la hora convenida entró Hoffmann en el despacho de Hitler. "No me hable de su enfermedad, Hoffmann; lo sé todo", exclamó el Führer al ver a su antiguo amigo. La conversación transcurrió luego en un tono de gran amabilidad. "Bueno, en tal caso, márchese usted de Berlín", fueron las últimas palabras que Hoffmann oyó decir a su viejo compañero. Es posible, sin embargo, que si Bormann hubiera puesto algún

reparo a la resolución de Hitler, Hoffmann hubiera debido quedarse en Berlín, donde a estas horas ya habría muerto. Lo cierto es que Hoffmann salió de Berlín sin que nadie, ni el mismo Bormann, sepa ahora dónde se encuentra.

—No creo que Himmler y Bormann tarden mucho en descubrir su paradero.

—Deberá sostener una difícil lucha contra el tiempo si quiere conservar la vida.

—El asunto Hoffmann es otro de los síntomas de "demencia paralítica" que a estas horas presentan todas las personas que rodean a Hitler. ¡Es algo espantoso! ¡Y en estas circunstancias debo presentarme al general encargado de la defensa artillera de la ciudad!

—Todavía no has encontrado al general y tu caso también es una carrera contra el tiempo. Yo, por mi parte, debo continuar con los recortes de prensa extranjera. Esta noche tengo que hacer un resumen acerca del posible cambio que ahora, tras la muerte del Presidente Roosevelt, sufra la política exterior norteamericana y del distanciamiento que a consecuencia de ello pueda surgir entre los Estados Unidos y la Unión Soviética. ¿Qué otra cosa puedo hacer? Sí, claro, podría dejar colgado el trabajo; pero ¿qué adelantáramos con ello? Sí, estamos metidos en la catástrofe y, tanto si queremos como si no nos place, debemos sufrir las últimas sacudidas del derrumbamiento final.

—Dime, tío: en mi viaje hacia Berlín he conocido a un coronel que parecía muy simpático; me dijo que había estado en Potsdam, y que se llamaba Zecke.

—¡Ah, sí! El bueno de Zecke... Siempre estaba descontento. ¿Qué hace ahora?

—Iba a un cursillo.

—Ya ves, todo el mundo va de un sitio a otro y todo el mundo trata de situarse. No hay nada que hacer. Esa gente es capaz de colgarle a uno de un poste cinco minutos antes de que todo se acabe. Bueno; pero el "Uppmann" ya se ha terminado y debo hacer el trabajo para Scherf. Querido Berthold...

—Muchas gracias por todo, tío. Estoy muy contento de haber podido hablar contigo antes del hundimiento.

Ninguno de los dos sabía que aquella era la última vez que se veían.

El capitán Boehlke marchó dos días después a Freienwalde. Al general Meuspath no lo encontró al este ni al oeste de la capital. Así, pues, regresó a Berlín y se instaló donde pudo. En Berlín no disponía de mucho tiempo para dedicarse a la busca del general, pues la mayor parte del día lo pasaba en los refugios y en los sótanos de las casas, pues los ataques aéreos se sucedían sin interrupción. Se presentó en las oficinas provisionales de la Capitanía General, en la Hohenzollerndamm, y su general tampoco estaba allí. "Vaya usted al refugio del Zoo o al refugio Bendler", le dijeron. Pero el general Meuspath tampoco estaba en ninguno de aquellos sitios. Al día siguiente quiso dirigirse a la estación de término. Antes de llegar a la Puerta de Brandenburgo oyó el cañoneo que tenía lugar, no lejos de la capital, hacia el oeste. ¡Ya era demasiado tarde para dar paseos! No pudo entrar en la Vosstrasse para dar un vistazo a la Cancillería del Führer. Así, pues, se llegó hasta la esquina de la Wilhelmstrasse. La antigua Cancillería había quedado reducida a una tambaleante fachada rodeada de grandes montones de ruinas. Un gran "Mercedes" estaba detenido ante la puerta que la Wehrmacht tenía en la Cancillería. Tres oficiales con los pantalones ribeteados de rojo descendieron del coche. Eran un general, un coronel y un comandante. El coronel se llamaba

Boldt, Gerhard Boldt, y había estado como capitán en el infierno de nieve de Demjansk.

—¡Pero, hombre, Boehlke! ¿De dónde sale usted? ¡Ande, entre usted con nosotros!

—Eso no puede ser, Boldt.

—Sí, hombre, sí; ya lo creo que puede ser.

—Podemos hablar un par de minutos.

Boldt tuvo que apresurarse tras el general y el comandante, que parecía muy distinguido. Subió una docena de peldaños flanqueados de centinelas del batallón de la guardia que les presentaron armas. Un gran recibimiento, pomposos candelabros y criados con libreas.

—Un momento, querido Boehlke.

El coronel Boldt se acercó a una ventanilla y dijo unas palabras al empleado que estaba junto al libro en el que los visitantes debían escribir su nombre.

—¿Quieres aguardar un instante? Supongo que dispones de unos momentos.

Un criado acompañó a Boehlke hacia un bufete. Boehlke vio como Boldt, el general y el comandante se alejaban por un largo pasillo al final del cual comenzaba una escalera que descendía al mundo subterráneo de la Cancillería. El pasillo estaba cubierto con una alfombra de color rojo y aparecía profusamente iluminado. No se veía allí ningún rastro de la tremenda suciedad y del gran desconcierto que llegaban hasta las puertas de la Cancillería.

Un criado le ofreció un refrigerio.

—Sí, un whisky con soda, por favor —le dijo al criado que le preguntó lo que deseaba tomar.

Boehlke se encontraba algo desorientado y no demasiado seguro.

Estaba sentado allí, con un whisky en la mano, cerca de la escalera que conducía al refugio del Führer. Por el pasillo, profusamente iluminado, iban y venían visitantes trajeados con los uniformes de la Wehrmacht, del Partido y de las S.S. Al cabo de un momento volvió el coronel Boldt.

—Sólo un instante —dijo—. ¿Tienes tiempo para que luego podamos hablar un rato aquí mismo, en el Gran Comedor? Es preciso que me cuentes algunas cosas. Creo que vienes de Kurlandia.

—No, hace tiempo que marché de allí.

Boldt pareció algo confundido, pues probablemente deseaba tener noticias de su antigua división.

—Bueno, no importa —dijo—. De todos modos debes contarme muchas cosas. Aquí reina la tensión que puedes imaginarte. Yo estoy en el Cuartel General. Krebs me tomó a su servicio tras la marcha de Guderian.

—¿Era Krebs aquel que te acompañaba?

—Sí; y el otro, el barón Loringhoven, es su ayudante. Debes disculparme. Tenemos una conferencia con el Führer.

"Así, pues, Boldt se había situado de nuevo. Y el general era Krebs, el nuevo general del Estado Mayor General, que había sustituido a Guderian. Y abajo tiene lugar una conferencia con Hitler. El ejército, la aviación y la marina informan ahora acerca de la situación de los frentes. ¡La situación de los frentes! ¡Dios mío, la artillería rusa está disparando sobre los tejados de Berlín!"

Uno de los muchos ayudantes que por allí había se sentó a su lado y trató

de entablar conversación, ¡como si aquel fuera el momento más apropiado para entablar una conversación trivial! Boehlke estaba sentado allí como ante un escenario. Aquel pasillo tan transitado era el único lazo de unión que conducía al mundo subterráneo. Unos llegaban procedentes de abajo y otros desaparecían por las escaleras que conducían al refugio de Hitler. Pasaron un oficial de marina, un general de aviación y un muchacho de las juventudes de Hitler. El muchacho representaba un aspecto lamentable; su rostro estaba pálido, pero sus ojos resplandecían.

—El muchacho acaba de destruir un T 34. El Führer le ha condecorado con la Cruz de Hierro —le dijo el ayudante. Luego se puso en pie y, tras disculparse, se alejó.

Era un joven oficial de las S.S., de rostro juvenil y elegantes modales, que llevaba un uniforme impecable. Era demasiado amable para el gusto de Boehlke.

Boehlke se quedó solo.

Continuaron las idas y venidas. Oficiales pulcramente uniformados y paisanos vestidos de oscuro. También había allí camareros de librea que permanecían como estatuas junto a la pared. De pronto, la gente se echó a un lado. El trecho entre el pasillo y la puerta de salida fue despejado. Éste era él... (La hora del amanecer... Berlín siempre será alemán... Si Europa y Occidente no están completamente hundidos en la decadencia...) Éste era él y parecía no serlo. Las mejillas hundidas y bajo la pálida frente, los hondos huecos de los ojos abiertos de manera anormal. Se acercó a la puerta, que pareció abrirse por sí sola, y desapareció tras ella.

¡Europa y la civilización occidental!

El soldado alemán, la única trinchera contra el Este, era un trinchera que se venía abajo. ¡Qué verdad y qué mentira! Que mentira si uno pensaba en la meta que Goebbels había fijado a su soldado cuando le hablaba de los trigales de Ucrania, del aceite de Maikop y de las minas de Kriwoirog, y cuando no presentaba la guerra como una obligada defensa de Occidente, sino como una posibilidad de hacerse con las riquezas de los países conquistados.

Goebbels estaba afuera.

Su coche le había traído en pocos minutos. En su casa, que estaba detrás de la Puerta de Brandenburgo, le aguardaba un pequeño grupo de colaboradores. Entró en la sala de proyecciones. Las ventanas estaban destrozadas, en ninguna parte había vidrios. Montañas de tablonos y maderas. La electricidad no funcionaba. En la fría sala temblaban las luces de unas velas.

Una docena de rostros cansados y desesperanzados estaban pendientes de los ojos y los labios de su maestro. Él era su motor; él era quien debía inyectar sangre fresca a aquellos gastados corazones, pero él mismo estaba cansado y se presentaba ante ellos con las manos vacías. Él ya había terminado su tarea y en aquel momento no era más que una aparición en el reino de las sombras.

"¿Qué es lo que querían de él? ¿Por qué se habían reunido allí como cada día? ¿Qué querían? Pretendían recibir un mensaje del Hado. Aquellos pobres de espíritu, colaboradores suyos, podían imaginarse la vida sin la cruz gamada. Una vez más oírían su voz, que ya estaba destinada al silencio. A la tenue luz de las velas se reunió el auditorio. Y los viejos oficiales, los generales del Estado Mayor, la oculta oposición entre las filas de los altos funcionarios, todo

el pueblo alemán y toda la vida que no se resignaba a perecer en el barco fue objeto de su acusación. Todo el mundo había sido demasiado pequeño y demasiado cobarde.

¡Traición! ¡Traición!

Aquellas palabras resonaron sobre los reunidos, en la penumbra de la sala, y rebotaron como el graznido de un cuervo contra las ventanas tapiadas y las paredes agrietadas.

¡Traición! ¡Traición!

Un cuervo que no encontraba sitio donde posarse y que estaba condenado a hundirse en la nada. Una mano llena de plumas negras... En el Libro de la Historia no ha de quedar ni una palabra.

¡Traición!

La palabra resonaba de un modo terrorífico en la sala vacía. Y el pobre grupo de colaboradores se atreve, sin embargo, a continuar viviendo aunque sea sin la presencia del doctor Goebbels. Y uno de ellos se atrevió a replicar.

—¡Odio llameante!

Entonces se levantó la voz de la mofa y el sarcasmo.

—No se hagan ustedes ilusiones. Yo no he obligado a nadie a trabajar conmigo, y nosotros no hemos obligado a nada al pueblo alemán. El pueblo alemán nos ha elegido a nosotros. ¿Por qué han trabajado conmigo? ¡Ahora les van a cortar el cuellecito!

Terminó de pronto.

Se dirigió hacia la puerta. Y ya tenía un pie fuera de la casa, cuando se giró y dirigió una mirada, con sus ojos abiertos por el odio, hacia aquellos hombres, cuyos rostros estaban pálidos como la cera, y gritó:

—¡Pero el mundo temblará cuando nosotros nos marchemos!

Y dio un tremendo portazo.

El joven ayudante volvió a sentarse junto a Boehlke.

—¿Ha visto usted al ministro Goebbels? Acaba de regresar de su diaria visita al Führer. He estado preguntando por ahí, pero no he podido averiguar nada. Nadie sabe nada del general Meuspath. Pero, ahora que pienso, todavía puedo preguntarlo a alguien.

Volvió a levantarse.

—Con su permiso, mi capitán.

El capitán Boehlke dio su permiso, pero no pudo quitarse la impresión de que el cumplimentoso oficial quería deshacerse de él. El ayudante volvió en seguida y dijo:

—Es posible que la conferencia con el Führer dure aún mucho rato. Hoy se están debatiendo graves problemas. La persona a quien he preguntado no ha sabido darme ningún detalle. Pero en un sitio u en otro encontrará usted al general que manda la defensa artillera de Berlín. Pruebe usted otra vez ahí enfrente, en el Ministerio de Propaganda. Los señores de ese Ministerio lo saben todo y están en contacto con todo el mundo.

Boehlke declinó el ofrecimiento de otra bebida. Rogó al joven oficial de las S.S. que le disculpase ante el coronel Boldt, pues no podía esperar más tiempo.

Luego se marchó... Atravesó la Wilhelmstrasse y se dirigió hacia el Ministerio de Propaganda.

TIEMBLA LA MANO DEL MAGO

El coronel Boldt no pudo hacer otra cosa que enviar a su amigo un oficial para que le disculpara, pues la conferencia había de durar más de lo que en principio había supuesto. Descendió al mundo del refugio subterráneo, que se extendía bajo las dos Cancillerías y el jardín. Había allí un laberinto de pasillos, garajes, alojamientos militares, dormitorios y almacenes. Subió y bajó muchas escaleras y llegó finalmente a un conjunto de doce habitaciones destinadas a cocina, dormitorios del servicio y cuartos para huéspedes. Descendió luego por una escalera de caracol que conducía a un refugio más hondo en el que habitaba Hitler. En la antecámara del Führer se enteró que debían aguardar un rato y ya no pudo deshacer el largo camino hacia la entrada de arriba, donde aguardaba Boehlke. Y no tuvo más remedio que enviar a su amigo un oficial que pudiera pasar fácilmente por los numerosos controles de aquel mundo subterráneo.

La conferencia duró una hora.

Los tres oficiales —el general Krebs, el coronel Boldt y el mandante Von Loringhoven— montaron en el gran Mercedes que estaba ante la entrada y no se dirigieron la palabra. Los tres miraban de frente y ninguno de ellos reparó en las ruinas de la "Vaterland", ni en las destrozadas fachadas de las casas de Potsdamer Platz, ni en los montones de escombros que flanqueaban la Saarlandstrasse. La plaza Belle-Alliance, y la calle Bene-Alliance se habían convertido en estrechos pasadizos abiertos entre inmensos montones de piedra. El camino estaba cubierto de grandes bloques, pero los tres oficiales continuaban mirando de frente y ninguno de ellos salió de su ensimismamiento cuando, para evitar una granada sin estallar que había en medio del camino, tuvo el chófer que frenar súbitamente y efectuar un brusco rodeo. Los tres oficiales miraban de frente...

Hacía seis días que había comenzado la batalla del Oder. La situación era muy diferente sobre el plano militar del Führer que sobre la realidad. En el plano se veía un puente de fuerzas que iba desde el Oder hasta Bohemia, y se diseñaba un movimiento de ataque del IX ejército, cuyo triste destino ya no se ocultaba a nadie, contra las espaldas de Zukov. Por otra parte, las fuerzas del capitán general Heinrici, a las que se daba el significativo nombre de "Grupos de ejércitos del Weichsel", parecían dirigirse hacia el Sur, para allí impedir que las tropas rusas procedentes de los grandes bosques de Bohemia, se adelantaran hacia el Oder y el Neisse.

Así estaba planteada sobre el mapa la situación al cuarto día de la ofensiva, cuando los tanques de Koniev irrumpían en el bosque del Spree y, por el norte, las tropas de Zukov acababan de rebasar Bernau y entraban en Oranienburg.

Aquella cansada mano que hábilmente se movía sobre el plano la habían visto poco antes, a la luz del día, los tres oficiales. Fue en el jardín de la Cancillería. En el jardín había un grupo de muchachos de dieciséis, quince, catorce, trece e incluso doce años. Un grupo de muchachos de las Juventudes de Hitler y que no habían sido escogidos especialmente para aquella ceremonia. Todos eran audaces, temerarios y crédulos. En las calles se comportaban de un modo insolente y petulante y aquí apenas se atrevían a

respirar y estaban subyugados por la presencia de su jefe, que se disponía a pasar ante ellos. Él era el magnífico, el adorado, el mago que les había dado la razón de su existencia. Pero el mago no era más que un charlatán incapaz de sacarse nada más de los bolsillos.

El magnífico, el adorado, el gomoso...

También esa última palabra era recordada aquella mañana del 20 de abril en el jardín de la Cancillería. Por lo menos había allí un hombre en cuya imaginación, llena de aborrecimiento y odio hacia aquel ser, estaba grabada aquella palabra.

Muchos le creían un genio, otros le tributaban honores divinos y a casi todos desconcertaba con su asombrosa inteligencia. Siempre estaba dispuesto a aleccionar con sus inagotables argumentos a cualquier persona que se pusiera a conversar con él. Y él, sin embargo, había llevado la ruina a todos los pueblos que hay entre los Pirineos y el Mar Negro y probablemente (todavía no podía decirse de una manera terminante, pues los acontecimientos seguían su curso) había pronunciado la sentencia de muerte a Europa.

El magnífico, el adorado, el gomoso, que estaba completamente deshecho, comenzó a pasar revista a sus chiquillos. Se detuvo ante cada uno de ellos. Parecía un conductor retirado de autobús, un cartero jubilado, un ser muy viejo y medio ciego. La gran visera de la gorra ocultaba los hundidos ojos y disimulaba el rostro surcado de profundas arrugas. Únicamente se distinguía la gran nariz. Un cartero, un cochero retirado que durante muchos años había servido en una casa señorial, pero también un monstruo, representante de todos los santurriones, los chiflados, los estrafalarios, los imbéciles, los locos y los dementes, que había suscitado toda clase de fanatismos religiosos y políticos. Había nacido junto a la frontera de Bohemia, en una región de grandes bosques. Allí está el valle del Danubio, el viejo camino de las grandes migraciones, por el que pasaron nibelungos y dioses, hunos, suevos, sajones, croatas y magiares. Por allí pasaron todos esos pueblos, y el valle se convirtió en una gigantesca cuna en la que se fundieron gentes de muy distinta procedencia. Tras los bosques está Budweis, que también se llama Budjovice, donde para celebrar sus rezos se reunían antaño los hermanos bohemios, y también está Tabor, cuna de los taboristas, donde, también en homenaje a Dios, Zizka hizo redoblar unos tambores hechos con piel humana. De allí procedía; de ese país en el que muchos chiquillos parecen destinados a grandes cosas y luego, al llegar la pubertad, se apagan súbitamente. Él, sin embargo, había conservado la idea de estar predestinado a cumplir una tarea única, y esa idea la mantuvo hasta que un atentado destruyó su sistema nervioso y alteró el curso de su vida íntima. Era, claro está, hijo de una sola madre, pero también era un transeúnte más de aquel lugar en el que se habían dispersado tantos soldados y merodeadores. Carreteros engreídos, sutiles sofistas, charlatanes y sectarios de toda clase figuraban entre sus antepasados. No necesitaba dirigir su personalidad hacia una de aquellas maneras de ser, porque en cierto modo las reunía todas, y sus dotes, incluso su memoria, eran el producto de las muchas y desiguales mezclas de que procedía.

Y ocurrió que al hacer redoblar el tambor en una época de crisis y de decadencia cultural se hizo con todos los que vivían sin ideales políticos y religiosos, y fue seguido por una corte de ilusos, desarraigados, derrotados, orgullosos, acosados y desesperanzados. Un síntoma de la catástrofe que

había de coronar su obra era que junto a él se agruparon los más diversos elementos de la decadencia y su presencia bastó para dispersar las tradiciones, que hasta entonces se habían mantenido intactas y fuertemente unidas. Siempre incluso en la época de sus triunfos, no fue más que un negro cometa alejado del sol, un ser escapado de las tinieblas, un fantasma. Había heredado un capital muy heterogéneo y lleno de contingencias, y él se daba perfecta cuenta de ello, pero obligado quizá por la fuerza del destino, se lo malgastó y tanto en su interior como a su alrededor no había más que oscuridad. La juventud alemana había puesto a Europa a sus pies, y en todo el mundo se le consideraba como la fuente misma del desorden, pero aquello no impidió que vendiera su alma al diablo. Llevó a cabo una obra informe, como su mismo espíritu, en el que no había ningún sentido de la medida, y bajo sus manos el Reich se convirtió en el reino de la esclavitud, la inmoralidad, la hipocresía, la traición y el crimen. Ahora era un hombre viejo y acabado. La cabeza no se mantenía firme y la mano ya no le obedecía. A veces, para disimular, apoyaba la mano más segura sobre la otra, que continuamente estaba agitada por un ligero temblor. Cuando como un autómatas se acercaba a la mesa de los planes militares y se sentaba sobre la silla que alguien colocaba tras él, procedía como un muñeco a punto de estropearse. Y así, en esas condiciones, trataba de remedar la figura del viejo rey, a quien tanto admiraba. Como dudando, arrastrando los pies (sólo faltaban el bastón para apoyarse), avanzaba y se detenía ante cada uno de los muchachos, a quienes saludaba brazo en alto.

Alzó la mano... y, ¡Dios del cielo!, aquel cansado gesto de la mano era algo auténtico, era una expresión nacida en él mismo. Y no estaba entre odiados generales, ni ante vanidosos generales, sino frente a sencillos muchachos, y aquella mano, que nunca había sabido a quién escuchaba ni a quién debía prestar atención, que sólo se había movido para amenazar o para saludar, que había tratado de imponerse a base de gestos grandiosos, fanfarrones y desmesurados; aquella mano, que ahora se había quedado sin sensibilidad, que no era más que una envoltura sin contenido, se levantó hacia el rostro de un muchacho, le acarició la mejilla y le tiró suavemente de la oreja, y al hacer aquel gesto cobró de pronto una auténtica realidad y se convirtió en algo vivo. Pero a la cuarta o quinta vez que repitió aquel movimiento la autenticidad se convirtió en rutina. El viejo tío, el cartero, el fantasma surgido de los bosques de la frontera de Bohemia, acariciaba a sus muchachos..., los hijos de la madre alemana, los últimos que le quedaban, los últimos que combatían y se dejaban matar por él cuando la Wehrmacht y las S.S. ya habían dejado de existir. Combatían porque no sabían lo que era morir. El buen tío, el buen padre, el vagabundo tullido y apoplético... remedando la imagen del admirado rey y encubriendo su propia realidad de heraldo de la muerte. Una muerte de perros era lo único que podía ofrecer a sus muchachos.

*Delante, el joven tambor
marcha con ánimo alegre,
no sabe lo que es amor.*

El observador sintió un escalofrío. Asombrado, vio como el fantasma avanzaba paso a paso y vio como la mano inhumana acariciaba los demudados rostros de aquellos muchachos de ojos desmesuradamente

abiertos.

El observador —que era el joven oficial de Estado Mayor— volvió a ver aquella mano unas horas más tarde. La mano, entonces, se movía sobre un gran plano militar. El fantasma acababa de entrar poco antes en la sala del refugio. Arrastraba un pie, iba encorvado y la cabeza le caía desfallecida sobre el pecho. Goebbels había dicho aquel mismo día por la Radio que aquel hombre gozaba de una salud perfecta. Y había añadido que de un momento a otro iban a entrar en acción veinte divisiones acorazadas y que el renombre y el poderío de Alemania oscurecerían la memoria de Roma.

El observador se percató de que la mano temblaba sobre el mapa.

La fiesta había terminado.

Ya se había dispersado el cortejo de quienes habían venido a felicitarle. Göring, cuyos equipajes ya estaban cargados y aguardaban en un convoy formado en la Wilhelmstrasse, había montado en su gran "Mercedes" de carreras, que salió disparado y tuvo que detenerse en seguida a causa del tremendo bombardeo desencadenado por los americanos para festejar el cumpleaños del Führer. Y Göring no había tenido más remedio que aguardar cinco o seis horas en un refugio de Berlín. La gran camarilla de palacio se agolpaba junto a los últimos trenes que salían de la capital, montaba en locomotoras reservadas para ellos, se instalaba en coches escoltados por gente armada hasta los dientes y se precipitaba sobre los pocos aviones que quedaban en los campos, y así, en tren, en coche y en avión, se dirigía hacia Mecklenburgo, Schleswig, Oberbayern y Böhmen. Había comenzado la gran desbandada, la diáspora sin esperanza de regreso.

El ocaso de los dioses.

En el refugio de la Cancillería era Miércoles de Ceniza.

Rodeado de sus consejeros militares, el fantasma se inclinó sobre el mapa militar. La nerviosa mano se movió sobre unos trazos rojos y azules, cuya funesta significación indicaba la existencia de destrozados frentes de combate y de campos bañados en sangre. Palabras... nombres, y de las palabras sólo salió inmundicia y cada nombre fue un síntoma más de la inevitable catástrofe. Los ingleses estaban en la orilla izquierda del Elba, frente a Hamburgo. Bremen había capitulado. Los americanos habían llegado frente a Dessau. Luckau y Spreeberg habían sido rebasados por los rusos. El tercer cuerpo de ejército iba a ser aislado de Berlín por los rusos, cuyas vanguardias estaban mucho más al oeste.

El fantasma comenzó a tiritar y a pasearse de un lado a otro por la habitación. Luego pareció haberse quedado sin fuerzas y se desplomó sobre un sillón.

En seguida se levantó de nuevo y vociferó una serie de órdenes.

Ofensivas, contraataques, golpes de mano, detenciones y ejecuciones. Había perdido aquella especial sensibilidad para predecir el porvenir que le había librado de ocho atentados.

—¡Berlín no caerá jamás en poder de los rusos! Los rusos no han puesto los pies en Berlín desde 1760.

Se recibió un telegrama del general Busse, el jefe del IX ejército, que luchaba en el frente del Oder. Busse pedía permiso para retirarse, pues temía ser encerrado en una bolsa por los rusos, cuyas fuerzas eran tres veces superiores a las suyas. El general indicaba que el municionamiento por vía aérea había dejado de funcionar y que sus tropas estaban faltas de armas.

—¡Denegado el permiso! Busse iniciará una contraofensiva y luchará hasta el último hombre. ¡Cursen la orden inmediatamente!

Aquella era su respuesta.

Alguien pronunció un nombre: Steiner.

La hundida cabeza se volvió lentamente. Miró a cada uno de los asistentes. Se iluminaron los desorbitados ojos.

¡Steiner, Steiner!... Había que fusilar a aquellos miserables, incapaces, detestables; había que terminar con aquella pandilla de desalmados, canallas, infames.

Hitler habló a sus generales.

—Si no saben defender un río es que son ustedes unos incapaces, unos ineptos. O bien es que no quieren ustedes defender ese río. Cualquiera puede defender un río. No hago más que ver traición y cobardía por todas partes. ¡Se han puesto ustedes en evidencia! ¡Pretenden ustedes que un hombre como Steiner se haga cargo de una simple operación de protección!

Comenzó el juego de magia; aquel juego tantas veces repetido y que una vez más había de llevarse a cabo, quizá por última vez, entre los representantes del ejército, de la aviación y de la marina, y también ante los oficiales de la casa y los ayudantes.

"¡Steiner! ¡Steiner!"

La mano se movió sobre el plano militar. El frente del Oder, en el que por segunda vez se había abierto una gran brecha, comenzó a desmoronarse entre la niebla. Estaban fracasando todos los planes para cerrar la hendidura abierta al sur de Berlín. ¡Todos los dispositivos de defensa resultaban inútiles! ¡Steiner! Sólo quedaba Steiner. Quizá también pudiera contarse con Wenck. El "ejército de socorro" de Wenck era su segundo recurso.

—Steiner vendrá en socorro de Berlín... Ya verán ustedes.

Los generales de Estado Mayor debían entender de aquellos asuntos más que él, y así era, efectivamente, pero todos volvían a estar fascinados por el fantasma. El retorcido dedo se posó sobre el mapa y avanzó por el trazo que indicaba la carretera de Freienwalde-Weissensee. Era una carretera embotellada de coches, camiones ametrallados y caballos muertos. Era una carretera atestada de mujeres, de moribundos, de cadáveres y de niños. Era una carretera y en un determinado lugar hizo como si cortara la carretera.

—Esa es la posición que Steiner deberá ocupar. Llegará de Bernau-Eberswalde y cortará la punta de la brecha de Zukov y hará levantar el sitio de Berlín.

Aquello era la salvación... Su general jefe de Estado Mayor, su ayudante más inmediato, los oficiales de enlace, ayudantes y ordenanzas quedaron como hechizados. Krebs, Boldt y Loringhoven despertaron a la realidad algo después, cuando se dirigían hacia Zossen, mientras el "Mercedes" corría por calles flanqueadas de casas envueltas en grandes llamas y atestadas de cansadas columnas que entre una densa humareda marchaban hacia los barrios extremos de la ciudad. Volvieron a una realidad que no era más que una pesadilla y pasaron junto a unas columnas que ya nada tenían que ver con un ejército. Las brillantes divisiones blindadas y la espléndida infantería, que se habían cubierto de gloria en todos los frentes de Europa, habían quedado reducidas a escoria. Los soldados estaban extenuados y ninguna idea podía levantarles el decaído ánimo.

Pero, ¿quién era Steiner? ¿Dónde estaba?

Krebs, Boldt y Loringhoven lo ignoraban. Y tampoco lo sabían los oficiales de enlace de la Cancillería. Al final se supo que Steiner era un jefe de las S.S. que al frente de un grupo de combate protegía un flanco de la 3.^a división acorazada. Pero nadie supo dónde tenía su puesto de mando y nadie se atrevió a decir cuántos hombres tenía bajo su mando.

Era una sombra; nada...

En el refugio de la Cancillería, el fantasma trataba de crear un ser de la nada y de ella trataba de hacer salir hombres, armas y gasolina. La alarma volvía a reinar en el refugio del Führer. Los generales no se atrevían a moverse y permanecían aturcidos, sin decir palabra, mientras el fantasma de la espalda encogida y los ojos centelleantes se paseaba ante ellos y cobraba ante sus ojos una dimensión que jamás tuvo en realidad. Llegaban correos y sonaban los teléfonos. Unos motoristas salían disparados por la Wilhelmstrasse y se perdían en la noche, azotada por las balas. La central telefónica del refugio tenía en aquel momento todas las líneas ocupadas. Se celebraban conferencias con Zossen, con Potsdam, con el Reichsführer de las S.S., que por lo visto estaba en el castillo de Ziehlener, y con el cuartel general de la aviación, instalado en Wildpark-Werder.

La jornada del general de aviación Koller había comenzado a las dos de la madrugada con una llamada telefónica del jefe del Estado Mayor General, quien se informó acerca de la situación de los frentes de combate y le comunicó los objetivos reservados aquel día a la aviación. A las seis de la mañana oyó una potente bocina y vio a Göring (que hasta aquella hora había tenido que permanecer en un refugio) que, montado en su coche de carreras y al frente de una gran columna de camiones cargados hasta los topes, pasaba ante la guardia y, sin saludar, salía disparado. Göring tenía prisa, pues quería atravesar el Elba y el río podía ser tomado de un momento a otro. Todavía no era de día. El teléfono volvió a sonar. Adolfo Hitler estaba al aparato.

—¿Sabe usted que Berlín está bajo el fuego de la artillería enemiga?

—No.

—¿Es que no oye los disparos?

—¡No! ¡Estoy en Wildpark-Werder!

—En la ciudad está cundiendo el pánico a causa de los disparos de la artillería. Es posible que se trate de una batería de gran calibre montada sobre vías. Creo que los rusos han hecho un tendido de vías sobre el puente del Oder. ¡Es preciso que la aviación localice y destruya inmediatamente la batería!

—El enemigo no ha hecho ningún tendido de vías sobre el puente. Es posible, sin embargo, que haya capturado una batería alemana y la utilice ahora contra nosotros. Pero lo más fácil es que se trate de una batería rusa de mediano calibre, con la que sobradamente pueden alcanzar la ciudad.

Hitler quiso que en diez minutos le dijeran dónde estaba emplazada la batería en cuestión. En diez minutos... ¿Pero qué se había creído? ¿Quién podía atravesar aquel enorme campo de batalla que circundaba la ciudad y llegar hasta el Oder y buscar allí las piezas, acerca de cuya situación aproximada nadie tenía la menor idea?

El teléfono del despacho del jefe de la aviación no dejaba de sonar. Primer centro de gravedad, segundo centro de gravedad... Ataque ruso. Movimientos de tropas dispuestas al asalto. Reconocimientos. Transportes aéreos con unidades de asalto. Los reflectores que todavía quedan en Praga deben ser inmediatamente traídos a Berlín. Imposible, pues los aviones de transporte

serán inmediatamente derribados por las cazas rusos...

Otra vez estaba Hitler al teléfono:

—¿Dónde están los reflectores?... Ya, ya... Bueno; de todos modos tampoco se necesitan, pues la aviación se ha convertido en algo absolutamente inútil. Habría que ahorcar a todo el mando de la Luftwaffe.

La jornada de trabajo del jefe de la aviación había comenzado a las dos de la madrugada y ahora, a las 21, llevaba trabajando diecinueve horas sin interrupción.

Otra vez volvía a estar Hitler al teléfono:

—Óigame usted: el mariscal del Reich Hermann Göring dispone de un ejército particular. Ese ejército debe ser puesto en seguida en condiciones de combate y enviado a las trincheras. El mariscal del Reich no lo necesita para nada.

—En Karinhall no hay ningún ejército particular. Allí estaba la división "Hermann Göring", pero tiempo atrás fue trasladada al frente. Ahora sólo queda un batallón.

—Ese batallón debe ser puesto inmediatamente bajo las órdenes del Obergruppenführer de las S.S., Steiner.

Koller trató de hacerse cargo de la orden y de recordar quién podría ser aquel Obergruppenführer de las S.S. Pero el teléfono volvió a sonar al momento y de nuevo el jefe de la aviación oyó la chillona voz:

—Todos los hombres útiles de la Luftwaffe deben ser colocados entre Berlín y la costa, desde Stettin hasta Hamburgo, bajo las órdenes de Steiner.

Steiner, Steiner...

Koller telefoneó a todas partes que pudo. El jefe del servicio de operaciones dijo que Steiner podía encontrarse quizá en Oranienburg. Una hora más tarde, empero, anunció:

—Liebenwerda es el frente de combate de Steiner.

Pero luego, a los pocos momentos, el comandante Freigang, del Estado Mayor de la división "Hermann Göring", dijo que hasta no hacía mucho, Steiner se encontraba con un solo oficial en Schönwalde.

¿Dónde, pues, estaba Steiner? ¿Cuál era el lugar exacto de la nueva ofensiva? ¿Cuál era el punto donde debían reunirse las tropas encargadas de llevarla a cabo?

Koller llamó al jefe del Estado Mayor General.

—Óigame usted, Krebs: no sabemos nada de nada; ignoramos la hora y el lugar exacto del contraataque, y yo debo enviar a la gente a las trincheras; pero ¿dónde demonios debe producirse esa operación?

La voz de Hitler irrumpió en la conversación:

—¿Es que todavía tiene usted dudas acerca de mi orden? Creo haberme expresado con absoluta claridad. Todas las fuerzas de la Luftwaffe que puedan ser aprovechadas para combatir en tierra deberán ser inmediatamente puestas a disposición de Steiner. Cada jefe que trate de retener a su gente no vivirá más allá de cinco horas. Es preciso que todos los jefes se enteren de ello. Y usted me responde con su cabeza de que dentro de nada hasta el último hombre estará dispuesto al combate.

—Desde Eberswalde hacia el sur —dijo uno de los ayudantes de Krebs— todo debe estar dispuesto para el ataque.

Y aquel hombre, como todo el mundo, ignoraba el lugar donde debía atacarse al enemigo.

Unos motoristas pasaban disparados por la Wilhelmstrasse. Unos coches atravesaban Berlín a toda marcha. Unos aviones despegaban de los aeródromos. El telégrafo tecleaba. El teléfono sonaba.

Steiner debe formar un ejército y todos los hombres deben ser alistados en él. Las fuerzas de tierra de la Luftwaffe, los nuevos regimientos de labradores, las unidades de ferroviarios, los bomberos de Berlín, las fuerzas de la policía, la milicia popular, todo lo que se encuentre. El Führer es quien manda... Hasta entonces él era quien había asumido el mando de cada división, de cada batallón, y luego mandó sobre una tercera, una cuarta, una décima parte de las antiguas unidades, que ya habían sido aniquiladas y que sólo existían en su imaginación.

Desde hacía tres días, el general Busse, cuyo IX ejército continuaba entre Küstrin y Frankfurt, venía solicitando la autorización para retirarse, pues la retaguardia de sus fuerzas ya no podía contener a los rusos.

—¡No; Busse debe permanecer donde está!

El fantasma, que desde hacía algún tiempo no dormía ni descansaba y que no cesaba de pasearse por la sala de conferencia y por un estrecho pasillo que a ella daba, se detuvo de pronto y gritó:

—¡Qué se le antoja a ése! ¡Ahora está en el lugar preciso!

Todo estaba planeado de antemano y el IX ejército, que en aquellos momentos ya había dejado de existir, debía desempeñar una brillante función.

—Por favor, vean ustedes el mapa. Steiner cortará ante Berlín las puntas del ejército de Zukov. Los derrotados rusos se retirarán a la desbandada y aquí, precisamente en este lugar, será donde el IX ejército triturará al enemigo. Ninguno de los rusos que se haya atrevido a asomarse ante Berlín podrá repasar el Oder.

A Steiner se le habían ofrecido los restos de todas las tropas de la Luftwaffe, de las Academias militares e incluso el personal auxiliar, los trabajadores extranjeros y los presos habían sido puestos a su disposición. El Ministerio de Comunicaciones debía aportar los camiones necesarios para el transporte de los improvisados combatientes. Los campos de aviación entregaron sus reservas de gasolina. Un armamento capaz para dos divisiones aguardaba ser transportado. Pero, ¿a dónde?

Aquel material había de ser transportado por unas carreteras que ya figuraban en la retaguardia rusa. Zukov estaba instalado en Oranienburg y sus avanzadas habían alcanzado Glienicke, donde de un momento a otro enlazarían con las avanzadas del I ejército de Ucrania, al frente del cual estaba Koniev.

¿Qué es lo que debía hacerse con aquellos hombres y aquel gastado material? Koller lo ignoraba. El general Stumpf, de la Luftwaffe, lo ignoraba. El jefe de operaciones del ejército Weichsel, general Detlevsen, lo ignoraba. Krebs, el jefe del Estado Mayor General, lo ignoraba.

Era la noche del 22 de abril. En Wildpark-Werder, Koller, el jefe de la Luftwaffe, se despertó y cogió el auricular del teléfono.

Hitler estaba al aparato.

—Mañana tendrá lugar el ataque de Steiner. ¿Cuáles son las disposiciones adoptadas por la Luftwaffe para apoyar su acción?

Koller informó:

—La Luftwaffe ha puesto a su disposición de doce a quince mil hombres. El general Stumpf ha organizado sus fuerzas de tierra con batallones y

compañías. Sin embargo, no puedo asegurar que esas tropas, que no están acostumbradas a luchar en tierra, sean demasiado eficientes. No han sido adiestradas en esa clase de lucha y además están muy mal equipadas. Esa gente carece de armas pesadas.

Hitler se hizo cargo del pesimismo que reinaba, pues tan desalentadoras eran las palabras como el tono en que fueron pronunciadas. Se refirió a la situación en general y demostró saber que, por el norte y el noroeste, los rusos habían llegado hasta las afueras de Berlín, que algunas avanzadas habían rebasado la capital y que la tenaza enemiga podía cerrarse de un momento a otro. Pero luego, tras haber hecho una larga explicación, dijo:

—Ya verá usted como los rusos sufrirán ante las puertas de Berlín la mayor derrota de su historia.

Koller se llevó las manos a la cabeza. No tuvo tiempo de contestar, pues Hitler colgó el teléfono de un modo brusco e inesperado.

—Los rusos sufrirán ante las puertas de Berlín la mayor derrota de su historia —dijo Hitler a Bormann.

Y lo mismo repitió al oficial de ordenanza que estaba inmóvil junto a la pared, y a la secretaria que, ante una máquina de escribir, trabajaba en su despacho. Y repetía aquello con el mismo tono con que hubiera podido decirlo sentado en el sillón de una peluquería.

El puesto de observación de Friedrichshain registró aquel día quinientos disparos de la artillería rusa sobre la ciudad. En las calles de Berlín surgían fuentes de piedra, asfalto y porquería. Las granadas de la artillería pesada caían sobre las casas de la capital y causaban impresionantes destrozos. Con sus maletas y camas, la población de Berlín estaba metida en los refugios y no podía salir de ellos, pero algunas gentes se veían obligadas a salir de vez en cuando aunque sólo fuera para ir a buscar agua. Pues la vida sí podía ser arriesgada, pero sin agua era imposible vivir.

LAS HORAS CONTADAS

Tras la Alexanderplatz, en la Landsberger Strasse, en uno de cuyos sótanos se había refugiado el coronel Zecke, estaba la misma mujer que le había puesto paños mojados sobre el rostro. En compañía de unas vecinas, la mujer iba en busca de agua. Eran las cinco de la mañana. Las ruinas estaban envueltas en grandes nubes de polvo y humo. Sobre el piso de la calle se reflejaba una luz de color verdoso. Las llamas de un almacén de maderas extranjeras producían aquel reflejo. Los rostros de las mujeres adquirieron una tonalidad verdosa. Caminaban arrimadas junto a las ruinas de las casas. Llevaban sendos cubos. Había cesado el horrible estruendo de las sirenas, que ya no volverían a funcionar a causa de la falta de fluido eléctrico.

—Todo, incluso lo peor, tiene un lado bueno —dijo una de las mujeres a su vecina—. Ya no oiremos más esa horrible sirena. En caso de peligro se disparará tres veces seguidas. ¡Qué estupidez! ¿Quiere usted decirme quién

será capaz de distinguir tres disparos seguidos en medio de ese ensordecedor ruido?

El ruido de las bombas había quedado ahogado en el estrépito del frente. La artillería disparaba sobre la Landsberger Strasse. Unos obuses hacían un ruido sordo, otros silbaban y otros zumbaban de un modo muy apagado. Las mujeres habían llenado sus cubos y emprendían el camino de regreso. La señora Riele dejó su cubo sobre el suelo y miró hacia arriba. Ante su casa, en el farol que había frente a la puerta de entrada, colgaba un impresionante envoltorio humano. Era un soldado a quien una patrulla de vigilancia había descubierto aquella noche en un refugio. Ahora colgaba con un cartel colocado sobre el pecho. Las demás mujeres también se detuvieron y estuvieron contemplando el horrible espectáculo.

Una voz salió del portal de la casa.

—¡Muy bien! ¡Así debería hacerse con todos los cobardes!

La mujer sintió un escalofrío y las demás vieron como, entre el polvo y el humo, empalidecía su rostro. Parecía no relacionar lo que acababa de ver y lo que acababa de oír. No quería reconocer aquella voz. Era la voz de su esposo. Aquella escoria humana estaba en el portal de la casa y no se avergonzaba de hacer semejantes observaciones e incluso había quienes aprobaban sus comentarios.

Franz también estaba allí.

—¡Déjate de tonterías! —le dijo a Riele.

Todavía había muchos tontos crédulos y ciegos. La señora Riek sintió deseos de contestar a su esposo, pero apretó los labios y se contuvo. Los rostros de algunas vecinas no le inspiraban confianza. "No; todavía no... ¡Si los rusos estuvieran aquí!"

—¡No te quedes aquí parado! —le gritó a su marido—. ¡Mejor harías en llevar el cubo!

Se separó de las demás mujeres y entró en la casa. Pasó ante una fila de cadáveres que habían sido colocados junto a la pared del corredor. Allí estaba un viejo matrimonio y la hija de éste, que se acababa de suicidar; Wilhelm, el viejo veterano, también estaba en la fila. Dos semanas antes había sido herido por una esquirla y aquella noche había dejado de existir. La última de la fila era la dueña de la casa. Se había quedado sin morfina y, sin decir palabra, se había abierto las venas.

—¿Por qué ha dejado de venir estos días el señor Splüge? —preguntó la señora Wittstock a su marido.

—Porque ese muchacho tiene un gran carácter —contestó el señor Wittstock a su esposa.

Le estaba muy agradecido a Vicco Splüge, su viejo compañero, a quien había alquilado unas habitaciones de la casa. Pero desde hacía unos días, es decir, desde que Zecke se había marchado, Splüge no había vuelto a comparecer.

—Un buen muchacho ese Splüge. Pero ahora no estamos en circunstancias como para recibir cada dos por tres la visita de un coronel de Propaganda. ¿Comprendes?

La señora de Wittstock lo comprendía perfectamente. Desde hacía doce años había comprendido que en su casa siempre había de haber gente nueva.

De todos modos, Wittstock había conservado algunas viejas amistades, que fueron sirviendo de telón de fondo. Wittstock se acercaba ahora a ese telón. Había estado pensando que lo mejor sería volver a tomar contacto con el "mundo de ayer" que fácilmente podía ser el "mundo de mañana". Y así, por ese motivo, había vuelto a establecer contacto con un tal doctor Dreyer. Sí; el doctor Dreyer era el hombre que necesitaba. Nunca había roto las relaciones con aquel hombre, que era un personaje "del otro lado". Wittstock no perdió el tiempo, pues los acontecimientos se habían precipitado de tal manera que cada minuto tenía un incalculable valor. El Tercer Reich tenía las horas contadas. Y fue en busca del doctor Dreyer, a quien encontró en su despacho de la Potsdamer Strasse, donde el doctor tenía instaladas las oficinas de una "Sociedad Textil", que en cierto modo dependían del Ministerio de Economía. Las oficinas estaban llenas de gente. Nadie trabajaba y todos hablaban en voz alta, y el teléfono iba de una mano a otra. Al igual que todas las dependencias del Ministerio de Economía, las oficinas de la "Sociedad Textil" estaban siendo desmontadas. Wittstock se enteró de que una parte del Ministerio iba a ser trasladada a Munich o a Berchtesgaden, al "Gobierno del Sur", y que otras dependencias se hallaban camino de Schwerin, donde funcionarían bajo el control del "Gobierno del Norte". "Gobierno del Norte", "Gobierno del Sur"; ¿qué quería decir todo aquello? Lo que ocurría en la "Sociedad Textil" era un ejemplo en pequeño de lo que estaba sucediendo en todas las dependencias oficiales del Tercer Reich. Wittstock saludó a su "viejo amigo" Dreyer, que en aquel momento estaba muy ocupado en tranquilizar a un enjambre de empleados que no sabían qué hacer. ¿Qué es lo que ocurría? ¿Qué quería decir aquello de "Gobierno del Norte" y "Gobierno del Sur"? No; únicamente se trataba de un jefe superior, de un subsecretario, que al frente de una columna de autos y camiones —en la que se había hecho buena provisión de gasolina, aguardiente y comida— esperaban en la Potsdamer Strasse y estaba a punto de emprender el viaje a Schwerin. El Subsecretario se llevaba consigo a algunos funcionarios y los restantes, que también creían tener derecho a marcharse de Berlín, apabullaban con sus quejas al doctor Dreyer, su jefe.

Dada la imposibilidad de entablar una conversación en medio de aquel desbarajuste, el doctor Dreyer invitó a Wittstock a un café de al lado. Era un pequeño establecimiento en el que hasta hacía poco podía uno encontrar buen café y excelentes golosinas. Pero ahora no se trataba de tomar buen café ni de comer buenas pastas, sino de algo mucho más importante; ahora convenía hacerse con un documento que le garantizara su seguridad personal y luego era necesario reanudar la vieja amistad con el doctor Dreyer. Una vez expuesto su deseo, Wittstock acompañó al doctor a su oficina. A pesar del desbarajuste que reinaba, el doctor Dreyer pareció no tener ninguna dificultad para la confección del documento, que al poco rato ofreció a Wittstock. El doctor Dreyer le dijo que también había redactado un oficio a la jefatura de la milicia popular en el que certificaba que el señor Wittstock trabajaba como colaborador en el Ministerio de Economía. Y después de darle aquella agradable noticia le entregó la copia del oficio, que en un momento dado podría serle de gran utilidad.

Luego, al despedirse, el doctor Dreyer le invitó a asistir a una reunión que se efectuaría aquella misma tarde. Aseguró que se trataba de una reunión muy interesante, a la que asistirían personas de gran importancia para el día de mañana. Dreyer insistió de tal manera que Wittstock determinó invitar luego a

su casa a algunos de aquellos desconocidos personajes.

Aquella misma mañana se presentó Wittstock en la jefatura de su barrio donde dio cuenta de su nueva ocupación y donde un funcionario estampó sobre su carnet de identidad estas palabras: "Sólo presta servicio en caso de extrema gravedad". Y antes de devolver el documento a Wittstock marcó la tarjeta con dos o tres estampillas.

La reunión de la tarde se verificó en una casa de Zehlendorf. Se trataba de gente muy heterogénea. El dueño de la casa era un síndico de las industrias del acero y del carbón. Entre los asistentes figuraban un alto empleado del Instituto Económico para la comparación de precios, un agente de seguros, un empleado de Banco, un especialista en cuestiones de energía eléctrica, un empleado en la sección de estadística de la industria del cuero y otro empleado de la misma sección de las industrias químicas.

En la calle se desmoronaba lo último que quedaba del Tercer Reich.

Ante las ventanas de la casa llamada "Bajo las encinas", pasaban grupos de fugitivos procedentes de los barrios extremos de la capital. Largas caravanas de coches y camiones se dirigían hacia Potsdam y el enorme tráfico atraía a los cazas rusos, cuyas ametralladoras no cesaban de disparar sobre la gente y los vehículos.

Vuelos rasantes, disparo de ametralladoras, bombas.

Y aquí, en el interior de la casa, sentados ante una mesa redonda, unos señores discutían acerca de la nueva ordenación económica de Alemania. Uno de los asistentes se extendió acerca de "las medidas que tras la guerra deberán regir el exceso de dinero" para que, sin rozar siquiera los peligros de la inflación, mediante procedimientos puramente capitalistas, pudiera evitarse el gravísimo problema del paro obrero. El debate se fue alargando.

Wittstock se esforzaba en prestar atención a lo que allí se decía, lo cual le costaba un gran esfuerzo, pues no tenía la más pequeña idea de las gestiones objeto del debate. Ni tan siquiera solicitó la palabra cuando alguien combatió el voto femenino, que tanto había ayudado al régimen nazi y que convenía abolir en la Alemania de la postguerra.

Un tremendo estampido interrumpió el debate. Los asistentes se precipitaron hacia el refugio y una vez instalados en él trataron de proseguir la discusión, pero el ruido era tan grande que las voces quedaron ahogadas. Posiblemente se trataba de una batería alemana de gran calibre, instalada en el Jardín Botánico. Cuando las baterías rusas trataron de silenciar el arma alemana se produjo un espantoso estruendo y los asistentes abandonaron la casa "Bajo las encinas" y se dispersaron a toda prisa.

El doctor Wittstock regresó a Wannsee.

Wittstock estaba satisfecho con lo obtenido aquellos dos últimos días. De momento, pues, no pensaba hacer ninguna nueva gestión. Pero el doctor Dreyer tenía una prisa incontenible. La misma noche del día en que fue a visitarle a las oficinas de la "Sociedad Textil", trajo Dreyer a su casa a dos individuos escapados de un campo de concentración. Y ahora, al regresar a casa después de aquella sesión, se encontró con un nuevo huésped. No venía recomendado de Dreyer, sino de otro miembro de la camarilla. Era un individuo vestido con pantalones militares y guerrera. Parecía polaco. Wittstock le preguntó si venía de Tegel. El individuo le contó una historia increíble acerca de cómo logró escapar de los rusos, y dijo ser estudiante. Y al preguntarle Wittstock de qué manera se había apropiado los pantalones militares y la

guerrera, no supo qué responder. Luego, al hacerle nuevas preguntas, se inventó otra historia, tan fantástica como la anterior. Dijo que, al principio, le obligaron a ingresar en la Wehrmacht, donde hizo espionaje a favor del gobierno polaco en el exilio. Explicó que más tarde fue detenido y conducido a Viena y a Tegel, donde permaneció durante dos años, y luego, en compañía de otros muchos presos, fue trasladado a Spandau, de donde salió cuando los presos fueron encuadrados en batallones destinados a la defensa de Berlín. Así pudo escapar de los alemanes. La huida de aquellos hombres suponía una carga para Wittstock, pero aquel individuo, que dijo llamarse Boguslaw Sikowski, le produjo en seguida muy mala impresión. Quizá era verdad lo que acababa de contar, pero quizá no fuera más que un embuste, y Wittstock creyó que se trataba de esto último. Sikowski, empero, hablaba el ruso y Wittstock pensó que aquel hombre podría servirle de intérprete durante los primeros momentos de la ocupación y además no estaría mal tener en la casa algunos escapados de presidio (Dreyer le había mandado además a dos mujeres escapadas de Moabit) cuando los rusos entraran en la ciudad.

De momento tenía un pase especial y una cartilla extraordinaria de racionamiento. Por otra parte, Dreyer le había hecho una especie de credencial para el caso de producirse un levantamiento de la población. Así, pues, estaba asegurado por todos lados. Pero aquellos fugitivos le ponían nervioso. Y en su casa ya no se estaba como antes. Ahora se oía la artillería y algunas granadas habían caído cerca de allí. Aquellos días estuvo ocupado en arrancar algunas contraventanas y colocarlas luego en el sótano. Corrían las más fantásticas noticias. Se decía que en Schöneberg unos desertores y saboteadores habían sido colgados de los faroles y aquello era una fea perspectiva para él, que tenía la casa llena de fugitivos y desertores. Wittstock se dio un paseo por su casa y fue luego a visitar a la señora Aachern, que desde hacía días no había vuelto a tener noticias de su marido, desaparecido a bordo de su avión.

Al caer la tarde trajo Dreyer a las dos mujeres procedentes de la prisión de Moabit. Dreyer tenía prisa y se marchó en seguida. Wittstock acompañó a las mujeres al sótano, donde estaban los otros huéspedes. Una de ellas era la secretaria de uno de los ajusticiados el 20 de julio y la otra, que dijo llamarse Halen, era una mujer joven y de aspecto muy delicado que caminaba con dificultad.

Wittstock volvió a darse un largo paseo a través de la casa y el jardín. De seguir sus impulsos se hubiera ido a esconder en la pequeña trinchera del jardín. Descendió al sótano, pero el sótano se le antojó ser como una cárcel y subió a su habitación, se tumbó sobre la cama y se cogió la cabeza con ambas manos. No quería saber nada más del mundo. Sonó el teléfono. Su mujer estaba hablando con una amiga de Nollendorfplatz.

"Aquí tenemos vuelos rasantes y disparos artilleros; por lo demás todo va bien", dijo.

Wittstock se quejó.

—¿No te encuentras bien?

—Tengo dolor de cabeza.

Cogió un libro. También él se había interesado antaño por las nuevas ideas. Pero no le habían atraído autores como Carlos Marx y Lenin, sino Romain Rolland, cuyo "Beethoven" leyó con mucha atención, Hermann Hesse y Joseph Conrad.

Leyó el "Beethoven" hasta que las líneas se convirtieron en algo borroso.

Su mujer volvió a llamar por teléfono. Luego entró en la habitación y le dijo:

—Ayer estuviste en la "Sociedad Textil" y las S.S. acaban ahora de ocupar la casa. También me han dicho que han cortado el camino a Berlín.

Wittstock lanzó el "Beethoven" por los aires, se levantó de un brinco y exclamó:

—¿Qué voy a hacer ahora?

Luego, al cabo de unos momentos, bajó precipitadamente a la carbonera. Revolvió entre los escombros y finalmente sacó un viejo cartel de propaganda del "Socorro Rojo Internacional". Aquel cartel era un regalo que el pintor expresionista Wilhelm Seifert le había hecho hacía más de veinte años y que él había guardado, cuidadosamente embadurnado con carbón, en aquel rincón de la casa.

Había guardado el cuadro como recuerdo de sus años de juventud, de aquellos años en que frecuentaba los cafés de la Kurfürstendamm, y que tantas veces añoró más tarde. Y también lo guardó como recuerdo de su viejo amigo el pintor. Ahora, sin embargo el cuadro podía tener una utilidad muy diferente. Fue en busca de un cubo con agua y limpió la superficie de la tela, que estaba totalmente ennegrecida. En el cuadro se veían unas fábricas, y sobre ellas, en lo alto del cielo, destacaba la luna. En primer término aparecía un demacrado trabajador. El cuadro se titulaba "Hambre en Alemania". Una vez limpiado, Wittstock cogió el cuadro y se lo llevó al piso superior con la intención de colgarlo sobre su mesa de trabajo. Luego, sin embargo, le pareció que todavía era algo precipitado y que alguna persona no grata podría verlo. Así, pues, lo colocó tras un armario, pero en seguida le pareció que tampoco aquel era el lugar más apropiado y, tras mucho ir y venir, volvió a descender al sótano y dejó la tela en la carbonera, donde estaba.

Su esposa volvía a telefonar.

—Irene, de Blankenfelde... ¡Cállate, por favor! ¡Cállate!

Wittstock no dijo ni una palabra más, y se quedó sentado donde estaba, con mil pensamientos bulléndole en la cabeza. Su rostro estaba pálido, y un mechón le colgaba sobre la frente. Tenía miedo.

—¿Oyes? ¿Oyes? Blankenfelde ha sido tomado por los rusos. Casi no ha habido combates. No ha ocurrido nada de particular. A Irene únicamente le han quitado el reloj. El "Ortsgruppenleiter" se ha suicidado.

—Los rusos... ¡Ojalá estuvieran aquí!

BAAL ABRE LA BOCA

El capitán Boehlke había encontrado la pista del general Meuspath. En el Ministerio de Propaganda le dijeron que el Estado Mayor de Meuspath estaba instalado en la Dorotheenstrasse.

—Allí, en aquel gran edificio de ladrillos rojos. Creo que es un colegio o una Universidad. Allí es donde el general tiene su estado mayor, capitán —le dijeron.

El capitán llegó ante el edificio de ladrillos rojos de la Dorotheenstrasse. Centinelas y ordenanzas. Los pasillos estaban llenos de oficiales que iban y venían. Las aulas se habían convertido en oficinas. En cada habitación había una montaña de papeles. Los teléfonos llamaban sin cesar. Aquello tenía el mismo aspecto que antes había visto en las oficinas militares de la Hohenzollerndamm. Por todas partes se veía un continuo ir y venir de oficiales.

—Meuspath, el general Meuspath..., quizá esté en la línea de fuego. Pero permítame usted, mi capitán.

El teniente a quien se dirigía se quedó un momento pensativo y dijo:

—Meuspath, ¿dice usted que se trata de un oficial de artillería, de alta graduación? Pues, sí; precisamente, aquí en el patio hay unos artilleros.

El capitán Boehlke descendió al patio. Alguien le dijo que el día anterior habían sacado de allí la impedimenta. Al cabo de un buen rato y después de haber hecho muchas preguntas, el capitán Boehlke dio con un teniente del estado mayor del general Meuspath.

Por fin, después de haber estado en Praga, Dresden y Potsdam, había encontrado la pista del general. El general Meuspath había instalado su cuartel general en Fürstenwalde, al este de Berlín. El teniente dijo estar allí por motivos de servicio y esperaba tener una oportunidad de trasladarse en seguida a Fürstenwalde. Nadie en la casa les indicó la manera de llegar a su destino. Después de mucho preguntar, empero, un capitán les aconsejó ir a la General-Pape-Strasse, desde donde todavía partían algunos coches.

El capitán Boehlke y el teniente Hergesell se pusieron en camino. En las oficinas militares de la General-Pape-Strasse reinaba la misma agitación que acababa de ver en la Dorotheenstrasse. Oficiales que telefoneaban y gritaban desde unos despachos cuyas puertas estaban abiertas de par en par. Por todas partes se veían armas y paquetes. Aquellos oficiales parecían estar borrachos o medio borrachos. Un comandante lloriqueaba. Unos oficiales comían en un despacho. Debía ser un banquete de despedida. Antes de que alguien les atendiera, Boehlke y Hergesell tuvieron que ponerse en una cola y aguantar el discurso de un jefe a cierto capitán que deseaba marcharse hacia el Sur. El orador trataba de subrayar la importancia que Berlín tenía entre Europa occidental y Rusia, y terminó con estas palabras:

"No, capitán; nadie saldrá de Berlín. Se han acabado los medios de transporte. Berlín va a ser defendido hasta el último hombre y todos aquellos que se encuentren en la capital deberán tomar parte en su defensa."

—¿Fürstenwalde? Dirección Küstrin... Sí; pues han tenido ustedes suerte. Dentro de unos momentos saldrá un transporte para donde ustedes desean.

El gran patio de aquel viejo y destartado caserón estaba lleno de autos y camiones, entre los que se veían dos autobuses de dos pisos, de los que hacían el recorrido por la ciudad. Los autobuses estaban llenos de gente. Boehlke y Hergesell montaron en uno de ellos. Se sentaron en el momento en que arrancaba el autobús y, seguido de algunos camiones, comenzaba su viaje.

—Hemos tenido suerte.

—Sí; el tipo estaba medio borracho —contestó Boehlke.

El teniente Hergesell era oficial de la Plana Mayor de Meuspath. Ahora acababa de estar una semana en Berlín.

—Casualmente me marché del frente en que la artillería rusa abrió el primer fuego graneado contra la ciudad. El frente se aguanta gracias a lo que

usted ya debe suponer.

—Yo no supongo absolutamente nada —contestó Boehlke.

—¿No está usted enterado, capitán? Hasta ahora la división "Kurmark" ha taponado todas las brechas. Ante nosotros tenemos una selección de antiguos germanos, ya sabe usted: unidades heterogéneas, compuestas de polacos, letones, suabos y demás gente. Luego viene la división "Nederland", de las S.S. Pero "Kurmark" es la pieza maestra del conjunto. Está compuesta por excelentes soldados.

Hergesell echó una casi despreciativa mirada a su alrededor y pasó revista a los demás pasajeros, que con caras tristes miraban el desolado paisaje. Aquella gente procedía de una unidad formada en Spandau. Hergesell cambió algunas palabras con su vecino. Era un obrero metalúrgico.

—¿Todos ustedes son trabajadores de Spandau? —preguntó Hergesell.

—Casi todos —respondió el hombre.— Algunos, sobre todo los que van en el otro autobús, proceden de la prisión de Tegel y de la de Moabit. Hace dos días fuimos trasladados al cuartel de Spandau.

Aquel hombre debía tener unos cuarenta y cuatro años, y todos los demás tenían entre cuarenta y cincuenta.

—No tienen edad para tales trotes —opinó Hergesell, al tiempo que se volvía hacia Boehlke.— A esa edad todo les hace daño.

—Desde luego, esa gente estaría mucho mejor trabajando en los tornos —dijo Boehlke, y al cabo de unos momentos exclamó—: Pero, ¿hacia dónde vamos? ¡Hubiéramos debido pasar por Erkner!

El autobús avanzaba en dirección Este, por la carretera que conducía a Küstrin. Hergesell se levantó y habló con el conductor.

—No podemos pasar ante Fürstenwalde. Debemos ir a Küstrin por Müncheberg y Heinersdorf. Pueden ustedes apearse en Heinersdorf, donde seguramente encontrarán algún medio para llegar a donde desean.

Rüdersdorf quedó atrás. La carretera tenía el mismo aspecto que todas las carreteras de los alrededores de Berlín. Mujeres y niños. Aquéllas cargadas con maletas y éstos con mochilas. Hombres y mujeres empujando pequeños carricoches. En el cielo zumbaban algunas "máquinas de coser" rusas que volaban muy despacio y no disparaban ni dejaban caer ninguna "maceta con flores", sino que describían grandes círculos y vigilaban el éxodo de las gentes. De vez en cuando algún francotirador escondido en la maleza disparaba contra ellas. Hacia el Norte se oyeron algunos disparos. Las conversaciones cesaron en el autobús. Los individuos procedentes de Spandau miraban aterrorizados. De pronto, apareció un pequeño afluente del Spree. Las aguas estaban cubiertas de hojas secas. Tiempo atrás, a bordo de una canoa, Boehlke había surcado aquellas tranquilas aguas, que corrían entre los verdes prados y comunicaban los lagos entre sí. Hacía ya mucho tiempo de aquello y entonces nadie se escondía entre los árboles y nada se oía zumbear en los cielos.

Llegaron a Müncheberg. Los dos autobuses se detuvieron. No se veía ningún habitante y las calles estaban absolutamente desiertas. En la ciudad se oían las explosiones de las bombas. Respiraron un fuerte olor a quemado. Cuando hubieron dejado atrás el cruce de carreteras y avanzaban en dirección hacia Frankfurt an der Oder, vieron una espesa columna de humo que se alzaba entre las casas de Müncheberg. Se preguntaron si Müncheberg estaba sufriendo un ataque enemigo. En aquel momento silbaron unas balas, que pasaron junto al autobús. Los tiradores estaban apostados junto a la carretera,

entre los árboles. Unas balas rompieron los vidrios de las ventanillas y otras atravesaron el costado del autobús y se incrustaron en el techo del mismo. En el suelo no había sitio suficiente para todos. Los hombres cayeron unos sobre otros. El conductor aceleró la marcha cuanto pudo. Los autobuses pasaron luego entre una doble hilera de casas envueltas en llamas. Heinersdorf quedó atrás. La carretera lateral por la que en seguida avanzaron, se había convertido en un intransitable camino vecinal. Cesaron los disparos y cada cual volvió a su sitio.

—Eran un par de rusos que se habían colado entre nuestras líneas —dijo Hergesell.— Pronto terminará todo eso.

—Estoy seguro de que no cree lo que está diciendo, querido Hergesell.

—¿En qué quiere usted que crea?

—En la realidad, teniente. En este momento deberíamos apearnos. Pero ya ve usted, pasamos de largo, pues es imposible.

No; apearse era algo inimaginable. El autobús marchaba lo más aprisa que podía y su compañero seguía a poca distancia. Unas piedras volaron por los aires. Una nube de polvo surgió súbitamente. Gritaron unos heridos. Los frenos chirriaron y el autobús se detuvo. Unas columnas de humo y tierra surgían, aquí y allá, sobre el campo. Las granadas silbaban en el aire. El autobús que venía tras ellos estaba envuelto en llamas. Se habían metido en medio de la batalla. Se precipitaron hacia una hondonada. Allí abajo había un bosquecillo en el que hubieran podido protegerse. Pero les mandaron continuar y los que ya se habían echado al suelo tuvieron que levantarse de nuevo y seguir adelante. Fueron conducidos hasta el otro lado del bosque. Al borde de la espesura, a diez o quince metros sobre sus cabezas pasaba una vía de tren. Entre las vías se veían varias filas de soldados tendidos boca abajo. Aquello era el frente, el frente del Oder; la segunda línea donde se había retirado la famosa división "Kurmark".

La línea era delgada, muy delgada, tanto que había sitio suficiente para los recién llegados de Spandau. Entre cada dos soldados de la división "Kurmark" fueron colocados cinco recién llegados. Fueron repartidos fusiles. Los oficiales mandaron disparar a las nubes de polvo y a las sombras que entre ellas se arrastraban. Pero aquello resultaba muy difícil, pues las sombras se movían con gran rapidez y de improviso. Supieron que se encontraban en Lietzen o en las cercanías de Lietzen. Lietzen y sus alrededores era frente de combate y las nubes de polvo contra las que disparaban, tanques rusos, y las sombras que entre ellos brincaban, soldados.

—¡Hurra!

Aquello fue demasiado. La hondonada y el bosque ofrecían un asilo seguro. Alguien se levantó de la hilera y salió corriendo. Otro le siguió inmediatamente. Y luego corrió otro más. Los recién llegados huyeron hacia el bosque.

Un oficial gritó:

—¿A dónde vais? ¡Quietos! ¡Quietos! ¡Volved en seguida!

Pero los de Spandau parecieron no oír la orden y continuaron corriendo.

—¡Quietos o disparamos! ¡Volved atrás!

Algunos hombres se echaron a tierra y luego continuaron corriendo. Unas ráfagas de ametralladora pasaron sobre sus cabezas.

—No hay nada que hacer, capitán. No hay nada que hacer —dijo a Boehlke el ayudante del batallón—. Solamente hay un camino para Heinersdorf

y por ahora no está transitable.

—Sí; ya lo veo.

—No comprendo cómo han podido pasar por Heinersdorf y mucho menos cómo han conseguido atravesar Müncheberg. Nosotros creíamos que Müncheberg estaba ocupado por los rusos.

—Y lo está.

—Seguramente sólo han ocupado el norte de la ciudad.

—Creo que únicamente hay allí algunas avanzadillas. Con un "Tigre" podríamos atravesarlas con relativa facilidad. No creo que eso sea un gran problema. Todavía estamos a tiempo de emprender la retirada. Las avanzadillas, sin embargo, van engrosando por momentos y cada vez será más difícil llegar hasta Berlín.

—Sí, y es probable que al final seamos cogidos en la ratonera. Todos, desde el general hasta el último soldado, nos vamos a quedar en esta trampa. El general no hace más que telefonar y siempre recibe la misma respuesta: el frente debe resistir. Ya ha visto usted en qué condiciones estamos combatiendo. Nuestros hombres están tumbados sobre las vías. Y también ha visto que clase de refuerzos nos acaban de enviar. ¡Vaya héroes! Pero, de todos modos, aguantaremos hasta donde podamos aguantar.

Y aguantaron... Era una de las mejores divisiones del frente del Oder. Una división que dos días antes, cuando el cumpleaños del Führer, había sido mencionada en el Cuartel General por su extraordinario comportamiento.

—Ha sido un momento crítico; sobre todo cuando los "nuevos" han escapado ante los tanques enemigos. Pero los "viejos" no se han dejado impresionar por ello. Los tanques han tenido que volver grupas. En el Este hemos visto muchas escenas como esta. Nosotros aguantamos, pero ¿qué ocurre a nuestra espalda? Los rusos han irrumpido por el Norte y ya casi están ante Berlín. Lo único que podemos hacer es retirarnos hacia la capital. Pero la orden no acaba de llegar.

—En estas circunstancias no nos queda más remedio que esperar la orden de retirada —dijo el capitán Boehlke— y hasta que llegue la orden tendremos que empuñar las armas.

Casas que se venían abajo, cataratas de piedras, surtidores de escombros. La atmósfera estaba llena de polvo y el polvo parecía arder. Desde lejos — desde Fürstenwalde y Wriezen, desde Oranienburg y Hermsdorf, desde Wildpark-Werder, desde el campamento Maybach 1.º, en Zossen— parecía como si la cola de un gigantesco cometa caído se hubiera precipitado sobre la capital. El Blocksberg parecía un inmenso globo de gas iridiscente. El Blocksberg, el Koterberg, el Huy... Y en lo hondo del infierno, en medio de un aquelarre, el tullido celebrante invoca el maleficio, y nadie de los que se aventuran en el infierno, para allí besar el trasero de una asquerosa divinidad y acercarse a ella siguiendo los pasos de una danza ritual, puede volver atrás sin haber quedado herido en lo más profundo de su humanidad y sin haberse convertido en un gato, en un lobo, en un cerdo o en otro animal cualquiera.

El jefe del Cuartel General de la Luftwaffe entró en la habitación del general Koller. El general Koller tenía los ojos muy hundidos. Las noches de insomnio y mucho más que éstas, las reprimendas sufridas en el refugio del Führer, parecían haberle agotado. Las riñas continuas y la constante amenaza

de muerte habían acabado con su salud. Ante el dilema de permanecer todo el día en el despacho del Führer o de enviar allí a un representante suyo, decidí mandar al capitán Christian. De aquella manera la responsabilidad quedaría repartida. Había pasado otra noche, pero ¡qué noche! ¡Qué locura! Estaba absolutamente agotado y necesitaba, por lo menos, una hora de descanso. Sin embargo, antes debía atender al jefe del Cuartel General; la gasolina se había acabado en los aeródromos. Una columna de tanques de gasolina había sido detenida por unos agentes motorizados de las S.S., quienes se llevaron cuanto pudieron. ¿Cómo querían que volaran las escuadras sin gasolina? Bueno, al fin y al cabo, aquella misma situación ya se había producido en Rusia. No había, pues, que admirarse demasiado. Koller miró al jefe del Cuartel General de la Luftwaffe como si lo viera a través de una gruesa pared de vidrio. Eran las cuatro y cuarto de la mañana y Koller se estaba durmiendo. Pero hizo un esfuerzo para permanecer despierto. ¿Qué decía? ¿Havel?... ¿Potsdam? ¿Que el camino hacia Wildpark ya no estaba asegurado?

—¿Qué está usted diciendo?

—La defensa de Berlín ha sido fijada detrás de Havel, al otro lado de Potsdam —informó el comandante—. Una parte de nuestro cuartel general ha quedado ahora más allá de la línea de defensa y no puede ser asegurado.

—Pues debemos asegurar la defensa nosotros mismos.

—¿Con qué, mi general? El último batallón de la división "Hermann Göring" ha sido puesto a la disposición de Steiner.

—Así, pues, ¿quiere usted decir que los rusos pueden presentarse de un momento a otro ante nuestra puerta?

—He colocado a unos motoristas en los puentes y carreteras que conducen a Wildpark-Werder. Eso es todo lo que podíamos hacer.

—Bien; así los rusos no nos pillarán de sorpresa.

—Quizá podría trasladarse nuestro Cuartel General, mi general.

—No nos darán la conformidad para eso.

No, esa conformidad no podía ser dada. En aquellos momentos el Führer tenía otras preocupaciones. Por segunda vez en veinticuatro horas se celebraba en el Blocksberg otra misa negra. En el tabernáculo hay humo y podredumbre, y el monstruo que esa noche pretende apagar la luz del mundo se llama Steiner.

El escuadrón que aquella noche salió del campamento Maybach I, cerca de Zossen, y que iba al mando de un teniente, formaba parte de la guardia del jefe supremo del ejército. Tras la llegada de los últimos informes, según los cuales el mariscal Koniev había irrumpido en Lausitz y cuyas vanguardias ya estaban más allá del Spreewald, el mando había decidido emplear la última reserva en el sector de Luckau, que en aquellos momentos estaba seriamente amenazado por los rusos. Se trataba de un escuadrón de doscientos cincuenta hombres, dotados de armas pesadas de infantería, que tenía que luchar contra centenares de tanques y un cielo lleno de aviones.

Eran las seis de la mañana cuando el capitán de caballería Boldt recibió la orden de marcha. Al otro lado del teléfono se encontraba el jefe del escuadrón, primer teniente Krankel, que dijo:

—Ante nosotros han pasado unos cuarenta tanques. Atacaré a las siete.

Dos horas después, Krankel volvió a comunicar:

—Nuestro ataque ha sido rechazado con grandes pérdidas. Más tanques enemigos en dirección norte.

Las reservas se habían agotado y ya no había armas para hacer frente a los cazas rusos, que no cesaban de describir grandes círculos sobre el cuartel general, en el que trabajaba el capitán de caballería Boldt.

—¡Tanques rusos en Baruth!

El parte fue transmitido a Berlín, al refugio del Führer. El parte, empero, no fue contestado. Tampoco llegó la orden de evacuar el cuartel general. El Führer únicamente atendía a las comunicaciones referentes al ataque de Steiner.

—¿Cree usted que el ataque se llevará a cabo en estas circunstancias? —preguntó Boldt.

—Sí, el ataque se efectuará a las once —contestó el oficial de enlace.

Antes de las once, Krebs, Boldt y Loringhoven entraron en la Cancillería. Descendieron hasta el último refugio, bajaron por la escalera de caracol, atravesaron el largo pasillo que conducía a la sala de reuniones. Hitler estaba sentado ante la mesa y estudiaba un gran mapa desplegado sobre la misma. Estaba completamente abstraído. Al cabo de un rato alzó la cabeza y se fijó en los recién llegados. Había un ambiente como el que pudiera haber habido en una fábrica de explosivos cinco minutos antes de volar por los aires. El descompuesto rostro del Führer temblaba. Y su temblorosa mirada pedía, suplicaba, solicitaba noticias acerca del ataque de Steiner. Pero la noticia no llegaba. Steiner no había informado. El ataque no había comenzado. Y nadie sabía cuándo comenzaría.

—Creía que el ataque se produciría a primera hora de la mañana, o en el peor de los casos, antes del mediodía.

Era aquella una voz vacía que los presentes escucharon con el aliento contenido. El general Krebs, jefe del Estado Mayor General, hubiera debido decir que, según informaban todos los partes recibidos, Steiner no había podido tomar posiciones, pues no pudieron ser colocadas tropas en los puntos fijados por el mando, y hubiera debido añadir que buena parte de los efectivos, especialmente tropas de infantería y de las S.S., no habían llegado a su destino. Krebs hubiera debido informar al Jefe Supremo del Ejército de que hasta pasados dos días no podía esperarse ningún ataque, ni tan siquiera parcial, de Steiner. Pero el general Krebs, aquel señor bajito y de nariz colorada, que poco antes había terminado con el teniente coronel Aachern y que ahora había perdido su antiguo buen humor, no dijo nada de todo eso y optó por callar.

De pronto se recibió un parte del Reichsführer de las S.S., Himmler:

"Steiner está en posición y el ataque ya ha comenzado." Hitler chilló:

—¡Que la Luftwaffe compruebe inmediatamente si el ataque ha comenzado!

El general Christian transmitió la orden al general Koller, que estaba en Wildpark-Werder. Pero el general Koller, que cada vez veía aparecer más tanques rusos ante su cuartel general, quería saber antes que nada cuándo podría retirarse de aquel lugar. Christian trató de hacerle comprender que el Führer no podía ser distraído en aquel momento. Aquella explicación empujó a Koller hasta el borde mismo de la locura. ¡Cómo podían tomar posición las tropas en medio de aquel desbarajuste y sin que los mismos oficiales supieran el lugar exacto de su destino! Además, antes de recurrirse a la aviación debía saberse con certeza si Steiner estaba en condiciones de atacar.

Tras su conversación telefónica, el general Christian regresó a la sala de conferencias. Hitler volvió a quedar absorto ante el mapa y pareció como si su cabeza fuera a apoyarse sobre la mesa. Luego se puso en pie y, con una expresión de mayor tranquilidad, se dirigió hacia la puerta, se volvió hacia los presentes y les dirigió una mirada vacía. Y con un imperceptible movimiento de cabeza indicó que la reunión había terminado.

Nadie esperaba aquel desenlace. Krebs quería decirle si podía trasladar su cuartel general, pero ahora era demasiado tarde para ello. Hitler se metió en sus habitaciones particulares y a Krebs no le quedó otra posibilidad que hablar con Bormann, pero éste no podía hacer nada sin la autorización del Führer.

Krebs, Boldt y Loringhoven salieron del mundo subterráneo sin haber tratado acerca del posible traslado del Cuartel General. Montaron en su coche y, sin prestar demasiada atención a los obstáculos que había en medio de la calle, a toda marcha se dirigieron hacia las afueras de la ciudad. Querían ir a Zossen, lo cual, en aquellas circunstancias, habida cuenta de la situación en que dejaron el barrio donde estaba el Cuartel General, significaba la muerte o caer prisioneros de los rusos. Las calles de Zossen estaban llenas de fugitivos, pero los rusos no daban señal de vida.

Ante el campo Maybach I había unos cuantos coches y una veintena de cadáveres cubiertos de porquería. Un hombre cruzó la calle y se acercó al coche. Se presentó el primer teniente Krankel, cuyo rostro estaba tan sucio que nadie hubiera podido reconocerlo. Un poco más allá había dos cañones antiaéreos y otra veintena de cadáveres. Aquello era todo lo que quedaba del escuadrón. Baruth había sido tomado por los rusos. Los tanques enemigos se habían detenido luego a diez kilómetros del Cuartel General sin que nadie se pudiera explicar el porqué de aquella súbita detención.

¿Cuánto tiempo permanecerían parados los tanques rusos?

Krebs, Boldt y Loringhoven entraron en sus despachos y cada cual se precipitó sobre un teléfono. Comunicaron con Bormann, con Burgdorf, con Christian y con cuantos tenían acceso a Hitler.

Las respuestas fueron desesperantes.

Hitler se negaba a autorizar la evacuación del Cuartel General. Transcurrieron treinta minutos. Unos cazas enemigos comenzaron a volar sobre el Cuartel General. Los impactos de los tanques cayeron cerca del edificio, cuyos últimos vidrios saltaron por los aires. Por fin, a las trece horas, fue comunicado el permiso para evacuar. El Cuartel General debía ser trasladado a Potsdam-Eiche. Poco después fue comunicado que la próxima reunión en el refugio del Führer tendría lugar a las catorce treinta.

A toda prisa comenzaron en Zossen los preparativos de marcha.

Fueron cortados un par de hilos del teléfono y únicamente se empaquetaron los documentos más importantes. Pero la mayoría de las carpetas militares se quedaron donde estaban. Los coches de Krändel fueron cargados en un santiamén. El teniente coronel Boldt se puso al frente de la columna, tras la cual quedó un paisaje fantasmagórico. El viento hacía golpear las puertas. El gran portal de la entrada había quedado abierto de par en par. Y también había quedado abierta la enorme caja fuerte del despacho del general. El suelo del despacho estaba lleno de papeles. Los mapas colgaban de las paredes de la sala de reuniones. La central telefónica, que era la mayor de Alemania, fue dejada intacta. El primer ruso que allí entrara no tenía más que descolgar un auricular para ponerse al habla con Dönitz, que estaba en

Lubeck; con Göring, que se había refugiado en Berchtesgaden; con Himmler, que se hallaba en Schwerin, y con Hitler, que permanecía en el refugio de la Cancillería.

La columna se dirigió hacia Berlín y se abrió paso entre las personas, los carros, coches y caballos que obstruían el camino. Muchos fugitivos empujaban carretas y cochecillos con criaturas dentro. Viejos y enfermos, soldados heridos y familias enteras que arrastraban sacos, maletas y camas, avanzaban por todos los caminos e incluso a campo traviesa, en dirección oeste, con la única preocupación de huir de los rusos.

Más aprisa que los fugitivos corrían los rumores:

El centro de Berlín está bajo el fuego de la artillería. En la Dorotheenstrasse han caído los primeros soldados. Los rusos han llegado hasta la Alexanderplatz. Los rusos han rebasado Berlín y ya están más allá del Havel. Ha caído Glienicke. Ha caído Brandenburg...

La columna cruzó la autopista y, por una carretera, pasó por Grosbeeren, en dirección Oeste. A causa del intenso tráfico, los coches se habían ido separando. Boldt ordenó detenerse a los que iban en cabeza y la columna volvió a formarse de nuevo. Llegaron a Potsdam en perfecta formación. Al llegar al puente que hay junto al viejo castillo, la columna tuvo que detenerse de nuevo y quedó inmovilizada entre centenares de coches taponados en aquel lugar. No podían avanzar ni retroceder. Los esfuerzos de Boldt, Krändel y de otros oficiales que también habían descendido de sus coches y trataban de poner orden fueron inútiles. No les quedaba más remedio que esperar a que los ingenieros despejaran el otro lado del puente que, a causa de un ataque aéreo, había quedado lleno de coches despanzurrados. Y aquello podía durar horas enteras.

Al tiempo que Boldt llegaba con su columna a Potsdam, Krebs y Loringhoven pasaban a toda marcha por Tempelhof y se dirigían a celebrar una conferencia con Hitler.

Eran las dos de la tarde, pero nadie podía ver rastro del cielo primaveral. Desde cien kilómetros a la redonda se veía la inmensa nube de humo y polvo que se cernía sobre Berlín. Era como si un gran meteoro hubiera caído sobre la capital.

Según el informe del puesto de observación de Friedrichshain, aquella mañana habían caído cuatrocientas granadas sobre la ciudad, desde la cual se habían disparado cuatrocientos cañonazos. El mundo se había cambiado durante aquellas veinticuatro horas. Casi se había cerrado la tenaza alrededor de Berlín. Una gran parte de los veinte mil cañones que los rusos habían pasado sobre el Oder, habían sido emplazados entre el Müggelsee y los pequeños afluentes del Havel, y sus bocas arrojaban una implacable lluvia de fuego sobre el mar de casas de Berlín. Un ininterrumpido trueno rodaba por los aires. Asfalto derretido. Cataratas de tejas. Surtidores de adoquines.

El pequeño y adelgazado Krebs y el esbelto y elegante Loringhoven, llegaron a la Cancillería en medio de una gran tempestad. Entre los grandes montones de escombros de la casa de enfrente, se levantaban las columnas de la desaparecida entrada. Las casillas de los centinelas estaban vacías. No se veía a nadie. Los centinelas habían desaparecido.

Tras haber cedido el paso a Krebs, Loringhoven brincó rápidamente sobre los doce escalones de la entrada. Un guardián apareció en el recibidor. Era un suboficial de las S.S., que les dejó pasar sin exigirles la documentación y que

en seguida se perdió en la penumbra del gran recibidor. Krebs y Loringhoven avanzaron rápidamente hacia abajo por el estrecho pasillo tapizado. Una puerta de hierro. Ante ella dos individuos de las S.S. armados con pistolas ametralladoras y bombas de mano. Un largo corredor y en él una doble hilera de bien armados soldados de las S.S., algunos de los cuales se apoyaban medio dormidos a la pared. Una pared derruida les obligó a hacer un rodeo. Había un pésimo alumbrado, olía a yeso fresco y en el suelo había un palmo de agua. Caminando sobre unos tablones atravesaron una cocina y dos comedores militares. Oficiales y suboficiales estaban sentados a la mesa, ante vasos de aguardiente, tazas de café, platos llenos de comida y grandes trozos de pan. Otra vez escaleras y centinelas. Luego llegaron ante el último control. Dos oficiales de la guardia personal de Hitler —unos individuos con facha de boxeador, de narices y orejas aplastadas— echaron una experta mirada a los bien ceñidos uniformes de los recién llegados y registraron sus carteras. Los generales Christian y Jodl, así como varios oficiales de ordenanza y mecanógrafas estaban aguardando. Esperaban a que el ayudante de Hitler, el "Sturmbannführer Günsche" les acompañara a través del último pasillo a la sala de conferencias.

Transcurrieron veinte minutos desde la entrada de Krebs y Loringhoven en el mundo subterráneo. Bajo la protección de una primera capa de ocho metros de cemento armado, del enorme laberinto techado con tres metros de hormigón, en el último reducto del refugio, hundido a quince metros bajo el suelo, no había ninguna diferencia entre el día y la noche. Aquí estaba el reino donde nunca se levantaba el sol. Unas lámparas irradiaban una intensa claridad y unos silenciosos ventiladores renovaban el aire.

Había llegado la hora.

No podía tratarse de un nacimiento, únicamente podía tratarse de ronquidos de muerte, de agonía, de putrefacción. Baal había abierto la boca.

¿A quién se iría a comer? ¿A Bormann el piernicorto y barrigudo? ¿Al general Burgdorf, que había llegado hasta allí completamente desmoralizado? ¿Al mariscal de campo Keitel, cuyos ojos azules parecían los ojos de un bacalao? ¿Al general Jodl? ¿Al pequeño y delgado general Krebs, o quizás al mismo celebrante, que hasta entonces había dictado el destino de las gentes y que ahora estaba celebrando aquella espantosa misa negra?

El sucio tabernáculo estaba a punto de resquebrajarse. Todo se venía abajo a causa de la mentira, el engaño y la impotencia. Pero apareció el mismo de siempre y la conferencia comenzó igual que otras muchas. Las conferencias que acerca de la situación militar se celebraban junto a aquella mesa no tenían más objeto que demostrar la clarividencia del Führer y sus extraordinarios conocimientos sobre estrategia. Magia negra que pronto se pagaría con la sangre humana que habría de caer sobre las paredes del refugio. Las sucias manos del mago se agarraban al cuerpo de todo un pueblo para arrojar luego a hombres y mujeres al fuego.

Bormann, Burgdorf, Keitel, Jodl y Krebs se sentaron sobre sendos taburetes, y en la presidencia de la mesa, sentado en un sillón, se situó el Gran Brujo. Como de costumbre, la sesión comenzó con los informes del Jefe del Estado Mayor General, general Krebs, y con la habitual exposición del general Jodl. Éxitos locales en Sajonia, Italia e incluso en el Oder. Aparte de esto, no tenían nada más que informar. Se callaron que los rusos habían alcanzado el borde de la ciudad, que las avanzadas de los tanques irrumpían por las

primeras calles y que los ejércitos rusos que operaban al norte y al sur de la capital estaban a punto de tomar contacto. Tampoco se refirieron al hecho de que el primer ejército ucraniano había roto las líneas de defensa e irrumpía por el sur hacia Berlín. Se habló de que los rusos habían tomado contacto con los norteamericanos en el Elba, pero como cada cuestión puede ser considerada de diferente manera, se dijo que aquel hecho podría originar la tan esperada ruptura entre las dos potencias enemigas.

Habló Jold y habló Krebs. Bormann miró a los dos con su acostumbrada desconfianza. Keitel permanecía tan tieso que parecía haberse tragado un palo, y su rostro estaba tan rígido como sus engomados cabellos. Burgdorf, el jefe de personal, que había llegado al colmo de la indignidad, opinó que las tropas reharían pronto su pérdida moral. Los oficiales de ordenanza, impasibles testigos que presenciaban la escena sin pestañear, miraban desconcertados a los asistentes.

Habló Jodl y habló Krebs, y la retórica con que presentaron la situación fue algo asqueroso. Pero no por eso dejaron de tener efecto sus palabras y en el rostro del Führer las palabras de adulación no hallaron ningún eco. No; los éxitos locales en Sajonia y en Italia y la destrucción de dos tanques rusos en el frente del Oder no interesaron lo más mínimo. El monstruo no se conmovió y, con el mismo tono y la misma violencia que hablaba en otras épocas, como toda respuesta, gritó estas tres palabras:

—¿Ha atacado Steiner?

Silencio alrededor de la mesa. Un estirado mariscal de campo y una serie de generales sintieron cómo se les encogía el corazón. Nadie respondió, pero la pregunta quedó balanceándose sobre la mesa bajo el grueso techo de hormigón, como un extraño balón lleno de explosivos. Un leve aliento hubiera bastado para provocar la explosión, que no solamente habría acabado con aquella sesión en la que únicamente se habían dicho falsedades, sino que habría puesto fin a todo aquel mundo de falsedad y locura. Aquel silencio tenía un sentido tan dramático que incluso fue notado en la sala contigua. Los centinelas, secretarías, ayudantes y sirvientes, retuvieron el aliento.

Los desorbitados ojos relampagueaban. En el pálido rostro asomó una expresión de desprecio, que en seguida se trocó en otra de odio. ¡No quiere contestar ninguno de estos imbéciles! El monstruo se echó hacia adelante, puso ambos brazos sobre la mesa, enseñó los dientes y, comenzando por el mariscal de campo del monóculo, fue observando a cada uno de los asistentes.

Jodl se levantó. La cobardía tenía un límite. Sobre alguien debía caer el rayo.

Su voz fue un tenue susurro:

—Mi Führer: Steiner no ha atacado.

El fantasma quedó, de pronto, como anonadado y se dobló bajo aquel golpe. Su cabeza se convirtió en algo demasiado pesado y sus ojos se desorbitaron. Cuando recobró la visión normal de las cosas, fijó su mirada en el gran mapa que estaba extendido sobre la mesa. Se fijó en el mapa y estudió las líneas que indicaban la presencia del enemigo alrededor de Berlín. Y entonces, en aquel momento, identificó aquella tenaza que de pronto se convirtió en algo vivo. Y por primera vez se percató de que dentro de aquella tenaza no solamente había una ciudad de tres millones y medio de habitantes que vivían ocultos en refugios, sino que estaba él mismo. Y le pareció oír el ruido que aquellas tenazas producían al cerrarse. Ya no tenía a ningún Steiner

que pudiera abrir aquella tenaza y la rompiera luego en mil pedazos. No, no tenía ningún Busse ni a ningún Heinrici. Ya no quedaba ninguna máquina de trinchar carne. Levantó la mirada y todos los presentes palidieron. Era la mirada de un loco. Y aquella boca acostumbrada a acusar lanzó un débil gemido:

—He sido engañado por las S.S. Nunca me lo hubiera imaginado.

Terminó el sollozo. Era primavera y un cálido viento comenzó a soplar. Las aguas de las montañas se precipitaron hacia abajo. Se produjo un gran estrépito, un tremendo traqueteo, un horrible zumbido. Una espantosa tormenta cayó sobre aquella media docena de desgraciados: "¡Embusteros, canallas, infames, serpientes!" "¡He criado serpientes en mi pecho!"

Se levantó y se agarró al respaldo de la silla. Pareció que se le ensanchaba la nuez. Luego se desencadenó un odio inhumano. Las voces rodaron hacia el techo de cemento armado, cayeron de nuevo y, como aguas desbordadas, arrollaron a los asistentes.

Traición y engaño ante los ojos. En todas partes corrupción.

Y mentiras, mentiras, mentiras... La Luftwaffe ha fallado completamente. Todo el personal de la Luftwaffe debería ser ahorcado.

Y la Wehrmacht no es mucho mejor. Cada general es un traidor y merece la pena de muerte. Los soldados son unos cobardes. El pueblo alemán es un pueblo insuficiente, deficiente, desmayado. Ese era el torrente de odio que chocaba contra las paredes y resonaba en los largos corredores. El torrente se detuvo de pronto. Fue una pausa brevísima, como para tomar aliento, y luego continuó.

La voz chilló:

—¡Todos afuera, excepto Bormann, Burgdorf, Keitel, Jodl, Krebs y las dos mecanógrafas!

Los ordenanzas salieron de la sala de conferencias y se reunieron en el despacho contiguo con el tembloroso grupo de los ayudantes, guardias personales, secretarías, oficiales de enlace, representantes de la Wehrmacht y altos funcionarios del Reich. Allí estaban el general Christian, de la Luftwaffe; Fegelein, el representante de Himmler, y el embajador Hewel, y junto a ellos estaban el cocinero particular de Hitler, su chófer, el encargado de sus perros, y Eva Braun, que aparte de los oficiales habituales en el refugio, nunca era vista por nadie.

Las puertas fueron cerradas.

En la sala de conferencias los gritos se recrudecieron con mayor violencia que antes. El torrente había arrancado ahora las piedras más antiguas y profundas de su curso. Emergió todo lo olvidado.

Y también emergieron los amarrotados y verdosos rostros de hombres asesinados, estrangulados y fusilados. Seres desconocidos y altos dignatarios, todos revueltos en la misma corriente. Allí estaba el rostro campesino de Ernst Rohms, con sus ojos de perro fiel. Y allí estaban Scheleicher y su esposa, y Heines, y Strasser, y centenares de víctimas caídas cuando el principio de su mandato, e incluso otras sacrificadas mucho antes, como Geli Raubal, que flotaba con el pecho destrozado por las balas, y un comunista desconocido cosido en un saco, y un sin fin de cadáveres que se iban desprendiendo del limo que había bajo aquellas aguas verdosas.

Y todo aquello, ¿para qué?

—¿Para qué? —chilló el monstruo.— ¿Para qué si todo ha sido en vano, si

Alemania está condenada a desaparecer, y no es más que una horda, una pasta amorfa? No me vengan ustedes con estas estúpidas aclaraciones; cállense todos. No mezclen en la cuestión a esos aburridos, arrogantes y estúpidos jefes de las S.S. ... No quiero saber nada más. No quiero oír nada, nada...

También las cinco cabezas que tenía ante él —la de Bormann, la de Burgdorf, la de Jodl, la de Keitel y la de Krebs, y también las de las mecanógrafas— estaban completamente deformadas y envueltas en algas, y unos peces se acercaban a ellas y las mordían. Y ninguna de ellas podía escapar, porque todas estaban clavadas a un mismo tablón. Todo lo arrastraba la corriente que se precipitaba hacia el mar. Y allí en el mar, comido por la sal, todo había de convertirse en cal.

—Cal, cal, cal... —Resonaba bajo el techo y contra las paredes.— Alemania es demasiado pequeña, débil y apocada. He perdido mis fuerzas en el servicio de Alemania, y las he perdido en balde. Nada puede salvarse. Pero yo no derramaré ni una lágrima por Alemania; ni una lágrima...

Chillaba, bramaba.

Las cinco personas alrededor de la mesa estaban como encogidas sobre sí mismas y no sabían dónde ocultar sus rostros. Todo el mundo temblaba al otro lado de la pared. Una nueva tempestad de odios sacudió al enfermo.

Se abrió el suelo y en la hendidura apareció un piso nunca visto. Una cascada de sonidos, de profundos ruidos, de ardiente lava y de palabras a medio decir. Nadie podrá descifrar lo que las taquígrafas anotaron en sus cuadernos. Y ninguno de los asistentes comprendió el discurso. Nadie podía seguir el hilo de aquel discurso. Las frases quedaban cortadas a medio camino. Entre las palabras salían gargarismos y espuma. Y los rostros de Burgdorf y Keitel fueron salpicados por la espuma que brotaba de la boca del monstruo.

Era el valle del Danubio quien hablaba. Chirriaron las carretas de los vándalos y silbaron las jabalinas de los hunos. Roma volvía a caer: *¡Qué gran sarcasmo! Pero, ¿cómo, es esto Roma? ¡Maldita sea esta ciudad! ¡Podrida y corrompida Roma! Así lo ha querido tu degenerado pueblo.*

Eso era el texto de una ópera. Un joven escolar de dieciséis años paseaba por Linz, cierta noche del año 1905, tras una representación de Wagner. Y el pasado se había hecho presente. Las carretas chirriaban y las jabalinas silbaban. Más allá de las paredes del refugio, las mujeres se acurrucaban bajo los rostros barbudos, junto a los coletos de cuero de los kurdos. Y en lo hondo del refugio alguien gritaba:

"¡Maldita sea la ciudad! Nadie puede ayudar a este pueblo corrompido. Hoy se arrepentirá de sus pecados. La desgracia se cernirá sobre todos. El pueblo germano, el pueblo alemán, el pueblo teutón. Pero yo ya no rehabilitaré, ni le devolveré su antigua dignidad, ni lo conduciré por más tiempo, ni seré por más tiempo su estrella."

Tres horas hacía que duraba el griterío. Tres horas hacía que duraban los chillidos. El fantasma procedente de la cuenca del Danubio y que continuaba siendo un escolar salido del antiguo imperio de los Habsburgo, que no se resignaba a ser una forma vacía y que el viento de Versalles, de Saint Germain y del Trianón había hinchado y empujado hacia la escena de la historia contemporánea, era un fantasma acabado y sus estertores eran los estertores de la muerte. La boca se abrió sin fuerzas y Bormann, Burgdorf, Keitel, Jodl y Krebs vieron como aquel rostro se agigantaba hasta llegar al techo.

El padre había muerto en su posada de Linz. Y aquel epígono que había surgido a causa de las rivalidades nacionalistas, de la caída de la monarquía danubiana, de la sangre y las lágrimas de la primera guerra, murió en la más profunda gresca, en la que vivía rodeado de heliogábalos, borrachos y libertinos, ante gentes a quienes el miedo había empalidecido el rostro.

—¡Todo ha terminado!

El Tercer Reich ya no existe. Los emblemas están destrozados. Los estandartes de la cruz gamada, los estandartes de las S.S., la bandera de sangre, las cruces de oro y plata con espadas y brillantes, todo está por los suelos.

—¿Quién soy yo? ¿Qué soy yo en realidad?

Nadie osó responder. Pero la pregunta sí fue contestada. La respuesta salió del agotado corazón. La sangre apenas llegaba al rostro. La piel se tornó blanca como el yeso. Un fantasma agitó los brazos en el aire y cayó deshecho, como fulminado. Quedó tumbado en el sillón, y lloró, lloró, lloró...

El fantasma balbuceó:

—La guerra ha terminado, todo se ha perdido, todo ha sido traicionado: me mataré. Me mataré.

Eso había dicho, y nada... Ningún dios había dejado caer su martillo contra el refugio, ni había lanzado sus truenos a través de las calles en ruinas de la ciudad. La tierra no se había abierto. El cielo había oído aquellas palabras y no había sucedido nada.

Nada, nada, nada...

¿Quién es él? Un charlatán de café de Munich, un anónimo soldado de la primera guerra, un pintor de tarjetas postales de Viena, un escolar de Linz a quien los Commenda, Engstler y Huemer podían poner malas notas. Quizá un hijo de nadie.

Un caballo reventado.

Todavía menos...

Y otra vez:

—No esperaba eso. Eso no lo merecía. El ser humano es demasiado pequeño para saber apreciar algo realmente digno.

Los hombres eran enanos. ¡Afuera con ellos y a preparar la masa para hacer auténticos hombres! Pero ya es demasiado tarde. Ha sido un intento desafortunado y ya no queda tiempo para repetirlo. El hombre del sillón se dobló más sobre sí mismo. Su rostro estaba cubierto de sudor y parecía pegajoso y sus ojos se habían quedado sin brillo. Estaba acabado.

Se abrió la puerta del pasillo. Entraron los favoritos de más confianza. Afuera, Feglein telefoneaba a Himmler, Hewel a Ribbentrop y Christian a Koller.

Christian decía a Koller que no necesitaba venir.

—En el refugio se está desarrollando una escena histórica.

El hombre del sillón estaba desahuciado. El médico ya no podía ayudarlo. El desaseado Morell ya podía tirar su jeringuilla, pues ya no la necesitaba, como tampoco necesitaba sus píldoras. Ya puede marcharse el charlatán. Todos pueden marcharse y cada cual puede ir a donde quiera.

—¡Nunca abandonaré Berlín! ¡Nunca!

Nunca abandonará Berlín, pues había de convertirse en humo. Ya no pertenecía al reino de los vivos. Lo que a partir de aquel momento había de sucederle era como si afectara a un objeto inanimado.

La guerra estaba perdida, y lo estaba desde hacía años y el no haberlo dicho en voz alta había conducido a todos a aquella situación. Pero no tenía que ser así. El final no podía sobrevenir. El aparato montado por los usurpadores y que había llevado a Alemania a la catástrofe, no quería dejar de funcionar. Los favoritos no querían retirarse. Los soldados debían continuar siendo empujados hacia el fuego. Los muchachos de las asociaciones oficiales debían continuar muriendo. Los pelotones de ejecución debían continuar formados. Resultaba demasiado sencillo aquello de pegarse un tiro o de engullirse una píldora de veneno. El poder tenía que continuar en pie y ya estaba tendida la mano que quería hacerse con él. Era la peluda mano de Bormann. Ya que Hitler había muerto, no tenía más que hacer desaparecer aquel espantajo.

Así habló Bormann a los presentes. Él no podía dejar en la estacada a un pueblo que con tanta fidelidad y durante tanto tiempo se había mantenido firme. *Fidelidad y largo tiempo...* El rostro del impedido se tiñó de escarlata. Su brazo, que de vez en cuando sufría una sacudida, se quedó inmóvil.

Nada podía hacerse en su favor. Las gestiones continuaron a su alrededor. La conjuración prosiguió su curso. No todo estaba perdido. Todavía quedaban muchas probabilidades. Todavía quedaban tropas alemanas en las montañas de Austria y en Checoslovaquia. El ejército de Wenck estaba camino de Berlín. Keitel, Bormann y Burgdorf se acercaron al sillón, que parecía un féretro. Himmler comunicó por teléfono. Y lo mismo hizo Göring.

Lo que sucedió fue pura nigromancia.

Se juramentaron a muerte.

Aquello duró algunos días. Y prosiguieron las sentencias de muerte, los fusilamientos, las violencias del Partido, las degradaciones, las represalias políticas, el frenesí para la puesta en vigor de un testamento y para una boda. Todavía transcurrieron días y noches.

La muerte llegó a los siete días.

—Mujer, ven —dijo alguien.

—¡Y tú, animal, quítate el broche!

—¿Dónde está el ejército de Wenck?

—Ya sólo nos queda morir.

—¡Y vosotros, cerdos, nos dejáis aquí para que estiremos la pata!

—Ya no puedo más; ¡pégame un tiro!

El broche con la Cruz de Hierro y el brazal con el distintivo del Partido cosido en la manga del uniforme de servicio. No solamente se fijó en el broche y en el brazal, sino en la figura de la muchacha. Era una loba, una mujer-lobo. Se lo dijo su instinto de cazador y así se lo advirtió, además, la actitud de la muchacha. Llevaba una cartera, que cogía como si se tratara de un tesoro. Era una muchacha joven, de unos dieciocho años. Venía de Weissensee y avanzaba hacia el centro de la ciudad. Seguramente se dirigía a la cueva de los lobos. Pero los tranvías no funcionaban y las puertas del "metro" estaban cerradas. Se habían acabado los medios de comunicación. Buscaba un modo de continuar su camino y trataba de detener a los coches que pasaban ante ella. Pero todo era en balde. No había nada que hacer. Gnotke le fue pisando los talones. No tenía ninguna meta y según todos los síntomas, dada la intensidad del fuego de artillería y la manera como funcionaba el "organillo" de Stalin, aquello ya no podía durar mucho más y de un momento a otro podía encontrarse con su unidad. Hacía cinco días que faltaba de ella y no quería

regresar con las manos vacías.

Una pobre criatura; una pequeña "mujer-lobo". El uniforme estaba destrozado y aparecía con pegajos de tierra y paja. Había pasado algunas noches al raso y sus botas denotaban haber hecho un largo camino. Estaba cansada y sus sombreados ojos desentonaban en aquel joven rostro. Cuando algún manojo de cohetes estallaba en medio de la calle, se echaba a un lado, pero no se asustaba demasiado, pues se veía que estaba familiarizada con las "katiuskas". Gnotke no quería nada de particular de ella. A pesar de las dificultades que surgían a cada paso y del cansancio que denotaba, la muchacha caminaba directamente hacia su destino, sin desviarse, con asombrosa firmeza. Y él sólo quería que le condujera a la guarida de los lobos.

Pero, de pronto, se produjo el final.

La sirena silbó. Silbó una, dos, tres, cuatro, cinco veces. Y no dejó de silbar. Máxima alarma. Pero no era la señal de alarma aérea. La sirena anunciaba la llegada de los rusos. Los disparos de la artillería quedaron ahogados en el nuevo estrépito. Las sirenas silbaban con una fuerza inusitada. Sonaron salvas de alarma. Cargadas con sus enseres, las gentes corrían hacia los refugios. Nadie debía permanecer en las calles. Pasaron unas patrullas.

—¡Alarma! ¡Tanques enemigos! ¡Abandonad las calles! ¡Todos al refugio Herzberge!

El gran refugio de cemento armado era como un imán que atraía a las gentes, presas de pánico y medio locas. Todo el barrio, desde el cementerio hasta el Faulen See y Hohenschönhausen, quedó casi vacío. Y también la muchacha se vio arrollada por la gente y tuvo que torcer su camino. Y, pisándole los talones, Gnotke llegó tras ella al refugio.

Eran las ocho de la tarde. El cielo estaba teñido de rojo. Entre los árboles del parque que rodeaba el refugio había algunos cañones. La muchacha entró en el refugio. Tras ella entró Gnotke. Un largo pasillo, escaleras, más pasillos. Luces eléctricas. Abajo, en una gran sala había un puesto de socorro. Gnotke no temió que, a causa del vendaje de la cabeza, alguien se preocupara de él. El médico y el sargento sanitario estaban muy ocupados. Hombres de edad avanzada y chiquillos de las Juventudes de Hitler pasaron delante. El refugio estaba atestado de gente. Quizá había allí cinco o seis mil personas. Se oía un zumbido parecido al que producen en el panal las abejas alrededor de la reina muerta. Los ventiladores eran insuficientes para renovar el aire. Un tremendo mal olor salía de los retretes, que estaban embozados y llenos hasta arriba.

Gnotke llegó hasta las escaleras. Las cabinas que daban a los corredores estaban llenas de baúles, maletas y cajones. Cada habitación estaba amueblada con seis literas, colocadas en dos filas superpuestas. Algunas familias se habían instalado allí con sus cacharros de cocina, ropas y camas. No se veía un espacio libre, y mucha gente permanecía sentada en la escalera, entre sus enseres.

En una habitación funcionaba una radio portátil.

—Así, como siempre desde 1933, me presento ahora ante el pueblo alemán para hablarle del Führer.

Era Goebbels, cuyo discurso de felicitación era transmitido la víspera del cumpleaños de Hitler, el día de su fiesta y veinticuatro horas después.

—... La guerra está tocando a su fin. La locura que las potencias enemigas han desencadenado en el mundo ha alcanzado su punto culminante. Pero la conjura enemiga ha sido aniquilada por el destino... ¿Quién otro que el Führer

hubiera podido saber la dirección que había de seguir la crisis mundial? Él es quien encarna la resistencia contra el derrumbamiento mundial. Él es el más valiente corazón de Alemania, y él es quien personifica nuestra auténtica voluntad...

—¡Apaguen ustedes esa radio, que ya hay bastante ruido aquí! —gritó alguien.

—Si la nación todavía respira, si todavía se ofrece una posibilidad de victoria y si en esa hora de máximo peligro existe un camino de salvación, a él se lo debemos agradecer. Obstinados y decididos permanecemos tras él, soldados y paisanos, hombres y mujeres y niños.

—...Hombres y mujeres y niños —repitió el mismo que antes había hablado, al tiempo que echaba una mirada a su alrededor.

—Nada se ha perdido —dijo otro—; lo único que ocurre es que los rusos están ahí fuera y hacen un poquito de ruido con su artillería.

—Nosotros estamos junto a él, como él está junto a nosotros, unidos por un mismo sentimiento de fidelidad. Estamos junto a él porque así lo hemos jurado... —chilló la voz de la radio.

—¿Es que debemos escuchar esas majaderías?

—Quizá no todo se haya perdido. El ejército de refuerzo tiene que llegar de un momento a otro.

—Sí, el ejército de Wenck.

Era la muchacha. Lo que acababa de oír era algo extraordinario e increíble. Nunca hubiera creído que alguien pudiera expresarse de aquel modo. Sus ojos estaban muy abiertos a causa de la sorpresa y de la indignación.

—¡Tontería!

—¡Locura!

—¡Todo es mentira!

—¡Ya estoy hartó! —exclamó un soldado al tiempo que se quitaba las cartucheras.

—No dejes esto aquí; ¡escóndelo!

—Los rusos no deben encontrar nada aquí.

—¡Y tú, animal, quítate el broche!

La chica no había pensado en ello. Sus ojos, que estaban a punto de llorar, relampaguearon. El soldado que acababa de quitarse las cartucheras y el cinturón se quitó el uniforme y se vistió de paisano. Toda ola, por muy alta que sea, acaba derrumbándose. En el refugio Herzberge había llegado el momento del revolcón. Quienes durante mucho tiempo habían estado en lo alto, se hallaron de pronto abajo de todo, y aquellos que durante tanto tiempo se habían mostrado intolerantes y orgullosos, no se atrevían ahora a abrir la boca. Y los otros, en cambio, se encontraron súbitamente arriba y comenzaron a llevar la voz cantante.

Aquello sucedía en la tierra de nadie.

El refugio se encontraba entre dos fuegos. La pared del refugio que daba al parque comenzó a recibir impactos procedentes del bando ruso. Ráfagas de ametralladora y cascotes de granada arañaron sus paredes. Y, por otra parte, los disparos de las baterías alemanas cayeron como enormes mazazos sobre la otra parte del refugio. Aquello duró varias horas. En los momentos en que el fuego artillero alcanzó su mayor intensidad el refugio parecía haberse convertido en una inmensa cacerola. Dentro de ella había diez mil revueltos granos. Se apagó la luz, pues la conducción eléctrica quedó inutilizada a causa

de los disparos. Las cañerías del agua fueron arrancadas del suelo. Reinaba una profunda oscuridad. Las lámparas de bolsillo brillaban como minúsculos gusanillos de luz en la noche. Amortiguado por la espesa capa de hormigón armado, el estruendo que producía el "organillo" de Stalin llegaba hasta allí convertido en un zumbido, en un cántico infernal que penetraba hasta los huesos.

Diez mil personas... Pero al cabo de unas horas había muchas menos. Porque muchas aprovecharon las pausas del combate para escapar. Los nazis, que hasta entonces no habían dejado de cacarear, no perdían ocasión para escabullirse. Se produjo un cambio radical. Aquellos que hasta entonces y durante once años habían callado comenzaron a preparar el cambio de dominio y procuraron que las cosas sucedieran de la mejor manera posible. Las armas debían desaparecer. Y los uniformes también. Los heridos fueron acondicionados. Dijeron que los rusos estaban a cuarenta o cincuenta pasos de allí. Y que si al entrar veían alguna arma, harían volar el refugio. Se repartieron trajes de paisano entre los soldados. Los individuos de la milicia popular se desmovilizaron a sí mismos, para lo cual no tuvieron más que quitarse un brazal.

—Y tú, hijita, ¿no quieres quitarte el broche y el uniforme? Seguro que encontraremos un vestidito para ti.

Era el zapatero Haderer, que acababa de entrar en el refugio y que, rodeado de algunos hombres y mujeres, parecía ser el alma de aquel cambio de actitud. La luz de una lámpara de bolsillo cayó sobre aquel broche que tanto preocupaba e iluminó un rostro de tozuda expresión.

—Es una hermosa muchacha y no parece nada asustada. Cuando se haya cambiado de vestido podrá ser destinada a la comisión receptora.

—¿Cómo te llamas, pequeña?

—Eso no viene al caso —respondió la muchacha; pero al cabo de un instante dijo—: Agnes Hasse.

—Pues bien, Agnes Hasse: ya tenemos a cuatro mujeres, y tú serás la quinta. Recibiréis a los rusos a la entrada del refugio, les ofreceréis cigarrillos y café y les pondréis cara bien amable. Eso produce muy buena impresión. Ya verás lo tiernos que se ponen.

—¡Nunca! —exclamó Agnes Hasse—. Antes prefiero irme.

—Bueno, como quieras; pero de todos modos debes quitarte el broche y el uniforme y además debes cambiar esa cartera por un monederito.

—¡Nunca!

—¿No quieres llevar un monederito? ¡Pobre criatura! Anda, ven conmigo y te daré uno, pero quítate ya ese broche y el uniforme.

Otros tenían mucha menos paciencia que el viejo Haderer. Algunas manos se acercaron a la muchacha para arrancarle el uniforme. De pronto, empero, Agnes Hasse encontró un protector en el suboficial Gnotke.

—¡Dejadle el broche y dejadla marchar!

Haderer se sorprendió de encontrar allí a Gnotke.

—¿Tú por aquí, August?

—Sí, ya ves.

No dijo nada más y únicamente levantó hacia él la mirada y Haderer se volvió a fijar en aquellos ojos que ya antes, la noche que August entró en la zapatería le habían parecido un misterio. ¿Qué quería aquel muchacho? ¿Qué estaría buscando y qué se propondría al tomar la defensa de aquella

muchacha?

—Cada cual puede ir donde quiera.

Era el momento más oportuno para marcharse de allí. Los cañones, que durante toda la noche habían estado disparando cerca del refugio, guardaban ahora silencio. De vez en cuando, sin embargo, un cercano trueno recordaba a los refugiados que la guerra todavía no había terminado. Agnes Hasse se abrió paso entre la multitud y se dirigió hacia la entrada. La gente la dejó pasar. Cuando hubo salido del refugio se encontró a Gnotke. El suelo del parque estaba cubierto de rocío. Ante ellos se levantaron minúsculos surtidores de arena. Eran disparos de fusil. Gnotke hizo como si no reparara en ellos. Los disparos que se oyen silbar son algo inevitable. Siempre que no se levante el dedo para indicar que algo viene de enfrente o que "algo hay en el aire", mejor es no tomar ninguna precaución, pues en tales casos todo cuidado resulta inútil. La muchacha avanzó entre los pequeños surtidores de arena, avanzó junto al refugio y se dirigió hacia el centro de la ciudad.

Gnotke le preguntó adonde quería ir.

—Al centro —respondió la muchacha.

También él tenía que ir al centro de la ciudad. Los dos seguían el mismo camino. Él caminó a su lado. No se veía a nadie. Las calles estaban vacías. No vieron a ninguna patrulla de las S.S. La milicia popular parecía haberse esfumado. Tampoco se veía ningún muchacho de las Juventudes hitlerianas. En una esquina había un cañón. Pero el cañón estaba sin servidores. Un puesto de mando instalado en una lechería en el que el día anterior había visto Gnotke a un grupo de jefes nazis, estaba cerrado. Un pálido rostro asomó por el portal vecino.

—¿Dónde están? —preguntó Gnotke al tiempo que con el índice señalaba hacia la lechería.

—Montaron en unas bicicletas y desaparecieron —dijo el hombre, y señaló hacia el interior de la ciudad.

Entre las ruinas se veían grandes incendios. Espesas columnas de humo salían de las desvencijadas ventanas. Eran las consecuencias de los disparos artilleros de aquella noche. La población se había asilado en los sótanos y en los refugios. Sólo de vez en cuando asomaba algún rostro. Nadie se preocupaba de los incendios. La pareja llegó a la Landsberger Allee. En aquel barrio, las calles estaban algo más animadas. Gnotke y la muchacha fueron detenidos por una patrulla. Era una patrulla combinada: Wehrmacht, Marina, Luftwaffe y S.S. De aquella manera cada documentación era examinada por un especialista. Los papeles de la muchacha estaban en regla y la documentación de Gnotke, reforzada por su cartilla de herido y su vendaje en la cabeza, también. El jefe de la patrulla quiso saber de dónde venían.

—Del refugio Herzberge —respondieron.

Y Gnotke añadió:

—Los rusos están allí.

Les dejaron continuar su camino.

El gran puente de la estación de la Landsberger Allee ya estaba minado. Al pasar, Gnotke y la muchacha se fijaron en un oficial y en dos soldados de ingenieros que se hallaban metidos en una pequeña trinchera. En la trinchera había los dispositivos apropiados para la voladura y un montón de botellas vacías. Eran botellas de vermut. Los tres individuos estaban completamente borrachos, lo cual hizo suponer a Gnotke que el puente no sería volado.

Gnotke había hecho una serie de observaciones que muy pronto pensaba comunicar a su jefe. Gracias a los detalles que había reunido su unidad podría llegar sin ningún obstáculo hasta el puente de la Landsberger Allee. Pero para ello hubiera debido regresar inmediatamente a Weissensee y aguardar allí a su unidad. Pero en vez de eso, continuó paseándose, aquel domingo por la mañana, junto a una "loba", cuyo rostro tenía los severos rasgos de una romana.

Era un acompañante poco explícito.

No inspiraba confianza a la muchacha. Parecía como si su rostro inspirara cierta repugnancia. Pero, al fin y al cabo, él la había ayudado, se había puesto de su parte cuando la escena del refugio. Ella dijo que debía ir a la estación de Potsdam, donde estaba su oficina de negociado.

—Sí, el negociado —contestó él.

Y al cabo de un momento y mientras señalaba hacia la cartera, preguntó:

—¿Partes?

—Sí; debo entregar unos y recoger los que me entreguen —respondió ella.

Gnotke asintió con la cabeza.

—Ha sido una suerte que también yo tuviera que ir a la estación de Potsdam.

La artillería volvió a entrar en acción. Esta vez disparó sobre objetivos más avanzados que la vez anterior. Grandes granadas pasaron silbando sobre los tejados de las casas.

—¡A Friedrichshain! ¡Al refugio de Friedrichshain!

Las bombas también caían en la Alexanderplatz. Cada vez avanzaban con más dificultad. Caminaron por calles laterales, se arrojaron al suelo, se refugiaron en sótanos, tropezaron con patrullas, atravesaron el Mühlendamm y luego llegaron al Spittelmarkt.

Así, pues, había estado en el Vístula, al sur de Varsovia. Y en medio de la gran manada se había ido retirando hacia el Oeste. De día se ocultaban en los espesos bosques y caminaban desde el anochecer hasta el alba. Cada noche, entre el viento y la nieve, cargados con la impedimenta, habían llegado a caminar cuarenta y cinco kilómetros. A veces caminaban medio dormidos y, sin embargo, el sueño podía significar la muerte, oculta tras un árbol cualquiera. De todo eso se enteró Gnotke durante el trayecto desde la Dönhoffplatz hasta la estación de Potsdam.

Sin embargo, Gnotke no logró enterarse de lo que la muchacha había hecho desde su regreso hasta aquel momento.

Había estado en un campo de instrucción. Pero no dijo dónde estaba el campo, ni tampoco en qué había consistido su instrucción.

—Debíamos hacernos dos trajes cada una. Los trajes los hicimos con cortinas y manteles.

—Era vuestro equipo —dijo Gnotke.

Era nuestra piel de lobo, hubiera podido decir ella.

—Eran trajes —repuso la muchacha, al tiempo que le lanzaba una mirada.

Por lo demás... La práctica con la "estufa" debió haber sido algo natural. Pero no se refirió al salto en el vacío, al primer mordisco del lobo.

Era una muchacha "chitry", es decir, taimada, lisonjera, diplomática, prudente y lista. Gnotke pensó en aquella palabra rusa —"chitry"— que tan bien resumía aquellos conceptos.

Agnes Hasse se quedó algo sorprendida ante el súbito interés que aquel

suboficial, regularmente tan callado, demostraba por lo que le acababa de contar. Y no supo si decirle que había estado en un campamento situado cerca de Nauen, donde había recibido una educación especial y donde se había ejercitado en todas las formas de combate. Y tampoco sabía si decirle que al final del curso había obtenido la calificación de "bueno" y que luego había marchado en cabeza de una "manada". Pero de haberlo hecho hubiera debido abrir la cartera y enseñarle una larga lista de campesinos que estaban dispuestos a acoger en sus casas a una o dos muchachas, enlaces de los hombres lobos.

No; ya tendrá tiempo de enterarse acerca de los hombres lobos. Pero los rígidos rostros que durante la noche recorrían el país de arriba abajo a través de carreteras y pueblos tampoco dirán nada.

La muchacha era "chitry" y no había nada que hacer.

Eran las tres de la tarde cuando se despidió de ella en la estación de Potsdam. Aguardó allí hasta que la vio desaparecer por una puerta. Luego, disimuladamente, pasó ante la entraba. Sobre la puerta había un cartel que ponía: "Servicio de trabajo del Reich, provincia de Brandenburgo".

Pero sabía algo más.

Sabía que se encontraba ante la principal madriguera de los "lobos".

UN REFUGIO

A las tres de la tarde entraron los rusos en el refugio Herzberge.

"¡Ya están aquí!" "¡Todo ha terminado!" "¡Nos cortarán la cabeza!", decían unos. "No hay que perder la serenidad." "No ocurrirá nada", decían unos pocos. Todos contenían el aliento.

Haderer había escogido a cinco mujeres entre las más hermosas y atractivas del refugio. Las mujeres aguardaban en la entrada, cuyas puertas estaban abiertas de par en par. Todas iban provistas de cigarrillos y tazas llenas de un café que ya había sido recalentado tres o cuatro veces. Cerca de ellas aguardaba Haderer. No lejos del zapatero andaba Reimann, el cerrajero, que le había ayudado a preparar el refugio para el momento de la ocupación. Las mujeres, que tenían el corazón en un puño, miraban de la manera más simpática y natural que les era posible.

Un espantoso griterío; disparos; polvo. Unas balas que se incrustan en el techo, del que cae una llovizna de yeso. Aparece un jinete tocado de una zamarra de cuero. El caballo alzó las patas delanteras y pateó en el aire. Un sable brilló entre el polvo. Los cigarrillos y las tazas de café cayeron al suelo. El viejo Haderer no pudo hacer su discurso. Sus ojos relampaguearon. Alguien le dio un golpe y cayó al suelo. Y lo mismo les sucedió a quienes estaban junto a la entrada. El cerrajero Reimann se adelantó y dijo: "¡Sdrasduitje!" "¡Bien venidos!" y en seguida añadió: "Yo, comunista." Una múltiple carcajada fue la respuesta. Un gigante le cogió por las caderas, lo levantó, lo echó contra el suelo y gritó: "¡Un comunista!" "¡Un idiota!" "Mirad: él, comunista, sin necesidad

de serlo." "Nadie le ha obligado." "¡Idiota!" Reimann recibió algunos golpes de sus compañeros. El jinete caucasiense se apeó del caballo, y se abalanzó sobre una de las mujeres de la comisión receptora, que era una carnicera de rostro colorado, y la tumbó en el suelo. Sus compañeras también fueron tumbadas por los recién llegados, que estaban completamente borrachos. Veinte, treinta, cincuenta rostros descompuestos por el vodka se agitaban en la entrada del refugio. Iban a la caza de fascistas y para ello habían vaciado antes algunas botellas. Un tremendo griterío les acompañó a lo largo del pasillo. Las mujeres de la comisión receptora y las que estaban acurrucadas en las habitaciones próximas a la entrada recibieron el primer embate de la oleada. Las de la comisión no podían levantarse siquiera, pues los hombres se les echaban encima, uno tras otro, como bestias. Y todos, mientras permanecían sobre ellas, las apuntaban con sus pistolas.

Fueron revueltos los baúles y las maletas. Las mujeres no dejaban de gritar. Los niños presenciaban espantosas escenas de violencia. Sonaron disparos y muchos hombres cayeron muertos y heridos. Algunos trataban de huir.

El refugio de Herzberge se había convertido en un manicomio.

El viejo Haderer abrió los ojos. Tenía gusto de sangre en la boca. A su lado estaba la carnicera que él había designado para formar parte de la comisión receptora. La mujer se había convertido en un desfigurado pelele. Un poco más allá sollozaba otra mujer. Desde el interior del refugio llegaban gritos, llantos y quejidos.

—¡Uri! ¡Uri!

—¡Mujer, ven!

Horrible herejía; espantosa idolatría. Se sintió acusado por aquel dramático espectáculo en el que las mujeres caían bajo el peso de los soldados. Aquellas mujeres deshonradas, manoseadas y sucias... Escondió el rostro. Aquello era algo peor que su boca ensangrentada y sus dientes rotos. Se sintió desfallecido, incapaz de hacer nada. Le sucedió lo que antes, tiempo atrás, le había ocurrido a Gnotke. Su inocencia se rebeló contra todo aquello. Y renegó de todo. Su mano, que durante tantos años había estado manejando el martillo, se había convertido en algo inútil. Se arrastró junto a la pared y, como pudo, avanzó entre montones de hombres y mujeres que yacían en el suelo. ¡Aquellos locos, salvajes, apóstatas! ¡Fascistas! ¡No saben que todos los refugiados a quienes están asesinando son trabajadores! Cruzó la puerta del refugio y salió al aire libre. No podía esconderse en ningún lado. Una fila de refugiados, todos ellos cargados con sus enseres, avanzaba por el parque. Apareció una nube de jinetes. Las mujeres fueron separadas de la fila. Cayeron baúles, maletas, y paquetes. Todo quedó revuelto sobre la calle. Las plumas de un colchón volaron por el aire.

Domingo negro en Weissense.

Domingo negro. ¿Qué es lo que ocurrió? El pueblo de San Petersburgo, con el sacerdote Gapón a la cabeza, se manifestó por las calles de la ciudad como protesta contra aquellos atropellos de que era objeto. Y de pronto un batallón de cosacos se abalanzó sobre ellos y los pisoteó y los golpeó. Haderer se acordó de ese sucedido histórico. ¿De qué ha servido eso? ¿Es que el pasado no es más que literatura? El hijo de quien hace unos años fue pisoteado por los caballos de los cosacos hace ahora lo mismo con esa gente.

Eso sucedió al otro extremo de Berlín, en el distrito de Mariendorf, no lejos de la carretera que conduce a Zossen, en el mismo sótano donde el coronel Zecke se había refugiado en compañía del Director Knauer, el fotógrafo Putlitzer y su esposa y otros inquilinos.

—¡Mujer, ven! ¡Y tú, hombre, apártate!

El hombre tenía que marcharse; no podía permanecer allí y contemplar la escena.

—Vete, Heiner —rogó Anna Putlitzer a su marido.

¡Qué podía hacer él! ¡Qué quería hacer! ¡Dejarse matar!

Alguien la cogió de la muñeca. ¿Dónde quería llevarla? Luego la levantaron y la precipitaron contra el suelo. El sótano estaba lleno de sombras. Los recién llegados no eran más que sombras. Únicamente vio el rostro del hombre que la arrojó al suelo. Nunca olvidaría aquella cara en la que brillaban unos ojos negros, y aquella boca, y aquel olor a sudor, porquería y alcohol...

—Vete, Heiner...

Heinrich Putlitzer salió tambaleándose de la habitación. Un soldado le fue apuntando con el arma. Las dos hermanas Quappendorf se agitaron de un lado a otro: la pequeña comenzó a llorar y la mayor, que era maestra, quiso escabullirse, pero un soldado la cogió por el cogote y la obligó a quedarse donde estaba.

—¡Al patio! ¡Todos los hombres, al patio!

El refugio fue desalojado, Putlitzer, Knauer, el viejo impresor Riebeling, el redactor Quappendorf subieron las escaleras y se dirigieron hacia un mundo totalmente cambiado.

Sus ojos estaban acostumbrados a la escasa claridad de las velas. Habían estado cinco días sin ver la luz del sol. Y bajo el fuego de la artillería, el estrépito del "organillo" de Stalin y el estallido de las bombas de aviación habían perdido la noción del día y de la noche.

Ya no era su patio. Aquel patio en forma de herradura, bordeado de plantas estaba totalmente cambiado. Antes, a la salida del sótano, se encontraba uno con un patio como tantos otros que existían en Mariendorf y ahora, en cambio, al salir del sótano se desembocaba en una especie de aduar. Era como si una caravana se hubiera detenido allí. Era Asia, y olía a paja y a estiércol. Había carros desenganchados. Una yegua daba de mamar a un potrillo de largas y delgadas patas. A lo lejos se veía el resplandor de grandes hogueras. El cielo aparecía teñido de rojo y sobre el canal Teltow había una gran humareda.

Los rusos se abrían paso hacia Tempelhof.

—¡Tú, nazi! —dijo alguien al director.

—¡Tú también, nazi! —gritaron a Putlitzer.

—¡Tú también!... ¡Todos, nazi! ¡Todos a la pared!

Riebeling, Putlitzer, Knauer y el viejo Rector fueron empujados hacia la pared. Luego fue traído un muchacho de cabellos rubios y revueltos. Era el hijo del rector Quappendorf, que había pertenecido a las S.S. y ahora vestía de paisano.

¡Qué espantosa equivocación! El impresor Riebeling había estado aguardando a los rusos, sus liberadores. En cierta ocasión, en noviembre de 1919, desde la central de telégrafos había comunicado con Moscú. "Aquí Riebeling..." "Aquí Chicherin, Moscú." "Le ordeno, camarada Riebeling, que vaya en busca del camarada Liebknecht". Tenía que hablar; era preciso que se

explicase. Su boca se abrió: "Moscú, Moscú; aquí Riebeling; el camarada Riebeling está ante el paredón". Pero un duende silenció sus palabras, que ni él mismo pudo oír. El rector Quappendorf pensó en su mujer. ¡Qué suerte que no haya tenido que presenciar esta escena! Y Else, Margot y Lisbeth están en el sótano. Y el chico, ¡pobre chico! Juntó las manos, pero no fue una oración lo que le venía a la boca, sino unos pasajes del último discurso de Goebbels: "Los rusos están a punto de estrellarse, de estrellarse, de estrellarse..." Knauer estaba preparado para el final. Todavía esperaba menos de los rusos que de la Gestapo. Halen había ido dos días antes en busca de su padre. Fue una suerte que los rusos no la pillaran en el refugio. Lo último que vería en este mundo sería aquel grupo de pequeños caballos y aquel potrillo mamando de la yegua.

Riebeling, Knauer, Putlitzer, un viejo de setenta años y un joven de diecisiete estaban ante la pared. Un relámpago cruzó ante sus ojos y el mundo se vino abajo.

Una salva. Unos trozos de yeso saltaron de la pared.

Los disparos pasaron silbando sobre sus cabezas. Todavía no había llegado el final. Los soldados volvieron a enfundar sus pistolas. Carcajadas y gritos. Y golpes. Todo había sido una broma. El fusilamiento había sido una broma. Y, sin embargo, ahora era cuando los cinco hombres se sintieron morir. Tuvieron que apoyarse en la pared. Uno se ensució en los pantalones, otro vomitó y un tercero se puso a llorar.

Y en medio de su desgracia se vieron obligados a contemplar un tremendo espectáculo, que cada cual interpretó de un modo diferente. El patio estaba lleno de coches, carros y caballos y desde el patio se divisaba un paisaje abierto hasta el canal. Postes caídos, hilos telefónicos rotos, una fachada con grandes boquetes. Una fantasmal caravana de soldados que marchaba hacia el frente. De pronto, la tierra sufrió una tremenda sacudida. El cielo se oscureció y se tiñó de un color rojo oscuro y los postes del telégrafo, las ruinas, los soldados, los caballos se hundieron en la oscuridad.

El patio volvió a ser un patio en el que había unos soldados acampados.

El puente de Teltow acababa de volar por los aires.

HUIR

En la esquina de las calles Britz y Neukolln, a unos cien pasos de donde acababa de suceder la escena anterior, se encontraba un general ruso. Las primeras canas destacaban entre su negro cabello. Su rostro tenía una expresión de dureza. Su figura era elegante y bien cuidada, llevaba botas altas, cuidadosamente lustradas. Era el general Zukov. A su lado estaba Kusnietzov, jefe de los aviones de caza, y el general tanquista Voronov. Algo apartado de ellos estaban su ayudante y jefe de los tanques de reconocimiento. A poca distancia de ellos aguardaba un grupo de coroneles.

El general Zukov acababa de llegar de Zossen, del abandonado Cuartel General del Estado Mayor Alemán. Otra vez se encontraba ante un mar de

ruinas, y las destrozadas paredes de las casas, los postes retorcidos y los montones de basura, que por un momento se iluminaron cuando la gran explosión, le hicieron pensar en un paisaje ciudadano muy parecido a éste. También allí había fachadas medio derruidas, como grandes telones de piedra. Y también allí estaban las calles llenas de escombros. Los habitantes de aquella ciudad habían huido, habían sido evacuados o habían quedado muertos bajo las ruinas. Los pocos que quedaron en la ciudad fueron empleados en descombrar las calles. Únicamente los barrios que daban al río y el conjunto de calles que subían hacia el monte no habían caído en poder del enemigo. Los estados mayores estaban metidos en una trinchera a pocos pasos de la línea de fuego, entre la basura y el barro. Todo comenzó a cambiar precisamente junto al refugio que había a pocos pasos del Volga. Hasta allí había llegado la epopeya de las retiradas a través de Bucovina, Besarabia y Ucrania, a través del Dniester, del Dnieper y del Don. El Don: hasta aquí y no más.

Retiradas, derrotas. Nubes de polvo en la estepa. Tempestades de nieve. Hambre y un continuo correr. Descansar un momento en un terraplén y salir corriendo de nuevo, pues las hordas de los invasores no descansaban. Una línea de defensa tras otra, y apenas excavadas, las trincheras eran abandonadas precipitadamente, y el soldado ruso no podía hacer más que huir. La sola aparición en el cielo de la gran nube de polvo de los tanques, bastaba para que todos los Iván, Nicolai, Kyril y Mathwei echaran a correr.

Hasta Stalingrado... Hasta la delgada franja ribereña y hasta aquel refugio excavado a poca distancia de las aguas.

"Aquí se ha acabado. A partir de ahora no hay más retiradas."

Pequeño, gordo, redondo como una bola. Lleva una gorra alta. A veces mira bizco y ha habido jefe de regimiento a quien una de sus miradas ha dejado quince días sin apetito. Entra y sale del refugio sin decir buenos días ni hasta luego. Entra en el refugio, bebe un vaso de aguardiente o lo mira y no lo coge y se vuelve a marchar. Cada vez que entra está de mal humor, aunque a decir verdad siempre está de mal humor. Y tiene una gran memoria. Nunca olvida a quien ha visto una vez. "¿Cómo ocurrió aquello? ¿Quién era aquel, Grigori?", podía preguntarle su jefe, el jefe supremo del ejército y de la nación. Y él contestaba sin titubear: "Ah, sí: era aquel tipo que en 1936 (o en 1938, o en 1941, en Jarkov, o en Alma-Ata, en el Kremlin o en el palacio Livadia) hizo tal o cual cosa; era aquel imbécil (o aquel intrigante inglés o aquel estúpido norteamericano) que creía saberlo todo". Tenía una memoria extraordinaria, y especialmente recordaba a las personas que ponían dificultades o anunciaban malas noticias.

Así era aquel hombre, plenipotenciario de Stalin, miembro del Comité Supremo de Defensa de la Unión Soviética. Un día llegó al frente con Kruschev, encargado con él de asumir la defensa del frente de Stalingrado. Atravesó el Volga, sobre cuyas aguas caía una lluvia de granadas alemanas, y entró en el refugio. Entró de mal humor, por supuesto, y se encaró con el jefe de la aviación de caza, general Kusnietzov, y con el general tanquista Voronov y les chilló a la cara: "¡Ahora se ha terminado! ¡Hemos llegado hasta aquí y no daremos un paso más! ¡No atravesaremos el Volga!" El general Chuikov había dicho:

—Si quieren atravesar el río deberán primero pasar sobre mi cadáver, camarada Malenkov.

—¡Basta! ¡Se acabó, se acabó!—dijo, y volvió a salir del refugio.

Y, efectivamente, se acabaron las retiradas. Llegó el momento de pasar a la ofensiva. Fueron una serie de ofensivas en cadena, sin interrupción. Primero hasta el Mius, luego hasta el Dnieper, más tarde hasta el Vístula, después hasta el Oder, y el avance continuó hasta el Spree. La cruz gamada que campeaba sobre la puerta del Cuartel General del Estado Mayor General de Zossen había sido derribada y rota por las cadenas de los tanques del general Voronov.

Y aquí estaba, y aquí estaban ellos, sus compañeros, Chuikov, Voronov, Kusnietzov y un par de viejos coroneles. Y muchos otros. Muchos, sin embargo, se habían quedado por el camino. Chuikov sabía el emplazamiento exacto de todos los objetivos, pues se sabía de memoria el plano del lugar, y no necesitaba reconocerlos a la luz de los incendios. El centro de resistencia, al otro lado del canal, eran los sótanos y el refugio de una fábrica llamada "Lorenz". Sabía qué era aquel edificio alto parecido a un rascacielos americano. A la derecha del mismo, en una pequeña elevación, frente al canal, había un hospital formado por varios edificios, sobre cuyos tejados y paredes se veían varias docenas de banderas de la Cruz Roja. Debemos procurar que esos edificios no sean destruidos. Únicamente haremos que los "Katiuskas" den unas cuantas pasadas por encima. Pues allí podremos instalar un buen cuartel para algún Estado Mayor.

Tempelhof está en el extrarradio, y de allí arranca una calle recta que va hasta la puerta de Halleschen, y detrás de esa puerta comienzan los barrios interiores de la ciudad. Desde allí hasta el refugio de Hitler hay la misma distancia que desde el Bulevar Tverski hasta el Kremlin. Y cuantos más alemanes cacemos en el camino de Tempelhof, tanto menos nos costará llegar hasta allí. Pero ya ha corrido mucha sangre de rusos y también de ucranianos, de uzbekos y de cosacos, y ningún Iván quiere perder la vida en los últimos metros del camino. Un poco más, hijos míos; mis testarudos, desobedientes, rebeldes hijos míos; un salto más; un salto acerca del cual no vale la pena hablar... Aquí, ante vosotros, está la mayor ciudad del continente. Y esa capital está al alcance de vuestras manos; es vuestra y vale la pena que la cojáis.

El puente acababa de volar por los aires. Los pilares se desmoronaron. Luego volvió a reinar la oscuridad. Y quedó la luz de los reflectores que caía sobre paredes medio derruidas y sobre calles fantasmales. Y también quedaron los grandes surtidores de fuego, las altas columnas de llamas que se erguían en el interior de la ciudad mortalmente herida.

Chuikov se volvió hacia sus acompañantes.

—*¡Nu vot... Berlín!*

Y luego, al cabo de unos instantes, añadió:

—*¡I na nache pereulokie budit presdnik!*

—Ya ha volado por los aires. ¡Lástima!

—Sí; ¡lástima!

Lástima porque los rusos habían atravesado el Don, el Dnieper, el Vístula, el Oder y ahora cruzarían el canal Teltow.

—Ya verás como pasarán aunque no haya puente. ¡Ya estoy harto!

También el sargento Loose estaba harto. No conocía al suboficial que estaba a su lado, pues llevaba poco tiempo en la unidad. Su compañía había sido deshecha en Lübben. Él fue hecho prisionero y cuando, junto a otros

compañeros, era conducido a la retaguardia enemiga, pudo escabullirse por un camino lateral, donde encontró a un grupo de soldados en retirada, en compañía de los cuales cruzó el canal y volvió a sus líneas.

También el suboficial que estaba a su lado era nuevo en la unidad. Y también él tenía sus razones para estar harto. ¡Así tenía que verse un soldado escogido! ¡Así tenía que verse, metido en aquel lodazal, una tropa montada! El suboficial formaba parte de la última reserva del Cuartel General del Estado Mayor General de Zossen y pertenecía a un batallón de caballería de doscientos cincuenta hombres que, armados de escopetas, carabinas, sables y dagas se habían enfrentado a docenas de aviones y centenares de tanques rusos. Los doscientos cincuenta hombres fueron reducidos a veinte. Cuando el suboficial— que formaba parte de los que pudieron escapar— llegó al Cuartel General de Zossen ya no había ningún centinela ante las puertas. El portal de en medio estaba abierto de par en par. No se veía a nadie. El Cuartel General había sido abandonado. Se alejó de allí, encontró a otros soldados y con ellos pasó a la otra orilla del canal Teltow.

—¡Ya estoy harto!

—Y yo también —respondió Loose.

—Sólo deseo unirme a mi batallón.

—Sí; ya me lo imagino —contestó Loose.

"De todos modos, creo que le será algo difícil encontrar a sus veinte hombres entre esa cacería de conejos. Lo único que puede hacerse es escapar de aquí. Hay que aprovechar la primera oportunidad para escabullirse. Allí, en aquel edificio de enfrente, ya han puesto bandera blanca. ¡Horrible! Eso es el final de las unidades de las S.S. Ha sido un largo paseo entre la nieve y la niebla, a través de tremendas tempestades en las que los hombres caían como hojas secas. Y todo eso no era necesario para nada. Si nos hubiéramos quedado en casa, sentados junto al fuego y al lado de la mujer, todo hubiera ido mucho mejor".

Escabullirse. Pero todavía no había llegado el momento.

La agonía del canal Teltow duró dos días y dos noches más. Dos días y dos noches más les costó avanzar a los rusos. Junto al canal, había un hombre cada cincuenta metros. Un teniente y treinta hombres defendía el puente Gottlieb. Tras la caída del antiguo centro de defensa, los sótanos y el refugio de la fábrica "Lorenz", se habían convertido en el centro de resistencia. En cierta ocasión —una vez que su comandante fue herido y no pudo ir a recibir órdenes— él estuvo en representación de su jefe en aquel refugio, y ahora se alegraba de encontrarse lejos de allí. Una antecámara daba acceso a la cueva. En la antecámara hacía un inaguantable mal olor. Los retretes estaban embozados y llenos de porquería. Las cañerías estaban rotas. Jefes y oficiales que chillaban a grito pelado. Un oficial hablaba por teléfono y pedía municiones para fusiles extranjeros y solicitaba tanques y aviones para rechazar al enemigo. ¿Creería aquel oficial que le iban a enviar lo que pedía? Ante aquel espectáculo, Loose no sabía hacer otra cosa que mover la cabeza de un lado a otro. Tenía la impresión de que todos aquellos oficiales, incluso los de alta graduación, eran unos tremendos imbéciles. Todos, además, estaban borrachos. En el refugio abundaban los cigarrillos y se podía comer cuanto se quisiera. El enorme almacén de comestibles de la fábrica estaba lleno de comida. Pero faltaba el agua, y en la parte trasera del refugio había trescientos paisanos, la mayor parte de ellos mujeres y niños, algunos de los cuales no llegaban a los cinco

años y a los que no se les podía dar aguardiente para calmar la sed. La tropa se componía de enfermos, convalecientes e inútiles, además de los cuales había cincuenta bomberos de Mariendorf, treinta miembros de la milicia popular de Tempelhof, que no tenían uniformes ni armas. Habían sido pillados aquí y allí y a algunos se les entregaron fusiles extranjeros, cogidos a los prisioneros rusos. Luego resultó que no tenían municiones para aquellas armas. Aquel reducto era el principal obstáculo que interceptaba el avance de los rusos.

Así pasaron dos días y dos noches. Las calles estaban desiertas. Sólo algunas mujeres se atrevían a salir para ir en busca de agua. El puente, al cabo de aquellos dos días, voló por los aires. Los tanques rusos, sobre los cuales iban montados los soldados de infantería, cruzaron el canal y se adelantaron por las calles del barrio.

Cayó la tarde y se hizo de noche.

En la carretera de Berlín había una pieza de artillería pesada que disparaba sobre el canal hacia la carretera número 96. Entre el cañón y los restos del puente había un grupo de soldados entre los que se encontraban el primer sargento Loose y el suboficial del batallón de caballería. Estaban metidos en una pequeña trinchera defendida por algunos sacos terrenos. En aquel lugar sólo se podía esperar la muerte o caer prisionero.

—¿Quieres que te hagan prisionero? —preguntó Loose al suboficial.

El suboficial no quería ser hecho prisionero, y Loose, según lo había demostrado en Lübben, tampoco. Lo que Loose quería era regresar a Magdeburg, donde estaba su Emma. Parecía que al puesto de la fábrica "Lorenz" le había llegado la hora. La infantería rusa redobló el fuego. Los reflectores enemigos caían sobre el edificio. Unos tanques disparaban sin cesar.

—¡Otro candidato! —exclamó Loose.

Un hombre salió del refugio de la fábrica y se llegó hasta el borde del canal. Las luces de unos reflectores cayeron sobre él. Vestía uniforme y su rostro estaba blanco como el yeso. El hombre apoyó su fusil al hombro y comenzó a disparar hacia la otra orilla. Era alguien que buscaba la muerte. Y en seguida la encontró. A los pocos momentos cayó al suelo.

—El aguardiente les ha acabado de enloquecer. Así, pues, no quieres ser hecho prisionero. Pues yo tampoco —dijo Loose al suboficial. Y luego, al cabo de un momento, añadió:— Cuando llegue el instante hay que levantarse y echar a correr. Pero hay que esperar a que los rusos estén aquí mismo y les oigamos gritar: "¡Daway!"

Fuego de fusil y ametralladora. Minas. Antitanques. Los rusos centraron el fuego sobre la fábrica "Lorenz". El tejado de la fábrica comenzó a arder. Las llamas asomaron por las ventanas superiores del edificio. Junto al canal apareció otro suicida.

Detrás de ellos también había comenzado el principio del fin. Calló la pieza de artillería pesada. Mandaron a un soldado para ver lo que había ocurrido. Al regresar, el soldado dijo:

—Han muerto todos. Bueno; uno está con vida, pero sus heridas son muy graves y es incapaz de hablar.

"El momento; el momento", pensó Loose.

El momento llegó con una granada. En la trinchera cayeron grandes trozos de tierra, adoquines y una lluvia de esquirlas. Durante un momento se quedaron con el aliento contenido. Loose notó un fuerte golpe en su espalda.

Apretó los dientes.

"Ahora o nunca."

Empujó al suboficial, se encaramó por la trinchera, saltó por la parte trasera de la misma y se hundió en la oscuridad. Corrió diez pasos, se echó al suelo, avanzó tres o cuatro pasos más y se volvió a arrojar de bruces. Notó sangre en la mano. La sangre le goteaba dentro de la manga. Se tocó el brazo y comprobó que podía moverlo. No debía ser nada grave. Aguardó al suboficial. El suboficial no venía y la ametralladora rusa comenzó a tabletear de nuevo. Un cañón antitanque abrió fuego contra la trinchera. Todo sucedía mucho más aprisa de lo que había supuesto. La situación no podría ser sostenida más allá de cinco o diez minutos. Pensó haberse escapado con el suboficial de caballería. Pero ya no había nada que hacer. Lástima. En tales momentos no debe dejarse a nadie en el aprieto. Lo sentía de veras. Loose tenía un alma de dos vertientes, pues además de sargento primero era otra cosa. Pero no tuvo más remedio que ahogar sus escrúpulos.

Una vez había un fiel húsar... Y ahora hay que avanzar bien pegado a la pared. Pero por aquí se va hacia Tempelhof y más allá está la plaza Belle-Alliance. Esta no es la dirección de Magdeburg. A veces, sin embargo, el camino más largo resulta luego ser el más corto. Caminaba pegado a las paredes. Al poco rato llegó adonde estaba la pieza de artillería pesada y en seguida descubrió al hombre a que antes se había referido el soldado. Los cadáveres de los servidores estaban tumbados alrededor de la pieza. Aquel hombre estaba sentado sobre los restos de la cureña y se apretaba la cabeza con ambas manos. Apenas reparó en Loose cuando éste le habló. Parecía no haber sido herido. "Ven, ven... Los rusos están a punto de llegar." El hombre no se movió. Únicamente clavó en Loose su mirada sin luz. Loose hizo un nuevo intento. De pronto, la luz de un reflector cayó sobre ellos y Loose se echó hacia atrás. El reflector pasó un segundo sobre el cañón y se detuvo luego sobre la trinchera. Loose vio ondear un trapo blanco... Luego vio cómo, uno tras otro, los soldados salían de ella con los brazos en alto.

"Hasta la vista, amigos míos. Hasta que todo haya terminado." Había llegado a la Kaiser-Wilhelm-Strasse. Avanzó entre las ruinas, se escurrió entre los escombros de dos o tres casas y se metió luego en un portal. Se encontró luego dando vueltas en un pasillo.

—¿De dónde sale usted?

A la luz de los fogonazos, vio Loose el rostro de un hombre. En seguida reconoció a aquel estúpido comandante que, con un brazo en cabestrillo, no hacía más que atemorizar a la gente del barrio con una pistola. ¿Cómo no había pensado en aquel centro de resistencia?

—¿Viene usted de aquella trinchera de allí enfrente? ¿Dónde está su gente?

—Primero, aparte usted ese cacharro, mi comandante. Ese chisme me pone nervioso y no me deja hablar. Mi sección fue aniquilada en Lübben. Fuimos hechos prisioneros, pero yo logré escapar y continué en la trinchera de allí enfrente.

—Muy bien hecho, sargento. Bueno; venga usted conmigo.

A Loose no le quedó más remedio que seguir. La trinchera había sido tomada. El cañón había enmudecido. El centro de resistencia de la fábrica "Lorenz" estaba a punto de capitular. Pero ahora se veía obligado a montar en el coche medio destrozado de aquel comandante. La línea de fuego estaba

ahora allí y allí debía concentrarse todo un ejército. ¡Un ejército! Aquel comandante parecía haberse vuelto loco. Por lo visto quería concentrar en aquel barrio la batalla de Berlín. ¡Ah, Emma: parece que el camino hacia Magdeburg se está alargando cada vez más!

El coche avanzaba entre un enjambre de postes derrumbados, de cañerías de agua a flor de tierra, de alambradas medio tendidas y de vías levantadas, como una araña a través de su trampa. Una barricada hecha con ruinas y al extremo de la misma un camión de mudanzas cargado de sacos. El comandante creía que aquel montículo de arena, hierro y adoquines era una buena defensa para proteger la entrada del refugio en el que se había instalado y desde el cual, sin embargo, únicamente podía cubrirse un pequeño sector.

A su regreso a Berlín, el comandante Hasse fue a visitar a su padre, que habitaba en Hermsdorf (su familia estaba desperdigada por toda Alemania), y se dirigió luego al hospital de convalecientes de Tempelhof, donde esperaba restablecerse. A los pocos días de su llegada el barrio de Tempelhof se convirtió en frente de guerra y el mayor Hasse fue puesto al frente de una unidad encargada de defender la carretera número 96.

Un "organillo" de Stalin no cesaba de disparar. La pálida luz de unos reflectores se paseaba por aquel mundo en ruinas. Aviones de caza y bombardeo zumbaban en el cielo. Fachadas medio derruidas emergían a la luz de los fogonazos. Hasse ya había visto un espectáculo parecido. Y no lo había visto durante su última estancia en Grecia, sino dos años antes, cuando la campaña del Este. Allí había vivido en un mundo fantasmal como este de ahora, en el que también la gente se arrastraba y moría entre montañas de escombros y ruinas. Recordaba que entonces faltaban pan y medicamentos y que los aviones de transporte eran insuficientes. Algunos heridos, sin embargo, pudieron montar en los aviones. Y él fue uno de ellos, pues había sido herido en el mismo brazo que ahora. Aquella ciudad se llamaba Stalingrado y esta de ahora era Berlín. Este era "su" lugar y aquí había de sonar "su" hora. Él mismo había solicitado la defensa de aquel sitio y para ello se había puesto al frente de unos hombres a quienes obligaría a combatir hasta la muerte.

—Sargento Loose...

En realidad no era el momento más oportuno para hablar a aquel sargento acerca de las leyes del ejército. Y el sargento Loose ni tan siquiera se dignó contestar. Loose se había hecho cargo de la ametralladora. Los rostros de color terroso, los uniformes destrozados y la expresión de un inmenso cansancio. Aquellos hombres necesitaban combatir, necesitaban oír el tableteo de las ametralladoras y los gritos de ¡hurra! de los rusos, pues sin todo aquello, sin la constante tensión, se convertirían en desfallecidas orugas. Estamos liquidados. Pero ya dormiremos después de la victoria.

La ametralladora temblaba en las manos de Loose.

Algo se movió en la oscuridad. Surgieron unas sombras. Unas siluetas se dibujaron a la luz de la luna. Todos cayeron. No importaba que se llamaran Nikita, Kyril, Iván y Antón. No había que pensar que durante mucho tiempo habían estado comiendo un pan infecto, y que a veces armaran algaradas, y que en ciertas ocasiones se pusieran a cantar acompañados por la música de una armónica. Cayeron y tras ellos surgieron nuevas sombras, y tras esas aparecieron otras y otras. Y había que disparar, disparar. ¿Pero cómo podía matarse a toda aquella gente? Si tras los que caían volvían a levantarse otros, y tras esos otros más, y otros.

—Lo único que podemos hacer es aguantar un rato y luego morir —dijo Loose—, pero por lo menos debiéramos saber por qué morimos.

—¡Óigame usted, sargento!

—Pues, sí; quisiera saberlo.

—Aquí, ante Berlín...

El "organillo" de Stalin volvió a funcionar. ¿De qué servía decirse a uno mismo que las cosas no iban del todo mal? ¿Y de que al final podría uno zafarse de todo aquello? La verdad es que uno terminará volviéndose loco.

—Aquí, ante Berlín, cada combatiente debiera saber lo que defiende, sargento.

—Pues yo lo ignoro y muy pronto no sabré ni cómo me llamo.

Parecía que los rusos habían terminado la ocupación de la fábrica "Lorenz". Soldados y paisanos salían de la fábrica con los brazos levantados, atravesaban la calle y desaparecían en la oscuridad. Un reflector que buscaba nuevos objetivos enfocó de pronto la ametralladora emplazada en el tranvía y ya no se apartó de ella.

—Pronto no podremos continuar aquí, sargento.

—Hace rato que todo ha terminado, mi comandante. Retirémonos al refugio.

—Sí; metámonos en la ratonera.

Loose cubrió la retirada. Aguardó hasta que el puñado de hombres hubo entrado en el refugio. Luego cargó con la munición. Unos soldados arrastraron la ametralladora. Loose se quedó atrás, junto a los sacos terreros, y vio cómo los demás se metieron en el refugio. Tomó una determinación. En vez de meterse en el refugio pasó de largo y continuó arrastrándose. Una vez había un fiel húsar... "Esta vez no habrá ningún loco que me obligue a apartarme de mi camino." Su camino le condujo a la calle siguiente. Luego dobló la esquina. Se metió entre las ruinas de una casa, pasó ante el hospital 122 (no quiso tenérselas que haber con los centinelas que había en la puerta), se metió en un agujero que le condujo a un jardín y luego, a través del boquete de una pared, se introdujo en el edificio.

Se encontró en un largo corredor. Al final del comedor ardía una vela. Aparte de la mesa y de la vela que ardía sobre ella no había nada más en el pasillo. Continuó avanzando y llegó ante una escalerilla que conducía al sótano. Descendió la escalerilla y llegó a una gran habitación vacía de la que arrancaban tres o cuatro corredores. Un débil claridad salió de una habitación cuya puerta acababa de abrirse. Loose creyó percibir olor a hospital. Apareció una hermana, que empujaba un carrito lleno de vendajes y frascos. Loose le mostró su mano ensangrentada. La cosa parecía no ser grave. Loose deseaba que le limpiaran la herida, le pusieran una venda y le dieran una cartilla de herido. La hermana quiso enviarle a otro departamento.

—No; gracias, hermana. Sólo deseo un pequeño vendaje. Con esto ya podré ir tirando —dijo Loose.

Ella le preguntó de dónde venía.

—Del canal.

—¿Y qué tal están las cosas allí?

—Allí están los rusos.

—Enséñeme usted esa herida —dijo un joven médico. La hermana le acompañó a una sala de curas, le ayudó a quitarse la guerrera y le subió la manga de la camisa. El médico contempló la herida. Una esquirla se había

metido en el antebrazo. No era nada grave. El médico sacó la esquirra y dejó a Loose en manos de la hermana.

Era un médico muy joven. Tenía el rostro muy pálido y oscuras ojeras. Se le veía tan cansado como los soldados que combatían entre las ruinas.

El teniente médico doctor Theysen había visto aquel día cómo un batallón formado por gente heterogénea avanzaba en Zehlendorf hacia la línea de fuego. El batallón estaba compuesto por hombres de edad madura muchos de los cuales tenían el cabello gris y carecían de armamento. Avanzaban muy espaciados unos de otros. Un hombre salió de la fila y se sentó sobre el bordillo. Luego salió otro, y al poco rato, otro, y luego otro más. Se sentaban junto al camino. Únicamente sabían que desde hacía doce horas no habían comido nada. "¿Qué quiere decir tomar posición, doctor? De todos modos, estamos demasiado cansados para escapar", le dijo uno de aquellos hombres.

—¿Cuándo opina usted que llegarán los rusos? —preguntó el médico a Loose.

—Eso puede suceder de un momento a otro. Temí que ya estuvieran aquí. Ya no hay nadie entre el hospital y los rusos.

—¿Quiere usted un coñac?

El médico llenó un vaso.

—Puede usted beber tranquilamente; tenemos mucho coñac en la casa. Nuestro jefe cuenta con la inminente llegada de los rusos. Ha hecho repartir toda nuestra provisión de alcohol y desea que se acabe cuanto antes.

Loose bebió una segunda y luego una tercera copa. Luego se metió la botella en el bolsillo.

—¡Que médico más generoso!

—Sí, nuestro médico —exclamó la hermana—. Acaba de llegar del frente del Este. Es el hijo del jefe. Hoy celebra su despedida de soltero, pues mañana mismo se casa con una enfermera.

—Pues creo que no lo ha organizado bien, pues es posible que tenga a los rusos por invitados. No es raro que esté tan pálido.

Loose abandonó la casa por el mismo camino que había entrado. En el jardín tropezó con unos camilleros que transportaban soldados y paisanos recién fallecidos y que colocaban, alineados junto a una pared, al extremo del jardín. Allí comenzarían a descomponerse sin que nadie los molestara. También los camilleros habían bebido bastante coñac y no les importaba cargar cadáveres que todavía hubieran podido ser reconocidos y que a veces colocaban en tumbas individuales, o transportar amasijos de carne y jirones de uniformes arrancados de las fauces de la guerra y que ellos echaban en pequeñas fosas comunes. Cerca del jardín comenzó a arder un edificio. Los disparos del "organillo" de Stalin cayeron sobre la pared del jardín. Loose se alejó de los camilleros y se escurrió a lo largo de otra pared. No encontró ningún boquete y tuvo que encaramarse a ella. Atravesó un parque y avanzó luego por un barrio residencial en el que sólo quedaban unas cuantas fachadas medio derruidas. Y después de haber pasado junto a la boca de un "Metro" llegó ante la gran explanada de Tempelhof.

Al otro extremo de aquel desierto sumido en las tinieblas se levantaba la estación aérea y, junto a ella, los hangares del aeródromo. Un fuego de fusilería le obligó a cambiar de dirección. Loose fue entonces bordeando el campo. Al cabo de un rato había dejado el tiroteo atrás. Se volvió y vio cómo la luz de unos fogonazos rasgaba la oscuridad. Anduvo por calles desiertas y

avanzó por entre montones de ruinas. Pasó junto a un cementerio. Más tarde se adentró por un paisaje de ruinas que ya formaba parte del casco interior de la ciudad. Las calles habían desaparecido bajo inmensos montones de escombros, ruinas y basura. Todo estaba desierto. ¿Hacia dónde debía dirigirse? Debía ir hacia Magdeburg. Pero, ¿cómo podría atravesar la vigilancia y las líneas de tanques emplazadas en los barrios extremos de la ciudad? Hacía falta tener mucha suerte. "Hace falta tocino", había dicho, en cierta ocasión, Emma. A Emma la había conocido no lejos de allí, en una reunión celebrada en Hasenheide. ¡Qué tontería que ahora estuviera en Magdeburg! Quizá ya era demasiado tarde para salir de Berlín. En ese caso convenía hacerse en seguida con unos pantalones, una chaqueta y un sombrero. ¿Quién le podría dar todo aquello? Atze, Willi y Paule habían desaparecido. Todo había sido volado y ya no quedaba ningún amigo. Y si alguno quedaba estaba tan bien escondido que hubiera sido imposible dar con él. Loose tenía su historia. Era sargento primero del ejército de Hitler, pero en cierta época había formado parte de la "Comuna". No había sido más que un simple militante y nunca desempeñó ningún cargo. Cuando las cosas cambiaron, se trasladó a otra ciudad y nadie le dijo nada. Luego había ingresado en el ejército y había hecho media campaña del Este. Participó en las retiradas, desde el Don hasta el Oder y el Neisse, hasta que su unidad fue aniquilada. Tenía una historia y tenía algunos motivos para no querer caer prisionero de los rusos. Bueno; ya encontraría una camisa y un pantalón entre aquellos inmensos montones de ruinas. En Berlín todavía deben quedar personas razonables. No es posible que todo el mundo esté enterrado bajo escombros, pero hay que tener cuidado con delatarse. Y sobre todo hay que poner mucha atención a las patrullas. Huir. Huir.

Ya había visto bastante. En un momento celebraban un juicio sumarísimo y hasta a los chicos de la escuela les habían colocado el casco militar. Ni la tuberculosis ni una grave cojera pueden salvarle a uno. Y aquel pequeño vendaje en su brazo no significaba, en realidad, nada. Así, pues, no había más remedio que huir, huir.

Ni un rastro de vida, ni una pequeña luz en la inmensa oscuridad. Una ciudad muerta. ¿Dónde se ocultan las personas? Ni una nube en el cielo. Fachadas medio derruidas y sobre ellas, en lo alto, las estrellas. Loose se detuvo ante un gran amasijo de hierros que descubrió en una hondonada. Miró hacia abajo y vio un agua negra y brillante. Era el canal Landwehr. Caminaría a lo largo del canal y así llegaría al Tiergarten. Allí, en la estación de Bellevue, conocía a una portera. Si la mujer todavía vive le ofrecerá ayuda, un escondrijo y ropa.

Hay que tener cuidado hasta llegar allí.

Las estrellas, sobre las ruinas, comenzaron a palidecer. El cielo adquirió una calidad de algodón gris. Tiene que atravesar el puente y luego llegarse hasta el Halleschen Tor. Pero antes hay que echar un vistazo. Ya está amaneciendo y hay que ser muy precavido.

Y, de pronto:

—¡Documentos! ¡Cartilla militar!

Era una patrulla de la Wehrmacht. Un sargento y dos soldados.

—¿Dónde está su unidad?

—Aniquilada en Tempelhof.

—Bien; acompáñenos al lugar de concentración.

Una catástrofe, pero no había más remedio que seguir a la patrulla. Dejaron el puente atrás y bordearon la plaza de Belle-Alliance. En medio de la plaza, iluminada por las primeras luces del día, se levantaba la columna conmemorativa de Waterloo, y en lo alto de ella, con el laurel del vencedor, la Victoria miraba en dirección a Tempelhof.

EN EL HOSPITAL 122

Tras una pausa, se volvió a abrir fuego en Tempelhof. Y llegó el final para la gente de Hasse, para el Hospital 122, para el campo de aviación y para todo Tempelhof. La guarnición de las S.S. de la casa Ullstein, los defensores de la fábrica "Lorenz" y del canal Teltow avanzaban, convenientemente escoltados por una doble hilera de cosacos montados en pequeños caballos, por la carretera número 96, que para muchos había de ser un camino sin fin.

En el refugio de Hasse, entre sacos terreros que se venían abajo y volvían a ser puestos unos sobre otros, tableteaba una ametralladora. Hasse no solamente estaba rodeado de soldados. Como en la fábrica "Lorenz", había muchos paisanos, mujeres y niños. La gente estaba tumbada por los suelos y no tenía comida ni agua. Las últimas velas se estaban acabando. Unos heridos yacían a la entrada del refugio. Había un aire enrarecido. El polvo de la atmósfera olía a sangre, lodo y pus.

El rostro de Hasse estaba blanco a causa del polvillo de yeso que continuamente se desprendía de las paredes. Estaba blanco como sólo puede estarlo un negro espantado. Respiraba con dificultad e iba y venía de un lado a otro, sacando a su gente de los rincones del refugio.

El recuerdo de su padre, a quien había ido a ver en Hermsdorf, le mantenía en pie. Su padre era un hombre viejo, acabado, de cabellos grises. "Todos te necesitamos", le había dicho. "Todos te necesitamos, pero sobre todo tu madre es quien más te necesita. Pero tu decisión de continuar la lucha en estas condiciones, con el brazo herido, demuestra el temple de tu carácter." El viejo había murmurado aquellas palabras con dificultad y trató de acortar la despedida. Luego, ya en la puerta del jardín, le había dicho: "Creo, Wolfgang, que si nos mantenemos fuertes y aguantamos, la victoria será nuestra". Aquellas fueron sus últimas palabras.

La bandera blanca... ¡Nunca!

Un salvaje tiroteo. Los sacos terreros volvían a caerse. El polvo llegaba hasta los últimos rincones del refugio. Se había abierto un nuevo agujero. El agujero debía ser cerrado inmediatamente. ¡Tenía que ser cerrado a toda costa! Ayudado por dos hombres, se puso a trabajar. La ametralladora enemiga abrió un segundo boquete y las balas silbaron en el interior del refugio. Toda su familia había sido dispersada; sólo su padre estaba en Hermsdorf. Y Agnes también estaba en Berlín. Debía estar metida en algún reducto del "Werwolf".
¿Capitular? ¡Nunca! ¡Agnes no se avergonzaría de él!

—¡No hay nada que hacer, mi comandante!

Hasse miró a quien le acababa de hablar. Un rostro con lentes. Unos soldados le rodearon. ¿Qué querían? El paisano le dijo unas palabras que él no entendió.

—No hay nada que hacer, comandante.

—¡Capitular! —dijo el otro.

—¡Nunca! ¡Hasta el último cartucho!

Ya era demasiado tarde. La puerta fue echada abajo. Con los brazos en alto, una riada de hombres, mujeres y niños salió del refugio. Y él, arrastrado por la corriente, fue empujado hacia afuera.

Brazos levantados. Trapos blancos en el aire. ¡Los rusos!

—¿Quién mandar aquí? —preguntó un ruso.

Quería saber quién era el oficial de más graduación; la persona que con tanta tenacidad había defendido aquella posición. No necesitó preguntarlo dos veces. La gente se apartó de Hasse. Un soldado rojo golpeó a Hasse en el rostro y lo hizo caer al suelo. Y otro, el que acababa de formular la pregunta, apuntó a Hasse y, cuando éste trató de incorporarse, le disparó tres tiros en la nuca.

—Ahí tienes —dijo. Y luego, volviéndose a las mujeres, dijo—: Mujeres, a casa; niños, a casa. —Y, en seguida, a los paisanos—: ¡Nu Daway!

Y con el cañón de la pistola señaló hacia el canal, por donde corría la carretera número 96.

—Aquí estará muy bien. Este espacio despejado será un magnífico emplazamiento y los árboles de aquí alrededor serán un estupendo camuflaje.

Dicho y hecho.

Montado a caballo, el jefe de la batería entró en el hospital 122 por la puerta principal. Un sargento primero de caballería y unos soldados empujaron dos obuses de 15 cm. Los emplazaron frente al hospital. Apenas habían comenzado sus preparativos, cuando, acompañado de un sargento y de un suboficial, apareció el jefe del hospital, teniente coronel doctor Theysen.

—Óigame usted, capitán: creo que se ha equivocado de dirección.

—No; de ninguna manera, mi teniente coronel. Este es el lugar apropiado del emplazamiento.

—¡Qué se le ha ocurrido a usted! ¡Sobre el tejado, las paredes y en las ventanas hay emblemas de la Cruz Roja!

—No importa. Por lo visto, mi teniente coronel, no tiene usted la más remota idea acerca de las formas de combate de la guerra actual.

—Tenemos más de dos mil heridos en la casa. Estamos bajo la protección de la Cruz Roja. En tales condiciones no podemos permitir que este lugar se convierta en un campo de batalla.

—Pues aquí se va a combatir. El lugar es apropiado, y basta.

El sargento participó en la conversación. Parecía tener ganas de encararse al capitán, pero se volvió hacia el suboficial y le dijo:

—Déjelo usted, sargento. Eso lo vamos a arreglar en seguida.

El teniente coronel y sus acompañantes regresaron al edificio. El doctor Theysen cogió el teléfono. Al cabo de dos horas pudo comunicar con el jefe de la división.

—Eso es intolerable, mi general. Estamos bajo la protección de la Cruz Roja. Debo pensar en mis heridos.

—Pues sacúdase usted a ese tipo.

—No es cosa fácil y no estoy dispuesto a comenzar a tiros con él.

—Pues haga usted el favor de traérmelo al teléfono y verá como le digo la opinión que me merece.

El doctor Theysen mandó llamar al jefe de la batería. El sargento que pasó el auricular al capitán se percató de que el jefe de la división no fue demasiado amable con el artillero. Al cabo de poco rato la batería había desaparecido de frente al hospital.

El peligro vino entonces de otro lado. La cercanía de la fábrica "Lorenz" y la larga resistencia que desde aquélla se hizo fue algo fatal para el hospital 122.

Bombas, granadas e incluso salvas del "organillo" de Stalin, que seguramente iban dirigidas contra la fábrica "Lorenz", cayeron en el hospital e hicieron numerosas víctimas.

El hospital 122 estaba más que repleto. El hospital tenía ochocientas camas y últimamente habían ingresado en él muchos heridos procedentes de las trincheras de aquel barrio y de Mariendorf. En aquel momento había allí más de dos mil enfermos.

Y el hospital estaba bajo el fuego enemigo.

Todos al refugio. Los heridos y enfermos yacían en las camas y sobre el suelo de salas y pasillos. Todo era provisional e incluso a los muertos se les enterraba provisionalmente. A pie o en camilla fueron llegando heridos de la casa Ullstein, de la fábrica "Lorenz", del canal Teltow, de la carretera de Berlín y de las trincheras situadas desde la plaza de Atila hasta el puente Gottlieb-Dunkel. El jefe médico, los capitanes médicos y los asistentes, todos ellos calzados con guantes de goma y las mangas arremangadas, empuñaban tijeras, cuchillos y sierras, anudaban arterias y cortaban huesos. Atmósfera enrarecida y luz de velas. Operaban a la luz de las velas y allí, en Berlín, volvía a repetirse lo que ya antes había ocurrido en Stalingrado, en el Mius, en el Don, en el Dnieper y en todos los lugares del frente del Este. La sangre chorreaba de la mesa de operaciones y formaba una especie de limo a todo su alrededor. Los operadores eran trabajadores forzados cuyo quehacer continuaba día y noche sin interrupción. Aquellos hombres aguantaban a base de café. El incendio de la fábrica "Lorenz" iluminaba las fachadas del hospital. Los operadores trabajaban sin cesar y las enfermeras aguantaban todo lo que podían. Pero otros enfermeros, empleados, camilleros y enfermos que prestaban servicios auxiliares o que estaban hospitalizados en las secciones de convalecientes abandonaban el hospital. Y nada podía detenerlos, porque el pánico se había apoderado de todos. Y el destino de las gentes aguardaba en Tempelhof, en la Alexanderplatz o en el refugio del Führer.

Comenzó un nuevo día.

En las habitaciones y en los pasillos subterráneos no había ninguna diferencia entre la noche y el día. Una bomba de aviación acababa de caer y estallar sobre las tumbas recién excavadas. Los muertos eran colocados en los pasillos. Y cada vez eran más largas las hileras de cadáveres. Los camilleros no querían salir al jardín, que estaba batido por el fuego enemigo. Los muertos debían esperar.

El final se produjo a la noche siguiente. Un oficial llegó de la puerta de entrada y dijo:

—¡Los rusos están aquí, mi teniente coronel! Dicen que quieren hablar con

el jefe.

El doctor Theysen se puso en pie. El jefe de la sección de psiquiatría le acompañó. En el jardín había tres rusos: un oficial y dos soldados, que inmediatamente les apuntaron con sus pistolas ametralladoras.

—¡Manos arriba!

El doctor Theysen sólo levantó un brazo, pues el otro casi no lo podía mover a causa de las heridas recibidas cuando la primera guerra.

—No llevo armas —dijo.

—¿Tú, jefe?

—Sí, el jefe médico.

El oficial, que era un joven teniente, se acercó al doctor Theysen, le alargó la mano y le dijo:

—¡Ven!

No dijo más. El sargento y el médico psiquiatra, doctor Schott, se quedaron atrás y vieron como su jefe, acompañado de los tres rusos, cruzaba el jardín, se metía por un boquete que los tanques habían hecho en la pared del mismo y desaparecía en la oscuridad de la noche.

Unas horas después, acompañado por los mismos rusos, regresó el doctor Theysen. En la puerta, junto al sargento, estaba un comandante que representaba al ejército. Primero dio orden al sargento de que anunciara su regreso al doctor Schott, a los demás médicos y a su esposa e hijo, que estaban trabajando en sus respectivas secciones. Luego se dirigió al comandante y le dijo:

—Ante todo, señor Wegemann, hay que reunir las armas. Todas las armas deben ser entregadas.

Y luego, en vez de dirigirse a sus habitaciones de la sección de desinfección, se retiró a su chalet.

Quería estar solo.

Se sentó en un sofá, junto a una ventana abierta. La noche estaba estrellada. Soplaban un suave vientecillo. Era una hermosa noche de primavera. Así, pues, la guerra había pasado de largo. El hospital había quedado atrás, como una isla olvidada. Por las calles que pasaban junto al hospital avanzaban los refuerzos y el avituallamiento. La carretera número 96, la Berliner Chaussee y la Berliner Strasse eran ahora la vanguardia rusa. Morteros, tanques, infantería y camiones avanzaban a un tiro de piedra de la ventana y entre ruinas, montones de escombros e incendios se dirigían hacia el casco interior de la ciudad. Era una inmensa y gruesa cadena que a veces se desparramaba por las calles vecinas. Los coches y camiones viejos o medio estropeados eran apartados de la calle principal, que debía quedar libre para los vehículos más rápidos. Bajo los árboles ardían pequeños fuegos. Unas sombras se movían sobre la pared del hospital. Fachadas medio derruidas y casas en ruinas se volvieron a iluminar a la luz de nuevos disparos. El fuego había comenzado cuando el doctor Theysen, acompañado de los tres rusos, regresaba al hospital. Muchas veces había tenido que arrojar al suelo y los silbidos de las balas le obligaron a pegar su rostro a tierra. Pero las ráfagas de ametralladora y los disparos de fusil le habían dejado tenderse una y otra vez, así como a los tres rusos, sin que sufriera la más pequeña herida.

Hubiera debido dormir, pues estaba fatigado y quería estar despejado para afrontar con serenidad el trabajo que le aguardaba al día siguiente. Pero el sueño no llegaba.

Un disparo sonó junto a la casa. Alguien cayó bajo la ventana. Sonó un segundo disparo y una mujer cayó de bruces, se golpeó la frente contra la acera y quedó inmóvil. Brillo la luz de una cerilla. Alguien encendió un cigarrillo. Bajo los árboles sólo quedaba el rescoldo de las hogueras.

Theysen se apartó de la ventana. Salió de la habitación sin encender ninguna vela. En la puerta se encontró con dos soldados que a través del jardín le acompañaron al sótano de uno de los edificios del hospital. Allí fue interrogado por un comandante. El comandante hablaba un alemán perfecto. Junto al comandante había un general que vestía una sencilla blusa de soldado y cuyos cabellos comenzaban a blanquear. El general permaneció en la sombra, tras la lámpara, situado de tal manera que podía ver el rostro del interrogado.

El interrogatorio fue corto, pero intencionado. Giró en torno a la entrega del hospital. El comandante le preguntó si pertenecía al Partido, cuándo había ingresado en él, desde cuándo era teniente coronel médico, y si había estado en el frente del Este. También quiso saber cuántas camas había en el hospital, cuántos heridos graves y cuántos leves, cuántos enfermos y cuántos empleados y quiénes entre ellos pertenecían al Partido. Asimismo se interesó por el material médico, especialmente por el instrumental quirúrgico. Y finalmente hizo unas cuantas preguntas relativas a la casa del jefe, que él llamaba la casa del servicio, y quiso que se le informara acerca del número de habitaciones que en ella había y del modo como estaban acondicionadas. El general de la blusa se levantó y desapareció de la habitación sin decir palabra. Ni tan siquiera saludó. Los mismos soldados que le habían traído le acompañaron, tras haber dicho él que no podía regresar solo, al hospital.

Se durmió un rato. Luego se levantó y se acercó de nuevo a la ventana. Disparos. El "organillo" de Stalin disparaba una salva tras otra. Las granadas silbaban sobre el campo de Tempelhof. Tableteo de ametralladoras. La lucha por el campo de aviación había llegado a su punto culminante. Durante mucho rato pareció centrarse en la estación y en el gran anfiteatro de los hangares. Y luego, al cabo de un tiempo, se desplazó hacia el mar de ruinas.

Sobre la acera, bajo su ventana, yacían un hombre y una mujer. ¿De dónde habían venido? ¿Cómo habían venido a parar aquí, bajo su ventana, para caer ante la pistola de un soldado? Unas sombras se movieron sobre la pared. A lo lejos se oía el fragor de la lucha. Las estrellas comenzaron a desaparecer. El cielo se tiñó de un color ceniza. Entre el polvo y el humo, una extraña figura se levantó hacia el cielo y luego se precipitó hacia la ensangrentada ciudad, sobre la que esgrimió una enorme guadaña.

El doctor Theysen se despertó a la mañana siguiente con el recuerdo de una gigantesca guadaña flotando por los aires, sobre la ciudad. Ante él estaba un suboficial y afuera le aguardaba el doctor Kohlhammer, su representante. Theysen se percató de que se había acostado sin desvestirse. Únicamente se había quitado las botas, que ahora estaban junto a la cama, cubiertas de barro. Y al verlas se acordó del camino que había hecho en compañía de los soldados rusos. Hizo que el doctor Kohlhammer entrara en su habitación. Tampoco el doctor parecía haber descansado aquella noche.

—Dos comisarios le aguardan en el despacho, mi teniente coronel —dijo el doctor Kohlhammer—. Los dos parecen estar muy impacientes. Además parece que se han producido cambios de importancia y la situación se presenta ahora de una manera bastante diferente a ayer.

Cambios de importancia. Ante todo había que hacer los preparativos para la entrega del hospital.

—¿Dice usted cambios, Kohlhammer?

—Ya lo verá usted. Además se han pasado media noche interrogándome.

¡También a Kohlhammer!

Acompañado de Kohlhammer, Theysen se dirigió a sus oficinas. Dos hombres vestidos con chaquetas de cuero le aguardaban en su despacho.

Ya sabía que habían de producirse cambios importantes. Llovió sobre él una serie de preguntas que en realidad eran órdenes. Se trataba de las armas; de las provisiones, de los edificios y de su residencia. Le dijeron que inmediatamente se habían de confeccionar listas acerca del personal y del material que había en el hospital. Querían saber los antecedentes de cada uno de los hospitalizados y deseaban que les informaran acerca del instrumental que había en cada departamento.

—Camas, sillas, mesas y lámparas, en una lista. Instrumentos, pinzas, tijeras y aparatos, en otra. ¿Y dónde están las armas? Aquí han aparecido muy pocas armas. Tú, jefe médico, responsable. Y tú, Kohlhammer, también responsable. Responsable con cabeza, ¿entiendes?

—Con cabeza, entiendo.

—Nosotros buscaremos armas y si las encontramos, tú, jefe, pum, pum.

Y al decir estas palabras levantó el brazo e hizo un gesto como si disparara una pistola.

—Y hospital será encendido. Fuego. Todo estropeado. ¿Entiendes?

Entendía todo.

El doctor Kohlhammer se marchó con los dos comisarios. Acompañado de su ayudante el comandante Wegemann, de su secretaria y del sargento primero, Theysen se quedó en su despacho.

—Ahora, manos a la obra —dijo Theysen.

Al parecer, de momento, la enseña de la Cruz Roja había sido respetada y él debía procurar que aquel respeto continuara.

—¿Dónde están las armas?

Se le dijo que todas las armas, incluso las que fueron escondidas en las chimeneas y enterradas en el jardín, habían sido reunidas.

—Creo que no se ha hecho así. Todas las armas tienen que aparecer. Póngase inmediatamente manos a la obra, señor Wegemann. Y usted, sargento, convoque en seguida a los médicos y a los practicantes.

—No hay nada que hacer, mi teniente coronel.

—¿Por qué no?

—Porque casi todos los médicos se han marchado a casa.

Unos médicos esperaban ser interrogados por los rusos y los otros aguardaban en la calle, ante la puerta. Médicos, enfermeros, heridos y todos aquellos que podían caminar, unos con la bata de servicio y otros en camisa y calzoncillos, tal como estaban, habían sido obligados a salir a la calle y ya hacía tres o cuatro horas que aguardaban ser transportados.

—Así, pues, lo primero son las armas.

El segundo punto se refería a las listas del personal y al inventario del instrumental médico.

—Nos harán falta escribientes —dijo Theysen a su secretaria—; procure usted que se presenten diez o, mejor, veinte, señorita Kindler.

Un ruso entró en el despacho. Traía un papel estampillado. Quería que le

entregaran un quintal de mantequilla. Luego apareció otro ruso, y en seguida otro y otro. Todos venían en busca de algo. Nadie sabía si las estampillas eran auténticas y nadie tampoco entendía lo que en aquellos papeles se decía. Pero como todos formulaban sus exigencias con la pistola en la mano, apuntando a los presentes, no quedaba más remedio que satisfacer sus deseos.

—¿Y qué es esto, señorita Kindler?

Un manojo de cartas y la fotografía de un hombre con una larga barba estaba sobre la mesa.

—Pertenece a alguien que cayó en la Berliner Strasse. Ya he dado los datos personales para que los tengan en cuenta en la lista de muertos. Era un comandante que tenía un tiro en la nuca. Creo que tiene parientes en Hermsdorf.

Más rusos.

Entró el habilitado de la sección de aprovisionamiento.

—Bien, señor habilitado; ¿trae usted la lista de los comestibles y alimentos de que dispone el hospital?

—No, no la traigo.

—No tenemos tiempo que perder. Necesitamos la lista con toda urgencia.

—Dentro de poco ya no sabré lo que tenemos, mi teniente coronel.

—Sí, ya sé; falta un quintal de mantequilla.

—Faltan más de diez quintales. Los almacenes están siendo saqueados. Cada cual coge lo que quiere.

El hospital había sido puesto bajo la protección de un estado mayor divisionario. Unos centinelas habían sido colocados ante sus puertas, pero muchos de los soldados que pasaban por la calle se metían tranquilamente en el recinto del hospital. Eran tipos bajos, de rostros anónimos y sudados, que vestían blusas de color pardo. Se metían en las salas de los enfermos. Piernas enyesadas, moribundos, rostros pálidos. Nada de todo aquello afectaba a los rusos, que caminaban entre las camas mirando hacia todas partes, con marcada expresión de desconfianza. Entre doscientas enfermeras sólo se dio un caso de violación. Pero encontraron la cocina y encontraron los almacenes. Y pidieron aguardiente.

—Tú dar aguardiente.

—Aquí no tenemos aguardiente.

—Tú mentir; en hospital siempre aguardiente.

—¿Qué hay detrás cortina?

—¿Qué hay en armario?

—¿Qué hay en mesa?

—Aquí no tenemos aguardiente.

Y en el hospital, efectivamente, no había aguardiente, pues para ello ya se habían tomado las medidas oportunas. Pero sí había grandes balones de alcohol medicinal y grandes provisiones de espíritu de vino.

—Aquí aguardiente, mucho aguardiente.

¡Dios mío, qué va a ocurrir! ¡Una compañía de soldados rusos va a abalanzarse sobre ese alcohol! Los soldados se beben grandes cantidades de alcohol y de agua de colonia, y no les ocurre nada. Todo sucede en poco tiempo, apresuradamente, pues sus oficiales llegan al poco rato. Y los oficiales blasfeman y con pistolas y palos les obligan a salir.

—¿Qué es ese tiroteo?

—Nadie lo sabe, mi teniente coronel. Un teniente coronel se ha suicidado

hace un rato. Estaba en cama. Se pegó un tiro al tiempo que se apretaba una almohada sobre la cabeza. Luego, unos soldados quisieron fusilar a cuatro enfermos. Los enfermos salieron precipitadamente de la sala y al irrumpir en el patio fueron muertos por los centinelas, que abrieron fuego contra ellos.

El tiroteo se producía ahora junto a la puerta del hospital.

—Los heridos han sido sacados de sus camas y están afuera, en la calle, mi teniente coronel; aguardan ser evacuados. Un grupo de curiosos que se había acercado a los heridos ha sido acribillado por un centinela.

Un teniente entró en el despacho. Llevaba un gran cesto y en la mano derecha empuñaba una pistola.

—¡Orden del Estado Mayor: entregar todos los relojes! Dentro de dos horas todos los relojes entregados.

Theysen cogió el cesto y lo entregó al comandante Wegemann. Luego apareció un comandante médico ruso y saludó a su colega alemán. Echó una larga mirada al despacho y se fijó en el gran retrato de Hitler y en el de Hindenburg.

—¡Oh! No bueno. ¡Hitler no bueno!

Cogió una silla, se subió a ella y volvió el cuadro del otro lado. Contra Hindenburg no tenía, por lo visto, nada que decir. Posiblemente no había oído hablar de la batalla de Tannenberg, ni del final de doscientos mil rusos en los lagos Masurianos.

—Hombre bueno. Cuadro puede quedar —dijo.

Al poco rato de haberse marchado el comandante médico, entró uno de los comisarios. Parecía estar de muy mal humor.

—Nadie hace nada. No se hace nada. Aguardaré cinco minutos y luego arrojaré a todos a la calle.

—¿Qué es lo que no se hace? ¿A quién arrojará usted a la calle?

Dos secciones repletas de heridos graves debían ser inmediatamente desalojadas, pues una compañía rusa de Sanidad y un grupo de heridos rusos debía ocupar el lugar en seguida. Y allí no cabía nadie más. Y faltaban camas. Y debían desalojarse los pasillos subterráneos.

Theysen quiso ir a las secciones en cuestión. Pero en la puerta se encontró al joven teniente que la noche antes le había acompañado a prestar declaración.

—¡Inmediatamente a ser interrogado!

Cuando regresó ya era mediodía.

Los heridos y una parte del personal continuaban ante la puerta. Traía la orden de que los médicos y los sanitarios continuaran su trabajo. Los heridos graves no podían ser evacuados. Todavía no les había llegado la hora de ser metidos en camiones y trasladados hacia el Este. Se permitió que los heridos leves regresaran a sus sitios.

La máquina trabaja despacio.

Theysen no había tenido tiempo de ocuparse de los heridos alojados en las secciones de urgencia. Camino de su despacho tropezó con unos rusos que se llevaba cuanto podían: ropa, muebles, libros, comida. Había comenzado el saqueo sin ningún disimulo, sin el papelito con la consabida estampilla. Estaban borrachos y muchos de ellos se llevaban instrumentos. Se creyó obligado a intervenir. Pero lo más que consiguió fue que cada objeto fuera anotado en una lista. El saqueo, sin embargo, continuó. El acopio de relojes se llevaba a cabo de una manera sistemática, tal como, al parecer, había

ordenado el Estado Mayor. Llegaron los relojes. En su despacho, junto al escritorio, vio el gran cesto de ropa, que no solamente estaba lleno de relojes, sino de condecoraciones militares y de emblemas del Partido, muchos de los cuales eran de oro y plata. Habían transcurrido las dos horas del plazo. Theysen se informó de todo lo ocurrido durante su ausencia. El oficial de los relojes, que aquella mañana era teniente y ahora aparecía de capitán, entró en su despacho.

—¡Relojes, relojes!... —gritó al entrar, y puso su mano sobre la culata de la pistola.

No tenía motivo para chillar de aquel modo. Theysen echó una mirada al cesto de la ropa y el oficial se percató de lo que en él había.

—¡Oh! Tú buen hombre.

Su actitud había cambiado súbitamente. Se sacó una botella de aguardiente del bolsillo del pantalón y la colocó sobre la mesa. Y luego del otro bolsillo sacó una botella de agua de colonia. Theysen tuvo que dejarse invitar para despejar la situación.

—¡Tú buen hombre! ¡Muy buen hombre!

Los elogios del oficial avergonzaron a Theysen. Pero ¿qué podía hacer? Se hacía cómplice de aquel saqueo, y en ese caso ganaría en consideración y se sentiría degradado, según como se miraran las cosas, o se oponía a él y exponía seriamente su vida. El capitán se marchó con el cargamento de relojes. Y al cabo de un momento apareció un teniente —el que había venido aquella mañana— y le dijo:

—¡Los relojes!

—Los acabo de entregar.

—¿Qué quiere usted decir?

La cosa se puso fea. El teniente se encolerizó y desenfundó la pistola. Theysen sintió el frío del arma en el cogote. Estaba dispuesto a morir si ello era realmente necesario, pero no quería que le mataran por una estúpida cuestión como aquella. Se volvió, pues, al oficial y le increpó de un modo airado.

Sus palabras hicieron efecto.

El teniente le acusó de saboteador y dijo que más tarde le haría fusilar, pero ahora quería saber dónde estaban los relojes e incluso estaba dispuesto a escucharle. La explicación fue muy penosa, pues el teniente estaba completamente borracho. Finalmente cogió a Theysen de la mano y le obligó a seguirle. Al cabo de un rato de ir y venir por el hospital, encontraron al capitán en un pasillo.

—¡Es aquel, el de la bicicleta! —exclamó Theysen.

El capitán se dedicaba ahora a pasearse en bicicleta por los pasillos del hospital. El teniente echó a correr, se abalanzó sobre el capitán y le hizo caer de la bicicleta. Luego, encañonándolo con su pistola, le obligó a descender la escalera, le condujo a la entrada del edificio y le hizo salir al patio. Theysen no comprendía como un teniente podía hacer aquello con un capitán. El capitán avanzó unos cuantos pasos por el patio. Sonó un disparo y el oficial cayó al suelo con un tiro en la nuca. Era un capitán y probablemente habría llegado a Berlín al frente de una compañía. Es posible que aquel capitán hubiera mandado a sus hombres a través de la nieve y el fuego enemigo. Había llegado a la capital como vencedor y ahora yacía sobre el suelo del patio del hospital. Media hora de jolgorio, un cesto de ropa lleno de relojes, una bicicleta y un tiro en la nuca. ¿Quién es ese joven teniente que así dispone de la vida y muerte

de sus compañeros?

Theysen continuó andando. Pasó ante su residencia oficial y llegó a su domicilio particular. La casa estaba rodeada de camiones, coches, tanques ligeros y toda clase de vehículos. Las puertas estaban abiertas de par en par y por ellas entraban y salían oficiales, soldados y paisanos vestidos con chaquetas de cuero. Unos arrastraban maletas y otros cargaban con cuadros, alfombras y baúles. También había unas cuantas mujeres que a pesar de ir uniformadas tenían un aspecto muy diferente de las mujeres policías que Theysen ya había visto. Eran mujeres jóvenes, como las policías, pero éstas llevaban elegantes botas altas y buenas carteras colgadas al hombro. Una de ellas, que lucía las insignias de comandante, llevaba las uñas cuidadosamente pintadas y fumaba un largo cigarrillo de tabaco negro. Iba muy empolvada, pero sin gracia, y su piel estaba reseca, como la de quienes trabajan de noche y apenas ven la luz del sol. La mujer entregó unos paquetes a un soldado y pasó ante Theysen. También él quería entrar allí, pues al fin y al cabo aquella era su casa y en ella tenía muchas cosas de su propiedad. Costaba llegar a la puerta, pues el lugar estaba lleno de hombres trajeados con zamarras y chaquetas de cuero. Aquellos hombres, como más tarde supo Theysen, eran oficiales y algunos tenían una alta graduación. Estaba a pocos pasos de su casa. Volvió a ver a la mujer de las uñas pintadas. En aquel momento subía las escaleras de la entrada y, vista desde abajo, parecía más alta que antes. La mujer se volvió, dio una larga chupada al cigarrillo y le echó una mirada.

Le echó una mirada. Entró en la casa. En el recibidor había un hombre armado sentado ante una mesa cubierta de papeles. Aquello parecía la entrada de una prisión. Un poco después se percató de que aquella gente pertenecía a la G. P. U., una de cuyas secciones se había instalado en su casa.

CIELOS Y TIERRA CALLARON

Hermsdorf está al final de Berlín, junto a la carretera que va hacia Oranienburg y corre luego hacia el norte. Hermsdorf es un gran barrio suburbano formado por villas de tejas coloradas, con jardín a la entrada y enredaderas que trepan junto a las ventanas.

Tras las últimas casas de Hermsdorf comenzaba un hermoso bosquecillo. Allí vivían unos miles de personas. Era una población formada por empleados, pequeños comerciantes, funcionarios y profesores entre los que se encontraba el profesor Hasse.

El doctor Hasse no solamente estaba disgustado consigo mismo, sino con todo el mundo. Cada día había menos gente sufriendo, limpia, recta y dispuesta al sacrificio. Cada día había más individuos que trataban de sacudirse su responsabilidad. Casi no reconocía a los berlineses. Se habían vuelto groseros, excitables y no se les podía decir nada, pues en seguida contestaban a gritos. La guerra aérea era una prueba que no todo el mundo podía sobrellevar. Era algo horrible: ciudades enteras habían dejado de existir y los refugiados, la

gente que se había quedado sin casa, iban arrastrando una especie de veneno por todo el país. Y todo aquel pánico, aquel nerviosismo y aquella miseria eran debidos a Churchill, a quien la mal aconsejada propaganda, en vez de tomarlo tan en serio, hubiera debido ridiculizarlo. ¡Aquel Churchill era el demonio disfrazado de persona! Casi no era concebible cómo alguien podía tomarse la libertad de fomentar la esperanza de que Alemania iba a ser derrotada como en 1918. Uno debía tener los ojos muy abiertos para darse cuenta de la realidad de las cosas.

Pero dejemos eso... tan desagradable.

Fue la noche del 22 de abril de 1945, en que los rusos, después de haber rebasado Zossen, aparecieron en el canal de Teltow y en que el cerco de Berlín estaba a punto de cerrarse. Fue la noche en que los rusos se plantaron en el parque donde estaba el refugio Herzberge y avanzaron hasta más allá de Oranienburg.

El profesor Hasse estaba sentado ante una mesa, en la pequeña cocina de su casa, con la cabeza cogida entre las manos. La plancha de aluminio de la mesa parecía ser un instrumento especial en el que el lejano rumor de las armas se convertía en una ininterrumpida vibración. El día anterior ya había notado aquella vibración, que entonces le pareció un engaño de sus sentidos. Vivimos en una época de continuos engaños. Nos engañamos en las cosas pequeñas, sin importancia, y en las grandes. Y la propaganda oficial engaña más que nadie, a pesar de lo cual nadie podía ofrecer una versión diferente a la suya. Pero las versiones oficiales acerca de Roosevelt y Churchill, así como las difundidas sobre Teherán y Yalta, parecían absurdas. Ni tan siquiera se podía creer en lo que se decía en las conferencias oficiales, pues lo que en ellas se predecía era luego aplazado de una semana para otra...

¡Creían saberlo todo! Dejemos eso...

La plancha de la mesa vibraba con más fuerza que nunca. Era algo inaguantable. Se levantó y se fue al jardín. Hasta el jardín llegaba un sordo rumor. El rumor procedía de un sector que iba desde Oranienburg a Rüdersdorf, pasando por Bernau. Pero él no quería admitirlo. ¡Dios nos libre de que así fuera! Sería como para volverse loco.

Volvió a la cocina.

Estaba solo. La guerra había dispersado a los chicos: Walter hacía el servicio obligatorio, Jürgen era jefe subalterno en un campo de concentración, Almut estaba en Godesberg, y Edda y madre, en Obersdorf. Sólo Wolfgang, el mayor, su preferido, se encontraba en Berlín. Tras haber permanecido una noche en un hospital, Wolfgang se había presentado voluntario para ser enviado a la línea de fuego. "Y yo estoy muy orgulloso de ello, pues eso demuestra que mi hijo tiene carácter para ascender y convertirse en un oficial modelo. Cuando tenga un rato de calma le escribiré una carta." También Agnes estaba en Berlín y cumplía con su obligación. Agnes servía en el batallón "Adolf Hitler" del "Werwolf". Madre estaba en Allgäu. Él mismo la había convencido de que se fuera. El viaje se impuso tras un año en el que no hubo más que disgustos y dificultades. Necesitaba descansar y reponerse. Además estaba muy nerviosa y no hacía más que murmurar y repetir los chismes que corrían por el barrio. ¡Aquella cortedad de ánimo! ¡Hasta el más firme hubiera acabado por perder la fe en aquel ambiente de derrota! Él no quiso que su confianza vacilara y decidió aquel viaje. Procuró que su mujer se marchara y con ello no hizo más que seguir las consignas referentes a una parcial evacuación de

Berlín que Goebbels había lanzado en agosto de 1943, y que aumentaron el pánico que ya reinaba en la capital. El veneno de las habladurías corría ahora con entera libertad por la capital. El pánico era algo general y llegaba hasta los mismos ministerios, que evacuaban a la luz del día. Incluso la emisora oficial fue trasladada. Sí, fue trasladada a Königsberg. Todo el mundo se marchaba a Königsberg, o a Viena, o a Luxemburgo, o a Stuttgart. Hasta que una orden del Führer terminó con aquella desbandada. Ahora, lo mejor será que madre se quede donde está. Cuando los ministros se comportan de aquella manera, ¿qué podía esperarse de una sencilla mujer como era su esposa? Tenía los nervios destrozados y el aire de la montaña le hará mucho bien. Cuando regrese, ya habrá pasado lo peor. Y entonces habrá hecho acopio de fuerzas para seguir trajinando en la casa.

Estaba solo. Hacía poco que había despedido a la sirvienta ucraniana. Aguardó a que el reloj diera las once. Luego, sin embargo, decidió permanecer un rato más en la cocina. "Todavía creo en la victoria —se dijo—. Creo en ella como cuando los primeros días de la guerra." Poco después se calzó las botas altas, se puso el sombrero y salió al jardín. Ya tenía elegido el lugar exacto. Cogió una pala y comenzó a cavar un foso. Marcó sobre la tierra las medidas precisas: un metro sesenta. Aunque la tierra era arenosa, el trabajo resultaba cansado y de vez en cuando se veía obligado a descansar y a secarse el sudor que le corría por el rostro. Era tan oscuro que apenas podía distinguir la gran rama de pino que se balanceaba sobre la tierra removida. El lejano rumor había cesado por completo. La noche estaba silenciosa. Hacía tiempo que no había habido una noche tan tranquila como aquella. Los rusos debían haber sido rechazados. ¡Aquellos señores que marcan el mapa de operaciones con rayas rojas y azules ya sabrán lo que conviene hacer! Y si el IX ejército se aguantaba en el frente del Oder, y si además las legiones de las S.S. llegaban en su auxilio y el IX ejército podía alargar su mano, se produciría una matanza sin precedentes.

El viejo Hasse dio la última paletada.

El foso ya era bastante profundo. Entró en la casa y fue en busca del baúl. En el baúl colocó los uniformes, los trajes y algunos recuerdos de la infancia de Wolfgang. Como todavía le quedaba sitio, abrió un cajón de su escritorio y sacó de él unos papeles entre los que figuraban los borradores de unos discursos que había pronunciado en la escuela de las S.S. de Tolz. Descolgó luego dos viejas pistolas de la guerra de Turquía y un antiguo casco del siglo dieciocho, que colgaban de la pared. Todo ello lo puso en el baúl. En seguida cerró el baúl y lo arrastró hacia el jardín. No se veía nada. "La hora que precede al alba es la más oscura", se dijo. Colocó el baúl en el foso. Estaba agotado. No podía más. Cubrió el baúl con cartón piedra, sobre el que puso una plancha de acero. Y luego echó piedras y tierra. ¡Había terminado! Mañana haría lo mismo con el baúl de August. "Suerte que la hora que precede al alba es la más oscura."

Hasse se arrastró más que anduvo hacia la casa. Sentía dolor en el costado. Siempre que hacía un esfuerzo físico le dolía aquel costado. Pero no había que preocuparse: los dolores desaparecerían. Aquella noche se permitió el lujo de desvestirse completamente, pues el día no tardaría en llegar y no había rastro de aviadores. Permaneció en camisa en medio de su despacho. Tenía las piernas delgadas y torcidas y un vello blanco le cubría el pecho. Se acercó a la ventana y escuchó.

Un lejano ruido, muy diferente del anterior.

¡Disparos de fusil! ¡Y muy cerca de allí!

—¡Hurra!

¿Qué había sido aquello?

Los disparos caían tan cerca que incluso rompieron algunas ramas del jardín. Cantaron los gallos y los patos huyeron por el jardín perseguidos por alguien. La sombra se agazapó, pareció luchar con algo. Luego, al cabo de unos instantes, se incorporó y, con un pato en los brazos, desapareció tras la tapia del jardín.

¿Un ruso?

¡Cualquiera lo acertaba!

No, no era posible que fuera un ruso. En Oranienburg y en el canal de Rupin había fuertes contingentes de tanques. Aunque no fuera la legión "Nordland", sino unas unidades de la Wehrmacht, y algunos contingentes motorizados, el lugar estaba bien asegurado.

Pero lo cierto es que aquella sombra era un ruso. Y en seguida hubo otras sombras como la primera. Irrumpieron en la carretera y contemplaron las blancas casas. Miraban con curiosidad y se comportaban como si fueran tranquilos paseantes. Y un poco más abajo, junto a la carretera principal, al otro lado de la vía del tren, se estaba produciendo un ruido ensordecedor. El polvo que levantaban las columnas motorizadas llegaba hasta los tejados de las casas y hasta la silenciosa y tranquila calle donde vivía el doctor Hasse.

No era un batallón ni un regimiento: era un grupo de ejército —la infantería y los tanques del general Bersarin— que operaba en el norte, sobre Oranienburg, Eberswalde y Bernau y cuya meta final era Berlín. A la primera contracción del frente, Hermsdorf se había convertido en un lugar de paso.

Dos días y dos noches hacía que los rusos estaban en Hermsdorf. Llegó la tercera mañana. Era una soleada mañana de primavera. La bandera roja ondeaba sobre el Ayuntamiento. La plana mayor de un regimiento se había instalado en la escuela y todos los edificios públicos, como correos, la estación, etcétera, al igual que muchas casas particulares, habían sido ocupados por los rusos.

Las calles estaban llenas de jinetes, motocicletas, coches, camiones y carretas de campesinos. El jardín de Hasse aparecía totalmente cambiado. La valla había sido echada abajo. Entre los árboles se veían grandes carros y caballos sueltos que pastaban aquí y allá, y entre ellos, grupos de barbudos cosacos que empuñaban largos látigos. Un gigante tocado con un gorro de piel, cuya copa brillaba como una amapola, se paseaba lentamente ante la puerta de la casa.

En el jardín vecino había dos grandes tanques. Sonó una trompeta.

El sol de primavera comenzó a sonreír.

—¡Djadja! ¡Abuelito! —gritó el de la gorra colorada, cuya figura parecía sacada de un libro de cuentos y cuya voz, de bajo profundo, sonaba potente y armoniosa.

El viejo Hasse salió precipitadamente de la casa.

—¡Djadja, rápido traer aguardiente!

—Ya lo he traído.

—¡Más aguardiente!

—¡No tengo más!

—¡Tú mentir! ¡Tú, viejo, ir pronto al cielo!—gritó el gigante, y en seguida emitió un relincho y los caballos enderezaron las orejas. Y se echaron a reír.

—Tienes más botellas. Yo he visto.

Al viejo Hasse no le quedó más remedio que ir en busca de otra botella. Les había dado todo cuanto tenía y aquella era la última botella que le quedaba. Era una botella de Hennessy que desde tiempo atrás venía guardando para celebrar el día de la victoria y brindar entonces por el regreso de su hijo mayor. Mal agüero eso de que el coñac pasara por una gargarita extraña. Hasse vio cómo el gigante cogía la botella, la golpeaba contra la llanta de un carro, partía su cuello, se la acercaba cuidadosamente a la boca y de una vez, sin respirar, vaciaba la mitad de su contenido y se la devolvía luego.

Los soldados corrían tras los caballos, que en seguida fueron enganchados o ensillados. Comenzaron a funcionar los motores de los tanques de la casa de al lado. Volvió a sonar la señal del regimiento. Montaron los jinetes. Los grandes carros, cargados con camas, ropas y montones de enseres, se pusieron en movimiento y pasaron sobre la destrozada valla del jardín. Unos soldados montaron en sus tanques. Uno de los tanquistas arrastró tras sí a una mujer con el cabello revuelto, la alzó sobre el tanque y la empujó por la escotilla adentro.

Hasse creyó reconocer a la mujer. No daba crédito a sus ojos. El tanque se puso en movimiento. En seguida, a poca distancia, le siguió su compañero. Los soldados de a pie y los jinetes se echaron a un lado. Andando, encaramados a los carros, montados a caballo... cantando y vociferando, se alejaron los soldados.

Hasse recorrió su jardín. El suelo estaba sembrado de botellas, desperdicios de comida, trapos. Junto a un árbol vio una bota, vieja, rota y torcida. El viento hacía volar un puñado de plumas de un colchón.

Una escena dantesca.

Y aquellos habían sido los primeros en llegar; luego vendrían los otros.

Así se lo dijo el primer visitante que llegó tras la marcha de los soldados y que le comunicó las fantásticas noticias que corrían por el pueblo. La bandera roja ondeaba sobre el Ayuntamiento. La estación y las líneas del ferrocarril habían sido ocupadas. Una herrería había sido instalada ante el Ayuntamiento y en ella eran herrados los caballos de los soldados. Por todas partes se veían soldados. Hasta ahora sólo habían visto la primera oleada, y Hermsdorf, al igual que Berlín, no tardaría en saber que, en aquellos casos, lo peor no eran las tropas de vanguardia, formadas por soldados medio agotados. El primer visitante que aquella mañana llamó a la puerta del doctor Hasse era la vieja Martha. Era una mujer de ochenta y un años, a quien la guerra había ido empujando desde Prusia Oriental. Desde su llegada a Hermsdorf vivía de lo que las gentes quisieran darle. Cada ocho días iba a casa de Hasse, quien le entregaba un trozo de pan. Y desde que no había periódicos y la Radio había dejado de funcionar, la vieja Martha se había convertido en una especie de agencia de noticias que no solamente comunicaba los últimos sucesos de Hermsdorf, sino incluso sabía las novedades de Frohnau y Waidmannslust. Hasse sabía de memoria la historia de la vieja Martha y conocía todos los pormenores de cómo había sido muerto su yerno, que tenía sesenta y un años, y cómo durante tres días se había ocultado de los rusos. Aquella mañana tenía muchas noticias frescas que comunicar y su cabeza se movía de un lado a otro, con lo que Martha daba a entender su espanto y su zozobra.

—¡Ah, ah! —sollozó—. ¡También eso!

—¿Qué es eso?

—¡Eso, y lo peor es que una no está sola y que los demás se quedan mirándolo todo!

¿Qué quería decir la vieja? ¿Acaso quería dar a entender que había sido violada? A Hasse le pareció increíble.

—Se imagina usted, profesor: en nuestra calle no ha quedado ninguna. Hasta la pequeña Steckendorf. ¡Hubiera tenido que verla! La pequeña se había embadurnado la cara con mermelada y migas de pan. ¡Parecía una bruja! Pero no le sirvió de nada. Los rusos no respetan ni a las brujas. Se abalanzan sobre todo lo que lleva faldas. El pobre doctor Linth cayó desplomado. Me lo ha dicho la vecina de abajo, la esposa del célebre actor. Los Linth habitan en la buhardilla de arriba. En la calle de al lado no sucedió nada, pero en la del doctor Linth fue algo espantoso.

—¿Qué le ha ocurrido al doctor Linth?

—Se han llevado a su esposa. Nadie sabe dónde está. El caso es que todavía no ha regresado a su casa.

Entonces, era ella. Sí, ahora se daba cuenta: aquella mujer del tanque era la esposa del doctor Linth. La verdad es que el doctor Linth no le era muy simpático. Quizá no le era simpático a causa de su especialidad: la psiquiatría. Y ahora, durante la guerra, se había alejado de la medicina y se dedicaba a la investigación histórica. Lo cual, bien mirado, no tiene importancia, pues el hombre no es precisamente un genio y creo que será tan mal historiador como mal médico. Se había apartado del doctor Linth, pero sin reñir abiertamente. Eso, no. Se saludaban de lejos y nada más. No hacía mucho que estando un día en la estación, había visto a su esposa. Era una mujer joven y elegante, aunque vestía de un modo algo extremado. Pero la gente se volvía a mirarla. Tenía el tipo y los modales de una berlinesa, pero también hubiera podido ser una recién llegada del extranjero. Una mujer que acabara de llegar de París o de Pekín.

Era la mujer que aquella mañana había visto desaparecer por la escotilla de un tanque ruso.

No, desde luego no estaba en buenas relaciones con el doctor Linth; pero tendría que ser un hombre despreciable para no sentir lo ocurrido y no ir a visitar al doctor y expresarle su sentimiento por aquella desgracia. Nadie podría decir de él que era un caballero sin tacha; se había comportado indebidamente. Dio a la mujer un gran trozo de pan y se despidió de ella. En seguida estuvo dispuesto, pues pensó que una buena acción no gana nada aplazándola para el día siguiente.

Caminó durante un cuarto de hora. Llegó ante la casa del matrimonio de actores y llamó a la puerta. Le recibió la señora, que tenía un par de años menos que la vieja Martha. El marido también tenía unos setenta años, pero estaba muy bien conservado y todavía era capaz de torcer la muñeca a muchos jóvenes. Tampoco aquel matrimonio pertenecía al círculo de sus amistades, pues sus ideas políticas le eran más que sospechosas. Pero, dadas las circunstancias, no quiso pasar ante ellos sin decirles unas palabras amables. Al fin y al cabo, también su visita a los Linth era algo anormal. Le dijeron que los rusos habían estado un par de veces en la casa, pero a ninguno de ellos les habían hecho nada. El marido se había presentado a los rusos como actor profesional e incluso había recibido una carta del jefe de la nueva guarnición. Por lo visto, los rusos que entraron en la casa quedaron convencidos de que aquel hombre era actor y no le molestaron lo más mínimo.

La primera visita se la hicieron dos hombres, uno alto y fuerte, y otro bajo y delgado, que entraron por la ventana. El alto cogió la carta con marcado gesto de desconfianza y se la leyó al pequeño. De pronto interrumpió la lectura, señaló unas palabras con el dedo y ambos se echaron a reír. Y luego, sin decir palabra, se marcharon por la ventana. A la noche siguiente, el actor volvió a enseñar la carta y, al repetirse la misma escena del día anterior, el comediante tuvo ocasión de estudiar todas las gamas de la risa, desde la carcajada homérica hasta el imperceptible pliegue de labios de los irónicos, así como toda una amplísima gama de expresiones. Dijo que los rusos eran grandes mímicos. El final siempre era el mismo: los espectadores, que a veces formaban un grupo bastante numeroso, se marchaban sin haber molestado a nadie. Ninguno de ellos cogió nada de la casa y su esposa no sufrió el más pequeño atropello. Aquella carta era un valiosísimo talismán. Hasta un momento antes, en que alguien tradujo algunas frases, no sabía lo que decía. Era muy graciosa. Entre otras cosas, decía: "Mírate bien a ese viejo esperpento, pero no te acerques demasiado a ella, hijo de perra. Esa pelada escoba que años atrás podía cantar como un ruiseñor y era capaz de danzar como la Ulanova, está ahora bajo la protección de la Sección de Cultura. Nadie debe, pues, tocar a la vieja. Deja que se acabe de secar y no te atrevas a tocarla. Orden de tu jefe. ¡De frente, mar! ¡Media vuelta a la derecha, mar! Ras, dva... En la casa vecina hay una jovencita y ésa es para ti, hijito."

La carta era un verdadero talismán y ni una sola vez dejó de producir su efecto. Sólo que en cierta ocasión, en vez de marcharse el interesado a la casa vecina, subió a la buhardilla del doctor Linth.

—Al pobre doctor Linth no se le puede hablar —dijo la señora—. Hace cinco o seis horas que está sentado en una silla, con la mirada fija en la pared.

Hasse subió a la buhardilla.

La habitación estaba completamente revuelta y en medio de ella, sentado en una silla, había un hombre que parecía haber perdido la razón. Hasse no le causó ninguna sorpresa. Al cabo de un rato, cuando el visitante hubo terminado su pequeño discurso de condolencia, pareció que Linth despertara de un sueño. Luego contó a Hasse lo sucedido. De pronto se levantó y al parecer hizo grandes esfuerzos para dominarse. Se precipitó hacia la puerta y una vez allí trató de serenarse y agradeció a Hasse su visita. Dijo que iba en busca de un comandante, quien seguramente le prestaría ayuda. Y, sin ponerse el sombrero, abandonó la casa.

El comandante de la plaza estaba en su despacho, pero en aquel momento se hallaba muy ocupado en arreglar los asuntos referentes al desmonte de unas industrias y a la incautación de ciertas materias primas, a la movilización de la población para el descombro de la ciudad y al nombramiento de un alcalde que, sin poner ninguna dificultad a sus órdenes, le secundara en la nueva organización de Hermsdorf. A juzgar por las respuestas del visitante, se convenció de que el doctor Linth no era nazi. Le pareció que aquel hombre era un enviado del cielo o del infierno para desempeñar el cargo de alcalde.

—No tener cuidado por mujer —trató de calmar al recién llegado—. Ya la encontraremos y si no encontraremos otra.

De todos modos, él no era responsable de lo sucedido. La responsabilidad incumbía al jefe de la tropa y el jefe estaba ahora camino de Berlín.

El doctor Linth regresó a su casa.

No había averiguado dónde se encontraba su esposa, y en vez de

prestarle ayuda, le habían propuesto que fuera alcalde de la ciudad. Y tenía dos horas para decidirse.

Subió a su habitación, se sentó en la misma silla de antes y se quedó con la mirada fija en la pared.

Pero las decisiones no habían de llegarle de la pared, sino que tenían que surgir de él. Pensó en su esposa, en él mismo y en aquella nueva circunstancia de su vida. Nunca como entonces la vida de los hombres había dependido tanto de las potencias extrañas a ellos mismos.

La vida es dolor. Había sufrido un tremendo golpe y no tenía más remedio que aceptarlo. No tenía más remedio que aceptar el largo camino de dolor que se extendía ante él. Pero en aquel camino no figuraba la prueba de la alcaldía. La confusión no podía ser mayor. Pero cada tormenta tiene unas causas que la provocan. Y las flores que la tormenta arranca quedan arrancadas.

Dolores... ¿Era una flor arrancada?

Linth continuaba con la mirada puesta en la pared. Luego se volvió hacia una pequeña estatua de Buda que tenía sobre la mesa. Ninguna respuesta.

Cielos y tierra callaron.

LAS MARIONETAS DE LA CANCELLERÍA

Los berlineses no habían querido que sus casas se convirtieran en interminables hileras de combustible, que las veletas de los tejados rodaran —incandescentes como estaban— por las calles, que los raíles del tranvía señalaran al cielo, que las cañerías del agua y del gas salieran del suelo, ni que sobre ellos cayera ese polvillo ardiente. No, eso no lo habían querido. ¿Qué ciudad podía haber deseado aquel destino pompeyano de perecer bajo una lluvia de fuego? Ni tan siquiera los fantasmas que en aquel momento reinaban en la Vosstrasse, que el ángel de la balanza había enviado a la ciudad en llamas, lo habían querido así.

—No te dejes engañar, amigo. En las últimas elecciones auténticas —entonces tú eras un niño de teta—, no obtuvo más que un treinta y uno coma tres votos sobre el total de los electores.

Un treinta y uno coma tres votos; eso lo sabía Wustmann, el sargento primero sanitario, con absoluta seguridad.

—Es decir, que excepto en Colonia y en Aachern, en Berlín es donde obtuvo menos votos que en ninguna parte. No, Berlín no lo ha querido nunca y nunca le ha encomendado nada. Y cuando él dice lo contrario te aseguro que miente.

Era un milagro que el sargento Wustmann todavía tuviera humor para tales disquisiciones. Y es que Wustmann, en medio de aquel caos, trataba de asirse a algo sólido y estable y, por otra parte, necesitaba demostrarse que su inteligencia continuaba intacta. Por eso, cuando en un refugio alguien conectaba un aparato de radio y Goebbels, Fritzsche o Naumann —era imposible distinguirlos, pero al fin y al cabo los tres eran igualmente

embusteros— se ponían a hablar de la misión que les había encomendado el pueblo alemán, se volvía hacia Wittstock, su joven ayudante, y trataba de ponerle en guardia ante tales embustes.

—No te dejes embaucar, amigo; todo eso no son más que mentiras. Y aquí tienes unos paquetes de cigarrillos. A todos los que quieran sacar cadáveres de aquí les das dos cigarrillos por viaje. ¿Entendido?

Wittstock cogió los cigarrillos y se fue en busca de gente que quisiera cargar con aquellos cadáveres y los sacara a la calle. Sólo encontró a gente de cierta edad, que apenas podían tenerse en pie. Desde hacía días se había acabado la comida en el refugio.

El refugio Anhalter.

Heide, Wustmann, Stroh y los ayudantes habían sido enviados al refugio Anhalter, donde se había instalado un puesto de socorro. Habían perdido la noción del tiempo que llevaban allí, en aquella oscuridad rasgada por la luz de unas velas.

No había luz, pero la radio funcionaba.

No había luz ni agua potable. La ventilación había dejado de funcionar. Nadie podía salir a la calle. Hombres y mujeres hacían sus necesidades sin moverse de sitio y el largo corredor de la entrada se había convertido en una pestilente cloaca. Las granadas estallaban sin cesar y nadie se atrevía a abandonar el refugio. Pero cada vez iba llegando más gente: heridos leves que llegaban por sus propios medios y heridos graves, que eran traídos en brazos. Al principio fue habilitado el primer piso, luego el segundo y más tarde, en vista de la continua afluencia de heridos, también se tuvo que desalojar el tercer piso, y los refugiados fueron obligados a recluirse en los dos últimos pisos del refugio.

La radio continuaba funcionando. Sonaba la música.

Fritzsche, Naumann o quien fuera acababa de terminar su último discurso, transmitido por la emisora del "Werwolf". No; era Goebbels quien acababa de hablar. El ministro había cesado de mandar, y ya no tenía más órdenes que dar a sus colaboradores. Goebbels había cogido a su esposa y a sus cinco hijos y se había metido en el más hondo refugio de Berlín, del que ya no había de salir más. Pero su voz continuaba sonando en el refugio: "Bajo las ruinas de nuestras ciudades han quedado definitivamente enterradas las llamadas grandezas de la clase media del siglo XIX. El enemigo, que quería aniquilar el porvenir de Europa, sólo ha conseguido aniquilar el pasado, y con ello se ha cavado su propia fosa, la fosa donde ha ido a parar todo lo viejo y caduco... Esa destrucción ha hecho una gran limpieza. La revolución no tiene fin..."

Una voz surgida de la nada.

La única consecuencia de una vida fracasada, de unos planes imposibles, de una espantosa destrucción, de la muerte de millones de seres humanos, de la desaparición de innumerables tesoros de la cultura y de la civilización, era para el ministro una filosofía del nihilismo.

La revolución permanente...

¡Puerca guerra!...

Después de la emisión del "Werwolf" se dio música de baile: una polka pasada de moda, instrumentada con saxofón y batería. Los individuos que, a través de una muralla humana, iban arrastrando cadáveres hacia la calle, y que por cada viaje recibían dos cigarrillos, estaban a punto de caer desfallecidos. Un niño gritó en la oscuridad. La luz de una vela sostenida por un sanitario

cayó sobre la mano de un operador y sobre el abierto pecho de un herido tumbado sobre una cama. Los disparos de la artillería pesada resonaban en el refugio. El joven Wittstock llegó corriendo y dijo: "Ha sido retirada la enseña de la Cruz Roja que había sobre la puerta y las paredes del refugio". En la radio sonaba una voz de mujer: "Limpiamos la casita de nuestra Orna..." Aquello era demasiado. Wustmann había sabido contener sus nervios en el frente del Vístula y en Odessa; pero ahora no pudo contenerse más; su rostro se contrajo. Cogió un palo, se abrió paso entre la gente del corredor irrumpió en una habitación del refugio y destrozó el aparato de radio.

Pero nada podían las protestas de los dueños del aparato, pues los disparos del enemigo arañaban las paredes del refugio. Y ¿qué significaban aquellas protestas comparadas con los gritos de los heridos que no podían ser socorridos, con los ronquidos de los agonizantes, con la actitud de los jefes de patrulla que irrumpían en el refugio y convertían en nuevos reclutas a enfermos, heridos, tullidos, hambrientos, ancianos y niños?

Aunque sus habitantes todavía respiraran, gritaran y mantuvieran la esperanza, aquel refugio ya no era más que una gran tumba, un osario. En Berlín había un osario junto a otro. Un osario en el Zoo, otro en Friedrichshain, otro junto al Tirpitz, y todos ellos, bajo el enrojecido cielo de Berlín, se levantaban como ciudadelas de la muerte, y en todos ellos había gentes que todavía mantenían viva la esperanza y que todavía debían sufrir mucho más.

—¿Qué dices?

—Han quitado el emblema de la Cruz Roja que había en la entrada del refugio, y también han quitado los emblemas que había en las paredes.

El chófer Stroh amplió la noticia.

—El jefe de las fuerzas ha ordenado que se retiraran las banderas de la Cruz Roja. Dice que el refugio no puede ser neutralizado porque es un refugio de combate.

Wustmann se dirigió hacia la puerta. Todavía tenía el palo en la mano. El capitán médico, un médico, el sargento primero y algunos sanitarios, rodeaban al comandante de las fuerzas acantonadas en el refugio Anhalter. El comandante sólo tenía un brazo y una pierna, su cabello era negro y estaba bien engomado, y sus ojos brillaban de un modo particular. Defendía su tesis con violentas palabras.

—Lo digo por última vez; este refugio es un refugio de combate y forma parte del sistema conjunto de defensa.

—¿Qué es lo que usted defiende, teniente coronel? ¿Hacia dónde dispara usted? Estamos en medio de la ciudad y estamos rodeados de viviendas. En algunas millas a la redonda no hay más que casas.

El teniente coronel sabía muy bien lo que estaba defendiendo: era una de las calles que conducían a la Cancillería; es decir, al refugio del Führer. No hizo caso de la comisión de protesta. Telefonó y, con todas sus fuerzas, gritó en el aparato: —"¡Tiene usted que hacerlo, tiene usted que hacerlo, tiene usted que hacerlo!" Y a fuerza de gritar acabó de olvidarse de lo que su interlocutor tenía que hacer. Echó una mirada a su alrededor, pareció recordar algo, y dijo: "¿Dónde están los aviadores? Debe usted enviarme inmediatamente a los aviadores. ¡Los tanques rusos se están acercando a las paredes del refugio!"

Luego se volvió hacia el capitán médico y a los sanitarios y les dijo: "Apártense ustedes de aquí y ocúpense de sus asuntos. Los heridos y los paisanos serán evacuados del refugio".

—¿Evacuados? ¿Cómo? ¿Dónde? ¿Van a ser evacuados bajo esa lluvia de hierro y fuego?

—Es igual; daré orden para que el refugio sea inmediatamente evacuado.

—Esto es un crimen —gritó Wustmann, al tiempo que intentaba abalanzarse sobre el teniente coronel.

Los demás le cogieron y le obligaron a volverse atrás.

—Esto se castiga con la pena de muerte, doctor.

El doctor Heide era incapaz de pensar nada. Luego, cuando con las tijeras recortaba heridas y con las pinzas extraía trozos de huesos, se le cerraban los ojos.

Nos bebemos la casita de nuestra Orna.

La casita,

La casita

Hasta la primera

Y segunda

Y tercera hipoteca.

La baronesa trató de mantener una actitud correcta, pero el apuesto oficial de las S.S., que era un consumado bailarín, la apretó hacia él. Oficiales de las S.S. ayudantes de Hitler y Bormann, oficiales de la escolta, secretarias, la cocinera, la señorita Manzialy, Gerda Christian, la esposa del general de la Luftwaffe Erhard Christian, y unas telefonistas; todo el mundo bailaba.

Hacía calor y la atmósfera estaba teñida de azul a causa del humo de los cigarrillos. Las mesas, que habían sido arrimadas a las paredes, estaban llenas de bocadillos. Había cigarrillos, licores y café. Y cuando una granada estallaba sobre el cemento armado del refugio, los vasos tintineaban sobre la mesa.

La radio dejó de funcionar. Alguien trajo un fonógrafo y discos ingleses. "Música Hot", dijo.

Sonó la melodía de "Tiger Rag".

Un oficial de marina trajo un disco con una canción marinera:

Yo quiero a una chica

y no sé por qué.

Mi chica fuma,

mi chica bebe.

Oh wake her, oh shake her,

oh wake that girl with the blue dress on...

La escena se desarrollaba en el segundo piso del refugio de las S.S. Bajo las calles de Berlín había muchos refugios de las S.S. que a través de largos corredores comunicaban con el refugio de Hitler. Todos estaban construidos con cemento armado y en ellos había un excelente sistema de refrigeración y ventilación, y una artística instalación eléctrica. Y cada refugio era como un mundo, con habitaciones para la tropa, con cocinas, comedores, lavaderos y dormitorios.

En el refugio había casi mil personas que hacían guardias y servicios de patrulla por los alrededores, y volvían luego al mundo subterráneo para dormir, beber y celebrar aquella orgía, tanto más exaltada cuanto más cercana a ellos estaba la muerte.

¡Qué acabado está! ¡Es otra persona! ¿Qué han hecho con él los Bormann, Jodl, Keitel, Krebs y esos de aquí, esos aduladores, embusteros, intrigantes y fanfarrones? ¡Esos infames le han convertido en una sombra!

Una limpieza...

No hubiera sido más que una medida sanitaria. Pero el plan ya no podía ser llevado a cabo. Era demasiado tarde.

—No, gracias.

El hombre denegó con la cabeza al camarero que le ofrecía una bandeja con bocadillos de salmón, boquerones y langosta. Y también rechazó el ofrecimiento de bebidas. Acabó de beberse un café y luego pidió otra taza y un coñac.

Cerca de él, en otra mesa, estaba Burgdorf, que bebía un vaso tras otro y ya tenía los ojos vidriosos.

*Oh wake her, oh shake her,
oh wake that girl with the blue dress on,
when Blacky comes down to Hilo
poor old man...*

Música caliente. El vino corría a ríos. Los corchos de las botellas de champaña volaban por los aires. Las secretarías se habían convertido en bacantes. Los elegantes oficiales de las S.S. tenían la mirada nublada.

—Hoy, cuando estaba de servicio de patrulla... —murmuró, mientras bailaban, un joven oficial a la baronesa von Varo.

Aquella mañana había estado de patrulla y ahora cerró los ojos y mientras explicaba su aventura matinal aspiró una vez más el perfume de aquella mujer que tenía entre sus brazos. "Ya no juego más. La guerra se ha acabado. Todo eso no tiene sentido", me dijo aquel individuo. Y ya puede usted suponer, señora, lo que hice con él. Hice lo que debe hacerse con un traidor: lo colgué del primer poste.

La Varo, ni escuchaba.

—Esta mañana me he vuelto a escabullir: he dado un largo paseo por el Tiergarten; hacía un tiempo primaveral...

—¿Y la artillería?

—No me importaba. Las calles estaban vacías. Parecía que todo Berlín me pertenecía. Una limpieza...

No había nada que hacer. Sin fuerza nada podía hacerse. Los campesinos, las gentes que estaban en los refugios, todo el mundo le había retirado la confianza y el mando. En una trinchera del frente del Este, donde a causa de la oscuridad nadie le había reconocido, había escuchado una conversación sostenida por tres soldados, y aquella conversación le había hecho comprender el asunto de otra manera. Lo que en realidad le había decidido a abandonar el proyecto no era la orden, dada por el incapacitado señor de aquel mundo subterráneo, de levantar sobre el refugio una torreta de tres metros que asegurara la ventilación del interior, sino la conversación de los tres soldados. Pues la verdad era que, a pesar de las circunstancias, muchos soldados y trabajadores y mujeres continuaban creyendo en él. Su gloria le estaba sobreviviendo. Una tumba en la que pereciera con mil personas a su alrededor y el nimbo de aquella gloria crecería todavía más...

Una tumba faraónica... Eso hubiera sido lo mejor. Pero la cosa tenía que

haberse hecho sin que se le diera ningún rasgo de grandeza. Sí; finalmente tuvo que desechar el plan, aunque la verdad es que no había ninguna dificultad técnica que impidiera su realización. El problema había sido simplificado hasta el máximo. Una pequeña cantidad de gas venenoso arrojado durante una reunión oficial por la abertura superior del sistema de ventilación hubiera bastado para acabar en unos momentos con los jefes supremos del ejército y para matar a todo aquel que estuviera en sus habitaciones particulares, en los baños, cocinas, despachos, salones y corredores de aquel inmenso laberinto, que en dos o tres minutos hubiera quedado limpio de gente.

Pero la ocasión ya ha pasado. No hay que pensar más. Ellos mismos se han cavado su tumba.

—No, gracias...

El camarero, que sostenía una bandeja de plata, se inclinó y continuó su camino. Un impacto de la artillería retumbó en los pisos superiores. La luz vaciló y pareció que iba a apagarse. Las parejas se apretaron todavía más y continuaron moviéndose al compás de un vals. El gramófono se detuvo, pero las parejas continuaron bailando. Unos bailarines se pusieron a cantar. Gerda Christian, la señora Junge, la rubia Else; conocía a todos. En el Berghof, en Berchtesgaden, en Rastenburg, en Bad Nauheim, en todas partes había encontrado siempre a los mismos cortesanos, portadores de órdenes, secretarios y secretarías, que siempre habían rodeado al faraón y que ahora estaban con él en el reino de las sombras. Los conocía a todos y él mismo formaba parte de aquel grupo, pero él, en su calidad de favorito, no había participado en las intrigas y zancadillas para granjearse el favor del déspota. Aquella posición la había conservado gracias a su reservada manera de ser y al crédito de que gozaba a causa de su manera de cumplir las órdenes. Nunca había sufrido una reprimenda y aquello era un verdadero milagro, pues muchas veces se había atrevido a desobedecer a su amo.

Mientras dirigió grandes empresas y se le pidió que resolviera problemas de organización, pisó terreno seguro y fue considerado como un hombre de gran capacidad creadora. El papel de gran constructor era algo adecuado para él, y todo el mundo veía con agrado y admiración sus grandes proyectos, y nadie reparaba en las numerosas víctimas que aquello costaba. También las pirámides habían sido construidas a costa de mucho dolor y a fuerza de latigazos. Y cada metro de un nuevo estrecho, cada nueva vía colocada entre juncos sobre un terreno pantanoso y cada piedra arrojada al mar para la construcción de un nuevo muelle descansaba sobre un montón de huesos. Pero algo quedaba: quedaba un nuevo estrecho, una nueva vía férrea, un nuevo puerto, una nueva autopista. Y la obra civilizadora contaba más que su hacedor y sus víctimas. Pero luego vino la orden de destruir todo aquello. Había que destruir puentes, canales, puertos, vías férreas, fábricas, ciudades y tierras de cultivo. El país de las pirámides tenía que quedar totalmente arrasado. ¿Qué es lo que quedaba de toda aquella obra? ¿Qué quedaba de aquella vida?

Nada...

Del Cuartel General del Führer salieron órdenes espantosas, y él estaba obligado a cumplirlas. Pero él tenía una gran autoridad que iba más allá de su propio terreno, pues en todas partes —en los altos mandos del ejército, en las comandancias generales de Praga, París, Bruselas y en otros muchos sitios— tenía gentes que le apreciaban o que trabajaban para él. Y gracias a ello pudo

evitar la desaparición de minas y fábricas en Bélgica y en el norte de Francia, de canales en Holanda, de industrias en Finlandia, de minas en los Balcanes y de conducciones petrolíferas en Hungría. No había podido evitar la voladura de unos diques en Holanda, donde el mar había malbaratado para muchos años grandes zonas de terreno de cultivo. Viajaba continuamente, sin descansar. Iba de un lado a otro de aquel Reich que cada vez aparecía más hundido en la catástrofe, y en todas partes se encontraba con el brazo levantado del dinamitero, y mil veces había hecho que la señal quedara sin efecto, pero mil veces había fracasado. Unas ciudades fueron reducidas a escombros y muchos puentes se precipitaron bajo las aguas. Barrios enteros y grandes industrias volaron por los aires. Y muchas veces no tuvo más remedio que contemplar aquellas voladuras sin poder hacer nada en contra. Todo conspiraba contra él. Conspiraba la apatía de las gentes y los efectos de la propaganda de Goebbels. Un día redactó un escrito que la posteridad juzgará: "La guerra se ha perdido desde un punto de vista militar y económico... y si se quiere que no perezca toda la nación debe dejarse en pie la base material para que el pueblo pueda luego continuar viviendo".

El faraón, el espléndido constructor, el brillante mecenas, el generoso anfitrión del Obersalzberg, que ahora se había convertido en un lastimoso fantasma, le había llamado a su Cuartel General y le había dicho: "Si la guerra está perdida, también está perdida la nación. Ese es su inevitable destino. No es necesario asegurar la base de ninguna clase de existencia. Al contrario, es mejor, mucho más conveniente, eliminar toda posibilidad de existencia futura. La nación ha demostrado ser débil y el futuro es de las naciones fuertes: pertenece al Este. Además, los mejores ya han caído".

Pero él continuó su obra y, gracias a los amigos que tenía en la Wehrmacht, en la industria y en la política, consiguió evitar muchas destrucciones. Y para impedir mayores catástrofes decidió ponerse al frente de aquella obra destructora. Pero la aureola del "Führer" (que para él ya no existía) resultó ser mucho más poderosa que sus propias fuerzas, y el convencimiento de que su muerte precipitaría al pueblo alemán al caos final hizo que desechara su plan.

Una vez más fue mandado llamar por el faraón, a quien encontró a dos pasos de la muerte. Y en aquel momento decisivo supo resistir la fascinación de aquellos ojos de color azul oscuro y de mirada embotada, que habían convertido a los jefes de la economía en jugadores de oficio, a los médicos en asesinos, a los generales del Estado Mayor en un consorcio de micos y a todo el pueblo en una aterrorizada comunidad. Pero también aquel hombre que se había librado del maléfico influjo y que había comenzado a razonar por su cuenta volvió a enredarse de nuevo. Los años de quehacer en favor de una misma idea habían establecido en puente espiritual entre ambos. Y entre el faraón y su arquitecto existía profunda hermandad. Uno era un mago de la técnica y el otro... ¿En qué consistía aquel influjo? ¿Qué es lo que daba aquel brillo y aquella fuerza a su mirada?

Albert Speer lo comprendió.

Pudo ver en la vacía cuenca de aquel tremendo torrente. En un abrir y cerrar de ojos vio la superficie de un pasado hundido en el limo de aquella cuenca. Era una superficie requemada por el tiempo. Pero todavía brillaba el gusano en la tierra resquebrajada; brillaba el arenque en aquel cráter apagado y nadaba por el mar de la nada.

Goebbels gustaba de compararle a Atila y a Gengis Kan. Pero Speer había dado con la verdad y había visto cómo aquel barco iba a la deriva. Y sintió compasión y le perdonó. También él fue perdonado muchas veces en una época en que cada palabra de aquella divinidad subterránea significaba nuevas víctimas y él contravenía sus órdenes para salvar a cuantos podía. Una vez ordenó fusilar a ocho oficiales que no habían dinamitado un puente que él había mandado volar. Y él, el desobediente Speer, era mil veces más culpable que aquellos desgraciados, pues él no hacía más que contravenir los deseos del dios, pero a él todo le era perdonado. Aquello parecía mentira, parecía algo tan irreal como aquel dormido fantasma en el sillón y como las palabras que él mismo, vuelto a la gracia de su señor, se oyó decir. Dijo que no renunciaría a su cargo, que su deber era permanecer en su puesto y que su Führer podía confiar en él como en tiempos pasados. Las palabras, sin embargo, ya no significaban nada, pues el acuerdo entre los dos hombres había desaparecido en un abismo insondable. Y Speer volvió a su puesto. Pero tan pronto hubo emergido de aquel mundo subterráneo, tan pronto hubo vuelto a la realidad de las voladuras y de los asesinatos, se lanzó de nuevo y con todas sus fuerzas contra el oleaje de la destrucción.

Llegó el fin.

En el jardín de la Cancillería ardía un montón de documentos oficiales. En el norte y en el sur, los palaciegos se preparaban para hacerse cargo del Poder. No Göring, sino Himmler se había dejado arrastrar por una conspiración cuya última meta era la muerte del caído. Speer hizo esconder grandes cantidades de dinamita, y, en Hamburgo, en una alocución registrada en una placa de fonógrafo, que luego puso en lugar seguro, recomendó la inmediata capitulación y aconsejó al pueblo que se opusiera a cualquier nuevo intento de destrucción y que tratara de conservar las industrias que, tras la muerte de Hitler, habrían de asegurar la subsistencia de todos.

Tras haber pronunciado aquella alocución, que quedó mecánicamente grabada, determinó renunciar a sus cargos y dirigirse a Berlín. Nadie podía librarse del remolino del refugio de la Cancillería. Aquella última visita le había abierto una profunda herida y le había empujado hacia aquellos que sostenían conversaciones con medias palabras y a quienes hasta entonces sólo había tolerado desde lejos. Debía ir a Berlín para dar cuenta de su actitud. Comprendía que sería detenido y estaba dispuesto a afrontar la muerte. En su coche llegó hasta Redlingen, pero de allí ya no pudo pasar. Montó en una avioneta de deporte y con ella llegó hasta Gatow, donde cambió por una "Cigüeña", con la que poco después aterrizó en Berlín, a dos pasos de la Puerta de Brandenburgo.

Y aquí estaba, ante una taza de café frío. Hacía ocho horas que estaba en el refugio. Y no había sido detenido. Podía hacer lo que le viniera en gana e incluso, si quería, podía salir. Había visto a Hitler rodeado de Bormann, Goebbels, Ribbentrop, Krebs y de sus ayudantes personales, Schaub y Guensche. Bormann parecía tramar una nueva y terrible intriga y Goebbels, más delgado que nunca, parecía estar escuchando los disparos del pelotón de ejecución. Krebs permanecía indiferente, pues ya estaba acostumbrado a los juicios sumarísimos y a las ejecuciones, ya que el espectáculo de la sangre era para él algo tan natural como el del vino que corría en su habitación del refugio de la Cancillería. No sucedió nada. El señor de la vida y de la muerte estaba sumido en un extraño reposo y aparecía sereno y humano como desde mucho

tiempo atrás no lo había estado. Esa fue la impresión que le causó a Speer.

Speer fue despedido.

Eva Braun le recibió con el calor de un rayo de sol de su tierra bávara. Aquella criatura, tan sencilla y digna de ser compadecida, había malgastado once años junto al fantasma y se había vuelto vacía y sentimental. Eva le contó el colapso que había tenido su ídolo y el consiguiente desconcierto que se produjo en el refugio, que todavía ahora, a pesar de las cuarenta y ocho horas transcurridas, no había terminado. Luego, mientras caminaba por el laberinto de pasillos, vio otro sorprendente espectáculo. Se cruzó con ella al subir las escaleras. Caminaba erguida y su figura era esbelta y juvenil. Nadie hubiera dicho que aquella mujer había sido seis veces madre. Correspondió a su saludo con una amable sonrisa y al pasar ante el centinela de las S.S. mostró a éste su rostro resplandeciente. Tras ella iban sus hijos. Helga, que tenía doce años, y Helmut, que tenía nueve, bajaron los dos últimos escalones de un solo brinco. Los más pequeños, que venían tras ellos, se empujaban unos a otros y reían. Helga, Helmut, Hölde, Hedda y Heide, que ahora iban a festejar al "tío Adolfo" y cuyos nombres comenzaban por H en su honor.

El "tío Adolfo" parecía no preocuparse de nada. El barco sin rumbo se había adentrado suavemente en la noche sin fondo y se hundía entre escombros, esqueletos y cadáveres mutilados. Todo había pasado para él y ahora ya podía aparecer en "privado" y podía rodearse de niños y, hacia las dos de la noche, hacer llamar a Gerda Dardanowski-Christian y a la señora Junge, que en aquellos momentos estaban bailando, para que vinieran a tomar el té en su compañía. Y allí estaba, mordisqueando galletas o hablando sobre su carrera, que había comenzado de la nada y había llegado al máximo, pues ahora era él quien regía los destinos de Europa y él era quien señoreaba bajo las aguas de los siete mares. Y, sin embargo, su reino había quedado reducido a aquel reducto subterráneo en el que se protegía contra las bombas enemigas.

Tenía un aspecto horrible. Era un hombre acabado. Entre el doctor Morell, que le propinaba veintiocho clases diferentes de inyecciones, y su malvado, excéntrico, fanfarrón y adúlador cortejo de palaciegos, no habían dejado más que un pobre espantajo. Albert Speer había permanecido cierta vez cuarenta y ocho horas en una ciudad cercada por el enemigo e irremediamente condenada a muerte y allí había observado cómo la mayor parte de hombres y mujeres, que ya habían sentido el aliento de la muerte, querían saciarse en una noche de todo lo bueno que quizá les hubiera sido ofrecido a lo largo de sus vidas. Y aquí, en el refugio de la Cancillería, ocurría otro tanto. Los cuerpos de las mujeres ardían bajo los finos vestidos de seda. Los ojos estaban desmesuradamente abiertos. El vino corría a ríos. Había toda clase de bebidas alcohólicas. La provisión de bocadillos era inacabable. Únicamente faltaba el doctor Morell con sus afrodisíacos. Pero estaba el doctor Stumpfenegger, que también era muy experto en la cuestión. Pero, en aquellas circunstancias, la cosa marchaba sin necesidad de afrodisíacos. La proximidad de la muerte era el mayor excitante. Mujeres, oficiales de las S.S., centinelas, chóferes, escribientes, todo el mundo estaba poseído de un loco frenesí. El segundo refugio de las S.S., en el que resonaba la barbaba música del gramófono, parecía un corral de conejos.

Tampoco faltaban los grandes bebedores. Allí estaba Burgdorf y frente a él, sentado en un cómodo sillón, Bormann. Estaban ligados por un mismo crimen.

A uno de ellos se le antojó decir que los camaradas de la Wehrmacht le tenían vigilado. A Rommel, sin embargo, se le había dado a elegir entre la ampolla de veneno o el fusilamiento. Sí; tenían razón en permanecer alerta: "Sí; tienen razón, pues un día u otro se tendrá que decir: Fui un ingenuo, un tonto y me convertí en un peón vuestro. Y vosotros... os habéis adueñado de bienes públicos, habéis robado y habéis saqueado a Alemania."

"Pero, querido, no personalices..."

Y en el piso inferior, abajo de todo, rodeado de mujeres y bebiendo pequeños sorbitos de té, estaba el dueño del cercado. Y cuando no disertaba acerca de su ascensión política o sobre la falta de profundidad de los intelectuales o sobre la fidelidad de su perro pastor, despotricaba contra los inútiles generales, contra los infieles miembros de las S.S. y contra las gentes en general, que eran tan tontas y tan malvadas. Y entonces pedía la sangre de los saboteadores y exigía que se azotara a los detenidos.

Los sótanos de la Cancillería eran un manicomio y un magnífico campo de experimentación para los psiquiatras. Bebían y comían sin freno y en sus ojos se estaba reflejando el ángel justiciero. Se apretujaban y danzaban al borde mismo de la muerte y no sabían o no querían saber lo que al cabo de unos momentos iba a ocurrir y creían o fingían creer que todo aquello pasaría como pasan las pesadillas. ¡Locos! Pero ninguno de ellos, al ser interrogado por el juez de la Historia, podrá aducir una disculpa. No; no hay ninguna causa atenuante. El camino que se ha seguido hasta aquí está regado con sangre. Se apretujan y bailan y tras ellos han dejado a una Europa arruinada y a una Alemania destrozada.

Albert Speer se levantó... Estaba libre y podía ir a donde se le antojara. Había dejado la "Cigüeña" tras la Puerta de Brandenburgo, en un claro de un parque. El bombardeo amainaba por momentos. Quizá se iba a producir una pausa.

Miró a su alrededor.

Marionetas. El telón estaba a punto de caer y las marionetas lo ignoraban. Algunas, sin embargo, creían que todavía podían heredar el Poder. Bormann, por lo menos, así lo cree. Y su camarilla, también. Poco antes había sido testigo de cómo, rodeado de sus partidarios, Bormann había solicitado del fantasma la inmediata destitución de Göring, su rival, quien también creía ser uno de los herederos, y Bormann no había pedido la muerte, que más tarde había de llegar, sino la degradación y la cárcel. Bormann en Berlín, Himmler en Mecklenburgo, Göring en Berchtesgaden, cada uno estaba en un islote, separado de los demás, y cada uno de ellos alargaba las manos hacia un Reich que ya no había de existir.

¡Marionetas! Y cuando desaparezca la mano que las sostiene caerán sobre la escena como un manojo de trapos viejos y quizá llegue el verdugo y las cuelgue a todas de un mismo palo.

Speer subió las escaleras. Unas puertas de hierro se abrieron ante él y luego volvieron a cerrarse inmediatamente. Llegó a un pasillo cubierto con una alfombra de color rojo y profusamente iluminado y salió en seguida al gran recibidor. Era una gran sala construida a base de pórfido y mármol. Él mismo había dirigido la colocación de los grandes bloques. Los enormes candelabros estaban apagados. Olió a pólvora. La atmósfera estaba llena de polvo. Eran las dos de la madrugada. Entre la semioscuridad descubrió a un visitante que estaba en un rincón de la gran sala. Estaba sentado ante una mesilla en la que

había una taza de café y otra de coñac. Se fijó en que el gorro de aquel individuo estaba cubierto de una capa de polvillo de yeso. Speer no podía saber que aquel hombre había ido allí para reivindicar su propia alma. Abandonó la sala, dejó allí al extraño visitante y salió a la calle, que estaba llena de postes caídos, de cañerías arrancadas y retorcidas hacia arriba.

LA CARTA

El hombre que se encontraba en el recibidor de la Cancillería era el comentarista de Radio Hans Fritzsche. Él era quien unos días antes, en la residencia de Goebbels, tras la Puerta de Brandenburgo, había interrumpido al ministro, motivando aquella explosión de odio que había dejado anonadados a todos los presentes. "¿Por qué han venido ustedes? Yo no les he llamado. ¿Por qué han trabajado conmigo? ¡Ahora les van a retorcer el pescuezo!" Aquel odio llameante había sobrecogido a Fritzsche. Luego había corrido tras su jefe, pero el ministro desapareció inmediatamente en sus habitaciones particulares. Y Fritzsche tenía necesidad de hablar con él y necesitaba volver a ver su rostro. No quería formularle ninguna pregunta acerca de la acostumbrada conferencia de las once, pues la conferencia había sido como un tobogán apuntado hacia el abismo y ninguna aclaración podía modificar nada de lo dicho. Fritzsche necesitaba saber si aquella explosión de odio que se produjo en la sala de proyecciones había sido un simple ataque de nervios, como de momento pudo parecer, o se trataba de una íntima revelación, de un desenmascaramiento. Fritzsche necesitaba aclarar si aquel nuevo semblante de su jefe, en el que se evidenciaba un profundo desprecio a la moral, a la cultura y al porvenir, era el auténtico rostro de aquel maestro a quien con tanta admiración y devoción había servido.

Aquel virtuoso de las más variadas maneras de pensar se había servido naturalmente del cinismo. Pero no es lo mismo utilizar algo como un medio de obrar, a estar identificado con lo que algunos, en último extremo, pueden suponer un instrumento. Cuando el cinismo es empleado como un medio, puede quedar la obra realizada; pero cuando el cinismo forma parte de la naturaleza del cínico, no queda nada, no es nada. Y eso es lo que Fritzsche quería saber. Necesitaba volver a verle. Pero, en el Ministerio, la silla del ministro había quedado huérfana. Espió tras algunas puertas cerradas y escuchó en varios teléfonos. En ninguna parte oyó nada. Salió de la casa y dio una vuelta alrededor de ella. Las ventanas estaban cuidadosamente cerradas y en ninguna parte había señales de vida. Se llegó hasta la ciudad, que en muchas partes estaba ardiendo, e incluso se llegó hasta algunas calles y plazas en las que se estaba combatiendo. Pero, como un hombre sin sombra, siempre acababa por volver al mismo punto de partida. Al atardecer del segundo día descubrió dos pequeños coches que avanzaban arrimados a la pared de la casa. En el segundo coche iba la esposa del ministro y algunos de sus hijos. Vio cómo los coches doblaban la esquina de la Vosstrasse. En aquel

momento, como un pequeño cataclismo cósmico, cayó la primera granada rusa en el Tiergarten. Las puertas de la casa habían quedado abiertas. El portal de la calle, la puerta de entrada y las puertas que daban al recibidor estaban abiertas de par en par. Y también estaban abiertos los cajones de las mesas y de los armarios. Había maletas por los suelos y todo estaba revuelto y en desorden. Se encontró rodeado de telefonistas, mecanógrafas y soldados de la guardia y todos gritaban. Unos lloraban y otros blasfemaban. "¡Todo se ha acabado! —gritaban—. El ministro se ha marchado con su esposa y sus hijos al refugio del Führer y ya no volverá."

Se dirigió a la Cancillería. Allí le dijeron que Goebbels estaba ocupado y que no podía recibirle. Se marchó y volvió al cabo de un rato. Un ayudante le rogó que aguardara y le ofreció la misma silla en la que unos días antes se había sentado el capitán Boehlke. Regresó al Ministerio de Propaganda, que en aquellos momentos ardía como una antorcha. Se deslizó hacia el sótano y allí, agazapado en un rincón, pasó revista a los últimos once años de su vida. Y, de pronto, la política exterior alemana, el principio de las hostilidades, la manera de ser llevada la guerra, los objetivos finales de la contienda, todo presentó un aspecto totalmente diferente del acostumbrado. ¿Cuál era el verdadero aspecto de la cuestión? ¿Qué quedaba de todo aquello? ¿Qué quedaba de la nueva moral y de aquellos ideales que tantas veces había enaltecido en sus discursos radiofónicos? ¡Cuántas preocupaciones, miedos, horrores, habían acompañado los últimos doce años! ¿Podía ser cierto que la tan repetida voluntad de paz de Alemania, que el repetido deseo de instaurar un nuevo orden se revelara ahora como una gran mentira? ¿Por qué no se había podido saber nunca cuáles eran los objetivos finales de la guerra? Los aliados ofrecían a los pueblos que habían luchado con ellos una Carta, y la propaganda alemana, en cambio, únicamente había prometido establecer un "nuevo orden", lo cual no era más que una vaguedad. ¿Por qué no se había hablado con claridad, de un modo objetivo? ¿Por qué no se había dicho a los franceses y a los demás pueblos del Este y del Oeste lo que concretamente se pretendía de ellos y lo que ellos, a su vez, podían esperar de Alemania? ¿Por qué no dio siempre largas al asunto y no se redactó la tan esperada "Carta Magna de la Unión Europea"? ¿Es posible, como ahora, a la pálida luz de este crepúsculo de los dioses, parece ser, que Hitler, Goebbels y compañía no quisieran comprometerse con ningún estatuto por la sencilla razón de que, en última instancia, querían quedarse con todo? ¿Podía realmente compararse la historia de aquellos últimos doce años a la historia de aquel pescador que pilló al pez de la suerte y le pidió un castillo condal y luego una posesión principesca y luego quiso ser rey y más tarde pidió ser emperador y después exigió que le hiciera Papa y finalmente le apremió para que le hiciera Dios y acabó siendo arrojado por el pescado en una cueva? ¿No sería el refugio de la Cancillería esa cueva? Pero el caos era ahora tan grande que dentro de poco irrumpiría también en aquella misma cueva...

Hans Fritzsche, el comentarista de Radio, volvió a la Cancillería. Tuvo que atravesar una calle bajo una lluvia de metralla. Gracias a la tremenda desorganización, que incluso alcanzaba al sistema de vigilancia, pudo llegar, a través del largo corredor, hasta la escalera que conducía hacia el interior del refugio. Allí, sin embargo, fue detenido por un centinela y acompañado hasta el gran comedor que había junto a la entrada superior. Un ayudante le estuvo dando conversación hasta que se cansó de aguardar y se marchó. Al cabo de

un rato regresó de nuevo, se volvió a marchar, volvió a la mañana siguiente, a primera hora, por la tarde y por la noche; pero no consiguió ver a Goebbels.

Tenía que encontrar a Goebbels, ver el rostro de aquel hombre y saber a quién había estado sirviendo durante doce años y quién era aquel a quien había hipotecado su alma.

Pero el mundo subterráneo permaneció cerrado, impenetrable.

De pronto, sin embargo, apareció el subsecretario Naumann. A Fritzsche, que estaba desfallecido de tanto aguardar, le pareció que Naumann tenía el aspecto de una vieja timorata. Naumann le comunicó importantes noticias. Dentro de poco se registrarían trascendentales acontecimientos. Únicamente se trataba de resistir una hora más, sólo una hora. Dos ejércitos —el de Wenck y el de Steiner— estaban camino de Berlín y dentro de nada liberarían a la capital de las fuerzas enemigas. Además, un grupo de tanques del capitán general Schorner estaba aguardando el momento de entrar en acción, y el frente de Oder no se había derrumbado del todo, y los rusos habían llegado hasta Berlín a través de un estrecho pasillo. El frente del Oder iba a ser inmediatamente reconstruido.

Fritzsche vio cómo Naumann desaparecía por la puerta principal. Una bruja montada sobre una escoba se metió en el refugio. Y Fritzsche continuó aguardando, aguardando... De las profundidades del refugio sólo había salido una noticia y aquella noticia era mentira. Naumann le había dicho que volvería en seguida; pero Fritzsche ya no podría ver más que su cadáver.

Albert Speer encontró al sargento primero que le había conducido en la "Cigüeña" junto al aparato. La "Cigüeña" despegó de Unter den Linden, describió un pequeño círculo sobre la Puerta de Brandenburgo y se perdió en lo alto. Berlín se desangraba por mil heridas de fuego. Allí donde el humo dejaba ver el suelo aparecían largas hileras de ennegrecidos esqueletos de piedra. En ninguna parte había un tejado y los pisos habían desaparecido.

El refugio Anhalter descollaba entre el mar de ruinas. El Tiergarten, con la doble hilera de figuras de mármol en las que se perpetuaba la historia de Prusia, también quedó atrás. Árboles caídos; el Goldfischteich se había convertido en un negro vertedero de inmundicias y junto a él la amazona de Tuillon causaba un singular efecto. De pronto apareció otra de las obras de Speer, el refugio del Zoo: un féretro de cemento armado y acero.

Junto al aparato estallaron algunos disparos de la artillería antiaérea. Las detonaciones removieron el aire. El viajero sobre el mar de ruinas tuvo que subir más alto y se metió en una gran nube de humo. Otra vez el cielo azul y primaveral, y otra vez disparos de la artillería antiaérea y otra vez en el escondrijo de una nube de humo. Iban brincando de una isla de humo a otra. Berlín quedó atrás.

Cogidos entre el Müggelsee y el Havel, entre las arenosas laudas de Barnim al norte y los pinares de Teltow al sur, tres millones y medio de mujeres, hombres y niños aguardaban el diluvio.

La orden de retirada para las tropas del Oder no había llegado. Tuvieron que aguardar más. Y cuando la orden llegó —aquella orden era una llamada de auxilio— ya era demasiado tarde para el IX ejército, que se hallaba dispersado

por el Oder y las Seelower y del que formaban parte las divisiones "Kurmark" y "Nederland".

La carretera que iba desde Falkenhagen hasta Scharmützelsee y el espacio comprendido entre Markisch-Buchholz y Halbe se había convertido en un cementerio. Un cementerio que desde hacía cinco días había entrado en una espantosa actividad. Era un punto de concentración de donde partían interminables columnas de prisioneros. Aquél fue el resultado de la última genialidad estratégica salida del refugio del Führer.

"Un cementerio"; con estas palabras había descrito el capitán Boehlke la situación a su tío Raimond. Aquella carta, sin embargo, quizá no había de llegar a su destino. El capitán Boehlke se había quedado en la división "Kurmark" y había tratado de irrumpir hacia la capital con algunas unidades. "¡Cuánta razón tenías, querido tío! Se trata de una enfermedad demencial y nosotros estamos condenados a sufrir hasta los últimos estremecimientos del enfermo. Y nadie puede escapar, pues no importa el sitio en que uno se encuentre. Entre tú, ante tu mesa cubierta de periódicos extranjeros, el general de división que no puede hacer cumplir las órdenes que recibe, el trabajador de una fábrica de Spandau que se ha refugiado en Berlín o yo mismo, que decidí quedarme en esta división, no existe ninguna diferencia. Y todo habría sido igual si en vez de quedarme aquí hubiera permanecido en mi antigua división, hubiera encontrado al jefe artillero que buscaba o hubiera sido destinado a Gaudenz, a Königsberg o a Breslau como mis antiguos compañeros de curso. El caos se cierne por todo el país y todos nos vemos arrastrados por él.

"Ya te he dicho cuál es la situación de nuestro frente. El gran terraplén que hay entre Lietzen y Falkenhagen, lo único que nos quedaba, se convirtió en un pasillo embotellado de fugitivos. Allí estuvo la división "Kurmark", la Legión "Nederland" y, más hacia el norte, una división mandada por Remer, quien, como tú sabes, cayó en desgracia a raíz de los sucesos del 20 de julio. El mando superior, coordinador de los movimientos de esas tropas, faltaba por completo. La orden de retirada significó para todos la posibilidad de escapar a una muerte cierta y cada cual dio media vuelta y echó a correr sin preocuparse de nada más. Tres divisiones, es decir, los restos de tres antiguas divisiones — hombres, caballos, restos de artillería, camiones, coches, tanques—, todo lo que podía moverse se precipitó por aquel estrecho pasadizo de dieciocho kilómetros de largo y avanzó a empujones hasta el Scharmützelsee, que, como el mar Rojo a los israelitas, se abrió a nuestro paso. Ocurrió que —armados, mal armados o desarmados, y mal mandados o faltos de todo mando— el ejército rojo, que nos rodeaba como una muralla inexpugnable, arrojó sobre nosotros una riada humana y nos obligó a cambiar de dirección y a desviarnos del camino de Berlín, en socorro de cuya ciudad pensábamos acudir. Fuimos empujados en dirección sudoeste, precisamente hacia Scharmützelsee, que parecía ser el centro de gravedad, hacia el que tendía otra inmensa riada humana. Nunca se sabrá, sin embargo, la cantidad de coches destrozados, material deshecho, caballos muertos y cadáveres humanos que quedaron por el camino. Pero entre aquellas montañas de desecho no cesaron de llegar de Berlín nuevos autobuses cargados de trabajadores, bomberos y policías, y también llegó, procedente de la escuela naval de Jüterborg, una unidad de marinos. Pero no llegaron armas, ni avituallamiento, ni gasolina. Cada autobús y cada camión sólo traía la gasolina que cabía en su depósito. Y también coincidieron allí hombres, mujeres y niños, que a caballo, en carros o a pie,

venían huyendo ante las avanzadas rusas. Gente que venía de Bad Saarow, Pieskow, Radlow, Wendisch-Rietz. La riada continuó hacia adelante en dirección sudoeste. A poca distancia de allí, estaba a punto de caer Markisch-Buchholz, y el pueblecillo de Halbe, ya ocupado por los rusos. Se ideó algo así como un plan. Las órdenes que nos llegaron del Cuartel General de Krebs se adaptaron a la nueva situación. Se nos dijo que no podíamos entrar en Berlín por el sector oeste, sino que debíamos unirnos con el ejército de Wenck al sur de la capital. Pero en aquellas circunstancias ya no importaba que recibiéramos órdenes o dejáramos de recibirlas, que las órdenes se adaptaran a las circunstancias o fueran extrañas a ellas, que nos moviéramos de acuerdo a un plan preconcebido o avanzáramos a la buena de Dios, ni que "Kurmark" y "Nederland" estuvieran en comunicación o no lo estuvieran. El caos era algo fatal, algo que parecía dispuesto de antemano, y nada impedía a los rusos aniquilarnos cuando quisieran. Estábamos tan dejados de la mano de Dios y tan huérfanos de toda clase de dirección, que éramos como un elemento de la Naturaleza, como algo sin vida propia; éramos algo así como tierra, viento o agua; éramos como fieras atrapadas en un incendio en la estepa, y como ellas corríamos sin que nadie nos guiara hacia la otra orilla del río. Los viejos combatientes del frente del Este habían perdido la serenidad. Bastaba que alguien dijera que ante nosotros había una posición rusa para que el pánico cundiera entre nuestras filas, y un solo disparo encendía una tormenta de ellos. Y ocurría que quienes avanzaban en vanguardia eran tiroteados por sus compañeros de retaguardia. Cuando la lava de un volcán avanza, caen las piedras una sobre otra y se rompen a causa de los choques. Y así nos ocurría a nosotros. La verdadera tragedia, sin embargo, sobrevino al llegar a la pequeña ciudad de Halbe.

"Atacamos al amanecer. Tal como había supuesto, "Kurmark" y "Nederland" marchaban de común acuerdo. "Nederland" avanzaba en dirección noroeste, y nosotros, en dirección sudeste. Entre nosotros, situados en un estrecho pasillo, estaban los rusos. La ofensiva estaba centrada en la estación. En la carretera perdimos una tercera parte de nuestras fuerzas. La cosa duró dos horas. La batalla fue librada entre la niebla, sobre un campo de ruinas, que a eso había quedado reducida la ciudad, y costó muchos muertos. Cerca de la estación, antes de comenzar la lucha cuerpo a cuerpo, establecimos contacto con los hombres de la división "Nederland". "Kurmark" y "Nederland" dieron la batalla por la estación valiéndose de tanques, armas pesadas de infantería y morteros. Así nos abrimos paso hacia la carretera de Königswusterhausen. Pero luego, una vez en el camino de Berlín fuimos machacados por la artillería rusa, que nos deshizo.

"Y en vez de continuar hacia Berlín tuvimos que retroceder. Ya no éramos "Kurmark", sino un pobre desecho de "Kurmark" y "Nederland", acompañados de muchos paisanos y de algunas tropas de marina y del ejército del aire. La noche siguiente nos pilló en la carretera que hay al sudeste de Märkisch-Buchholz. Todos juntos —los restos de compañías, tanques, impedimenta y carros cargados de campesinos, mujeres y niños— volvíamos a formar una inmensa riada humana que fluctuaba hacia Märkisch-Buchholz y Halbe y Berlín, que de nuevo había quedado atrás en un horizonte teñido de rojo. En cabeza marchaban unos dos mil hombres, entre quienes había muchos oficiales. En vanguardia marchaban, además, unos cuarenta coches, dos tanques Tigre, algunos carros blindados y una docena de camiones. Apareció

un general. Pero en vista de la imposibilidad de poner orden aquella riada compuesta de fuerzas de infantería de marina, aviación, infantería y paisanos, y ante nuestra escasez de armas volvió a desaparecer. La noche se lo tragó y nadie le volvió a ver. Sin embargo, entre nosotros había viejos coroneles y algunos tenientes coroneles, y quizá la mitad de nosotros éramos oficiales o viejos suboficiales. Pero nadie quería asumir el mando. Todos aquellos a quienes se les ofreció, lo rechazaron. Todos querían salir de aquel caos y todos sabían que el único camino era el que conducía a través de Märkisch-Buchholz, pero ninguno quería mandar a los demás. "No puedo asumir la responsabilidad propia de otros", decía uno. "No me han dado la orden de ponerme al frente de esos hombres", decía otro. "Yo no sé nada; desconozco completamente la situación; he llegado aquí cuando me retiraba de otro sitio", se excusaban los demás. Y yo mismo no podía hacer nada. Pensé que carecíamos de suministros y de servicios sanitarios y que no teníamos cocina de campaña, ni enlaces, ni la menor posibilidad de recibir la más pequeña ayuda. Todo aquello debía tenerse en cuenta, pero en aquellas circunstancias no eran más que subterfugios. Traté, sin embargo, de estudiar la situación. En realidad mi estado de ánimo era exactamente igual al de los demás, y me sentía indeciso, lleno de dudas, como impotente, y sentía deseos de dejarme llevar por la corriente y me notaba invadido por el vacío de aquella inmensa ciudad que ardía en el horizonte. Lo único que en realidad deseaba era mantener los ojos muy abiertos y darme cuenta de lo que sucedía a mi alrededor. Un sargento mayor de la policía montada, portador de la cruz de oro, asumió el mando. Y todos los demás, coroneles, comandantes y capitanes, se pusieron a sus órdenes. Avanzó de una manera primitiva, es decir, avanzó en línea recta, por la carretera, en dirección a Märkisch-Buchholz. Convirtió la vanguardia en un ariete y en ella colocó los dos tanques Tigre y los carros blindados. Pero no pudo impedir que todos quisieran colocarse en vanguardia. El primer tanque marchaba a treinta metros del segundo, y en aquel hueco fueron colocados los paisanos, los soldados que carecían de armas, las mujeres y los niños. Los tanques avanzaban y disparaban. De pronto se detuvieron. Y los carros blindados que marchaban tras ellos —el tercero, el cuarto e incluso el quinto— se precipitaron sobre ellos. No quiero, querido tío Raimond, describirte ahora un campo de batalla. Únicamente quiero poner en claro mis ideas y por esto escribo lo ocurrido. Y también quiero aclararte a ti y a todos aquellos que lean esta carta que aquel ariete compuesto por mujeres, niños y soldados sin armas y apuntando hacia Märkisch-Buchholz era considerado en el refugio del Führer, por Bormann, Burgdorf, Jodl, Keitel y Krebs como una genialidad estratégica. Se produjo un desbarajuste, unos coches se precipitaron sobre otros. Y antes de producirse los choques, la gente que había en el espacio que mediaba entre ellos se desparramaba hacia ambos lados de la carretera. Pero cada vez cinco, seis o siete personas quedaban entre los coches. Cincuenta o sesenta personas —hombres, mujeres y niños— quedaron aplastadas en la carretera. Pero el ariete continuó rodando hacia Märkisch-Buchholz, hasta que llegó a las minas de una fábrica, donde fue dispersado en todas direcciones, machacado y atomizado por una súbita lluvia de fuego. También yo corrí. Pero, no; no es cierto. Me quedé petrificado como la mujer de Lot ante Gomorra; fueron las cosas que pasaron volando ante mí: las chimeneas, los montones de basura, las paredes ennegrecidas por el fuego, una vaca muerta, un torcido poste de telégrafos, un árbol, otro árbol...,

árboles, árboles, un bosque. Me encontré en un bosque al sur de la carretera Markisch-Buchholz. Vi a un tanque Tigre bajo los árboles. Nos reunimos unos veinte hombres. Nos agrupamos tras el Tigre y alguien tomó el mando del grupo: era un comandante. Desde la copa de un árbol, alguien hizo fuego contra nosotros; hubo varios heridos y cinco o seis muertos. El cañón del tanque apuntó hacia la copa del árbol y silenció el fuego. Dejamos a los muertos, colocamos a los heridos sobre el tanque y continuamos la marcha. Atravesamos el bosque y al amanecer llegamos ante un puesto de la artillería rusa. Era una de las baterías pesadas que disparaban sobre Berlín. No había ningún centinela y los artilleros dormían en pequeñas chabolas cubiertas de tierra. Abrimos fuego; los artilleros salieron de sus chabolas y murieron a nuestros pies. Inutilizamos los cañones y buscamos algo que comer. Sólo encontramos unos puñados de sémola. Tampoco el hombre que disparaba desde la copa de un árbol y a quien matamos llevaba nada de comida. "Ya lo ven ustedes: por eso han perdido la guerra", dijo el comandante. "Ningún soldado ruso lleva algo de pan, pero todos llevan municiones en el macuto. A nosotros nos ocurría lo contrario: ninguna munición, pero los bolsillos llenos de comida." A pesar de todo llenamos unos cuantos cascos con sémola que el comandante distribuyó entre sus cuarenta hombres. Luego decidió atacar un pueblo cercano. Los exploradores informaron que en el lugar había muy pocas fuerzas enemigas. Yo fui mandado con cinco hombres a cubrir el ala derecha. Pero yo no tenía ningún deseo de emprender una acción guerrera y entrar en aquel pueblo tras un Tigre y habérmelas luego con unas cuantas docenas de rusos para poder pillar finalmente un trozo de pan. Además, algunas de las observaciones hechas por nuestro jefe, especialmente lo que acababa de decir acerca de las causas por las cuales habíamos perdido la guerra, me habían hecho perder la confianza en el comandante. Así, pues, en vez de tomar parte en aquella expedición de saqueo, junto con dos de mis hombres, determiné ir por mi propia cuenta en busca de pan o de un sitio donde morir. Y al frente de mis compañeros me arrastré por un surco, llegué a una hondonada y volví al bosque. En el bosque encontramos a otro grupo de soldados. Los mandaba un sargento primero. Nos unimos al grupo. Éramos veintidós hombres. Al principio, cuando nuestra división emprendió la retirada, se hablaba de irrumpir hacia el oeste, de acudir en socorro de Berlín y de unirnos al sur de la capital al ejército de Wenck. En aquel grupo, sin embargo, se habían terminado los proyectos bélicos. "De día nos esconderemos entre los árboles y de noche, con ayuda de la brújula, caminaremos", dijo el sargento primero. "De esa manera quizá podamos llegar hasta el Elba y más tarde ya veremos lo que nos es dado hacer."

"Yo no creo que podamos ver el Elba, ni cualquier otro río. Lo que hemos dejado atrás... Espantosos gritos y desconcierto. Y no teníamos una mala gasa ni un trozo de pan. Un sorbo de agua para un herido era allí, entre el Dahme y el Spreewald, en aquel país tan rico en agua, un tesoro. "¡Ayúdame, camarada, que ya no puedo más!" Y nosotros pasamos de largo. "¡Echaros a tierra, cerdos! ¿Es que queréis delatarnos?" Pasamos de largo. ¿Qué podíamos hacer? Nosotros llevábamos a nuestros propios heridos. ¿Podía cada uno de nosotros cargar con tres o cuatro heridos? ¿Podía nuestro pequeño grupo cargar con miles de heridos? Pero ellos gritaban: "¡Cerdos! ¡Asesinos! ¡Sólo pensáis en vosotros!" Habían enloquecido a causa del dolor que les producían las heridas. Y chillaban como ninguna fiera ha podido chillar jamás.

Atravesamos aquel cementerio estremecido de gritos, y todavía llega aquel griterío hasta mí. No puedo escapar de él. Y ahora me alcanzan los disparos que aquellos desesperados nos descerrajaban por la espalda. Tío: Aquel cementerio que hay entre el Dahme y el Spreewald es un cementerio enorme, y no sé, en verdad, cuántas personas cayeron allí; no sé si cayeron cien mil o doscientas mil, y pienso si entre aquella gente también pereció la idea de humanidad y la fuerza para hacer el bien, que hasta entonces había unido a Alemania y a los demás pueblos del continente en una civilización común.

"Ya no puedo más, tío Raimond. He salido ileso de aquel infierno y ya no puedo más. Pero tenía que escribir esto; tenía que escribir el informe de lo que ha ocurrido en el frente del Este. Teníais que saber dónde fue a parar aquel frente y cómo se esfumó en la nada.

"En la nada... ¿Hubiera sido eso posible si —con tanto orgullo y tanta fuerza como avanzó— no hubiera sido llamado hacia el mismo centro? Nada, nada... Eso es todo lo que puedo pensar. Que Dios se apiade de mí."

Esta carta fue escrita en un bosque de pinos, entre la autopista de Berlín Ring-Neisse y el pueblo de Dornswalde y dirigida al jefe de la biblioteca militar, Raimond Stassen, en Potsdam.

El capitán Boehlke se metió la carta en un bolsillo de la guerrera. Creía haber llegado al límite de sus fuerzas, pero todavía anduvo algunas noches más en dirección oeste. Y Berlín, la capital envuelta en llamas, fue quedando atrás, perdida en un horizonte de fuego. Llegó al Fiener Bruch, pero tampoco allí, en aquellos terrenos pantanosos, cerca del pueblo de Fienerode, estaba el final de su peregrinación.

Los rusos habían tomado el pueblo, pero apenas se habían detenido en él. En Finerode sólo quedaban algunas patrullas. Boehlke entró en una casa de campo. Junto al fuego había dos hombres: un cabo de Estado Mayor y un muchacho de dieciséis años de las milicias. Boehlke y el cabo todavía vestían uniforme, pero ninguno de ellos llevaba emblemas ni distintivos, y los dos iban tocados con gorras de paisano. Anochecía. Un coche ruso se detuvo ante la puerta. Dos rusos entraron en la casa.

—¡Tú soldado alemán!

—No soldado alemán: trabajador de los Países Bajos —dijo el cabo de Estado Mayor.

El campesino confirmó:

—Trabajadores extranjeros, de Holanda.

También el muchacho de dieciséis años dijo:

—También trabajador de Holanda.

Boehlke calló.

Los dos rusos se acercaron a la mesa. Uno de ellos se sacó un gran mapa del bolsillo y lo extendió sobre la mesa. Querían ir hacia Hohenseeden, que estaba allí al lado, pero buscaba en dirección contraria, en la región de Lübeck. Llevaba una chaqueta de cuero y apestaba a perfume. No estaba borracho y se comportaba casi con amabilidad. El soldado que le acompañaba era un tipo bajo y delgado.

De pronto, el oficial dijo:

—¡Tú oficial!

Boehlke no respondió.

El de la chaqueta de cuero exclamó:

—¡Oficial o no oficial, es igual; tú venir con nosotros y enseñarnos camino!

LA VISITA DEL RUSO

El doctor Linth se dejó arrastrar por el mismo viento que se había llevado a Dolores. Mientras los tanques rusos avanzaban por el Oraniendamm y llegaban a la estación de Wittenau, el doctor atravesó el Tegel y la Jungfernheide, que todavía no habían sido ocupados, y llegó al Kaiserdamm y se encontró en la parte oeste de Berlín. A pesar de todo había mantenido la dirección adecuada. Iba hacia el Oskar-Helene-Heim, donde había una clínica de la que él era el director. Era uno de los últimos que, sin caer herido, habían podido hacer el camino de Hermsdorf hasta el oeste de Berlín, es decir, hasta Grünewald, donde los aviones rusos no dejaban de sobrevolar los tejados de las quintas. Barrio tras barrio, los rusos iban arrasando todo el sector de Grünewald. El doctor Linth se cruzó con un hombre vestido de uniforme que arrastraba una bicicleta cargada con grandes paquetes. El doctor no podía saber que aquel hombre, cuya silueta desapareció inmediatamente tras una densa cortina de humo, había de ser su ángel salvador. Entre el humo y el polvo surgieron otros rostros. Eran miembros de la milicia popular que, corriendo y echándose a tierra, avanzaban en dirección contraria a la suya.

—¡Lárgate, hombre! ¡Escóndete en el primer refugio!

Linth continuó su camino. Algo como un rayo se precipitó sobre una casa. Sonó una espantosa detonación. La fachada de la casa se agrietó, las paredes se vinieron abajo y una lluvia de piedras cayó sobre la calle. Alguien cogió a Linth por la pierna derecha y lo empujó hacia el suelo. "¡Échate al suelo, hombre!" Era el ángel de la bicicleta: era Sarfeld, director artístico y director de un teatro nacional. Sarfeld llevaba las enseñas de sargento primero y hasta una hora antes había sido el locutor que daba los partes referentes a los ataques aéreos y a los servicios de la Luftwaffe.

Ahora ya no había más que decir respecto a los servicios de la aviación. Lo único que cabía hacer era mantener la cabeza a flote.

La sección de Sarfeld había sido enviada a Mecklenburgo y una vez allí había sido destinada a Berlín. Él mismo se hizo cargo de los aparatos y con ellos llegó a la capital. Tenía orden de instalarse en el refugio del Zoo y organizar allí la emisión de los partes aéreos. ¡Organizar una emisión en medio de aquel desbarajuste! ¡Qué tontería! Ni por un momento pensó obedecer aquella orden. Se metió en los sótanos del Hohenzollerndamm y desde allí telefoneó a la torre de vigilancia aérea. No le necesitaban. "¿De qué nos sirven sus noticias?", le contestaron. "Si tiene usted un cañón, venga." Sarfeld se quedó completamente tranquilizado. De pronto, sin embargo, tropezó con su jefe: "¿Qué hace usted aquí? Le di la orden de presentarse en la torre de observación. ¡Si dentro de una hora no se presenta allí, le haré fusilar!"

El jefe tenía su coche ante la puerta.

—Eso no va a ser tan fácil, mi comandante. Tengo mis cosas dispersadas y debo reunir las. Y ya ve usted el aspecto que esto tiene...

El comandante se daba perfecta cuenta de la situación. Por todas partes, sobre bancos y mesas y bajo mesas y bancos, por todas partes se veían soldados, enfermeras, telefonistas y empleados que no podían llegar hasta sus casas.

—Bueno, empaquete usted sus cachivaches y dentro de dos horas

preséntese usted en la torre de observación —ordenó el comandante.

Sarfeld vio cómo se alejaba el coche de su jefe.

"¡Que aproveche! Ahora sí que se acabó. Ha llegado el momento de ahuecar."

Empaquetó sus "cachivaches" —pero solamente los de su uso particular—, los ató sobre su bicicleta y emprendió el camino. Dirección Monika, dirección casa, dirección Nikolassee. Menos mal que se había traído a Monika de Praga.

Había podido llegar hasta la colonia de Grünewald. Había tenido que echarse varias veces a tierra y en tres o cuatro ocasiones se vio obligado a esconderse en algún refugio. Pero había podido llegar hasta Grünewald. Cuando vio acercarse a aquel extraño individuo —que era el doctor Linth— estaba echado junto a la tapia de un jardín, tras la bicicleta. Aquel hombre parecía un suicida, puesto no reparaba en lo que estaba ocurriendo a su alrededor. Ni una sola vez se echó al suelo, cosa que en aquellas circunstancias todo el mundo hacía por puro instinto de conservación, sin reflexionar.

—Usted perdone —dijo Sarfeld al doctor Linth tras haberle obligado a echarse al suelo—. Usted perdone, pero me parece que, tal como estaba allí, junto a aquella pared que acaba de desmoronarse, hubiera recibido unas cuantas piedras sobre la cabeza.

—Sí; probablemente.

Parecía que la lluvia de piedras no le preocupaba lo más mínimo. Si no era un suicida, era un tipo raro. No se había equivocado.

Los dos —Linth y Sarfeld— continuaron juntos el camino. Otra vez se cruzaron con individuos uniformados que venían de Grünewald.

—¿Adonde vais? —les gritaron—. ¡Marchaos de aquí! ¡No podréis pasar!

Pero Sarfeld quería "pasar". Sarfeld quería encontrarse con Monika, que vivía con su madre. También quería deshacerse de su uniforme. Había llegado el momento de vestirse de paisano. La calle estaba llena de humo y polvo. En la acera de enfrente cayó un alud de piedras y la calle pareció poblarse de fantasmas. Casi no se veía. Pero los dos —Linth y Sarfeld— distinguieron perfectamente a una vieja que, apoyada en un bastón, avanzaba peligrosamente. De pronto, la vieja echó a correr entre el humo y el polvo. La vieja corría como hubiera podido correr una muchacha. Fue como una visión fantasmagórica. Una piedra cayó sobre ella y la vieja quedó tendida en medio de la calle. No se movió. Parecía una muñeca descoyuntada en medio del polvo y la humareda. Sarfeld tuvo una nueva sorpresa y volvió a comprobar la conducta suicida de su acompañante. El doctor Linth atravesó la calle, sobre la que caía una lluvia de piedra, hierro y madera, se arrodilló junto a la vieja y no se levantó hasta que hubo comprobado la muerte de aquella mujer. Luego, sin alterarse, regresó junto a su compañero.

Esta era la situación en Grünewald.

En Grünewald habían quedado unos hombres para cubrir la retirada de las últimas fuerzas de la milicia. Únicamente tenían una ametralladora. Unos cuantos soldados hacían fuego desde pozos de tirador. Allí donde aparecía una nariz, silbaba una bala. La infantería rusa se había instalado en la orilla de enfrente. Eran las avanzadas de los batallones que se habían abierto paso a través de Tempelhof, Friedenau, Steglitz y Dahlem y que acababan de llegar junto a la orilla del lago de Grünewald.

Imposible seguir adelante. Era imposible atravesar aquel campo de batalla,

y menos en compañía de aquel hombre. ¿Adónde quería ir? Buscaba a alguien. Buscaba a su mujer. Pero, ¿por dónde la buscaba? En Grünewald. Pero también por todas partes. Ella podía aparecer en cada esquina. Podía estar en el primer tanque ruso que asomara. En realidad, sin embargo, aquel hombre no se comportaba como si buscara a alguien. Parecía que no buscara a su esposa entre los vivos. Únicamente podía buscar a su esposa dentro de sí mismo. Esa era la cuestión. De todo ello se fue enterando Sarfeld mientras cuidaba que su compañero mantuviera la nariz bien pegada a tierra y no fuera agujereado por alguna bala siberiana y mientras corrían de árbol a árbol y deshacían el camino y se dirigían a la cabaña del Tío Tom.

Durante el camino tuvo que habérselas con un alocado teniente que reunía gente para poder irrumpir hasta la torre de observación aérea y pretendía que los dos formaran parte de la expedición. También tuvieron que descender a varios refugios y sufrir el alto de algunas patrullas que les pidieron la documentación.

—Pues salude usted a su esposa y me alegraré que alguna vez pase por la Teutonenstrasse, en Nikolassee —dijo Sarfeld a su compañero cuando ambos hubieron llegado a la cabaña del Tío Tom.

Sarfeld tomó la dirección de la Nikolassee, mientras Linth se dirigía en dirección contraria, hacia Oskar-Helene-Heim.

Una vez en Oskar-Helene-Heim, apenas había cerrado la puerta, así que se hubo puesto la bata blanca, la infantería rusa, que llegó del norte, procedente de Grünewald, y del este, de la Thielplatz y de la Kronprinzenallee, rodeó la clínica.

Durante media hora reinó un completo desbarajuste. Todo el personal — médicos, enfermeros, empleados e incluso los enfermos leves—, excepto las enfermeras, tuvo que abandonar el edificio. Linth fue conducido a Drei-Pfuhl-Platz, un pequeño jardín público situado cerca del Oskar-Helene-Heim, y juntado a un grupo de paisanos y soldados, algunos de los cuales llevaban algunas prendas civiles, recién salidos de sótanos y refugios.

Los rusos comenzaron en seguida a seleccionar las personas del grupo. Unos fueron destinados a engrosar las columnas de los prisioneros de guerra y otros a realizar trabajos de descombro. Antes, sin embargo, se vieron obligados a entregar todos los objetos de oro y plata, así como relojes, plumas estilográficas y cortaplumas. Los rusos parecían necesitar todo aquello e incluso se apropiaban de los pañuelos de bolsillo. Los seleccionadores se acercaron a donde estaba Linth.

El doctor Linth llevaba una bata blanca y, en su brazo derecho, un brazal con el distintivo de la Cruz Roja. El comandante, un oficial gordezuelo con grandes bigotes, hizo varias preguntas a los presentes, entre los cuales había muchos trabajadores extranjeros. Un soldado se acercó a Linth durante el interrogatorio. Era un hombre de baja estatura y delgado que empuñaba una pistola. "Tú, pam, pam. Tú, pam, pam", dijo al doctor. Y al cabo de un momento volvió y repitió lo mismo. La escena se repitió varias veces. A Linth le tenía sin cuidado lo que pudiera ocurrirle, e incluso le era indiferente el hecho de morir a manos de un ruso, pero las idas y venidas y las palabras de aquel hombrecillo le molestaban como le hubiera podido molestar el zumbido de un mosquito.

El oficial gordezuelo también se hartó.

Un puntapié en el trasero, que el hombrecillo encajó sin rechistar, puso fin a la escena. Una disciplina tan caprichosa como se quiera, pero una disciplina,

al fin y al cabo. Allí donde falta una íntima cultura, es preciso que la disciplina tenga que corregir las cosas, pensó Linth. Pero aquella experiencia estaba en contradicción con la que había vivido en Hermsdorf.

Se le dijo:

—Tú, doctor... tú, a casa.

A casa... ¿Dónde estaba eso? El Oskar-Helene-Heim acababa de ser cerrado. Hermsdorf quedaba muy lejos y además no tenía ningún interés en volver allí. En todas partes estaba en su casa y se dejó llevar por el azar. Caminó por Zehlendorf, a lo largo de la Argentinische Allee y volvió a pasar ante la cabaña del Tío Tom. En los sótanos y en las calles había trabajo para él. Cerró los ojos a un muchacho que estaba tendido entre unos matorrales. Era casi un niño. En uno de sus bolsillos llevaba munición y en otro bombones. Vendió un brazo a un sargento de la policía montada. Aquel sargento era el único superviviente de su escuadra. Aquella misma mañana se había hecho cargo de una supuesta línea de resistencia, que en seguida tuvo que ser abandonada entre el humo y el polvo. Y el sargento fue inmediatamente enrolado en otra improvisada unidad. El sargento, que ahora vestía de paisano, no salía de su asombro al ver que los rusos le habían dejado en libertad y le permitían ir a donde quisiera. Linth siguió su camino y alguien le llamó desde la alcaldía. Helfenstein, el alcalde, había capitulado (nadie en Zehlendorf, a pesar de las bandas de policía, del ejército y de las Juventudes de Hitler, tenía ninguna autoridad), y luego, tras haber hecho entrega de la alcaldía, se había pegado un tiro. El doctor Linth no pudo hacer otra cosa que extender un certificado de defunción, una formalidad que al cabo de poco tiempo, dado los muchos casos de suicidio, se consideró como algo totalmente innecesario. Continuó su camino y anduvo por calles desiertas. Todo estaba lleno de humo, pero ya no se oía ningún disparo. De pronto oyó voces en alemán, y también oyó una orden: "Desplegarse". Unos soldados se desplegaron en guerrilla y avanzaron por la calle en dirección este. Tras ellos rodaba un tanque. Los soldados y el tanque desaparecieron entre el humo como un fantasma. Otra plaza. Carros, caballos desenganchados y grupos de personas, prisioneros y mujeres, algunas de las cuales necesitaban urgente ayuda médica. La bata blanca y la enseña de la Cruz Roja eran para Linth como un salvoconducto, y su despreocupación y su indiferencia, que tanto contrastaban con el pánico de los demás, le abrían paso por todas partes. Otra vez, un puente entre los dos frentes. Un aviador que acababa de ser tocado y cuyo aparato se precipitaba al suelo dejó caer sus últimas bombas. Un grupo de soldados rusos se refugió en una tienda y arrastró a Linth. En la tienda había dos enfermeras de la Cruz Roja que deseaban ir al hospital de la Spanische Allee. Preguntaron a Linth si también llevaba aquel camino y si las quería acompañar, pues tenían miedo de ir solas.

Una vez pasado el peligro, los soldados rusos volvieron a salir a la calle. El doctor Linth acompañó a las dos enfermeras. Caballos muertos. Soldados muertos. En la calle no se veía ningún ser vivo. Pegado al ventanuco de un sótano había un rostro contraído por el terror. En otros agujeros había otros rostros que miraban con asombro el paso de aquellas tres personas. Desembocaron a una gran avenida por la que avanzaban tropas rusas. Las dos enfermeras estuvieron a punto de echar a correr. Linth las tranquilizó. "No sucederá nada que no tenga que suceder", les dijo, y les aclaró que los refugios eran tan poco seguros como la calle. Por otra parte, era poco probable

que algún soldado saliera de las filas de una columna en formación. Y estaba en lo cierto. Los soldados rusos se mostraron muy sorprendidos y algunos de ellos les gritaron:

—¿Tú no huir? ¿Tú no tener miedo de ruski?

—No, no tengo miedo. ¿Por qué había de tener miedo?

Y, sin ser molestados, pudieron continuar su camino. De las casas salían miradas curiosas, asombradas. Un hombre salió de un sótano. Luego, en seguida, apareció otro. La gente comenzó a asomarse por puertas y ventanas. Todo el mundo salió a la calle. Y, con los brazos en alto, el público saludó a los recién llegados. Un ruso probó de montar en una bicicleta, se tambaleó, se acercó peligrosamente a la columna, hizo un zigzag y fue aplaudido por los espectadores. De pronto comenzaron a arrojarse flores a las tropas. ¡Por fin! ¡Por fin podemos salir de los refugios! Ya no habrá más alarmas aéreas que nos obliguen a vestirnos por las noches. ¡Por fin podremos dormir tranquilos!

El asfalto de las calles estaba saltado. Pasaron unos tanques. Los brazos se agitaron en el aire. Los soldados de infantería sonreían. Un claro. Ante una compañía, dos cosacos. Los caballos de los cosacos levantaron las manos delanteras y patearon en el aire. Y la gente aplaudió como si estuviera en un circo.

¡Por fin!... Por fin había pasado la guerra. Linth acompañó a las enfermeras hasta la puerta del hospital. Luego continuó él solo. No sabía adónde quería ir, pero no podía detenerse. Llegó ante un puente destrozado y retrocedió. Se adentró por unas calles desiertas. Un "órgano" de Stalin se ensañaba contra unas casas. Los disparos caían sobre patios, jardines y campos de ruinas. El citiso estaba completamente florido. Las peras aparecían maduras. Un jardín asomaba lleno de flores blancas. Era primavera y sobre el humo y el polvo se levantaba un cielo azul ligeramente teñido de rosa. Linth descubrió una fuente y se detuvo a beber en ella.

Pronto se hizo de noche. Cerca de allí, y también a lo lejos, se encendieron unos fuegos. Grupos de rusos y pequeños caballos sin montura iban de un lado para otro entre la creciente oscuridad. Se oían voces extrañas, pronunciadas de forma gutural.

Linth bebió en sus manos.

—¿Es usted médico? ¿Sería usted tan amable de acompañarme? —le dijo un hombre—. Mi nombre es Wittstock. No se trata de mí, sino de una mujer, de una señora que tengo recogida en mi casa. La cosa ha ocurrido de repente; ha ocurrido durante el cambio... Los rusos me sacaron a la calle.

Wittstock había sido sacado a la calle por los rusos. Y todo ocurrió a causa de aquel cuadro que tenía guardado en la carbonera. ¡Quién lo hubiera dicho! Aquel cuadro, en cuyo primer término aparecía un famélico trabajador y sobre él, ondeando en el cielo, una gran bandera roja. Aquel cuadro cuyo lema era: "Hambre en Alemania". No podía haber habido una mejor patente de seguro que aquella. Era como si durante doce años hubiera guardado en su casa la cartilla de miembro del Partido. Así, por lo menos, se lo explicó él al teniente y a los soldados que fueron a registrar su casa. Pero el efecto que causó aquel cuadro era absolutamente contrario a lo que él había supuesto. Imbécil, majadero, tonto; esas fueron las palabras del teniente. Y luego hizo que sus soldados, que llevaban la bayoneta calada, le sacaran de la casa. De paso, los soldados desvencijaron una cómoda. Wittstock llamó al polaco en su auxilio, pero el polaco no sólo no pudo arreglar la situación, sino que todavía empeoró

las cosas. Y al final todo el mundo tuvo que abandonar la casa. Wittstock y su esposa, el polaco Sikorski, los dos mulatos, las dos mujeres escapadas de prisión y la esposa de Aachern y sus dos hijos, quienes —¡quién lo hubiera dicho!— fueron tratados de "malditos comunistas"; todo el mundo fue empujado hacia la calle. Y a la señora de Halen le había afectado tanto aquel espectáculo que comenzó a sentir los dolores del parto y tuvo que ser llevada rápidamente al refugio de una familia amiga, donde en aquel momento estaba tumbada sobre el suelo.

Su nuevo amigo, el arquitecto Poppert, que pertenecía al "Dreyer-Kreis", le ofreció su casa y le rogó que fuera al próximo hospital en busca de un médico. Y el hombre de la bata blanca y el brazal de la Cruz Roja era exactamente lo que necesitaba. Por otra parte, el camino del hospital estaba lleno de soldados rusos y probablemente no hubiera podido pasar. Y el hombre de la bata blanca era realmente un médico. Mejor no hubiera podido ocurrir.

—Como le digo, no se trata de mí, sino de una señora a quien no conozco —dijo Wittstock—. Los sustos y las angustias que pasó al ser empujada hacia la calle han sido la causa de que comenzara a sufrir. Creo que pronto dará a luz.

No necesitó dar muchas explicaciones. Linth aceptó acompañarle inmediatamente. El doctor dejó que Wittstock le condujera hacia la Pfeddersheimer Strasse y le siguió hasta el refugio particular del arquitecto Poppert. El refugio estaba lleno de mujeres y niños y numerosos vecinos de otras casas. Linth se acercó a la parturienta, que estaba echada junto a una pared. La mujer, que era muy joven y hermosa, tenía el cabello rubio y los ojos muy grandes y claros. Su rostro estaba casi blanco. La boca estaba contraída a causa de los dolores. Pero no pronunció ni una queja y dirigió al doctor una mirada de disculpa y agradecimiento. Al cabo de unos momentos, su rostro se distendió y pareció que ya no sufría tanto. Linth confirmó la predicción de Wittstock: la mujer podía dar a luz de un momento a otro, pero según como fueran las cosas también podía tardar algún tiempo más.

Unos rusos borrachos entraron en el refugio. Los rusos eran conducidos por un alemán que, al tiempo que se encogía de hombros, le dijo a Poppert:

—Lo siento; estos hombres están en mi casa con mi esposa y mis hijas y desean más mujeres. No he tenido más remedio que traerlos aquí.

Los rusos comenzaron a mirar a su alrededor. Escogieron a la señora Aachern y a su hija de quince años —Anneline Aachern— y a la señora Halen.

—De ninguna manera —dijo el doctor Linth—; la mujer está encinta. Encinta, encinta —repitió, pues el ruso parecía no entenderle.

—¡Tú insultarme! —rugió el ruso.

—Encinta —repitió Linth.

—¡Tú estar insultándome! El ruso sacó la pistola.

—¡Alto! —gritó el polaco—. ¿No entiendes lo que te está diciendo el doctor?

El polaco intervino un segundo antes de que pudiera producirse la catástrofe. El ruso se tranquilizó y luego, acompañado de sus camaradas y de la señora Aachern y de Anneline Aachern, salió del refugio. Y el vecino alemán, tras balbucear unas palabras de disculpa, se marchó tras los rusos.

Aquella visita no fue la primera, ni había de ser la última. La calle, que durante las primeras horas de la tarde había sido testigo del cariñoso recibimiento que los vecinos dispensaron a las tropas rusas, cambió su rostro

al anochecer. Las columnas se habían dividido en escuadras y en pequeños grupos que merodeaban de un lado a otro. Y los soldados irrumpían en las casas y registraban hasta los sótanos. Todos estaban borrachos y siempre iban en grupos. Tap, tap... se oía sonar en las oscuras escaleras. Los soldados subían procurando no hacer demasiado ruido. Luego, en el corredor, ante una puerta, se pronunciaban un par de palabras a media voz, y si la puerta no se abría inmediatamente, sonaba un disparo y saltaban la cerradura. A veces, una pandilla irrumpía violentamente en un refugio, y otras, las menos frecuentes, un rostro solitario se pegaba a la ventana de un sótano. Todos iban en busca de mujeres, aguardiente y relojes, y las mujeres eran para ellos como objetos que despertaban su máxima codicia, objetos que a veces se entregaban con docilidad y otras se resistían, que a veces permanecían mudos y otras proferían tremendos chillidos...

Una puerta se abrió y en el interior de la habitación aparecieron una madre y su hija. Y la madre y la hija, una junto a otra, tuvieron que satisfacer las exigencias de los soldados y todavía estuvieron contentas de que no vinieran más que tres visitantes. Una mujer estaba junto a sus pequeños y la cosa tuvo que suceder en presencia de ellos, y los pequeños permanecieron con sus puñitos cerrados y los ojos llenos de lágrimas. Un padre oyó voces extrañas en el corredor y como no podía hacer nada para salvar a su hija se marchó de la habitación, dejando a la chica en compañía de cinco hombres. "Soy una niña", lloraba una muchachita de once años, y repetía unas palabras que había oído decir a la gente mayor y cuyo significado apenas alcanzaba a comprender, y tras una larga discusión del soldado ruso que la apremiaba la dejó en paz, no sin antes haberse quedado con una joven que, sin saber lo que ocurría, entró en la habitación de la pequeña.

En una casa de la Argentinische Allee, sentada junto a una ventana, había una joven vestida con un traje de noche. Y mientras las demás mujeres se ensuciaban el cabello de blanco y se tiznaban la cara, aquella muchacha se acababa de poner sus mejores prendas. Ciertamente que aquella muchacha había hecho el camino de Berlín a Moscú y de Moscú a Berlín, pero el caso es que tenía una forma muy particular de detener las acometidas de los rusos. Estaba sentada junto a una lámpara de pie y en la habitación se veían alfombras y cortinas. La ventana se abrió de pronto y un ruso saltó sobre la marquesina. "*Schto Wui Jelaetje?*" (¿Qué desea usted?), dijo la joven. El cañón de la pistola apuntó hacia el suelo. La escena y las palabras dichas en ruso produjeron un efecto mágico: el soldado murmuró unas palabras de excusa y desapareció al momento. La comedia se repitió tres veces seguidas. "Me tumbó sobre el suelo y no dejó de apuntarme con el arma —contó luego la joven—. Grité con todas mis fuerzas, como una loca." Gritó tanto que un oficial echó la puerta abajo e irrumpió en la habitación. Y en un santiamén saltó sobre el soldado, le empujó hacia la ventana y lo precipitó al jardín, no olvidándose de arrojar tras él la pistola que había quedado en el suelo. "*Kak sche etot moschet büit, wui sche dama?*" (¿Cómo es eso posible? ¡Usted es una señora!), dijo el oficial. Y entonces fue ella la que le miró sorprendida a él.

El locutor de los partes aéreos y director de un teatro nacional, llegó a su casa, se cambió de traje, y en compañía de su madre y su novia, se fue al primer refugio que encontró. Era un gran bloque de casas y los sótanos estaban uno junto a otro. Los sótanos estaban llenos de gente.

Pasaron algunas horas hasta que se anunció la llegada de los rusos y

aquella espera bastó para que aparecieran armas de fuego y se organizaran toda clase de proyectos de defensa. Sarfeld observó a un grupo de muchachos que armados con fusiles y pistolas entraban y salían del refugio.

—Si disparáis uno de esos trastos, los rusos prenderán fuego a toda la casa —les dijo Sarfeld.

Uno de los muchachos le echó una torva mirada.

—¡Los rusos no se apoderarán de Berlín! —le contestó otro—. Los americanos están en Teltow y el ejército de Wenck ya ha llegado a Wannsee.

—¡Estáis locos! ¡Acabo de ver a los rusos en el Grünewaldssee!

El jefe de la banda, que era un tratante de legumbres, intervino:

—¡Camaradas, aquí, en el refugio, hay un tipo que hace propaganda, y vaya clase de propaganda!

—¡Afuera! ¡Afuera! —gritaron algunos.

Sarfeld comprendió que si no quería convertirse en víctima de aquellos sujetos debía obrar inmediatamente. Y no dudó ni un instante: saltó sobre el jefe de la banda y antes de que los demás pudieran hacer nada, le propinó un par de puñetazos, lo tumbó al suelo y lo dejó fuera de combate. Muchos de los presentes, que hasta entonces no se habían atrevido a hablar, se pusieron de su lado. El tratante en legumbres, así como media docena de exaltados, entre los cuales también había varias mujeres, fueron encerrados en el sótano contiguo.

—Aquí pueden quedarse hasta que se pudran o hasta que lleguen los rusos y hagamos el traspaso. Y ahora, en marcha. Debemos arreglar la calle y las casas de manera que al llegar los rusos no se produzca ninguna violencia.

Sarfeld organizó un comité que en seguida tomó contacto con los vecinos de la casa de enfrente. Las armas desaparecieron y al cabo de un momento, en puertas y ventanas, ondearon banderas blancas. Aquella calle no quería más que paz.

Al llegar los rusos no hubo disparos ni complicaciones. Pero la cosa cambió cuando se hizo oscuro. "¿Mujer, viene? Uri, uri..." Llegaba un soldado y se llevaba a una mujer. Y luego venía otro y hacía otro tanto. Y las mujeres regresaban en silencio o llorando. Todas las casas fueron registradas y saqueadas. Sucedió lo que Sarfeld se había imaginado. Se fue a ver al comandante del puesto, cuyo cuartel general estaba instalado en la esquina de la calle. Fue recibido por un intérprete, quien le dijo que no había nada que hacer, pues los alemanes habían procedido en Rusia de la misma manera. Sarfeld respondió que ignoraba lo que los alemanes habían podido hacer en Rusia, pues él era actor y no se había movido de Alemania. El comandante — un joven y pulido teniente— reconoció entonces en Sarfeld al hombre que había presidido la comisión que, a la entrada del barrio, le había hecho entrega de un montón de armas. De manera que aquel hombre era un actor. Pues eso representaba un punto más en su favor.

—¿Tú artista? ¿Tú hacer teatro? —le dijo a Sarfeld.

—Sí, y mi novia también. Mañana me caso con ella.

—¿Mañana esposa? Muy bien. Pues yo venir. Yo ser tu invitado. Yo cuidar de ti mientras esté en este barrio.

A Sarfeld le fue permitido instalarse en el mismo edificio en que vivía el teniente. Luego preguntó si podría traer a unos amigos a la casa. Y el jefe también aceptó. Así, pues, Sarfeld se presentó en su nueva residencia acompañado de su madre, su novia y un grupo de mujeres. Veinte personas se

acogieron de esa manera a la protección del teniente ruso. Aquello, si se pensaba en lo que ocurría en los sótanos de las demás casas, no era demasiado tranquilizador, pero al fin y al cabo era mejor así.

El refugio privado del arquitecto Poppert fue visitado cada quince o veinte minutos por nuevos grupos de soldados. Unas veces aparecía un hombre solo y otras irrumpían cinco o seis. Los tres primeros se volvieron a presentar de nuevo. Cada vez eran revueltas las maletas y cada cual se llevaba lo que le parecía bien. Muchos salían cargados con prendas de mujer. Y una y otra vez caía la luz de las lámparas de bolsillo sobre los refugiados, que eran registrados de pies a cabeza. Pero a ninguno de ellos le quedaba nada de valor, pues los anillos y relojes habían pasado a ser propiedad de los primeros visitantes. En una ocasión sonaron varios disparos "para establecer el orden". Otras veces todo transcurría a medias palabras. "¡Mujer, ven!" Y al cabo de un rato la mujer regresaba con el rostro desfigurado por el dolor. Durante las pausas la gente caía al suelo y se dormía profundamente. Habían llegado a un estado de absoluta indiferencia, pues no podía ocurrirles nada peor de lo que les estaba sucediendo, y más que nada necesitaban descansar. Y se dormían, lo cual era un alivio para sus destrozados nervios.

Dos mujeres entraron tambaleándose en el refugio. Estaban borrachas, habían perdido la moral y comenzaron a reñir a los demás.

—Mejor tener a un ruso sobre la barriga que una bomba rusa dentro de sí; pero soportar a veinte hombres, uno tras otro, eso ya no hay quien lo aguante.

La mujer llevaba un abrigo de pieles. El abrigo se abrió y la mujer apareció desnuda. Dos o tres veces se había podido escapar de la casa, pero fue pillada de nuevo. Abroncó a las demás mujeres y las acusó de gandulas y las reprochó tener que hacer todo el trabajo ella sola. La acompañaba una muchacha de unos dieciocho años, que también estaba bebida y gritaba con el primero que tropezaba. Los hombres también recibieron lo suyo. Eran unos cobardes, parecían conejos y hubieron hecho mejor con dejarse matar en el frente. De pronto, en medio del griterío, una de las dos, la que tenía más edad, rompió a llorar, y su compañera no tardó en imitarla. Tras muchos esfuerzos, Poppert consiguió sacar a las mujeres del refugio y llevarlas a un piso superior.

El doctor Linth hizo cuanto pudo por la señora Halen. Durante mucho rato no se apartó de ella. Los síntomas anunciaban un parto normal.

Fue requerido por alguien.

Mucha gente se suicidó aquella noche. Y muchos más intentaron hacerlo. El motivo más corriente era las visitas de los rusos, aunque muchos se quitaban la vida por pura desesperación. Una mujer se ahorcó de los barrotes de su cama. Otra, al abrirse la puerta de su habitación, cogió a sus dos pequeños y se arrojó con ellos por la ventana. Muchos habían tratado de quitarse la vida a base de ingerir somníferos, y en esos casos se podía prestar algún auxilio. Otros se habían abierto las venas, pero pocos de éstos consiguieron quitarse la vida, pues raramente procedían como hizo Séneca, que era un gran entendido en cuestión de anatomía y supo cortarse las venas por el sitio preciso y tuvo la precaución, además, de meterse en el baño. Los suicidas de Zehlendorf, en auxilio de quienes acudió el doctor Linth, presentaban por lo general unas heridas que no eran mortales. A veces, sin embargo, ocurrió que una madre, después de haber cortado adecuadamente las venas y los nervios a sus hijos, sólo acertó a causarse leves heridas en la muñeca.

Linth abandonó un gran bloque de casas cuyas escaleras estaban llenas de rusos. No pudo salvar a la mujer en cuyo auxilio había acudido. Al regresar al refugio fue llamado por Poppert, quien le condujo al piso donde había llevado a las dos borrachas. Las dos mujeres se habían envenenado. Una, la más joven, estaba estirada sobre la cama, y la otra estaba en la bañera con el abrigo puesto. Las dos habían ingerido una gran dosis de somníferos. Ayudado por Poppert, Linth sacó a la mujer de la bañera, que estaba llena de agua fría, y no pudo hacer más que certificar su muerte. La otra, que resultó ser una estudiante de música que habitaba en aquella misma calle, pudo ser salvada. Todavía estaba borracha, y al volver en sí se agarró a Poppert y quiso tumbarlo sobre la cama, y al apartarse él le repitió los improperios que antes, en el refugio, había oído proferir a su compañera.

Linth fue llamado en socorro de la señora Halen. Como el parto iba a producirse de un momento a otro y no había ninguna comadrona, Linth se encargó de todo lo necesario. Una mujer cogió al recién llegado, lo bañó, lo envolvió en un paño y lo colocó junto a la joven madre, que tras los dolores del parto descansaba sobre un colchón. Su rostro ya no perdió la serenidad ni cuando una serie de disparos sonaron en el sótano.

Tres, cuatro, cinco disparos resonaron en el refugio. Unos trozos de yeso cayeron del techo. Las velas se apagaron. Oscuridad, polvo y rostros extraños. Un gran griterío. Un individuo alzó la voz sobre los demás.

—¿Dónde está soldado? ¿Dónde está soldado alemán?

Allí no había ningún soldado alemán.

—¡Uri, uri!...

Los relojes ya habían sido requisados. Las maletas y los sacos volvieron a ser registrados.

—Nada bien, nada bien.

—Todos los hombres a la pared.

—A ti, ahora, pam, pam.

A Linth tanto le importaba; a Poppert tanto le importaba y a los demás tanto les importaba. Ninguno de ellos descollaba por su valentía, pero la escena se había repetido muchas veces y todos estaban extenuados. Únicamente sentían repugnancia. Y deseaban que todo aquello terminara de una vez, aunque tuvieran que quedar con la cabeza acribillada a balazos.

No sonó ningún disparo. Gritos de sorpresa:

—¡Ah! ¡Oh! ¡Un niño! ¡Está llorando un niño!

Sobre unos almohadones había un niño que lloraba. Junto al recién nacido había una mujer. El niño acababa de nacer.

—¿Ahora? —preguntó el ruso.

—Sí, ahora.

El jefe de los rusos era un tipo que debía medir unos dos metros. El hombre se fijó en un acordeón que estaba en una estantería, lo cogió y se plantó con él ante la joven madre. Tenía los ojos de color pardo oscuro y todo él parecía un pirata. De pronto dejó, de estar borracho y, con una hermosa voz de bajo, cantó la canción del peral, luego la canción de las grandes estepas que hay tras el Baikal, y más tarde, sin hacer ninguna pausa,

"Volga, Volga, math radnaja..."

Sacó a sus hombres del refugio y les ordenó que no dejaran entrar a nadie

más. Y la paz volvió a reinar en aquel lugar. Nadie más fue molestado. La muchacha que había intentado envenenarse volvió al refugio. Se sentó en un rincón y no dijo nada. Estaba sorprendida. Unos roncaban y otros no podían cerrar los ojos. El gigante cantaba a media voz.

—¿Es niño?

—¡Es una niña!

*Florece manzanos y perales,
asciende la niebla del río,
¿y tú, Katiuska,
hacia dónde vas por la orilla?*

DOLORES

Ruido de cadenas y olor a bencina y aceite.

El ruido de las cadenas del tanque no le molestaba y el olor de los motores, tampoco.

Era ella, Dolores. Era dos veces ella: una con un vestido blanco rematado con una cenefa de flores bordadas; otra, ya mayor, la misma Dolores con largas trenzas. La tercera... ¡Qué ruido!

Volga, Volga, nuestra madre...

También ella había visto una película, cuyo argumento estaba inspirado en la letra de aquella balada. Los barcos del ladrón Stenka Rasin remontan el río. En el camarote del capitán hay una princesa. La tripulación está descontenta de su jefe. Está a punto de producirse un motín. El capitán de los bandidos entra en el camarote, coge a la princesa y la arroja al Volga.

Nada, sin embargo, pudo salvarle. Nada pudo salvarle, no ya en la película, ni en la balada, sino en realidad.

El bandido cayó en poder de los hombres del Zar, fue metido en una jaula y, desnudo, como si se tratara de una fiera, fue conducido a Moscú, donde fue decapitado en la Plaza Roja.

Volga, Volga...

Ahora, la realidad es muy diferente.

El ruido de las cadenas hiere los oídos, y los gases y el humo irritan los ojos. El tanque atravesó una ciudad y durante todo el trayecto a través de las calles no dejó de disparar. Y el tanque se llenó de gases y de un humo que se pegaba a las paredes, a su rostro y a su piel. Y ella, con un capote echado sobre la blusa iba hacia no sabía dónde.

Todo es muy diferente: la cabina y la noche.

Era como un infierno. Un hombre conducía, otro disparaba, otro colocaba los proyectiles en la boca de acero, el cuarto golpeaba sobre un aparato de morse y el quinto, el comandante del tanque —que asomaba medio cuerpo

fuera del vehículo—, tenía sus pies junto a ella y la cabeza fuera de la escotilla. En la penumbra había suficiente claridad para distinguir el sudoroso rostro de aquellos demonios. No podía tumbarse, ni estirar las piernas, pues era algo así como un pasajero sin sitio o como un bulto arrinconado. Aquello era una sepultura andante, un féretro de acero, y cada uno de los ocupantes tenía una ranura por la que observar; pero ella, no. El tanque montó por una cuesta y todo resbaló hacia atrás y ella se vio arrastrada por unos bidones vacíos. El conductor y el radiotelegrafista se sonrieron irónicamente, pero el tercero le ofreció el brazo y la volvió a cubrir con el capote. También entre aquellos demonios eran posibles las cortesías. Afuera, entre el humo, las ráfagas de ametralladora chocaban contra el vehículo como guisantes lanzados sobre una superficie de hojalata.

El comandante, que continuaba en la escotilla, gritó:

—¡Tegel, Tegel!...

Tegel había sido tomado y el tanque pasó sin detenerse.

No cesaba aquel ratear. A los hombres del tanque no se les permitía tomar aliento. El radiotelegrafista —el "radist", como ellos le llamaban— era un muchacho joven, de cabellos rubios. El conductor, sin embargo, tenía un cabello oscuro como la noche y una boca de labios delgados que le iba de una oreja a otra. Avanzar y disparar. Los cartuchos vacíos producían un gran estrépito al caer. Jadeaban, escupían hacia delante y el sudor dibujaba pequeños surcos sobre sus rostros ennegrecidos.

Dolores pensaba en su marido, que había quedado atrás. ¿Vivía? El rostro de Dolores estaba pálido y sus cabellos ensangrentados y aquella sangre, por extraño que pareciera, era para ella como un incontestable testimonio de vida. En aquella casa de Hermsdorf, cuyos moradores habían sido expulsados por los rusos, en aquella horrible cama no había sucedido nada. El comandante del tanque era un hombre metódico y precavido. La echó sobre la cama, la cubrió cuidadosamente, se tumbó junto a ella y antes de ponerse a dormir llamó al individuo de la boca grande y le dio unas órdenes. No sucedió nada y únicamente luego, tras unas cuantas horas, cuando el tipo de la boca grande entró y despertó al comandante, cayó ella en la cuenta de lo que le había ordenado el soldado. El comandante deseaba dormir y quería que le despertaran cada dos horas. Cuando el soldado entró en la habitación y despertó a su jefe, éste le mandó a paseo, dio media vuelta y continuó durmiendo. La escena se repitió un par de veces. Él durmió toda la noche y ella no pudo cerrar un ojo. Así había transcurrido aquella noche: *¡la drôle de guerre!*

El día comenzó con un toque de trompeta. El hombre se incorporó en la cama, la contempló y frunció el ceño. Estaba furioso por haber dormido toda la noche, pero ahora ya era demasiado tarde. Y encontró una horrible solución: la cogió en brazos y se la llevó.

¿Qué iba a suceder ahora?

Estampidos y mal olor. Le volvieron a escocer los ojos. Cesaron los disparos. Hasta ella llegó un ruido de voces. ¿Hacia dónde se dirigían? Volvió a ponerse en pie.

Apenas podía levantar la cabeza en aquella mazmorra de acero. Rodar de cadenas, zumbas de motores, pisar de caballos y el aire lleno de voces. Y adelante, siempre adelante. El hombre de la escotilla se agachó y le dijo algo. El de los cabellos rubios le ayudó a ponerse el capote y le colocó un gorro militar. Podía asomar la cabeza por la escotilla y mirar hacia fuera.

Un mundo cambiado.

Una hilera de tanques sobre los que aparecían sentados muchos soldados de infantería. Los tanques iban escoltados por jinetes: a la derecha cosacos y a la izquierda caucasianos. Sables y lanzas relampagueantes, multicolores bufandas ondeando al viento, rígidos cueros sobre las grupas de los caballos. La calle, que estaba tirada a cordel, fue atravesada sin ningún obstáculo. La gente comenzaba a desclavar las maderas que tapaban las ventanas de las buhardillas y a desenganchar los negros papeles que cubrían los vidrios de las ventanas de los pisos inferiores. Y aparecieron banderas blancas.

Banderas blancas hasta allí donde podía alcanzar la vista.

Gritos, manos agitadas, rostros asombrados. Los tanques continuaban rodando. La banda militar de la caballería comenzó a sonar: música. Tras la caballería marchaba la infantería. Ingenieros. Minadores. Intendencia. Camiones y carros cargados con enseres domésticos y colchones.

Unas gorras volaron por el aire.

—¡Guerra acabada! ¡Hitler acabado!

Una tupida muchedumbre se apiñaba en la calle. Todo el mundo gritaba:

—¡Cómo ha vuelto a mentir Goebbels! ¡Qué gente más simpática! ¡Mira a aquel pequeño montado en una bicicleta!

Cesó la música. El aire se oscureció. La columna se detuvo. Delante de todo apareció una nube de humo. Era al final de la calle. Unas llamas salieron de la estación de Wedding. El "organillo" de Stalin comenzó a sonar. La caballería galopó hacia adelante.

La mujer tuvo que volver a ocultarse en su mazmorra de acero. El comandante también se metió dentro y la escotilla fue cerrada de nuevo. Humo y calor. El tanque avanzaba y retrocedía. A la mujer le volvió a doler la cabeza y los ojos le ardieron de nuevo. Transcurrió mucho rato. Por fin se detuvo el tanque. La escotilla volvió a ser abierta. La hicieron salir del tanque. Era de noche. Alguien arrojó por la escotilla siete u ocho bidones vacíos. Llegó un tanque de gasolina y los bidones fueron llenados. Se cargaron municiones. El muchacho rubio trajo comida: una espesa pasta de mijo. También ella recibió su ración. El comandante del tanque fregó una cuchara con arena, pasó luego un trapo por ella y se la ofreció. Ella observó a los comensales. El tanque estaba puesto en una larga fila de tanques que rodeaba la iglesia. Entre algunos tanques habían sido colocados grandes montones de paja. ¿Le sería posible escapar a través de la noche poblada de voces extrañas? ¿Hacia dónde ir? ¿Hasta dónde podría llegar? Se tumbó sobre unas mantas de caballo. Conservó el abrigo puesto, pues casi iba desnuda. Estaba sola, pero oía rumores de voces. El comandante del tanque estaba agachado ante un cubo y se lavaba. Sus compañeros se reían junto a él. La parte superior de la iglesia se destacaba a la luz de un lejano incendio. En aquella iglesia había sido bautizada y allí, junto a sus columnas, había jugado al escondite. Allí, en la plaza de la iglesia, convergían, procedente del norte, la calle de Reinickendorf; procedente del canal y de Moabit, es decir, del oeste, la calle de Fenn, y la Friedrichstrasse, que conducía hacia el centro.

Estaba sola y se encontraba, sin embargo, cerca de miles de hombres. Y la noche estaba poblada de misteriosos ruidos y de brutales detonaciones. Se durmió y al cabo de algún tiempo fue despertada por el grito de una mujer. Ya no estaba sola. Junto a ella había un hombre. Y aquel hombre le dijo algo que ella hubiera entendido dicho en todos los idiomas. Él trató de tranquilizarla. La

mano del hombre se posó sobre su cabeza y le acarició el cabello. Y lo que luego ocurrió no fue ninguna violación, pues todo sucedió con su consentimiento. Ella pensó en Peter, su esposo, y luego se volvió a dormir.

Los demás días transcurrieron de un modo parecido a aquél. Ella volvió a la estrecha mazmorra de acero y algunas veces se le permitió asomar la cabeza por la escotilla. Pero ya no era lo mismo, pues entre ella y el comandante del tanque se creó un mutuo entendimiento. El tanque anduvo mucho y fue de un lado a otro. El primer día avanzó y retrocedió por la Fennstrasse, la Sellerstrasse y la Boyenstrasse, a lo largo del canal, y el segundo día avanzó por la Schulzendorfer Strasse y la Grenzstrasse hasta la Ackerstrasse. Cada noche podía comprobar lo poco que habían avanzado y lo cerca que estaban del punto de partida. Las dos noches siguientes descansaron en el gran patio de una cervecería situada entre la Schulzendorfer Strasse y la Liesenstrasse. Y también aquellas dos noches se le preparó un lugar especial donde dormir. Ocurrió que una de aquellas noches el comandante fue llamado por uno de sus superiores y de pronto, al abrir ella los ojos en medio de la noche, se encontró con un rostro abocado sobre ella. Era el tanquista de la boca grande. Los ojos del tanquista brillaban como ascuas. El hombre tiró del abrigo y la destapó. Él se abalanzó sobre ella, y ella se defendió como pudo y pidió auxilio. Y no llamó al comandante del tanque, sino a un oficial de alta graduación que por allí pasaba. El oficial agarró al soldado por el cuello, le dio un empujón y lo hizo desaparecer. "¡Condenado, perro sarnoso! —dijo, pero ella no entendió sus palabras—. En el pueblo te limpiabas el culo con arena. Ésta no es para ti." Y según la opinión de aquel oficial, que era el jefe de todo el grupo de tanques, tampoco debía ser para el comandante del tanque. Estaba a los pies de aquel oficial, quien la contempló, como si se tratara de un caballo, con mirada de experto. Y tuvo que pasar la noche con aquel oficial y a la mañana siguiente fue enviada al tanque del teniente.

La tropa volvió a ponerse en movimiento, para repetir otro de aquellos pequeños avances con los que poco a poco se aproximaban a la meta. Por la Chausseestrasse, una vez pasado el gran cuartel, se alejaron del centro de la ciudad. Los tanques avanzaban o se detenían bajo el invisible arco de las salvas de la artillería. Parecía que los proyectiles de obús pasaban a poca distancia de los tanques. Desde donde estaba la columna hasta la fábrica Lowe, e incluso hasta más allá de ella, se extendía un gran fuego. Y entre el humo, a lo lejos, se veían los fogonazos de los tanques alemanes.

El día se oscureció a causa de una lluvia de ceniza.

La Chausseestrasse, que procedente del norte se dirige hacia el centro de la ciudad, es cruzada de este a oeste por la Invalidenstrasse. Cerca de aquel cruce de carreteras, a medio kilómetro del mismo, poco más o menos, estaba la primera línea de los rusos, y al otro lado del cruce, cada vez en un espacio más reducido, entre una fábrica y un cuartel, se movían los grupos de soldados convalecientes y reservistas.

Entre las dos líneas, precisamente en medio de la tierra de nadie, se hallaba una estación del "metro". A las cuatro de la tarde, entre una lluvia de piedras y granadas, un rostro asomó por la escalera del "Metro". Y tras él aparecieron otros rostros. Pero en seguida, en vista del fragor del combate, se escabulleron. Pero todo era inútil: no había manera de retroceder. Los tres,

cinco, doce, cien rostros no estaban solos. Mil, dos mil, varios miles, una inmensa cola de personas se apiñaban tras los primeros y los empujaba hacia adelante. Parecía que la tierra se había abierto para dejar paso a unos naufragos, tullidos y hambrientos. No había manera de detenerse ni de volverse atrás. Únicamente podía optarse entre morir aplastado por las piedras o agujereado por las balas y la metralla o intentar llegar hasta el refugio de la estación.

La estación de Stettin... Allí reina la paz y hay bebida y comida, y medios de comunicación y posibilidad de auxiliar a los heridos. La estación de Stettin es la meta y el final de todo sufrimiento. "El camino está completamente libre. Todo está preparado para recibiros. Hay grandes cantidades de comida y de bebida", habían dicho los cerdos, aquellos embusteros, miserables. Después de diez días de haber estado sin comer, ni beber, ni ver la luz del día, les habían venido con aquellos embustes.

La fuerza que empujaba hacia adelante no cedía.

La fuente arrojaba soldados heridos, mujeres desfiguradas, niños demacrados y centenares y más centenares de personas. El fuego de los tanques les obligó a arrojarlos sobre el asfalto o a correr hacia adelante. El camino hacia la estación de Stettin estaba lleno de muertos y heridos. Algunos heridos gritaron, pero nadie se detenía junto a ellos. El primer sargento de Sanidad Wustmann no quería detenerse, y el chofer Stroh y los otros eran de su misma opinión. Nadie, excepto alguna madre que no quería separarse de su hijo herido y no deseaba nada más que la muerte, quería ser blanco de las balas rusas y alemanas.

El bunker de la estación Anhalter había sido desalojado. Habían sido desalojados los cinco pisos, incluso aquellos dos que estaban llenos de heridos. La S.S. se había instalado allí y el bunker se había convertido en un centro de combate.

Wustmann no decía nada, pues ya había pasado su capacidad de asombro y no tenía palabras para comentar aquel fabuloso desbarajuste en el que se encontraba. Del bunker habían sido arrojadas diez mil, veinte mil o quizá más personas. Atrás, únicamente habían quedado los que estaban dispuestos a morir. A última hora fueron retenidos todos los extranjeros. Los hombres que no servían para combatir fueron destinados al transporte de heridos.

La evacuación había comenzado a las cuatro de la mañana y ahora eran las cuatro de la tarde. Caminaron a lo largo de las oscuras vías, en dirección a la Potsdamer Platz, tras un grupo de soldados con teas encendidas. Los soldados debían hacer frente a los rusos que hubieran podido meterse en el túnel. "No hablar. Caminar en silencio", corrió la orden a través de la columna. Los disparos de la artillería rusa resonaban en el túnel. Los pies chapoteaban en el agua y pisaban mantas, edredones y maletas. El agua subió por encima de las vías, llegó hasta las rodillas de los fugitivos y alcanzó la altura de sus pechos.

En Unter den Linden el túnel aparecía horadado por varios lugares. El agua manaba de un conducto partido en dos. El agua tenía un fuerte sabor a cloro, pero quienes podían pasar junto al chorro no vacilaban en apagar su sed. Continuaron avanzando en la oscuridad. Ya no se veían los soldados con las teas. El agua ascendió todavía más y llegó hasta la parte superior del pecho. Bajo el agua había algo más que maletas y útiles domésticos. Los pies comenzaron a pisar algo blando. Eran muertos y heridos y gente que había

caído y trataba de ponerse en pie. Mujeres con niños en los brazos, que cuando se desprendían de sus pequeños no los volvían a recuperar. Y las mujeres lloraban y eran empujadas hacia adelante y muchas de ellas acababan por desaparecer bajo el agua. Allí estaba, en medio de la oscuridad, el rostro de Wustmann, y el de Stroh y el del capitán médico Heide. Y también estaban Else Krüger, y el francés Lucien, el lechero Dickmann, su esposa... y cientos y miles de personas que se atropellaban en la oscuridad. Ya no eran personas, sino un inmenso montón de larvas en movimiento; un montón de larvas que se arrastraban sobre los restos de un naufragio, entre bloques de cemento que se desprendían del techo y que buscaban una meta desconocida.

El lechero Dickmann se sentía bastante fuerte. El lechero había traído al bunker una buena provisión de alimentos. Allí donde se repartían raciones de sopa para niños y casualmente sobraban cien o doscientas raciones, que eran distribuidas entre los más hambrientos, se ponía el lechero a la cola. Cuando el incendio del Hotel Excelsior, las sucias manos del lechero se hicieron con cuanta mantequilla pudieron recoger de los tarros arrojados en medio de la calle. Todo aquello podía hacerlo gracias a un certificado médico en el que constaba que sufría de angina de pecho. Ahora se veía obligado a arrastrar a su mujer a través de la oscuridad.

El teniente médico Heide no era más que un esqueleto. Sus ojos relampagueaban como los de un loco furioso. Su blanca bata se había convertido en un trapo sucio. Se agarró a un cable que pendía de la pared y dejó que la riada pasara junto a él. Heide quería tener conciencia de que era una persona y no un ser sin inteligencia, sin sensibilidad, que se arrastraba empujado por aquella masa en movimiento. Así, agarrado a un cable, le vio Stroh y luego ya nadie más supo de él.

Decreció la altura del agua y al cabo de un rato de marcha quedó al nivel de los pies. Pero continuó siendo muy difícil avanzar en medio de aquella masa humana. La gente no cesaba de desprenderse de cuánto llevaba encima. Los pies no dejaron de pisar cuerpos inanimados. Y muchos de los que habían llegado hasta allí se quedaron sin fuerzas para proseguir y se resguardaron en los nichos de las paredes, donde, agachados y medio inconscientes, fueron sorprendidos por las aguas que irrumpieron cuando la voladura de las esclusas del Landwehrkanal y que llegaron hasta el techo y los ahogaron a todos. Al llegar al túnel que corría bajo la Friedrichstrasse se desviaron hacia el ramal Schacht. Las esclusas del puente de Weidendamm estaban casi cerradas, de manera que únicamente se podía pasar gateando, y luego cada cien metros se levantaba una barricada. En aquellas esclusas —en la puerta horizontal y en la puerta vertical— se quedaron muchas víctimas. Y en las barricadas, también. Pues muchas madres que llevaban a sus hijos en brazos no tenían fuerzas para encaramarse por ellas.

La marcha de la muerte continuó hacia adelante, hasta llegar a la estación de Stettin, donde los que marchaban en cabeza volvieron a la luz del día y asomaron en un lugar barrido por los disparos de los tanques. Wustmann no dijo nada, ni tampoco preguntó por el transporte de los heridos. Dickmann llegó sin su esposa.

Else Krüger había subido al "metro" a las cuatro de la tarde acompañada de su hijo de tres años y ahora estaba sola. Wustmann, Dickmann, Krüger y cientos y cientos de otros más corrían de un lado a otro y se arrojaban sobre el asfalto. Y muchos no volvían a levantarse.

Wustmann alcanzó el vestíbulo de la estación de Stettin: un campo cubierto de muertos y heridos. Las escaleras del túnel estaban atestadas de personas: mujeres, niños y ancianos, procedentes del bunker de la Alexanderplatz. En los andenes había soldados combatientes.

—¡Hurra!

Atravesaron la Zinnowitzer Strasse. Silbaban las balas. Un cañonazo tras otro. La estación de Stettin era un coloso de gruesas paredes, cubierto de vigas de hierro, afianzado con sacos terreros y rodeado de tupidas alambradas.

—¡Hurra!

Los soldados corrieron entre los montones de tierra, cortaron las alambradas, ensancharon los boquetes de las tapiadas ventanas y, empuñando sus metralletas, irrumpieron en el gran vestíbulo de la estación.

Los tanques viraron en redondo. El grupo de tanques al que pertenecía aquel en que iba Dolores, retrocedió hacia la Chausseestrasse, pasó por el cruce de la Invalidenstrasse y continuó rodando hasta que, de pronto, fue atrapado de flanco por unos disparos.

La pared de un cementerio. Era el cementerio de los franceses. La pared llegaba hasta la Hessischen Strasse. Los tanques marcharon contra la pared, la atravesaron e irrumpieron en el cementerio. Los tanques alemanes estaban apostados en la esquina de la Hessischen Strasse y junto al depósito de cadáveres. El humo de los disparos era empujado hacia las líneas alemanas. La torre de la iglesia protestante flotaba en un mar de humo.

—¡Todavía no tienen bastante esos cerdos, esos perros alemanes!

—¡Alto! ¡Alto! ¡Fuego graneado! ¡Fuego! ¡Fuego!

—¡Perros! ¡Más que perros!

Eran "Tigres", "Panteras", es decir, tanques pesados que disparaban contra el grupo de T34.

—¿Qué hacemos? ¡No podemos continuar!

—*Job two je...* Esos malditos...

Se acercaba otro grupo de tanques. Un esfuerzo.

—¡Fuego!

—¡Fuego graneado! ¡Fuego graneado!

Un T34 ardía en medio del cementerio. Otro, que había recibido un impacto en la dirección, giraba sobre su eje. Fuego. Humo. Cerrojos que se cierran con estrépito. Calor. Sudor. Porquería. Un ruido ensordecedor. Grita el tanquista de la boca grande, pero nadie le entiende. Grita el comandante del tanque. Grita el radiotelegrafista. Dolores está arrinconada en la parte trasera del tanque, medio cubierta de ardientes cartuchos. Y no siente nada, no oye nada, no sabe nada.

El ininterrumpido golpear sobre las paredes del tanque resonaba con estrépito en el interior del mismo.

Bombas de aviación.

Los tanques se adentraron en una noche teñida en sangre. Avanzar, detenerse, cargar municiones y volver a avanzar. Para la mujer que iba en aquel tanque no había ya ninguna diferencia entre avanzar o estar detenido, ni entre el profundo estrépito de los cañones y el golpeteo de las balas de fusil contra la pared de hierro.

Desdichada, desamparada, aturdida.

Alguien le ofreció un trago. "*Moskovski, cuarenta por ciento, charascho...*" Era vodka. No se encontró mejor. Sintió arder la garganta y bebió otro trago.

Salió de su aturdimiento. Algo había cambiado en el exterior. Era como si el barco, después de haber atravesado un temporal, estuviera entrando en el puerto y recibiera las olas de costado.

Estaba sola.

Los demás se habían apeado. Se encontraba sola, pero no se hallaba sola. El tipo de la boca grande fe acercó a ella. Estaba completamente borracho. Una pesada nube la aplastó contra el suelo. ¡Esta vez no era posible escapar!

—Teniente acabado. Comandante acabado. Tú también acabada. ¡Yo hacerte a ti pum-pum!

Los ojos le brillaban como pedazos de cristal. Se sacó un cuchillo y, de un tirón, le rasgó el vestido de arriba abajo. Luego se abalanzó sobre ella.

Peter...

Tuvo que soportarlo. Las planchas de metal tintinearono bajo su espalda: "¡Voina acabado! Hitler acabado. Tú acabada. Yo acabar contigo." Las palabras se le morían en la garganta. No pudo acabar con ella. La presión del cuello comenzó a ceder. El hombre no se levantó; permaneció sobre ella como un peso muerto. Estaba tumbada sobre una gran mancha de aceite, bajo una especie de montaña de vodka. El hombre comenzó a roncar. Estaba completamente borracho. ¡Afuera! ¡Salir del infierno! Se desprendió del borracho, gateó hasta la escotilla, sacó la cabeza por la abertura y salió afuera. Era de noche.

Se quedó sentada junto al agujero de la torreta. Súbitamente olvidó el mundo de allí dentro, lo que quedaba tras ella, su miserable situación, el tiempo. Tuvo la sensación de no estar sujeta al suelo. La cubierta de la torreta se movía como si fuera un balancín. Oía a heno, a animales destripados, a carne asada. ¡Peter...! ¡La torre de nueve pisos, los nómadas ululantes, nómadas bajo la pagoda de porcelana!

Cielo y tierra estaban transformados. El tiempo tenía otro sentido. La latitud era diferente. El mundo perdía su cohesión.

El indicador del reloj del mundo se había detenido. Era la hora del naufragio total.

Carros, caballos, vacas, cerdos. Cabezas y vísceras de animales. Tiendas de campaña. Una calle de tiendas llena de gente. Una casa surgida a la blanca luz de una detonación era igual a la famosa pagoda de porcelana de Nankin. El agua del Spree era igual al agua del Yantse-Kiang. Era un agua negra manchada, aquí y allá, de varios colores. Y el cielo de la noche también era igual: era rojo y aparecía lleno de humo. Y lo mismo ocurría con el espectáculo que se ofrecía junto al río: montones de heno, gritos, ruidos, bárbaros dándose un festín, y la hija del emperador arrastrada por el campamento y vilipendiada. Pero, no; no había allí ningún emperador, ni ninguna hija de emperador. Lo que allí había eran unas afiliadas a la "Asociación Nacionalsocialista de Muchachas Alemanas". Y con ellas también había unas muchachas del servicio auxiliar antiaéreo. Unas cuantas fueron desnudadas y arrojadas sobre una inmensa piel ensangrentada de animal. Y la cabeza de una joven rodó a sus pies.

Estaba sentada sobre el tanque, y del cielo caían luminosas cabezas de monstruos. Estaba sentada sobre un columpio. Luego, de pronto, estaba arrojada en el abrigo de cuero de un caucasiiano, y en seguida se encontraba envuelta en una blanca sábana. Estaba atada a algún sitio, la cabeza le colgaba y con ambas manos se oprimía el corazón, que le golpeaba con fuerza. Y sentía que era transportada a toda velocidad. La destrozada pagoda

de porcelana y el Reichstag, empujado a fuerza de cañonazos; la Gran Muralla, convertida en gigantescos montones de ruinas y en campos de cultivo; la larga hilera de unos tinglados junto al puerto; la estación de la Friedrichstrasse, que flotaba en un mar de polvo, y el bosque de mástiles del Yantse-Kiang, todo estaba junto, en un mismo sitio, y los bultos que transportaban las aguas eran ahogados, y el pasado, el presente, lo que le ocurría a ella y lo que sucedía a otra gente, todo se producía a un mismo tiempo.

Estaba sujeta a algo, como prisionera, y sin embargo, huía. Tras ella sonaban unos disparos. El puente salvador se inclinaba hacia el agua. Una muchacha se agarraba a ella y le murmuraba una dirección de Hermsdorf. Cayó algo así como un relámpago y la cabeza de la muchacha fue cortada de cuajo. Continuó huyendo y se encontró metida en un extraño bosque de brazos. Estaba atada a unas parihuelas, pero continuaba huyendo. Estaba tumbada en una cama. Estaba en un hospital. Pero continuaba huyendo.

—Un caso muy interesante —comentó el consejero privado.

—La gran pagoda en ruinas...

—El organillo está desafinando.

—Siempre suena así.

—Berlín también suena desafinado, y no solamente Berlín.

—¡Santo Dios! —exclamó el consejero privado.

Él mismo había realizado el examen. La herida del brazo no parecía ser peligrosa y la herida del muslo, producida al parecer con un cuchillo, no había cortado ninguna vena, ni había llegado al hueso y no anunciaba alguna complicación. El pulso era bastante agitado, pero la enferma, cuyo delirio era constante, no tenía fiebre.

—¿Y quién es?

—No lo hemos podido averiguar.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí?

—La trajo un ruso, un soldado ruso. La trajo envuelta en una manta de caballo. Iba casi desnuda; sólo llevaba un camisón completamente destrozado.

—Parece ser que además de la herida del brazo y la del muslo ha sufrido una fuerte conmoción cerebral. Dejémosla descansar y evitemos que sufra toda clase de emociones.

LAS CENIZAS

Dantescas figuras luminosas sobre Berlín. Estrellas rojas y blancas que reventaban en lo alto y descendían hechas pedazos, despidiendo amplios círculos luminosos en los que surgían mares de ruinas.

La estación Anhalter y sus alrededores, poblados de montañas de escombros y refugios, y el esqueleto del Hotel Excelsior, aparecían como a la luz del día. Un gran depósito frigorífico estaba ardiendo. Las llamas salían por las ventanas y la quemada carne de cuarenta mil bueyes apestaba el aire. Un grito unánime salía de los sótanos del Hotel Excelsior: "¡Los rusos están aquí!"

El bunker al que llegaron las avanzadas de Chuikov, en el que penetraron empuñando grandes antorchas, presentaba el aspecto de un inmundado vertedero, de un osario, de una cámara repleta de fabulosos tesoros guardada por largas filas de cadáveres que, apoyados a las paredes, hacían el papel de mudos centinelas. Montones de maletas y baúles llenos de ropa y montones de bicicletas y coches de niño. El pasillo de entrada y la bocamina que conducía al "Metro" era una cloaca llena de excrementos. En los dos pisos subterráneos, que habían sido convertidos en hospital de urgencia, agonizaban docenas de personas. Por todas partes se veían cadáveres de suicidas y bajo los bancos y en los retretes había niños muertos de inanición. Centenares de muertos: Hombres y mujeres que se habían quitado la vida, que habían sucumbido a causa del hambre o de enfermedad. Al comenzar el incendio, las S.S. habían evacuado el Hotel Excelsior, retirándose a las ruinas de la casa central de la Gestapo y del Ministerio de Comunicaciones Aéreas, desde donde continuaban haciendo fuego, a dos pasos de la Vosstrasse y del bunker de Hitler.

Como a la luz del día aparecía la catedral y el Castillo y un amplio sector del "Lustgarten". El Castillo y el "Lustgarten" acababan de ser abandonados por las tropas, y los disparos de las avanzadas del mariscal Zukov, que procedían de la Alexanderplatz, barrían la entrada del castillo y zumbaban cerca del retrato ecuestre de Federico II y silbaban a lo largo de toda la Unter den Linden, que hacia un lado aparecía llena de carros de municionamiento, furgones, cañones, caballos muertos y soldados caídos.

Como a la luz del día aparecía el otro extremo de la Unter den Linden, donde estaba la Puerta de Brandenburgo: las columnas mordidas, los arcos laterales quemados y la cuadriga —que en 1807 había viajado a París y en 1814 había regresado a Berlín— sonaba a vacío bajo el choque de las balas. Los pies de los caballos saltaban en pedazos como si estuvieran hechos de vidrio, los flancos eran agujereados y las cabezas caían como ramas muertas. Las riendas, que el alado conductor sujetaba en sus manos, volaban por los aires y el cetro con águila prusiana se torcía hacia el suelo.

Como a la luz del día aparecía el centro mismo de la resistencia: la Vosstrasse, la Wilhelmstrasse y la Wilhelmplatz, con las ruinas de los edificios construidos por el antiguo y el nuevo Reich, el Ministerio de Asuntos Exteriores y el Ministerio de Propaganda.

Pocos días antes, Berlín todavía era un yunque y ahora no era más que el delgado mango de un hacha sobre el cual se agolpaba una avalancha que había arrollado a todo un continente. Los disparos de la artillería se adentraban sin cesar a través de un mar de ruinas y retumbaban sobre los refugios subterráneos agolpados en el laberinto del bunker. Las cubiertas de los refugios comenzaban a agrietarse y las calles estaban llenas de cráteres y de metralla de los proyectiles de las baterías emplazadas a poca distancia.

Luces dantescas caían sobre Berlín, y entre los disparos de las baterías antiaéreas, describiendo grandes círculos, a cuatro mil cien metros de altura, descendía una sombra. Era un "Arado 96". Entre nubes de humo, estuvo inspeccionando las calles llenas de ruinas y basura y finalmente aterrizó en la Ost-West-Achse.

¡El primer avión que aterrizaba desde hacía tres días!

Tres días antes había tomado tierra un avión pilotado por el Caballero von Greim y Hanna Reitsch. (Los cuarenta cazas que les acompañaban fueron abatidos uno tras otro.) El avión tomó tierra en la Ost-West-Achse y planeó con

el tren de aterrizaje destrozado.

El Caballero von Grein tenía un tiro en el pie y Hanna Reitsch estaba ilesa. El primer sargento piloto del "Arado 96" llegó sin ninguna clase de acompañamiento y no trajo a ningún herido. Protegido por el humo, entre los abatidos árboles del Tiergarten, encontró un lugar donde esconder el avión. Montó en un coche, que por rara casualidad pasó junto a él, y luego prosiguió su camino a pie hacia el bunker del Führer. Una semana antes, cuando trajo a Speer, el ministro de Municionamiento, había hecho aquel mismo camino. El trecho hasta la Wilhelmstrasse aparecía ahora muy cambiado.

La cuadriga de la Puerta de Brandenburgo restallaba como un viejo cubo a causa de los disparos. La Pariser Platz estaba llena de grandes bloques de piedra. La embajada norteamericana, la Academia de las Artes y el Hotel Adlon se erguían como ruinas de Pompeya. Se adentró por un estrecho cañón de ruinas. La muerte rondaba junto a las mordidas paredes. Bombas, granadas, "organillo" de Stalin. Los morteros, las ráfagas de ametralladora y los disparos de fusil procedían del campo enemigo.

Un muerto yacía entre los escombros. Un uniforme de marina. Un joven rostro. Era uno del grupo de Gatow. Así, pues, montados en un camión ligero habían podido llegar, procedentes del campo de aviación, hasta la Heerstrasse. Tres noches antes habían aparecido sobre el aeródromo tres "Ju 52", dos de los cuales volvieron a desaparecer sin tomar tierra. Se presentó el teniente de navío Papendieck al frente de veintiocho cadetes de marina de Stralsund: Refuerzos para el bunker del Führer. Era todo lo que había podido llegar de los tres mil hombres que Berlín había pedido a Stralsund. El primer sargento se agachó y registró los bolsillos del muerto. Encontró la cartilla militar, un dietario y un par de cartas. Quizá algún día una madre quiera saber dónde cayó su hijo. ¡Pobre muchacho y pobres compañeros suyos! Ninguno de ellos había cumplido los diecisiete años. Hasta entonces únicamente habían escuchado el estampido de los cartuchos sin bala, y en cinco horas habían pasado de las guardias junto al mar, en el que se ponía el sol y se reflejaban las torres de Stralsund, a sufrir los tremendos efectos del "organillo" de Stalin. Papendieck y sus veintisiete hombres debían haber tenido mucha prisa, pues ninguno de ellos se entretuvo en recoger la documentación militar de su compañero.

Embudos. Olor a podredumbre. Un caballo muerto. Paisanos muertos. No podía entretenerse a recoger la documentación de todos aquellos muertos, y prosiguió su camino. De pronto se hizo tan claro, que incluso un ratón hubiera sido descubierto entre los escombros. Aviones rusos. Eran cuatro o cinco. Parecía que le habían descubierto y pretendían precipitarse sobre él. Se escondió entre las ruinas. Cayeron unas bombas, se levantaron unos surtidores de humo y polvo y una ráfaga de aire caliente le azotó el rostro. Un poco más allá, entre grandes montones de ruinas, vio las ennegrecidas paredes de la Cancillería. Entró en un edificio junto a un hombre que, a grandes zancadas, procedente del ministerio de Propaganda, acababa de atravesar la calle. El amplio recibidor estaba lleno de humo y polvo. Junto a un ennegrecida columna había un grupo juvenil compuesto por cadetes de marina, miembros de la Juventud Hitleriana, pertrechados con toda clase de armas. El pasillo de la alfombra colorada estaba cubierto de papeles, de latas vacías de conserva y de cascos de botellas. Siguió al paisano que había venido del ministerio de Propaganda. No encontraron a nadie hasta llegar ante la primera puerta acorazada. Allí fueron detenidos por un centinela. El primer sargento se dio a

conocer y explicó el motivo de su visita. Había venido a ponerse a las órdenes del Caballero von Greim, quien había sucedido a Göring en el cargo de jefe supremo de la aviación, y a sacarlo de Berlín. El centinela se le quedó mirando como si fuera una aparición venida de otro mundo. ¡Aquel hombre había podido atravesar el cerco de la capital! Penetraron en el barco hundido, completamente separado de toda comunicación con tierra. Al sentarse, unas miradas vidriosas, empañadas por el alcohol y la desesperación, se clavaron en él. Un camarero se acercó y le ofreció una bandeja en la que había bocadillos, licores y cigarrillos. Bebió una copita y cogió un cigarrillo. No tuvo tiempo de encenderlo. Una alta jerarquía —un individuo grueso, de hinchadas mejillas, que estaba sentado en la mesa vecina —le ofreció lumbre. Otro le alargó una cerilla encendida. ¡Qué amables eran aquellos condenados altos dignatarios! "Se deja fumar", dijo el oficial de las S.S. Sí; la verdad era que el cigarrillo se dejaba fumar. Así, pues, allí estaban las altas jerarquías del Tercer Reich fumando espléndidos cigarros, bebiendo magníficos licores y escuchando aquel monstruoso concierto de muerte que era ejecutado sobre sus cabezas. Como en todas partes del Bunker, olía a polvo de yeso. Era aquél un lugar incómodo, más incómodo todavía que el asiento del "Arado 96", al que las explosiones de la artillería antiaérea hacían mover de un lado a otro, como un columpio. Parecía como si los rusos hubieran concentrado el fuego de toda su artillería sobre aquel lugar de Berlín. Miles de dientes de acero mordían el techo de cemento armado y roían las paredes. Daba la impresión de que los rusos querían arrancar de cuajo aquella enorme construcción subterránea de hormigón. Durante una pausa, oyeron el estrépito que hacían las piedras al caer unas sobre otras.

Una reunión de idólatras que fumaban y bebían a más y mejor; pero el ídolo, carcomido desde tiempo atrás, hacía siete días que había dado la primera señal de agonía.

Bormann, Goebbels y el embajador Hewel estaban sentados a una mesa. Heinz Lorenz, el lugarteniente del jefe de la Prensa del Reich, se acercó a la mesa. Ofreció a Goebbels una hoja de papel escrita a máquina. Goebbels echó un vistazo al escrito y cogiéndolo con la punta de los dedos, como si en vez de una hoja de papel se tratara de un explosivo, se lo alargó a Bormann.

Era una noticia de la Agencia Reuter y en ella se decía que el Reichsführer de las S.S. Heinrich Himmler se había puesto en contacto en Estocolmo con el Príncipe Bernadotte para tratar con él de un alto el fuego. ¡El Reichsführer de las S.S., y aquí, en el Bunker del Führer nadie sabía nada! De pronto pareció que el Cuartel General del Führer y el mismo Führer hubieran dejado de existir. En la cueva, a cada problema sin solución, a cada acontecimiento adverso, a cada ofensiva se contestaba con una palabra: traición. Pero aquello era la más negra de las traiciones y, además, venía de donde menos podía uno esperarse.

El fiel Heinrich...; ésta, sin embargo, es la realidad: un miserable canalla que alarga su asquerosa zarpa hacia el cetro cuya mano todavía no está muerta. Ni Bormann, ni Goebbels se atrevieron a comparecer con aquella noticia ante su jefe. Fue llamado el ordenanza Linge, a quien se mandó llevar una copia del documento a su señor.

Los tres hombres que estaban sentados a la mesa se quedaron mirando a Linge. Y luego clavaron sus miradas en el original. En realidad aquel papel era un tremendo explosivo y Bormann y Goebbels sabían que dentro de un momento iban a ser alcanzados por una horrible tempestad.

"Aguardo a que lleguen los refuerzos a Berlín. ¿Qué hace el ejército de Heinrici? ¿Dónde está Wenck? ¿Cuándo tomará Wenck el mando del IX ejército? ¿Dónde están los reflectores de Praga?" Así rezaban los telegramas que eran enviados en todas direcciones, a Keitel y a Jodl, en Fürstenberg, a Donitz, en Flensburg, a Koller, en Berchtesgaden, que había sido cogido prisionero y vuelto a poner en libertad. Y la respuesta era un inquebrantable silencio..., un silencio de muerte. Un suspiro salió del negro corazón de Martin Bormann: "En vez de ponerse al frente de las tropas que deberían venir a socorrernos, no hacen más que callar. Parece ser que la lealtad cede ante la traición. Y nosotros sin poder mover de aquí. Dentro de poco la Cancillería no será más que un montón de ruinas".

¿Qué respuesta, sin embargo, puede llegar a una fosa, aunque en ella, rodeado de sus palacios, todavía respire el faraón y quiera seguir respirando, a pesar de que su reinado pertenece al pasado?

"Me pegaré un tiro", había dicho días antes, con gran aplomo, tras un discurso grandilocuente, antes de derrumbarse físicamente. Se había despojado de toda autoridad y había quedado sin ningún poder. Pero en seguida, poco después, había ordenado detener a su mariscal del Reich, a quien desde hacía tiempo había nombrado sucesor. "Que se le encierre en la fortaleza de Kufstein", dijo entonces, con un tono patético. Había renunciado al mando supremo de la Wehrmacht para únicamente interesarse en el sector de Berlín, y a pesar de ello, sin haber declarado que daba por terminada su renuncia, volvió a asumir el mando y contravenir todas las órdenes en curso.

Las órdenes que salían del Bunker del Führer no eran más que desmayados balbuceos del fantasma que allí había quedado enterrado. El mapa de operaciones, que tiempo atrás comprendía desde el cabo Norte hasta las Pirámides, pasando por el Cáucaso, había quedado reducido a un plano de la ciudad de Berlín. Y aquel plano, ensuciado por las sudadas manos de aquel capitán que había perdido todo un continente, se había convertido en algo ilegible. Y los ejércitos que él había agrupado en Berlín y que aguardaba con impaciencia no eran más que sombras de lo que fueron o habían desaparecido totalmente. No Keitel y Jodl —que con la excusa de organizar la resistencia y el envío de refuerzos habían volado de la capital como pájaros espantados—, sino Bormann, Goebbels, Burgdorf y Krebs, que sólo a fuerza de alcohol se mantenían en pie, eran quienes asistían al interminable juego estéril de la conferencia militar.

Keitel enviaba respuestas en las que se paliaba la catastrófica situación y se formulaban promesas absolutamente irrealizables. Keitel buscaba a Wenck, el general en jefe, a quien iba a dar la orden de ponerse en marcha hacia Berlín. Pero el general en jefe de los ejércitos sabía que la fe, el patriotismo y la voluntad combativa de aquellos cadetes de diecisiete años y de aquellos muchachos del Frente Nacional del Trabajo no bastaban, a pesar de los nombres de sus cuerpos de ejército y divisiones —las divisiones "Scharnhorst", "Ulrich von Hutten", "Theodor Körner", "Clausewitz", "Friedrich Ludwig Jahn"— para cumplir la tarea encomendada, y sabía que con aquel idealismo infantil, pero sin camiones, comunicaciones, tanques, armas de asalto, artillería pesada y protección aérea, era imposible hacer algo efectivo. Wenck estaba dispuesto, sin embargo, a mantenerse en un puesto, probablemente al sur de Berlín, al que pudieran confluír los restos del ejército del Oder.

Keitel encontró al general en jefe del grupo de ejércitos "Weichsel" en la

carretera de Neustrelitz y Neubrandenburg. El frente del general en jefe Heinrici había sido roto y la carretera estaba llena de heridos y de soldados desarmados y de fugitivos. Columnas sin artillería y sin tanques. Keitel gritó al general en jefe: "Si, como hizo Rendulic en Viena, hubiera usted mandado fusilar a algunos centenares de fugitivos, su ejército no estaría ahora en plena desbandada".

Heinrici no hizo detener a Keitel, como deseaban los altos oficiales que presenciaron la escena y escucharon aquella sarta de órdenes absurdas y de reprimendas sin sentido. Pero tampoco estaba dispuesto a sacrificar el II Ejército acorazado —el único que le quedaba— en aras de una ficción y, en contra de lo ordenado por Keitel, retiró del Oder el ala derecha de sus fuerzas. También se negó a que los cadetes navales de dieciséis años defendieran el paso de Swinemünde, y dijo que no estaba dispuesto a dar la orden de defender aquella localidad. Keitel volvió a Fürstenberg y ordenó la detención del general en jefe, quien debería responder ante un tribunal militar por sus delitos de alta traición a la patria.

Hitler, entre tanto, no dejaba de pedir a Keitel noticias acerca de Wenck, Heinrici y Busse y del IX Ejército que, al igual que las restantes unidades, según órdenes dadas a Keitel y a Jodl, debían permanecer en el frente del Oder, la última línea de resistencia, y combatir allí hasta el último hombre. Pero en aquellos momentos, los restos del IX ejército, que había tenido más de diez mil muertos, eran aniquilados entre Markisch-Buchholz y Halbe.

En el Bunker no se recibían noticias de Wenck, ni de Busse, ni de Heinrici, ni de Schorner. Y luego tampoco se supo nada más de Keitel, ni de Jodl. El Cuartel General había tenido que ser evacuado de Fürstenberg, y en aquellos instantes, con Keitel y Jodl en cabeza, huía hacia el norte entre los bosques. Hitler estaba totalmente incomunicado. El globo de observación con el que durante aquellos días habían mantenido contacto con el mundo exterior acababa de ser abatido. La línea telefónica con Fürstenberg, el último conducto por el que se le informaba acerca de la situación, estaba cortada. Los cables habían enmudecido y un gran silencio reinaba en el éter. En aquella situación entró Linge, su viejo y buen Linge, con un papel escrito en la mano. Hitler estaba con el Caballero von Greim. Se incorporó e inmediatamente conoció que Linge le traía algo de extraordinaria importancia: la tan esperada respuesta.

Su rostro se tiñó de un color rojo oscuro, se desencajó y tomó el aspecto de una papilla en la que brillaban sus extraviados ojos de loco.

Lanzó un chillido.

¡Traición, ultraje, vileza!... Salió de la habitación y se refugió en su cueva, de la que inmediatamente volvió a salir para volver a donde estaba von Greim, junto a quien se echó a llorar. Y el lloriqueo se extendió por todo el Bunker.

"¡Pobre Adolfo!", sollozaba, por los pasillos, Eva Braun. "No se le ha evitado ningún sufrimiento", exclamaba Magda Goebbels. Goebbels y Bormann fueron llamados a una conferencia a puerta cerrada. Y al cabo de unos minutos se les ordenó pasar a Krebs y Burgdorf.

El sargento primero recibió la orden de presentarse ante el Caballero von Greim. La situación era desesperada. No podía realizarse la operación de las "Cigüeñas". Seis "Cigüeñas" y treinta cazas habían salido de Rechlin en dirección a Berlín, y ningún aparato había conseguido llegar a la capital. Y lo mismo había sucedido con los doce Ju-52, que debían haber llegado con

socorros de las S. S. Así, pues, dadas las víctimas y los resultados obtenidos, parecía imposible conseguir lo que se proponían. Pero el Caballero von Greim, que durante la conversación permaneció estirado e inmóvil, a causa de su pierna, y Hanna Reitsch, que estaba junto a él, no querían salir de Berlín. Los dos deseaban quedarse en la capital, permanecer en el Bunker y morir al lado de su Führer.

¡Cómo has cambiado, muchacho! El primer sargento no reconocía en aquel hombre al general en jefe de la sexta flota aérea. Aquel hombre, que ahora acababa de ascender a mariscal de campo y jefe supremo de la aviación, estaba tumbado ante él, tenía el rostro pálido como la cera y escuchaba las palabras de Hanna Reitsch, según la cual, cuando llegara el momento, debían morder la ampolla de veneno que les acababa de dar el Führer y arrojar las dos bombas de mano que se estaba ajustando al cinturón. Era mejor, decía Hanna, que destrozaran sus cuerpos en mil pedazos a que cayeran en poder de los rusos. No; no querían despegar de Berlín. Su divisa era triunfar con el Führer o morir con él. Pero su Führer tenía otros planes respecto a ellos.

Nadie sabe lo que ocurrió en la conferencia. Pero lo cierto es que tanto el presidente como los cuatro miembros, en cuyas miradas ya se reflejaba el espectro de la muerte, sólo podían planear el final de los demás, es decir, de su compañera, uno, y de sus esposas y niños, los otros. Allí estaban Goebbels, Bormann, Burgdorf y Krebs, y su señor, ante ellos, permanecía hundido en un sillón, temblando y escuchando los lloros y las quejas que se oían al otro lado de la habitación, y también escuchaba los pasos de tres o cuatro personas que se detuvieron junto al que sollozaba.

—¡Soy inocente, mi Führer; soy inocente!—se oía gritar a alguien, y las voces de aquel hombre, cuyos gritos resonaban a través de pasillos y escaleras, llegaban hasta el jardín de la Cancillería y se perdían en la noche, estremecida por mil disparos de artillería. El fantasma siguió con sus dedos el paso del pelotón de ejecución. Un teniente y seis hombres conducían hacia afuera a Hermann Fegelein, que, esposado y bañado en un frío sudor, marchaba hacia la noche eterna. Fegelein: un sapo, un embustero, un traidor que había participado en el complot de Himmler y que había estado a punto de ser su cuñado.

Hermann Fegelein se había casado con Gretel Braun, la hermana de Eva Braun, y hasta entonces había llevado una vida de príncipe heredero. A diferencia de sus compañeros, que a última hora decidieron morir junto a su Führer, Fegelein se había escurrido del Bunker yéndose a esconder en su casa de Charlottenburg, a donde, cuando la traición de Himmler, le fueron a buscar. Himmler no podía ser hallado, y en su representación fue Fegelein condenado a muerte.

Pasó mucho rato hasta que al tembloroso fantasma le fue comunicada la ejecución de la sentencia.

Por fin: ¡Orden cumplida!

Fegelein estaba muerto y su cadáver yacía, en el jardín de la Cancillería, entre escombros y cadáveres de soldados. Pero el final de aquel desgraciado no bastaba a Hitler. Para dar con Himmler únicamente había un medio, y esa posibilidad estaba en manos del Caballero von Greim y de Hanna Reitsch. Hitler se levantó y se dirigió hacia donde estaba el aviador.

Un tembloroso fantasma de ojos llameantes. Disparos artilleros azotaban la

pared del Bunker. Parecía como si el techo de cemento armado no pudiera sostener por mucho tiempo el enorme peso de las ruinas que sobre él pesaban.

—¡Inutilizar a Himmler! —exclamó Hitler—. ¡Inutilizarle, inutilizarle! —repitió, y sus palabras sonaban como el redoble de un tambor—. ¡Un traidor no puede ser mi sucesor! ¡Hay que despegar inmediatamente, dirigirse a Ploen y detener a Himmler sin pérdida de tiempo!

A Hanna Reitsch no le valió haber dicho que quería morir junto a su Führer. Y al Caballero von Greim no le sirvió de nada alegar el estado de su pie herido. El Führer tenía dos encargos para él. En primer lugar debía proceder a la detención de Himmler y esperar nuevas órdenes, y en segundo lugar debía reunir todas las restantes fuerzas de la aviación, volver con ellas a Berlín y bombardear la Potsdamer Platz, la estación Anhalter y todas las calles por las que los rusos se lanzaban al ataque contra la Cancillería. De aquella manera todavía podrían ganarse veinticuatro horas, que Wenck aprovecharía para forzar el cerco de Berlín.

El Caballero von Greim, que caminaba apoyado en dos muletas, y Hanna Reitsch, que a última hora recogió unas cuantas cartas de algunos refugiados en el Bunker, fueron metidos en un tanque y, a través de la noche, conducidos a la Ost-West-Achse, donde estaba la "Cigüeña". Los cañones antiaéreos rusos sembraban el cielo de pequeñas nubes. El avión, al que los disparos llevaban de un lado a otro, como si fuera una hoja seca, trataba de refugiarse en las negras islas de humo. Y Berlín, que ardía por los cuatro costados, quedó abajo.

Y también el Bunker, con su tembloroso fantasma, quedó abajo, entre las ruinas de la gran ciudad. Y el fantasma comenzó los preparativos para su boda. Una boda hecha por un oficial del registro civil, con el cadáver de un cuñado ante la puerta y con un novio que aguardaba el final de la catástrofe y que, por otra parte, se resistía a creer en él y cuyas únicas palabras eran para decirle que el suicidio era el único medio para salir de aquel mundo de traición. Durante todo el tiempo que duró la ceremonia, durante la redacción del testamento y durante el despido de los compinches, las granadas, bombas y proyectiles de tanque no dejaron de martillar contra las paredes del Bunker. El polvo, que penetraba por el sistema de ventilación, llenó pasillos y salas e incluso cayó en las copas de champán, y la ventilación tuvo que ser cerrada. Al ser detenidos los motores se produjo un extraño silencio y todo quedó sumido en una atmósfera húmeda y mohosa. En la cantina de la Cancillería, sin embargo, se continuó produciendo un gran estruendo. Música de "jazz". Gritos. Carcajadas. Durante la redacción del testamento tuvo que ser enviado alguien para que pusiera fin al estrépito.

Era un testamento anodino. Incluso la firma, en la que antes podían rastrearse los signos de una personalidad determinada y de una insuficiencia humana y moral, se había convertido en un puro garabato, a través del cual, sin embargo, se adivinaba el desmoronamiento físico del testador. Ningún Atila, ningún Gengis-Khan... ¿Había traído el desorden al mundo o él mismo no había sido más que una manifestación de un desorden previo? ¿Había sido el asesino de Europa o había un gusano más en la manzana podrida? ¿Las minorías dirigentes de las capitales europeas estaban tan corrompidas y acabadas como para que un "Emperador sin púrpura" pudiera acabar con ellas? ¿Significaba él el fin de la aristocracia de la inteligencia y del múltiple individualismo de la sociedad europea, por una parte, y el comienzo del reinado

de la masa en las viejas ciudades del continente, por otra? Nada de ello decía el testamento. En aquel último escrito de un hombre cuya cultura nunca había superado un vulgar conocimiento enciclopédico y cuyo estilo jamás había ido más allá de la ramplonería periodística, no se decía nada de todo aquello. El mapa de la postguerra europea ya estaba confeccionado y la sombra del Bunker ya no tenía nada más que decir.

Dictó su testamento.

Pero no reveló su secreto.

Su secreto era: ¡Nada, niente, niet, nihil!

Eso sí lo consiguió: había puesto la nada en movimiento.

Había abierto las puertas de par en par.

El alud había comenzado a rodar. ¿Podrán contenerlo los herederos de aquella destrucción, la coalición de los vencedores? ¿Podrán ellos volver a instaurar el orden en aquel mundo caótico?

El 30 de abril, a las cuatro de la madrugada, tras la puerta de una habitación situada en lo más profundo del Bunker, sonó un disparo que dejó todas las preguntas en suspenso, pero que no tuvo la virtud de poner fin a los incendios de Berlín, ni a la voladura de los puentes, ni a la inundación del "Metro". En la cantina de la Cancillería continuó sonando un gramófono. En la cantina, los ordenanzas de las S.S., a falta de mujeres, bailaban entre ellos. Nadie cesaba de beber. Una parte del Bunker había quedado bajo fuerte custodia de centinelas y ordenanzas. Y en una de las habitaciones de aquella parte se celebró una reunión de fantasmas: Bormann, Burgdorf, Goebbels, el ayudante Guensche, el criado Linge, el chofer Kempka y el jefe de las Juventudes, Axmann. Rostros desfigurados, consternación, miedo repentino y sensación de haberse librado de un gran peso.

El "Jefe" estaba muerto.

Había que incinerar su cadáver. Entraron en la habitación. Primero entró Goebbels, luego Axmann, luego el criado Lings, quien levantó el cadáver, que tenía la cabeza destrozada, lo envolvió en una manta y lo sacó al corredor. Bormann cargó con el cuerpo de Eva Braun. Los muertos pasaron de unas manos a otras: de Bormann a Kempka, de éste a Guensche, que estaba en la escalera, y del ayudante a otros oficiales de las S.S. Así llegaron al jardín. El fúnebre cortejo permaneció bajo el arco de la puerta, donde se puso a salvo de los impactos de la artillería rusa. Guensche arrojó un trapo encendido sobre los cadáveres, que previamente habían sido rociados con gasolina. Apareció una gran llama. Se hizo el último saludo hitleriano. Y nada más. No se pronunció una sola palabra. El "organillo" de Stalin no cesaba de disparar. Los disparos dejaban en el cielo una claridad verdosa. El grupo volvió a meterse en el Bunker, donde se dispersó.

Eso fue todo.

Los cadáveres ardieron durante cuatro horas: de cuatro a ocho de la tarde. Primero salieron grandes llamas y luego una pequeña columna de humo. Nadie, excepto un centinela, vio la escena. En un momento dado se acercó alguien y con el pie acabó de esparcir los huesos calcinados. Luego, al cabo de un rato, llegaron dos hombres de las S.S. y arrastraron los restos hacia un embudo producido por la artillería rusa en el que yacían otros restos humanos.

Ninguna señal sobre la tumba; ninguna piedra con una inscripción. Jamás se arqueará el cielo nocturno sobre aquel último lugar y las estrellas, eternas lámparas mortuorias, jamás harán guardia sobre sus cenizas.

TERCERA PARTE

*La paz se me antojó una horrible
siembra hecha con colmillos de dragón.*

ALMIRANTE WILLIAM D. LEAHY

LA PESADILLA

Una pesadilla... La pesadilla todavía continúa reinando sobre la ciudad, se expande por los campos y acogota a hombres y mujeres... Boehlke, Loose, Splüge, Theysen, Sarfeld, Wittstock, padre e hijo, la señora Halen, la señora Rieck, el arquitecto Poppert y el lechero Dickmann, Bauer y Haase y también Zecke sufren los rigores de la pesadilla, que gravita sobre cada destino, sobre cientos y miles de destinos humanos.

Tampoco el coronel Zecke había podido escapar a la pesadilla. El torbellino de la catástrofe le había arrastrado hacia el centro de la ciudad. El tren en que había montado —el último que salió de la estación Anhalter, que constaba de dos vagones de carga y que debía llegar a Berchtesgaden— no llegó ni a Dresden. El tren quedó detenido en la estación de Elsterwerda. Durante el viaje y como escenas de un sueño, Zecke había visto campos, carreteras y pasos a nivel. Cuando las ruedas del tren dejaron de moverse, su vagón estaba casi vacío. Todos los viajeros habían descendido y estaban en el andén. Vio cómo la máquina era desenganchada, pasaba luego por la vía vecina y era enganchada en la cola del tren. Y oyó decir: "¡No podemos llegar a Dresden! ¡No podemos llegar a Dresden!" El jefe de la estación hizo saber que la vía había sido cortada por los rusos entre Elsterwerda y Dresden, que el tren debía regresar a Berlín y que los que quisieran podían continuar a pie o en carro, por la carretera, hacia Dresden. Zecke no quería volver a Berlín. No deseaba hacer inútiles caminos e ir y venir de un lado a otro, de norte a sur y de sur a norte, como si fuera un conejo espantado o uno de aquellos desgraciados fugitivos. ¿Qué importaba, en aquellos momentos, Berlín, Dresden o Praga? "El paraíso está en todas partes", recitaba. Si la casualidad no venía en su ayuda, tanto peor. Así, pues, determinó proseguir su camino, aunque fuera a pie y con el macuto a cuestas. La carretera estaba llena de hombres y mujeres cargados con sacos y paquetes. No llegaron muy lejos. Pronto, en un cruce de carreteras, se encontraron frente a un grupo de tanques rusos. Durante días y noches fueron escoltados a través de campos y bosques y a través del gigantesco cementerio que se extendía entre Halbe y Märkisch-Buchholz, donde habían sido enterrados los tanques y los cañones del IX ejército.

El parte de guerra ruso decía: "Las fuerzas procedentes del primer frente bielorruso y del primer frente ucraniano terminaron hoy, al sudeste de Berlín, la destrucción de los ejércitos alemanes cercados en nuestro sector. Han sido capturados 304 tanques, más de 1.500 piezas de artillería de montaña, 2.180 ametralladoras pesadas, 17.600 camiones y gran cantidad de armas ligeras. Han sido capturados más de 120.000 soldados alemanes. Entre los prisioneros se encuentra el representante del general en jefe del IX ejército, general de división Bernhard; el jefe del V Cuerpo de las S.S., general de división Ekkel; el jefe de la XXI división blindada, general de división Marx; el jefe de la 169 división de infantería, general de división Ratschi; el jefe militar de Frankfurt-an-

der-Oder, general de brigada Biel; el jefe de la artillería del XI Cuerpo blindado, general de brigada Strammer, y el general de aviación Zander".

Generales, viejos coroneles, comandantes y soldados. Todos estaban rendidos e iban sucios y destrozados. Muchos estaban heridos y apenas podían caminar. Y entre ellos, con el macuto vacío, avanzando entre caballos y vacas y soldados, camino de las montañas de Rüdersdorf, estaba el coronel Zecke.

Otro de los prisioneros era el capitán Boehlke. Los dos rusos a quienes se vio obligado a acompañar de Fienerode a Hohenseeden habían sido su desgracia. Junto a la carretera había camiones destrozados, cañones con cajas de municiones y toda clase de material de guerra del ejército de Wenck, que en aquel lugar debía haber tomado contacto con el IX ejército, que cubría el frente del Oder, y que sufrió la embestida de enormes masas de fugitivos que venían huyendo del sector sur de Berlín, por lo cual, sin haber podido establecer el deseado contacto, presionado por los rusos, se corrió hacia el Elba. Junto a Boehlke también caminaban muchos paisanos que habían creído en la unión de los dos ejércitos y que, al no realizarse, habían sido arrollados por los rusos. En compañía de aquellos desventurados fugitivos llegó a Schwielowse y de allí tuvo que continuar en dirección a Kaputh.

El capitán Boehlke pasó la noche en un campamento situado cerca de Kaputh. Sufrió un grave ataque de disentería. Junto a diez mil fantasmas, y al aire libre, el coronel Zecke acampó cerca de las fábricas de cemento de Rüdersdorf. El arquitecto Poppert, que al igual que Wittstock había tenido que ceder su casa a un grupo de fuerzas armadas, atravesaba los frentes de Wannsee y Potsdam en compañía de su esposa e hijos y se dirigía hacia Paaren, donde pensaba poder esconderse. La señora Halen peregrinaba, tras haber sido violada y con una grave fiebre puerperal, por la Pfeddersheimer-Strasse de un refugio a otro. El doctor Linth pudo llegar, de refugio en refugio, a la Teutonenstrasse. El director Sarfeld, que le había acompañado a través de Grünewald, no estaba en su casa. Los vecinos le informaron que no le había sucedido nada y que los rusos le habían acogido muy bien. El comandante ruso de la Teutonenstrasse se lo había llevado a Schmargendorf, donde ejercía las funciones de jefe de policía.

El nuevo policía actuaba sin descanso. Sarfeld debía impedir el saqueo de tiendas y viviendas; pero de todos modos su autoridad se limitaba a los berlineses y no tenía nada que ver con los rusos. Además, tenía que cumplir las innumerables exigencias de la comandancia, que cada dos por tres le pedía mesas, sillas, carne, verduras. Las listas de pedidos eran detalladas hasta el extremo: cebollas, zanahorias, ensalada, apios, y también papel pintado, manteles y una red para que el comandante pudiera pescar. Las gentes no podían salir de noche y tenían prohibido deambular por calles y patios interiores; tampoco estaba permitido encender luces en aquellas habitaciones cuyas ventanas no estuvieran tapadas con papel oscuro. No podían encenderse luces eléctricas, ni admitir a un extraño en casa, aunque perteneciera al Ejército Rojo, sin permiso de la autoridad militar.

El director Knauer, acompañado de varios técnicos e ingenieros, estaba detenido en el pabellón del jefe médico del hospital número 122 y por décima o centésima vez era llamado a declarar. Esta vez se hallaba ante el jefe de la sección, comandante Judanov. Le fue permitido tomar asiento e incluso se le ofreció un cigarrillo. El comandante se portó de una manera absolutamente

correcta. Una secretaria, que también fumaba y cuyas uñas lucían una perfecta manicura, anotaba cada una de sus palabras. Ante el comandante estaban las actas de las declaraciones prestadas hasta aquel momento. Se trataba de preguntas de carácter técnico y no solamente acerca de la maquinaria empleada en su especialidad, sino acerca de la instalación de fábricas de manipulación del papel, así como sobre el funcionamiento de las industrias complementarias de ésta.

—Sus respuestas tienen sentido demasiado general, señor Knauer — observó el comandante Judanov—. Pero dejemos esto —dijo, y luego envió a su secretaria a por té y ofreció a Knauer un cigarrillo.

—Dejemos en paz el caso "Ardenne" —continuó al cabo de unos instantes.

Tenía sus motivos. Veinticuatro horas antes había recibido una comunicación que le obligaba a hablar de aquel modo. "Van ustedes a fusilar a un hombre de gran valía: el célebre físico barón Von Ardenne, famoso por sus Conocimientos en física nuclear." Así rezaba la comunicación del agente. Llamó a Budin y se precipitó en su coche. Llegaron en el momento justo. Un grupo de "fascistas" iban a ser fusilados en el patio de un cuartel. Y entre los "fascistas" se encontraba el barón Ardenne. Judanov se lo llevó al cuartel general de Karlshorst, donde le dejó.

—Si realmente no sabe nada acerca del barón Ardenne —dijo Judanov a Knauer—, no quiero insistir, pero estoy seguro de que sí sabrá dónde se encuentra el físico Hertz.

—Ya le he dicho que tampoco puedo decirle nada acerca de Hertz. No sé nada.

—Hertz no se halla en su casa. Pero estoy seguro de que Hertz tiene otra vivienda. Dese usted cuenta que nosotros sólo deseamos su bien. Queremos proteger a las personas de mérito.

—Lo siento mucho, pero no conozco al profesor Hertz.

—¡Ahí, pues nuestros informes nos aseguran todo lo contrario.

En realidad, el director Knauer había sido presentado en cierta ocasión al profesor Hertz. El comandante Judanov debía estar al corriente de ello y quizá suponía que Knauer era amigo del célebre físico. Y volvió a insistir:

—Sabemos que usted frecuentaba el Kaiser-Wilhelm-Institut.

—Tenía acceso al Instituto. Estuve algunas veces allí. Eso es todo.

—Sabemos que estuvo allí con mucha frecuencia y niega que conoce al profesor Hertz y a los profesores Thiessen y Döpel. ¿Qué quiere usted que opine?

—Conozco a esos señores de nombre, pero nunca me he relacionado con ellos.

Otra larga pausa.

Judanov se puso a escribir. La secretaria continuó fumando. Aquello podía continuar indefinidamente. Aquella vez, sin embargo, ocurrió algo que libró a Knauer del torturante interrogatorio. Sonó el teléfono. Debía tratarse de algo realmente extraordinario. El comandante Judanov se quedó mirando a Knauer y a su secretaria. Se esforzó en dominarse. Llamó a su segundo, el gordo capitán Budin, que se presentó en el acto. Judanov pronunció una sola palabra: *Chramoi*.

La secretaria hizo desaparecer su cigarrillo. Budin quedó como clavado en el suelo. El interrogatorio fue suspendido y Knauer pudo retirarse.

Al llegar al refugio preguntó a un detenido que sabía ruso:

—¿Qué quiere decir Chramoi?

—El cojo.

El sótano del pabellón del jefe médico se había convertido en una cárcel provisional. Una ventana del sótano estaba al nivel del jardín. Los detenidos, que eran técnicos industriales y comerciales, pudieron ver por ella cómo un gran coche se detenía ante la puerta de la casa. El jefe de la sección, comandante Judanov, seguido de su ayudante, capitán Budin, se acercaron en actitud respetuosa al coche. Descendieron dos hombres: un paisano y un militar de rostro enjuto y en cuyo abrigo lucían las insignias de una alta graduación. Se dirigió hacia la casa arrastrando un pie.

Aquel era el *cojo*, como le llamaban los miembros de la sección especial... Pero los detenidos que se hallaban en el sótano ignoraban lo que sabían el comandante Judanov, el capitán Budin y los oficiales de la sección: que la visita del cojo significaba a veces la liquidación de todo un estado mayor o de un grupo de dirigentes industriales. Aquel hombre delgado, de figura encorvada, pálido, había dejado en muchos sitios, en Ucrania, en la Rusia Blanca y en el Báltico, un tremendo rastro de suicidios entre altos jefes y de fulminantes detenciones. El *cojo* era el jefe supremo de las Secciones y se llamaba Iván Serov, y el paisano que iba a su lado era Saburov, el plenipotenciario encargado del desmontaje de las industrias alemanas.

Todavía se combatía en el centro de la ciudad y todavía flameaban esperanzas respecto a un súbito cambio de la suerte. Una docena de grupos permanecía echado a tierra —que cada vez aparecía más removida— con la espalda vuelta a la Cancillería. En el bunker del Zoo había un cañón del 15 que continuaba haciendo fuego y al amparo del cual se movían unos soldados. Y en Spandau, la "Juventud de Hitler" defendía los puentes sobre el Havel, por los que suponían había de llegar el ejército de Wenck.

—¿Dónde están los rusos?

—¡Tontería!

A Vicco Splüge todo le parecía una tontería. Una tontería la acción de aquellos hombres que como tigres perseguidos se agazapaban en las esquinas de las calles y en los tejados de las casas; una tontería el campamento militar instalado en el ministerio de Propaganda, en el que se movían los directores generales y los consejeros tocados con sendos cascos y armados con pistolas y bombas de mano; y una tontería el continuo ir y venir de las patrullas, como aquella que le acababa de detener ante las ruinas del Hotel Kaiserhof. Dos muchachas montadas en sendas motocicletas y armadas hasta los dientes trataban de abrirse paso entre los escombros que cubrían la calle. Dos correos del ejército femenino de Mohnke. La mayoría de aquellos soldados femeninos eran de Prusia Oriental, que se habían quedado sin casa, padres, marido e hijos y a quienes únicamente les quedaba un odio feroz y un violento deseo de proseguir la carnicería.

—Dos muchachas de Mohnke —dijo Splüge.

—¡Tontería! —respondió el otro.

Aquella sola palabra, empero, no era suficiente para explicar lo que estaba sucediendo.

—Sí, tontería —corroboró Splüge—. ¿Pero dónde están los rusos?

—Por todas partes: en las calles, sobre tus hombros. Te digo que todo eso

no es más que una inmensa tontería.

Un impacto de artillería. Una cascada de piedras. Las dos muchachas de Mohnke desaparecieron como fantasmas. Splüge y su compañero, el sargento primero Loose, a quien había encontrado en la Belle-Alliance-Platz, permanecían apretados contra el suelo, cubiertos con piedras y trozos de asfalto de la Wilhelmstrasse. Los ojos les brillaban a través de una cortina de humo y polvo.

El sargento primero se levantó y con él se levantaron dos personas que, haciendo cortos zigzags, se dirigieron a las ruinas de la Cancillería, entre las que desaparecieron. Splüge no se movió. Junto a él había algunos muertos, bastantes agonizantes y muchos heridos. Un proyectil de obús silbó por los aires. Otra explosión. Luego, de entre las piedras, surgieron cuatro hombres, dos de ellos de las S.S.

—¡A tierra! —gritó uno de los hombres.

Se arrojaron al suelo. También ellos se dirigían, como antes el sargento primero, a la Cancillería. Otro proyectil de obús. La tierra tembló. Una fuente de escombros. Una lluvia de cascotes.

Splüge continuaba apretado contra el suelo como una platija, cubierto de escombros. Un uniforme de la Luftwaffe se inclinó sobre él. Un rostro pálido y descompuesto.

—¿Te has vuelto loca, Leonore?

—¿Vives, Vicco?

—¿Te has vuelto loca? ¿Qué haces aquí?

La obligó a echarse al suelo, entre las piedras. Un cañonazo tras otro. Las bocas de los antitanques parecían ojos encendidos. Unos proyectiles caían ante el ministerio de Propaganda, desde cuyas ventanas se arrojaban encendidos paquetes de actas. Los vidriosos ojos de un cadáver le miraban entre la basura. Pero besó a la muchacha. La besó en la boca. No la había besado desde que el ministerio de Propaganda se había convertido en un campamento militar.

—¿Estás loco? —le preguntó, a su vez, Leonore.

—Creo que los dos estamos igualmente locos, Leonore.

Sí, estaban locos, igual que todos los miembros del batallón Wilhelmplatz. Todavía ayer estuvieron trasladando tapices persas de la casa Herpich y poco antes se habían hecho con ropas, trajes y enseres. Ahora, sin embargo, le parecía comprender a aquella gente cargada con paquetes, y a aquellas parejas que se arrullaban entre las ruinas e incluso le parecía haber encontrado la clave de las mil violencias que los rusos cometían diariamente en la ciudad condenada a muerte.

Todo eso no tiene nada que ver con la razón; tiene que ver únicamente con la muerte y con ese primitivo terror que todos llevamos dentro. Aquello de querer dejar de ser, de querer despojarse de todo era algo equivocado. A todas luces resultaba algo equivocado, erróneo. Yo estoy sentado sobre un tapiz persa, enciendo un cigarro con un billete de cien marcos y aquí al lado tengo a una mujer: esto lo atestigua la realidad. Pero este testimonio debe ser formulado un par de veces cada hora. Más tapices, más cigarros, más mujeres.

—¡Ah, Leonore!

—¿Qué?

—No debíamos haber hecho esto.

—Será mejor que no hablemos de ello.

—Sí, lo mejor es no hablar, no pensar. ¿Crees que vamos a morir?

—Si no nos marchamos en seguida de aquí, sí.

—Pues marchémonos al refugio.

Hitler había muerto y en el ministerio de Propaganda, que estaba al otro lado de la calle, no sabían nada de ello. El día antes, y en compañía de otros altos jefes, el general Weidling había aconsejado a Hitler que capitulara. Pero Hitler, en vez de responderle, mandó a Krebs para que le informara si el ejército de Wenck había llegado a la Potsdamer Platz. Cuando al día siguiente llegó Weidling al Bunker, le dijeron: "El Führer se ha hecho el *harakiri*."

Aquello quería decir que las deserciones habían comenzado. Pero en las calles de Berlín se continuaba luchando. Unas calles se perdían y se volvían a recuperar. Los diferentes grupos combatían aislados unos de otros. Los servicios de sanidad no funcionaban y apenas había pan y agua. El agua del Spree sólo alcanzaba a muy pocos soldados. El caos militar había alcanzado su punto culminante. Weidling habló a Bormann y a Goebbels de la necesidad de capitular inmediatamente, pero sus palabras no fueron escuchadas. Se le prohibió establecer contacto con los rusos. Weidling, sin embargo, regresó a su cuartel general y absolvió a sus oficiales y a sus soldados del juramento de fidelidad.

Bormann y Goebbels, que ya estaban condenados a muerte, tuvieron una última esperanza. Creían que el mariscal Zukov les permitiría atravesar las líneas rusas para reunirse con el almirante Dönitz, que estaba en el norte de Alemania y que ya había formado Gobierno, y preparar con él la capitulación. Al regresar Krebs, que había sido enviado como mensajero y que volvió lleno de porquería, con los ojos llameantes y más muerto que vivo, y comunicarles que los rusos exigían la capitulación sin condiciones, comprendieron que había llegado su última hora. Un carpintero ya le había traído a Goebbels los cinco féretros para sus hijos. Encargó a su mujer que envenenara a los pequeños. Tampoco se atrevió a suicidarse. Dio el brazo a su esposa y ambos subieron la escalera del Bunker y salieron al jardín. Y allí se hicieron fusilar por unos hombres de las S.S. Hitler había muerto y sus restos habían sido dispersados. Cerca de la puerta del jardín del Bunker, junto al lavadero, ardía un pequeño fuego y las llamas de aquel fuego prendieron en el cuerpo de Goebbels y en el de su esposa.

Nadie sabía en los sótanos del ministerio de Propaganda lo que ocurría al otro lado de la calle, sobre la que a cada momento surgían surtidores de tierra y piedras. El subsecretario Naumann había hecho decir que pronto iría al Ministerio para comunicar allí importantes noticias. Pasó la mañana, transcurrió la tarde, llegó la noche y el subsecretario no compareció. Cientos de hombres y mujeres, telefonistas, altos empleados con sus mujeres e hijas, chóferes heridos, periodistas, militantes de las S.S., oficiales, mujeres con chiquillos en brazos, esperaban el regreso de Naumann.

—Todavía no, todavía no —le dijeron a Splüge.

—Todavía no ha venido Naumann.

Hacía mucho calor. Aquello parecía un horno. Las vigas del techo estaban ardiendo. ¿Qué ocurre? ¿Dónde está Naumann? ¿Dónde está el ejército de Wenck? ¿Qué ocurre con Steiner? ¿Hasta dónde ha llegado Schorner? ¿No había prometido Naumann que los refuerzos de Wenck, de Steiner y el ejército acorazado de Schorner estaban a punto de llegar, y que solamente se trataba de aguardar un día más, quizá un par de horas? Y ya había pasado un día.

Aquella vez Naumann debía traer la noticia decisiva y únicamente cabían dos respuestas: la buena o la mala.

¿Cómo está la situación?

Aquella pregunta había acabado por convertirse en un tópico y durante algún tiempo, sobre todo al principio de los acontecimientos bélicos, había sonado como una especie de chiste. Pero el chiste no había vuelto a repetirse desde que los rusos combatían en el interior de Berlín y cercaban la ciudad, en cuyos alrededores se libraba una tremenda batalla de aniquilación. Dos mil doscientos cañonazos habían caído durante las últimas veinticuatro horas sobre el ministerio de Propaganda, la Cancillería del Reich y el ministerio del Aire. Y bajo aquel fuego de muerte no cabía considerar la situación de ninguna manera, ni de un modo pesimista, ni de una manera optimista, pues en tales circunstancias ya ni siquiera se podía pensar. Y para las gentes refugiadas en el ministerio de Propaganda, Naumann se había convertido en una idea fija, y Naumann, el enviado del Führer, debía comparecer con nuevas órdenes, con una solución, y debía aportar la salvación para todos ellos.

Y Naumann, por fin, llegó.

Tras veinte horas de espera, apareció en la otra orilla. Aprovechó una pausa durante la cual únicamente silbaban unas pocas balas a través de la Wilhelmstrasse, y corriendo en zigzag atravesó la calle, que estaba llena de embudos, y se metió en los sótanos del ministerio de Propaganda, donde inmediatamente se vio rodeado de hombres y mujeres, de médicos, soldados y heridos en medio de los cuales y con el rostro tan pálido como los demás, estaba Fritzsche.

IVÁN

Era la noche del primero de mayo. La fiesta de la juventud comunista del Estado Soviético y del ejército rojo, la gran fiesta nacional, Coincidió esta vez con el comienzo de la fiesta de la victoria, que ya había comenzado a celebrarse en la nada mal acondicionada cueva del oso. Iván se había quedado sin casa, pues los fascistas la habían incendiado. Y había abandonado su país, pues los ladrones fascistas se habían apoderado de él. En realidad, sin embargo, los fascistas nunca habían llegado hasta Arkangel. Su país había sido colectivizado y su casa había sido incautada por los mismos rusos. Iván había tenido que marcharse de allí conducido por la policía, que le trasladó al campo de Krupki, donde trabajó hasta que las bombas de la aviación alemana cayeron sobre él. Entonces fue encuadrado en el Ejército Rojo. Su rostro no se contrajo cuando una mañana oyó pronunciar su nombre en el momento de la revista. Y tampoco se contrajeron los rostros de Kyril y Nikita. Stalin era un gran hombre. Stalin había puesto en marcha la apisonadora y a última hora había ganado la guerra. Y los fascistas tenían muchas deudas que pagar y había llegado la hora de saldar cuentas.

Dos noches antes, Iván de Arkangel se había pasado muchas horas

tocando el acordeón ante una joven madre. Aquel día, sin embargo, había violado a ocho mujeres, mejor dicho, a siete, porque la última se arrojó por la ventana. Una alemana menos. "Pegad a la orgullosa mujer alemana, humilladla, violadla... ¡Matad, matad! En Alemania, los únicos inocentes son los niños que todavía no han nacido y los perros." Lo habían repetido centenares de veces y otras tantas lo habían leído en la "Pravda" y en la "Rasnaia Svesda" y se lo habían repetido los instructores políticos. Y aunque antes de comenzar la última ofensiva se les dijera que Berlín era una ventana abierta al mundo, la "Pravda" había dicho que el camarada Ehrenburg exageraba en su manera de apreciar la capital alemana, y aquellas palabras no podían desvirtuar el efecto de lo que hasta entonces se les había inculcado y de una larga práctica de saqueos, robos y muertes llevados a cabo en los pueblos alemanes tomados por el Ejército Rojo. Iván, pues, había dejado una larga estela de destrozos y cuando descubría que un reloj de pared era algo demasiado grande para metérselo en el bolsillo, lo destrozaba. Las bombas norteamericanas habían dejado en las casas de Berlín muchas cosas en pie, por lo que él mismo entraba en las viviendas con la furia de una bomba. Había bebido aguardiente como si fuera agua y por la noche se encontraba tan sereno como por la mañana, a la hora de despertarse. Cuando al anochecer llegó ante una plaza en la que estaba emplazada una batería a cuyos servidores oyó decir que hacían fuego contra el Bunker de Hitler, quiso disparar un cañonazo a Hitler. El joven oficial de artillería accedió a los deseos de aquel gigante y, por luna vez, le permitió tirar de la cuerda.

—*Ogon!*

Iván tiró de la cuerda. Una lengua de fuego. El cañón retrocedió. La granada silbó sobre los tejados de las casas e Iván gritó: "¡Hitler, acabado!". Se echó la gorra hacia atrás y desapareció por una oscura calleja en ruinas.

Un cañonazo tras otro.

Las baterías rusas estaban emplazadas alrededor del centro de la capital. Disparaban desde Neukolln, Tempelhof, Schöneberg y desde el otro lado del Spree. Sólo tenían tres objetivos: la Cancillería del Reich, el ministerio de Propaganda y el ministerio del Aire. Sobre el centro de la capital, el cielo estaba teñido de rojo a causa de los incesantes fogonazos y de los grandes incendios. Y entre los incendios, los altos surtidores de tierra y piedras y las enormes ruinas, se movían los pálidos dedos de los reflectores.

Berlín estaba ardiendo, y en centenares de patios se apiñaban grupos de hombres y en centenares de sótanos caían las mujeres bajo las zarpas de los conquistadores. Berlín, la capital más joven de Europa, que desde los tiempos prehistóricos había sido un lugar habitado; Berlín, la antigua ciudad comercial, la antigua ciudad de los electores, la antigua fortaleza, la antigua capital del Land, la metrópoli del Reich alemán, el mayor centro industrial del continente, la ciudad algunas de cuyas piedras tenían una historia milenaria, era aplastada, golpeada y triturada. El Schloss, en el centro de la capital, estaba rodeado de grandes columnas de humo. La Erasmus Kapelle, cuya primera piedra fue puesta en 1540, y el Grüne-Hut —la hermosa torre medieval— y la casa de la duquesa estaban a punto de venirse abajo. Las llamas quemaban los gobelinos y los cuadros y continuaban su camino. La capilla del Schloss se transformó en una ardiente chimenea. Y las desnudas paredes, la escueta armazón de la cúpula y el león del portal fueron quedando atrás. La Nicolaikirche —destruida cuando el incendio de 1380 y reconstruida de nuevo en 1470— ya no podía

sostener los arcos de sus naves y se derrumbó, y las piedras destrozaron el altar mayor. La Klosterkirche se convirtió en un campo de ruinas, del que únicamente emergían la torre, el coro y una pared lateral.

Fuego y muerte. Y el acordeón continuaba sonando.

Última etapa de una guerra que se había extendido desde los Pirineos hasta el Volga, desde el Cabo Norte hasta las Pirámides y que ahora terminaba en el mismo sitio donde había comenzado. Los caballeros del jardín de recreo del Schloss, los jinetes de la columnata del Museum y las máscaras guerreras que asomaban entre los ahumados revestimientos de madera de las ventanas del Museo de Guerra miraban atónitos los camiones ametrallados y cargados de heridos. La calle estaba cubierta de cadáveres, sobre los que pasaban los tanques y los camiones.

Y el acordeón continuaba sonando...

Eran tres cabezas de muchachas con las que unos soldados borrachos habían jugado a bolos y que luego habían dejado, bajo las ventanas de la Jefatura de Policía, en medio del arroyo. Era el profesor Quappendorf, que con las manos ensangrentadas salió de un refugio de la Laubacher Strasse y subió a un piso a cuyos moradores, después de contarles su historia, les pidió una cuerda. Camino de Schmargendorf, donde pensaban encontrar asilo, se encontraron con unos soldados, quienes las empujaron a un sótano de la Laubacher Strasse. "¡Matadme!", gritó la hija menor. "¡Matadme!", sollozó la otra. Dad una idea a los borrachos y veréis cómo la realizan en el acto. Los borrachos, en efecto, dispararon. Pero dispararon mal. Y el padre quedó en el sótano con sus dos hijas mal heridas. La muerte, que era inevitable, no acababa de llegar. Y el padre hizo sendos cortes en las muñecas de sus hijas. Pero la muerte se obstinó en no llegar. Y entonces subió a un piso y pidió unas cuerdas. Primero ahorcó a Else, luego a Margot y finalmente a la mayor. Las colgó de un poste del alumbrado. Y después se ahorcó él mismo.

Y el acordeón continuó sonando...

De otro sótano, en el que únicamente habían quedado unas cuantas piedras en pie, salían gritos desaforados. Los soldados habían desnudado a una anciana de ochenta años —viuda de un antiguo almirante de la marina imperial alemana—, a la que obligaron a cantar canciones populares. La vieja estaba de pie sobre una mesa cubierta de vasos y botellas y latas de carne en conserva del ejército americano, alrededor de la cual permanecía un grupo de soldados rojos. La vieja no hacía más que emitir un débil ronquido que los soldados acompañaban con palmadas y grandes voces.

El cuartel de Günther Sarfeld también estaba en la Laubacher Strasse. Acompañado de su novia, su madre y una docena de amigos, entre quienes se encontraba la señora Halen, que el doctor Linth había dejado a su cuidado, Sarfeld se había trasladado de casa. Aquel día había organizado Sarfeld la vigilancia en torno a los carteles rusos de propaganda, había hecho que una brigada de hombres y mujeres despejara las ruinas que cubrían la Hohenzollerndamm, había formado unas secciones que debían desmontar ciertas instalaciones industriales, había encontrado grandes paños de color rojo con los que cubrir los cañones y tanques y todavía había tenido tiempo para dar con el encargado del registro civil, a quien ordenó se encargara de las formalidades legales de su próximo matrimonio.

El comandante de su distrito, que era un oficial siberiano, le mandó llamar.

—¿Entonces tú casar?

—Sí; creo que está permitido.

—Desde luego: casarse, bueno, y casarse en primero de mayo, dos veces bueno. ¿Tú necesitar algo?

—Sí; quisiera un poco de carne y algo de bebida. A mi futura esposa le gustan mucho los pepinos.

—Bien, bien.

Sarfeld recibió una docena de botellas de vino tinto. Las botellas se las llevaron a casa. Y también le llegó gran cantidad de pepinos, de modo que todos los vecinos pudieron participar en el banquete de bodas. Hasta el mismo comandante se presentó a la hora conveniente, y con gran estrépito. Compareció con un gran coche requisado de la Wehrmacht. Al detenerse éste ante la puerta sonaron unos disparos y muchos vecinos creyeron que la lucha había sido reanudada. El comandante descendió del coche y subió, bien separado de sus acompañantes, la escalera principal. Tras él iba un oficial y luego, en último término, iban los ordenanzas. Uno de los ordenanzas, que era un tipo pequeño y delgaducho, parecía un esquimal. Sarfeld distribuyó cigarrillos entre los invitados, lo que en aquellos momentos era un regalo valiosísimo. El pequeño esquimal también fue obsequiado. Al ver cómo el hombrecillo encendía y fumaba el cigarrillo, Sarfeld pensó que valía la pena haber filmado la escena. La bebida, empero, se había terminado y las botellas estaban completamente vacías.

—*Pesche, pesche, pi...*— oyó Sarfeld, que decía el comandante al esquimal.

Y el hombrecillo desapareció y al cabo de unos momentos regresó con un canasto lleno de botellas.

—¿Y dónde música?

—No tenemos música.

—*Pesche, pesche, pi...*

Un ordenanza salió de la sala y volvió en seguida cargado con un viejo gramófono y un voluminoso paquete de discos. Había de todo, desde "Ensueño", de Schumann, y el coro de los "Peregrinos", de Tannhäuser, hasta "El molino de la Selva Negra", "Cuando las lilas vuelven a florecer" y "En Heidelberg he perdido mi corazón". Y todo fue igualmente bailado.

Al cabo de una hora y media el comandante echó una mirada a su reloj y, después de haber estado riendo y charlando animadamente, puso una cara muy seria. "*Pesche, pesche, pi...*" Todos se levantaron y por orden jerárquico se acercaron a la puerta. Sarfeld acompañó a sus huéspedes hasta la entrada de la calle. El comandante, el ayudante y los ordenanzas montaron en el auto. Sonaron disparos de pistola y de fusil y pareció como si en la calle tuviera lugar un pequeño asalto de infantería.

—¡Salud para mujer!

El coche arrancó y desapareció en seguida.

LOS CAMINOS INCIERTOS

No todos los presagios de tormenta se convierten luego en tempestad, ni todos los rayos causan víctimas. Así, la inesperada visita de Iván Serov al pabellón del médico director del hospital de Tempelhof no motivó ninguna alteración. No hubo fusilamientos, ni deportaciones. Al contrario, pues el joven comandante Judanov fue ascendido por haber estado en contacto con un agente del servicio secreto inglés que le había hecho saber dónde se encontraba el físico atómico Ardenne. El capitán Budin continuaba ahora sentado a su mesa, pero sobre ella había una carpeta en la que habían sido colocados todos los documentos referentes a los científicos alemanes por cuya suerte se interesaba la Unión Soviética. Pero el que la carpeta estuviera cerrada no significaba que la Unión Soviética hubiera dejado de interesarse por aquellos hombres, sino que el asunto de los científicos pasaba a otras manos. Budín y su equipo debían ahora ocuparse del desmontaje de las industrias berlinesas. Las órdenes, los planos y los proyectos ya habían sido repartidos en su sección. Había que desmontar desde un ochenta hasta un ciento por cien de las industrias de la ciudad. Y los trabajos, según había dicho Iván Serov, debían realizarse sin pérdida de tiempo. Los ingleses y los norteamericanos se presentarían en Berlín dentro de seis semanas, o quizá dentro de un mes, y en tal fecha tenía que haberse hecho tabla rasa con la industria de Berlín. Después de Yalta y tras la Conferencia cuatripartita de Moscú, Morgenthau había trazado un plan para convertir a toda Alemania en un inmenso campo donde cultivar patatas o apacentar rebaños. Pero dado que en los Estados Unidos no todo el mundo era de la misma opinión y habida cuenta de que muchos banqueros harían todo lo posible para impedir la realización de los proyectos de Morgenthau, convenía proceder con toda urgencia. Saburov, el experto en cuestiones de economía, e Iván Serov, se habían expresado de una manera categórica y no cabía duda que la operación debía llevarse a cabo con la máxima rapidez posible.

Los interrogatorios se dieron por terminados y los detenidos que se hallaban en el pabellón del director médico del hospital fueron puestos al frente de unas secciones encargadas de proceder al desmontaje. Los técnicos fueron llevados en camiones a Siemensstadt, a Neukölln, a Weissensee y a Henningsdorf. Bajo la vigilancia de un teniente y algunos soldados, al director Knauer le tocó dirigir los trabajos de desmontaje de la fábrica "Lorenz", que estaba cerca del hospital y en la que se producían aparatos de radio.

El nuevo alcalde aportaba la mitad de los trabajadores y la otra mitad estaba compuesta por rusos y ucranianos, todo ellos antiguos prisioneros y repatriados. Montados en bicicletas, motocicletas, autos y camiones sobre los que habían colocado grandes letreros en los que ponía "Saludo al gran Stalin", "Saludo al pueblo, vencedor, la Gran Unión Soviética", habían ido al encuentro de sus compatriotas, quienes en un santiamén aparcaron los vehículos, concentraron a los recién llegados, les quitaron cuanto llevaban encima, los vistieron de prisioneros y los enviaron a trabajar.

Y allí estaban, junto a un nutrido grupo de alemanes, ante los restos de la fábrica "Lorenz". Nadie —ni rusos, ucranianos y alemanes— tenía especial empeño en realizar aquel trabajo, para el cual, por otra parte, tampoco estaban demasiado preparados. Entre los trabajadores había muy pocos especialistas y nadie estaba provisto de las herramientas necesarias para aquel quehacer. ¿Dónde encontrar en tan poco tiempo las llaves inglesas, las tenazas y demás instrumentos adecuados? Todos, sin embargo, tuvieron que ponerse

inmediatamente manos a la obra y apenas habían comenzado el trabajo cuando aparecieron unos camiones con gente dispuesta a cargarlos sin pérdida de tiempo. Había que desmontarlo todo, el "objeto completo", como decía el teniente que mandaba la brigada de desmontaje y no había de quedar allí ninguna máquina, ni mesas de trabajo, armarios, cañerías de agua, ni conducciones eléctricas.

Tras la visita de inspección que el capitán Budin realizó a la fábrica, y durante la cual, mientras iba de una nave a otra, no cesó de proferir voces, el trabajo se realizó a un ritmo verdaderamente infernal. Los obreros únicamente empleaban martillos y palancas, y mientras el trabajo se limitó a trasladar o desmontar mesas de trabajo, cañerías de agua, armarios o las instalaciones de los lavabos, al cosa fue bien, pero cuando se trató de maniobrar con aparatos de electrotecnia o con pesadas vigas, el asunto tomó otro cariz. Y Knauer, a quien se había hecho responsable de todo ello, no podía hacer otra cosa que ir en busca del teniente, el cual, por su parte, se limitaba a encogerse de hombros. El capitán Budin tenía orden de desmontar aquella fábrica en un tiempo determinado y lo único que le interesaba era no sobrepasar el plazo que le habían señalado. Al capitán Budin, pues, le tenía sin cuidado que el trabajo se hiciera de un modo correcto, pues mientras rondaba de un sitio a otro pensaba en las otras fábricas que figuraban en la lista que le habían dado, y entre las que se encontraba una fábrica de instrumentos de precisión, unas dependencias ferroviarias destinadas a la reparación de vagones, una gran panadería y una factoría maderera. A Knauer le pareció que los rusos estaban dispuestos a desmontar toda la industria de Tempelhof, cargarla en trenes y camiones y, en pocos días, facturarla hacia el Este.

Junto a la fábrica pasaban grupos de soldados del Ejército Rojo y entre ellos pasó una batería antiaérea tirada por caballos, cuyas colas y crines habían sido engalanadas, lo mismo que las ruedas de los cañones, con paños de color rojo procedentes de cortinas y cubrecamas, que los soldados habían cogido de las casas desvalijadas. Era el primero de mayo, que allí, en la fábrica, era celebrado con una jornada de trabajo intensivo. El capitán Budin habló a sus hombres acerca del primero de mayo y al terminar su discurso dijo que, en vista de lo mucho que todavía quedaba por hacer, sería necesario continuar trabajando durante toda la noche.

Así, pues, desmontar, transportar y cargar siguió al mismo ritmo con que se había iniciado. Los rusos, por lo visto, confundían el desmontar con el demoler. Más importante que la manera de realizar el trabajo era ajustar el mismo al horario prescrito. Knauer trataba de salvar las máquinas más importantes y lo hacía sin sospechar siquiera que sólo a causa de una máquina estropeada podía ser acusado de saboteador y juzgado por un tribunal militar formado por oficiales de la sección de Iván Serov.

Se hizo de noche y el trabajo continuó. A la luz de un gran reflector, hombres y mujeres —habitantes de Tempelhof y antiguos prisioneros rusos— continuaron martilleando, serrando y moviéndose como si fueran un enjambre de polillas.

—*No vot, Berlín!*

El tono no era gutural y la B de Berlín sonaba como una P. Al cabo de unos momentos añadió:

—Ya lo tenemos.

Ya lo tenemos; aquí está el gran mar de ruinas rodeado de fuegos en medio del cual se abre un gigantesco horno. Como un enorme disco, un sector de la ciudad apareció bajo el ala del avión y los pasajeros vieron gran número de casas quemadas, con los tejados hundidos y los huecos de ventanas ennegrecidos. Y desde lo alto del "Douglas" los cañones destrozados y los montones de ruinas que cubrían las calles parecían excrementos de moscas.

El "Douglas" había despegado cinco horas antes del aeródromo de Tuschino, en Moscú. Tras doce años de espera se podía ahora hacer el salto de Moscú a Berlín en cinco horas. Doce años de metódico trabajo de oficina en el que se habían desarrollado las iniciativas de personas a quienes no se conocía; doce años de ir y venir de las oficinas del edificio del Komintern, situado en Rostokino, en las afueras de la capital, al Cuartel General, instalado en el Hotel Lux; doce años de interminables viajes en tranvías repletos de gente; doce años de purgas, de oscuras luchas para sobrevivir, de intrigas, denuncias, citaciones y comparecencias ante un tribunal especial que tenía poder para sentenciar a muerte si era necesario. Muchos quedaron a mitad de camino. Doce años de sufrir y esperar y, por fin, la tan ansiada orden de marcha. Tras hacerse con el equipo necesario para ir a vivir a un país capitalista —un par de zapatos, un traje, un sombrero flexible y quinientos o mil marcos, según la jerarquía de cada cual, recién estampillados— y meter las cosas en una maleta de madera, todo quedó listo para dar el salto hacia Berlín.

Habían tenido un mal viaje, pues tropezaron con tiempo tempestuoso y el avión no era demasiado confortable. Las paredes del aparato no estaban forradas por dentro y los paisanos viajaban sentados en dos bancos sin respaldo, colocados a lo largo del aparato. Y cada vez que se mareaba el camarada situado al extremo de un banco había que trasladar un cubo a lo largo del avión. Y cuando el cubo, que pasaba de unas manos a otras, no llegaba a tiempo, el pasajero vomitaba sobre el piso, y cuando, debido a los movimientos del aparato, el contenido del cubo salpicaba a los pasajeros, no había quien resistiera las ganas de vomitar.

—Aquí lo tenemos, Tovarich.

Aquello era un cementerio extraordinariamente largo para quien jamás sostenía una conversación acerca de temas personales y siempre se limitaba a pronunciar las palabras más convenientes sobre las últimas directrices políticas.

Nu vot, así es, después de doce años de espera, la ciudad de Berlín; un inmenso montón de ruinas y escombros que se extiende hasta allí donde la vista alcanza. Aquí lo tenemos, y lo tenemos de verdad. Este objetivo nos lo ha dado el Ejército Rojo y nos lo ha librado con todas sus casas, sus patios, sus animales, sus mujeres y sus niños (a los hombres habrá que educarlos primero), y todo esto será nuestro para siempre. Y no solamente será nuestro Berlín, sino también toda la zona que se extiende hasta Dresden, hasta Weimar y Eisenach y Leipzig. La posición clave de la imprenta alemana ha caído en nuestras manos y ha caído con todas sus máquinas y su papel, y con papel y máquinas de imprimir pueden hacerse muchas cosas. ¡Habrá que arremangarse los brazos y escupirse en las manos! Sin consideraciones intelectuales, sin una honda teorización de los problemas, no hay posibilidad de emprender obra alguna. Además, tenemos ejemplos en Polonia, Lituania, Letonia y Estonia. Reforma agraria: en virtud de ella podemos retorcer el

pescuezo a la nobleza del campo y eliminar la base económica del militarismo prusiano. Reforma bancaria: en virtud de ella eliminamos las últimas reservas a la alta y baja burguesía (los trabajadores no tienen nada que ver con los Bancos). Reforma escolar: en virtud de ella nos hacemos con la juventud, y quien es dueño de la juventud no tiene por qué temer el mañana.

Muchos cayeron en Moscú, Omsk, Tomsk, Kolima, Alma-Ata y Ferghana, y muchos de ellos eran gente de valía, hombres que sabían hablar y que incluso tenían ideales. El jefe del grupo que viajaba en el "Douglas" no era orador. Nunca se había dirigido a las masas y éstas le desconocían. Tampoco tenía ideas propias. Y en cuanto a los ideales... la cuestión de los ideales era un problema de metafísica y la metafísica era algo realmente peligroso. Muchos perecieron y él, sin embargo, no movió ni un solo dedo. Había salido de Alemania completamente afeitado y ahora regresaba con una puntiaguda perilla. Ese era el único cambio que, al parecer, se había operado en él durante los años de la emigración. Desde tiempo atrás estaba en contacto directo con la NKVD. Era un hombre extraordinariamente cauteloso. Nunca hacía una pregunta, pero contestaba cuando era preguntado. Cumplía todas las órdenes que le daban. Y eso es lo que le condujo a ser el número uno de los pasaderos del avión.

Dos, tres, cuatro, cinco... dieciocho hombres viajaban en el "Douglas". Algunos de ellos tenían buenas cualidades, pero su jefe, que no tenía ninguna, siempre les habría de pasar delante. Ayer mismo había habido degradados entre ellos y hoy volaban hacia Berlín. Un redactor jefe había sido convertido en corrector, cuya misión era verificar las comas, puntos, interrogatorios y comillas en una traducción de las obras de Stalin. Un agente del Komintern y espía en China se había convertido en locutor de radio, y el director de una editorial había trabajado luego en una mina de oro. Sólo uno entre ellos había permanecido lo que siempre fue: un poeta. En lo único que el poeta había variado era en su estética, pues poco tiempo antes había cambiado el expresionismo por un nuevo lirismo de inspiración nacional. Y ese cambio no fue hecho por táctica, sino que fue algo sentido. El poeta añoraba su patria y a través de aquella nueva forma de expresión manifestaba el dolor que le causaba su pasado y su vida, destrozada sin remedio. El número uno no traía consigo a los presidentes de los diferentes "Lands", pero sí acompañaba a los vicepresidentes y a los ministros de seguridad, y no traía consigo al alcalde de Berlín, pero sí al representante del alcalde mayor, que todavía no había sido designado, así como a los directores generales, y eso sí que era pura táctica. El poeta, que había ido del clasicismo al realismo socialista, pasando por el romanticismo, era una excepción entre aquellos viajeros. El poeta, que por las mañanas era capaz de componer un interminable poema socialista, de noche, cuando estaba solo en su habitación, sentía deseos de abrirse las venas con una navaja de afeitar, pues no podía soportar el dolor que le causaba el hecho de la tremenda catástrofe nacional.

El "Douglas" describió un amplio círculo sobre parte de la ciudad, volvió hacia el este y aterrizó en el aeródromo de Schönefeld, al sudeste de Johannisthal.

Se aparearon a la luz de un reflector. Examen de documentos. A un lado, cerca del avión, había un grupo de soldados sentados alrededor de un

pequeño fuego en el que freían patatas y tocino.

Los documentos estaban en regla: grupo Ulbricht, en misión especial encomendada por el Ejército Rojo. Las maletas de madera volaron sobre un camión en el que en seguida montaron los recién llegados. El camión atravesó Nieder y Oberschöneweide y pasó ante las grandes instalaciones industriales de la AEG, en las que, a la luz de potentes reflectores, brigadas de hombres y mujeres se ocupaban en los trabajos de desmontaje. El camión continuó hacia Lichtenberg. Las calles estaban completamente oscuras. Nadie circulaba por ellas. Caballos muertos. Olor a quemado. La música de un acordeón sonó entre unas ruinas.

—Así es.

—Sí, así es.

—Al bajar del avión he visto una rata enorme.

—Una rata tropezó pues, con otra rata —dijo el poeta, que ahora, tras haber sido nombrado presidente de la organización cultural alemana, gustaba hacer frases cínicas como aquélla.

—Y la guerra continúa.

Una mano señaló hacia el centro de la ciudad. El cielo estaba allí como al rojo vivo. Parecía haber un volcán. Densas columnas de humo ascendían hacia las estrellas.

El subsecretario Naumann se atrevió a cruzar la Wilhelmstrasse, que parecía un horno. Después de haber dudado durante veinte horas y habida cuenta de que un emisario del Bunker había realizado varias veces aquella hazaña; que debía comunicar a su gente los últimos sucesos; que era comandante en jefe del batallón Wilhelmplatz y que en aquellos momentos ya no era el representante de Goebbels, sino el jefe del ministerio de Propaganda, no tuvo más remedio que brincar entre el fuego de la calle.

Llegó arrastrándose y casi sin respiración. Inmediatamente se vio rodeado de funcionarios gubernativos, soldados, mujeres y niños. Naumann los miró con ojos de loco. Su voz fue como un susurro:

—Adolfo Hitler se suicidó ayer tarde. El doctor Goebbels también ha muerto.

Silencio. De momento, nadie comprendió lo que acababa de oír.

¿Qué hay de Steiner, de Wenck, de Schöner? ¿Qué hay de los próximos refuerzos? ¿Qué se ha hecho de las promesas de Naumann?

Al cabo de un instante continuó:

—A las veintiuna y bajo el mando de Bormann, las fuerzas del Bunker intentarán abrirse paso a través del enemigo. Los tanques que quedan irán delante. Ordeno que todo el mundo, incluso las mujeres, se sume a este intento. A las veintiuna en punto intentaremos la salida.

—¿La salida? ¡Qué locura!

Naumann clavó su mirada en Fritzsche y luego se fijó en la puerta.

¿Qué pretendía? ¿Escaparse de nuevo? Con un movimiento de la mano derecha, Naumann se despidió de la concurrencia y se quedó en compañía de Fritzsche y un par de hombres más.

—¡Este intento es una locura! —dijo Fritzsche.

—¡Me importa un bledo!

Fritzsche se había convertido en un puro esqueleto. Su uniforme estaba destrozado a causa de los escombros y las chispas que le habían caído encima durante su última salida por la ciudad. No había podido ver a Goebbels y sus

preguntas habían quedado sin respuesta. ¿Era aquel rostro macilento en vida y desfigurado ahora por la muerte la respuesta a su pregunta sobre el porqué de aquella guerra sangrienta? ¿Y qué había sido de la esposa del ministro y de los hijos de éste, acerca de los cuales había dicho el propio Goebbels que su deber era quitarles la vida?

Pensó que no era necesario preguntar a Naumann. Aquel rostro pálido y aquella mirada extraviada eran demasiado elocuentes para venir ahora con preguntas.

—¿De manera que a usted le importa un bledo?

Naumann no respondió.

—Dígame usted, Naumann... —dijo Fritzsche, omitiendo el tratamiento de señor subsecretario—, dígame usted, Naumann, ¿desde cuándo se ha dado usted cuenta de que Hitler y Goebbels nos llevaban a la ruina? ¿De qué sirve ese sangriento epílogo? ¿Ha olvidado usted que, en su misma presencia, Goebbels me prometió repetidas veces que esta lucha no tendría este final?

—Ahora no tengo tiempo para discutir.

No tenía tiempo para ello. Estaba cubierto de un frío sudor. Fritzsche se percató de que Naumann estaba poseído de un pánico irreprimible.

—Pues, dígame usted: como paisano estoy dispuesto a comenzar las negociaciones para capitular. Estoy convencido de que al explicarles la situación, todo el mundo, soldados y oficiales, secundará mi actitud.

—¡Debemos intentar romper el cerco!

¿Prolongar la espera? ¿Más víctimas? La Potsdamer Platz es un campo de ruinas. Soldados, mujeres y niños están pegados a las paredes de Pschorrbrau. ¿Prolongar la espera para que se pueda continuar fusilando y ahorcando a más hombres? ¿Para que los fanáticos del "Werwolf" continúen regando las calles con más sangre?

Fritzsche puso una condición:

—Sólo en el caso de que Bormann, en su calidad de jefe del "Werwolf", dé la orden de que los miembros de la organización suspendan su actividad, pues esa lucha la pagaría el pueblo.

—De acuerdo: durante tres meses no actuará el "Werwolf".

—No; el "Werwolf" debe suspender su acción para siempre más y necesito la conformidad de Bormann.

—Pues venga usted conmigo al Bunker.

*Un fiel húsar quiso hogaño
a una joven durante un año.
Un año y algo más pasó
y el amor se eternizó.*

Aquí, sin embargo, el amor y muchas otras cosas se habían terminado. Así lo vio y así pudo comprobarlo.

—Anda, levántate, puerca. ¿Vas a quedarte toda la vida tumbada?

Aquellas palabras no iban dirigidas a la novia de un húsar, sino a una esbelta y bien peinada mujer que, completamente borracha, gritaba en una esquina:

—¡Déjame, "Fritz"; no quiero más!

Y el "Fritz", que era un oficial de las S.S., replicó:

—Nosotros nos vamos; si no quieres venir con nosotros, te meto ahora

mismo una bala en la cabeza.

Era un diálogo de amor.

Los proyectiles que caían sobre el caparazón de cemento armado producían un sordo rumor en la habitación. El oficial de las S.S. se sacó la pistola, pero luego pareció pensárselo mejor y, de un brinco, se encaramó sobre la mesa, disparó contra el techo y gritó:

—¡A callar todo el mundo! ¡Atención! ¡Que cada cual continúe como hasta ahora!

Todo el mundo estaba bebido. Continuar como hasta entonces significaba continuar bebiendo, comiendo y fumando sin parar. Estaban medio tumbados sobre los sillones. El suelo estaba cubierto de alfombras y numerosos cuadros y espejos colgaban de las paredes. Los cuadros estaban enmarcados en marcos de oro y las telas habían sido oscurecidas por el tiempo. Seguramente eran cuadros robados del Louvre o del Rijksmuseum de Ámsterdam. Sillones confortables, cuadros, lámparas. Y mucho más: sobre las mesas había botellas de vino, coñac, licores, y también había chocolate, dulces, panecillos, salchichón y jamón. ¡Jauja!

Un conjunto de rostros patibularios. El techo presentaba varias grietas. A veces caía yeso y polvillo, que se posaba sobre los uniformes de los S.S. y caía en las copas. Una lámpara de alabastro se derrumbó. Aquello sí que eran realidades a las que uno podía atenerse, pero nadie hacía caso de ellas. Nada de todo aquello tenía la menor importancia para aquella gente. Nadie tampoco se preocupó de él ni de sus acompañantes, dos hombres que trajo del ministerio de Comunicaciones Aéreas, y que tenía que entregar en el Bunker. Los dos, que habían sido detenidos en la Prinz-Albrecht-Strasse, tenían los ojos desmesuradamente abiertos. Aquello era "Jauja", aunque muy a menudo se oyera un lejano estrépito y no cesara un extraño runruneo. Después de Luckau y Tempelhof, después de la disputa en el tranvía con aquél estúpido comandante y las dificultades que tuvo que vencer en la Lindenstrasse y los apuros que pasó luego para llegar al ministerio de Comunicaciones Aéreas; después de todo aquello, sólo le faltaba este espectáculo de ahora. Hasta el ministerio había llegado, arrastrándose y disparando entre fuego y cenizas. Y allí había tenido que hacer lo que los demás: salir cargado de granadas, arrojar la carga y volver a entrar, para en seguida salir de nuevo y entrar precipitadamente... En la calle estallaban balas de todos los calibres y se arrastraban soldados, marinos y chicos de la Juventud Hitleriana. El desorden no podía ser mayor y uno no sabía si arrojaba las granadas contra los rusos o contra los alemanes. En el interior del edificio, los hombres iban y venían como locos de un sótano al otro. En uno de sus viajes se había quedado a descansar. Estaba rendido, pero también quería ver lo que en realidad sucedía allí dentro. Pero apenas se había sentado en un rincón cuando ante él surgió un oficial de las S.S.

—¿Qué haces aquí?

—Mi grupo está allí.

—No me importa. ¿Sabes qué es esto? —le preguntó al tiempo que le mostraba una pistola—. Pues si no nos acompañas a la Cancillería vas a ver qué ruido hace.

Esa fue la amable invitación que le hicieron. Al pasar junto a la prisión que la Gestapo tenía en la Prinz-Albrecht-Strasse le encargaron que condujera a dos detenidos. Si alguien le hubiera preguntado qué es lo que hacía en aquel

lugar no hubiera sabido qué responder. Pero cada cual estaba demasiado ocupado consigo mismo para entretenerse en hacer preguntas a los demás. Cada cual trataba de huir de la realidad, cosa que se conseguía a base de coñac, ginebra o cointreau, y cuando ya no podían beber más se quedaban mirando las puntas de sus botas o permanecían con la mirada fija en un punto cualquiera del techo y siempre tumbados sobre los sillones ensayaban las más extravagantes posturas. ¡Otra vez a escaparse! Pero seguramente la salida sería mucho más difícil que la entrada. Los dos hombres cuya vigilancia le habían encomendado constituían ahora un nuevo problema. Al mirarlos de nuevo le pareció que aquellos rostros le eran conocidos y creyó que los había visto en la posición del Landwehrkanal. Por otra parte no sentía el menor deseo de convertirse en su carcelero y, en realidad no le importaba que se escaparan cuando quisieran.

Cuando el sargento Loose estaba considerando su situación apareció el oficial de las S.S. que le había obligado a acompañarles hasta la Cancillería. Venía acompañado de unos detenidos que se había traído de la prisión de la Gestapo. El oficial se acercó a un jefe de brigada cuyos pantalones estaban a punto de caer.

—Se presenta un grupo de la Gestapo con seis detenidos. La retirada se ha efectuado sin contratiempos ni heridos. Dieciséis hombres de refuerzo.

Refuerzos: lo que faltaba. Loose contó los hombres: eran quince. Sólo al cabo de un momento cayó en la cuenta de que el oficial también le había contado a él.

¡Más combates!

No importaba que los recién llegados procedieran de la prisión de la Gestapo. De pronto, fueron recibidos como antiguos camaradas. Se les invitó a sentarse y se les permitió beber, comer y fumar cuanto quisieran. Dentro de poco se produciría la caída en la nada. Mientras tanto el jefe de la brigada ordenó que los recién llegados recibieran "raciones de hierro" para tres días y luego les mandó que estuvieran preparados para acudir en refuerzo de sus camaradas.

Pero las cosas sucedieron de otro modo. Había terminado la época de los refuerzos. Loose se fijó en unos recién llegados. Entre ellos había un tipo de pequeña estatura, rostro delgado y gran nariz, junto al cual se había arrojado varias veces al suelo durante su camino hacia la Cancillería. Era el subsecretario Naumann. Junto a él estaba Fritzsche y otros señores del Ministerio de Propaganda. Y también estaba el teniente Splüge, que como los demás entró en el restaurante que había en los sótanos de la vieja Cancillería.

Naumann cambió algunas palabras con el jefe de brigada. Se trataba de Fritzsche, de conseguir una entrevista de este con Bormann. Fritzsche fue invitado a tomar asiento y a aguardar. No tuvo que esperar mucho. Naumann regresó en seguida y le condujo hacia el jardín de la Cancillería. Algo ocurría allí; el "Propagandafritzee" parecía haber perdido el apego a la vida. Algunos de los concurrentes salieron de su ensimismamiento. Y muchos, para no perderse el espectáculo que se preparaba, se levantaron y siguieron a Naumann y a Fritzsche al jardín. El jardín parecía un paisaje lunar. Había allí un cráter junto a otro, la tierra estaba completamente removida y en aquellos momentos se levantaba, de vez en cuando, un surtidor de tierra y piedras. Junto a los lavaderos ardían los restos de un fuego. Naumann y Fritzsche y sus acompañantes avanzaron pegados a la pared. En un hueco de la misma les

esperaba un hombre piernicorto que vestía uniforme de las S.S. Era Martin Bormann.

Una rápida conversación.

Fritzsche formuló su petición.

Y no sucedió nada. No salió ninguna pistola ni fue llamado un piquete de ejecución. Bormann hizo un gesto para que se acercaran los oficiales de las S.S. y los paisanos del ministerio de Propaganda e incluso el sargento Loose, que también se había asomado al jardín.

Levantó la voz:

—¡Escuchad, hombres, vosotros sois mis testigos! Ordeno que se suspenda la acción del "Werwolf". No deberán proseguir las sentencias de muerte. ¡Queda disuelto el "Werwolf"!

Martin Bormann, pues, acababa de traicionar a su señor, y para salvar su vida había hecho caso omiso de la voluntad de su antiguo jefe.

Al regresar, Loose se detuvo un instante junto al fuego que ardía al pie de la pared del lavadero. Creyó reconocer la figura de un hombre y de una mujer. Un hombre y una mujer cuyos restos acababan de ser consumidos por la acción de las llamas. Un golpe de viento hizo vacilar el fuego que bailaba sobre un rostro anguloso. Alguien se acercó a Loose. Era un teniente.

—¿Estás rezando?

—No. ¿Por qué?

—Ese sí que lo necesita.

—¿Quién es?

—¿No reconoces este rostro?

Y, de pronto, Loose reconoció aquel perfil roído por las llamas. Mil veces había visto aquel rostro fotografiado en los periódicos y en los carteles y hojas de propaganda. Pero como no le importaba lo que allí pudiera haber sucedido, dio media vuelta y continuó su camino. El fuego estaba a punto de apagarse. Nadie se acercaba a avivarlo. Todo el mundo tenía otras ocupaciones. Aquellos cadáveres no serían totalmente destruidos como los dos que veinticuatro horas antes habían ardido en el patio del Bunker y cuyas cenizas habían sido cuidadosamente aventadas.

El aspecto del restaurante del Bunker había cambiado por completo. Los sillones estaban vacíos. Gran agitación. Los hombres cargaban y volvían luego a vaciar sus mochilas.

—Equipaje ligero y zapatos ligeros: ¡tendremos que correr!

—Atravesaremos el Tiergarten, pasaremos junto al Bunker del Zoo, avanzaremos por el puente Pichelsdorfer y nos dirigiremos hacia Spandau.

—¡Pero si eso es imposible!

Era imposible. La clásica ruta que habían seguido tanto Boldt y Loringhoven cuando fueron en busca del ejército de Wenck, como los correos y emisarios a quienes se había entregado copias del testamento de Hitler, estaba cerrada. Las ametralladoras rusas estaban emplazadas en la puerta de Brandenburgo. La bandera roja ondeaba en la cúpula del Reichstag. El camino hacia Havel había quedado interrumpido.

—¡Atención todo el mundo! Saldremos en grupos de a tres. Llegaremos a la estación de la Wilhelmplatz a través de sótanos y túneles. Desde allí hasta la estación de la Friedrichstrasse iremos por las vías. Luego, en el puente Weidendamm, nos uniremos al grupo de Mohnke. Tendremos que abrirnos paso hasta Moabit. Luego que cada cual se las componga como pueda. Nos

reuniremos en el nuevo Cuartel General alemán en Piön, en Schleswig-Holstein.

El sargento primero de la prisión de la Gestapo se acercó a Loose y a los antiguos presos, que estaban pegados a la pared. Un extraño destino los había conducido hasta aquel lugar, después de haber visto cómo sus compañeros de cárcel eran sacados de sus celdas y asesinados en los pasillos de la prisión.

Eran seis, los últimos seis hombres que quedaron con vida en la prisión de la Prinz-Albrecht-Strasse.

—¡Daos prisa! Nos marchamos en seguida —dijo el sargento mayor de la Gestapo.

—Yo no; ésta no es mi unidad —repuso Loose.

—No tenemos papeles —dijo uno de los presos—. Sin documentos no podemos ir a ninguna parte.

—Mejor será que nos quedemos aquí —concluyó otro.

¿Qué sucedería? ¿Serían los presos fusilados en el último minuto? La estancia se fue despejando. Hombres y mujeres se apiñaban junto a la puerta. El sargento primero de la Gestapo apenas podía tenerse en pie. Su aliento olía a alcohol. Buscó al jefe de brigada, pero no dio con él. ¿Qué debía hacer con aquellos seis hombres? ¿Matarlos? ¿Dónde estaba el jefe de brigada? Sin orden del jefe de brigada no podía disparar.

—¡Haced lo que queráis! —gritó de pronto—. ¡La Cancillería va a ser dinamitada y vosotros, si os quedáis aquí, volaréis por los aires! —dijo, y pareció sentirse más aliviado.

—¡Tontería! —murmuró un joven oficial, al tiempo que se quitaba la mochila y se sentaba sobre ella, junto a un grupo que no parecía muy decidido a abandonar la Cancillería. Algunos sillones estaban ocupados por muertos y heridos. Cinco muchachos de la Juventud Hitleriana estaban tumbados sobre un montón de paja, y sobre una mesa yacía una joven de la Asociación de Muchachas Alemanas. La joven tenía una herida en el costado derecho y lloraba y decía que no volvería a ver Heilbronn. Entraron nuevos visitantes.

Era una patrulla de la Wehrmacht. Uniformes rotos y rostros cubiertos de polvo. Miradas ausentes. Las botellas y la comida que había sobre las mesas parecieron volverles a la realidad. Cayeron sobre las bebidas y los bocadillos, gritaron, dispararon sus armas contra los espejos y el techo. Y al cabo de unos momentos volvieron a desaparecer. No era aquella la patrulla más conveniente para salir de la Cancillería. ¡Pero había que escapar de allí! Los presos se habían escabullido. Loose salió del restaurante tras el último soldado y vio cómo los soldados se arrastraban, se metían en un cráter tras otro y desaparecían entre los enormes montones de ruinas de un edificio vecino.

En el Bunker pareció como si tras el fabuloso alboroto un dedo invisible hubiera detenido todos los relojes. Los muchachos de la Juventud Hitleriana se quejaban débilmente. La muchacha de la herida en el costado había acabado de sufrir. Los demás —los cadáveres que yacían sobre los sillones— parecían máscaras abandonadas.

—Ha llegado el momento —dijo uno de los cuatro hombres que todavía quedaban en el restaurante.

El hombre se levantó y estiró su uniforme. Los demás hicieron lo mismo. Durante un momento permanecieron inmóviles junto a la mesa, como si de pronto se hubieran convertido en soldados de plomo. Luego miraron a su alrededor: las mesas, los sillones, la puerta y la escalera. Y descubrieron a

Loose, que estaba agazapado en un rincón de la estancia y aguardaba el momento oportuno para salir de allí. Los cuatro se adelantaron, se pusieron en fila, uno al lado del otro.

—¡Acércate! ¡Haz como nosotros!

—¿Qué? —preguntó Loose.

—El Führer ha muerto. Le hemos rendido los honores de rigor. ¡Ahora se acabó!

Una orden y las pistolas salieron de sus fundas. Cuatro disparos sonaron al mismo tiempo. Los hombres cayeron como marionetas. Era increíble y lo más increíble de todo era que uno de los cuatro hombres continuaba en pie con la pistola en la mano. El joven oficial que a última hora había desistido de salir con el grupo de Bormann. Había disparado al aire y ahora lloriqueaba y decía:

—No, no, no...; no quiero. Todavía no me he vuelto loco. Sólo tengo diecinueve años. ¿Qué haces aquí? —le preguntó de pronto a Loose.

—¡Quiero marcharme!

—Yo también.

Loose comprendió que la compañía de aquel tipo todavía le convenía menos que la de los exaltados que poco antes habían irrumpido en el Bunker.

El joven oficial echó una mirada a su alrededor. Ruinas. Embudos. La parte central del ministerio de Propaganda se había hundido. El Palais Leopold aparecía envuelto en llamas.

—El mismo espectáculo que en Brest. ¡Si hubiera caído allí! ¡Si hubiera caído en las Ardenas! ¡Pero así, de esa manera, no quiero morir!

Brest, las Árdenas, quizá el Alamein... El mundo se había ido encogiendo hasta quedar reducido a aquel espacio de la Wilhelmplatz.

—A mí tanto me da —dijo Loose—. Y la verdad es que no me sirves de nada.

El joven parecía no querer separarse de él y Loose no tuvo más remedio que volver hacia atrás, pues le pareció que las revueltas estancias de la Cancillería no serían un asilo que agradara al oficial. Y aunque estaba harto de ver escaleras llenas de cadáveres y jefes de las S.S. borrachos, se volvió hacia la Cancillería. Conocía de sobras el camino del jardín. Avanzó pegado a una pared y se refugió en un entrante de la misma. De repente se encontró rodeado de fuego. Pretender atravesar el fuego equivalía a una muerte segura, pero quedarse allí, entre las ruinas del Bunker... no era nada esperanzador.

¿Caer prisionero de los rusos?

Tiempo atrás había deseado caer prisionero. Pensó entonces que aquello hubiera sido como una vuelta a la patria socialista. Sí; la patria... Había pasado mucho tiempo y todavía veía las flores de saúco y la perspectiva de los campos envueltos en una ligera niebla, y oía las voces de los estudiantes de Leipzig y de los noctámbulos de Hamburgo. No; haría todo lo posible para no caer prisionero. Tremendo dilema: aquí está la tumba y allí aguardan unos fantasmas mucho más horribles que los nichos del Bunker. ¿Hacia dónde debe uno dirigirse?

Dios del cielo..., Stalin todopoderoso, ¿por qué son todos los caminos tan inciertos y por qué no hay ninguna luz hacia donde uno pueda orientarse?

—No se puede pasar: ¡es imposible!

Uno de los hombres que marchaban en vanguardia informó a Fritzsche

acerca de lo desesperado de la situación.

Habían llegado hasta allí pasando de un sótano a otro y caminando y arrastrándose sobre ruinas, utensilios de cocina, cascos y desperdicios. Junto a las paredes había muchos soldados muertos. Luego, tras la estación Schacht, habían caminado a oscuras, con el agua hasta la cintura, pisando maletas y cadáveres. Aquello había sido la primera etapa y muchos ya se habían vuelto atrás.

—Luego vino el final. En Unter den Linden fue deshecha una pequeña unidad de infantería de marina y ningún oficial quiso asumir el mando de los que quedaron. Por todas partes se veían coches incendiados. La Friedrichstrasse no podía ser atravesada. Ni una rata hubiera llegado con vida de una acera a la otra. No había ninguna posibilidad de éxito. Únicamente quedaba la solución de morir como un soldado. Y eso ya lo había dicho yo antes —terminó Fritzsche.

Aquello ya lo había dicho, tras haber hablado con Bormann, a la gente que se hallaba en los sótanos del ministerio de Propaganda. Y había aconsejado que nadie se moviera de allí. Creía que los soldados, policías y combatientes en general que luchaban en el interior de la ciudad y que sumaban unos diez mil hombres aceptarían su orden de capitular y cursó la orden a los grupos que luchaban en los alrededores del Bunker.

La orden de capitulación llegó hasta lo más profundo del Bunker, donde, sentados alrededor de una mesa, se hallaban el último ayudante de Hitler, general Burgdorf, Krebs y Schedle, que no había podido tomar parte en el intento de salida por estar herido en el pie derecho.

—De manera que el "Propagandafritze" quiere capitular.

Burgdorf miró fijamente a Krebs, pero éste estaba como ausente y ya nada podía afectarle. Era un muñeco con las mejillas pintadas de color rojo. Permanecía inmóvil, sin pestañear. Schedle bebió otro vaso y no hizo ningún comentario. Burgdorf se volvió hacia otro lado en busca de alguien que le ayudara. Se fijó en el representante del SD y le gritó:

—¡Andando, que hay trabajo!

Los otros le miraron con ojos vidriosos. El representante del SD estaba más muerto que vivo, pero se levantó y siguió al general Burgdorf. Subieron las escaleras, salieron a la calle y, sin reparar demasiado en las esquirlas que llovían a su alrededor, llegaron a la otra acera.

—¿Dónde está el señor Fritzsche, que quiere capitular?

Fritzsche se había retirado y en aquel momento dictaba una carta para el mariscal Zukov, que un intérprete escribía. La figura del general Burgdorf quedó enmarcada en la puerta. Sus ojos centelleaban como antaño centelleaban los ojos de su Führer.

—¿Quiere usted capitular?

—Sí; en este momento estoy escribiendo una carta al mariscal Zukov.

—Entonces debo fusilarle. El Führer ha prohibido en su testamento que se capitulara. Debe combatirse hasta el último hombre.

—¿Y también la última mujer?

La mano con que Burgdorf empuñaba la pistola se levantó demasiado. El disparo hizo un agujero en el techo. Un técnico del ministerio apartó sin esfuerzo al representante de la SD y, en el momento preciso, empujó la mano de Burgdorf hacia arriba. El rostro del general se tiñó de rojo. Pareció que Burgdorf iba a sufrir un ataque. Se le quitó la pistola. Burgdorf fue empujado

hacia afuera como si se tratara de un armario pesado. Luego continuó solo, tambaleándose.

Era vergonzoso... La pistola había fallado en su mano. El hombre que, en su calidad de verdugo, había ascendido por orden del Führer a los más altos puestos del ejército y que en las cercanías de Ulm había conminado al mariscal de campo Rommel a que se tragara una cápsula con veneno, daba ahora sus últimos pasos. Todavía le quedaba otra arma. Sus compañeros, que continuaban sentados a la mesa, no habían de verlo más. Y camino del Bunker se descerrajó un tiro.

Eran las tres de la madrugada. El rojo color del cielo se hizo más pálido y adquirió una tonalidad de flor de loto.

—El cielo tiene un delicado color de flor de loto.

—Sí, y el señor Krebs tiene el color del vino de Oporto, y el rostro de Burgdorf es oscuro como la sangre de caballo y el del señor Fritzsche es amarillo como la paja. Y tú, tú, tú... Tú deberías ocuparte de otras cosas en vez de pensar en las tonalidades del cielo.

—Sí; es verdad, Leonore.

—Y deberías tomar una determinación, Vicco.

—Esta noche han sido tomadas muchas determinaciones y, créeme, Leonore, todas han sido equivocadas.

—Pero, ¿qué vamos a hacer? Todo el mundo ha desaparecido. Allí enfrente no ha quedado ni una rata.

—Sí; entonces es hora de que nos marchemos. ¡Cállate! ¿Ves?

—¿Qué? ¿Dónde?

—¡Allí!

Vicco Splüge y Leonore Stassen se hallaban entre las ruinas del Kaiserhof. Todavía era oscuro, pero no tanto que no se pudieran distinguir unos bultos que, arrastrándose como gatos, se iban acercando al edificio de la nueva Cancillería. La puerta estaba interceptada con sacos terreros. Y los bultos se introdujeron por una ventana abierta. Un hombre se apoyó en la pared y los demás se encaramaron a su espalda para llegar a la ventana. Splüge contó seis sombras. El de la pared hacía siete. Luego se acercó otro grupo de siete hombres más. Y luego apareció otro grupo más. De pronto se produjo un gran silencio. Callaron las armas. Un solo disparo de pistola rompió al cabo de unos momentos aquel silencio de muerte. Luego no se oyó nada más.

—Son rusos —dijo Splüge—. Ha llegado la hora de marcharse de aquí.

Cogió a Leonore de la mano y la condujo con cuidado entre las ruinas hacia la trinchera que corría en dirección a la Mauerstrasse.

RUSOS EN LA CANCELLERÍA

Alguien más oyó el disparo de la pistola y al oírlo se acordó de cierto paisaje y

le pareció oír las voces de los trasnochadores hamburgueses y de los estudiantes de Leipzig. Loose no había podido salir todavía de donde estaba y continuaba cercado, entre escombros y sacos terreros, con la espalda pegada a la pared de la Cancillería, cerca del antiguo cuarto de trabajo de Hitler. No podía dudar ni un momento más. Se aventuró hacia el jardín. Tenía que alejarse de aquel lugar. Tenía que alejarse como fuere. El jardín estaba lleno de embudos. Saltó en uno de ellos. El embudo tenía unos dos metros de diámetro, sus paredes eran de cemento armado y no tenía fondo. Y Loose cayó en un pasillo. Era un largo y oscuro pasillo subterráneo, por el que corría agua. Aquel pasillo sólo podía conducir hacia el lugar de donde venía. Pero no podía retroceder. El agujero del embudo por el que había caído se encontraba en el techo y era imposible encaramarse hasta él.

El primer hombre que se encaramó a la espalda del soldado rojo apoyado a la pared y que antes que nadie entró por la ventana de la Cancillería era August Gnotke. Tras haber acompañado hasta la estación de Potsdam a la muchacha del "Werwolf", después de haber estado algunos días yendo y viniendo entre los dos frentes, volvió a atravesar el Spree y se incorporó a su unidad. Cerca de la puerta de Kottbuss vio a un soldado rojo, le llamó y juntos fueron al comandante de la unidad, que inmediatamente le destinó a una sección de la NKVD. Tuvo que prestar declaración en un puesto instalado en la Gitschiner Strasse y luego fue nuevamente interrogado en Treptov y en seguida se incorporó a su nueva unidad. Había pocos planos de Berlín, y muchas calles, que se habían convertido en inmensos montones de ruinas, apenas podían ser reconocidas, por lo que cada sección tomaba al primer guía que se le presentara. El frente de combate corría entonces desde la Halleschen Tor hasta la Potsdamer Platz y llegaba luego, a través de una docena de calles laterales, hasta el mismo centro de la ciudad. El grupo de combate de Gnotke se movió con absoluta independencia. El grupo estaba compuesto de veintiún hombres, mandados por el teniente coronel Judanov. Los soldados de Judanov avanzaron por la Saarlandstrasse, que estaba llena de coches abandonados, tanques inutilizados, caballos muertos y cadáveres de soldados. Pasando luego de un sótano a otro llegaron al Hotel Excelsior y de allí, tras atravesar el gran recibidor del Hotel, que había sido convertido en establo, por los sótanos de la prisión de la Gestapo, a la Prinz-Albrecht-Strasse, llegaron a una calle desierta y se encontraron ante la Cancillería, cuya entrada estaba interceptada con un montón de sacos terreros. Durante el trayecto, Gnotke se vio obligado a asomarse el primero por cada agujero, y al llegar a la Cancillería también fue el primero que entró por la ventana.

Se encontró en una estancia de regular dimensión.

Los soldados que entraron tras él abrieron cuantos cajones encontraron y se llenaron los bolsillos de Cruces de Hierro y otras medallas y emblemas. Le empujaron de nuevo y alcanzó un gran vestíbulo. El aspecto de todo aquello era muy parecido al que ofrecían los sótanos de la Saarlandstrasse. No se veía a nadie. El suelo estaba lleno de cascos, baterías de cocina, mochilas y cadáveres. Allí había más cadáveres que en ninguna otra parte. En un ángulo del vestíbulo se veía una puerta. Gnotke abrió la puerta y de pronto se encontró frente a un soldado que le encañonó un arma. El soldado, que tenía el dedo índice puesto en el gatillo, se quedó mirando. (Gnotke todavía vestía uniforme alemán y continuaba con la venda en la cabeza.) Un soldado ruso disparó su metralleta contra el alemán, que cayó al suelo.

Aquel fue el disparo que habían oído Splüge y Leonore Stassen y que hizo salir de su rincón al sargento Loose, que, a través del embudo del jardín de la Cancillería, cayó en un pasillo del Bunker.

El teniente coronel Judanov echó una mirada a su alrededor.

Había visto muchos muertos en su camino de Krupki a los bosques de Rusia Blanca y también había visto muchos en Polonia, pero en ningún sitio había visto tantos cadáveres apiñados en un espacio tan reducido como aquél. Había allí, tumbados sobre el suelo y sentados en las butacas, muchos suicidas que pocos momentos antes se habían quitado la vida. Los heridos habían sido traídos de la calle y estaban arrimados a la pared, uno sobre otro, como si fueran maderos. Parecía que en la cueva de Hitler había quedado una dotación de cadáveres. Pero Serov no le había mandado allí para contemplar aquellos cadáveres. Tenía que continuar hacia abajo, más adentro. Había que encontrar el camino que conducía a lo más hondo. Se encontraban en una estancia de techo alto. La tapicería de las paredes estaba totalmente arrancada, el suelo aparecía cubierto de guijarros y a través de una ventana se descubría un campo de tierra revuelta y que en el mapa figuraba como un jardín.

Se encaramaron por la ventana y buscaron otra entrada. Más muertos. Muchos de ellos parecían haber sido enterrados y vueltos a desenterrar por la acción de los cañonazos. La luz de una lámpara cayó sobre el rostro de un cadáver. Estaba quemado y a su lado había el cadáver de una mujer. Un soldado descubrió luego el boquete de un cañonazo a través del cual se distinguía un pasillo subterráneo.

Arrojaron unas bombas en el agujero.

Llamaron a Gnotke: ¡Daway! ¡A la cueva!

Gnotke se metió en el embudo, se agarró a los bordes del mismo y se dejó caer al pasillo. La luz de unas lámparas de bolsillo iluminó el corredor. Unos fusiles apuntaron desde arriba para protegerle.

Gnotke pensó que, iluminado como estaba, ofrecía un inmejorable blanco a quienes todavía estuvieran allí dentro. Le pareció que algo se movía al fondo del corredor. Bajó un soldado y disparó una ráfaga a lo largo del corredor. Un relámpago de color azulado y un ruido ensordecedor y un prolongado eco.

Y, sin embargo, a pesar del silencio que siguió a la descarga, un hombre se encontraba a pocos pasos de ellos.

Era Paul Loose, que no había tenido tiempo de salir del Bunker. Loose había oído llegar a los soldados junto al embudo del jardín y su corazón repicó con tal fuerza que le pareció que los otros le habían oído a su vez. Se vio perseguido por la luz de una lámpara de bolsillo. Corrió por el pasillo. Avanzó unos treinta metros. De pronto oyó el estampido de unas bombas de mano. No; no disparaban contra él; trataban de ensanchar el boquete para deslizarse al corredor. Luego oyó pasos. Volvió a correr. Corrió a través de pasillos desiertos, tomando la primera dirección que se le antojaba. Una puerta blindada. Claro: allí no podía haber ninguna puerta de madera. Todas las puertas tenían que ser blindadas. Aquello era como una pesadilla. Y como en un sueño, la puerta cedió en el último momento. Los perseguidores que no eran perseguidores, pues ignoraban su presencia, avanzaban despacio, con cuidado, pero sin detenerse. Y el corredor era estrecho y no había más salida que aquella puerta blindada, de reflejos metálicos, a ambos lados de la cual había dos centinelas. La puerta sólo estaba ajustada. Eso lo descubrió cuando

se atrevió a empujarla. La puerta cedió en seguida, suavemente, y se abrió sin hacer el menor ruido. Y los centinelas parecieron no reparar en él. Uno tenía la cabeza ladeada hacia la pared y el otro tenía el mentón hundido en el pecho. Ya no les importaba que pasara un oficial de las S.S., un muchacho de las Juventudes de Hitler, el sargento Loose o los rusos.

El sargento Loose atravesó la puerta, descendió unas escaleras, y llegó a una cocina en la que todavía ardía el cabo de una vela. La cocina estaba llena de cacharros sucios, platos con comida, vasos a medio llenar, cigarrillos. También había allí un cocinero muerto. Loose siguió pasillo adelante. Una hilera de puertas. Eran habitaciones con dos o tres camas cada una. En todas partes se oían débiles quejidos.

Idiota: hubieras debido cerrar la puerta blindada. Sólo tenías que apretar un botón y tus perseguidores hubieran quedado encerrados. Pero ahora ya era demasiado tarde. Sus perseguidores habían bajado la escalera y estaban en la cocina. Oyó cómo arrojaban los platos y los vasos contra el suelo y las paredes. Tenía que seguir adelante, adelante... Encendió una cerilla, pues la oscuridad era completa. Entró en una estancia de grandes dimensiones, en la que, al igual que en las estancias del piso superior, todo estaba revuelto. ¿Dónde estaba la gente? ¿Estaban vivos o habían muerto? ¿Había quedado alguien con vida en este mundo subterráneo? No; seguramente no. Aunque estuvieran sentados a la mesa y aunque ante ellos hubiera platos con comida y copas a medio llenar, estaban muertos. Además, aquello podía ser una apariencia. Se habían acabado los generales y los oficiales de las S.S. y los jefes de mejillas sonrosadas y blancos dientes. Pero, hombre, Paul, ocúpate de otras cosas. Y al cabo de un instante tuvo, efectivamente, otra preocupación. Llegó el momento en que, sin un átomo de vida en el cuerpo y como liberado de todo espanto, quedó pegado a la pared como si sólo fuera un trozo de yeso más.

La luz de una lámpara eléctrica atravesó la escena. Unos hombres entraron en la estancia. El plato de sus viseras era flojo y a veces caía ladeado... Entraron cinco, seis, siete soldados. Siete soldados y un oficial. Loose quedó materialmente pegado a la pared.

Siete hombres y un oficial.

Uno de ellos llevaba guantes y parecía ser el más loco de todos. El de los guantes blancos empujó a uno de los fantasmas. El fantasma ladeó la cabeza y al cabo de un instante cayó al suelo como si fuera un saco de patatas y ya no se movió.

Muertos y más muertos; allí no había más que muertos. El teniente coronel Judanov pensó en Serov. No podía llevarle uno de aquellos perros muertos. Había llegado demasiado tarde, con un retraso de un par de minutos. Sobre la mesa había trozos de pan recién mordisqueado. En las tazas, el café todavía estaba caliente. Pero los comensales no se movían: se habían quedado sin sus negras almas.

Uno de ellos, sin embargo, lanzó un débil ronquido.

Judanov se acercó a él, lo levantó, lo zarandeó y le miró en su vidriosos ojos. Demasiado tarde... El cadáver fue lanzado al suelo. Las claveteadas botas de Judanov aplastaron el rostro del cadáver. Un moribundo fue traído de una de las habitaciones. No pudo pronunciar ni una sola palabra. Fue pisoteado por los soldados. Judanov sacudió a otro comensal y únicamente consiguió arrancarle el alma del cuerpo. No podía devolver la vida a aquellos

mueritos. Sintió una tremenda cólera contra ellos. Fue de un lado a otro de la estancia y comenzó a abofetear a los muertos. Los muertos caían de sus sillas y todos, aunque en vida hubieran sido el general Krebs o el general Schedle, jefe de la guardia personal de Hitler, eran aplastados por las botas de Judanov y los veintiún pares de botas de los G.P.U. que le seguían y que se encargaron de destrozar aquellos rostros hasta hacer imposible su identificación.

La luz de la lámpara de bolsillo de Judanov se detuvo un momento sobre el fantasmagórico Loose, que permanecía pegado a la pared. Judanov estaba harto de aquella colección de fantasmas de ojos saltones y barbillas hundidas sobre el pecho. Estaba harto de ver muertos sobre el suelo, tumbados sobre sillones y apoyados en las paredes, unos con un arma en la mano y otros más o menos abrazados a una mujer. Estaba harto. La luz de su lámpara continuó hacia la derecha, pero en seguida volvió a retroceder. El pantalón de aquel sargento caía con una naturalidad impropia en un cadáver. Todo cambió.

Porque Paul Loose lo había visto todo.

Había estado allí, pero su espíritu había permanecido muy alejado de todo aquello. El Bunker y ciertas escenas vistas cuando su niñez eran para Loose una misma cosa. Todo el inmenso pánico que hasta poco antes había reinado en el Bunker estaba ahora cifrado en su persona. Al acercársele el oficial de la G.P.U. estuvo a punto de perder el sentido. Él no tenía nada que ver con todo aquello; estaba allí por pura casualidad. Quiso hablar y su boca se le quedó abierta. Sus ojos quedaron sin luz. Oyó una voz interior que le decía que todo había sido un sueño, que estaba salvado y que para despertar únicamente tenía que moverse.

En lo más profundo de la cueva sonó la ráfaga de una pistola ametralladora. Botellas, vasos y platos volaron por los aires. Las balas agujerearon los sillones y los muertos. Trozos de yeso se desprendieron de las paredes. Aquí y allá se levantaron espirales de polvo. Las lámparas de bolsillo dejaron de alumbrar. Los disparos produjeron un ruido demoníaco, cuyo eco se fue multiplicando a través de los corredores. El grupo de G.P.U. desapareció. Tumbados sobre el suelo, los soldados gatearon hacia el corredor.

No tenía sentido luchar contra fantasmas.

Y mucho menos cuando los fantasmas también iban armados. El teniente coronel Judanov y sus hombres se refugiaron en la cocina. Judanov ordenó a un suboficial:

—Vuelva al "Excelsior". Que venga una compañía de refuerzos.

Por fin, Loose consiguió hacer un movimiento. Fue como si volviera a la vida. Llegó tambaleándose a la cocina y cayó a los pies de Judanov. Había terminado la huida. Había terminado la pesadilla. Pero el susto continuaba. Y la realidad era muy difícil de soportar. Quería decir: "¡Sálvame! No tengo nada que ver con todo esto!" Pero no pudo articular palabra.

—¿Dónde está Hitler? ¿Se ha escapado? ¿Está en Argentina? —preguntó Judanov.

Pero sus preguntas quedaron sin respuesta. Aquel hombre se había desmayado.

—¡Un médico, un médico!

Por fin tenía a un vivo. Loose volvió en sí sin ayuda de nadie. Un sargento de la Wehrmacht. No llevaba el uniforme de las S.S.

—¿Eres fascista? ¿Eres partidario de Hitler?

—¡No, no; no tengo nada que ver con todo eso! —exclamó Loose. Y

explicó que había entrado por pura casualidad.

—¡Sácate la guerrera y muéstrame el sobaco!—le ordenó Judanov, a pesar de que ni por un momento puso en duda la veracidad del sargento. Con aquel miedo de muerte reflejado en los ojos sólo podía decirse la verdad.

—¡Mira este mapa! Tú sargento y entiendes. ¿Qué es esto?

Era un plano del Bunker.

—Muy bien; ahora sólo nos queda aguardar a que lleguen los refuerzos. Mientras tanto puedes darte una vuelta por ahí y traerme a alguien que esté vivo.

Llegaron los refuerzos. Estaban borrachos. Al no poder matar a nadie dispararon contra los muertos. Loose no se atrevía a separarse de Judanov, quien no le hacía demasiado caso.

—¿Recuerdas al pope de Krupki, Budín? Aquel santo del campo de trabajo. (Judanov se había traído a su viejo compañero Budín)

—Sí, exacto —respondió Budin—; es igual que él.

El pálido rostro de Loose, en el que se reflejaba una mortal angustia, y su calva, circundada de largos cabellos, hizo que aquellos dos hombres recordaran el rostro y la tonsura del sacerdote polaco que tiempo atrás estuvo en el campamento de Krupki.

HABÍA LLEGADO LA HORA

El cielo tenía el color de una amapola.

El puente de Weidendammer, último escenario del intento para romper el cerco rojo, tendía su curva de una a otra orilla del Spree al resplandor de los incendios. Los tanques alemanes habían irrumpido en las líneas enemigas por la parte norte del puente e incluso pudieron llegar hasta la esquina de la Ziegelstrasse. Pero al cabo de poco tiempo fueron detenidos y deshechos por un intenso cañoneo y la gente que iba tras ellos quedó dispersada en un santiamén.

Erich Kempka, el chofer de Hitler, quedó unos momentos sin sentido, se levantó de nuevo y logró volver a la otra orilla, donde se escondió en una hendidura. Allí, en compañía de un grupo de mujeres eslavas, permaneció durante dos días. Algunos de sus compañeros llegaron hasta la estación de Lehrter e incluso hasta la Alt-Moabit Strasse. Entre éstos figuraba Naumann, el último representante del ministerio de Propaganda, que pudo alcanzar el Elba y llegar hasta un campo de concentración norteamericano. Otro grupo pasó ante la estación de Stettin y llegó hasta la Schönhauser Allee. Allí, mientras estaban en un sótano, fueron capturados por una patrulla de soldados rojos que no sospecharon la pesca que acababan de hacer. Los rusos retuvieron a los hombres —Mohnke, Baur, Rattenhuber, el jefe de la guardia personal de Hitler, y Guensche, el ayudante de Hitler— y dejaron marchar a las mujeres, es decir, a Christian y Junge, secretarias de Hitler, y a la secretaria de Bormann. La señorita Manzialy, la cocinera vegetariana, fue pillada por un gigantesco ruso y

nadie más volvió a saber de ella. El rastro de Bormann, el responsable de aquella última salida, se perdió entre el puente Weidendammer y la estación de Stettin.

El cielo tenía un color de amapola cuando, tras una larga marcha a través de sótanos, el comentarista de Radio Hans Fritzsche subió a la superficie de Tempelhof y se enteró de que su propuesta de capitulación no tenía ningún interés para los rusos, pues el general Weidling, el último comandante en jefe de la ciudad de Berlín, había negociado la capitulación de la guarnición de la capital.

El cielo tenía un color de amapola cuando un hombre y una mujer salieron de entre un inmenso montón de ruinas y contemplaron la larga y desierta Friedrichstrasse. Eran Vicco Splüge y Leonore Stassen. Splüge llevaba sombrero y bajo el brazo sostenía una cartera. Era indumentaria de paisano. La muchacha todavía vestía el uniforme de aviación, pero en una mochila llevaba un ligero vestidillo, un pañuelo de cabeza y un par de zapatos. Corriendo, arrastrándose, brincando y deteniéndose a veces, habían dejado tras sí la Mauerstrasse y la Französische Strasse. Y ahora estaba ante la Friedrichstrasse. Aunque, en realidad, aquello no era una calle. De todo lo antiguo no quedaba más que una revuelta masa de piedras y escombros.

—La Friedrichstrasse, ¿sabes?

Nunca fue demasiado hermosa, ni demasiado elegante, pues casi todo era imitación. Pero sí había allí un café al lado del otro, y había infinidad de restaurantes, de salas de baile y de cabarets. Y aunque las piedras de los edificios fueran piedras de imitación, no por eso dejaban de lucir los escaparates. Mil tiendas bien provistas. Mucho ruido y gran agitación. Por todas partes colgaban cortinas de color rojo, verde, azul y violeta. Aquel horrible color violeta. Porteros uniformados, y coches, y ta, ta, ta... Y aquello duraba hasta las cinco de la mañana. Y cuando la luz del día comenzaba a brillar sobre los tejados de las casas las jóvenes ratitas de Berlín iban a la última caza de algún provinciano al que sólo hacían pagar luego veinte marcos.

—¿Recuerdas el aspecto que tenía esta calle?

—No; ya no recuerdo nada, Vicco.

—Creo que nunca has sabido gran cosa. Pero a lo mejor hasta has leído "La decadencia de Occidente", de Spengler.

—No; no lo consideré necesario, pues siempre te tuve delante de mí.

—Tienes razón. Una vez más tienes razón. Splengler, y Ernst Jünger, y K. Zucker... y hasta ahora no he leído las obras del doctor Albert Schweitzer. Es increíble e inimaginable que en 1900 ya supiera tantas cosas y que en 1914 en medio de la selva africana describiera lo que ahora tenemos ante nosotros.

Ruinas y basura y ningún ser viviente. Sólo rastros de personas, fragmentos de personas. ¿De quién era aquello? Alguien había escrito aquellas frases. Y el que lo había escrito no había visto la Friedrichstrasse tal como ellos la veían ahora.

—Deberías leer más de lo que lees.

—¿Qué es lo que debería?

En aquel momento, la muchacha estaba mirando al interior de un restaurante. No había quedado más que unas delgadas columnas. Todas las tiendas habían quedado reducidas a escombros. No había puertas ni ventanas y por todas partes podía verse hasta el corazón de las casas. El techo, un baldaquino de juncos, se balanceaba de un lado a otro y rozaba las mesas y

quienes a ellas estaban sentados. Los comensales habían olvidado levantarse. La cajera había olvidado dar vuelta a la manivela de la caja. ¡Dios mío! ¡Dios mío!... Volvió la mirada hacia una tienda de flores cubierta de escombros, y luego hacia una sastrería de hombres... La muerte reinaba en cada una de las tiendas.

—¿Qué dices que debería hacer?

—Leer más de lo que lees. Deberías conocer a Spengler y a Schweitzer y quizá a Heidegger.

—Gracias —repuso ella de un modo seco.

Le lanzó una mirada de reojo. Era un poco más bajo que ella. Eran las dos únicas personas que había en la calle.

—Quizá sería mejor que antes comenzáramos a pensar de qué modo vamos a salir de aquí y hacia dónde conviene que nos dirijamos.

—"Destino, siempre te seguiré a gusto, pues de no hacerlo así debería hacerlo con lágrimas en los ojos" —citó él.

—Ya estoy harta. A tu lado acaba una por perder la razón.

—Estás a punto de perderla, por esto te conviene leer.

Splüge se detuvo ante una escalera que conducía a un sótano.

—Conozco este cabaret.

—Ya me lo imagino.

—Deberíamos bajar.

—¿Para qué? Pero si quieres, bajemos.

La escalera estaba llena de escombros y no pudieron bajar. Splüge sabía que el local tenía otra entrada por la calle lateral. Volvieron a subir y dieron la vuelta a la esquina. La entrada estaba llena de piedras. Se agacharon bajo una viga que parecía sostener todo el peso de la casa y llegaron ante un guardarropa sumido en la penumbra. Sobre el mostrador había un teléfono y a un lado se veía un cuadro en el que aparecían las figuras de dos contorsionistas, desnudas.

—Sólo falta que ahora nos encontremos a Lola y a Yüscha de la misma manera que antes. En el "Patzenhofer" hallamos a la señora Krause ante la máquina registradora.

—Lola, Yüscha, la señora Krause: parece que aquí conoces a todo el mundo.

—Tener conocidos es parte de mi profesión.

—La profesión se ha acabado.

—Vuelves a tener razón.

La profesión no era una profesión, era estar al servicio de la mentira.

Splüge no llevaba en su cartera ningún escrito que respondiera a la realidad de las cosas.

—¡Al diablo con todo ello! —exclamó.

Abrió la cartera. Documentos, artículos y sobres en los que figuraba impreso el rostro del ministro de Propaganda. "Llegan nuevos refuerzos"; "Donde el Führer está, está la victoria". Arrojó los papeles entre la basura.

—¡Al diablo con vosotros y que no os vuelva a ver!

—Pero, ¿qué va a suceder ahora?

La pregunta era difícil y él no supo cómo contestarla.

—Ahora —dijo— debieras preocuparte en cambiarte el uniforme por un traje más presentable.

Miró si en el guardarropa había algún traje para él. Leonore sacó un

vestido de su mochila y, después de quitarse el uniforme, se lo puso. El vestido no era demasiado elegante, pero siempre resultaba mejor que el uniforme. Al salir del antiguo cabaret, él llevaba una guerrera de aviación, un sombrero flexible y una cartera con un par de cajetillas de cigarrillos.

Ya no tenían que caminar mucho más.

La Friedrichstrasse estaba completamente embotellada de coches medio destrozados. Entre los vehículos y dentro de ellos se veían restos de personas; un brazo, unas piernas. Junto a un volante, un rostro ennegrecido enseñando los dientes. ¡No mirar, no mirar! En la cuneta también hay un autobús con su horrible carga. Hay que pagar. El hombre a quien había pertenecido aquel brazo medio enterrado entre la basura, había pagado. Las mujeres y los niños que, cargados de maletas y paquetes, se apiñaban en la estación del "Metro", tenían que pagar.

¿Y él?

La estación del "Metro" estaba llena de mujeres y niños. Y también había un par de ancianos. Gente con paquetes, fardos y maletas. Splüge y Leonore no se detuvieron. Descendieron las escaleras que conducían a las vías y avanzaron por el túnel en dirección a la Potsdamer Platz. Durante un trecho caminaron con el agua hasta las rodillas. De pronto, cuando ya andaban sobre seco, alguien disparó una ráfaga de fusil ametrallador. Los disparos se multiplicaron en mil ecos. Volvieron hacia atrás y comenzaron a desandar el camino. Pero también en aquel lugar sonaron unos disparos. Se detuvieron. No sabían hacia dónde dirigirse. Luego continuaron avanzando.

Por fin llegaron a la estación de Unter den Linden. También aquella estación estaba llena de gente con camas y paquetes. Splüge encontró un nicho junto a la escalerilla que, desde las vías, daba acceso al andén. Allí se escondieron los dos.

Una ametralladora pesada disparaba, cerca de la estación, en Unter den Linden. Algunas balas chocaban contra los hierros de la estación. Y era aquel un horrible ruido.

La muerte se había aposentado en la Puerta de Brandenburgo. La ametralladora cesó de disparar. Se oyeron unos pasos. Más salvas. Nuevo ir y venir. Sonaron unas voces. Los que hablaban no eran alemanes, sino extranjeros.

Pasaron horas.

El salchichón que traían en la mochila no sabía bien y fue guardado de nuevo. Apenas encendido, el cigarrillo era arrojado al suelo. Splüge no encontraba la palabra que en aquel momento debía haber sido dicha... Una larga espera.

Transcurrieron horas. Y luego, de pronto, todo sucedió en un instante. No bajó ningún ruso. Los hombres y mujeres que estaban apiñados en la estación se lo dijeron unos a otros. La orden se propagó en un momento.

"Que salgan los paisanos. Que salgan los de la Wehrmacht".

"Destino, siempre te seguiré a gusto, pues de no hacerlo así..." Ahora ya no era una cita, sino algo que respondía a la realidad; era la necesidad que millones de berlineses aceptaban en aquel momento como algo fatal y hacía que aceptaran como si se tratara de un fenómeno de la Naturaleza, las bajezas, las violaciones y la misma muerte.

¡Pobres de aquellos que rendían las armas!

Pero mucho más de lamentar eran aquellos que las alzaban, pues con ello

no hacían más que remover el mal y provocaban más vergüenzas, violaciones y muertes, y la desgracia no solamente caía sobre ellos, sino también sobre sus mujeres y niños.

Había llegado la hora.

La hora comenzó con el último cañonazo y con el golpeteo de la última ráfaga de ametralladora. Y era una hora que olía a muerte y en la que resonaban los gritos de las mujeres violadas. Era la hora en que todo comenzó a deshacerse y en que la vida pareció dar la espalda a lo que Europa significaba, a las Tablas de la Ley, al zumo de las uvas, a los trovadores, a los pastos de Pomerania, al queso de Roquefort y a los elixires de los monjes y agricultores de Nussia, Fecamp y Cognac, y no sólo a los libros de los padres de la Iglesia, sino también a los libros de los viejos cocineros franceses, y a las sopas italianas de pescado, a los quesos y a los vinos de Italia, a los cristales de Bohemia, a las campanas de Toledo; pues todo aquello era Europa. Y todo, todo, calidad de individualismo y cooperación mundial fue puesto en cuarentena. El *amén* de las iglesias, las veletas de los tejados y el asfalto de las calles se convirtieron en algo que podía desaparecer, pues había llegado la hora, una hora cuyo término no podía adivinarse, ya que era una hora que podía durar años enteros y que también podía ser la última de todas.

Splüge fue empujado a lo largo de la calle o, mejor dicho, no fue empujado, sino que se encontró en medio de una corriente humana que de vez en cuando se detenía y volvía luego a avanzar. Voces extrañas y disparos de pistola indicaban la dirección que debía seguirse. Anduvieron a lo largo de la Wilhelmstrasse y de la Leipziger Strasse. Eran unos barrios conocidos. Y no iba solo. Delante y detrás suyo, de uniforme o medio uniformados, con una americana o con un sombrero flexible, tal como habían sido hechos prisioneros, avanzaban miles de hombres, que luego habían de convertirse en millones. Muchos rusos les salían al encuentro, pero no venían en formaciones, sino que marchaban en completo desorden. Salían de los sótanos cargados de sillas y maletas y saltaban de las ventanas llevándose relojes de pared y lámparas de pie. Rusos, mujeres rusas, vacas y cerdos. ¿Y Leonore?

¿Qué se había olvidado de decir a Leonore? ¿Qué era igual que una muchacha de trece años, espigada y con trenzas? No, no había podido decirle aquello, pues Leonore llevaba la cabeza cubierta con un pañuelo y tenía un aire más decidido que nunca. Al llegar al último peldaño de la estación del "Metro" de Schacht torció hacia la derecha y él tomó el camino de la izquierda. Leonore había obedecido la señal que el centinela ruso le hizo con la pistola. Él se volvió para verla por última vez y un instante después desapareció ella entre los grupos de mujeres y niños y los montones de maletas y paquetes.

La columna llegó a la Potsdamer Platz.

No quedaban rastros de aceras, vías, ni asfalto. Un paisaje lunar. Una estrecha calle bordeada de ruinas por la que pasaba una manada de vacas y tras ella, un hombre con un largo látigo en la mano. Coches destrozados, ceniza mojada, sangre y excrementos de vaca.

—¡Tuda! —gritó un soldado, y dirigió la caravana hacia la Saarland Strasse. Dirección Halleschen Tor; dirección Tempelhof.

Había llegado la hora.

Vestida con pantalones largos, en medio de montones de ruinas, Anna

Putlitzer estaba ante su cocina, llenaba cubos de agua y los alargaba, uno tras otro, a otras mujeres. Los cubos iban de mano en mano, de mujer a mujer, desde el centro de Berlín hasta el borde de la ciudad, donde todavía ardían casas de las que se extraían heridos y muertos. El viejo Riebeling, los Schulzen y la mujer del magistrado se encontraban en la fila. Las tres hijas de Quappendorf y el padre de éstas habían desaparecido en Schmargendorf. Había que trabajar de firme. Pero quien no ayudaba a descombrar se quedaba sin cartilla de racionamiento. Quien no trabaja no debe comer. Y no había nada que decir en contra.

Anna Putlitzer se estiró el pañuelo que le cubría la cabeza y parte del rostro, que estaba cubierto de polvo y suciedad. Contempló el inacabable paisaje de ruinas. Los montones de piedra llegaban a veces hasta la altura de un primer piso. Tanques destrozados. Tranvías incendiados. Por el estrecho espacio libre que corría en medio de la calle circulaban carros cargados de rusos. También pasaban camiones repletos de maquinaria y entre ellos avanzaban interminables columnas de prisioneros alemanes. Unos vestían de uniforme y otros de paisano, y unos eran viejos y otros muy jóvenes, casi chiquillos.

—El mío regresó ayer —dijo Anna a su vecina.

Heiner había sido pillado en medio de una calle y los rusos le obligaron a incorporarse a una columna. Pero sólo llegó hasta la Lichtenrade. Allí se ocultó entre los escombros. Y volvió corriendo a casa. El director Knauer le destinó a una columna de desmonte y allí, de momento, estaba en seguridad.

Riebeling estaba junto a las mujeres. El viejo impresor había sido encargado de dirigir los trabajos de descombro en aquella calle. Anna Putlitzer echó una larga mirada sobre el paisaje de ruinas.

—Durante los próximos cien años, señor Riebeling, no habrá nadie sin trabajo.

—Sí, un poco exagerado, un poco exagerado. Y si no se tiene más que las manos y unos cuantos cubos, poco se va a poder hacer.

Los cubos iban y venían. De lejos, parecía una corneja herida que brincara de un montón de piedras a otro. Desde la primera guerra tenía una pierna medio inutilizada y a los pocos días de estar en un campo de concentración la pierna se le volvió a agravar. Le permitieron salir. Aquella mañana había ido a ver al comandante ruso, a quien le dijo que en los almacenes municipales había maquinaria para proceder con más rapidez y comodidad al descombro de las calles. Pero el comandante le contestó que aquella maquinaria debía ser evacuada como las demás.

¡Cómo querían descombrar a mano! ¡Es increíble! Unos ingenieros habían calculado que en Berlín había algunos millones de metros cúbicos de ruinas.

Cubos, capazos, cestos: todo faltaba. Riebeling se acercó a un grupo de mujeres que trataban de mover un gran bloque de piedra. Las mujeres no podían con aquel enorme peso. Y Riebeling se acercó a ellas y, a pesar de su edad, empujó con ellas.

—¡Aaa-uá, aaa-uá!

Todavía humeaban las ruinas de la Alexanderplatz. La atmósfera olía a ceniza mojada. Las mujeres estaban cubiertas de polvo, sus vestidos estaban mojados y sus rostros ennegrecidos. Cargaban con piedras, hierros y cadáveres. Unas arrinconaban los muertos y los trozos de cadáveres y otras cargaban con ellos y los transportaban, en carretillas de mano.

—Coge sin miedo; éste ya no siente nada.

—¡Siempre es mejor recoger que haberse ido al otro barrio!

—Quizá sea mejor ser enterrado que continuar viviendo.

—Desde luego, es más fácil; pero que sea mejor sólo depende de nosotros —dijo un hombre cuidadosamente afeitado, vestido con un traje gris.

Todas estaban allí: María Riek y las demás de la casa de la Landsberger Strasse. Y también estaba Franz, el organillero. Franz había heredado la "Liratedesca" o el "Sambuco", como le llamaba su antiguo propietario, el viejo Wilhelm. Pero no había tenido mucha suerte con él. Un trozo de metralla estropeó el aparato y Franz se quedó sin organillo.

—Demasiado hermoso para ser cierto —comentó Franz.

El señor del traje gris se volvió y continuó paseando por la Alexanderplatz. Hablaba alemán y se expresaba en el más puro berlinés. Llevaba un traje de corte corriente, a pesar de lo cual daba la sensación de ir disfrazado. Es posible, sin embargo, que la causa de aquel efecto fuera lo sorprendente que resultaba ver a un hombre de unos cuarenta años, con aspecto saludable y bien cuidado, paseando tranquilamente por la Alexanderplatz. Franz echó una mirada al paseante. Ignoraba la existencia de un cierto "Grupo Ulbricht", no sabía nada respecto a cierto avión que un par de días antes había aterrizado en Schönefeld y no estaba al corriente de determinadas órdenes dictadas por el Ejército Rojo respecto a la manera de dominar sobre aquel mar de ruinas y de extender luego su autoridad hasta el Elba y finalmente sobre todo el país.

El tipo del traje gris se dirigió hacia la Walltrasse, donde el Gobierno fantasma que poco antes había aterrizado en Schönefeld debía tener su primera sesión.

Un nuevo poste indicador estaba clavado en el suelo. Los nombres de Potsdam, Spandau, Küstrin, Frankfurt, Karlshorst estaban escritos en caracteres bizantinos. Ante una estación del "Metro" y rodeado de un coro de soldados que gritaban y batían palmas, un oficial portador de la orden "Héroe de la Unión Soviética" bailaba una danza popular caucasiana.

En la esquina de la Dircksenstrasse, bajo las quemadas ventanas de un puesto de policía, se estaba clavando un cartel en el que se podían leer unas frases de Stalin. El texto, que no estaba escrito en caracteres bizantinos, sino occidentales, decía así:

"El Ejército Rojo no siente ningún odio de razas. Y no siente esa baja animadversión porque el Ejército Rojo está educado en el espíritu de la igualdad de derechos de las razas y en el de la observancia de los derechos de los demás pueblos" (Stalin).

—¡Fíjate en esto, Max!

Max Riek, que en aquel momento comenzaba a descombrar la esquina de la calle, contempló el cartel y en su rostro asomó una expresión de burla.

—Eso de observar los derechos de los demás pueblos es algo que suena bien.

—Todavía sonaría mejor si bajo este cartel no hubiéramos tenido que recoger los cuerpos de aquellas muchachas de las trenzas rubias.

—Bueno; pero el texto es bueno. No hay en él nada que objetar.

—¡Ah, qué hombre!... —suspiró la señora Riek.

—Parece que el hombre ha cambiado sus opiniones en un santiamén. ¡Hace dos días estaba aguardando la llegada del ejército de Wenck!

Había sonado la hora.

En una casa particular de Tempelhof firmaba el último jefe de la defensa de Berlín el documento de capitulación. Y luego, tras la firma del documento, fue llevado a Johannisthal, donde pronunció la siguiente alocución, que fue registrada en un disco:

"Berlín, 2 de mayo de 1945. El Führer, a quien habíamos prestado juramento de fidelidad, nos abandonó el 30 de abril. Sin embargo, y a pesar de que la falta de armas pesadas y de municiones, así como la situación a que hemos llegado, hacen que la lucha ya no tenga sentido, vosotros creéis combatir por Berlín bajo las órdenes del Führer. Cada hora que prosigáis luchando no hará más que alargar los terribles sufrimientos de la población civil de Berlín y de nuestros heridos. De acuerdo con el Mando de las tropas soviéticas os ordeno deponer inmediatamente las armas. Weidling, general de artillería y comandante de la defensa de Berlín."

Unos coches con altavoces comenzaron a circular por las calles de Berlín.

Decuplicada en fuerza, la voz del general resonaba entre las hileras de ruinas y descendía a lo hondo de sótanos y refugios antiaéreos perforados por granadas y túneles y estaciones del "Metro", y se esparcía por el paisaje del Zoo, que estaba poblado de tanques y en el que silbaban los cañonazos y morterazos, cuyas explosiones mataban a osos, leones y micos... y llegaban hasta el acuario, sobre cuya escalera, tras la última despedida, yacían oficiales y soldados de la policía y mujeres. Algunos de ellos estaban muertos y otros simplemente borrachos.

La noticia también llegó al bunker del Zoo. El cañón del 15 disparó la última carga. Pero la guerra no quería terminar. Lloros, castañeteo de dientes, ataques de nervios, borracheras, asesinatos y suicidios. El comandante del bunker, que llevaba un brazo en cabestrillo y cuyos ojos centelleaban como si fueran ascuas, no quiso darse por enterado de la orden de Weidling y determinó reunir a todas las fuerzas que le quedaron y, junto con los paisanos refugiados en el bunker y que ya habían perdido toda esperanza, intentar una salida hacia el oeste por el camino de Spandau.

—¡Irrumpiremos hacia el Oeste!

—¡Marcharemos hacia la libertad!

Abandonaron el bunker —en cuyas estancias quedaron montones de cadáveres, que en algunos sitios llegaban hasta el techo, y gran número de agonizantes y herido— al cuidado de un capitán médico.

La guerra no quería terminar.

En Charlottenburg se combatía casa por casa, tejado por tejado. Abajo, la población civil saqueaba las tiendas: las panaderías, las farmacias, las perfumerías. Las calles estaban atestadas de coches, tanques, cañones, soldados armados y desarmados, paisanos que llevaban sus enseres a cuestas, mujeres, niños y viejos que se dirigían hacia el Este.

Y en Spandau, los puentes sobre el Havel, el Schulenburgbrücke y el Charlottenbrücke que tres veces habían caído en manos de los rusos y otras tantas habían sido reconquistados, fueron tomados y sobrepasados por cuarta vez por las oleadas humanas procedentes de Berlín. Veinte mil... en tres oleadas. Tras el malecón, a poca distancia del río, entre las ruinas de las casas estaban los rusos. Tres kilómetros del malecón de Brunsbütteler estaban batidos por las armas rusas. Los fugitivos caían allí a montones. Los tanques

se abrían paso sobre centenares de cuerpos y de pronto quedaban inutilizados.

Parlamentarios rusos les advirtieron que no podrían pasar y les recomendaron que regresaran a Berlín. Pero los soldados y los paisanos se negaron a ello, pues más que a las armas rusas temían la "paz rusa". El oleaje volvió a ponerse en movimiento. Veinte mil personas que avanzaban hacia la nada. Nadie veía Nauen y nadie veía Dóberitz. La inmensa riada se desparramó junto al pueblo de Staaken. Detrás quedó una gigantesca estela de sangre. El Schulenburgbrücke y el Charlottenbrücke goteaban sangre sobre el Havel. Sobre los puentes y sobre los prados y campos y jardines había muertos. Y los corredores y sótanos de las casas de aquellos contornos estaban llenos de muertos y agonizantes. Sólo pequeños grupos de fugitivos llegaron a ser prisioneros de guerra.

No hubo ningún camino hacia la libertad.

Había llegado la hora. No había agua, luz, ni gas. En las ventanas no había ningún vidrio. Pero había que vivir. Y se iba a buscar el agua en la próxima fuente, y si la fuente estaba estropeada se iba a buscarla al río o al estanque. Se podía pasar sin gas, pues entre las ruinas había suficiente madera para encender la cocina. La luz tampoco era indispensable, pues cuando el cielo se oscurecía se iba uno a dormir. Y tampoco había periódicos, ni tranvías, ni funcionaban el correo. Y era imposible ir de un barrio a otro, o enviar alguna noticia.

Riek formaba parte de un equipo de desmonte. Junto a otros hombres, montado en un camión, había sido trasladado a un barrio muy alejado del suyo. A la hora de dormir no volvió a su casa. La señora Riek regresó una vez cumplida la jornada de descombro. Franz estaba en la cocina. Estaba sentado en el suelo y junto a él tenía los pedazos del organillo.

—¿También te dedicas al desmontaje? —preguntó ella.

—No, querida; trato de recomponerlo.

—¡Gracias a Dios que por lo menos hay alguien que en vez de dedicarse al desmonte se dedica a la reconstrucción!

Estaba cubierta de polvo. Sus manos eran ásperas como ladrillos y estaban teñidas de hollín y resina. Como no había agua, cogió dos cubos y bajó con ellos la escalera. Abajo, en la puerta, encontró a otras dos vecinas que también iban a por agua. Ninguna quería ir sola.

María Riek era la más joven. No solamente vertía el agua en su cubo, sino que también llenó el de las otras mujeres. De pronto se encontró sola. Las dos mujeres corrían en dirección a su casa. Tres rusos que acababan de doblar la esquina dispararon tras ellas. María comprendió que ya era demasiado tarde para echar a correr y el mismo miedo hizo que continuara sacando agua de la fuente como si nada hubiera sucedido.

Uno de los rusos —un tipo delgado y bajo— se dirigió hacia ella.

—¿Por qué tú no correr?

María le miró fijamente.

—¿Tú no tener miedo?

¿Qué debía contestar?

—No, no tengo miedo —respondió.

Él le dio unos golpecitos en la espalda y repitió:

—¿Tú no tener miedo a ruski?

—No, yo no tengo miedo de ruski.

—¡Ah!, tú buena mujer. Yo agua para ti —dijo, y maniobró la palanca de la

bomba, llenó los cubos y preguntó—: ¿Tuyos?

—Sí; éste y éste de aquí también.

—Yo llevar para ti. ¿Dónde vivir tú?

¿Qué ocurriría? Franz aguardaba arriba. Llegaron ante la puerta del piso y ella llamó. Franz salió a abrir. No ocurrió nada. El ruso hizo esta aclaración:

—Tú tener buena mujer. Mujer no tener miedo a ruski. Yo traer agua para mujer.

Vaciaron los dos cubos en la bañera. Y como querían deshacerse del ruso, ella volvió a coger los cubos y se dispuso a salir de nuevo. Pero el ruso la detuvo y le dijo:

—Tú quedarte y yo buscar agua.

Fue a la fuente, regresó, volvió a marcharse y trajo más agua. Llenó toda la bañera y luego se interesó por el trabajo de Franz. Luego, al cabo de un rato, se dispuso a marchar.

Cuando estaba junto a la puerta se volvió y preguntó:

—¿Tú necesitar mucha agua?

—Sí, necesito mucha. Los bombardeos han ensuciado todo y todo debe ser limpiado de nuevo.

—Yo venir mañana y traerte agua.

De esa manera tuvo María Riek un asiduo visitante.

Al poco de regresar ella de su trabajo se presentaba él, iba a por agua y se sentaba luego junto a Franz, a quien trataba de ayudar. El organillo le interesaba más que la mujer. Y con sus torpes manos no hacía más que acabarlo de estropear, de manera que Franz tenía que recomponer cada día lo que él había desbaratado. Mathwei dijo un día que estaba de permiso y que podía pernoctar fuera del cuartel. No tuvieron más remedio que arreglarle el sofá para dormir. Él estuvo muy contento, durmió toda la noche, bebió un poco de achicoria y comió unos pedazos de pan que él mismo se había traído y, sin más, abandonó la casa.

Riek llegó una tarde y se quedó a dormir, sólo por una noche, en casa.

Estaban sentados en la cocina: Riek, un amigo de éste, Mathwei, Franz, y la señora Riek. La señora Riek declaró que no tenía nada para comer. Mathwei se despidió al poco rato, pues debía presentarse antes que de costumbre en su cuartel. Riek trabajaba en la estación Anhalter, en una emisora.

—Primero lo destrozaron todo. Prendieron fuego y, cuando cesaron los combates, martillaron los aparatos. Y ahora quieren llevarse la instalación. Pero antes pretenden que la reconstruyamos y que dejemos todo tal y como estaba antes de su llegada.

—Sí, el ruso es un tipo caprichoso —comentó el amigo.

—¡Qué absurdo!: "el" ruso no existe —dijo Franz.

—Ya sé, ya sé que hay muchos tipos de rusos. Pero en cierto modo todos son igual.

Reafirmó su opinión:

—El ruso es un tipo caprichoso: puede violar mujeres, y matar niños; pero si quieres estar en su compañía y departir con él amigablemente no tienes más que mover un dedo: en seguida acudirá.

—Y hay muchos que parecen entenderse a las mil maravillas con él —dijo el señor Riek, al tiempo que echaba una significativa mirada a su esposa.

—Mejor sería que pensarais cómo vamos a encontrar algo de comida — interrumpió la mujer—. Con el dinero que has traído no hay ni para comprar

una patata. Además, lo cierto es que con dinero ya no se encuentra nada — advirtió a su marido.

Franz se acercó a su abrigo y extrajo de él una botella de aguardiente.

—Esto ya es otra cosa —dijo la mujer—; a cambio de esto te pueden dar algo de mantequilla y quizá un poco de cerdo.

Había sonado la hora.

La gran ciudad, la capital más joven de Europa, se había convertido en un inmenso campo de batalla. En la ciudad no había corriente eléctrica, ni conducciones de agua, ni correos, ni comunicaciones, ni alimentos, ni manera de socorrer a los enfermos, heridos y moribundos. Una ciudad sin gobierno, descompuesta en cien islotes independientes en los que no había sombra de orden. Una ciudad, en suma, que nadie sabía cómo podría ser reconstruida de nuevo.

Günther Sarfeld, el jefe de la improvisada jefatura de policía de Schmargendorf, había reunido a sus colaboradores. El estado mayor de la nueva policía estaba compuesto de algunos abogados, dos jueces, un síndico y un alto empleado de Hacienda, que iban de paisano y llevaban un brazal rojo en el brazo izquierdo.

Ante el despacho de Sarfeld se extendía la Laubacher Strasse. Abajo, en la calle, se veía una columna de hombres y mujeres. Sillones y sillas. Un soldado rojo dormía tumbado sobre un sofá. Sentadas ante máquinas de coser, unas mujeres confeccionaban banderas rojas. Un caballo, con el cuerpo cosido a balazos, avanzaba despacio entre la gente. El caballo caminaba con la cabeza estirada hacia el suelo y cojeaba de un modo lastimoso.

Sarfeld tenía una hoja de papel en la mano: la lista de unos trabajos urgentes que su comandante le había encargado llevar a cabo. Tenía que reunir cien cubos y trescientas escobas y congregar a buen número de albañiles, carpinteros y electricistas; también debía llamar a un peluquero y hacer que confeccionaran doscientas ochenta banderas más, cuya tela, como es natural, corría a su cargo. Escribió las órdenes necesarias y envió a por aquellas cosas a sus ayudantes y despachó luego con una de sus secretarias. Al volver a mirar a la calle vio que el caballo había llegado a la esquina. Nadie pensaba en darle el tiro de gracia y, por otra parte, tanto él como su policía estaban desarmados. El soldado rojo que yacía sobre el sofá hubiera podido hacerlo, pero aquel hombre estaba dormido. Unos hombres procedían a descombrar y limpiar la calle. Como no tenían escobas barrían con ramas que habían arrancado de los árboles y con las que levantaban una enorme polvareda. Un pequeño cortejo fúnebre se detuvo ante la casa. Un hombre de mediana edad sostenía una carretilla en la que reposaba el cadáver de un niño envuelto en papeles. Tras él iban una mujer y una niña de unos diez años. El hombre preguntó a las confeccionadoras de banderas por un cementerio. Ninguna de ellas le supo dar razón.

—En algún jardín o en algún huerto —dijo una voz.

Un auto descendió por la calle y se detuvo. A los pocos momentos, el comandante ruso estaba ante Sarfeld.

—¡Tú en seguida venir; nuestro jefe está aquí!

Y allí estaba, efectivamente, a unos cien metros de la casa y sentado sobre la acera de la calle, el comandante del regimiento.

—Necesito inmediatamente —dijo el comandante al tiempo que se fijaba en el brazal de Sarfeld—, es decir, ahora es mediodía, pues para las seis de la tarde, necesito una escuela en la que haya unos centenares de camas, un establo para doscientos caballos, un garaje para quince coches, tres quintas para mis oficiales y dos quintas para mis suboficiales.

—¡Es imposible tener todo eso a las seis! ¡Si por lo menos pudiera disponer de un coche!

Sarfeld pudo disponer de un coche e incluso de un capitán que hablaba algo el alemán. La escuela se encontró en seguida, pero las mujeres para su limpieza fue un problema de difícil solución, pues una compañía rusa estaba acampada ante las puertas del colegio. Sarfeld iba de un lado a otro. Sus fuerzas habían llegado al límite. Pero a las seis debía haber terminado su cometido. Resultaba más fácil escenificar un drama de Shakespeare, en el que el héroe cae muerto un momento antes de bajarse el telón, que representar el papel de policía entre auténticas ruinas y auténticos cadáveres, entre una población apática y una multitud de ladrones y faunos.

¿Cuál era el sentido de su quehacer? ¿Cuál era el contenido de aquel drama sin fin? En los dramas de Shakespeare se distinguía, a través de su exposición, peripecias y catástrofe final, una imagen de la vida. Pero aquí, ¿cuál era el sentido de sus acciones? ¿Qué sentido tenía que fuera decomisando cubos, mesas, sillas y casas enteras a la población? No sabía qué contestarse. Ciertamente que con su presencia podía evitar algunas muertes, pero eso era muy poco. Con el ánimo quebrantado emprendió el camino de regreso. Llegó a la Laubacher Strasse con una gran sensación de descontento. En su despacho encontró al doctor Linth. Pensó que las dieciocho mujeres a las que había podido dispensar protección en su casa y el puesto de socorro que el doctor Linth, a quien había conocido en Grünwald, había instalado en su vivienda, era lo único que tenía sentido de todo su quehacer.

Pero aquello era muy poco, pues en Berlín vivían tres millones y medio de personas. Sólo en su barrio habitaban unas cien mil y cada noche se oían los gritos de las mujeres violadas por los soldados rusos.

Descorazonado, arrojó su cartera sobre la mesa. Linth le miró fijamente. Su rostro se había afinado durante aquellos días y sus ojos, muy hundidos en las órbitas, parecían haberse agrandado.

Estaban solos en el despacho.

—La verdad es que me lo había imaginado de otra manera. Cuando me hice cargo de todo esto creí que los rusos llegaban aquí en calidad de liberadores y ahora ha resultado todo lo contrario. Con el comandante sí es posible hablar, eso es cierto, pero por lo demás, nada... nada.

—Quizá sí.

—¿Cómo?

—Todo quehacer humanitario produce su efecto.

—¡Aquí es imposible hacer algo!

—He podido curar a la señora Halen. La he podido curar sin penicilina. Ya se ha librado de la fiebre puerperal.

—Una persona... Pero hay millares.

Millares... El doctor Linth venía entonces de un bloque de viviendas de la AEG. Allí había intentado auxiliar a una muchacha de dieciséis años que los rusos habían violado una y otra vez. La muchacha no cesaba de llorar y el último soldado que la poseyó le estuvo gritando: "¡Tú no llorar!" La muchacha

no pudo detener el llanto y el soldado repitió "¡Tú no llorar!", y al no obedecer ella sus órdenes le clavó un cuchillo en el ojo izquierdo y la muchacha comenzó a desangrarse. Él la encontró medio muerta y ya no pudo salvarla. Sí, efectivamente había miles de personas por las que no había podido hacer nada.

—Poco es lo que hacemos. La ayuda humana siempre se ve limitada por las circunstancias —dijo el doctor Linth—. Pero la entrega humana es algo más que la simple ayuda. Así, de este modo, se mantiene viva la idea de Humanidad, señora Sarfeld —añadió.

Había sonado la hora y muchos lo ignoraban.

La guerra acababa de terminar y las campanas no habían redoblado, no había venido la luz, el tumulto de los sótanos no había cesado y el miedo era el invitado forzoso en todas las mesas. El cielo estaba enrojecido igual que las noches anteriores, pero los cañonazos y los cohetes luminosos y las luces que se elevaban hacia las estrellas eran ahora el saludo de paz de los vencedores. Y ya nadie se arrastraba en las trincheras, en los sótanos y entre las ruinas. Pero el miedo mostraba ya su rostro al descubierto.

En Tempelhof había sido firmada la capitulación y la noticia fue esparcida por medio de altavoces móviles por toda la ciudad, en las calles, sótanos y entre los grupos resistentes. En Karlshorst, donde antiguamente se levantaba la Academia Militar de Ingenieros, Keitel, el último jefe de la Wehrmacht, rindió su bastón de mariscal ante los jefes que representaban a los vencedores, ajustó su monóculo, se acercó —caminando con su andar de pies planos— a una larga mesa y, en nombre de la Wehrmacht alemana, suscribió el acta de capitulación. Y transcurrió una y otra semana hasta que los rumores de la capitulación llegaron a muchos de los rincones de la ciudad, abrasada por mil incendios.

Berlín tenía un nuevo alcalde mayor y la ciudad no lo sabía.

El doctor Werner, un hombre de setenta y seis años, antiguo arquitecto del Estado, estaba una mañana arreglando su jardín, cuando se le acercó un señor vestido de gris que le invitó a subir a su coche. El doctor Werner se sentó junto a aquel individuo en un coche conducido por un chófer ruso y se quedó sin saber si lo iban a detener o a raptar. Llegaron a una pequeña quinta situada en las afueras de Friedrichsfelde, donde se presentaron ante un individuo que llevaba una perilla a lo Lenin y que por lo visto era un antiguo diputado del Reich. Al doctor Werner se le permitió comer y beber e incluso tumbarse en un sofá hasta que llegara el capitán general Bersarin, comandante de la ciudad, que compareció, acompañado de un intérprete, a las diez de la noche. Por medio del intérprete, el capitán general le dijo que deseaba convertirlo en el jefe civil de la ciudad.

Veinticuatro horas más tarde y acompañado de la nueva Corporación municipal, el doctor Werner llegó a la Parochialstrasse. A los dos días le fue entregado el texto del discurso que debía pronunciar en el acto de la toma de posesión y se le volvió a recomendar a su primer representante, el señor Marón, encargado de mantener el necesario contacto con las autoridades militares rusas.

Habló acerca de los sufrimientos de Berlín durante el mandato de Hitler.

"Ese tirano —dijo— superó incluso a Gengis-Khan, cuyas hordas

incendiaron y arrasaron en 1200 cuantas ciudades hallaron a su paso. Ahora nos sentimos liberados y debemos agradecer al Ejército Rojo, así como al Ejército de los Estados Unidos y al de Inglaterra, el inmenso bien que nos han hecho. Hitler convirtió a Berlín en la ciudad de la destrucción. Nosotros haremos que Berlín sea la ciudad del trabajo y del progreso...

"El señor mariscal Zukov, el conquistador de Berlín, ha comenzado ya a curar las heridas que Hitler infligió al pueblo alemán. Durante este corto período de ocupación la vida ha vuelto a renacer en nuestra ciudad, que cada día tiene mayor fuerza y vigor. En Berlín están trabajando ingenieros soviéticos y su eficacia se está demostrando en los grandes éxitos que están obteniendo en su labor. En muchos sitios vuelve a haber agua. Muchas conducciones eléctricas vuelven a funcionar. Los trabajos de descombro, en los que tanto trabajan hombres como mujeres, avanzan a pasos agigantados. Agradecemos a Dios que nos haya permitido vivir estos momentos en los que la ciudad comienza a vivir una nueva época. Un espíritu de amor y de concordia debe velar en el Reich alemán. Nuestra unidad antifascista nos ha conducido a estos primeros éxitos; ella es la garantía que tiene el nuevo pueblo alemán que ahora acaba de nacer. Terminamos estas palabras con el grito de: ¡Viva Berlín!"

Berlín volvía a tener un alcalde mayor y sólo dos días después se enteró de ello. Berlín volvía a tener un nuevo Ayuntamiento y nadie conocía los nombres de los nuevos concejales.

EMPEZAR DE NUEVO

El antiguo diputado del Reich —aquel individuo piernicorto que llevaba una barbilla al estilo de Lenin y que había sobrevivido a todas las tempestades políticas— ordenó que se cursaran las invitaciones para una conferencia de gobierno.

Estuvieron presentes más de la mitad de los concejales. No concurrió el alcalde mayor, pero sí concurrieron su representante, el presidente de Obras Públicas, el de Personal, el de las Secciones Sociales, el de Trabajo, el de Asuntos Religiosos... y representantes de los trabajos de descombro, limpieza, desmonte, así como otros que estaban al frente de organizaciones juveniles antifascistas, y jóvenes de ambos sexos, responsables de calle y de vivienda, y también el impresor Riebeling y el fotógrafo Putlitzer de Tempelhof, el zapatero Haderer y el cerrajero Reimann de Weissensee.

Todos acudieron.

Acudieron muchos que habían salido de cárceles, prisiones y campos de concentración, y muchos que se habían librado del patíbulo. Y allí se encontraron conocidos que durante largo tiempo habían permanecido separados y a quienes el dolor y los sufrimientos habían envejecido. Más de mil personas se congregaron en aquella sala que todavía olía a humo y polvo. Pero el ambiente estaba cargado de esperanza, confianza y bienestar. El orador venía de Moscú y debía tener una clara idea de lo que convenía hacer

en medio de aquel caos. El orador debía aportar una nueva esperanza a los jóvenes y a los viejos que le conocían de otros tiempos, y que durante años habían permanecido en la oscuridad, debía exponerles un análisis de los acontecimientos políticos mundiales. Y muchos de los viejos esperaban que incluso les aclarara el porqué del singular comportamiento de los liberadores soviéticos.

Llegó el orador.

Andaba despacio y llevaba zapatos con suela de goma. Un sargento en zapatillas; un gato marrullero. Ahora llevaba barbilla y tenía un aire descuidado. Era la copia de un conocido original.

Los concurrentes se levantaron, pensaron que aquel hombre también era una víctima del nazismo, se volvieron a sentar y el orador comenzó su discurso. Se produjo un profundo silencio y en todos los rostros, se pintó una expresión de expectación. El discurso adoptó en seguida el tono propio de un informe comercial. Nadie se atrevió a criticar la sencillez de las expresiones, pues también el modelo de aquel hombre, que era el paradigma de todos los modelos, se expresaba con extraordinaria sencillez, y se dijo que también él, el famoso camarada, empleaba a veces giros dialectales. También había sido invitada una representación del "invencible Ejército Rojo", cosa al parecer inevitable. El orador se refirió a los "valientes rusos", lo cual, hasta cierto punto, no era del todo cierto. Si quería hablar de "valientes", debía tenerse presente que también lo eran los mal armados grupos de policías que durante días habían defendido el Lorenzbunker y aquellos otros que habían reconquistado el Oberbaumbrücke y los batallones de las Juventudes de Hitler, que, tras los combates librados en los puentes de Havel, habían quedado reducidos, de cinco mil, a quinientos jóvenes.

El viejo Riebeling iba formándose su concepto acerca del orador y, mientras sus vecinos comenzaron a mirar a derecha e izquierda, continuó prestando atención a las palabras del recién llegado y en su rostro no desapareció la expresión de interés y expectación.

Berlín había sido la cueva de ladrones de las bandas pardas; ya lo sabemos, ya lo sabemos, camarada orador. La conquista de la capital fue una herida hecha en el mismo corazón de la pandilla hitleriana; bien, muy bien, adelante, ¿qué más? Nuestro país no ha sido liberado por nuestro alcalde, sino por la fuerza de las armas de otros pueblos; también esto es verdad, es una amarga verdad, pero este párrafo tampoco apunta a ninguna parte y no significa nada fundamental. O quizá sí significa algo fundamental. El orador acaba de acentuar aquella frase como si realmente fuera la pieza maestra del discurso. Y en seguida se demostró que, efectivamente, lo era, pues de ella dedujo la inmensidad de la derrota y la absoluta falta de derechos que, frente a los ocupantes, tenían los vencidos; ningún derecho, sólo obligaciones.

La obligación de obedecer y cumplir todo cuanto fuera mandado. La obligación de trabajar y no hacer preguntas; de trabajar en obras de desmonte y descombro, y de hacerlo sin herramientas, con cubos y escobas y, en último término, con sólo las manos. La obligación de callar incluso cuando las gentes fueran azuzadas por fieras salvajes.

El orador prosiguió la lectura del interminable discurso.

Cifras, cifras.

Daños de guerra en Ucrania, Kubán, Besarabia, Rusia Blanca y Cáucaso. La culpabilidad crecía y se agigantaba, y el hombre al que se le imputaba fue

aniquilado y se convirtió en un ser deshumanizado, sin derecho a alimentarse, ni a vestirse, sin casa, ni pantalones... Fue convertido en una especie de chinche. Al final las reparaciones sumaron veinte mil millones de marcos.

"Comienza para nuestro pueblo una época difícil, una época de dura prueba. Y nuestro pueblo debe tener el convencimiento de que es capaz de pasar por esta prueba. Bajo el régimen de ocupación militar, nuestro pueblo estará obligado a reparar los daños que la guerra hitleriana y la barbarie hitleriana han causado a otros pueblos, especialmente al gran pueblo soviético. Nuestro pueblo cumplirá esa obligación con la conciencia de la necesidad de llevarla a cabo, pues ese es el único camino que conduce hacia el levantamiento.

Ni una palabra de análisis acerca de la situación política mundial. Las tesis y los acuerdos adoptados en Yalta fueron presentados como escuetas órdenes. Ni una palabra acerca del destino de las antiguas colonias alemanas, de la situación que la postguerra había creado en Bélgica y en Grecia, sobre las corrientes de opinión que acerca del futuro destino del pueblo alemán se pronunciaban en Norteamérica, y nada tampoco acerca de la extensión territorial que en su día debería tener el pueblo alemán.

Fue la proclamación de un sentido del trabajo pronunciada en el tono en que podía haberse hecho un informe comercial.

Y aquel concepto del trabajo no era superior al que propugnaba la ética cristiana, como afirmaban los socialistas, sino que era propio de un mundo bárbaro y primitivo.

Las grandes esperanzas se vinieron abajo. Centenares de preguntas se quedaron sin respuesta. El contenido de la primera conferencia era este: disciplina en el trabajo, disciplina en el partido y humillación bajo el mandato del vencedor.

Consignas: trabajar hasta donde existieran las normas y todavía más. Trabajar sin aportar ninguna opinión y sin cooperar de un modo democrático, pues los dirigentes y los dirigidos de tales partidos no pertenecen a un Estado democrático.

—Primer impulso: el gobernador nombrado por el Kaiser, y nosotros somos el pájaro de mal agüero del Kaiser. Eso ya fue una vez así y siempre será del mismo modo.

—Nada nuevo —dijo Riebeling al fotógrafo Putlitzer, camino de casa—. No es bastante con que hayamos sido derrotados, para que ahora, encima, nos veamos obligados a trabajar de esa manera. Pero sin volver a poner las cosas en orden no hay comienzo posible.

—Y nada sabe tan bien como lo que ha sido bien cocido.

También en una quinta de Zehlendorf se hablaba acerca del tema de un nuevo comienzo. El suelo estaba cubierto de auténticas alfombras persas. Muebles antiguos, cómodos sillones, una biblioteca y un ventanal abierto a un jardín. Las ventanas habían sido sacadas del sótano y vueltas a colocar en su sitio. Aquella había sido la casa del director del Banco Alemán, barón Von Stauss. El poeta que en compañía de los demás miembros del "gobierno fantasma" había llegado en avión de Moscú se apropió la casa. Pero una casa burguesa sin unos alrededores burgueses y sin la seguridad que da el ambiente burgués; una casa enclavada en el centro de una sociedad burguesa

condenada a muerte, es algo tan poco habitable como un museo o los restos de una antigua quinta pompeyana. Una casa recibida gracias a la magnanimidad soviética es tan frágil y transparente como si fuera de hielo. Cuando escribes en ella, unos ojos miran el papel sobre tu espalda. Unos oídos escuchan lo que dices cuando sueñas. Unas manos te abren las puertas y te ponen en marcha el coche. Y tú acabas por no confiar en el sillón en que te sientas, ni en las manos que te sirven, ni en ti mismo. ¡Qué hermoso era aquel refugio de Zehlendorf, hecho con rústicas maderas, y aquel otro, perdido en un rincón de Suabia..., en el que cierta mañana, cuando todo estaba en silencio y la hoja de papel era más blanca que el alba, comenzamos a escribir un poema!

Todo ha pasado.

Para siempre...

La irrealidad era real y también era algo real el encargo que le habían hecho: embridar el gigantesco caballo troyano. Todavía quedaban rastros de la inclinación izquierdista de los intelectuales berlineses del año veinte. Encontró a muchos conocidos y en muchas partes fue bien recibido. Pero también tropezó con rostros adustos y vivió momentos difíciles. En una casa encontró a una familia conocida sumida en la desesperación: Aquella mañana se habían llevado al hijo —un chiquillo de quince años— al que acusaron de pertenecer al "Werwolf". Y la verdad era que el chico jamás había pertenecido a una organización política y no tenía idea de lo que el "Werwolf" pudiera ser. También estuvo en la Pfeddersheimer Strasse, a visitar a un arquitecto, cuya casa acababa de ser saqueada por una sección de soldados rusos.

"¡Cultura, amigo mío! ¡Entre usted y vea lo que eso significa!"

Entró y contempló aquel triste espectáculo. Vio a la mujer deshecha en lágrimas y oyó sollozar a los chiquillos: "Papá, no podemos continuar aquí, se nos quedan la casa". Todo estaba revuelto. La escalera estaba llena de muebles y enseres. Montones de libros, sillas, una mesilla de noche, un tocador, potes de mermelada. En algunas partes se veían colchones, somieres, cubrecamas y alfombras arrugadas. En las habitaciones, los armarios aparecían rotos o tumbados. En el jardín, que estaba lleno de excremento de caballo, había un gran armario deshecho, unos sillones y una mesa de trabajo. El dueño de la casa abrió la puerta del armario y dijo: "En la casa tenían un lavabo, pero les pareció mejor hacer sus necesidades aquí." Se agachó sobre un montón de libros y cogió un ejemplar encuadernado en piel. "¡Cultura, amigo mío! Las cosas no pueden continuar así. Algo tiene que suceder. Le agradezco mucho su invitación. Cuente usted conmigo."

Era el arquitecto Poppert y aquella visita había sido particularmente desagradable. En Hermsdorf, donde visitó a un investigador de fama mundial, no solamente pasó un rato desagradable, sino que vivió unos minutos de auténtica angustia. En una sencilla buhardilla, había un hombre mucho más joven de lo que aparentaba ser, y en un rincón de la habitación, algo disimulada tras una cortina, una cama sobre la que descansaba una figura de Blanca Nieves. El hombre de rostro joven y mirar de viejo la había traído a casa el día anterior. Semanas atrás la habían raptado y él la volvió a encontrar en una clínica de la Karlstrasse. Y también aquel hombre —el doctor Linth— le prometió su asistencia. Todo el mundo se ofreció para solucionar el problema de la cultura. Y todo el mundo dejó aparte sus experiencias personales y acudió a la cita.

Reunió a un brillante grupo de intelectuales.

Escritores de gran renombre, autores famosos, pintores, arquitectos, un director de orquesta, y junto al especialista en cuestiones chinas, un teólogo y dos directores de escena. Uno de ellos era un hombre joven que momentáneamente desempeñaba el cargo de jefe de policía de un distrito, y que esperaba ser licenciado para incorporarse a su antiguo oficio. El otro era director de escena de la ópera de Berlín y, precisamente el día en que cumplía setenta y cuatro años, en compañía de otros cien individuos había sido preso y robado a unos cincuenta kilómetros de Berlín pero luego había podido regresar a su casa que encontró revuelta y saqueada. Y también él, que tanto necesitaba descansar, había acudido a la reunión, a la que, además, llevó a dos compañeros.

Se planteó el tema de empezar de nuevo. Una joven mujer cubierta con una blanca toca (los rusos la sorprendieron vestida con un pequeño camisón) alargó la mano sobre una mesa en la que había bocadillos y algunas botellas de vermut y coñac. Casi todos tenían un hambre terrible. Pero guardaban las formas y únicamente mordisqueaban de vez en cuando. El tema les apasionaba. Tenemos que... No podemos permanecer sentados entre ruinas, con la mirada fija en los platos vacíos. Tenemos que empezar de nuevo. Tenemos que volver a hacer teatro, que abrir las escuelas, que empezar a construir. Había que sentir un gran agradecimiento y estar lleno de alegría por haber encontrado tanta comprensión y tanta ayuda. Este poeta adscrito al movimiento expresionista era un verdadero regalo del cielo. Aparte de lo cual, resultaba delicioso oírle hablar, siempre tan brillante e inteligente. Un periódico: "El puente". Un semanario: "Reconstrucción". Una revista mensual: "Sentido y forma". Una gran editorial. Unas cuantas compañías dramáticas. Una gran organización cultural en la que cupieran todos los artistas, investigadores y cuántos se interesaran por los problemas de la cultura. Todo eso era lo que les preocupaba. Y también podía hablarse de la ideología, pues también para tratar de ello se habían reunido.

Y se habló de ello. Se habló con orden, de un modo correcto. Berlín estaba ocupado por los rusos: esto era una realidad que nadie podía olvidar. Pero esto, sin embargo, no significaba que los berlineses tuvieran que aceptar la ideología propia de los rusos. El Partido Comunista permanecerá mucho tiempo sin forzarles a ingresar en su organización, aseguró el representante de la emigración en Moscú. Las ideologías son difíciles de importar y, de momento, lo importante era crear algo propio... Eso era lo que precisamente deseaban los rusos: que se creara algo que, naturalmente, tuviera un carácter antifascista y respondiera a un sentido de libertad y humanismo y viniera a continuar la vieja tradición del pueblo. Lo importante es que lo creado fuera algo esencialmente antinazi. Todo el mundo estaba harto de nazismo. Bastaba echar una mirada a través de la ventana y contemplar los grandes montones de ruinas que había en la calle, para convencerse de ello. Además, la mayor parte de los allí reunidos no habían tenido nada que ver con la ideología nazi. Lo importante era expandir la verdad. En la nueva organización cultural se procedería de un modo democrático, y lo mismo se haría en la Universidad de Humboldt, cuyas puertas volverían a ser abiertas inmediatamente, y en los teatros, cuyos escenarios iban a ponerse en movimiento. El único programa consistía en que Alemania recuperara el antiguo nivel cultural a que había llegado antiguamente, gracias a hombres como Goethe, Hegel, Engels y Marx, para todo lo cual nadie habría de molestar a los profesores, redactores y

directores teatrales, quienes habrían de encontrar toda clase de facilidades y ayudas por parte de las autoridades de ocupación.

Todo sonaba muy bien. Y todo el mundo escuchaba con atención. También se había pensado en la necesidad de formar una compañía que actuara en los pueblos, así como en la conveniencia de volver a abrir el Teatro Nacional. No había que tener ninguna clase de miedo a que los rusos quisieran inmiscuirse en aquellos asuntos. El Teatro Nacional, y la Ópera, que tenían un pasado de más de doscientos años, era un evidente ejemplo de ello. Nunca, durante su larga existencia, habían dependido espiritualmente de los diferentes sistemas políticos y de las personas que habían estado en el Poder. En Berlín, el arte dramático y también otras artes se habían encontrado a veces en circunstancias parecidas a las que caracterizaron la existencia de algunas pequeñas repúblicas medievales. Los artistas y pintores recibían a veces encargos que debían embellecer la vida y que luego se habían convertido en maravillosas creaciones metafísicas. El espíritu de la institución siempre había sido contrario a aquellos encargos que no casaban con su manera de ser...

Así se expresó el viejo director de setenta y cuatro años, y el teólogo, el arquitecto, el pintor y el escritor comprendieron el alcance de sus palabras y no hubo ninguna polémica. La conversación era interesante y fructífera. El dueño de la casa presidió la reunión con gran inteligencia. Pero no se le debe contradecir ni ofender, pues él no olvida nunca. Su poesía —ha escrito más de cuarenta libritos— no debe ser criticada, pues él no olvida nunca. No debe confiarse demasiado en él, pues nunca mantiene su palabra. Pero todo aquello pertenecía a otras épocas. Ahora había vuelto absolutamente cambiado. Para convencerse de ello bastaba observar su rostro, en el que se reflejaba una expresión casi paternal. Bajo su dirección, la reunión se convirtió en una sesión de trabajo. Incluso la joven de la blanca toca tomaba parte activa en la conversación. Se encontró un nombre para la organización cultural. "Asociación cultural para la renovación democrática de Alemania." Y, en aquel ambiente, el presidente de la reunión llegó a olvidar que aquel título había sido encontrado, tras una larga discusión, en una reunión celebrada en el Hotel Lux, de Moscú. El nombre de la organización había sido encontrado, se había constituido el comité provisional de la misma, e incluso se fijó la fecha de su proclamación.

Fue una tarde tan reconfortante como aprovechada. La gente se separó con la impresión de haber comenzado algo nuevo y provechoso. Y seis individuos de reconocida fama —corifeos de la vida intelectual alemana— se separaron sin saber que formaban parte de la primera dotación metida en el caballo troyano.

"Nadie podrá hacerte frente a lo largo de tu vida. Del mismo modo que estuve junto a Moisés, permaneceré a tu lado. No te abandonaré, ni me apartaré de ti: ten confianza y sé invencible..." Esas palabras del libro de Josué fueron pronunciadas una mañana de verano de 1941, bajo los grandes cañones del "Prince of Wales", mientras el sol luchaba contra la blanca niebla que cubría las aguas. Y las palabras se habían cumplido y los hombres habían repetido aquella oración que decía: "Protégenos contra el odio, la amargura y el espíritu del mal..."

Había llegado la hora de tomar las grandes decisiones y las grandes

obligaciones. Los representantes de las tres grandes potencias se congregaron en Potsdam, donde celebraron una Conferencia para debatir los problemas de la postguerra.

El imperio nazi había sido aniquilado, y también había sido aniquilado el tronco del cual había brotado aquella rama. Prusia había dejado de existir y el mismo Reich había desaparecido. El país había sido descuartizado y otro tanto se había hecho con el pueblo. Y las fuerzas apropiadas para asentar el tronco en la tierra se hallaban aherrojadas. Ninguno de los representantes se preguntó si un imperio, por muy joven que sea, y si un pueblo, por muy guerrero que sea, pueden ser suprimidos sin poner el todo en peligro. Ninguno se preguntó si podía separarse una piedra maestra de aquel edificio de dos mil años, sin que se corriera el peligro de que todo se viniera abajo.

¿Ninguno de ellos se hizo realmente aquella pregunta? El ministro británico había forzado la alianza con el compañero oriental cuando su país corría un peligro de muerte y ahora temía que ese compañero se saliese de la alianza. Desde los días de la Conferencia de Casablanca observaba con intranquilidad la aparición en el horizonte de Europa de las divisiones rusas, pertrechadas con material norteamericano. Cuando en Teherán se propuso el establecimiento de un segundo frente, propugnó entrar en la fortaleza de Europa a base de atacarla por el "bajo vientre" y lanzar, desde un punto del Mediterráneo oriental, una cuña que luego habría de convertirse en una invasión masiva contra los países balcánicos. La invasión, según el proyecto del ministro británico, debería seguir el curso del Danubio y llegar por allí hasta el corazón de Europa. Cuando ciertas fuerzas hubieran llegado a determinado punto de Italia, no deberían torcer hacia la izquierda, es decir, hacia Francia, sino hacia la derecha, esto es, hacia el sureste de Europa. Pero en Teherán había sido derrotado, lo cual equivalía a una derrota europea. De nada le sirvió la pasión que puso en sus discursos. El cansancio y la enfermedad pudieron luego más que él. Tras la conferencia se dirigió a Malta, descansó junto a las ruinas de Cartago y por último estuvo en Marraquech, donde cedió la enfermedad. En Malta ya era demasiado tarde. Los acontecimientos no podían volver atrás. Algunas fronteras ya habían desaparecido. A bordo de unos "Douglas" procedentes de Moscú unos gobiernos fantasma llegaban a Varsovia, Bucarest, Belgrado, Budapest y Viena. Propuso enviar un Cuerpo expedicionario a los Balcanes en auxilio del Ejército Rojo, pues de aquella manera trataba de salvar algo de su primitivo plan, pero la proposición fue rechazada de plano. Y ahora se encontraba en Potsdam, al borde mismo de la avalancha, y miraba hacia el vacío, que era Europa.

Nadie se preguntaba por la significación del suelo sobre el cual se había levantado antaño el Sacro Romano Imperio Germano y, antes de él, el Imperio de Carlomagno. El Presidente de los Estados Unidos era el ejecutor de un tremendo testamento, y aquella herencia parecía un monstruoso pólipo de mil cabezas, con otras tantas fauces abiertas: las Kuriles, Port-Arthur, los ferrocarriles Surmanchurianos, los Dardanelos, Irán, criminales de guerra, asambleas para la organización mundial, el gobierno polaco, la frontera de Oder-Neisse, Morgenthau, reparaciones, recomendaciones, cuestiones sin contestar, concesiones y medias concesiones, problemas que los especialistas devolvían a medio resolver, como si fueran asuntos resueltos, y que inmediatamente eran objeto de negociación por parte de los oradores. El hombre que hubiera podido romper el círculo mágico, que hubiera podido

despejar tal constelación, ya no existía. Había pasado la hora en que, tras tantos sudores y esfuerzos, la historia le había permitido realizar la consigna de "pactos y créditos". La responsabilidad es el precio de la grandeza y él había aceptado una y otra vez las grandes responsabilidades del momento. Los ciudadanos norteamericanos habían votado cuatro veces en favor de la prolongación de su Mandato, y él había sacado al ciudadano americano del aislacionismo y le había dado una conciencia de universalidad. En Teherán había vivido su momento estelar, que en cierto modo todavía duró en Yalta. La constelación de las grandes potencias exigía acuerdos, y él, sin embargo, trataba de evitarlos para poderlos establecer luego, en el día más conveniente, en Dumbarton Oaks, en San Francisco, en Potsdam o en alguna otra parte. Quería tener las manos libres para negociar, lo cual exigía, a su vez, largas negociaciones. No fueron sus electores quienes le obligaron a proceder de esa manera en Teherán y en Yalta, sino la misma historia, y su continuador en Potsdam no pudo superar, en el momento de las grandes resoluciones, su gigantesca sombra.

¿Nadie preguntó por la significación de Alemania? ¿Nadie pensó en las consecuencias de la paralización del centro de Europa? ¿Nadie vio avanzar la creciente avalancha? Uno preguntó y anticipó la respuesta. Uno pensó y continuó pensando. Uno vio, como un águila ve el paisaje en lo hondo, la avalancha y se dispuso a aprovecharse de ella. F. D. Roosevelt le había llamado el buen "Tío Toe". El buen Joe, así se decía en los Estados Unidos. "Dales, Frank, no cedas y procura que los dueños de esclavos no repitan tras esta guerra la misma equivocación que cometieron en Versalles". Los dueños de esclavos eran los antiguos colonizadores británicos, era el viejo John Bull. Ya habían pasado los días en que todo era preocuparse para encontrar tanques, antitanques, bombarderos, antiaéreos, "jeeps", camiones y alambradas. Ya habían pasado las horas en que recibía los partes de la desordenada retirada de los ejército de Timochenko y en que, sin cesar de fumar, paseando de un lado a otro de su despacho o dibujando lobos en actitud de correr bajo un cielo teñido de púrpura, solicitaba y aguardaba la entrega de nuevas armas. Ya habían pasado los días en que airadamente exigía la creación de un segundo frente. El "Rico tío de América" había sido su único huésped en Teherán, y a John Bull no quiso recibirlo a solas. Hermosos planes había ideado John Bull. ¡Atacar a Europa por el "blando bajo vientre" y llegar al corazón de Europa a través de los Balcanes! Había sido una gran idea, pero mayor había sido su victoria sobre aquel plan. Había sido una gran idea, pero la verdad es que respondía a un concepto totalmente anticuado. ¿Es que Europa continuaba existiendo? Europa era una página pasada en el libro de la victoria. Europa, con sus caballeros derrotados en el lago Peipus; con los barcos de la Hansa, que en otro tiempo habían llegado hasta Novgorod, y con su Bonaparte, su Federico y su Bismarck, nada de todo lo cual contaba ahora. Un continente lleno de inoperantes aristocracias políticas, de pueblos incapaces de defender sus tierras, de artistas ahogados en viejos formulismos y de cafés existencialistas frecuentados por maniquís que parecen muchachos y por muchachos que parecen maniquís. Todo eso había acabado y no había más que tender la mano. Europa: un nombre sin contenido y sin sentido geográfico. Un campo de pastoreo situado al oeste de Rusia; un campo de pastoreo y un campo para sembrar patatas: esta había sido la mejor idea que jamás se le había ocurrido a un banquero norteamericano. No; no consentiría

que Francia ocupara el puesto de una gran potencia, ni permitiría que se le arrebatara Polonia, Yugoslavia y los países balcánicos. De todos modos, en Teherán ya no había aceptado el dudoso concepto de Europa y se había contentado con el concepto, también vago y oscuro, de Alemania. Y en un momento dado dijo al Primer Ministro de S.M. británica que "los Balcanes estaban demasiado lejos del corazón de Alemania y que Francia era el camino más recto para llegar a él". Y también ellos avanzaron por el camino más corto hasta el Elba y ahora estaban en Potsdam.

Un pequeño grupo de prisioneros de guerra avanzaba por la parte sur del extrarradio de Berlín, a través de Wannsee, Zehlendorf, la Unter den Eichen y la Schlosstrasse. Diecisiete hombres, algunos de los cuales estaban enfermos y otros heridos, que habían quedado atrás, entre Kladow y Potsdam, y que luego habían emergido de aquel inmenso mar cuyas olas se habían abatido sobre Berlín. Los hombres avanzaban cojeando y apoyándose unos sobre otros, y de vez en cuando, cansados como estaban, se sentaban en el suelo. Y el sargento que los escoltaba, y que iba acompañado de dos soldados de infantería, les dejaba reposar, permitía que los paisanos se acercaran a ellos e incluso animaba a las mujeres: "Mujer da pan", y las mujeres, que hacían cola ante las panaderías y verdulerías recién abiertas, ofrecían algo de comer a aquellos desgraciados: un pedazo de pan o una zanahoria. Uno de aquellos prisioneros era el capitán Boehlke. Tenía fiebre y su cuerpo estaba cubierto de un frío sudor. Boehlke no veía la larga hilera de ruinas, pues su mirada estaba nublada. Todavía llevaba encima el informe que acerca de la catástrofe del noveno ejército había escrito para su tío Raimond. Su intención había sido entregar su carta a alguien durante la marcha a través de Potsdam. Pero él mismo desembocó con sus compañeros en la vieja calle, y no pudo reconocer la casa de su tío. Una pirámide de ruinas se alzaba donde antes había habido la casa. Una mujer le dijo que los habitantes de la misma y el primer bibliotecario Stassen, es decir, tío Raimond y su esposa, habían perecido bajo las bombas.

—"¡Davai!" ¡Adelante!

Al final de la Schlosstrasse torció el grupo hacia la izquierda, en dirección a la estación de Anhalter. Llegaron al centro de la ciudad y embocaron la Leipziger Strasse. En la Dönhoffplatz vieron surgir un autobús, el primero que circulaba entre aquellos montones de ruinas. El sargento, que ya había perdido mucho tiempo a causa del cansancio de los prisioneros, hizo detener el vehículo, obligó a descender a sus pasajeros e hizo subir al pequeño grupo. Así, pues, montado en un autobús de dos pisos, el capitán Boehlke deshizo el camino que, en un autobús semejante a aquél, había recorrido al principio de su epopeya. Esta vez, sin embargo, su destino estaba en la gran concentración de prisioneros de guerra que se había formado en Rüdersdorf, junto a las grandes fábricas de cemento.

Tifus, disentería, intentos de suicidio y enfermedades sexuales era lo que predominaba en el hospital 122. Había pocos medicamentos, escaseaban el algodón y las vendas y los pacientes pasaban hambre en sus camas. Las reservas de medicinas, vendas, gasas y alimentos, así como el instrumental quirúrgico, habían pasado a manos de los rusos.

Los heridos leves fueron considerados prisioneros de guerra, y desde hacía unos días había comenzado la evacuación de los heridos graves. Vestidos con las ropas que llevaban en el hospital, o en camisa y calzoncillos,

fueron obligados a montar en los camiones y llevados hacia el Este. Dos mil hombres, y nadie sabía dónde ni cuándo terminaría el viaje.

En el último camión subió el teniente coronel médico doctor Theysen. Junto al coche estaba la señora Theysen, que había ido allí para despedirse de su marido. "Ven, mujer; tú también subir." Así emprendió la señora Theysen el camino del cautiverio. El camión les llevó hasta Lichtenberg, donde montaron en un tren que ya les aguardaba. Tres días de viaje. El tren se detenía a veces, era arrinconado en algún desvío, volvía a avanzar, retrocedía y continuaba luego su camino. Theysen durmió casi ininterrumpidamente. Estaba totalmente agotado y no tenía fuerzas ni para asombrarse. A los tres días de viaje sólo habían llegado a Frankfurt del Oder. Allí tuvieron que descender y montar en unos camiones. Theysen tenía una maleta, que trataba de subir al camión. Un oficial le dijo: "Tú no maleta. Tú no robota, no trabajo". Echó una ojeada a la lista y repitió: "Tú no robota, no trabajo. Tú jefe médico. Mujer no está en lista. Bueno; si mujer también médico, puede quedarse".

El doctor Theysen se convirtió en el jefe médico del Hospital de Frankfurt del Oder. Un tipo en calzoncillos y camisa se presentó ante él y dijo ser el coronel Zecke. Tras las alambradas, todos los hombres iban en calzoncillos y camisa.

—Este es nuestro uniforme; tiene un sentido simbólico —dijo el coronel.

Se había adoptado aquel uniforme para entorpecer la huida de los detenidos. A Theysen, sin embargo, se le permitió llevar uniforme, y en tal sentido era la única excepción entre enfermos, asistentes y médicos. El coronel Zecke estaba en el despacho ante una mesa llena de papeles. Él fue quien informó a Theysen acerca de la situación del Hospital. Seis mil enfermos; no había camas; los enfermos estaban tumbados sobre montones de paja. Había tifus, disentería y toda clase de enfermedades. Cada día fallecían de sesenta a ochenta enfermos. La paja no podía ser cambiada; cuando alguien moría, los asistentes la removían un poco y el nuevo enfermo se tumbaba sobre el mismo montón recién desocupado.

—Una crítica situación —dijo Theysen.

—Sí; una crítica situación que los envíos a la fosa van aligerando. Este es nuestro destino —respondió Zecke.

Salir de allí, huir. Aquel había sido el primer pensamiento de Vicco Splüge cuando atravesaba la ciudad. En una esquina, junto a los montones de ruinas de una casa, un hombre intentó escapar de la columna. Trató de esconderse entre los escombros. Pero inmediatamente fue abatido. Al llegar a la esquina siguiente otro preso intentó escapar, pero uno de los guardias disparó contra él y le tumbó. Tras el Halleschen Tor, al llegar al Landwehrkanal, lo intentó un tercero. Salió de la columna y de un salto brincó sobre la barandilla del puente y se arrojó al agua. Dos rusos se acercaron a la barandilla y dispararon sus pistolas ametralladoras. Los de la columna no pudieron ver lo que sucedió en el agua. Un grupo de patos salvajes levantó el vuelo y algunos de ellos volvieron a caer aplomados. Era muy difícil que el fugitivo hubiera podido llegar a la otra orilla. Al cabo de poco rato otro hombre trató de rezagarse, pero fue cogido y metido en la columna. No; de aquella manera no podía uno escaparse. Ya habría una oportunidad de huir y Splüge decidió no dejarla escapar. Pasaron unas semanas detenidos tras unas alambradas al borde de Berlín. Luego

emprendieron la marcha, pero en vez de alejarse de la capital, volvieron a ella. Se dirigieron hacia el Treptower Park y luego, dando un gran rodeo, hacia Wuhlheide, donde había una central de distribución de aguas. El grueso de la columna prosiguió la marcha hacia el Este. Splüge y unos cincuenta o sesenta hombres quedaron allí.

Al día siguiente fueron conducidos a descombrar el parque y los campos de deportes que por allí había. Al anochecer regresaron al campo y al día siguiente volvieron al trabajo. Aquello no podía durar. Dentro de poco continuaría la marcha. Se había presentado la última ocasión para intentar la huida. Y Splüge se arriesgó a alejarse del campo de trabajo. Anduvo despacio y llegó hasta un matorral. Allí se detuvo. No sucedió nada de particular. Nadie le había visto. Se incorporó y, andando muy despacio, llegó al siguiente matorral. Nada. Junto a él había una pequeña valla de matorrales y, tras ellos, arrastrándose sigilosamente, llegó hasta la calle. Cruzó la Rummelsburger Strasse, se ocultó en unas ruinas de Oberschöneweide y hacia medianoche continuó su camino. Cinco días necesitó para poder atravesar Berlín. A la mañana del quinto día llegó a Wannsee. Por fin, descubrió la casa de Wittstock. Cuando sólo le faltaban veinte pasos para alcanzar la verja del jardín, vio a un ruso que, a poca distancia, estaba sentado bajo un farol y manipulaba en un aparato de radio. El ruso se le quedó mirando, sacó su pistola y al cabo de unos momentos disparó contra el farol, cuyos vidrios saltaron por los aires. Splüge continuó su camino y procuró andar más despacio. El corazón le latía con fuerza. Pasó de largo ante la verja del jardín y entró por la puerta trasera. Al hallarse dentro de la casa y ante Wittstock se sintió salvado. Pero Wittstock estaba más espantado que él mismo. La señora Wittstock descendió las escaleras y al verle se cubrió el rostro con las manos. Los dos le compadecieron. Parecía salir de un estercolero. Tenía un hambre feroz y le torturaba la sed. Le dieron un pedazo de pan y una taza de café. No; no podía quedarse allí, ni tan siquiera una sola noche. Y tampoco podía volver al día siguiente. De vez en cuando se presentaban amigos que no le tenían ninguna simpatía. ¿Quiénes eran aquellos amigos que no le podían ver? Pues, escritores, actores y gente enrolada en el servicio de cultura. "Tu presencia en esta casa es algo imposible —le dijo Wittstock—; espero que lo comprenderás. Luchamos contra la ideología nazi, combatimos contra los intelectuales que apoyaron a los ladrones nazis..."

—¿Crees que soy un ladrón?

—Mi opinión particular no cuenta. Además, has tenido suerte; si hubieras llegado dos días antes te hubieras encontrado la casa ocupada por una sección rusa.

Hacía sólo dos días que Wittstock había regresado a su casa, que gracias a su adscripción al "Frente de Cultura" había podido recuperar.

—No; no puedes quedarte aquí. Si te encontraran nos costaría la vida a los dos.

Splüge tardó en entender. Poco a poco se fue percatando de que para Wittstock el mundo había dado un giro de ciento ochenta grados. Su amigo le permitió lavarse. Y luego le dio uno de sus trajes, que le venía muy grande. Se enteró de que su propia casa había sido requisada por los americanos.

—¿Y Leonore?

—Ignoro dónde vive —repuso Wittstock. La señora Wittstock, sin embargo, le dio una orientación.

—Seguramente —dijo— la encontrará usted en la Alexanderplatz o en la Potsdamer Platz.

—¿En la Potsdamer Platz? ¿Qué puede estar haciendo allí?

—Negociando.

—¿Negociando?

—Sí; todo Berlín se dedica hoy a negociar con lo que tiene.

En Potsdam, sobre una mesa, aguardando la firma, estaba el Tratado de las tres Potencias. La escena había tomado un giro dramático. De los tres vencedores sólo uno podía estampar su firma al pie de aquel documento. Uno de los tres viejos había muerto y en su lugar estaba su sucesor. Otro había sido llamado a media Conferencia. El "gran hombre", que ya era un anciano, había dicho a su país: "No puedo ofrecer más que sangre, sudor y lágrimas". Y ahora que las armas habían callado significaba un peso demasiado grande para aquella nación que le había ayudado a atravesar el oscuro valle de la guerra. El nuevo Parlamento no le había otorgado su confianza. Y en la Conferencia del Atlántico, en la que habían de discutirse problemas de gran importancia y en la que habían de tomarse resoluciones de inmensa trascendencia, fue sustituido por otro Primer Ministro.

"Se han acabado las penas, las preocupaciones y los miedos", decía el mensaje del Atlántico. Y las gentes, ateridas de frío en cabañas de hielo, hundidas en terrenos pantanosos, enterradas entre ruinas de casa, levantaron sus frentes hacia el cielo. De los tres titanes de la guerra, en Potsdam sólo había quedado uno.

El mundo no había sido creado de nuevo y el equilibrio de poderes no había sido vuelto a restablecer. El centro de Europa y también el centro de la poderosa Asia habían quedado convertidos en dos inmensos huecos. Profundas simas se habían abierto en el Este y en el Oeste. Las columnas de la subsistencia no se apoyaban sobre la tierra firme.

Pueblos enteros habían caído bajo un poder despótico extranjero. El traslado de ciertas minorías nacionales adquirió patente de legalidad. Cien, veinte millones de viejos, mujeres y niños fueron arrojados de sus casas y convertidos en apátridas. Los hombres, empero, quedaron atrás, estacionados en grandes campos de trabajadores. Las reparaciones de guerra también habían de ser pagadas con trabajo humano: así rezaba el comienzo de la nueva ley.

"Se han acabado las penas, las preocupaciones y los miedos..."

En el "Atlántico" fue como si las nubes de verano se hubieran abierto ante los descubridores de mares y como si desde lo alto hubiera aparecido un coro de ángeles armados de trompetas:

*Alabado sea Dios en las alturas,
Paz sobre la tierra
A los hombres de buena voluntad.*

Duró lo que un suspiro.

El telón cayó y volvió a levantarse sobre Teherán, sobre Yalta y, finalmente, sobre Potsdam.

"Se han acabado las penas, las preocupaciones y los miedos..."

En Hermsdorf un hombre envolvió en una sábana el frágil y rígido cuerpo de una mujer, lo sacó de la casa y lo colocó sobre una carretilla. Llegó a un cementerio y, como no encontró ningún enterrador, cavó una fosa y metió en ella el cuerpo de la muerta.

En Mariendorf, una mujer, con un niño de pecho en brazos, recibió su cartilla de racionamiento. Valedera para las raciones de un mes: 9.000 gramos de pan, 600 gramos de carne, 210 gramos de grasa. "Eso es lo que reciben aquellos que no trabajan", dijo la empleada al tiempo que hacía un movimiento de hombros. "Cartilla V: Cartilla para el cementerio."

También Franz, de la Landsberger Strasse, tenía una "Cartilla para el cementerio", pero Franz había recompuesto su organillo, al que daba vueltas de la noche a la mañana, y cada día llegaba a casa con algo de comer: una vez traía un par de patatas, otra una zanahoria y siempre un montón de astillas.

Saburov, el jefe de los desmontes industriales de Karlshorst, estaba sentado ante interminables columnas de cifras. ¡Iván Serov podía estar contento de su trabajo! Todo, e incluso más, se había hecho en el plazo fijado. Los alemanes son buenos trabajadores y en seis semanas casi se había alcanzado el veinte por ciento de la antigua producción industrial de Berlín. De todos modos, también había que contar lo que las bombas norteamericanas habían destruido. Eso se tendría en cuenta más adelante. Pero todavía quedaba en Berlín mucho para ser desmontado.

Los representantes de la "Inteligencia" berlinesa se habían congregado en la gran sala de la nueva emisora de la capital. En el estrado, junto al hombre de la perilla a lo Lenin, había artistas y profesores, y también estaban el arquitecto Poppert, el director artístico Sarfeld y el periodista Wittstock. Tras la ejecución de una obra de Juan Sebastián Bach se constituyó oficialmente la "Unión cultural para la renovación de Alemania". Bajo el lema "Y yo digo: Sí; eres una tumba, pero una tumba llena de impulsos vitales", de Gottfried Keller, el poeta de la quinta "Strauss", que había llegado de Moscú en el "Douglas", leyó el discurso inaugural.

Vicco Splüge buscaba a Leonore.

La Potsdamer Platz había sido descombrada y las piedras se veían ahora apiladas a los lados de la plaza. Una andrajosa y famélica multitud circulaba ante las escaleras del "Metro", entre las ruinas de la casa "Vaterland" y bajo techos a punto de desmoronarse. Era como una escenificación expresionista de un aquelarre. Por todas partes, rostros desencajados, trajes rotos y miseria. "No, gracias, gracias..." Splüge no deseaba comprar zapatos viejos, ni chicles. Y tampoco tenía dinero para adquirir cigarrillos. Todo el mundo tenía algo con que mercadear: cigarrillos americanos, vestidos de niño, nescafé o arenques de color verdoso, que los vendedores se sacaban de los bolsillos o de debajo de la camisa. También los rusos mercadeaban, aunque a veces, sin embargo, cogían las mercancías de los otros y continuaban su camino sin decir palabra. Llegó un "jeep" con soldados norteamericanos. Los "amis" deseaban cambiar cigarrillos por máquinas de fotografiar y relojes. Los cigarrillos norteamericanos se habían convertido en una especie de moneda, el curso de la cual se aceptaba por unidades o por paquetes, según fuera la transacción. Los chiquillos levantaban sus manos junto a los compradores y mendigaban algo que comer. En pocos días habían aprendido a mendigar en inglés y en ruso.

"¡Give me chocolate! ¡Give me cigarettes! ¡Dai jleba! ¡Dame pan!" Y mientras buscaba a Leonore, Splüge observaba el cansado rostro de las mujeres, muchas de las cuales llevaban la cabeza cubierta con una pañoleta. Leonore no se hallaba entre ellas. Y Splüge, al cabo de un rato, decidió ir a buscar a la Alexanderplatz, otro de los centros del mercado negro.

Lo que en aquellos momentos ocurría en Potsdam o en la sala de emisiones de la nueva emisora de la capital no importaba lo más mínimo a los berlineses. Al otro extremo de la tierra se acababa de arrojar una bomba atómica y doscientos mil muertos inauguraban una nueva época. Pero los berlineses permanecían indiferentes a todo aquello. Los berlineses tenían sus propios problemas. Mucha gente moría de inanición. Morían viejos y niños y no había cajas con que enterrarlos.

Una ciudad derrotada y tomada por asalto. Apenas si quedaba una casa que no hubiera sido saqueada y una mujer que no hubiera sido violada. Las estaciones habían quedado reducidas a desnudos esqueletos de hierro. Grandes esqueletos de hierro eran Siemensstadt, Daimler-Bens, la AEG, Borsig, Tegel, los grandes centros industriales. Hasta el último clavo y el último interruptor eran arrancados de las paredes. Hasta los bancos de los artesanos eran cargados y transportados hacia el Este.

Era el mes de agosto.

Cada vez que soplabla una ráfaga de viento se levantaban nubes de polvo hacia el cielo. Y el polvo acababa de borrar los contornos de la Leipziger Strasse y del Spittelmarkt. Las casas, entonces, aparecían como trágicos esquemas.

Splüge encontró a Leonore en el Spittelmarkt.

Se tropezó con ella súbitamente. Llevaba la cabeza descubierta y su rubia cabellera —un cabello que no había conocido ningún tinte, eso lo sabía él— lucía al sol. Un "jeep" americano se detuvo ante ella. Un soldado iba sentado al volante. El soldado le habló. Y Leonore —¡Dios mío!— sonrió. Y luego, al cabo de un momento, montó en el "jeep".

Splüge contempló inmóvil la escena y vio cómo el "jeep" desaparecía entre el polvo.

Ahora pagas...

A menos de cien metros de distancia, al comienzo de un barrio reducido a escombros, estaba Franz con su organillo. La música de su instrumento volaba entre los montones de ruinas y las vacías habitaciones de las antiguas residencias señoriales. Ni una sola persona vivía en aquel lugar, pero los "buscadores de tesoros" iban y venían entre las ruinas y armados de martillos o de hierros desmontaban un trozo de cañería, arrancaban un par de clavos o recogían unas astillas que guardaban en sacos.

Franz tocaba "Vilja, oh Vilja, muchacha de los bosques" y "Esto no puede conmovier a un marino". Tocaba "Estuvimos ante Madagascar", "Volga, Volga" y un viejo vals. Era un fragmento de opereta de los tiempos del Kaiser. Una música vieja, cuya popularidad se había conservado a través de los tiempos. Y Franz entonó la letra de aquel célebre vals.

Y a través de aquel mundo en ruinas se oyó una voz que cantaba:

Y el Spree continúa corriendo por Berlín.

CUARTA PARTE

*Quien monta un tigre no puede
descabalar cuando se le antoja.*
(Proverbio indio.)

EL PRESIDENTE DEL "LAND"

Zecke, Zecke, ¿dónde está Zecke?... Aquello ocurrió hace tiempo. Incendios, montañas de humo, el espacio poblado de sombras que caían al suelo. Fue un grito de angustia, salido de un alma desesperada. Un grito que pedía comprensión. Aquello ocurrió hace tiempo. Un mundo se había venido abajo... Ya no había un coronel de aviación que caminara balanceándose; ahora había un chófer que vestía el flamante uniforme de la policía de Turingia, y el chófer no se llamaba Aachern, sino Dietershofen, y Dietershofen era el chófer del presidente del "Land" de Turingia. Y el chófer, el presidente, la esposa de éste, un ingeniero y la jefe de las intérpretes están, con otras setenta personas, en un sótano de Erfurt.

La gente había sido detenida en la calle.

Dos de las detenidas se llamaban Zecke. Una tenía unos cincuenta años y la otra era algo más joven. La primera se llamaba Helene Zecke y la segunda, Agathe Zecke. Dietershofen oyó gritar aquellos nombres, así como el del presidente Dr. Paul, el de la esposa del Presidente, Louise Paul, el del ingeniero Knauer, el de la intérprete Irina Petrovna Sempionova y el suyo propio, que figuraban en una lista.

Dietershofen se dirigió a las mujeres. Les dijo que había conocido a cierto señor Zecke. No, no era amigo suyo: lo había conocido simplemente en cierta inolvidable situación. Se imaginaba que estaba ante la esposa y la hija del coronel Zecke. Claro que querían saber ellas algo acerca de Zecke. Dietershofen no pudo darles demasiadas noticias, pues estaba obligado a callarse lo más importante. Ellas venían de Friedrichroda. Allí habían vivido casi un año. Ahora, a causa del bloqueo de las cuentas corrientes, se habían quedado sin nada, y además los rusos las habían arrojado del hotel. Querían ir a Berlín: en tren, y si en tren no era posible, a pie, aunque quizá encontrarían a alguien que quisiera llevarlas un trecho en auto. Cuando se dirigían a la estación fueron detenidas por una patrulla rusa que las trajo aquí.

¿Qué significaba aquello? ¿Qué querían los rusos? Aquellas eran las preguntas que también se hacían los demás. Nadie sabía por qué había sido detenido, y el mismo Presidente, a quien de pronto también le habían privado de libertad, no sabía qué contestarse.

—¿Qué será de nosotros, señor Presidente? ¿Cree usted que nos dejarán en libertad? ¿Podremos volver a casa?

—Abusos propios de una situación de desorden —respondía el Presidente—. Pronto se arreglará —añadía.

—¡Turingia es un Estado soberano! —gritaba un hombre que de pronto se encaró con el Presidente, a quien dijo—: Señor Presidente: hasta en los más pequeños pueblos hizo usted colocar unos carteles en los que se proclamaban las seguridades que nos ofrecían los rusos. Pues bien, aquí tiene usted el ejemplo de cómo entienden ellos en la práctica el derecho de la libertad

individual.

—Y la inviolabilidad de la propiedad privada —dijo otro—. Cuando leí eso llevé mi dinero a la Caja de Ahorros. Bueno, ¿y ahora, qué, señor Presidente?

—¡La reforma bancaria!

—¡Ahora todos somos mendigos!

—Y con la "cartilla para el cementerio" podemos morirnos de hambre.

Sí, era algo realmente ignominioso. Turingia es un Estado soberano, esas habían sido las palabras que se pronunciaron cuando la proclamación del nuevo Gobierno. Cuando se hizo cargo del gobierno no le cupo la menor duda de que el liberalismo era, por fin, un hecho y de que las libertades democráticas iban a ser respetadas. Una de sus primeras preocupaciones fue reunir a los juristas de la región. Tras doce años de tiranía, el derecho y la justicia debían volver a garantizar la continuidad de la vida social y económica. Los acuerdos de Potsdam y las disposiciones de los ocupantes, que estaban en función de aquéllos, debían ser la fuente jurídica del nuevo régimen. Sin embargo, a cada momento se producían contratiempos a causa de la autonomía con que obraban las autoridades rusas de cada lugar, y una de sus principales ocupaciones era el estar en continuo contacto con los jefes superiores y de esa manera deshacer los enredos que se presentaban sin cesar.

Llevaba cerca de dos horas detenido. Ante la casa estaba su coche con la banderola oficial y las inscripciones, en alemán y en ruso, "Presidente del Land".

Se había puesto en camino por orden del mariscal Zukov, quien le había ordenado que cuidara de la puesta en marcha de las fábricas BMW, en Eisenach. Y había decidido llevarse al director Knauer, que era un experto en la materia. Atravesaron Erfurt y cuando acababan de salir de la ciudad fueron detenidos por una patrulla de soldados rusos armados con metralletas.

—¿Adónde?

—A Eisenach.

—¡Nada Eisenach! ¡A la comandancia!

Volvieron atrás. Mandó a Dietershofen a la comandancia. El comandante de la plaza dijo que quería hablar con él. Y no le quedó más remedio que presentarse al puesto de mando.

—¿Qué hacer tú en Eisenach?

—Estoy de viaje por orden del mariscal Zukov.

—¡Ah! Zukov... Yo ser aquí Zukov. Tú arrestado. Nadie poder ir por las calles.

El comandante de Erfurt había prohibido que se circulara por la ciudad. El motivo de aquella orden era la búsqueda de supuestos nazis. Y todo alemán, fuera hombre o mujer, a quien se pillaba en la calle era inmediatamente detenido y llevado a la comandancia, donde permanecía un tiempo indefinido.

—¡Déme usted el teléfono, señor comandante: quiero hablar con el jefe del "Land", el capitán general Chuikov!

—¡Aquí yo ser el capitán general Chuikov!

Todas las explicaciones resultaron inútiles.

La conversación, así como la injerencia en ella de la intérprete, aumentó la terquedad del comandante. Llevaban más de dos horas detenidos. A cada momento entraban nuevos detenidos. Ya no había sitio donde sentarse.

La intérprete acabó por perder la paciencia.

—No se preocupe usted, Irina Petrovna; pronto se arreglará.

La intérprete Irina Petrovna no se dejó tranquilizar. Se levantó, se abrió paso entre los detenidos y comenzó a golpear la puerta. El centinela abrió la puerta y nadie de los presentes comprendió lo que éste dijo a la intérprete. Pero lo que sí entendieron fueron las dos soberbias bofetadas —una en la mejilla derecha y otra en la mejilla izquierda— que la intérprete propinó al centinela, y también comprendieron que aquella rusa, cuyo vestido era particularmente elegante, sabía reñir exactamente igual que un soldado rojo. Ninguno de los presentes, sin embargo, sospechó que aquella mujer había aprendido aquel vocabulario en la noche sin fin de los campos de concentración del norte de Rusia.

Irina Petrovna pidió hablar con el comandante.

—¡Si tschas!... ¡Aprisa! ¡Estúpido! ¡Ya te enseñaré yo a correr!

El centinela no supo cómo defenderse de aquella mujer que parecía una pantera salvaje y que a viva fuerza le obligaba a contravenir las ordenanzas. La pistola, ante aquella furia, se había convertido en un cacharro inútil. No sabía qué hacer. Apareció el comandante. En un abrir y cerrar de ojos se oyó llamar imbécil, estúpido, inepto e idiota.

—¡Calla! Cierra el pico y no me repliques. ¿Tú eres el mariscal Zukov? ¿Tú eres el capitán general Chuikov? ¿Tú eres el comandante de esta ciudad? ¡Pedazo a pedazo te arrancarán la piel del cuerpo! Yo misma te arrancaré las insignias de comandante y la Orden de la "Bandera Roja". Te las arrancaré de la blusa...

Los ojos del comandante centellearon. Aquello era demasiado. Estaba a punto de acabar con aquella mujer cuando unas palabras, una pequeña frase, le dejaron desarmado. Ella le dejó entrever la fuerza que la había convertido de una jefe de partisanos condenada a un campo de concentración en una mujer vestida a la europea.

—Ven —dijo el comandante, y en seguida, sin embargo, añadió—: Venga usted, por favor, camarada.

El Presidente echó una mirada de agradecimiento al jefe de intérpretes. La mujer tenía un rostro alargado y el cabello, recogido en un moño, era de color negro brillante. Tenía una cicatriz en la mejilla izquierda, pero aquello no la afeaba, sino que, al contrario, aumentaba su singular hermosura. Nunca la había visto en una actitud como aquélla, pues Irina siempre se había mostrado como una persona de carácter sencillo y poco autoritario. Lo único que había podido averiguar era que Irina era la hija de un coronel. Pero ahora, sin embargo, sabía algo más acerca de ella.

No aguardó mucho rato. Al cabo de poco fue mandado llamar. El comandante ya no estaba solo. Junto a él había un coronel, muy amable por cierto.

—Por favor, su documentación... De la Administración militar del mariscal... —murmuró, e hizo un gesto de disgusto—. Lo siento, pero esa documentación no sirve.

—¿Qué es lo que entonces sirve, señor coronel?

No lo sabía. Murmuró algo relativo a cierto carnet de color azul que debía estar colocado en el parabrisas del coche.

—Desde luego está usted en libertad. Ha sido un lamentable incidente.

—Ahí dentro hay más de sesenta personas; ¿por qué han sido detenidas? —preguntó el Presidente.

El coronel no lo sabía. Y tampoco sabía el nombre del comandante. Y el

comandante, al ser preguntado, también ignoraba su nombre.

—No tengo nombre —fue su respuesta.

—¡Muy bien dicho! —exclamó Irina Petrovna—: tú lo has dicho: no tienes nombre.

Sólo el director Knauer pudo continuar su camino. Alguien telefoneó en demanda de un coche y el doctor Knauer prosiguió en él su viaje. El Presidente, por su parte, se volvió a Weimar. Encargó a Irina Petrovna que informara del incidente al general y se marchó a casa. Se encontraba enfermo y no quería hablar más del asunto. Deseaba acostarse. Al llegar a su casa se encontró un pliego de instrucciones que desde hacía varios días estaba sobre la mesa de su despacho, referentes a la nueva reforma agraria, tema que desde tiempo atrás venía ocupando a la población civil.

En el edificio de la Administración Militar Soviética, Irina Petrovna estaba ante el jefe de la Administración y el capitán general Chuikov. Y tras haber oído el informe de la intérprete, tanto el general como el capitán general casi habían dejado de ser personas para convertirse en fieras salvajes. La reforma agraria, que ya había comenzado a realizarse en Sajonia, en la provincia de Sajonia, en Brandenburgo y en Mecklenburgo, había de implantarse sin demora en Turingia. Pero sin las debidas formalidades, por parte alemana y, sobre todo, sin la firma del Presidente, no había nada que hacer. Y el presidente Paul había estado detenido durante horas enteras, y luego había enfermado y ahora se excusaba. En todas las otras regiones se había comenzado a expropiar los bienes de la antigua nobleza, los latifundios y las grandes propiedades de ciertos labradores, y en Turingia, nada; en Turingia como si no ocurriera nada en todo el país.

—Tráigame usted a ese Paul; tráigamelo enfermo o medio muerto, como usted quiera, pero tráigamelo en seguida: lo necesito.

Irina Petrovna cogió el teléfono y habló con la esposa del Presidente. No, el doctor Paul no podía ponerse en camino. El incidente le había afectado mucho; estaba enfermo; no se hallaba en condiciones de afrontar aquel trabajo.

Los dos "imbéciles", es decir, el comandante de la ciudad de Erfurt, que era un general, y el jefe de los barrios extremos de la misma, que era un comandante, se presentaron ante el jefe de la Administración Militar y el capitán general. En primer lugar, el general sufrió una tempestad de reprimendas. Luego, el grueso de los improperios cayó sobre el comandante. Y sucedió lo que Irina Petrovna había pronosticado. Ella misma arrancó al comandante sus insignias y su Orden. Y el fino rostro de Irina Petrovna permaneció impasible cuando, de un tirón, arrancó los emblemas de la blusa del comandante. A los pocos días desapareció de Turingia y fue enviado allí donde Irina Petrovna había pasado algunos años de su vida.

Con todo aquello, sin embargo, no se había hecho nada de provecho. El retraso en la reforma agraria y la enfermedad del Presidente debían ser notificados inmediatamente a Berlín-Karlshorst, al mariscal Zukov. El hecho de que el presidente de un "Land" hubiera sido detenido cuando viajaba por orden del mariscal Zukov era asunto que no sólo debía recaer sobre el general de Erfurt, sino sobre toda la Administración Militar.

El ayudante que al otro lado del hilo recibió la noticia no disimuló el enfado del mariscal y dijo que la única manera de arreglar las cosas era la rápida

puesta en marcha de la reforma agraria, que debía hacerse, añadió, con el máximo tacto posible y acerca de cuya marcha deseaba el mariscal ser inmediatamente informado.

Pero el tipo estaba enfermo. Claro que, bien mirado, tenía un pecho como una piedra de molino y no podía tratarse de nada grave. Pero había que creer en lo que decía. Proceder con tacto... El capitán general se echó atrás en su sillón y el jefe de la Administración Militar comenzó a pasear de un lado a otro del despacho como una bestia enjaulada.

Ya era bien entrada la noche cuando Irina Petrovna recibió la orden de ir en busca del doctor Paul, a quien, bajo la expresa invitación del mariscal Zukov, debía conducir a Berlín, a ser posible con la ley de la reforma agraria firmada. En realidad, sin embargo, la invitación no tenía nada que ver con el incidente ocurrido en Erfurt, ni tan siquiera con la tan cacareada reforma agraria, sino que era la respuesta al intento de aprovechar, por parte del doctor Paul, el desacuerdo entre las autoridades militares locales y la Administración Central. Una invitación similar a aquella fue cursada a los presidentes de los "Lander" de Sajonia, Brandenburgo y Mecklenburgo.

Todavía había luz en las ventanas del despacho del doctor Paul. Tras las cortinas, el Presidente estaba sentado a su mesa de trabajo. Los documentos referentes a la reforma agraria y otros papeles oficiales estaban amontonados a un lado de la mesa. El texto de la reforma agraria había quedado sin firmar. La mano que sobre él descansaba no se movía. El Presidente dialogaba en silencio con él mismo. Hacía el balance de los primeros meses de su mandato.

Tras la reforma bancaria, la reforma agraria era el segundo cambio que se iba a operar en la vida de la población. Había estudiado el texto de la ley, había meditado acerca de lo hecho en otras provincias y había llegado a la conclusión de que la reforma era impracticable en su "Land". En Turingia apenas existían latifundios y solamente había unas cuantas grandes propiedades pertenecientes a labradores. Así, pues, era absurdo dividir los campos en parcelas de dos o tres hectáreas, pues con ello no se conseguiría otra cosa que crear una población de depauperados y de mendigos. No, su mano no firmaría aquel documento. La reforma bancaria ya había sido un terrible golpe para la economía del país. Aquella reforma había sido un latigazo para su gobierno, que a partir de aquel momento se había convertido en un avispero. De todas partes comenzaron a llegarle gentes que habían sido robadas, despojadas de todo lo que poseían, y cada día recibía cartas de protesta y llamadas de auxilio. Los rusos se habían apoderado de los Bancos y, después de haber saqueado las casas, comenzaban a llevarse los ahorros de los ciudadanos. ¿Qué podemos hacer?"

¿Qué se podía hacer?

El jefe de la Administración rusa le había dicho: "Señor Presidente: no se trata de una acción aislada, sino de una orden que afecta a toda la zona de ocupación. Queremos evitar que se repitan ahora las equivocaciones cometidas en 1918. La República de Weimar sufrió una tremenda inflación y, en vez de desentenderse de las deudas del gobierno imperial, las fue arrastrando durante mucho tiempo. Hay que aprender de los errores del pasado. Ahora, pues, era necesario arreglar todas las cuentas. Se daba el caso, además, de que había demasiado papel moneda para las pocas

mercancías existentes en el mercado. Y aquel exceso de dinero debía ser eliminado. Por eso se había dado la orden de cierre a todos los Bancos. A todos, menos a uno, que era el Banco del "Land". Ese Banco recibirá de nosotros un crédito de treinta millones de marcos, que más adelante nos cobraremos en mercancías."

"Más tarde, más tarde señor general, cuando nuestra enferma economía haya recuperado las perdidas fuerzas y pueda soportar esa carga", había replicado el doctor Paul; pero todo fue en balde.

La medida había sido inmediatamente aplicada a toda la zona y el Ejército Rojo la consideró en seguida un "hecho", como en tales circunstancias decían los ocupantes. Y lo más trágico del caso era que él había comenzado su mandato faltando a su palabra, pues de acuerdo con la promesa que le hicieron las autoridades soviéticas, había prometido a la población que las cuentas corrientes serían respetadas. ¡Días y días había estado negociando! Pero el Ejército Rojo era mucho más fuerte que él. A veces había podido arreglar algún caso aislado, pero los acontecimientos siguieron su curso. "Reforma bancaria" era una expresión que encubría el hecho de la "lucha contra la inflación" y la "reforma agraria" era presentada como parte de la "lucha contra el militarismo". Si tal era el objetivo de la reforma, la acción debía quedar limitada a las pocas grandes propiedades que existían en Turingia. El intento de parcelar los bosques y de convertir los campos en pequeñas fincas iba a encontrar su decidida oposición...

No, su corazón no estaba grave. En aquello sí que había acertado el jefe de la Administración Militar. Aunque a sus cincuenta años no tuviera las fuerzas de un futbolista, ni de un boxeador, todavía era capaz de trabajar durante veinte horas diarias, sobre todo si disponía de café y tabaco. Por otra parte, lo ocurrido en las afueras de Erfurt tampoco era demasiado grave; lo grave, en todo caso, eran los documentos que tenía sobre la mesa y que, como tantos otros, se convertirían en papel mojado. Aquellos documentos hablaban de robos, raptos, violaciones y asesinatos. Era una larga y sangrienta cadena de hechos criminales y a él no solamente no se le permitía identificar públicamente la personalidad de sus autores, que eran soldados rusos, sino que debía decir que eran "alemanes vestidos con uniformes rusos". Y los expedientes que, llegados de Gera, Jena, Eisenach, Nordhausen y de docenas de ciudades y centenares de pueblos, él cursaba al general ruso o a la policía secreta quedaban sin respuesta. Tras los envíos, pasaban semanas y meses, y nunca se había arreglado ningún asunto. Cogió el proyecto sobre la reforma agraria. "¡Ante eso sí que tiene uno que descubrirse! ¡Eso sí que es miserable, vergonzoso y bajo!..."

El balance había terminado. Sus pensamientos eran ahora tan violentos que poco a poco se fueron traduciendo en un monólogo. Alzó la voz de tal manera que su esposa entró en el despacho y cerró las persianas de la ventana. ¡No era necesario que el policía que estaba en la calle, junto a la ventana, se enterara de todo aquello! La señora se entretuvo un momento en el despacho, llenó una taza de café que había sobre la mesa de trabajo y volvió a desaparecer.

"¡Es algo increíble! Está redactado en un alemán miserable. Sí, miserable; no puedo calificarlo de otro modo."

Se veía que el proyecto de ley había sido redactado en ruso y luego, sin demasiados miramientos, traducido al alemán.

"Una obra miserable. Y si por un momento dejaba aparte su contenido, que era inaceptable, y se fijaba solamente en su estructura, resultaba que ésta era totalmente inadmisibile desde un punto de vista jurídico. Una cosa era la ley y otra los decretos para la realización de sus diversas partes. Pero aquí todo estaba revuelto: los motivos de la ley, la ley misma y los decretos para que se cumplimentaran sus diferentes partes.

"No. ¿Qué se había creído el general? ¿Iba él a estampar su firma al pie de aquel papel? No. El nombre es el símbolo de la persona. Y, aparte del contenido, él, como jurista que era, no podía admitir, no podía firmar aquel desconcierto.

"No, señor general; las cosas no deben ir por ese camino. No; los prusianos no disparan con tanta rapidez y los turingios tampoco. El proyecto de ley será presentado a la correspondiente comisión, en la que figuran los primeros juristas del país, y todo será llevado por la vía legal. Y luego... Sí, luego se verá lo que conviene al país."

La señora de Paul volvió a entrar en el despacho.

—Irina Petrovna está ahí. Ha visto la luz encendida y quiere hablar contigo. Trae una invitación de Berlín-Karlshorst y dice que espera respuesta.

—Dile que pase.

Irina Petrovna le entregó la invitación del mariscal Zukov para asistir a una Conferencia con la Administración Central. Se trataba de una conferencia cuya celebración había sido solicitada por él mismo.

—Bien, iré, Irina Petrovna.

—La Conferencia comenzará en Karlshorst a las once de la mañana. El general también se trasladará a Karlshorst y le ruega acepte usted un sitio en su coche. Partiremos de Weimar a las cinco de la mañana.

—Bien, a las cinco de la mañana; así estaremos en Berlín antes de las diez.

Irina Petrovna quería algo más: el proyecto de ley sobre la reforma agraria. Podría llevar consigo el documento firmado.

—No, no puede ser... No, deje usted eso, Irina Petrovna: esta noche no quiero hablar por teléfono con el general. No estoy en condiciones. Pero, por favor, dígame usted al general que el proyecto de ley será presentado a la correspondiente comisión y luego yo haré cuanto pueda por mi parte.

Irina Petrovna no pudo conseguir nada más. Así, pues, al cabo de un momento se despidió del Presidente. Apenas había abandonado la casa, cuando el doctor Paul cogió el teléfono y dijo:

—¡Central! ¡Déme usted la línea especial de los señores de la comisión jurídica!... ¿Que por quién pido? ¿Está usted dormido? Anote: Decano de la Facultad, Presidente de la Audiencia Territorial, Presidente de la Administración.

En el auricular se produjo un zumbido.

Al cabo de un rato se oyó la voz del Decano de la Facultad de Derecho de la Universidad de Jena.

—Aquí habla el Presidente. Perdóneme usted esta alarma nocturna. Estoy siendo apremiado a causa de la reforma agraria. Mi parecer es que el proyecto es inaceptable, tanto por su contenido como por su forma. El proyecto estará mañana en su sección. Déle usted vuelta. Pero no pierda usted tiempo, señor profesor. Corre prisa, mucha prisa. Buenas noches.

Luego habló con el Presidente de la Administración. La cosa, pues, estaba

hecha. Aquellos señores se habían hecho cargo del asunto. Claro que la mayor parte de las conversaciones telefónicas eran escuchadas. ¡Pero qué se le iba a hacer! Estaría dos o tres días ausente y muchos detalles habían quedado sin puntualizar. Todavía tenía bastantes cosas que hacer. Eran más de las dos de la noche, pero todavía se decidió a hablar con el Presidente de la Audiencia.

La esposa del Presidente se puso al aparato. Estaba espantada.

—Perdone usted, señora, pero se trata de un asunto que no admite dilación. Dígale usted a su marido que necesito verle inmediatamente, por favor. Ahora mismo le mando mi coche.

Había que proceder con mucho tacto... Por eso, no lejos de la casa del Presidente había un carro cargado de paja desde el que día y noche vigilaban dos miembros de la NKVD. A los diez minutos de haber llegado el Presidente de la Audiencia a casa del doctor Paul, el general era informado de la visita desde el despacho del jefe local de la NKVD. Al cabo de unos instantes se encendió la lucecilla roja del aparato que el general tenía sobre su mesa de trabajo. Comunicaba el puesto de la NKVD de la Lottenstrasse: "El Presidente ha hablado por la línea especial. Ha encargado a los miembros de la comisión jurídica que rehicieran el proyecto de ley de la reforma agraria..."

Rehacer, rehacer... ¿Qué es lo que debe rehacerse? El jefe de la Administración Militar apoyó la cabeza en las palmas de las manos. Había sido un día de mucho trabajo y en su rostro de campesino asomaba el cansancio. Doctores, profesores, juristas, jueces, presidentes de Sala, el decano de la Facultad de Derecho: había como para volverse loco. ¿Para qué todo aquello? ¿Por qué había de ser todo tan complicado? ¿Por qué había de tratar con un presidente como Paul? En Sajonia, en Brandenburgo y en Mecklenburgo, todo era mucho más fácil y los documentos eran firmados a los pocos momentos de haber sido dejados sobre la mesa. Y aquí, sin embargo, para firmar aquel proyecto se necesitaba una comisión de juristas, célebres profesores, sesiones nocturnas y todo un consorcio de doctores e intelectuales. Pero al final... ya verían aquellos señores adonde irían a parar sus escrúpulos.

La noche estaba muy avanzada y dentro de poco tiempo debería el general disponerse a marchar a Berlín. Así, pues, se echó sobre el sofá que había en su despacho y trató de descansar.

En aquella misma hora, el primer magistrado se encontraba en el despacho del Presidente y guardaba en su cartera el texto del proyecto de ley. Estaban de acuerdo. Debía darse al proyecto una forma jurídica correcta y, basándose en él, redactar una ley que seguramente sería combatida por el vicepresidente, que era un convencido comunista, pero que tendría el apoyo del doctor Paul.

Todo estaba claro y los detalles habían sido ampliamente discutidos. Se trataba de una cuestión muy importante para todo el "Land" y no podía ser tratada a la ligera. El doctor Paul acompañó al primer magistrado hasta la puerta y regresó luego a su despacho. Era demasiado tarde para acostarse. Y como el general acababa de hacer en su oficina, al otro extremo de la ciudad, el Presidente se tumbó sobre un sofá para descabezar un corto sueño.

Dos horas después estaba sentado en su coche, junto al chofer Dietershofen, y se dirigía hacia las afueras de la ciudad, donde en su coche les aguardaba el general.

Reforma bancaria, reforma agraria, la Administración Central, la cuestión de los refugiados... Convenía recuperar durante el viaje algo del sueño perdido,

para llegar luego a Berlín-Karlshorst con la cabeza despejada y poder combatir por Alemania en aquel circo. Pero los grandes problemas que le preocupaban no le dejaron conciliar el sueño y únicamente cayó en una vaga somnolencia. Y cada vez que abría los ojos y miraba a su alrededor se encontraba en medio de una desconsoladora e inacabada realidad.

¿Inacabada? Quizá aquello era el final.

¿No podría torcerse aquel final? Aquella idea que tantas veces había tratado de alejar de sí y que una y otra vez se le presentaba de nuevo, en su despacho oficial, en Weimar o en Gera, en su casa o en las reuniones con los más destacados miembros del Partido Comunista le atormentaba ahora, durante el viaje.

Abrió los ojos.

La carretera parecía un camino que condujera hacia un establo. Una hilera de carros tirados por pequeños caballos se movía lentamente. Ganados que avanzaba hacia el Este. Vacas de flancos hundidos y caballos depauperados, que ya habían dejado un largo camino atrás, que procedían de Sajonia, de Turingia y de la frontera de Baviera y a los que les aguardaba recorrer un camino más largo todavía. En medio del camino había un sofá estropeado por la lluvia, unos cuantos cojines vacíos y unas botellas rotas. Una columna de soldados: rostros tostados y sucios, uniformes rotos y botas destrozadas.

—¿Cómo es posible que esos tropes hayan podido derrotar a la Wehrmacht alemana? —dijo el chofer Dietershofen, el antiguo coronel Aachern.

—No hay que imaginárselos en pequeñas formaciones, sino en inmensas oleadas —repuso el Presidente.

—Sí, muchos son los perros que acaban con la vida del conejo.

Alcanzaron un camión. Traslado de una oficina militar rusa. Sobre el camión, sillas, mesas, colchones, somieres, y sobre el caballo, para protegerlo de la lluvia, una alfombra persa.

El Presidente volvió a abrir los ojos: fugitivos; hombres, mujeres y niños cargados con bártulos y arrastrando cochecillos y carretas. Venían de Sajonia y de más lejos: de la región de los sudetes, de Checoslovaquia y de las islas alemanas de Hungría y los Balcanes.

Orden de la Conferencia de Potsdam: traslado de las minorías alemanas. Y otra cosa: el traslado deberá hacerse en condiciones humanitarias. En forma humana: sin controles interaliados, y en los países en los cuales durante centenares de años habían trabajado la tierra y la habían convertido en campos de cultivo, en los países en los cuales habían creado y hecho prosperar la industria y el comercio, eran arrojados de un lado a otro, robados, esquilados y asesinados. Hombres, mujeres y niños a los cuales muchas veces se les dejaba en camisa y así, medio desnudos, se les arrojaba al otro lado de las fronteras. Diez, quince, veinte millones de seres humanos. Nadie sabía cuántos eran. En ninguna parte había puestos para socorrer a los desfallecidos y quienes podían tenerse en pie se arrojaban sobre los campos y comían las patatas y los rábanos crudos, tal como los encontraban.

Los campos de refugiados de Sajonia estaban llenos a rebosar.

¡Hacia Turingia!

¡Carreteras de Turingia sin puestos de auxilio, sin estaciones de socorro sanitario, pobladas de interminables columnas de refugiados! Ese era el caos que él había tratado de evitar celebrando interminables negociaciones con los representantes de Sajonia y con los jefes de la policía de Dresden; esa era la

riada humana que él había tratado de encauzar y de la cual había querido retener, mediante conferencias con la Administración Central, a la gente capacitada, apta para la reconstrucción de la industria de su país. Y allí estaban, marchando por la autopista, derrotados e inútiles. En pocas semanas había pasado más de un millón de fugitivos por Helligenstadt. Propietarios de grandes casas de labranza y de fábricas, obreros calificados, industriales, contratistas —restos de familias diezmadas—, llegaban al Oeste como hambrientos mendigos. ¡Traslado en condiciones humanas, y la pluma que firmó los Acuerdos de Potsdam no se preocupó de nada más y el mundo cristiano ni se enteró del destino de aquellos quince o veinte millones de personas!

Una herencia de Hitler... Pero también era algo más que una herencia de Hitler.

¿Significaba aquello el final de una época? ¿Era aquello el síntoma de la última decadencia? ¡No; no lo podía creer!

La miseria que avanzaba por las carreteras, los puentes destrozados, los trabajadores que removían los escombros de sus fábricas, los aterrizados habitantes de los pueblos que permanecían escondidos entre los restos de sus casas: todo indicaba que había llegado la época de la gran catástrofe. Alemania había aguantado la guerra de los treinta años y había sabido luego sobrevivir a ella. Y ahora también sabría resistir esa catástrofe. Es preciso tener fe y creer en las gentes y saber mirar las cosas de frente. Hay que tener fe... y dar los primeros pasos, aunque nadie sepa lo que va a encontrarse al doblar la esquina, aunque el cielo esté oscurecido y nublado. Las estrellas, que son eternas, continúan titilando en lo alto. Y las estrellas del cielo humano se llaman Humanidad, Tolerancia, Trabajo en Común, Justicia y otra vez y siempre Justicia.

Los rusos...

Otro sistema económico, otras concepciones políticas, otro credo, otra creencia que quizá no tuviera un fundamento demasiado sólido... Pero aquello no formaba parte de sus preocupaciones. Él ha aceptado y se ha comprometido. También a él le habían hecho muchas promesas el día (y la noche) en que fue sorprendido con la demanda de aceptar el gobierno de Turingia. Él, por su parte, no había ocultado nada. Les había dicho que su procedencia era burguesa y les había confesado que creía en las libertades democráticas, en las ideas liberales y en la efectividad de una economía liberal, y a todo ello le habían respondido que aquello era lo que precisamente esperaban de él, lo que les había determinado a nombrarle Presidente del "Land".

"Nuestra democracia, señor Presidente, no es un artículo de exportación. Deseamos que Alemania sea reconstruida conforme a una concepción democrática de la vida. Alemania debe ser gobernada por Partidos netamente democráticos."

Eso fue lo que, por aquel entonces, le dijo el mariscal Chuikov. Y todavía más: "Usted, señor Presidente, desea dar a la industria y a las Cámaras de Comercio una estructura parecida a la que tenían antes de 1933, y nosotros estamos aquí para que usted pueda llevar adelante ese propósito. Creemos conveniente, además, que durante su próximo viaje a través del "Land" diga usted a todo el mundo que nosotros respetamos y protegemos la propiedad privada y la iniciativa individual. El campesino ya no debe tener que irrumpan

en sus graneros y en sus campos. Nosotros sólo luchamos contra el militarismo y el nazismo..."

Estaba de acuerdo con todo ello. Como muchos, había sufrido los efectos de la opresión nazi. Y el militarismo, el abuso del poder militar había sido en más de una ocasión la desgracia de Alemania.

Por lo demás, la reconstrucción de la democracia, el respeto a la libertad individual y a la propiedad privada eran las bases sobre las que debía cimentarse la política, la economía y la cultura de su país, de su "Land", al que, en su debido momento, deseaba volver a unir a la vida común de la nación, cuya existencia transcurriría entonces por las vías de la democracia política y económica. Sí; desde luego, los comandantes locales y, más que ellos, los políticos radicales, no habían tardado en abrir fuego, y prueba de ello era la reforma bancaria y ahora el proyecto de reforma agraria. La palabra dada por el capitán general Chuikov, los acuerdos de Potsdam en virtud de los cuales los aliados se comprometieron a dar una sola estructura política y económica a Alemania, todo había sido dejado de lado.

Por lo demás, ya cuando la primera reunión, tanto el general Chuikov, como el jefe de la Administración Militar y los demás oficiales, se mantuvieron en una actitud de severa disciplina respecto a sus superiores, actitud que contrastaba con aquella otra que tan desgraciadamente había caracterizado a las hordas que ocupaban el país. Y todos demostraron tener una idea muy clara respecto a sus propósitos y evidenciaron que estaban perfectamente informados respecto a la situación política y económica del "Land".

No consiguió dormir.

La cadena de pensamientos continuaba estirándose y parecía no tener que terminar nunca más, lo mismo que aquella inacabable hilera de refugiados que serpenteaba por la carretera. Allí, por ejemplo, había una valerosa madre con el vestido destrozado, acompañada de su hija. Y aquella madre era la esposa de un coronel.

Dietershofen dijo:

—Aquellas dos mujeres estaban detenidas en Erfurt. Son la esposa y la hija de cierto coronel Zecke. Querían ir a Berlín.

—Detenga el coche: las llevaremos con nosotros.

Dietershofen detuvo el coche e hizo marcha atrás. Las dos mujeres montaron en el coche. El viaje continuó. Sí; querían ir a Berlín, o mejor dicho, a Potsdam. En Potsdam habían tenido una casa. Suponían que la casa estaría destruida. Los últimos años habían vivido en Turingia. No sabían nada del coronel. Es decir, la última noticia era que se había trasladado de Praga a Berlín. Dietershofen, que le había visto en Berlín el mes de abril, se lo había dicho.

El Presidente se durmió. Dietershofen trató de cambiar de marcha las menos veces posibles. Las dos mujeres estaban contentas de dejar atrás aquellas inciertas carreteras y de acercarse tan rápidamente a su destino. Y permanecían calladas, sin decir palabra. El coche hizo un viraje algo cerrado y el Presidente se despertó. Había que dar un pequeño rodeo a causa de un puente destrozado. El viaje ya no duró mucho más. Al cabo de poco tiempo surgió la torre de la emisora de Berlín. Junto al poste indicador de Zehlendorf y después de haber dado las gracias, se apearon las dos mujeres. El Avus: fin de la autopista. El coche se adentró en la ciudad. Ruinas...

Gentes con rostros sombríos. Mujeres vestidas con pantalones largos.

Toscas herramientas en las manos. Un pueblo de hormigas que se movía entre inmensas ruinas. El Tiergarten parecía uno de aquellos destripados campos de Verdún, cuando la primera guerra europea. Los antiguos árboles se habían convertido en delgados troncos. Junto a la estatua de la amazona se extendían ahora unos huertecillos. Armados de palas y picos, los berlineses trataban de hacer productivo el suelo de su ciudad.

Via triumphalis... Ruinas; gentes andrajosas con rostros famélicos. La calle Unter den Linden estaba casi desierta. El Schloss aparecía rodeado de ruinas. Banderas rojas. Carteles: "Los hitlers vienen y van..." La Alexanderplatz estaba llena de gentes que cambiaban los más variados objetos por comida. El tranvía volvía a funcionar, y el "Metro", entre algunas estaciones, también.

El coche pasó ante una gran barrera y se detuvo minutos después junto a la gran entrada de un edificio de piedra blanca. Allí se efectuó la revisión de documentos. Eran los mismos modernos edificios del cuartel de Ingenieros y de la Escuela de Ingenieros, en los que seis meses antes había estado el coronel Zecke. Las ventanas volvían a estar en su puesto y los tejados habían sido reparados. Cuando la visita de Zecke el cuartel estaba casi deshabitado y ahora, sin embargo, había un gran movimiento de coches y de ordenanzas que iban y venían de un lado a otro. En el mismo sitio donde antaño se encontró Zecke a un enorme soldado envuelto en un abrigo de chofer y mascando una pipa, había ahora un centinela de la GPU, vestido con un impecable uniforme y calzado con nítidos guantes blancos. El centinela indicó al chofer el edificio al que debía dirigirse el doctor Paul.

Faltaba más de media hora para el comienzo de la Conferencia. Los recién llegados fueron conducidos a la misma sala donde meses antes se habían reunido el mariscal Zukov, el mariscal inglés Tedder, el general norteamericano Spaatz y el general francés De Lattre de Tassigny, y en el que Keitel, el último mariscal de Hitler, humilló su bastón de mando y firmó el histórico documento de la capitulación.

En ese salón se habían congregado ahora generales y paisanos, los jefes rusos de la Administración y los presidentes y vicepresidentes alemanes de los "Länder", así como los jefes de la Administración Central de Berlín. Los corredores estaban adornados con grandes banderas rojas, dispuestas en forma de abanicos, y grandes retratos de Stalin, Molotov y Zukov. El doctor Paul fue invitado a sentarse en un sillón de la primera fila, junto a un hombre de blancos cabellos y ojos azules: el doctor Werner, alcalde mayor de Berlín.

El doctor Werner, que tenía sesenta y ocho años, parecía llevar muy bien la carga de su empleo y las preocupaciones que le proporcionaba un ciudad de tres millones y medio de habitantes. Sus representantes, sin embargo, el señor Marón y Arthur Pieck (el hijo de Wilhem Pieck), así como el señor Jendretzki y otros hacían buena parte de su trabajo, y en resumidas cuentas, su única obligación consistía en firmar los documentos que se le presentaban. Por esto podía ocuparse en otros muchos asuntos oficiales y le quedaba tiempo para asistir a recepciones, conferencias y reuniones como aquella que ahora daba el Mariscal Zukov.

El mariscal entró en la sala acompañado de un cortejo de capitanes generales y ayudantes. Todo el mundo se levantó. No; no todo el mundo se levantó: los militares saltaron de sus asientos y quedaron en posición de firmes. Aquel comportamiento no era propio de unos generales frente a su mariscal, sino de unos reclutas ante su jefe de compañía. Jefes provinciales; flamantes

uniformes, brillantes condecoraciones: una estampa de la época zarista. En su camino hacia la tribuna presidencial, el mariscal reparó en el doctor Werner y cambió con el representante de la ciudad de los tres millones y medio de habitantes unas palabras amables.

Los asistentes volvieron a tomar asiento. El mariscal correspondió a los saludos y demostró una gran amabilidad.

Paul se volvió hacia su vecino y le dijo:

—Óigame usted, querido señor Werner: creo que tras el discurso de salutación del mariscal es usted quien debe tomar la palabra.

—Sí; efectivamente, y ¿qué debo decir?

Un muñeco con cabellos blancos. Este hombre está acabado. ¿Por qué le habrán nombrado alcalde mayor de Berlín, es decir, de una ciudad que tiene tantos habitantes como Turingia?

—Dado que entre nosotros es usted la persona de más edad, quisiera darle la preferencia, pero caso de no hablar usted en seguida, lo haría yo.

—Sí; muchas gracias; puede usted hacerlo.

El Presidente de Turingia respondió con el mismo tono en que había hablado el mariscal a la salutación del Presidente de la asamblea y agradeció a éste la invitación en virtud de la cual se hallaban reunidos, y luego, dirigiéndose a los presidentes de la administración central, abordó el problema que debía ser debatido en aquella asamblea. Procedió con demasiada prisa, como si no pudiera aguardar un momento más.

Tras el discurso de agradecimiento, tal como figuraba en la orden del día, tomó la palabra. Y desde el primer momento se vio que era un hombre que no temía los debates, ni las controversias.

El mariscal era un espectador tan atento como interesado. El juego había comenzado y bajo las cartas que jugaban el alcalde de Berlín y los representantes de Sajonia, Mecklenburgo y Brandenburgo, había una carta oculta en la que se jugaba la auténtica política de Alemania. No era difícil ganar con alcaldes que ignoraban lo que en realidad sucedía, y con presidentes que pronunciaban sus informes como si en realidad se tratara de suboficiales. Pero aquel éxito momentáneo, empero, no significaba que las cosas permanecieran luego demasiado firmes. Cuando se llevaba una guerra como aquella y se trataba del porvenir de Alemania e incluso quizá el de toda Europa, era necesario tener entre las manos un instrumento absolutamente eficaz. De ahí el caso de aquel presidente al que no sólo no se le conducía con las riendas flojas, sino que se le dejaba obrar con absoluta libertad. Aquel era el experimento y ese doctor Paul podía resultar un billete de lotería no premiado, pero también podía convertirse en un personaje con el cual se celebraran algún día grandes fiestas.

El doctor Paul tenía ante él a los presidentes de las Administraciones Centrales. Había allí dos, tres, quizá cuatro cabezas; los demás... eran menores de edad y lacayos. ¿Qué representaba aquella gente en aquella reunión y en las diferentes administraciones centrales?: un peligro para la tranquila reconstrucción de las regiones: esa había sido su primera impresión. Tiempo atrás le habían dicho que los rusos empleaban a los altos funcionarios berlineses como fuentes de información. Pero ¿por qué procedían de aquella manera si en realidad tenían en sus manos todos los resortes políticos del país? ¿Y dónde estaba la cabeza de todas aquellas autoridades alemanas que ellos mismos habían nombrado? De pronto, mientras estaba pronunciando su

discurso, se le ocurrió pensar que no existía un "presidium", que su existencia jamás se había permitido, y que caso de existir permanecía en la sombra. Ese "presidium", se dijo, debe existir y hay que buscarlo entre los rusos.

El doctor Paul habló sin poner en sus palabras demasiado calor, pues el verdadero debate todavía no había comenzado y de momento sólo era cuestión de alarmar un poco a los asistentes y hacer que muchos de ellos pidieran la palabra. El doctor Paul preguntó, y no ya para sí, dirigiéndose a la concurrencia, acerca del sentido de las diferentes administraciones, que a su modo de ver únicamente representaban la función de centros de información que, aparte de ciertas informaciones técnicas que de vez en cuando proporcionaban, resultaban ser muy deficientes. Y todavía dijo más: declaró que las Administraciones Centrales tendían a convertirse en gobiernos autónomos.

—Piensen ustedes —dijo— que, según ha demostrado una vieja experiencia, allí donde las gentes o las instituciones reciben un poder excesivo se origina inmediatamente una lucha de competencias, que en la mayoría de los casos acaba importando mucho más que las cuestiones para las que fueron creadas.

Tras el doctor Paul tomó la palabra el encargado en la Administración Central del carbón y de la gasolina, quien, en primer lugar, parafraseó una parte del discurso del mariscal según la cual en las democracias cristianas no había más que tontos. Se disculpó por el hecho de que, a pesar de pertenecer, según el denominador general de los presentes, a un grupo de tontos, se atreviera a tomar la palabra, pero en seguida añadió que estaba dispuesto a demostrar que era un hombre de carácter y amplios horizontes.

El siguiente orador era el representante en la Administración Central de la agricultura. El doctor Paul, que estaba sentado en la primera fila, se fijó en el orador, que tenía una brillante calva aureolada de brillantes cabellos, y al cabo de poco rato, en vista del desconocimiento general que demostró el orador, movió apesadumbradamente la cabeza. Aquel hombre no tenía ni la más remota idea acerca de la economía agrícola del país y desconocía los problemas referentes a los bosques de Alemania.

En su juventud, aquel hombre había comenzado como capellán en un pequeño pueblo de Suabia. Luego había ingresado en una asociación socialista y más tarde había desembocado en el comunismo. Como diputado comunista se había ocupado de la cuestión de los trabajadores del campo. Y más tarde, durante los años de emigración en Rusia, la edad, el hambre, el tifus, la nieve y el rutinario trabajo burocrático del Partido no solamente habían blanqueado sus cabellos, sino que habían helado su espíritu. Fue ascendido cuando estaba como profesor antifacista en un campo de prisioneros situado tras los Urales, de donde fue trasladado a Moscú. En la capital de Rusia, junto con otros camaradas, montó en el avión que le condujo a Berlín, donde fue instalado en un despacho atestado de folletos de propaganda sobre economía agrícola.

No tenía ninguna idea... Era un orador mediocre. ¿Quién debía estar tras aquel hombre?

Se levantó otro orador.

Igual que los anteriores... Burócratas. Gente que defendía su puesto y algo más. A veces se levantaba alguien interesante, pero esto sucedía raras veces... Podía pensar en otras cosas e ir contemplando a los presentes y escuchar de

paso lo que se decía.

Allí estaba el presidente de Sajonia, con quien había estudiado hacía ya muchos años en Leipzig. Era un buen jurista y un experto abogado. Aparte de alguna corta intervención, permanecía callado. Su vicepresidente y ministro del interior disculpó su silencio alegando que estaba enfermo y se encargó de hablar en su nombre. No debía esperar ninguna ayuda de aquel ministro del interior, cuyo nombre era Fischer. Inmediatamente se percató de que aquel hombre formaría contra él en sus ataques a las Administraciones Centrales. Los representantes de Mecklenburgo, Brandenburgo y Sajonia le habían de prestar un apoyo muy relativo. Pero a pesar de todo ello había que ganar el juego, que no era un juego, sino un asunto muy serio, pues de él dependía la reconstrucción económica de las diferentes regiones de la zona soviética.

Tras una pausa hablaron algunos jefes rusos de la Administración, así como varios expertos soviéticos en cuestiones económicas. Y cuanto más adelantaba la sesión tanto más se alargaban los discursos. Parecía como si los rusos fueran despertando a medida que, al ir cayendo la oscuridad, se iban encendiendo las luces eléctricas.

La sesión se interrumpió a causa de un incidente. De pronto, se apagó la luz. Completa oscuridad. Se oyó un ir y venir en la tribuna. Cuando la luz se volvió a encender, la tribuna apareció vacía. El mariscal Zukov; el jefe del Estado Mayor Sokolovski, y los demás generales y coroneles habían desaparecido, y en lugar del mariscal y de su Estado Mayor apareció un grupo de soldados armados de pistolas ametralladoras, apuntadas contra los asistentes.

El sistema de seguridad había funcionado de manera automática. Los soldados bajaron del estrado y el mariscal y su Estado Mayor volvieron a tomar asiento en él. Y la sesión prosiguió sin que nadie hiciera la más pequeña alusión al incidente.

El experto ruso en cuestiones económicas de la zona soviética tenía la palabra y no daba muestras de querer terminar de hablar. Algo inusitado estaba ocurriendo en la sala. El mariscal —una expresión de voluntad en sus facciones y en su mirada— debía hacer un esfuerzo para permanecer en su sillón. El orador era tan aburrido como patético. Defendía los nuevos impuestos y explicaba lo provechosos que serían para el nuevo presupuesto. El mariscal perdió la paciencia, le interrumpió y le rogó que abreviara en lo posible. El orador, sin embargo, miró al mariscal por encima del hombro y continuó como si tal cosa. Al cabo de un rato se produjo otra interrupción por parte del mariscal. Pero el orador no dio por terminado su discurso.

El mariscal no le expulsó de la sala.

El victorioso guerrero —héroe del pueblo e ideal de soldados— se levantó y, con la cara congestionada por la cólera, comenzó a pasear de un lado a otro. Era aquel un mundo extraño. ¿Qué significaba en aquel mundo un mariscal? ¿Y qué significaba en la Unión Soviética ante un político e incluso ante un funcionario?

Por fin, el orador dio por terminado su discurso. Todavía hablaron unas cuantas personas más. Y luego, en último término, el mariscal tomó la palabra para pronunciar el discurso de clausura. Y en su discurso fue mucho más allá de lo que algunos presidentes, e incluso el de Turingia, se habían imaginado que iría. El mariscal se comportó como un hombre a quien no asiste la crítica. Su opinión acerca de lo que ocurría en los "Länder" y sus observaciones sobre

el funcionamiento de las diferentes Administraciones hizo pensar a más de un concurrente que a los dieciséis años el mariscal ya sabía que un país puede ser conquistado desde lo alto del caballo, pero que no puede ser gobernado luego sin apearse de él. Dirigiéndose a los Presidentes allí reunidos, les dijo:

—Las Administraciones Centrales no podrán emprender ninguna acción contraria a la voluntad de los Presidentes.

El Presidente de Turingia se sintió aliviado al escuchar aquellas palabras. La Conferencia finalizó con la seguridad dada por el mariscal de hacer todo lo posible para la reconstrucción de una Alemania unida y democrática. Antes de clausurarse la sesión, el mariscal invitó a los presentes a un banquete de despedida.

LOS QUE CAMBIAN

Aachern-Dietershofen estaba de permiso.

Con el coche, se dirigió a Wannsee, a su casa, donde esperaba encontrar a su familia. La casa continuaba en pie y tenía el mismo aspecto de antes, pero sus habitantes —el doctor Wittstock y la señora de Wittstock, su esposa Lisa y su hija Anneliese— habían cambiado. Habían cambiado de aspecto y de modo de ser.

Tanto Lisa como Anneliese habían cambiado.

Y la casa...

Hans había desaparecido. Una mañana, a las cuatro de la madrugada, le habían venido a buscar unos soldados rusos de la GPU. Hans y Günther, el hijo de los Wittstock, habían sido detenidos como miembros del "Werwolf".

—¿Pertenece de verdad a esa organización?

—No; de ninguna manera. Aquí nunca ha habido nadie del "Werwolf" —repuso su mujer.

—Todo el mundo se burla de esa organización.

—Pues no es cosa de tomárselo a risa.

—Sí; desde luego. Y no solamente fue detenido Hans, sino que con él fueron detenidos todos sus compañeros de clase.

—¿A dónde los llevaron?

—Nadie lo sabe. Lo único que sé es que en Sachsenhausen hay un campo de concentración lleno de gente, igual que antes.

—Antes no estabas al corriente de esas cosas.

—Sí; antes ignoraba muchas cosas.

—¿Y cómo te las has arreglado para no ser llevada por los rusos?

Lisa le miró a los ojos y se encogió de hombros.

—Sí... —murmuró.

Luego contó a su marido el saqueo de la casa y su estancia, en compañía de los Wittstock, en casa de un arquitecto llamado Poppert, sus idas y venidas entre los dos frentes y su regreso, al cabo de algunos días, a casa.

—No tienes idea de cómo estaba esto.

Él se lo imaginaba perfectamente.

—¿Y esa mesilla?

—No sé a quién pertenece. Nadie la ha venido a reclamar. Tuvimos que ir a buscar por ahí las camas, las mesas y las sillas. Todo estaba revuelto. Sólo encontramos los zapatos del pie izquierdo...

—Sí, pero...

La pregunta no había sido contestada.

—La verdad es que Helmut tampoco pudo escapar. Ninguna mujer pudo librarse de ellos.

—¿Y Anneliese?

—Tampoco. Por una vez.

—¿Por una vez? Eso quiere decir que...

—Sí. Pero dejemos eso.

Había adquirido una nueva seguridad en el hablar. Parecía más decidida que antes.

Pero él no podía dejar el asunto.

—¿También Anneliese?

—Deja eso, hombre, deja eso. Cuéntame cómo te ha ido en Turingia.

De manera que Anneliese también. Y entonces, cuando los rusos entraron en Berlín, tenía quince años. No había preguntado nada respecto al presente, pues se sentía como estancado en aquellos días pasados y no sabía salirse. Los días, empero, habían transcurrido, pero la oscuridad no. Y los berlineses debían continuar viviendo ante aquel oscuro telón del pasado. Debían continuar viviendo, bien o mal, como la suerte quisiera, bajo el imperio de diferentes señores. Eso ya lo sabía él, pero no podía representarse a su familia como una víctima más de aquellos cambios.

Bebió una taza de café. Era aquél un café auténtico, igual que el que se servía en casa del Presidente, en Weimar. También le sirvieron unos panecillos recién hechos, mantequilla y salchichón americano. Berlín, sin embargo, desfallecía de hambre. Y aquella casa también debía regirse por la "Cartilla de racionamiento para el cementerio". El "consumidor normal" era un hombre a quien le bailaban los trajes, una sombra de lo que había sido.

Y auténtico café, panecillos y salchichón...

Se levantó, dio unos pasos por la habitación, se acercó a la mesilla y abrió un cajón. Cigarrillos de Virginia y unos diez paquetes sin destapar de tabaco. Volvió a sentarse. Lisa regresó de la cocina.

—Café, panecillos, mantequilla... —dijo.

—Sí; Anneliese trabaja en el PX.

—¿El PX?

—Sí; la cooperativa norteamericana.

—Ah, ya... ¿Y quién fuma los cigarrillos que hay en aquella mesa?

—Aquellos cigarrillos son dinero. Con los marcos de ocupación no puedes comprar nada. Pero con esto —dijo al tiempo que mostraba un envoltorio de diez paquetes—, con uno de estos cartones puedes encontrar lo que quieras.

Lisa había cambiado mucho. Nunca había reparado él en ese sentido práctico que ahora demostraba tener. Su hijo Hans había desaparecido. Posiblemente estaba en Sachsenhausen o quizá en Siberia. Su hija Anneliese trabajaba en el PX y, por lo visto, alimentaba a toda la familia.

Hubiera podido preguntar otros detalles acerca de su hija; hubiera podido preguntárselo a su mujer, a la señora Wittstock y en el colmado de la esquina.

Pero no quiso saber más. Le bastaba con lo que le había dicho su esposa.

A última hora de la tarde apareció su hija Anneliese. Era una hermosa muchacha rubia de ojos claros. Ya no llevaba trenzas. Ya no era una niña y aparentaba tener dieciocho o diecinueve años. Una muchacha sin ilusiones, con una filosofía que a él le hubiera sido absolutamente extraña. Hay que vivir y cada cual debe pagarse la vida. Y ella no disponía más que de su persona. No podía deshacer el camino que iba desde el sótano de la Pfeddersheimer Strasse hasta Paaren en el Wublitz, y que en un momento dado había estado lleno de soldados rusos. Pero no se consideraba una criatura desgraciada. El chofer norteamericano que trabajaba donde ella la había hecho su novia. Y aquel hombre le daba todo lo que tenía, que no era poco. Aquello —los regalos del chofer— no solamente significaban la vida para ella, sino para su madre y todos los demás. Y tanto los Wittstock como los demás vecinos ya se habían acostumbrado a que su novio fuera un soldado negro.

Pero ahora estaba papá en casa. Sammy podía llegar de un momento a otro y debía evitar el encuentro.

—Estoy muy triste, papá. Si lo hubiera sabido antes... Tengo que salir forzosamente. Procuraré regresar lo antes posible.

Tenía que dejarla salir. Ni tan siquiera preguntó a dónde iba. Al fin y al cabo, no era más que un extraño en su propia casa. Una hora después y en compañía de su esposa estaba en casa de los Wittstock. Quizá era mejor pasar la velada con los Wittstock que encontrarse a solas con su mujer.

Wittstock tenía invitados, entre los cuales Aachern solamente vio una cara conocida: la del teniente Splüge, que ahora, como era natural, iba vestido de paisano y, a juzgar por su aspecto y por su traje, parecía irle bastante bien. Splüge apareció a última hora, acompañado de su prometida, cierta señorita Stassen. Los demás invitados eran amigos nuevos. Entre ellos había un periodista que trabajaba en el mismo periódico que Wittstock, un miembro de la "Asociación Cultural". También estaba el arquitecto Poppert, a quien Aachern agradeció lo que había hecho por su familia. De pronto, se sintió como un provinciano entre aquellas gentes. Era un extraño en su casa y también aquí, en casa de los Wittstock. Los saqueos, los robos, los asesinatos y las muertes por inanición eran cosa que nadie se tomaba en serio, y ninguno de los presentes hablaba de la posibilidad de prestar ayuda a los demás.

—Hemos vivido doce años sin libertad, sin poder disponer de nosotros mismos... Ahora volvemos a tener libertad espiritual... ¡Las estúpidas ideas fascistas!... ¡Tiranos, enemigos del pueblo, ladrones!...

Aachern se esforzaba en comprender, pero para él era como si aquella gente hablara en chino. Poppert se percató de su desconcierto. Wittstock explicó su próximo artículo.

—Se trata de todo un programa, señor Aachern.

—¿Para qué?

—Para la reconstrucción moral de nuestro pueblo.

—Todavía tenemos que aprender mucho de los ocupantes. Desde el punto de vista cultural y también desde el punto de vista democrático, están mucho más adelantados que nosotros —oyó decir a Aachern.

Bien, muy bien; quizá sí o quizá no... También Alemania ha hecho lo suyo en pro de la humanidad e incluso en el militarismo prusiano había una evidente fuerza ordenadora. Pero los militares —los enemigos del pueblo, dijo Wittstock— habían abusado. Sí; de acuerdo. Pero esa política de ahora no podía ser

considerada como un resurgimiento nacional y, además, poco tiempo atrás Wittstock se expresaba de una manera muy diferente. El tiempo no había pasado en balde y, tanto en su casa como en la de Wittstock, se habían producido grandes cambios. La "reeducación" se había efectuado allí de una manera rapidísima. Y ahora parecía que Wittstock y sus amigos se habían convertido en los "reeducadores". Además de sus trabajos periodísticos, Wittstock desempeñaba múltiples actividades: asistía a numerosas conferencias y reuniones y celebraba largas entrevistas con los jefes locales que la "Asociación Cultural" tenía en Zehlendorf, en Schöneberg, en Neukolln y en otros sitios y con los cuales discutía acerca de la lucha contra a ideología nazi, de la compenetración de los intelectuales con el pueblo, del desarrollo y continuación de las tradiciones nacionales y humanísticas gracias al apoyo de los ocupantes, sobre la "limpieza" que efectuarían los procesos de Nüremberg y sobre la participación espiritual de los otros pueblos en el nuevo resurgimiento espiritual y cultural de Alemania.

—Un repertorio completísimo —dijo Aachern.

—Sí, señor Aachern, nuestro Wittstock tiene la cabeza llena de ideas.

El director artístico Sarfeld tenía ahora la palabra. Sarfeld contaba las dificultades que había tenido que vencer para poder abrir un teatro.

—La compañía fue formada en un abrir y cerrar de ojos. Pero, aparte de la compañía, no teníamos nada más. Nuestro primer actor se adelantó y dijo al público: "Muchachos, estamos dispuestos a hacer teatro. Ahora mismo vais a presenciar una representación. Pero para mañana necesitamos nuevos decorados. Traednos agujas, ropas y todo lo que tengáis. Todo os lo agradeceremos". Así se celebró la segunda representación y luego pudo celebrarse la tercera y las siguientes. Parece que hemos conseguido nuestro propósito. Pero no tienen ustedes idea de los milagros que hemos debido realizar.

Sarfeld había rodado la primera película filmada en Berlín después de la entrada de los rusos. La película giraba en torno a la ópera nacional.

—Hace ya mucho tiempo, casi lo tengo olvidado —dijo—. Ayer estuve por última vez (por lo menos así lo espero) a causa de este asunto en la Milaschstrasse. Se necesitan dos horas para llegar hasta allí en bicicleta. Y cuando uno ha llegado a la oficina que busca le dicen: "Perdone usted, señor Sarfeld; tengo aquí dos amigos que acaban de llegar de Moscú. Vuelva usted mañana, por favor". Y hay que deshacer el camino y volver al día siguiente, regresar de nuevo y hacer el viaje por tercera y cuarta vez. Pero, como les digo, creo que ayer quedó el asunto arreglado. No, la película no se proyecta todavía.

—Cuenta usted, señor Sarfeld, cuenta usted la historia, pues Splüge y el señor Aachern no la conocen.

—Pues, sí; en realidad se trata de una simpática historia. Ocurrió al principio de todo, cuando en Schmargendorf hacíamos un poco de música, organizábamos exposiciones de libros y celebrábamos conferencias. Un día fui llamado al Ayuntamiento. Los rusos me mandaron primero a la Luisenstrasse y luego a Pankov, a la Milaschstrasse. Allí habían organizado una sección cinematográfica. Me presenté a un teniente, quien a su vez me condujo ante un coronel.

"—Todo roto. ¿Entiendes?

"Lo entendí perfectamente, pues para darme cuenta de cómo estaban las

cosas sólo tuvo que echar una ojeada a través de la ventana.

"—Todo roto y violín hermoso —dijo.

"El teniente Teich me aclaró lo que quería decir: la guerra. Berlín está destrozada y de pronto suenan unos violines y todo vuelve a cobrar vida. Breve: tenía que filmar la puesta en marcha de la Ópera Nacional. El tema de la película era la reconstrucción de Berlín. El film debía titularse *Música liberada*.

"Me dieron trescientos metros de película. La gente en seguida estuvo dispuesta. Me proporcionaron operadores, tramoyistas, comparsas y arquitectos. Algunos de ellos, apenas comenzado el trabajo, huyeron hacia el Oeste. "Al principio Beethoven, en medio hablar, al final Beethoven", me dijo el teniente. Hicimos la película. Naturalmente, no la hicimos con los trescientos metros, pues casi todas las instalaciones estaban rotas y los sótanos del edificio estaban inundados y las averías, como es natural, se sucedían sin interrupción. Tras mucho ir y venir nos concedieron doscientos metros más de película. El administrador general pronunció su discurso. El alcalde pronunció su discurso. En el patio de butacas había algunos generales rusos. El teniente se encargó de proporcionarme al administrador general y a los generales rusos. Se hizo tal como se había proyectado: al principio, Beethoven; luego, discursos, y, para terminar, otra vez Beethoven. Un buen solista interpretó, acompañado de una orquesta que no estaba mal, el concierto para violín de Tchaikovski. Una parte del concierto de violín fue muy bien impresionada. Entregué la película. El alcalde Werner estaba satisfecho. La Luisenstrasse y la Milaschstrasse estaban satisfechas. Ahora continúo trabajando allí. Hizo una pequeña pausa y prosiguió:

—Y ahora, señor Aachern, ahora, señores míos, viene lo mejor del asunto. No; nadie de ustedes sabe de qué se trata, pues eso sucedió ayer. Mi teniente se dirigió a mí y con voz muy amable me preguntó: "¿Cuál es el título, señor Sarfeld?" Y yo contesté: "*Música liberada* es el título que figura al comienzo de la película".

"—*Música liberada* —repitió él.

"El teniente telefoneó varias veces, fumó varios cigarrillos, encargó té y más cigarrillos. Yo me senté, fumé, bebí té y aguardé una hora. Mientras tanto, el teniente estuvo trabajando, telefoneando, fumando y bebiendo.

"Luego se presentó una intérprete.

"Yo me pregunté por qué había venido aquella intérprete, pues hasta entonces el teniente y yo nos habíamos entendido directamente, sin necesidad de ningún intermediario.

"—El teniente desea saber el título de la película.

"Aquello me pareció una bobada y por centésima vez repetí:

"—*Música liberada*.

"—¿Por qué *Música liberada*, señor Sarfeld?

"—Pues porque antes no podíamos interpretar la música que queríamos.

"—Señor Sarfeld: ¿esa música liberada se refiere a música alemana?

"La situación se volvía cada vez más angustiada.

"—Sí; durante muchos años hemos estado privados de libertad.

"—Señor Sarfeld: ¿esa música liberada se refiere a música alemana?

"—Síííííí.

"—¿Y Tchaikovski?

"Presentar a Tchaikovski como un compositor liberado era una tremenda

falta política; pero, ¿qué digo? Más que una falta era un verdadero acto de sabotaje. El teniente no me quitaba la mirada de encima. Claro que, a fin de cuentas, él era quien había encontrado aquel título. Luego, al cabo de un buen rato, la situación se volvió a calmar. El título, a la postre, no fue cambiado. La semana próxima, y con el título de *Música liberada*, el film será proyectado en el cine-teatro que hay junto a la estación de la Friedrichstrasse.

Una larga historia. Aachern la encontró aburrida, pero se rió con los demás. Pensó en Anneliese. Era ya muy tarde y Anneliese no había regresado todavía. Splüge y la señorita Stassen también la aguardaban. Se trataba de café y mantequilla, es decir, de negocios. No, no la aguardaban por cortesía. Pero se hacía tarde y tenían que marcharse.

Aachern apenas pudo dormir aquella noche. Berlín, ruinas, oscuridad, calles inseguras pobladas de extraños ruidos. Y una muchacha de dieciséis años y sin ninguna clase de ilusiones que no regresa a su casa. Daba vueltas en la cama y escuchaba los pasos que de vez en cuando sonaban en la calle. Junto a él, en una cama que ahora le parecía extraña, descansaba su esposa. Su sueño era profundo y tranquilo.

EL PRESIDENTE QUIERE DIMITIR

En Karlshorst, el banquete se desarrollaba con toda normalidad.

Discursos y brindis. Por parte de los rusos sólo brindaba el mariscal. El mariscal brindó por Stalin, por la Unión Soviética, por Turingia, Sajonia, Mecklenburgo y sus respectivos presidentes, por la reconstrucción de una economía democrática en la zona soviética y por la futura unidad de Alemania.

El mariscal Zukov volvió a levantarse. Dijo que durante la conferencia había podido comprobar lo mucho que en todas partes se trabajaba. Ahora tenía la satisfacción de felicitar a todos aquellos que se esforzaban en realizar un gran ideal. El Generalísimo Stalin había dicho que los hitlers vienen y van, pero que Alemania queda. Todo el mundo podía haberse dado cuenta de la ayuda que José Visarionovich Stalin estaba prestando a Alemania. Y Stalin sólo tenía una palabra y esa palabra se había empeñado para que Alemania disfrutara de un porvenir libre y democrático.

Era aquel un banquete como los que años atrás había dado Guillermo II en el gran salón blanco. Mantel de hilo, copas de cristal y tazas de porcelana de Rosenthal. Los criados volvían a servir cuando apenas se había terminado un plato. Y escanciaban de nuevo cuando las copas apenas se habían vaciado. Y para que nadie se encontrara con la copa vacía en el momento de un brindis, cada invitado tenía ante él una botella de vino. De esa manera podía corresponderse a cada uno de los brindis del mariscal. Vino, cerveza, champán, licores. Asados, caza, caviar, empanadas, pescados.

Aquello era demasiado. Los comensales estaban apretados, como sardinas en lata, como los charcos en las bahías de Alaska. La atmósfera estaba cargada.

El coronel de la brillante calva volvió a tomar la palabra. Hablaba un lenguaje culto y se expresaba en un alemán perfecto, sin tacha. El doctor Paul había reparado en él cuando la conferencia. El coronel levantó su copa hacia él y brindó.

Y el capitán general Semionov le acompañó en el brindis.

Tulpanov, Semionov... Aquellos nombres no le decían nada. Acerca de aquellos hombres sabía tan poco como los demás. El coronel Tulpanov le había impresionado desde el primer momento. Y lo mismo el capitán general Semionov, con quien había hablado durante una de las pausas de la conferencia. Había conversado con él acerca de la cuestión del proyecto de la reforma agraria en Turingia. El general Semionov se había presentado vestido de negro y, trajeado con aquel "disfraz occidental", causaba un singular efecto. Pero a los cinco minutos de hablar con él se olvidaba uno de su aspecto. Era un hombre inteligente, cultivado y de ideas claras. Y su quehacer —echar las bases económicas, políticas y sociales de la reforma agraria— lo realizaba con gran tacto, sin prisas, tomándose el tiempo necesario para cada paso.

Tulpanov, Semionov, un tercero, un cuarto... ¡Salud!

—A tu salud, señor Presidente. *¡Da starorovje, Gospodin Presidenta!*

Las frases que durante la conferencia le había dirigido el mariscal habían tenido la virtud de crearle muchos amigos. A su derecha y a su izquierda se levantaban copas en su honor. Aquello era demasiado. Llenó su vaso de cerveza, lo dejó reposar y al cabo de un momento la cerveza parecía vodka amarillo. De esa manera los brindis hacían más efecto.

El mariscal se puso en pie y, como soldados de plomo, cincuenta generales quedaron firmes junto a la mesa. El mariscal pronunció un breve discurso en honor del Presidente del "Land" de Turingia.

Cincuenta copas se levantaron.

También él levantó la suya y bebió su contenido.

—¡Magnífico: el doctor Paul ya bebe como un ruso! —dijo Zukov.

—No, señor mariscal. El doctor Paul no bebe vodka, sino cerveza —observó Sobolovski, el jefe de Estado Mayor.

El inteligente y observador general de Estado Mayor había reparado, pese al tumulto y a la atmósfera, en el cambio de bebida.

—El doctor Paul nos engaña —dijo el mariscal.

Todo el mundo rió la ocurrencia y los comensales se sentaron de nuevo. Un discurso tras otro. Un brindis tras otro. Más platos. Y más vino. Y más champaña.

Friedrichs se acercó a la mesa de Paul.

El doctor Friedrichs, el Presidente del "Land" de Sajonia, era un conocido jurista. Había sido compañero de estudios, en Leipzig y en Berlín, de Paul. Los dos habían tenido los mismos profesores.

Friedrichs estaba solo.

Paul no quiso desaprovechar aquella ocasión.

—Bien, Friedrichs, ¿qué hace su hermano siamés, el señor Fischer? —le dijo.

Friedrichs se sentó junto a él.

—No se fíe usted de las apariencias. Mis relaciones con Fischer son algo especiales.

Fischer era su ministro del Interior. Durante la conferencia, Fischer había hablado en su nombre, y durante el banquete se había sentado a su lado.

Parecían inseparables.

—No se fíe usted de las apariencias, Paul. Fíjese usted con quién está ahora hablando. ¡Parece como si sus corazones latieran al unísono!

El ministro Fischer estaba hablando con el coronel Tulpanov, de Karlshorst.

—Dígame usted, querido, ¿por qué me ha dejado en la estacada cuando esta tarde he tratado el asunto de las Administraciones centrales?

—Pues por eso... Fischer es mi sombra. ¿No comprende usted que esa amistad es sólo una apariencia? Fischer es un tipo peligroso.

—¿Y por qué no me ha ayudado Steinhoff?

El doctor Steinhoff era el Presidente del "Land" de Brandenburgo.

—Porque detrás de Steinhoff estaba Blecher.

—¿Quién es Blecher?

—Un antiguo oficial alemán de Estado Mayor. En Rusia se hizo de la "Alemania Libre" y es un instrumento de los rusos.

—Sajonia, Brandenburgo... Con el de Mecklenburgo no había que contar, pues desde el comienzo se colocó en la línea de Fischer.

—Sí; mi querido amigo, la verdad es que usted lo tiene mucho más fácil que nosotros. Ya sé que Busse, su ministro del Interior, es un tipo brutal, pero es un ignorante y en todo momento tiene usted la sartén por el mango.

Friedrichs bebió dos o tres copas. Estaba preocupado.

—Óigame usted, Paul.

—Ya oigo.

—Tenga usted cuidado con Fischer. Repito: tenga usted cuidado con ese tipo. Es ciudadano ruso. En otro tiempo fue coronel del Ejército Rojo. Y eso no es todo. Ha sido agente en Francia, en China y qué sé yo cuántos sitios más. Él mismo me lo ha contado. Ha cometido crímenes en todos los continentes. Al oírle se me pusieron los cabellos de punta.

Sí; desde luego, sortear a Fischer no debía ser cosa fácil. Friedrichs tenía razón: las cosas eran mucho más fáciles con Busse..., aunque Busse también era un asesino, así se lo habían comunicado en muchos anónimos a los que durante algún tiempo no quiso dar crédito. Aquella noche comprendió el sistema ruso de nombrar a cierta clase de vicepresidentes.

Y Tulpanov, ¿qué papel desempeñaba Tulpanov? Friedrichs debía saber algo respecto a aquel hombre.

—¿Quién es, en realidad, Tulpanov?

—Tulpanov es coronel y también es profesor de literatura en la Universidad de Leningrado. Durante la guerra ha sido jefe de la sección política de un cuerpo de ejército. Ahora es el jefe político de Karlshorst. Él es quien tiene los hilos de todos los personajes... Eso está lleno de sinvergüenzas.

—No beba tanto, Friedrichs.

Friedrichs, sin embargo, volvió a coger el vaso y esta vez lo levantó hacia su ministro del Interior, Fischer. Paul vio cómo poco después Friedrichs y Fischer se alejaban cogidos del brazo.

La conferencia duró unos cuantos días más. El presidente de Turingia habló durante ocho horas con el capitán general Semionov. Tras largas negociaciones consiguió que la mínima división de las tierras quedara fijada en cien hectáreas. La extensión de las nuevas propiedades, sin embargo, quedó fijada en cinco hectáreas. Lo importante, empero, era que los bosques de Turingia se habían salvado. Los bosques, de momento, no serían tocados y permanecerían bajo el control de su gobierno. Cuando al tercer día

Dietershofen compareció por la mañana en el hotel tuvo que aguardar bastante rato a que compareciera el Presidente.

Se dirigieron a Weimar.

El Presidente había dormido bien y se encontraba descansado y despejado. Su chófer, sin embargo, se encontraba mal.

—¡Esto fue Berlín! —dijo Paul.

—Sí; Shanghai —respondió Dietershofen-Aachern.

Dietershofen había visto Berlín desde otro ángulo que el Presidente. Había circulado por las calles. Y la vida, era verdad, continuaba, pero ¡de qué manera! ¡Qué indiferencia hacia el pasado y qué indiferencia para el porvenir! ¡Qué cansancio! Cada vez que un americano arroja un cigarrillo consumido al suelo hay alguien que se precipita a recoger la colilla. La gente va por Grünewald hambrienta y, cuando llueve, calada hasta los huesos. En casa, hombres y mujeres se apiñan por las tardes alrededor de un fuegucillo hecho con trozos de madera sacados de entre las ruinas. En las ventanas no se ve ni un vidrio, sino papeles. Cuando hace falta un clavo no se encuentra. En todo Berlín no se encuentra un clavo, salvo, claro está, en el mercado negro, donde pueden encontrarse clavos torcidos y ennegrecidos. Pero las puertas de los teatros están abiertas. En el sector ruso puede verse *La novia vendida*, *El barbero de Sevilla* y *Eugenio Oneguín*. También hay ballets y conciertos, y en el "Cabaret de los Artistas" se representa un espectáculo titulado "La vida es muy hermosa". Y todas las localidades están vendidas. En el mercado negro se encuentran localidades a cambio de cigarrillos. En algunas taquillas hay un cartel que dice: "Cada espectador está obligado a traer un clavo". La luz se apaga a una hora determinada. De noche, las casas están a oscuras. Y el hambre no deja conciliar el sueño. En medio de la despoblada y silenciosa ciudad hay unos cuantos oasis: luz, calor, música de jazz y bugui-bugui. Círculos franceses y norteamericanos y "señoritas alemanas". Y todo el mundo se muestra conforme y nadie tiene algo que objetar. El hambre aprieta y nadie se acuerda del pasado.

¿Anneliese?

No la había vuelto a ver. Lisa le dijo que su hija había tenido que visitar a una amiga enferma y que, dada la inseguridad de las calles, se había quedado a dormir en casa de la amiga. En casa había buen café, mantequilla y los paquetes de cigarrillos eran un tesoro. La "señorita"... Pero Anneliese sólo tenía dieciséis años.

—Shanghai, señor Presidente.

El Presidente echó una mirada a su chófer. Dietershofen conducía a la misma marcha que de costumbre y parecía estar muy preocupado. Seguramente no había encontrado su casa tal como esperaba.

Paul, sin embargo, estaba muy esperanzado. Aparte de ciertas dificultades, su visita al Cuartel General significaba un éxito. Respecto a la cuestión de las Administraciones se había acordado apoyar a los presidentes. También había podido arreglar algo el asunto de la llamada "cartilla de racionamiento para el cementerio". De momento se había acordado suprimir la cartilla número VI y dejar únicamente cinco clases de racionamiento. No es que aquello fuera una solución, pues todavía era muy poco lo que con aquellas cartillas se podía adquirir, pero de todos modos era una pequeña mejora. Por otra parte, el mariscal había prometido ocuparse de la Universidad de Jena. Por de pronto había permitido que se aumentara el número de estudiantes y que tanto éstos

como el cuerpo de profesores recibieran un racionamiento mejor del que hasta entonces recibían. En resumen: se podía tener esperanza y valía la pena de continuar trabajando. La actitud del mariscal y de los altos jefes militares ante los problemas del momento había sido mucho más favorable de lo que hubiera podido esperarse.

Llegaron a Weimar tras cuatro horas de viaje.

El trabajo esperaba. Reforma agraria, visitas, establecimiento de contactos culturales con las zonas occidentales. Una reunión tras otra. Las conversaciones se sucedían día tras noche. Había que reconstruir al país. Había que reconstruir su economía, su cultura, su administración de justicia, sus fuerzas de seguridad.

Una nueva época había comenzado...

"Señor Presidente: es necesario que los tribunales de justicia vuelvan a funcionar. Señor Presidente: la Universidad de Jena, cuya gloriosa tradición es famosa en todas partes, debe abrir sus puertas. Todas las Facultades, excepto la de Historia, deben reemprender sus actividades."

La verdad era que los rusos no se comportaban como vencedores, sino como parte interesada y únicamente en raras ocasiones imponían su voluntad. Les gustaba dar consejos y siempre se mostraban locuaces y hasta, muchas veces, hablaban demasiado.

Las paredes de las casas de pueblos y ciudades estaban llenas de carteles de propaganda rusa:

"Trabajad para la creación de una Alemania democrática y unida."

"Luchad contra el militarismo y el nazismo."

"Cooperad en la reconstrucción: el pueblo alemán debe vivir."

"No debéis renunciar a la inteligencia."

"Volved a los principios de humanidad."

"Protegemos la iniciativa privada."

"Protegemos la propiedad privada."

Las fábricas bávaras de coches de Eisenach volvían a funcionar y ya habían alcanzado una producción mensual de trescientas unidades. En Jena, Schott y Zeiss habían vuelto a abrir sus puertas y exportaban sus famosos productos de óptica a todo el mundo. En Zeitz se producían quinientas toneladas mensuales de gasolina. En Unterwellenborn fue encendido el primer alto horno. Entre las ruinas de la Universidad de Jena iban y venían los estudiantes, que trasladaban piedras, limpiaban patios y corredores y ayudaban a albañiles y carpinteros. Y la Universidad Friedrich-Schiller en Jena volvía a surgir de entre las ruinas.

"Señor Presidente: debemos mostrar al mundo hasta qué punto hemos adelantado en la reconstrucción del país. Organice usted una exposición industrial en que se exhiban los productos que fabricamos desde el final de la guerra."

También en Weimar se martilleó y se picó incansablemente y los trenes fueron y vinieron y trajeron los productos para la exposición. La población civil pudo admirar en las grandes salas cuanto se había hecho y aquello reforzó su voluntad de reconstruir el país. La exposición fue un espejo en el que se reflejaron las posibilidades de la nueva industria y también fue una muestra de la capacidad de trabajo de la población y de la eficacia de los mandos técnicos y políticos de la misma.

Los rusos estaban satisfechos.

—Muy bien, señor Presidente: le felicito; eso marcha.

Siete de noviembre, es decir, veinticinco de octubre según el viejo calendario ruso: fiesta nacional en la Unión Soviética. Copas llenas, brindis, comida escogida en el "Elefante" de Weimar. La mayor parte de los invitados alemanes representaban a la "Inteligencia". Profesores universitarios, directores de escuelas superiores, miembros de la sociedad "Goethe" y de la sociedad "Schiller", altos funcionarios. Discursos acerca de la mutua comprensión de los pueblos y de la hermandad de los mismos, de la democracia y de la unidad. En la mesa presidencial: generales, el Presidente del "Land", el Rector de la Universidad. Personajes llegados de Moscú y de Berlín. El capitán general Semionov, un profesor ruso, el redactor de un periódico del Berlín occidental y el poeta emigrado a Moscú.

Aquel poeta, que era un hombre muy reservado, se atrevía, sin embargo, a criticar algunos puntos de vista oficiales y muchas veces se situaba al lado de quienes no silenciaban sus objeciones. "Sí, tiene usted razón: eso hay que combatirlo." Un poeta reservado, un miembro del Comité Central del Partido Socialista Unificado que siempre se mostraba reservado, pero por lo demás un hombre muy agradable, un hombre que había cambiado mucho de cuando la época del "Sturm und Drang". Su padre fue abogado y Presidente de la Audiencia Territorial de Munich, y su esposa era una judía de buena familia. Cuando se le encuentra a solas se muestra abierto y casi confiado, pero cuando se le encuentra junto a su esposa cambia por completo y se vuelve un hombre que habla con gran prudencia, que mide sus palabras. A Paul —el Presidente de Turingia— le dedicó una larga serie de superlativos. Pero cuantos más superlativos tanto más delicada era la situación, eso era lo que Paul había aprendido de los rusos.

Los brindis se sucedían sin interrupción. Los representantes de la "Inteligencia" alemana, que debían pasar con los escasos víveres que se podían adquirir con las cartillas de racionamiento y que por lo tanto estaban muy interesados en no perder aquella oportunidad de rehacerse un poco, se veían obligados a interrumpir mil veces la comida a causa de los discursos. El capitán general bailó un baile popular del Cáucaso. Y el Presidente del "Land", acompañado de una dama, bailó un tango.

En las mesas reinaba un ambiente de franca cordialidad. Muchos rusos se trasladaron a las mesas de los alemanes. Decanos de Facultades, pintores, escritores, arquitectos decían: "¡Teníamos una idea muy equivocada acerca de los rusos! La verdad es que nos ayudan cuanto pueden. Son tan partidarios de la democracia como nosotros mismos. Apoyan la unificación de las cuatro zonas. No viven distanciados del pueblo alemán".

Aquel era el ambiente, que se prolongó hasta mucho después del banquete.

A pesar de las dificultades que tenían con el trabajo, la vivienda y la comida, los representantes de la "Inteligencia" se esforzaron en acercarse a los rusos. Hasta que de pronto todos los frenos rechinaron.

—No lo tome usted por lo trágico, señor Presidente. Sabemos lo que son los comunistas alemanes. Mientras nosotros luchábamos contra la pandilla hitleriana, la mayor parte de ellos trabajaban en las fábricas de municiones. Puede usted decirles de mi parte que no son más que unos sinvergüenzas...

Así habló el capitán general Chuikov. A los consejeros, alcaldes y demás gente nombrada por los ministros del Interior (que eran comunistas) los trató de

"duraks".

Y el representante del mariscal, capitán general Sokolovski, dijo:

—¿Cómo puede usted preocuparse por esa gentuza, señor Presidente!

No había que olvidar que ocupaban puestos de gran responsabilidad y que debían tener sus motivos para expresarse de aquel modo. A nadie se le separaba porque sí de su cargo e incluso en los casos de motivos graves se procedía con cautela.

Turingia goza de libertades políticas y jurídicas...

Aquella había sido la base en virtud de la cual aceptó él su cargo. Pero por todo el "Land" se veían desfilar camiones cargados de campesinos adscritos a la "Asociación campesina de mutua ayuda" y de jóvenes pertenecientes a la "Juventud libre alemana" que se dirigían hacia Nordhausen. Allí, en la cárcel de Nordhausen, había un pobre ladrón, un nazi, un soplón. Una de sus denuncias costó la vida a alguien cuando los nazis. Ahora aguardaba ser juzgado. La justicia se había hecho cargo del caso. Pero al Partido le pareció que las cosas marchaban demasiado despacio. Y la Prensa comenzó a publicar artículos en los que se hablaban de la "justicia de clases". Los antiguos jueces, decían los artículos, vuelven a ocupar sus viejos puestos. Y unas ocho mil personas se reunieron ante la prisión de Nordhausen y pidieron la entrega del detenido. Querían tomarse la justicia por su mano y deseaban lincharlo. Y él —que durante la época hitleriana había sido denunciado muchas veces y había recorrido un largo calvario de declaraciones ante la Gestapo, que no tenía el más pequeño interés en defender a un soplón nazi—, por puro principio, dio las órdenes oportunas para que la policía acordonara la cárcel y disolviera a los manifestantes. Impuso la justicia. Los organizadores de la manifestación y quienes pretendían tomar la justicia por su mano tuvieron que desistir de su empeño. El jefe de la Administración rusa hizo el mismo comentario de siempre: "Duraks". Sin embargo, quedaba una pregunta por hacer: ¿Cómo habían podido trasladarse a Nordhausen aquellas ocho mil personas? ¿De dónde, por ejemplo, habían sacado la gasolina para los camiones? La gasolina únicamente era suministrada con el correspondiente permiso de las autoridades de ocupación, de modo que éstas habían ayudado a los manifestantes o se habían encargado de organizar toda la cuestión.

Otro síntoma de alarma era la manera cómo se llevaba la cuestión de la reforma agraria. El proyecto, tal como se había acordado con los rusos, estaba en manos de la comisión jurídica. Surgieron desacuerdos. El "Bloque antifascista" aconsejó que se modificara el texto del proyecto. Él mismo dio la conformidad para ello. La reforma que se introdujo en el preámbulo del proyecto consistía en eliminar al Presidente de aquella cuestión y en dar todos los poderes al vicepresidente. Al cabo de unos meses se dio la noticia de que el vicepresidente y la comisión de estudio habían llegado a un acuerdo. No habría ninguna propiedad que tuviera cien hectáreas y aquellas que tuvieran de cincuenta a cien serían igualmente divididas. Y aquello no era todo. Los nuevos campesinos, a quienes se les adjudicaron tierras que en ningún caso excedieron de las cinco hectáreas, debían bastarse para criar el ganado, sembrar los campos y demás. No se les dio ninguna ayuda. El cemento que salía de las nuevas fábricas era llevado hacia el Este. Las fábricas de ladrillos dejaron de recibir carbón. Los nuevos campesinos debían aprender la "antigua manera de cultivo alemán" en unos lodazales y luego se les daban parcelas que habían pertenecido a antiguos castillos, pero con las que no recibían el

material apropiado para trabajarlas. El nuevo campesino miraba con envidia al antiguo, cuya casa estaba llena de aperos de labranza, y éste, por su parte, se quejaba de tener que suministrar más productos que aquél.

No sólo se cambió la estructura económica del país, sino que se modificó la manera de ser de las gentes. La "Asociación campesina de ayuda mutua" acabó de agriar la lucha política que en seguida se desencadenó en los pueblos. Al proporcionar esa organización tractores, arados y demás maquinaria, así como simientes y abonos a los nuevos campesinos, a quienes luego exigía buena parte de sus cosechas, dio el primer paso para el establecimiento de los koljoses alemanes.

El blanco de la reforma agraria fue el viejo campesino, a quien se le debían arrancar los productos de entrega forzosa bajo toda clase de amenazas y sanciones. Muchos campesinos fueron detenidos a causa, como se decía oficialmente, de presuntos sabotajes. Aquella fórmula legalizaba todas las detenciones. Y muchos fueron los que abandonaron sus tierras y huyeron hacia las zonas occidentales. Atrás, en las cárceles, junto a los representantes de la vieja aristocracia rural, quedaron las mujeres.

El Presidente cogió el teléfono.

Oyó la voz del jefe de la policía del "Land", que era comunista, al otro lado del hilo.

—Acabo de enterarme de que por motivos relacionados con la reforma agraria ha hecho usted detener, sin ningún motivo que lo justifique, a algunas personas, sobre todo a mujeres —dijo el Presidente.

Murmullos.

—Las detenciones han sido efectuadas de un modo arbitrario e ilegal. Sí; ya sé que está usted a las órdenes del señor vicepresidente; pero si supone que puede obrar de esa manera en un "Land" en el que soy el Presidente, está usted completamente equivocado. Los detenidos deben ser inmediatamente puestos en libertad. ¿Sabe usted lo que su acción significa? Abuso de autoridad. ¿Sabe usted qué pena corresponde a este delito? Le aconsejo que, sin pérdida de tiempo, lea usted el código.

Él mismo había refrendado las disposiciones referentes a la reforma bancaria, a la reforma agraria y a la incautación de bienes. Pero, de todos modos, se había hecho enterar de cómo se efectuaban las expropiaciones, que únicamente debían circunscribirse a los bienes de los antiguos nazis, y en más de cuatrocientos casos hizo que las expropiaciones quedaran sin efecto y los bienes volvieran a sus antiguos poseedores. Pues la causa de muchas expropiaciones era la venganza personal o la consideración por parte de los comunistas de que lo expropiado era, como ellos decían, un objetivo social. Las devoluciones se efectuaban gracias a la actitud del mariscal y al favorable resultado de largas negociaciones, que en ocasiones duraban meses enteros y eran aprovechadas por la propaganda, con cierto comité de las potencias ocupantes.

Pero, ¿qué valor tenía la palabra de un mariscal?

El mariscal Zukov fue destituido. Sokolovski, subjefe de Estado Mayor, le sucedió en el cargo. El nombre de Zukov no podía ser pronunciado sin dejar de suscitar miradas de recelo en la persona con quien se hablaba. ¿Qué valor tiene la palabra de un mariscal? ¿Y qué valor tiene la palabra de un presidente? Se le retiraron los poderes para dirigir la marcha de las expropiaciones. El nuevo vicepresidente le dijo:

—Ignoro lo que mi predecesor ha hecho respecto al asunto de las expropiaciones. De todos modos sí puedo decirle que no prestó la debida atención al asunto. Es inimaginable que hayan quedado más de cien establecimientos industriales sin incautar. Creo que han desaparecido algunas de las listas confeccionadas por la comisión...

Falta de palabra, modificación de actas... ¿Debía soportar todo aquello? ¿No habría llegado el momento de dimitir el cargo?

Leyes, decretos... El país se va depauperando y tú eres el representante del diablo. Coge el caballo al agricultor y luego, por más discursos que hagas, por más hojas de propaganda que hagas circular, todo el mundo tendrá la sensación de vivir bajo un régimen despótico. Despoja al trabajador de los beneficios de su trabajo y quítale el mínimo que necesita para vivir y lo habrás convertido en un esclavo, lo mismo que al labrador despojado de su caballo; haz eso con el trabajador y lo habrás convertido en un hombre a quien no le interese su quehacer. Se hundía el sentido colectivo de justicia y de responsabilidad, perecía la capacidad de empresa y se malbarataba el sentimiento de colectividad, y el pueblo, atacado en sus más viejas tradiciones y en su más profunda manera de ser, se iba doblegando poco a poco.

¿Aquel era el objetivo de su quehacer presidencial? ¿No habría llegado el momento de dimitir?

Abandonar aquello, abandonar...

Aquella idea la tenía siempre presente, incluso cuando hablaba con el general, y cuando permanecía inclinado sobre los documentos oficiales, cada vez que entraba en su despacho.

Entró en la cancillería y atravesó su antedespacho, en el que había un oficial gubernativo, junto al que trabajaban Irina Petrovna, Tatiana, la señora Hansen y algunas secretarias e intérpretes. Estaba rodeado de gentes que espían sus menores movimientos y todas y cada una de sus palabras. Desde hacía poco le habían colocado a una mujer que no procedía del Báltico, como muchas otras empleadas, sino de Prusia Oriental y que no dependía del jefe de la NKVD, como las demás. Aquella mujer pertenecía a otro engranaje. Él recordaba haberla visto en un banquete —una reunión social que no había vuelto a repetirse— durante el cual estuvo hablando con el elegante coronel de la brillante calva, que se expresaba en un alemán perfecto y que, según sus noticias, trabajaba en Berlín-Karlshorst. Aquella mujer iba demasiado aprisa, pues el primer día de trabajo en su cancillería se permitió abrirle la correspondencia. Era demasiado. Además estaba harto de verse vigilado por todo el mundo: por la intérprete, por el oficial gubernativo, por los altos empleados y por el mismo portero. Todos estaban al acecho para correr luego al jefe de la NKVD y comunicarle lo que habían podido atrapar.

Hizo entrar a aquella mujer.

No dijo nada respecto a la correspondencia abierta.

—Me alegra, señora, poderle comunicar una noticia agradable. He comprobado que el trabajo de secretaria en la cancillería no le conviene, es decir, no está hecho para usted. Así, pues, me alegra notificarle que la acabo de destinar a la oficina comercial, donde seguramente se encontrará usted mucho más cómoda que aquí. Allí se ocupará usted de recibir a la gente. La mayor parte de los que allí acuden son gente del Oeste que representan importantes firmas comerciales. Allí podrá usted desempeñar una función útil...

Fue todo un discurso.

La mujer quedó sorprendida y no supo reaccionar. Él aprovechó su sorpresa.

—Le deseo toda clase de prosperidades en su nuevo empleo. Puede usted comenzar inmediatamente.

La miró de soslayo. En aquel momento no acababa de dar un chasco a aquella mujer, que era la viuda de un alto funcionario del Estado, sino al mismo coronel Tulpanov. No estaba dispuesto a dejarse atropellar de aquella manera. Y no daría su brazo a torcer. Pero, en realidad, ¿por qué iba a entablar una batalla?

Abandonar aquello, abandonar...

El director general Hattinger entró en el despacho. Bajo el brazo llevaba un paquete de documentos oficiales. Hattinger iba a ser el caso número dos de aquel día. Hacía tiempo que trabajaba en la cancillería. Al principio fue uno de los más asiduos visitantes de la Schwanseestrasse, donde estaba la casa central del Partido, y luego, cuando las cosas comenzaron a organizarse, no faltó ni un día a la Lottenstrasse, donde estaba la central de la NKVD. La NKVD le había dejado escalar algunos puestos políticos y le mantenía ahora en la cancillería, cerca del Presidente.

Y allí estaba, sentado frente a él.

Pidió a Hattinger que se ocupara de poner en libertad a dos funcionarios antiguos militantes nazis. Según se desprendía de los documentos que tenía en la mano, los funcionarios no habían sido más que simples militantes. Y mientras hablaba pensó en el expediente que tenía en un cajón de su mesa de trabajo y en el que figuraba la historia de su Director General.

—Señor Hattinger —dijo el Presidente—, la vida de los hombres no suele discurrir en línea recta, sino que es como un mar en el que las olas van y vienen. Los hombres se equivocan a veces de camino, pero generalmente se percatan luego de ello y vuelven al sendero de la razón.

El señor Hattinger no lo comprendía así y se negó a hacer algo en favor de los detenidos.

—Óigame, señor Hattinger: ¿qué haría usted si yo me levantara ahora y le dijera: Usted estudió en la Universidad de Praga y allí, cuando su época de estudiante, fue algo más que un simple militante; allí fue uno de los más destacados jefes nazis de la Universidad?

No fue necesario decir más. El rostro de Hattinger se tornó blanco o, mejor dicho, se tornó de un color amarillento, como de cera, y sus orejas se encendieron súbitamente.

—Si yo le contara su caso al general, ¿qué haría usted, señor Hattinger?

El señor Hattinger se sintió desfallecer. Desde el primer momento se había convertido en un soplón sin escrúpulos y ahora era uno de los más conspicuos denunciantes.

Era un hombre eficaz e influyente: había liquidado a una agente que actuaba bajo las órdenes directas del jefe político de la Administración de Berlín-Karlshorst y había hecho desaparecer a un jefe de servicio de "información" de la NKVD de Weimar. ¡No podía tolerar que se le hablara de aquel modo! El presidente no sabía hasta dónde alcanzaba su poder.

Aquello hubiera debido bastarle. Pero no estaba satisfecho. No cesó de trabajar. Aquella misma mañana recibió a varias visitas y despachó como de costumbre. Había muchas cosas que hacer. Era época de elecciones. El país tenía que elegir un parlamento y del futuro parlamento tenía que salir el nuevo

gobierno. Una llamada de socorro lanzada desde una fábrica de chocolate vino a interrumpir su trabajo.

Fue pronunciado el nombre de un funcionario gubernativo.

Un nombre que inmediatamente tuvo la virtud de alarmarle. Sabía que aquel nombre estaba más allá de sus posibilidades. Pero no pudo dejar de lado el asunto. El funcionario Reuter, que en los archivos de la policía berlinesa figuraba como un criminal llamado Qualle, había sido un "hallazgo" de su antiguo vicepresidente Busse. Y aquel Busse, que era un tipo brutal y siniestro, temía a Reuter. Había estado con él en Buchenwald y ya entonces estaba acobardado por aquel hombre. Busse carecía de experiencia política y desconocía sus derechos y obligaciones. Por eso no había sido difícil desviarle hacia una fórmula heterodoxa. Y es que toda la pirámide política estaba construida con gentuza incapaz e indeseable. Los ocupantes no sólo habían favorecido a los antiguos perseguidos por los nazis, sino que se habían rodeado de auténticos criminales, como aquel Qualle, por ejemplo.

Ya había tenido que habérselas con Qualle. Fue cuando, tiempo atrás, aquel individuo quiso detener a cierta personalidad política para luego hacerse con su cargo. Pero fracasó y fue detenido. Los rusos, sin embargo, intervinieron en el asunto, libraron a Qualle de la pena que le debía haber sido impuesta, y un día Qualle apareció en el despacho del presidente; tenía un aspecto saludable e iba bien vestido.

—Vengo por orden de mi amigo Bechanov (que era un general de la NKVD), con el encargo de que me nombre usted funcionario gubernativo.

—Necesitaré algún tiempo para ello —le respondió.

Y Qualle, naturalmente, no fue admitido. Pero a espaldas suyas la NKVD situó a Qualle en el departamento comercial.

Berger, el director de la segunda fábrica de chocolate del país, en la que trabajaban setecientos obreros, le decía por teléfono:

—¡Hay aquí un funcionario gubernativo que pretende cerrar nuestra fábrica!

—¿Cómo se llama ese funcionario?

—Se llama Reuter.

Era Qualle.

—Dígale usted, por favor, que se ponga al teléfono.

Qualle oyó cómo le decían:

—En este momento queda usted despedido. Si se atreviera a obrar como funcionario gubernativo, mandaría que le detuvieran. Además, ¿quién le ha vuelto a admitir en el servicio del Estado?

—Mi amigo Bechanov.

Aquello le obligaba a ir hasta más allá de donde se había propuesto llegar. Nunca había visto tan excitado al jefe de la Administración. Por otra parte, el general no estaba solo en su despacho: junto a él había un paisano que al principio de la conversación trató de no intervenir demasiado. Aquel hombre, sin embargo, le había sido presentado como el profesor Judanov. Le dijeron que era un jurista especializado en derecho penal, pero a la primera ocasión se puso de manifiesto que el tal profesor no tenía la menor idea acerca de su supuesta especialidad. Su especialidad, pues, debía ser otra de la que decían. Le llamó la atención el modo cómo se comportaba Irina Petrovna cuando estaba ante el profesor. La intérprete Irina Semionova jamás había traducido con un tono tan impersonal, ni se había esforzado en pasar tan inadvertida

como cuando estaba en presencia de Judanov. Tres o cuatro veces observó que el general decía: "Nie Perevod" (no se traduce). Por lo visto no convenía que se enterase de algunas de sus observaciones ni que tuviera conocimiento del fondo de la cuestión.

¿De qué se trataba?

No se trataba únicamente del delincuente profesional Qualle, sino de todos aquellos hombres y métodos, que sin la ayuda de los Qualle y de tipos tan siniestros como el ministro del Interior, no hubieran prosperado jamás.

Abandonar aquello, abandonar...

No solamente se trataba de Qualle. Se trataba además de la reforma bancaria, de la reforma agraria, de las incautaciones y de otras muchas cosas... El dinero incautado a causa de la reforma bancaria se había quedado en poder de los rusos. Y los rusos, por su parte, adquirirían terrenos y casas, propiedades, fincas, teatros y cines, todo lo cual pagaban con papel mojado, que carecía del más mínimo valor. Las confiscaciones fueron perdiendo su primitivo carácter de control oficial y se convirtieron en simples actos de rapiña. Se trataba de la reforma bancaria, de los embargos y requisas, del hambre que sufría la gente, de la miseria de los estudiantes. ¿Adonde habían ido a parar las promesas? ¿Había sido todo un engaño?

Qualle, en resumidas cuentas, no era más que un síntoma: la oscura mancha de una manzana podrida.

—Señor general, puede usted elegir entre el funcionario gubernativo Reuter, llamado Qualle, o yo. Si ese hombre no es despedido inmediatamente, presentaré mi dimisión.

La preocupación asomó en el rostro del general. El señor Judanov permaneció callado. Se pidió una comunicación telefónica entre el jefe de la Administración y la jefatura de Berlín-Karlshorst. Fue servido té, y de pronto el señor Judanov prescindió de la intérprete y comenzó a hablar en correcto alemán.

El general, que había salido del despacho, entró precipitadamente y dijo:

—¡Mande usted a ese tipo al diablo, señor presidente!

—Bien; pero ese Qualle sólo es un síntoma. Es preciso que aclaremos otras muchas cosas.

—Ahora no puede usted dimitir, señor presidente. De un momento a otro, los alemanes volverán a administrarse por sí mismos. Los alemanes arreglarán las cosas a su gusto. De ahora en adelante nosotros sólo nos ocuparemos de ciertas cuestiones, es decir, de la desmilitarización, la desnazificación, la democratización. También nos ocuparemos de la cuestión de las reparaciones. Por lo demás harán ustedes lo que se les antoje, y respecto a la economía ya se encargarán ustedes de llevar a cabo el plan inicial. Por otra parte, ha sido usted anunciado como uno de los principales oradores de la próxima campaña electoral.

—Señor general: cuando hablo como Presidente del "Land" no lo hago como un hombre cualquiera que hace promesas a troche y moche y que luego olvida con facilidad. Hoy y mañana debo poder cumplir lo que prometo.

—Tiene usted razón. Puede usted prometer a la población que la cartilla de racionamiento de sexta clase va a ser suprimida. Será aumentada la ración de patatas. Y lo mismo ocurrirá con la ropa y los zapatos. El nivel de vida aumentará considerablemente.

El teléfono volvió a sonar.

—Una noticia muy importante, señor presidente: durante el año próximo pondremos en libertad a más de un millón de prisioneros.

Abandonar...

Las cosas no iban bien. La vuelta de un millón de prisioneros de guerra... Aquello era un buen argumento para ser esgrimido ante la población y convencerla para que acudiera a las elecciones.

—Señor general: la población está muy preocupada acerca de la cuestión de la frontera occidental. Según lo acordado en Yalta y en Potsdam, la frontera oriental quedó situada en el curso de los ríos Neisse y Oder. Según se desprende de unas manifestaciones hechas por el ministro de Asuntos Exteriores soviético, manifestaciones que han sido muy discutidas, se desprende que esa frontera ha quedado sin efecto. ¿Puedo hablar acerca de esa cuestión?

—No olvide usted que esto es como un hierro candente.

El general aceptó aquello con evidente desagrado, pero comunicó de nuevo con Karlshorst. Al cabo de un rato volvió y dijo:

—Puede usted hablar acerca de la línea fronteriza, señor Presidente.

El Presidente no dimitió.

El Presidente se levantó, despidióse de todo el mundo y, acompañado de Irina Petrovna, abandonó el edificio de la Administración Central. En el despacho quedó el teniente coronel Judanov, que en Weimar se había presentado como un profesor especializado en derecho penal. El general y el teniente coronel cogieron sendos cigarrillos, y no fue éste quien ofreció fuego a aquél, sino el general quien encendió el cigarrillo al teniente coronel.

—Los alemanes van a quedar muy sorprendidos —dijo Judanov—; las clavijas comenzarán a ser apretadas cuando tengan un parlamento.

OPERACIÓN TRASLADO

El teniente coronel Judanov sabía lo que decía.

Hacía cuatro o cinco semanas que en su calidad de representante de Iván Serov había instalado su cuartel general en Weimar. En primer lugar debía estudiar la situación y las posibilidades económicas de Turingia. Una buena idea es a veces más provechosa que todo un estado mayor de colaboradores, y su idea había sido que el jefe de la Administración militar sugiriera al Presidente la posibilidad de celebrar una feria de muestras. La feria fue instalada en el viejo castillo de Weimar y en ella se exhibieron coches, máquinas de escribir, cemento, lana sintética, potasas, material eléctrico e instrumentos ópticos. Todas las grandes firmas comerciales y las fábricas del "Land" concurren a la feria y demostraron en ella su capacidad de producción. De ese modo Judanov únicamente tuvo que echar un vistazo a la exposición y hacer luego algunas comprobaciones complementarias, para percatarse de la capacidad industrial y comercial de Turingia.

Aquella primera parte de su trabajo había podido ser realizada sin ninguna

dificultad.

Las listas de las fábricas que debían ser desmontadas ya habían sido entregadas a los jefes del personal competente y a los jefes del estado mayor de Saburov. El desmontaje de las fábricas e industrias que hasta entonces se había ido retrasando en Turingia, fue cuidadosamente preparado. Antes de comenzar los trabajos, debían celebrarse las elecciones y Turingia debía tener un parlamento y un nuevo gobierno, y hasta entonces no había más remedio que esperar. Pero tras las elecciones en la noche del primer sábado, las fábricas serían ocupadas militarmente y los hombres de Saburov podrían comenzar en seguida su trabajo. Todo había de ser desmontado: fábricas, industrias, líneas de ferrocarril e incluso aquellos objetivos que no podían ser transportados, como los hornos de cemento de Leuna y que debían aguardar la llegada de los arquitectos soviéticos.

Judanov vivía en Weimar.

Tenía un estado mayor ambulante, lo mismo que cuando la guerra, que acampaba en los sitios de más interés: una vez en Nordhausen, otra en Gera, luego en Eisenach y más tarde en Heiligenstadt. En este momento su estado mayor estaba en Jena.

Jena: Karl Zeiss y Schott. Las mundialmente conocidas industrias ópticas, que las bombas americanas casi habían reducido a escombros, trabajaban de nuevo, daban ocupación a diez mil hombres y producían unos cuantos millones mensuales de marcos para las reparaciones de guerra. Aquello significaba la casi totalidad de la producción alemana de aquella industria, pero las instalaciones Zeiss ya habían cumplido su objetivo, que era presentarlas a los visitantes del Oeste y mostrarlas a la población civil de la zona soviética como un brillante ejemplo de la recuperación industrial y económica de la Alemania oriental. Rusia necesitaba aquella industria y por lo tanto las fábricas Zeiss debían ser inmediatamente desmontadas. La maquinaria debía ser transportada. Y los trabajadores eran un indispensable complemento de las máquinas. Por lo tanto, los trabajadores también debían ser trasladados a Rusia. Aquella operación —el traslado de los especialistas y obreros calificados— debía realizarla la sección que operaba a las órdenes del teniente coronel Judanov.

Todo estaba preparado.

Budin, su viejo compañero, se había encargado de todo. Las tropas necesarias para aquella operación estaban dispuestas. Los contratos para "el trabajo voluntario en Rusia" también estaban a punto. En la estación de Jena se habían acumulado suficientes medios de transporte. Budin había organizado un tren de ciento veinte unidades, compuesto de vagones de carga, de pasajeros y restaurante. También se había encargado de preparar los vagones en que debían ser trasladados los trabajadores. La operación había de ser un ejemplo de traslado en masa y los trabajadores de las fábricas Zeiss habrían de llegar en perfectas condiciones a su nuevo destino.

—Todo está a punto.

—Sólo hay que apretar un botón.

Budin no dijo lo que estaba preparado ni en qué forma habría que apretarse el botón. No era necesario que los demás se enteraran de los pormenores de la proyectada operación. Y el comandante y el capitán de la NKVD de la Lottenstrasse, que estaban sentados a la mesa, en compañía de Judanov y Budin, no demostraron la más pequeña curiosidad. Los dos

invitados alemanes —el funcionario gubernativo Hattinger, que desde el incidente ocurrido con el doctor Paul se mostraba muy apagado, y su compañero, un individuo que estaba al frente de una librería que poco antes había sido requisada a su dueño— no comprendían el ruso. Ella, Juta y Liesbeth sí entendían algo. Ella, Juta y Liesbeth: el comandante había convertido aquello en una casa de lenocinio. Y el viejo médico, su esposa y su hija, los antiguos ocupantes de la casa, que habían sido arrinconados al piso superior, fingían no darse cuenta de nada. Lo mejor era no enterarse de ciertas cosas desagradables. Había allí demasiado ruido y un molesto ir y venir, y Judanov se hubiera cambiado de casa a no ser por el gusto con que estaban amuebladas aquellas habitaciones y por lo cómodo que en ellas se encontraba. Por eso no quiso dejar al comandante dueño exclusivo de aquella casa de la Lottenstrasse. Además sentía cierta compasión por la familia. El dueño de la casa le recordaba a cierto coronel Revievkin, un hombre de la vieja generación y de la vieja escuela, que años atrás le había impresionado vivamente. La NKVD había tenido que fusilar al coronel poco antes de la batalla de Moscú. Ya había transcurrido mucho tiempo de todo aquello, pero todavía recordaba el comportamiento de aquel coronel durante el juicio. No, no quería dejar el campo libre al comandante. No quería que el comandante dispusiera a su antojo de aquel Revievkin y mucho menos de aquella Revievkina, su hija, que de haberla tenido el viejo coronel de Estado Mayor, sería ahora como la hija del médico. Había estado casada y su marido había caído en el frente del Este. Por eso volvió a su casa y vivía ahora con sus padres. El comandante la cortejaba con asiduidad y cada dos por tres le enviaba billetes en los que decía: "Acuda mañana a tal o cual sitio; la esperaré en mi coche". ¡Qué sinvergüenza! ¡Durak! Ella, como es natural, no reaccionaba y no hacía caso de los billetes, ni de ciertas groseras insinuaciones. Hacía como si no entendiera. Y al comandante no le quedaba más remedio que continuar con su Juta, que había traído de Silesia, o con otra cualquiera que hubiera pillado en la calle, y que al fin y al cabo era mucho más adecuada para él. Era el día de las elecciones.

También las elecciones eran motivo de fiesta. Los restos de la cena todavía no habían sido retirados de la mesa. Juta trajo col fermentada y arenques. Un gramófono se puso en movimiento. Hubo baile. Budin y Ella desaparecieron. El capitán, a quien Ella pertenecía, comenzó a dar muestras de inquietud. Ese hijo del diablo, ese condenado Budin... Judanov se levantó: no quería riñas en la casa. Encontró a Budin y a ella en la cocina, donde también estaba la niña del médico. Al cabo de poco rato apareció el capitán y tras él vino el comandante, que no quería quedarse solo con los alemanes.

No había habido medio de llevar a la hija del médico a la sala y la cocina se había convertido en sala de estar.

El gramófono continuaba sonando.

—¿Por qué no vamos a la habitación de al lado?

—Sí, ¿por qué no?

De pronto, la hija del médico, que siempre se había negado a bailar con los rusos, ante el asombro de todos aceptó bailar con Judanov. Fue un milagro que aquella mujer a la que desde el primer día había cortejado suprimiera de pronto la distancia a que hasta entonces se había mantenido. Luego, cuando la noche hubo avanzado, estaba dispuesta a todo. Y cuando la reunión se deshizo fue ella misma la que le acompañó a su habitación.

Fue una experiencia inolvidable que a la noche siguiente se volvió a repetir. Una experiencia que la tercera noche, sin embargo, ya no se produjo.

Aquella noche —la noche del sábado al domingo— era la noche de Jena, de Karl Zeiss y de Schott. Hombres violentamente sacados de la cama, mujeres y niños deshechos en llanto. Pistolas ametralladoras, bayonetas... Y él estuvo toda la noche pensando en aquella mujer de Weimar.

Las viviendas estaban acordonadas por soldados soviéticos.

En las casas, los hombres eran obligados a firmar los contratos de "trabajo voluntario en Rusia". Cada cual podía llevarse a su mujer e hijos, así como algunas maletas. Pero debían abandonar sus casas —unas casas que les pertenecían—, pues la industria de Karl Zeiss, en Jena, había dejado de existir. A la misma hora en que eso ocurría, las fábricas comenzaron a ser desmontadas. Se les obligaba a firmar los contratos de trabajo, y de aquella manera quedaba borrada la violencia y se daba al asunto un aspecto de acción voluntaria. Firmar los contratos y luego, a toda prisa, hacer las maletas. Montaron en camiones y, acompañados de sus mujeres e hijos, fueron llevados a la estación.

Judanov no dejaba de pensar en la mujer de Weimar.

Los alemanes saben hacer algo más que cristales para lentes. Los alemanes han levantado grandes torreones y gruesos muros en torno a sus ciudades y desde hace mil años viven en casas de piedra y de pronto, bajo la puerta, se te cuele una mujer. Una mujer... ¡Al diablo con ella! También en las iglesias había imágenes de mujeres. Por ejemplo, en la catedral de Naumburg. Pero ¿era aquello lo que debía preocuparle aquella noche? Miles de trabajadores calificados, y ninguno de ellos debía faltar. Cada máquina debe ser desmontada y transportada de manera que al llegar a su destino pueda funcionar inmediatamente, sin pérdida de tiempo. Si luego faltara una de aquellas condenadas máquinas o uno de aquellos malditos obreros, el trabajo quedaría interrumpido.

Una operación de gran envergadura.

Todo tenía que ser llevado a la perfección. Podían ocurrir imprevistos y surgir obstáculos inimaginados. Budin iba de un lado a otro como una exhalación.

El pánico cundió por la ciudad. El teléfono comunicó entre Jena y Weimar y entre Weimar y Berlín. ¡Aquí la dirección de Karl Zeiss! ¡Aquí el alcalde de Jena! ¡Aquí el Presidente del "Land"! ¡Aquí la Administración Central!

—Señor Presidente: ¡las fábricas de Zeiss están siendo desmontadas y los trabajadores son llevados a Rusia! ¡Tiene usted que hacer algo inmediatamente!

Amaneció sobre la ciudad de Jena.

En la estación todavía había algunos trenes. Grupos de soldados rusos habían acordonado la estación e impedían que los familiares y amigos de los deportados, que precipitadamente habían abandonado sus casas, se acercaran a los andenes. Nerviosismo, desesperación, lágrimas. Apareció un coche con el emblema del Presidente del "Land". "Todavía hay tiempo, señor Presidente; ayúdeles usted." El coche marchó en dirección a las fábricas Zeiss, regresó a Weimar, volvió a Jena, se detuvo luego ante la Administración Central y finalmente volvió a las fábricas. El Presidente recorrió las grandes instalaciones industriales de Zeiss y Schott. Golpear de martillos, torpes manos que arrancaban piezas de las máquinas, material de producción cargado como

basura en camiones.

Un frenético capitán, gordezuelo y de rostro hinchado, conducía a los trabajadores de una máquina a otra y les azuzaba para que se apresuraran en su quehacer. Y, de pronto, vio un rostro conocido; un rostro que inmediatamente desapareció, pero cuyos rasgos recordó en el acto. Era un hombre que hablaba en ruso con el capitán y en alemán con los trabajadores y que, en cierto modo, parecía desinteresarse de cuanto ocurría a su alrededor.

El mar helado...

"¡Volver en seguida a Weimar! No pudo hablar con el jefe de la Administración. Y tampoco pudo hablar con el mariscal, que ahora se llamaba Sokolovski y que había confirmado las promesas de su antecesor. Y el mariscal cuyo nombre no estaba permitido pronunciar había dicho: "Se han terminado los desmontajes".

Por fin, el general. Irina Petrovna había podido dar con él. El general, que estaba al teléfono, no comprendía nada de lo que le decía.

—No es cierto; en Jena se hace cundir el pánico; nadie es detenido en la ciudad.

—Acabo de estar allí, señor general. Las fábricas están siendo desmontadas. Sus soldados están sacando a los obreros de la ciudad. En la estación, los trenes están atestados de deportados. ¡La población está excitadísima!

El general, sin embargo, no estaba informado de nada.

Nadie estaba informado, ni el jefe militar de Turingia estaba al corriente. Todo el mundo decía que aquel asunto no era de su competencia. Todo el mundo trataba de escabullirse. Y el Presidente sabía que predicaba en un desierto. El Presidente no había oído hablar de Iván Serov; de haber oído hablar de él, tampoco hubiera comprendido que aquel individuo pudiera desmontar a su antojo el complicado sistema de la representación soviética en Alemania. Y el Presidente tampoco pensó en Judanov, quien, por otra parte, también se hubiera excusado como los demás, pues al fin y al cabo no era más que la sombra de quien, desde el Kremlin, había proyectado la operación.

La operación duró veintiocho horas.

Tras veintiocho horas de ausencia, Judanov regresó a Weimar. Todo había sido llevado a cabo sin contratiempos, ni derramamientos de sangre. La acción había resultado un éxito, pero para ello había sido necesario que él estuviera en todas partes y ahora estaba agotado y deshecho. No tenía fuerzas para pensar en alguna mujer, ni tan siquiera para pensar en aquella imagen de piedra de la catedral de Naumburg. A medianoche se despertó, saltó de la cama, avanzó por el corredor y llegó ante la puerta de Ella. Pero la puerta, aquella noche, estaba cerrada.

Las noches siguientes tampoco se quedó la puerta abierta.

Todo había terminado. Ella no quería saber nada más de él. Finalmente, en la cocina, tuvo una explicación con Ella. No, no estaba enamorada de otro. No quería enamorarse de nadie más. No podía haber otro tan bueno y tan noble como él. Pero aquello no podía continuar. No dijo nada más y él tuvo que contentarse con aquella explicación. Fue luego pocas veces a Weimar, las justas para mantener a raya al comandante de la Lottenstrasse. Quería continuar protegiendo aquella casa. Pasaba los días viajando de un lado a otro. Tenía mucho trabajo. Los desmontajes se habían extendido por todo el país y se llevaban a cabo a un ritmo más que acelerado. Además de las fábricas se

desmontó la "maquinaria sobrante" de las instalaciones eléctricas de las industrias desmontadas, así como todas las dobles vías. Él no formaba parte del estado mayor de los desmontajes, sino que era el representante de Iván Serov y su quehacer consistía en controlar los trabajos efectuados por las brigadas que actuaban a las órdenes de Saburov. Y no solamente controlaba a Saburov, sino también la eficacia de la NKVD y la eficacia de la Administración Militar.

Una de sus más delicadas obligaciones era la vigilancia del Presidente. Hasta su llegada, el Presidente había sido vigilado de una manera estúpida. El carro lleno de paja, eternamente detenido a pocos pasos de la residencia oficial, y la casa de enfrente, que durante años se mantuvo vacía, es decir, ocupada por tres centinelas que comunicaban por teléfono con las oficinas de la NKVD y acerca de la cual se dijo al Presidente que estaba reservada para un general, eran medidas ridículas. Mucho más acertado que todo eso había sido, con la excusa de poner a su disposición una escolta, vigilarle directamente y hacer que su coche llevara el emblema presidencial, pues de aquella manera no podía dar un paso sin que ellos dejaran de enterarse. Aquellas órdenes no las había dado el jefe de la NKVD de Weimar, sino él mismo. Y las cosas funcionaban ahora mucho mejor que antes. Suena el teléfono: "El Presidente acaba de atravesar Stadtroda y va en dirección a Ulrichswalde". Puede ir a donde le plazca: a Jena, a Ulrichswalde, a Burgk, a ver como desmontan las fábricas de coches de Eisenach o a ver como desmontan las fábricas de porcelana de Hermsdorf: una llamada telefónica, o dos, tres, seis, diez llamadas irán señalando su camino. Sería conveniente que su chofer fuera puesto al servicio de la NKVD. Pero la "Lottenstrasse" había fracasado en aquel intento. Incluso intentó que fuera despedido y cambiado por una persona de confianza. Pero el chofer se había defendido. Y lo mismo había hecho el Presidente. El "caso" Paul era un asunto delicado. Desde luego, se habían cometido muchos errores, tanto por parte de la NKVD como por parte de la Administración. Las cosas, sin embargo, se complicaron cuando el Presidente se afilió al Partido Socialista. El jefe de la Administración advirtió al Presidente que su ingreso en aquel Partido burgués sería una grave complicación para la resolución de los problemas que debían ser resueltos con las autoridades rusas. Pero Paul ingresó en la SED con la esperanza de darle a su "gobierno" un mayor contenido político. El error ya estaba cometido y no podía ser reparado. Pero luego, tras la Conferencia de Londres, Paul continuó siendo la persona más adecuada para desempeñar el cargo de Presidente, pues nadie reunía mejores condiciones que él para ser exhibido ante el Oeste. Sonó el teléfono.

—El Presidente acaba de atravesar Stadtroda y va en dirección a Ulrichswalde.

En Ulrichswalde tenía el Presidente una pequeña propiedad. Sí, está enfermo. Es la segunda vez en poco tiempo que dice estar enfermo. La primera vez enfermó a causa de lo que hizo con la "perla" Karl Zeiss y la segunda — ésta de ahora— a causa de los desmontajes. Eran enfermedades políticas. Paul tenía los nervios demasiado delicados: cuando se le prohibió dar cierta conferencia en la Universidad de Jena, que él había querido pronunciar con motivo de la Conferencia moscovita de ministros de Asuntos Exteriores, se puso fuera de sí.

¡Una conferencia! Un grito de socorro, la llamada de auxilio de alguien que

se siente ahogar... Quería aprovecharse de su puesto. El mariscal prohibió la conferencia y él envió su dimisión por escrito. Se enfrentó con el Jefe de la Administración y le gritó: "Voy a dimitir inmediatamente". Pero su dimisión no fue aceptada. El mariscal le envió a uno de sus ayudantes, que le dijo: "Estimamos en mucho su salud. Pero puede usted estar enfermo todo el tiempo que quiera. El cargo continúa en sus manos. Aguardaremos su regreso. Entretanto, nombraremos a un sustituto". Esa era la situación. Ahora se estaba reponiendo. Iba de Ulrichswalde a Burgk y de Burgk a Gera, y en una y otra parte recibía visitas del general y de personalidades llegadas de Berlín. Pero sus visitantes tenían prohibido hablar con él de política. Durante las visitas únicamente podía conversarse acerca de fútbol y de temas por el estilo. Cada cinco días se publicaba un boletín en el que se daba cuenta de su salud. Se le permitía representar la comedia del "enfermo del Bósforo" hasta que su presencia fuera necesaria en las minas de oro de Kolima o en la Presidencia del "Federalny de la Alemania Oriental".

Mientras tanto, empero, iba engrosando su expediente. El expediente ya estaba casi completo: comenzaba en 1923, o mejor dicho, en 1918, aunque lo referente a aquella fecha todavía estaba algo oscuro, pero no lo suficiente para librarle del campo de Kolima.

Judanov permanecía sentado ante su mesa de trabajo, sobre la que tenía aquel expediente, que esperaba entregar a Iván Serov. Una gruesa carpeta llena de documentos. Todo estaba preparado para que el personaje fuera a pudrirse al infierno de Kolima. Al principio fue un destacado militarista y un furioso reaccionario. En 1918 sirvió como capitán de aviación, y en 1933 hizo que los dirigentes comunistas de Gera fueran detenidos sin orden judicial, con lo cual demostró su ideología de reaccionario. Por aquel entonces puso en libertad a un grupo de socialdemócratas, lo cual, si se quiere, era un punto a su favor, pero también, si se tenía en cuenta los motivos políticos de aquella liberación, resultaba ser un punto en contra suya.

Desde 1933 a 1945 se opuso a Hitler: un punto a su favor, si se quiere, pero también un punto desfavorable, si se tenía en cuenta los motivos de la misma. Después de la guerra los norteamericanos le nombraron alcalde de Gera (hay todavía muchos cargos públicos ocupados por gente nombrada por los americanos).

Presidente del "Land": eso sí que era motivo de castigo.

La reforma bancaria, la reforma agraria, los secuestros, los desmontajes: todo se le imputaba a él.

Otros detalles completaban la historia.

Su chofer, del que no quiere separarse, lleva un nombre falso. Ese chofer había sido coronel de aviación. Su familia vive en el sector occidental de Berlín. La esposa habita en una casa norteamericana y la hija trabaja en una tienda que también es de los norteamericanos. ¡El chofer más indicado para el presidente de un "Land" de la zona soviética! ¡Otro síntoma que había que tener en cuenta!

El jefe de la Administración Militar le regaló la edición alemana de las Obras Completas de Lenin. Y los libros están sin abrir en su biblioteca. El jefe de la NKVD le regaló un retrato de Stalin, no un grabado, sino una pintura al óleo. Y el cuadro desapareció en el granero. Por lo visto, en cierta ocasión dijo que esperaba que le hicieran un valioso marco, pero el marco nunca acabó de llegar. ¡Stalin en el granero! Y en su despacho, en vez del retrato de Stalin,

tiene un bajo relieve del rey Federico II de Prusia.

Un Presidente que no solamente mira con un ojo hacia el Oeste, sino que mira con los dos hacia el mundo capitalista, pero que a pesar de ello es un hombre necesario. Porque de haber otro cebo en el anzuelo no picarían los pececillos del lado occidental.

Y otra cosa: Munich.

El primer ministro bávaro invitó a los presidentes de todos los "Länder" alemanes, incluso a los de la zona de ocupación soviética, a una conferencia. No hay ni que pensar en enviar allí a un representante. Si enviáramos a un representante junto a los otros cuatro presidentes sería tanto como quitarle la punta al anzuelo. Las demandas en pro de la unidad sonarían a falso. ¿Qué debe hacerse? ¿No participar en el juego, como opina Tulpanov? No, de ninguna manera. El "enfermo del Bósforo" debe ponerse bueno inmediatamente: esa fue su opinión en Karlshorst y eso fue lo que allí se decidió.

El presidente tiene que ponerse en pie en seguida.

Sí, era algo factible. Judanov cogió otra carpeta en la que figuraban los documentos relativos a otra de las "extravagancias" del presidente. Se trataba de las notificaciones de robos, asaltos, violaciones y asesinatos cometidos por miembros del Ejército Rojo. Aquellos documentos estaban redactados por abogados del Estado y habían sido entregados en secreto por el fiscal general.

Muy bien; con aquello le harían salir de su cueva. Judanov llamó a Budin, le explicó el caso y le ordenó que, acompañado de algunos miembros de la "Lottenstrasse", se presentara en casa de tres o cuatro abogados del Estado. Debía hacer las visitas de noche e interrogar a las personas en cuestión, dejándolas en seguida en libertad.

—Únicamente se trata de asustar a esa gente. ¿Entiendes? Lo importante es que esos individuos tengan ahora una sensación de inseguridad. Los interrogatorios deben girar acerca del fiscal general. Todo eso debe hacerse en la más absoluta reserva.

Budin comprendió.

—¡Apresúrate!... ¡Preséntate inmediatamente en la "Lottenstrasse"! Ahora mismo hablaré por teléfono con el jefe.

—Voy en seguida. Pero para ello necesitaré dos noches.

La acción no podía ser realizada en menos de dos noches. Al tercer o cuarto día Judanov podría saber el resultado de la misma.

Llegó el tercer día.

Sonó el teléfono: "El Presidente acaba de abandonar Burgk y se dirige hacia la autopista. En este momento, el Presidente acaba de pasar por el cruce de Hermsdorf y se dirige hacia Weimar. El Presidente acaba de entrar ahora mismo en la Administración Militar".

LA ESPERANZA PERDIDA

"Haz que tu corazón permanezca firme ante los súbditos, pues el pueblo sólo admira a aquel que no teme el peligro." Aquella era un máxima de gobierno del tiempo de los faraones; un aforismo que tenía más de cuatro mil años, y que todavía era válido.

La noche está silenciosa. Ladra un perro. Unos pasos resuenan sobre la grava del jardín. Las ventanas del "enfermo Presidente" están iluminadas.

Un hombre se acercó a la casa, abrió la puerta, y entró y la volvió a cerrar.

El visitante nocturno era el fiscal general. Dietershofen-Aachern, el chofer, le había conducido hasta la casa.

—Señor Presidente: no podía venir a verle a otra hora que ésta. Los criminales se dedican ahora a perseguir a los abogados del Estado. Sólo usted, señor Presidente, puede hacer algo. Debe usted volver a su puesto. He oído decir que la NKVD está enterada de que recibe usted informes de los abogados del Estado. Se trata de los informes privados referentes a actos vandálicos cometidos por soldados rusos, que yo le hice a usted en secreto. Las cosas han ido tan lejos que muchos abogados temen ser detenidos de un momento a otro.

Abandonar...

No, no podía ser. No podía dejar en la estacada al fiscal general y a los abogados que habían confiado en él. Al día siguiente se trasladó a Weimar. Se presentó ante el Jefe de la Administración.

—Señor general, vuelvo a tomar posesión de mi cargo.

Unos tópicos de felicitación por su manera de desempeñar el cargo.

—Me felicito de que haya usted venido con carácter oficial a este despacho —dijo el general, mirándole como si esperara algo más del Presidente. Pues el general era un hombre capaz de coger el toro por los cuernos.

—Señor general, desearía hablar con usted en presencia del jefe de la NKVD.

—Eso no es posible.

Media hora después, el jefe de la NKVD entraba en el despacho del general, donde todavía permanecía el Presidente.

—Según mis informes, señor coronel —dijo el Presidente dirigiéndose al jefe de la NKVD—, está usted mal orientado respecto a la cuestión de los abogados del Estado. Fui yo quien hizo reunir los documentos que usted sabe. Los abogados han obrado por orden mía.

Bien; aquello era una aclaración que debía tenerse en cuenta. En el futuro era a él a quien debían dirigirse. La mejor defensa es el ataque.

—Algunos de los documentos se los entregué a ustedes —dijo (se trataba de los casos que figuraban con la nota de "alemanes con uniformes rusos")—. Debo decirles que, a pesar de mis esfuerzos, todo ha quedado aquí sin aclarar. Sin embargo, les comunico a ustedes que he reunido una más completa información acerca del particular y que los documentos que actualmente tengo en mi poder los entregaré a ustedes, al general o al mariscal en el momento oportuno y de esa manera se sabrá toda la verdad y se tendrá conocimiento oportuno de los embustes que acerca del particular se imputan a los miembros del Ejército Rojo.

Es posible que aquellos documentos no se refirieran a supuestas falsedades, sino a auténticos hechos criminales cometidos por miembros del Ejército Rojo. El jefe de la NKVD sabía cómo había de reaccionar en un caso como el que acababa de plantear el Presidente: detención y demás. Pero

ocurrió algo muy diferente.

En el rostro del coronel de la NKVD apareció una sonrisa en forma de mueca, y en el del general asomaba una expresión de cazurrería campesina. Las palabras del Presidente le brindaban la oportunidad de iniciar una larga conversación. El tema valía la pena. El coronel, empero, quiso antes cubrirse la retaguardia; así, pues, se levantó, se excusó y abandonó la habitación. En el despacho de al lado llamó al jefe de la Sección Operativa, que había preparado las cosas para el día de la entrevista con el Presidente.

Habló con el teniente coronel Judanov.

—Lo importante es que vuelva a tomar posesión de su cargo —dijo Judanov—. De momento, el material preparado no tiene interés.

—Pero, ¿qué quiere usted, teniente coronel Judanov? El pájaro está en nuestras manos.

—Sí; pero en el momento menos pensado puede echar a volar.

—No, no lo crea usted. El pájaro no saldrá de sus tres nidos.

Los tres nidos, según Judanov, eran la finca de Ulrichswalde, la casa de Burgk y la residencia de Gera.

—Allí lo tenemos seguro.

El coronel regresó al despacho del general. Continuaba el asunto de los abogados. El material no volvió a ser mencionado. Al cabo de un rato y tras la felicitación del jefe de la NKVD y del general, el Presidente abandonó la Administración Militar.

La cancillería tenía el mismo aspecto de siempre.

Sombras, sombras... Se cruzó con algunas de aquellas sombras en la escalera y en su antedespacho. Las sombras se inclinaban a su paso. Y se inclinaban en su despacho, al tiempo que le ofrecían las carpetas repletas de documentos oficiales. Pero ahora las conocía a fondo, pues había aprendido a diferenciarlas unas de otras. Y sabía cuáles de aquellas sombras trabajaban para los rusos. Estaba convencido de que durante su ausencia aquellas sombras habían hecho todo lo posible para acabar con él.

Pero el Presidente no sabía cuál era la organización para la que aquellas sombras trabajaban. Y tampoco sabía que el jefe del sistema de vigilancia en el que se hallaba prisionero era el coronel Judanov. El Presidente ignoraba que alguien que actuaba bajo las órdenes de Judanov había dejado sobre su mesa de trabajo dos papeles señalados con lápiz rojo. Los cogió.

Uno era una carta del Presidente de Baviera, que invitaba a sus colegas, los demás presidentes, a una conferencia en Munich, y otro era un artículo periodístico escrito por su sustituto, en el que se hacían ciertas declaraciones oficiales con las que no podía estar de acuerdo.

¡Imposible!... ¡Estúpidos! Peor aún: ¡canallas, traidores! El país está siendo arrasado. Brigadas de trabajadores desmontan todo lo que encuentran a su paso. Y todo es cargado en caravanas de camiones y en trenes y es transportado hacia el Este. Pueblos y campos quedan incomunicados y arruinados por haberse quitado las vías que hasta ellos conducían. Ha suprimido la cartilla de racionamiento de VI clase, pero la de V clase es igual que la que acaba de ser suprimida. Confiado en la palabra del mariscal, ha hablado al SED. Y el mariscal no ha cumplido luego su promesa. Una anciana le paró en la calle: "Señor Presidente, he votado según su consejo. ¿Nos aumentarán ahora la ración de patatas?" Otra promesa: mejora en la cuestión de la ropa. Pero sus expertos habían echado cuentas.

Por persona: 1,09 metros de ropa interior cada seis años y medio; y 1,09 metros de ropa de abrigo cada cincuenta años, un par de medias cada dos años, y un par de zapatos cada quince años.

Ventajas, mejoras... ¡Bandidos!

"Somos un partido alemán", se oye decir en todos los altavoces, y al mismo tiempo que se están desmontando las industrias Zeiss, el jefe de ese partido, el señor de la barba a lo Lenin, dice, y no precisamente a una o dos personas, sino a ochenta militantes que forman la junta política del país: "No debemos engañarnos: las industrias Zeiss estarán mucho más seguras al otro lado de los Urales que aquí".

¿Un partido alemán?

¡Sinvergüenzas, bandidos, canallas!... Todos los cimientos han sido socavados y el edificio comienza a tambalearse. La estructura económica del país está siendo radicalmente cambiada y la población vive en la miseria. Una esperanza, empero, se mantiene en pie: las seguridades dadas en la Conferencia de Potsdam, donde las tres Potencias aseguraron que Alemania volvería a recobrar su unidad geográfica, económica y política. Y ahora el primer ministro de Baviera le invitaba a tomar parte en una conferencia que debía reunir a todos los primeros ministros de Alemania, y él o su representante, rechazaron la invitación.

¡Bandidos!... ¡Hay para volverse loco?

Generales, agentes, traidores. Estaban locos, y él, a pesar de su larga experiencia como abogado, durante la cual había sido acosado por toda clase de sabuesos, era el más loco de todos y había caído en la trampa como el más ingenuo. ¿Por qué?

Porque creía en el derecho y en la razón, en el sentido de la historia y en la humanidad.

Derecho, razón, humanidad, ¿podía darse todo eso bajo el imperio de los rusos? No, no. Ya ha dejado de creer en ello. Ahora ha visto el rostro de quienes gobiernan con él. Sin embargo, a pesar de todo, está obligado a creer en la Conferencia de las tres Potencias: la unidad de Alemania.

Este fue el motivo por el cual le prohibieron hablar en público —sesenta y cinco millones de personas que vivían en el corazón de Europa es algo que debe tenerse muy en cuenta—, y aquella prohibición fue lo que le decidió a presentar su dimisión.

Ahora, sobre la mesa de su despacho, había aquella invitación para acudir a Munich. La invitación y también la excusa para no asistir a ella. El motivo por el cual se había rechazado la invitación había que buscarlo al igual que tantos otros hechos en la tontería o en la traición. Pero no importaba. El deseo de restablecer la unidad era algo que atañía a todo el pueblo, y era además el imperativo histórico de aquel momento. Había que hacer todo para conseguir la realización de aquel deseo, comparado con el cual nada importaba todo lo demás, incluso la propia ruina.

Ahora comienza la lucha por "Munich"; se nota que volvemos a tener presidente en el país.

Zarandea bastante bien a los miembros de la Dieta y a los camaradas de la Schwannseestrasse.

Con esa gentecilla no hay manera de hacer auténtica política.

Cada día se cometen más tonterías.

Pero no está mal meter ese lucio entre las carpas.

El jefe de la Administración, el jefe de la NKVD, y el coronel Judanov estaban reunidos. La reunión se celebraba en casa del general. Sobre la mesa había platos con arenques, pan seco y vodka. Muy diferente de los banquetes oficiales. Aquello era casi como en casa.

—Sí, uno quisiera terminar con estos "duraks".

—Como en el caso de la delegación de Nordhausen.

Su representante anunció la visita de una delegación de Nordhausen y le dijo de qué se trataba: los habitantes de Nordhausen habían decidido separarse de Turingia y unirse a Sajonia.

—Diga usted a esa gente que no quiero tratar con rebeldes y que si al salir de mi despacho los encuentro en la cancillería los haré detener inmediatamente.

—Sí, señor presidente; pero ese es su democrático derecho.

—¡Su democrático derecho! Hasta ahí hemos llegado. Ahora resulta que los alcaldes y las dietas tienen derecho elegir el "Land" que más le guste. Es posible que dentro de poco las dietas y los alcaldes de Meiningen y de Sonneberg decidan unirse a Baviera. ¡Y usted, que es el representante del Presidente, encuentra eso natural! De usted, desde luego, puede esperarse cualquier cosa.

Habían manejado al representante del presidente como a un perrillo faldero. Pero el general y el jefe de la NKVD no habían previsto las consecuencias de su maniobra y ahora volvían a felicitarse por tener a un presidente tan despierto.

—Es un tipo listo y siempre encuentra la respuesta adecuada, como cuando el asunto del tesoro nupcial de Ana Pavlovna.

El capitán general había encontrado un gran cofre empotrado en una de las paredes de su casa. El mismo Presidente le había proporcionado los especialistas necesarios para ponerlo al descubierto. Cuando el trabajo estuvo a punto de terminarse, el capitán general despidió a los obreros con la excusa de que no podía resistir el ruido que hacían. El cofre resultó estar lleno de joyas y piedras preciosas. Ningún alemán se enteró de la existencia de aquel tesoro. Cuando el Presidente preguntó acerca de la marcha de los trabajos se le dijo que se trataba del equipo de novia de la princesa Ana Pavlovna, que a principios del siglo dieciocho fue a casarse a Weimar. Aquello mismo se le dijo para justificar otros saqueos de tesoros oficiales. Y el Presidente en aquella ocasión comentó: "A juzgar por la cantidad de objetos encontrados, el ajuar de la princesa Pavlovna debía llegar desde San Petersburgo hasta Weimar".

Grandes risas. El general, el coronel y el teniente coronel se sirvieron más vodka y comieron algo más de arenques. Sí, no estaba mal aquel Presidente que en vez de rehuir el peligro buscaba la lucha.

—Karascho...

Pero ahora se trataba de Munich, que era algo muy diferente.

¡Y al principio había parecido tan fácil! Se rehúsa la invitación y la cosa se pone en marcha. Pero las cosas habían ocurrido de muy diferente manera. El rechazo de la invitación había promovido una oleada de indignación popular. Y la indignación subió de punto cuando apareció un artículo del Presidente de Sajonia-Anhalt, en el que también se rechazaba la invitación. Una conferencia celebrada en un gran hotel de Harz y a la que concurren los dirigentes del SED de los "Lands" de la zona soviética, acabó de complicar la cuestión. El coronel Tulpanov, de Karlshorst, estuvo presente en la reunión y no dijo

palabra. Ni una sola vez se levantó contra la invitación de Munich. Antes de terminar el debate, la Junta Directiva acordó enviar un escrito a Munich en el que se pedían ciertos detalles de la proyectada Conferencia y todo quedó como entre brumas. Tulpanov regresó a Karlshorst y se abstuvo de hacer alguna declaración, pues no quería atraerse la enemistad de las gentes.

La Administración rusa de Berlín-Karlshorst no se definió. Pasaron los días y nada ocurrió.

—Un bocado muy caliente; nadie quiere probarlo.

—¿Quizá Paul?

El doctor Paul fue a Halle y sobre la mesa del Primer Ministro de Sajonia vio la respuesta negativa a la Conferencia de Munich y dijo que aquello podía significar la rotura de relaciones con Munich.

—No firme usted esta carta. Yo tampoco he firmado.

No valió de nada. Fue enviado un telegrama en el que se pedía la ampliación de ciertos detalles y que en realidad equivalía a una declinación.

—¿Tulpanov?

—Su actitud no puede ser más clara: hace todo para impedir la celebración de la Conferencia. Pero tiene que obrar con prudencia, sin llamar la atención de las gentes.

—No saldremos del atolladero. Ahora resulta que los de Munich hacen el juego a los presidentes, pues propagan la idea de que nosotros somos los culpables del fracaso de la Conferencia.

—Esto es insostenible; nos pasamos el tiempo haciendo propaganda en favor de la reunificación de Alemania y ahora somos víctimas de esa propaganda.

—¿Cómo salir del atolladero?

El coronel Tulpanov sabía cómo salvar la situación. Durante la última reunión del secretariado central del SED había dicho que se dijera al Presidente de Prusia Oriental que al principio mismo de la Conferencia de Munich debía presentar, como primera cuestión del día, la siguiente:

"Creación, a través de los diferentes Partidos políticos democráticos alemanes, de una Administración Central cuyo objetivo fuera el logro de la unidad de Alemania."

La orden, además, decía:

"Caso de no ser aceptada esa proposición, los primeros ministros abandonarán inmediatamente la Conferencia."

De esa manera no podían ocasionar ningún perjuicio. Todo, pues, dependía de la seguridad que se tuviera en la Delegación. Y los ministros debían ser leales. Incluso debían estar seguros de Paul. Y para ello había que restarle influencia; hacer algo para que no pudiera llevar la voz cantante. El Presidente de Mecklenburgo era de confianza, pero el de Brandenburgo, por ejemplo, aunque de una manera discreta, había apoyado a Paul. Y tampoco los ministros de Sajonia-Anhalt y Sajonia, cuya procedencia burguesa era bien conocida, inspiraban demasiada confianza. Paul trataría de conquistarlos y de poner con ello en peligro la maniobra.

—¿Qué es lo que ahora hace Paul?

—Conspira —respondió el jefe de la NKVD.

—Siempre hace eso.

—Recorre incesantemente el país. Va de Weimar a Dresden y de Dresden a Halle. En este momento acompaña al Presidente de Halle a Dresden.

Un idioma, un pueblo y un país: éste era el contenido de la conferencia que no le habían dejado pronunciar en Jena. Dos de las Potencias ocupantes habían dado un paso hacia la unidad. Entre la zona inglesa y la zona norteamericana no había ninguna frontera. La zona francesa de ocupación se mostraba vacilante. Pero las dudas no tardarían en desaparecer. Para la zona soviética, la unidad significaba el final del aislamiento y la liberación del yugo económico y político.

Había que ir a Munich. Había que vencer todos los obstáculos.

El Presidente de Turingia había aceptado la confianza que dieciocho millones de personas que vivían tras el telón de acero habían puesto en él. El Presidente sabía que el calvo coronel de Karlshorst era su principal enemigo. Pero la posición del coronel no era demasiado segura, pues la razón no estaba de su parte. El coronel, en aquel caso, no podía apoyarse en las resoluciones de la Conferencia de Potsdam, que cada tres por cuatro eran recordadas en los periódicos de la zona soviética. La cláusula concerniente a la unidad de Alemania se oponía a sus planes. Por eso el coronel obraría en la sombra, sin dar la cara. Por eso, y debido al cansancio que una política obstruccionista procuraba a los delegados del SED, perdió la primera etapa del juego. El coronel había debido rechazar su primer proyecto de torpedear la asistencia de los presidentes de la zona oriental y cambiarlo por otro que consistía en privar a éstos de toda libertad de movimiento. El coronel pretendía que la Conferencia fracasara y que la culpa del fracaso pudiera achacarse a los delegados occidentales.

El doctor Paul estaba sentado en su coche junto a su antiguo compañero de estudios, el Presidente de Sajonia. Estaban unidos por un mismo pasado de luchas en común. Creían ahora haber asegurado su asistencia a la Conferencia. Pero se percataban de las dificultades que habrían de vencer.

—Vaya exhibición que nos han hecho: ¡pura escuela moscovita! —comentó el doctor Paul.

—Toda oposición ha sido inútil —dijo Friedrichs.

—El representante del SED —ya sabemos que procede de las filas socialdemócratas—, que ostentaba la presidencia, no podía ocultar sus esfuerzos para mantenerse en la línea que le habían señalado.

Friedrichs asintió con un movimiento de cabeza. Tenía la mirada fija en la carretera. El cansancio asomaba a su rostro. El coche atravesó Klosterlausnitzer Forst.

—De todos modos, lo importante es que vamos a Munich. Ya veremos qué ocurre luego... —dijo Paul.

La mano de Friedrichs se posó sobre su brazo.

—Por favor, haz parar el coche. Quisiera hablarte a solas —dijo.

Paul mandó detener el coche. Se apearon y comenzaron a pasear bajo los grandes árboles de Klosterlausnitzer. Friedrichs se volvió y miró hacia el coche, que había quedado veinte o treinta pasos a su espalda. Respiraba con dificultad. Paul no había de olvidar la expresión de sus ojos.

—Sé que voy a ser asesinado —dijo Friedrichs—. Y no seré el primero; otros antes que yo han conocido el mismo final. Los canallas me están envenenando. A veces no como ni bebo, pero eso no sirve de nada. No puedo más.

—Asesinado...

Friedrichs parecía estar gravemente enfermo.

—Escucha... No conoces a Fischer. El día del banquete de Jukov te hablé de él y te dije algo respecto a sus relaciones amorosas con ciertas policías. A una de esas policías —una muchacha morena a la que seguramente habrás visto en su casa— la convirtió en su amante y un buen día la hizo desaparecer. Nadie ha vuelto a saber más de ella. Fue sustituida por una rubia, una joven dulce de ojos azules. Fischer bebe demasiado. La rubia siguió el camino de la morena y también desapareció. Ahora tiene a otra. Además es un ladrón. ¿Qué ha ocurrido con las cartas de Goethe al conde de Brühl? Se apoderó de ellas y las entregó al Archivo de Turingia a cambio de una partida de neumáticos. Pero no las entregó todas. Parte de la correspondencia se la quedó él. Yo mismo he presenciado toda la maniobra. Presencí muchos casos como ése. Y peores que ése. Actos criminales: robos y asesinatos. Fui recogiendo pruebas de todo ello. Hice un expediente. Tenía absoluta libertad para enterarme de lo que quisiera. ¿Hasta cuándo tenía que soportar aquel hombre y ver cómo se emborrachaba con gente de su calaña? Un día cogí el expediente y me fui a Berlín, al Secretariado General del Partido y puse las pruebas sobre la mesa del Secretario General. Aquel hombre me miró impasible y luego me volvió la espalda. Sí, se mostró algo preocupado, movió la cabeza de un lado a otro, como si le acabaran de explicar una fechoría propia de chiquillos.

—¿Qué ocurrió luego?

—Hubo una reunión a la que Fischer fue invitado. Pero Fischer volvió. No le destituyeron. ¿Comprendes? No, no puedes entender. Crees que estoy enfermo. Pues no, no estoy enfermo. Irás a Munich y ya verás lo que sucede conmigo. Pero alguien tiene que saber la verdad.

Continuaron el viaje hacia Dresden. Friedrichs se apeó ante su casa en Meisenweg. Paul contempló cómo se alejaba su amigo y echó luego una larga mirada a la silenciosa calle, antaño animada de vida burguesa y convertida ahora en residencia de los jefes del Partido y del Gobierno, cerrada al tráfico por cada uno de sus extremos, vigilada por policías y prácticamente separada del resto de la ciudad.

Allí vivía Friedrichs, y frente a él, de manera que pudiera ver a través de las ventanas de su casa y oír todo lo que se dijera en voz alta, vivía el ministro del Interior, Fischer.

El coche arrancó y la valla se levantó a su paso.

El doctor Paul dejó atrás Meisenweg, se alejó de Dresden y aquella misma noche llegó a Weimar. El siguiente viaje lo hizo por la autopista, hacia Hermsdorf, hasta Klosterlausnitzer Forst, en el solitario lugar donde se cruzan las carreteras que van de Este a Oeste y del Norte a Sur, que a su vez son atravesadas por la autopista que va de Berlín a Munich. El coche continuó hasta un poco más lejos de aquel lugar y luego se detuvo. Allí debían reunirse los presidentes de las regiones orientales, para continuar juntos el viaje hasta Munich. Ninguno de los presidentes había llegado todavía. Grandes abetos como mástiles se levantaban al borde de la carretera. Digitales y valerianas crecían al borde del bosque. Procedente del Norte llegó un coche que se detuvo junto al suyo. En el coche iba el Presidente de Mecklenburgo, que había votado contra la Conferencia y de quien no había esperado Paul otra cosa,

pues el mecklenburgués gobernaba su "Land" como hubiera podido hacerlo el administrador de una colonia rusa.

El doctor Paul miró hacia el Norte.

Aguardaba a Friedrichs y al Presidente de Brandenburgo, quien, aunque de manera cautelosa, le había apoyado en la cuestión de la Conferencia.

Se acercó un coche. Era un BMW, de los que únicamente podían utilizar las autoridades de ocupación. El coche pasó de largo, en dirección a Baviera. Junto al chofer, la silueta de un oficial ruso. Se acercó otro coche. Junto al motor, en el guardabarros delantero, llevaba el banderín de Sajonia. El coche se detuvo junto al suyo. Pero Friedrichs no apareció y en su lugar descendió Fischer, el ministro del Interior.

—El Primer Ministro está gravemente enfermo. No hay esperanzas. Los médicos han dicho que morirá de un momento a otro.

Esto fue lo que dijo Fischer.

Altos abetos y sobre ellos el cielo azul. Un viento del Asia sopló sobre Klosterlausnitzer Forst.

—No podemos aguardar. Debemos continuar el viaje. El Secretariado central me ha encargado que le recordara a usted que, caso de no ser aceptada nuestra proposición, debemos retirarnos inmediatamente.

Aquel era Fischer.

Había formado parte de un equipo de espionaje en China y durante la guerra había sido comisario de una columna móvil. Tras la ofensiva alemana contra Moscú había caído en desgracia e hizo de locutor de la emisora "Alemania libre". Luego, de pronto, comenzó la "buena vida" en la capital de Sajonia: paredes adornadas con cuadros antiguos, alfombras auténticas, una gigantesca piel de oso polar extendida al pie de la cama, fuentes repletas de manjares, una bien provista bodega y un pequeño armario con licores escogidos. Todo aquello había cambiado su aspecto y le había dado una máscara de bien alimentado buen burgués. Era un hombre que incluso podía tener arranques sentimentales, como cuando de improviso aparecía en el barrio obrero de Leipzig, donde vivían sus viejos padres, quienes durante casi treinta años habían estado sin tener noticias de él. Un "bomhomme" capaz de recoger en su casa y emplearla en su cocina a la mujer de un refugiado e incluso de adoptar a la hija de ésta y de guardarla en su bien provista covacha, junto a la policía.

El ministro del Interior de Sajonia y el Presidente de Mecklenburgo, enemigos declarados de la Conferencia de Munich y el liberal pero débil Presidente de Sajonia-Anhalt le acompañaban en su viaje a Munich. De haber venido el Presidente de Brandenburgo, las fuerzas hubieran estado más equilibradas, pero a última hora se hizo saber que, a causa del trabajo, su Administración le había retenido hasta muy tarde. El ministro llegaría con retraso a Munich.

Cena en Munich. Era aquella la primera vez desde la guerra que los presidentes de los diferentes "Länder" se sentaban a la misma mesa. El espíritu de Munich ayudaría a que todo saliera bien.

—Esta mañana he salido de casa en Weimar y esta noche he llegado a casa en Munich— dijo Paul al contestar al discurso de bienvenida pronunciado por el Presidente de Baviera.

Traslado a la Cancillería.

Era una cálida noche de verano. Las luces brillaban bajo las copas de los

árboles. Las mesas de los cafés estaban rodeadas de gente que presentaba un aspecto tranquilo y despreocupado. Cogidas del brazo, parejas de jóvenes hablaban y reían.

Aquello era un cuadro extraño para un hombre que acababa de llegar de la zona del silencio, donde a los dos años de haberse terminado la guerra todavía permanecían las calles a oscuras y donde al anochecer cada cual buscaba apresuradamente el seguro refugio de su casa.

La primera sorpresa que se produjo en la gran sala de la Cancillería fue la proposición, que ya parecía estar preparada, de la orden del día. Los oradores que primero habían tomado la palabra pertenecían a los sectores occidentales, de manera que ningún representante de la oriental podía dejarse oír.

¡Imposible...! Durante largas semanas había luchado en favor de la Conferencia y muchas veces, a lo largo de interminables reuniones e inacabables negociaciones había tenido que mostrarse "inclinado hacia el este" y ahora, tras tanto esfuerzo, ni él ni sus compañeros del este podían tomar la palabra y debían hacer el simple papel de oyentes. La atmósfera que había en la sala, no recordaba en nada a la que poco antes había reinado durante la cena de bienvenida. Dos frentes se habían encontrado. Y los representantes de uno de aquellos frentes se encontraban mucho mejor que los otros, pues no tenían a los rusos como fuerza ocupante y habían olvidado que los alemanes de la zona oriental no habían requerido la presencia de los rusos, que para los dieciocho millones de habitantes de la zona significaban una pesada cruz.

Paul echó una larga mirada a su alrededor. ¿No habría nadie que le secundara? De pronto, en medio de la tirante atmósfera, sonó una voz que parecía surgir de un cuartel prusiano: era el Presidente de Mecklenburgo que formulaba la proposición del SED: "Propongo como base preliminar, como primera cuestión en la orden del día de esta Conferencia..."

Los presidentes de las zonas occidentales rechazaron por unanimidad la proposición.

Según las órdenes recibidas del Partido, en su calidad de Presidente de la delegación oriental, Paul estaba obligado a levantarse y a retirarse de la Conferencia. Pero no se levantó. Sabía lo que su actitud significaba y no obstante trató de encontrar una fórmula conciliatoria. Propuso que cada Presidente pudiera hacer uso de la palabra durante quince minutos.

Su proposición fue rechazada.

Fue un error, una tremenda equivocación, y por si no se había dado cuenta de ello allí estaba el ministro del Interior, Fischer, quien no le quitaba los ojos de encima, para hacérselo ver. Pero Paul continuó en su puesto y, por segunda vez, contravino las órdenes del Partido. El rostro de Fischer se congestionó. Se veía que hacía esfuerzos para permanecer en su sitio. El delegado de Sajonia-Anhalt no le ayudó. Nadie acudió en ayuda de Paul.

Hizo, sin embargo, una nueva proposición.

Un representante de la zona oriental —y ese representante debía ser él mismo— continuaría negociando, según su nueva proposición, con el Presidente de Baviera.

Ir y venir entre los delegados.

¿Qué sabían de la verdad los delegados occidentales? Sus calles estaban iluminadas, sus ferrocarriles corrían por vías dobles o triples, su economía estaba siendo reconstruida. ¿Qué saben ellos acerca de lo que ocurre tras el telón de acero? Ellos gozan de absoluta seguridad personal, son libres y no

temen nada. ¿Qué saben ellos acerca de la gente que está condenada a vivir en silencio, que no se atreve a hacer el más pequeño comentario y que ni tan siquiera se da cuenta si hace sol o si la lluvia golpea los vidrios de sus ventanas? ¿Es que la voz de los dieciocho millones de alemanes condenados al silencio no podía ser oída aquí, en esta Conferencia?

¿A qué tanto ir y venir y consultarse unos y otros?

Su segunda proposición tampoco prosperó. Fischer le lanzaba miradas de odio. ¿Debía decir toda la verdad? Él es quien apoya a los saqueadores de Alemania. Él, el jefe de la NKVD, es el responsable de todo lo que ocurre. Mañana dirá: Munich no fue una demostración en favor de la reunificación de Alemania; en la zona occidental no reina la más pequeña voluntad en favor de la reunificación alemana.

Dar golpes sobre la mesa no es lo más adecuado en tal clase de conferencias. El Presidente de Baviera habría luego de decir que, salvo el Presidente de Turingia, los demás delegados orientales llevaron la contraria.

Habló sin que le hubieran concedido la palabra.

Desconcierto, indignación, desmayo. Palabras impensadas. La angustia de una zona quería manifestarse y no encontraba palabras para ello. Un puño cayó sobre la mesa y puso fin al discurso.

El doctor Paul abandonó la sala de sesiones y con él se marcharon los delegados de Brandenburgo y de Sajonia-Anhalt, así como el ministro del Interior de Dresden.

El ministro del Interior Fischer volvía a tener un rostro radiante. La conferencia había transcurrido de la mejor manera. Podía estar contento del resultado. Acompañado del representante de Wecklenburgo, emprendió el camino de regreso. No importaba que los presidentes de Turingia y de Sajonia-Anhalt, así como el Presidente de Brandenburgo, que había llegado con algún retraso a la Conferencia, se quedaran en el Hotel para tratar de negociar un arreglo imposible. A las diez horas y sin haber logrado su propósito, emprendieron la marcha a la zona oriental.

Satisfacción en la Administración. Optimismo en el SED. El país había perdido una gran esperanza. La población iba a ser más oprimida que antes. ¡Ahora sí que se había acabado de abrir el abismo entre el Este y el Oeste!

LA BARRERA SE ALZA

Duelo nacional en Sajonia. Un Presidente era llevado a enterrar. Un gran entierro oficial. Montañas de flores... Flores y coronas.

En el gran espacio donde se celebraban las honras fúnebres se habían congregado Presidentes, ministros, representantes de la Administración Militar, Presidentes de las Dietas, representantes de los otros "Lander", el Gobierno de Sajonia, los jefes del Partido y numerosas delegaciones de las fábricas. Y también había mucha policía... Y también mujeres policías, y también la tercera mujer que el ministro del Interior había metido en su casa.

Los altos funcionarios del Partido vestían trajes nuevos. Barbilla a lo Lenin y ojos azules... "A veces me produce escalofrío", había dicho de él el muerto. También el profesor Judanov estaba allí. Un extraño profesor que en aquella ocasión había comparecido vestido de teniente coronel. Y si la vista no le engañaba, pensó Paul, aquel era el hombre cuya silueta vio al lado del chófer del BMW que atravesó la carretera el día que marcharon a Munich, cuando su coche aguardaba en Klosterlausnitzer Forst.

Entre el cortejo de personalidades figuraba un hombre vestido de negro, tocado con un sombrero negro, que permanecía solo. Nadie se acercaba a él. Nadie le dirigía la palabra. Y, sin embargo, allí figuraban muchos conocidos suyos, especialmente entre los representantes de los diferentes gobiernos y entre los antiguos socialdemócratas, gentes que no le habían visto desde hacía unos diez años. Aquel hombre era Ernst Reuter, que después del doctor Werner, y tras la retirada de Louise Schröder, había sido nombrado alcalde de Berlín, cargo que no había sido ratificado por los rusos.

Banderas inclinadas.

—Víctimas inmortales...

—Víctimas inmortales... —cantaba la mujer policía, cantaba el ministro del Interior Fischer, cantaba el jefe gubernativo, cantaba el jefe de la fábrica, que tenía un aspecto radiante de satisfacción. El jefe de la fábrica y su hijo habían sido carpinteros. Con la madera hubieran podido hacer objetos hermosos y duraderos, pero ahora no eran más que gusanos y la madera que roían estaba podrida...

La agitación política continuaba en medio de las honras fúnebres. "Tras la ceremonia se reunirán todos los presidentes; debe usted venir; no falte", le dijeron a Paul al oído.

Presidentes del Este y Presidentes del Oeste, unos contra otros. Reuniones del Secretariado Central en Dresden, en Berlín, en Harz. Viajes, proyectos para establecer una comisión de control, conversaciones diarias con el Jefe de la Administración. Más viajes en coche, máquinas de escribir que arrojaban montones de cuartillas, palabras y más palabras. Y total: nada; peor que nada: cada palabra era retorcida hasta que perdía su prístino significado, cada acuerdo era acomodado sobre un potro y se le retorció hasta convertirlo en una monstruosidad.

Cuando está en su despacho —donde no hay ningún espejo— es como si estuviera en una sala de espejos y sabe que las paredes recogen cada uno de sus gestos y las expresiones de su rostro.

Dos grandes ojos están vueltos hacia él.

Una mujer que no se había dejado intimidar quería hablarle.

¿Una trampa? ¿Una agente?

La mujer se percató de su pensamiento.

—Apriete usted el timbre, señor Presidente: ya sé lo que me aguarda.

Luego habló.

—¡Abusan de usted, señor Presidente! Se valen de su nombre para volvernos locos. Nada importa lo que usted dice, nada importa lo que usted hace. Se nos está traicionando. ¿Hasta cuándo durará esta comedia?

La mujer dijo lo que él mismo sabía y formuló las preguntas que él mismo se había formulado mil veces. Llegó a su casa, se apeó del coche y, al pasar, vio aquel rostro de hielo que tiempo atrás había visto en la fábrica Zeiss, el día en que se comenzaron a desmontar las máquinas, y que no sabía por qué

motivos no había podido olvidar. August Gnotke llegó con la manguera, la esponja y el trapo y comenzó a limpiar el coche. El doctor Paul había decidido quedarse con el chofer y con el acompañante de rigor. En principio no había querido a nadie más. Pero tuvo que emplear a aquel lavacoches, que vestía el uniforme de la policía. Y la verdad es que no era el peor entre quienes le rodeaban. El muchacho era discreto y casi nunca ponía los pies en la casa. Siempre se le veía en el garaje o en el jardín, y siempre iba acompañado de un gran perro dogo que hacía innecesaria cualquier otra vigilancia.

Su chofer deseaba hablarle. Todos querían hablarle. Aquella mujer de hacía poco, otra que se le había acercado en el bosque. Y todos lo querían hacer inmediatamente, sin pérdida de tiempo, como si se tratara de algo en que les fuera la vida.

La vida estaba en juego. Dietershofen estrujaba su gorra.

—Señor Presidente: me cuesta pedírselo, pero le ruego que prescinda usted de mis servicios.

—¿Qué le ocurre a usted? ¿No le gusta Gnotke, el lavacoches?

—No, señor Presidente, no tengo nada contra Gnotke. Es más: me da lástima. No; no se trata de esto, pero por favor, señor Presidente, despídame usted antes de que sea demasiado tarde. No quisiera que esos canallas se aprovecharan de mí contra usted.

Así, pues, también Dietershofen. Se marchaban uno tras otro. Ayer mismo había tenido que decir a uno de sus servidores: "Váyase usted: creo que no le podría proteger durante mucho tiempo". Le iban aislando. Iban haciendo el vacío a su alrededor. Ni una persona, ni una carta, ni una palabra acerca de la realidad de las cosas: nada podía llegar hasta él.

Y ahora le tocaba el turno a Dietershofen.

—No, señor Aachern —le dijo, y era aquella la primera vez que le llamaba por su verdadero nombre—, no se preocupe usted, no está usted en peligro. Todo lo que aquí sucede puede ser declarado por cualquiera. No hay nada que deba ser ocultado. Le ruego que se quede en su puesto; yo por mi parte debo quedarme en el mío.

Dietershofen se retiró. Había que llegar hasta el final. "Aprovecharse hasta lo último", rezaba una fórmula que no sólo se aplicaba a su persona. "Nos parece muy bien que el Presidente haya manifestado claramente su punto de vista", había dicho cierta personalidad, y en seguida se lo habían ido a comunicar. "Si el Presidente continúa obrando de esa manera, es posible que algún día le tiren una pedrada por la espalda", le comunicaron que alguien había dicho acerca de él.

Una pedrada por la espalda... Aquello no tendría la menor importancia, en medio del desconcierto económico y político.

Justicia...

—¡Kikiriki! —gritó el Presidente, y abrió la puerta de su despacho y salió corriendo por la casa. ¡Justicia social con criminales profesionales que ocupaban los puestos políticos de mayor importancia, con criminales que aparentaban ser sus hombres de confianza, con un ladrón que hacía de director general de seguridad, con un Presidente rodeado de generales, canallas y traidores! El vicepresidente había sido destituido. Un hombre que era responsable de la muerte de centenares de presos políticos, un privilegiado cabo a quien las SS concedían permiso especial para ir a pasar los fines de semana a su casa en Erfurt, un criminal que escogía sus víctimas en el campo

de Buchenwald y a las que luego se encargaba él mismo de "liquidar". Cientos y cientos de víctimas más... Y ahora una conjuración del silencio. Incluso un escritor occidental había silenciado ese aspecto de los campos de concentración en un libro que trataba sobre el Estado nazi y las SS. El miedo hacía callar a miles de hombres que habían sido testigos de aquellos crímenes. Y el vicepresidente había vivido en paz hasta que se puso de manifiesto que también había "liquidado" a algunos prisioneros rusos. Y el vicepresidente criminal fue destituido. Fue sustituido por un individuo tan corto de alcances que por pura tontería contravino algunas disposiciones de la NKVD. Estaba ordenado que, en ciertos casos, cuando se oyera decir algo interesante, uno debía abandonar la reunión y anotar lo escuchado, sin que nadie reparara en ello, pero el nuevo vicepresidente no se tomó la molestia de abandonar la sala de sesiones en la que estaba reunido el Gobierno y, en presencia de todo el mundo, fue anotando cuanto creyó de interés para sus jefes.

La limitación y la falta de inteligencia eran compensadas con la devoción comunista. Y aquél era el segundo hombre del país, pero no; en el país ni había un segundo hombre ni un primero: en el país ya no quedaba ningún hombre. La limpieza se había llevado a través de las grandes reformas económicas (quien nada posee nada tiene que defender y carece de la necesaria moral para defenderse). Generales, canallas, traidores... Y un pueblo de depauperados física y espiritualmente. El hambriento se queda sin fuerzas y es incapaz de pensar, ni de reaccionar. Se acaba entonces la fuerza para defender la casa, la familia, las tradiciones, el derecho, la libertad e incluso la dignidad y la independencia del país de sus mayores.

¡Cobardes! ¡Y el Presidente el más cobarde de todos!

Un jarro de porcelana de Hermsdorf —un precioso regalo de un amigo que había sido secuestrado— voló contra la pared y cayó hecho añicos.

Su esposa entró en el despacho.

—¿Te has vuelto loco?

—Lo estaba... Don Quijote en medio de un páramo.

—Aquel jarro tan hermoso —exclamó la mujer, pero en el fondo nada le importaba.

Por fin había estallado la bomba. Desde el principio había sospechado que las cosas terminarían de aquella manera y que todo acabaría mal.

Don Quijote montado en su viejo rocín.

—El derecho no es más que un viejo rocín. El derecho: eso es lo que yo había querido poder instituir bajo el dominio de los rusos —exclamó y luego gritó—: ¡Kikirikí!

—¡Por Dios!

Por Dios fue roto el jarro y por Dios se hundió un viejo pencho en el polvo. Desde el momento en que el jarro de Hermsdorf fue estrellado contra la pared hasta el instante en que fue estrellado otro objeto pasaron algunos días. Pero el cenicero de bronce que fue arrojado contra el vidrio de la ventana fue un grito de alarma nocturna que Irina Petrovna dirigió a la casa vecina, en la que vivía el fiscal general soviético.

Otra vez las obligaciones propias del cargo: recibir visitas, firmar documentos, celebrar reuniones gubernamentales, sostener conferencias con el general, días de gran trabajo y agotamiento, días en que se debía ocultar la desesperación.

Abandonar... Pero ya no podía uno abandonar aquello, ni podía presentar

la excusa de la enfermedad, ni podía renunciar al cargo. Una, dos, tres veces lo había intentado durante su gobierno y nunca lo había conseguido. Quien monta un tigre no puede descabalgarse de él a su antojo.

Fue a ver al Jefe de la Administración Militar.

Siempre había estado en buenas relaciones personales con el general, que era un hombre de rostro ancho y modales sencillos, con sentido del humor y una gran agudeza de campesino. Más de una vez había informado al general acerca de cuestiones referentes a economía occidental y de la manera cómo en occidente se enfocaban ciertos problemas, y a la esposa del general la había convertido en una bailarina capaz de salir airosa en cualquier fiesta de sociedad. Las buenas relaciones habían comenzado en ocasión de darle él a la esposa del general algunos consejos referentes a la manera de arreglar la mesa y otros detalles. En alguna ocasión, por ejemplo, estando él sentado junto a la esposa del general, la había cogido discretamente del brazo cuando ésta, al serle presentado un dignatario occidental, había querido levantarse. Ella resultó ser una discípula agradecida y en poco tiempo dejó de ser la campesina que era cuando su llegada a Alemania y se convirtió en una señora. Y también el general supo apreciar el valor de los discretos consejos que de él había recibido.

El general no estaba solo. El representante del FDGB —los Sindicatos Libres Alemanes— estaba con él. La escasa capacidad productiva de Berlín se había convertido en una grave cuestión. Los cincuenta y cuatro mil artesanos no bastaban para cubrir las necesidades de la población. Sin embargo, según el representante de los "Sindicatos Libres Alemanes" los propietarios de pequeños talleres no tenían ningún derecho para ejercer su oficio por su cuenta y debían ser incorporados a las fábricas o a las ruinas. El asno del representante de los sindicatos rebuznó:

—¡Guerra contra el nazismo! Veinticinco mil artesanos deben ser inmediatamente detenidos. Pues más de la mitad de los cincuenta y cuatro mil son nazis.

—Eran simples afiliados —dijo el Presidente— y, además, todos realizan un trabajo corporal, y usted como representante de los sindicatos sabe igual que yo la enorme escasez de trabajadores manuales que hay en Alemania. No querrá usted sustituir a los deshollinadores, hojalateros, zapateros, techadores y demás por inexpertas mujeres.

—Los cincuenta y cuatro mil trabajadores son, aunque antes no fueran más que afiliados, un grave problema político.

—En sus sindicatos hay hoy día más de cien mil antiguos afiliados nazis, lo cual significa una quinta parte del total de la gente que actúa bajo sus órdenes. ¿No es eso un peligro? De ser consecuente con su manera de pensar, debería usted comenzar la limpieza en sus propios sindicatos.

El general se mantenía aparte en la conversación y reservaba su autoridad para el siguiente punto del programa, que era una cuestión de mayor interés que aquella.

El duelo entre el representante de los sindicatos y el presidente giró luego en torno a la pretensión formulada por aquél de acabar con la clase media y aumentar así los trabajadores destinados a las minas de uranio de Sajonia. ¿Por qué estaba luchando? Se preguntó el presidente si hasta entonces todo había sido luchar contra molinos de viento. Y además, mañana o pasado mañana habrá cesado en su cargo y las duras negociaciones habrán terminado

y tanto el representante de los sindicatos como la central del SED, en Berlín, podrán imponer tranquilamente su voluntad.

La discusión fue interrumpida cuando todavía no se había llegado a ningún acuerdo. El siguiente visitante, un distinguido invitado procedente de la Unión Soviética, no debía hacer antesala.

Un eminente jurista de Moscú.

A las pocas palabras se vio que aquel individuo estaba dispuesto a proceder con mano dura. Eso, por lo menos, se desprendía de sus cálidas alabanzas.

—Señor presidente —comenzó el general—: el verano pasado, de acuerdo con lo ordenado por el Comité de Control, una serie de industrias pasaron a ser propiedad de sociedades soviéticas.

Ordenado y puesto en práctica. Eso es lo que ocurrió cuando la palabra de un mariscal dejó de cumplirse. "La Unión Soviética garantiza la seguridad de las industrias de los "Lander" de la zona", había dicho el mariscal Sokolovski, con lo que cosechó gran cantidad de oradores que hablaron en su favor. Luego, sin embargo, muchas industrias fueron requisadas en concepto de reparaciones de guerra por la Administración Militar Soviética y otras fueron compradas con el dinero robado gracias a la reforma bancaria o con papel moneda de curso irregular. Y luego fueron adjudicadas y explotadas por sociedades soviéticas. De esa manera perdió el país sus mejores industrias.

—Hasta ahora no han sido inscritos en el Registro de la Propiedad los trasposos de bienes —dijo el jurista de Moscú— y le ruego que los registradores de la propiedad se pongan inmediatamente manos a la obra.

Bien; de manera que hasta ahora habían estado robando a su antojo y ahora pretendían legalizar los robos. ¿Por qué? Pues porque a pesar de todo, en Moscú no estaban seguros de poder impedir la reunificación de Alemania y querían que en su día los robos no aparecieran como tales.

—Siento mucho —repuso el doctor Paul— estar al margen de esa cuestión. Mi autoridad no alcanza a esos asuntos.

—Únicamente se trata de asegurar la transferencia de propiedades.

¡Era increíble que le supusieran tan tonto!

—Usted es jurista igual que yo, y usted sabe que los bienes únicamente pueden ser transferidos de mutuo acuerdo y libremente. Pues bien; aquí no ha habido acuerdo sobre el precio de compra y por lo tanto la transferencia, como usted dice, no se ha efectuado de una manera libre. Ustedes están ahora en posesión de los bienes y esto es todo. Pero la propiedad de esos bienes continúa siendo del país. Y sobre las propiedades del país sólo puede decidir, por mayoría de las dos terceras partes, la Dieta. Yo, como le digo, no puedo hacer nada.

El jurista de Moscú no quería saber nada acerca de la Dieta, pues se trataba de hacer las cosas sin darles demasiada publicidad.

—Dejémonos los detalles para otra reunión. Limitémonos ahora a un objetivo concreto, por ejemplo, a las minas de potasa de Turingia.

¿Limitarse? ¡Aquello era para salirse de sus casillas! Aquellas minas eran una de las mayores minas de potasa de Europa. Y como las minas no habían podido ser desmontadas, al igual que la mayor parte de las industrias del país, habían sido incautadas por las autoridades de ocupación. En cierta ocasión, sin embargo, se dijo oficialmente que las minas continuaban siendo propiedad del "Land". El mariscal había dado su palabra de que las minas serían respetadas

y cuando el general dijo que las explotaciones industriales debían pasar a manos de los ocupantes, pues con ello los obreros podrían continuar en su empleo, y que de no hacerse así debería precederse al desmontaje de las mismas y su traslado, en concepto de reparaciones de guerra, a Rusia, la propiedad de las minas fue puesta en peligro. Ahora iba a revolverse de nuevo toda la cuestión, que tiempo atrás había costado largas negociaciones, por los juristas soviéticos.

Y el presidente olvidó que, al cabo de un par de días, quizá aquella misma tarde, podía quedar apartado del gobierno. Y una vez más, con el mismo ímpetu de siempre se lanzó contra los molinos de viento.

—Señor general —dijo—, si nos quitan las minas de potasa tendré que rogar a la Unión Soviética, digamos al país, que pague treinta mil millones.

Treinta mil millones en oro, y Molotov, el ministro de Asuntos Exteriores de la Unión Soviética, había fijado en diez mil millones de dólares la cuantía de las reparaciones de guerra.

El general y jurista moscovita se arrellanaron en sus sillones y mostraron un creciente interés por el asunto.

El doctor Paul continuó:

—Las existencias de las minas que acaban de ser cerradas ascienden a unos cien mil millones de quintales, lo cual quiere decir que durante unos mil años estarían ustedes aprovechándose de estas minas.

—Nosotros únicamente pagamos las instalaciones —dijo el general.

—Señor general, permítame usted un ejemplo: supongamos que yo sea el dueño de un filón de oro que corre a cinco metros bajo la superficie del suelo y del que sólo con las manos, sin ayuda de ninguna herramienta, puedo extraer el precioso metal. En vez de pagarme el valor del filón, usted pretende pagarme el valor de la modesta escalerilla de madera que hasta él conduce.

La respuesta fue un encogimiento de hombros.

Paul continuó:

—Las minas de potasa están gravadas con una hipoteca inglesa de nueve millones de libras.

—Las minas deben sernos entregadas libres de todo gravamen.

—Las cosas sólo pueden ser entregadas tal y como están, dice un milenarismo aforismo jurídico.

Aquella observación la dedicó al jurista.

Luego, volviéndose al general, le dijo:

—Señor general: yo tengo una manzana en mi mano y la manzana está llena de gusanos. Usted viene y me ordena que la entregue inmediatamente. Pues bien, yo sólo puedo entregar la manzana tal y como está, es decir, llena de gusanos.

—Y nosotros nos comemos la parte buena de la manzana y arrojamamos el resto.

No había solución. Era darle vueltas al asunto. El jurista moscovita propuso continuar las negociaciones al día siguiente.

Las negociaciones tampoco prosperaron al día siguiente. El presidente no estaba dispuesto a dejarse avasallar. Su excusa era la Dieta y su falta de autoridad sobre la misma, y los rusos temían que se diera al asunto demasiada publicidad.

—Es un tipo obstinado, más difícil de mover que una mula tozuda —dijo el general tras la última reunión.

—Hay que continuar negociando. No conviene precipitar las cosas. Lo mejor será irlo ablandando. La cosa vale la pena.

El día siguiente iba a ser una jornada decisiva en la vida del presidente. Había cumplido sus obligaciones diarias con toda puntualidad. En la Administración Militar había sido el tenaz negociador de siempre y en la junta de gobierno había conducido el debate con la habilidad de costumbre. Al terminar la conferencia se dirigió al jefe de la Cancillería y le dijo: "Mañana recibo en el Hotel del Golf de Oberhof al Presidente de Hessen. Después de la recepción oficial, me quedaré algunos días en el Hotel con los huéspedes. Luego continuaré el viaje hacia Leipzig. Así, pues, la próxima reunión del gobierno tendrá lugar de aquí a tres días". Luego había regresado a su casa, donde estuvo revolviendo papeles y seleccionando algunos documentos que tenía intención de quemar. Más tarde había acudido a una casa donde un amigo suyo celebraba su cumpleaños. En la casa había unas cuarenta personas, entre las que pasó una velada muy agradable. Había hecho todo para ocupar su tiempo y de vez en cuando, a causa de sus nervios alterados, había tenido un pequeño fallo. Quizá en algún momento, durante las gestiones llevadas a cabo en la Administración Militar, se había mostrado demasiado brusco; quizá durante la reunión gubernamental, mientras pensaba en los cambios sufridos por aquella asamblea, había estado mirando con demasiada fijeza a los miembros del gobierno, y quizá había hablado demasiado fuerte al decirle al jefe de la cancillería su programa para los tres días siguientes. También había sido de lamentar que Irina Petrovna, al entrar a despedirse de él y preguntarle si deseaba alguna cosa más, tal como hacía cada noche, le hubiera sorprendido con un montón de documentos bajo la mesa, cosa que ella no dejó de observar. Pero su mayor fallo todavía tenía que ocurrir y su secretaria Irina Petrovna había de jugar en él un papel de protagonista.

Entre todas las intérpretes, secretarias y demás "señoritas" que lo rodeaban, Irina Petrovna Semionova era la más eficaz, discreta y al mismo tiempo misteriosa. Tenía un rostro como de porcelana, surcado por una cicatriz, que a veces, cuando Irina Petrovna se enfadada, se teñía de rojo, como él mismo había podido observar. Al contrario de las demás agentes, que pagaban con su atractivo, o con su brutal belleza, como ocurría con la segunda intérprete, los puestos que ocupaban, Irina Petrovna vivía como una monja. ¿Qué es lo que escondía bajo su pálida frente? ¿Cuál era el propósito que perseguía? ¿Era aquella mujer una auténtica representante del sistema? Desde luego, no era el miedo lo que ataba aquella mujer al Partido. Aquella mujer no daba la impresión de tener miedo y parecía estar más allá de cualquier deseo personal. Todo aquello hubiera podido explicar su estoica manera de ser. Pero, no. En cierta ocasión, ella acudió a él gritando como una bestia salvaje. Iba a ser destituida, "destituida".

—Entiéndalo usted: destituida.

Él acudió al entonces general y le dijo que no podía estar cambiando continuamente de personal. Irina Petrovna continuó a su servicio.

El incidente ocurrió la noche de la fiesta, en casa del amigo que celebraba el cumpleaños. Los invitados bebieron y bailaron y obraron como si todavía fueran personas e incluso tuvieran fuerzas para alegrarse. Irina Petrovna también estaba allí, con su rostro de porcelana, su negro cabello estirado y su eterna actitud de reserva. Se hizo tarde y hacia las dos de la noche él montó en su coche y regresó a su casa. Su mujer, entretanto, quizá a causa de lo

avanzado de la noche, había salido en su busca. Se cruzaron en el camino: él, en su coche, no la vio; pero ella, que iba a pie, sí reparó en él y regresó a casa.

Él llegó primero.

No encontró a su mujer y tampoco ninguna noticia de dónde podía estar. ¡Dios mío! ¿Dónde podría estar? Las maletas estaban abiertas y a medio hacer. Trajes y vestidos sobre las sillas y camas. Ise no estaba en casa. ¿Qué podría haber ocurrido?

Telefonó a la casa de donde acababa de salir.

—¿Está ahí mi esposa?

—No.

—¡Por Dios!

Alguien quitó a su interlocutor el teléfono de las manos y de pronto sonó la grave voz de Irina Petrovna.

—Ahora mismo voy.

—Está bien, Irina Petrovna. Todo se aclarará.

¡Qué tontería! ¿Cómo podía él haberse descubierto de este modo? ¿Cómo había podido descubrir su nerviosismo? ¡Y ella, Irina Petrovna, de qué manera se había sobresaltado!

¿Pero dónde estaba? ¿Qué había ocurrido?

Su esposa estaba allí, en la habitación. A medio camino había vuelto atrás. Y ya estaba en casa. Él se sintió aliviado, pero tuvo que desahogarse. Gritó a su mujer. ¿Cómo había podido darle semejante susto? Él había tenido que estar todo el día con los nervios contraídos. En la Administración, en la Cancillería, en las fiestas, en todas partes había tenido que aparentar tranquilidad y llevar una máscara puesta. ¿Cómo había podido darle semejante susto?

Irina Petrovna había montado en un coche y se había dirigido a casa de Paul, cuyo centinela le abrió en seguida la puerta. Había luego subido sin hacer ruido las escaleras, había visto las maletas a medio hacer y había escuchado todo cuanto hablaron Paul y su esposa. Ya no tenía el antiguo rostro de porcelana; la máscara había caído y la cicatriz estaba al rojo vivo. Sobre la mesa había un gran cenicero de bronce. Y, de pronto, antes de que el Presidente y su esposa sospecharan su presencia, cogió el cenicero y lo arrojó por la ventana, cuyos vidrios saltaron hechos añicos, en dirección a la casa del fiscal general soviético.

El fiscal general soviético, el centinela que estaba ante la entrada, Gnotke, que debía encontrarse en el patio, el chofer Dietershofen y el acompañante, que le acababan de conducir a casa... todos debían estar despiertos... Y en medio de la habitación, Irina Petrovna. Lanzó un grito, no ya de alarma, sino de angustia mortal. Paul se percató de ello inmediatamente. Y corrió las cortinas, que era lo único que en aquel momento podía hacer.

Irina Petrovna continuó sollozando. Una mujer feroz que había matado a más de cien hombres; una mujer que en los bosques de Bielorrusia había acabado con las vidas de muchos alemanes y también de muchos rusos; una mujer que no había conocido el miedo y que ahora, de pronto, volvía a sentirse humana, volvía a sentirse la hija de aquel general que cierto día desapareció tras el humo de pólvora de un pelotón de ejecución.

Paul se percató que la existencia de aquella persona había sido minada hasta lo último. Nada importaba su futuro. Ella había escuchado infinidad de conversaciones políticas y estaba al corriente de todo y su sentencia era

irrevocable.

—¡Cálmese usted!

Las palabras de Paul, las cortinas corridas ante las ventanas, el silencio de la noche y, sobre todo, el hecho de que su acción parecía no haber llamado la atención a nadie, la hicieron volver en sí.

—Usted se marcha —dijo de pronto—; usted se marcha...; pues lléveme con usted.

Aquella idea, que de pronto brilló como una luz en medio de las tinieblas, la hizo llorar de nuevo. Abajo, ante la puerta de la calle, aguardaba el coche con el chofer ruso. Paul descendió la escalera y dijo a Dietershofen:

—Despida usted el coche. Diga usted...; diga usted que me peleé con mi esposa y que ahora nos hemos reconciliado de nuevo. Diga usted lo que quiera; pero haga que se marche en seguida. Dígale que no aguarde a Irina Petrovna.

Al entrar en su despacho, la situación continuaba como antes. Irina Petrovna estaba sentada sobre el sofá de cuero y tenía los nervios descompuestos. Al abrir él la puerta su esposa le ofrecía a Irina un sedante. Ella tomó una, dos, tres píldoras y al cabo de un rato se durmió.

El programa de la fuga tenía ahora que realizarse de un modo cronométrico, sin la más pequeña falla. Antes de la recepción oficial en el Hotel del Golf de Oberhof tenía que recibir la visita del obispo de Sajonia-Anhalt, a quien esperaba en la Cancillería. Por otra parte, debía vigilar a Irina Petrovna, que continuaba profundamente dormida, y luego, en Weimar y en Oberhof, tampoco debía perderla de vista. Su esposa no podía ayudarle, pues al amanecer marchaba a Berlín, donde se encargaría de preparar las cosas para que a su llegada hubiera un avión dispuesto y pudiera trasladarse sin pérdida de tiempo a la zona occidental.

El obispo estaba sentado frente a él.

¡Es difícil estar al frente de la Iglesia de la zona oriental! Poco tiempo antes, el presidente había hecho algunos favores a la Iglesia, con motivo de la festividad del Corpus, y el obispo de Fulda le había agradecido personalmente sus gestiones. Ahora era el obispo protestante de Sajonia-Anhalt quien le contaba sus dificultades. Al cabo de un rato de hablar, el obispo no había hecho más que comenzar lo que había de ser una larga conferencia. Los ruegos en favor de un apoyo oficial y los comentarios al margen parecían no haber de terminar nunca más.

Pero no tenía que cometer ningún fallo...

Debía contenerse. Se levantó y, accediendo a las demandas del obispo, dictó unas cuantas cartas. Y mientras dictaba iba pensando en Irina Petrovna, que estaba escondida en una habitación de la casa. Antes de marcharse a Berlín, al ver que Irina Petrovna comenzaba a despertar, su esposa había dado a la refugiada otras dos tabletas de luminal. ¡Ojalá no despierte hasta que él termine su trabajo! Dictaba y pensaba en su esposa, que en aquel momento se encontraba camino de Berlín, en la autopista general. ¿Por qué se había llevado tantas maletas? Allí había que dejar el Ulrichswalde, Burgh, Gena y centenares de industrias... ¿Qué importaba, pues, un vestido más o menos?

La mujer de Lot.

No mires atrás; deja todo tal y como está, si no perderás tu vida y tu alma. En aquel momento Su Ilustrísima estaba recordando un pasaje de las Sagradas Escrituras en el que se hablaba de la obligación de guardar las

fiestas.

El obispo formuló nuevos ruegos. Hablaba despacio, con parsimonia, precisando todos los detalles. Y los minutos transcurrían uno tras otro.

¿Irina? ¿Ise?

Su mirada se detuvo sobre la gran cruz de oro que colgaba sobre el pecho del obispo y el sudor comenzó a perlar sobre su frente. Hubiera podido cambiarse los papeles: Él hubiera podido arrodillarse ante el obispo y suplicarle ayuda y rogarle que, por favor, se marchara de una vez.

Pero calló.

El obispo continuó hablando...

Por fin se levantó. La despedida fue otra larga ceremonia al estilo chino. Dos mandarines en trance de hacerse cumplidos y para quienes el tiempo no tenía ninguna importancia. Por fin se marchó. Había sabido contenerse. A toda prisa puso en orden unos papeles, firmó unos documentos y marchó a casa.

Irina Petrovna estaba medio despierta. En sus ojos brillaba una mirada de angustia. Al cabo de un rato logró él tranquilizarla y le aseguró que al día siguiente se encontraría perfectamente bien, y que pronto estaría fuera de peligro. Ella le respondió que estaba citada con el general y qué debía telefonarle.

El general oyó la voz de una persona desfallecida, incapaz de articular correctamente tres palabras seguidas. Y el general pensó que aquello eran las consecuencias de la fiesta. Ella se excusó y dijo que se encontraba mal y que de momento se hallaba en casa del doctor Paul. Vaya; ¡por fin había encontrado quien la hiciera vibrar! ¡Aquella mujer tan fría! De manera que primero había habido enfado con la esposa, que según sus informes se había marchado con bastantes maletas en dirección Leipzig, y luego... La "Lottenstrasse" le había dicho que la esposa del doctor Paul había abandonado la casa al amanecer y ahora completaba él la versión de lo ocurrido.

Sí; debía acompañar al Presidente a Oberhof. Él lo deseaba así. El general no pudo menos que desearle que "lo pasara muy bien". En Rusia, las parejas de enamorados cierran las ventanas de su casa durante ocho días y aquí, en Alemania, se dice que celebran la luna de miel. La Semionova y Paul... Bien; no está mal. La Semionova puede irse tranquilamente con él; así tardará él menos tiempo en entrar en razón respecto al asunto de las minas de potasa. Pero, de todos modos, había que evitar el escándalo.

El doctor Paul marchó a Oberhof.

Junto a él, en el asiento trasero del coche, iba Irina Petrovna. Estaba muy pálida, pero aquello no podía sorprender a nadie, pues todo el mundo conocía la habitual palidez de su rostro. Y nadie hubiera sospechado que apenas si tenía conocimiento de sus actos y de que las cosas que veía pasar se le antojaban estar envueltas en una espesa niebla.

Las habitaciones para el Presidente ya estaban reservadas. El hotel en el que iban a hospedarse los delegados occidentales parecía un cuartel de la NKVD. El jefe de la NKVD de Weimar había llegado antes que ellos. Un alto funcionario, que a pesar de haber sido un destacado militante nazi y de haber ostentado un alto cargo gubernativo fue ayudado por la NKVD cuando el momento del juicio, pasaba allí su fin de semana. Por lo demás, los porteros, camareros y camareras estaban todos al servicio de la NKVD.

Recepción oficial.

Cena, discursos protocolarios y luego la parte más agradable de la fiesta:

baile y conversación. Pero Ise no había regresado de Berlín, y arriba, en una habitación contigua a la suya, yacía una mujer con la que de pronto debía compartir una aventura que bien podía terminar con la muerte. Irina Petrovna, que en el estado de semiinconsciencia producido por el luminal en que se hallaba podía estar hablando con una camarera o podía presentarse medio vestida en el salón, y aquellas dos posibilidades podían ser el comienzo del fin, pues el jefe de la NKVD había instalado su cuartel general en el hotel.

El doctor Paul invitó a bailar a una señora de Hessen y, al igual que por la mañana con el obispo, su rostro comenzó a cubrirse de sudor. Luego estuvo hablando con unos rusos y rió —quizá de una manera demasiado ruidosa— sus gracias.

Dos oficiales ingleses y un coronel escocés, que a causa de sus faldas era la diversión de la concurrencia, acompañaban a los visitantes de Hessen. El escocés se mostraba encantado del interés que hacia él demostraron una baronesa estoniana y una dama letona, que no era otra que la segunda secretaria del Presidente. Así que el escocés y su compañero manifestaron su intención de visitar Chemnitz (¿por qué sólo Chemnitz?; también hubieran podido decir que deseaban visitar las minas de uranio de la Unión Soviética), el jefe de la NKVD propuso realizar una excursión por los alrededores y sugirió la idea de que les acompañasen la condesa estoniana y la "señora" letona. Una animada concurrencia, encargada de escuchar cuanto se dijera. Paul se percató de esta maniobra al atravesar el salón y dirigirse hacia el piso superior.

Se encontró a Irina Petrovna tal como había supuesto: medio inconsciente, atormentada por ideas contradictorias, dispuesta a levantarse y a punto de estropearlo todo. Un Don Quijote sin ilusiones y una agente de la NKVD al final de su carrera: dos conejillos enjaulados. Abajo, al atravesar el salón, el coronel de la NKVD le echó una mirada de burla.

—No, Irina Petrovna; eso es imposible.

—Pues tengo que hacerlo, sea como fuere —insistió ella.

Era la hora en que cada día, desde el lugar en que se encontrara, comunicaba con su jefe. Debía pensar —le decía a él— que si no comunicaba con su jefe, inmediatamente sería tenida por sospechosa y el general daría las órdenes oportunas para averiguar lo sucedido. Así, pues, pidió comunicación con la NKVD del hotel, que a su vez la puso al habla con Karlshorst. Ella dio el nombre de "Kostja" y pidió por su jefe. A pesar del estado en que se encontraba, producido por el exceso de luminal, pudo hablar con él. Paul permaneció a su lado, aunque no entendía lo que decía. Pero quería observar su rostro de porcelana mientras duraba la conversación. Y al contemplarla le pareció encontrarse en medio de un desierto de hielo e incluso tuvo la sensación de que el hielo crujía bajo sus pies. Paul, sin embargo, se había percatado de algo que aligeró sus preocupaciones: el coronel de la NKVD, que se encontraba en el hotel, no tenía ninguna autoridad sobre ella. Irina Petrovna dependía directamente de Berlín-Karlshorst o quizá de Moscú. Irina Petrovna era algo más que una jefe de intérpretes e incluso algo más que una vulgar agente. Irina Petrovna debía ser la jefe de una red de espías.

Judanov escuchaba al otro lado del hilo telefónico.

¿Puede un hilo telefónico angustiar y torturar hasta el máximo a dos seres encerrados en la habitación de un hotel? Sí, sí puede hacerlo. Y ese era el caso de Irina Petrovna y Paul. En realidad, sin embargo, se trataba de un informe normal. El que ella llamara desde Oberhof y hubiera acompañado allí al

Presidente no tenía nada de particular. Su obligación, precisamente, consistía en no dejar ni un minuto solo al Presidente. Pero algo no funcionaba como de costumbre. ¿Por qué hablaba de aquella manera? A veces, en el transcurso de la conversación, parecía como si quisiera decir algo que luego callaba. Él hizo una pausa y ella, a su vez, guardó silencio. ¿Qué ocurría? ¿Tenía alguien a su lado? ¿Escuchaba alguien la conversación? No; no podía ser. Aquello hubiera sido un delito inimaginable. Le disgustaba sostener una conversación telefónica con grandes pausas y mucho más en un momento como aquel, en que tenía tantas cosas que hacer. Y cortó la comunicación. Se quedó mirando la pared. No tenía ningún dato, ningún indicio de que las cosas no fueran bien. Pensó que tampoco los lebreles tienen más que su olfato para saber dónde está la pieza que persiguen. Estaba alarmado.

¿Ir a Weimar? No podía marcharse hasta el día siguiente, y quizá mañana también debería quedarse allí. Acababa de regresar de Berlín. Allí se había encontrado con el jefe militar de Turingia, con Chuikov e incluso con Iván Serov, el jefe de los servicios de desmontaje. Todos ellos habían sido citados en Karlshorst. Se reunieron en el antedespacho del mariscal Sokolovski y juntos se trasladaron luego al campo de aviación de Dalgow-Döbertitz.

Se trataba de algo muy importante.

En el campo formaba una compañía de honor de la división Vassili Stalin, el hijo de Stalin, y también estaban los representantes del Partido alemán, Pieck, Grotewohl y Ulbricht.

Un avión procedente de Moscú aterrizó sobre el campo.

Se abrió la portezuela. Apareció un hombre gordo, vestido con una sencilla blusa y tocado con una gorra. El recién llegado miró desde lo alto de la escalerilla a los paisanos y militares congregados en el campo, descendió del avión y pasó ante la compañía, que le rindió honores. Luego, sin decir palabra, estrechó la mano al mariscal Sokolovski. En seguida se volvió hacia Chuikov e Iván Serov, con quienes departió amigablemente. Para cada uno de los alemanes tuvo una palabra amable.

Era Grigori Malenkov, el enviado de Stalin. Si, como algunos decían, Stalin no tenía ya muchas fuerzas para trabajar, Malenkov no era el viejo perro del Kremlin que hasta entonces había sido, sino que era el fuego que en aquella fortaleza ardía.

Karlshorst vivía en estado de alarma. En el cuartel general reinaba un inusitado movimiento. La central telefónica parecía un nido de abejas. Aquel nerviosismo hacía pensar en los tiempos de la guerra.

El mariscal Sokolovski había hecho redoblar la guardia en torno de su residencia, donde había de hospedarse Malenkov. Los puestos de vigilancia y los controles fueron duplicados. La gente hacía cábalas. Se trataba de cambiar las directrices de la política alemana. Berlín, el enclave occidental en medio del imperio soviético, era una ventana que convenía cerrar inmediatamente. Berlín era como una espina en el ojo. Además, las industrias no eran desmontadas al mismo ritmo de antes y la maquinaria no llegaba a Rusia con la debida rapidez. También el sistema de los desmontajes había de ser cambiado.

Unas veinte personas, entre militares y paisanos, se sentaron a la mesa redonda, junto a Malenkov, Iván Serov, el general Chuikov y el mariscal Sokolovski.

Saburov, el especialista en desmontaje, tomó la palabra.

Habló cerca de una hora.

Malenkov fumaba un cigarrillo tras otro, apoyaba la cabeza en el alto respaldo de su asiento y escuchaba con los ojos entornados. Parecía estar al corriente de todo y no ocultaba su aburrimiento.

Al interrumpir a Saburov, su voz sonó como el chasquido de un látigo.

—Sí, sí; todo eso está muy bien. Creo que ha hecho usted todo lo posible, camarada Saburov; pero la verdad es que no se ha preocupado usted lo suficiente de la cuestión del cemento. Me refiero a las fábricas de cemento, pues nosotros no sólo necesitamos el cemento, sino las fábricas. Necesitamos material para construir veinticuatro grandes fábricas de cemento en la Unión Soviética. ¿De dónde hemos de sacarlo? Aquí, en Alemania, hay muchísimo material de esa clase.

Era Malenkov quien hablaba. Parecía que el cemento era su caballo de batalla. El plan quinquenal, la reorganización de los territorios recién reconquistados y la anexión a Rusia de los territorios occidentales eran cuestiones importantísimas; pero la economía soviética estaba por encima de todo, y para que la economía soviética funcionara al ritmo conveniente era preciso solucionar, antes que nada, el problema del cemento.

—Para llevar a cabo el plan quinquenal necesitamos veinte millones de toneladas de cemento. Por eso debe acelerarse el desmontaje de algunas fábricas y hacer que las otras aumenten su producción, que debe ser entregada en concepto de reparaciones de guerra —dijo Malenkov.

Saburov volvió a tomar la palabra.

Malenkov hojeaba en una libreta que tenía sobre la mesa y en la que de vez en cuando buscaba algún dato. Cada dos por tres hacía observaciones de detalle, algunas de las cuales eran acogidas con un asentimiento general y otras eran pronunciadas en tono casi amenazador.

—Debo decirle, camarada Saburov, que el trabajo en las minas de uranio se lleva a cabo a un ritmo demasiado lento... ¿Sabe usted, camarada Saburov, a cuánto asciende nuestra producción maderera?

Saburov pronunció unas cifras y añadió luego que la Unión Soviética había vendido sesenta mil metros cúbicos de madera de encina a Escandinavia.

—Ya veo que se ha hecho lo posible, pero debemos sacar de Alemania mucho más de lo que ahora sacamos, camarada Saburov. ¿Y qué hay de las cuatro fábricas de margarina y de otras de papel, zapatos y de vidrio que hay en Turingia?

—Las fábricas ya han sido desmontadas, pero nos faltan los medios de transporte para llevar las maquinarias a Rusia.

—¡Por el diablo!, camarada Saburov, no se quede usted tan falto de recursos. ¿Es que en Leipzig y en Erfurt no se construyen vagones?

Saburov comenzó a hablar en voz baja. Citó unas cifras que se referían a los pedidos realizados.

—Hay que tener en cuenta, camarada Malenkov, que la reconstrucción de las fábricas alemanas es la primera condición que debe tenerse en cuenta al hacer los pedidos. Y la reconstrucción se realiza aquí muy lentamente, pues también en Alemania se sufre a causa de la escasez de cemento.

—Vaya, hombre; no nos atosigue usted más con su cemento. ¿Qué nos importa a nosotros la reconstrucción de Alemania? ¿Acaso no hemos desmontado en Polonia una docena de fábricas de cemento? Pues, sí: las hemos desmontado, y los polacos continúan viviendo como antes. ¿Por qué no pueden vivir los alemanes sin fábricas de cemento? Además, por todas partes

se alaba su capacidad de trabajo y su gran inventiva. Y, dígame usted, ¿qué ocurre con la central eléctrica de Dresden? ¿No debíamos haber recibido la maquinaria de una central eléctrica de tres millones de vatios?

—Estamos trabajando en ello sin pérdida de tiempo, camarada Malenkov; dentro de poco será transportada esa maquinaria.

—¿Por qué no han sido enviados los aparatos de las fábricas en las que se construía la V-1 y V-2?

—Dificultades imprevistas nos han impedido hacerlo, camarada Malenkov.

—¿Qué significa todo eso? ¿Es usted un especialista o no lo es? ¿Por qué me viene usted con el cuento de las dificultades? ¿Es que acaso su obligación no consiste en realizar el trabajo con dificultades o sin ellas?

Malenkov estaba a punto de dar por terminada la sesión. Había querido dar un susto a Saburov y su objetivo estaba cumplido.

—¿Tiene usted algo más que decir, camarada Saburov?

—Sí, camarada Malenkov; quisiera hablarle de las máquinas de las fábricas de porcelana de Meissner.

Había tenido que soportar tantas cosas que ahora deseaba formular una queja.

—Por iniciativa nuestra, el ministro alemán Dickermann mandó desmontar las célebres fábricas de porcelana de Meissner. La maquinaria llegó a Leningrado y fue montada en las fábricas Limonossov, donde, a causa de la falta de trabajadores especializados, se echó a perder.

—Ya sabemos que algunos árboles no resisten el trasplante.

Esas máquinas son para producir porcelana blanca y en Leningrado se producen platillos negros.

Platillos negros... Aquello debía ser un chiste.

Todos se fijaron en la torcida sonrisilla de Malenkov, quien con aquella frase quiso dar por terminada la sesión.

La cosa, sin embargo, continuó.

—Muy bien. Tenemos pocos especialistas —dijo Malenkov—. Así, pues, encárguese usted, Saburov, de que las máquinas de las fábricas de porcelana de Meissner vuelvan a ser trasladadas e instaladas en su punto de origen.

Y con aquella palabras clausuró la conferencia.

Aquella misma noche había de tener Malenkov otra reunión con Iván Serov, y él, Judanov, aunque no sabía para qué, debía estar presente.

¿Qué le ocurría a Irina Petrovna?

Presentía que a Irina Petrovna le ocurría algo que a él le interesaba y cuya investigación no podía aplazar. Lo mejor de todo sería quizá ponerse inmediatamente en camino y sorprenderla en el Hotel Golf de Oberhof. Pero no era posible. Podía llamar a Weimar a Iván Sergevich. Pero, no; él mismo debía intervenir.

Se había hecho tarde... Para la reunión de la noche, debía vestir el uniforme de gala. Media hora después fue a la quinta del mariscal Sokolovski, pasó la red de controles que allí había y aguardó media hora en el antedespacho del mariscal.

¿Irina Petrovna?

De no poder hablar con Iván Sergevich, el jefe de la NKVD, podía hacerlo con el general o con Budin. ¿Por qué no se le habría ocurrido antes hablar con Budin?

Pero ahora ya era demasiado tarde.

La reunión iba a comenzar de un momento a otro.

En la sala se encontraban únicamente Malenkov y Serov. Luego, al cabo de un rato, fueron invitados a entrar Chuikov y el mariscal. Se trataba de una conferencia secreta, pero los ayudantes que aguardaban en el antedespacho sabían algo acerca de los temas que en ella iban a tratarse. En aquella reunión iba a plantearse nada menos que el destino mismo de la zona soviética: las expropiaciones, el estado de la socialización y la cuestión de la desnazificación.

Cuando algunos colaboradores de Serov y Judanov fueron llamados a la sala, la atmósfera estaba llena de humo. El mariscal Sokolovski tenía una helada expresión en el rostro. Algunas de las cuestiones que acababan de suscitarse eran de su incumbencia, y él, desde el traslado del mariscal Zukov, se había hecho cargo de ellas en su calidad de gobernador general. Las dos personas que tenía frente a él eran enemigos suyos. Con Chuikov se había enemistado cuando la batalla de Stalingrado, y con Serov estaba reñido desde mucho tiempo atrás. Al igual que en la primera reunión, Malenkov estaba indolentemente sentado en su sillón de alto respaldo.

—Por favor, no se extienda usted tanto sobre el carácter alemán. Yo mismo he tenido ocasión de conocerlo —dijo, al tiempo que cambiaba una significativa mirada con el general Chuikov—. Conozco bien a los comunistas alemanes, camarada Serov, y también conozco a los que no lo son, y debo decirle que me fío tan poco de unos como de otros.

Iván Serov, sin embargo, quería manifestar los resultados obtenidos en su quehacer de desnazificación, para lo cual le convenía subrayar el lado positivo del carácter alemán.

—Hay aquí muchos nazis que podrían ser aprovechados —dijo—; la reeducación de los mismos podría darnos excelentes resultados, aunque para ello, como es natural, será preciso vencer grandes dificultades.

Malenkov le dirigió una mirada burlona.

—Sí, hay que convenir en que una gran parte de la población civil se muestra contraria en aceptar las medidas dadas por las autoridades soviéticas y tampoco hay que olvidar que mucha gente adopta una actitud de franca hostilidad hacia nosotros. Pero, querido Serov, nunca le había visto a usted tan desconcertado como ahora. ¿Acaso no goza usted de la confianza del pueblo soviético y del Comité Central del Partido? ¿No goza usted de plenos poderes? Yo, por mi parte, aprobé los proyectos que usted me presentó. Sinceramente, creo que tiene usted grandes preocupaciones. No debemos olvidar que nos encontramos en Alemania y que, por lo tanto, debemos proceder con la máxima cautela.

Serov inclinó la cabeza en actitud de asentimiento. Malenkov encendió un cigarrillo y continuó. Ahora hablaba en tono de amonestación.

—Estamos aquí en el corazón de Europa. Los latidos de este corazón son oídos desde muy lejos. Eso quiere decir que nuestra táctica debe ser aquí especialmente suave y elástica, lo cual no significa que debemos abandonar nuestra dureza y nuestra seguridad. Me parece excelente su idea de crear organizaciones clandestinas antisoviéticas. Únicamente le aconsejo, camarada Serov, no apoyarlas demasiado. Sería mejor dejar que esas organizaciones se constituyeran por sí solas y de esa manera sabríamos quiénes son nuestros enemigos y siempre los tendríamos en la mano.

Malenkov no cesaba de hablar.

—Dígame usted, Serov: ¿a cuántos alemanes ha logrado reformar? Una

de sus obligaciones es acabar con el odio que algunos nos tienen. Y su obligación, en ese caso, es proceder con los alemanes a quienes no se puede reeducar de la misma manera que nosotros hemos procedido con los rusos que se hallaban en idénticas circunstancias.

Malenkov quiso saber luego cuáles eran las principales causas que motivaban la oposición de la población alemana a las autoridades de ocupación, y, uno tras otro, fue preguntando a Serov, a Chuikov y a Sokolovski.

La presencia de las tropas soviéticas en Alemania fue considerada como una de las causas de la creciente inquietud. Los dirigentes del SED, así como sus más destacados militantes, habían cometido graves faltas, que luego restaron popularidad al Partido. Pero el principal motivo del descontento — sobre ello todo el mundo estaba de acuerdo— era la pésima situación económica en que se encontraba la mayor parte de la población civil.

Sokolovski recordó unas frases célebres de Zukov.

—El camarada Zukov ha dicho que las tropas de ocupación soviéticas debían ser alimentadas con los recursos obtenidos del propio país.

"Las hojas de laurel, el té y la mazorca —dijo Zukov— podrían ser traídos de la Unión Soviética. Según los informes de mis técnicos en economía esa concepción sobre el modo de ser alimentadas las tropas soviéticas ha resultado ser una inmensa catástrofe para la zona."

Malenkov se puso de mal humor. Las observaciones de Sokolovski le parecieron inadecuadas e impertinentes, pero se contuvo y guardó su réplica para más adelante.

El mariscal Sokolovski se atenía a los hechos.

Seiscientos mil soldados soviéticos tenían que ser alimentados en la zona rusa: el tercer ejército de asalto, el segundo y tercer ejército acorazado, la dieciséis flota aérea, el cuarto cuerpo de artillería, la cuarta flota letona, compuesta de veintiún mil hombres, cuyo cuartel general estaba en Königsberg. Aquellas tropas consumían diariamente veinticuatro mil kilos de pan, seis mil kilos de maíz, quince mil kilos de grasa, quince mil kilos de azúcar, ochenta y un mil kilos de carne y pescado y quinientos veinticinco mil kilos de patatas.

—Los seiscientos mil miembros del Ejército Rojo consumen la misma cantidad de carne que los tres millones seiscientos mil consumidores normales de la población civil de la zona oriental —dijo el mariscal Sokolovski.

—Con todo el respeto para sus sentimientos hacia los alemanes, camarada mariscal, debo decirle que nosotros nos atenemos a hechos y no a sentimientos.

Gregori Malenkov se volvió hacia los demás y les dijo:

—Camaradas, hay un viejo proverbio ruso que dice: la cabeza del pescado es la que huele.

Aquello sonó como una amenaza. Era una amenaza dirigida contra los responsables y en particular contra todos los militares, tanto los presentes como los ausentes.

—Me parece que a algunos les falta la fuerza necesaria y a otros, por su parte, el indispensable talento. Me parece, camaradas, que algunos de ustedes han olvidado su deber. He tenido noticias de que tanto los oficiales de estado mayor como los simples soldados únicamente se ocupan de empaquetar cosas y de enviarlas, acompañadas de fantásticas descripciones de la vida occidental, a sus casas.

Se dirigió de nuevo al mariscal.

—¿Y qué hay, camarada mariscal, acerca de las granjas requisadas para la alimentación supletoria de algunos estados mayores?

Sokolovski dijo que, efectivamente, algunos estados mayores habían requisado granjas para obtener así una mejor alimentación.

—¿Una mejor alimentación? —preguntó Malenkov.

No dijo que aquellas requisas se habían hecho para satisfacer la gula de algunos militares, pero su mano cayó pesadamente sobre el montón de papeles que había encima de la mesa. En aquellos documentos se decía que los mandos de algunas unidades consumían más alimentos de los que en realidad necesitaban. Cada sección de la NKVD tenía una granja cuyos productos venían a engrosar la cantidad de alimentos que normalmente tenía asignada. El regimiento número 283, acantonado en Wismar, por ejemplo, se había apoderado de tres fincas en las que se criaban cerdos y terneras en abundancia. La plana mayor de un regimiento de Chemnitz —una plana mayor compuesta de treinta oficiales— se había adueñado de una finca en la que, únicamente para la manutención de aquellos oficiales, se mantenían cuarenta vacas y veinticinco cerdos. Los oficiales de la comandancia militar de Oitchatz disfrutaban de los beneficios de una finca en la que había más de cien vacas y unos doscientos cerdos. Los restaurantes "Moscowa" y "Newa", situados en la estación de Stettin en Berlín, eran aprovisionados como los mejores restaurantes de Moscú.

—¡Camaradas!

La mano que descansaba sobre los papeles se cerró.

—La obligación de los generales y de los altos empleados residentes en el extranjero no consiste, precisamente, en aprovecharse y darse una buena vida. Es triste que los altos empleados soviéticos no sepan hacer otra cosa que rodearse de una corte de mujeres fáciles. La guerra con Alemania ha terminado, pero la cuestión del socialismo queda en pie. Esa lucha nunca podrá ser llevada a cabo por gentes que únicamente buscan su bienestar y su diversión. ¿Adónde nos llevará esa desmoralización? ¿Tendré que recordar el ejemplo de lo que sucedió en Francia, donde un par de divisiones alemanas acabaron con la línea Maginot?

Terminó bruscamente.

—Les ruego que me dejen solo... Camarada Serov.

Iván Serov se quedó solo con Malenkov. El general Chuikov y el mariscal se retiraron. Los ayudantes y también Judanov pasaron al antedespacho. Esta vez no se produjo ningún comentario sobre las conversaciones al otro lado de las puertas cubiertas con grandes cortinajes. No era necesario. Camarada Serov... la horca pedía una nueva víctima.

Una nueva purga.

¿Quiénes serían ahora las víctimas? ¿El mariscal, el capitán general, los estados mayores y las planas mayores, la masa anónima de los soldados, los habitantes de la zona ocupada por el Ejército Rojo?

El teniente coronel Judanov recibió nuevas órdenes al día siguiente.

De momento, se le dijo que no debía asistir a la reunión de Malenkov con algunos miembros del gobierno alemán, es decir, con Pieck, Ulbricht y Grotewohl.

—Hay que hacer lo que sea necesario —dijo Iván Serov a Judanov, al salir de la entrevista con Malenkov.

Lo necesario, en aquel momento, era proceder a la detención de algunos comandantes de plaza, por ejemplo, el de Gera, cuya mujer acababa de encargarse una hermosa colección de cuarenta vestidos —vestidos de noche rojos, verdes y blancos—, trajes de esquiar azules y blancos, camisones de color rosa y ropa interior de la mejor calidad, y hacía unas semanas que había encargado otra colección igual. También era necesario proceder a la limpieza de la máquina política de Turingia, en la que se habían infiltrado muchos elementos americanos, y también era necesario proceder al envío a Rusia de muchos soldados. La operación había de ser preparada inmediatamente y las víctimas tenían que caer fulminadas.

Tras haber recibido las órdenes oportunas y haber dado las que creía más urgentes, Judanov montó en su coche.

¿Irina Petrovna?

Aquello era lo primero que debía aclarar. Sus sospechas habían aumentado. Budin no había encontrado a Irina Petrovna en Oberhof, ni en Burgk, ni en Gera y tampoco en su casa de Weimar. Ni tan siquiera había podido hablar con ella por teléfono. Lo único que sabían era que Irina Petrovna estaba con Paul y que el Presidente Paul se había trasladado a Leipzig. Así, pues, Judanov decidió ir a aquella ciudad.

Y mientras el coche de Judanov atravesó las calles de Berlín y embocó la autopista de Leipzig, Gregori Malenkov, el enviado de Stalin, conferenciaba con algunos políticos alemanes a quienes aseguraba la continuidad de la amistad de los pueblos de la Unión Soviética con Alemania, prometía un próximo y eficaz apoyo de Moscú a los gobiernos de la zona oriental y les aseguraba que la frontera oriental de Alemania había de ser la línea del Oder-Neisse.

Al mismo tiempo que Judanov se dirigía hacia Leipzig, el coche del doctor Paul avanzaba hacia Berlín. El poste de una emisora berlinesa se destacó a lo lejos. El coche acababa de pasar la última barrera soviética.

El alba, al clarear sobre las alturas de los bosques de Turingia y borrar las estrellas del cielo, sorprendió en el Hotel Golf a las últimas parejas —hermosas y cultivadas agentes y huéspedes de Hessen e Inglaterra— de la reunión, que todavía continuaba bailando en la gran sala del Hotel. Y mientras en el Hotel del Golf algunos oficiales de la NKVD continuaban hablando con los visitantes de la zona occidental, le dijo él a Aachern, su chofer:

—De aquí a dos horas tenga usted los dos coches preparados ante el Hotel. Quisiera estar en Leipzig un día antes de lo que habíamos dicho, pero, por favor, guárdeme usted el secreto.

Partieron los dos coches.

Cuando estuvieron lejos del Hotel, el doctor Paul descendió de su coche oficial, en cuyo guardabarros delantero llevaba el emblema presidencial, y montó en su pequeño "Mercedes". Su esposa e Irina Petrovna se apearon del "Mercedes" y subieron en el coche oficial. La mujer del Presidente había regresado aquella noche de Berlín y ahora describió una gran vuelta por Weimar, dejó el coche durante dos horas frente a su casa, y luego prosiguió el viaje. Paul prosiguió en el pequeño "Mercedes" hacia Leipzig. Fuerzas de vigilancia se cruzaron con el coche. Cerca de Hersdorf, unos soldados de la NKVD estaban montando una emisora. ¿Para qué harían aquello? La autopista estaba vacía. Paul pensó que algunas veces los soviets cerraban algunas

carreteras y no permitían que nadie viajara por ellas. ¿Habrían cerrado hoy esta carretera? Al ir Aachern a tomar el desvío hacia Leipzig le dijo Paul:

—No; marchemos en dirección a Berlín. Tengo algo que hacer en Berlín y mañana o pasado mañana iremos a Leipzig.

Le pareció que los trescientos kilómetros se alargaban demasiado.

—Acelere usted.

Aachern echó una mirada de soslayo. Desde hacía rato iba a una marcha superior a la que permitía el coche. Se cruzaron con un coche y al poco rato se cruzaron con otro. Paul respiró: la autopista no estaba cerrada.

Por fin surgió el poste de una emisora berlinesa.

Ante él apareció el paisaje de la ciudad violada, envuelta en el polvo de miles de ruinas: un inmenso círculo de ruinas y un gran cráter apagado. Los americanos estaban en Zehlendorf, los ingleses en Charlottenburg, los franceses en Frohnau y los rusos en Karlshorst. Una torre de Babel, un buen campo de acción para los agentes del servicio secreto de todo el mundo; pero una ciudad en la que hasta el último hombre y la última mujer se esforzaban en difundir, mediante comentarios periodísticos, discusiones y discursos radiados, su voz por todo el mundo; un asilo para los fugitivos que llegaban a sus puertas; una roca emergiendo en medio de aquel gigantesco mar de la esclavitud que iba desde Vladivostok hasta el Elba.

La barrera...

La barrera se alzó y volvió a bajar cuando el coche hubo pasado. Las primeras casas de Berlín.

—Vaya usted por la derecha y deténgase un poco más lejos... Bien; ahora descienda y yo me haré cargo del volante. Aachern le dirigió una mirada de interrogación.

—Señor Presidente...

—Eso ya pasó. Ya no hay Presidente que valga, señor Aachern. Aguarde usted en aquel puesto de gasolina a mi esposa y a Irina Petrovna. Llegarán en el coche oficial.

Un apretón de manos.

—Estoy seguro de que nos volveremos a ver.

QUINTA PARTE

Y el muerto salió de la tumba, envueltos las manos y los pies en unos paños y con el rostro cubierto con la mortaja.

(SAN JUAN, II, 44.)

A CASA

¡Hacia Berlín!

"K'Berlín", decían los hijos de los socialdemócratas empleados en los gobiernos de las zonas orientales, que ahora volvían de las escuelas donde se aleccionaba a los prisioneros de guerra y de los campos donde se les hacía trabajar, y esos antiguos prisioneros convertidos al comunismo iban a reforzar los mandos comunistas de la zona oriental. Y entre los repatriados figuraba el coronel Zecke, de quien se suponía que pondría en marcha una de las organizaciones antisoviéticas a que poco antes se habían referido Iván Serov y Gregori Malenkov.

"¡K'Berlín! ¡*Domoi!* ¡A casa!"

De pronto apareció el oficial de servicio.

—Zecke, ¡*davai!* ¡En marcha con todo el equipo! ¡Aprisa! ¡No tienes más que media hora!

Zecke ignoraba si aquella precipitada marcha era una suerte o una desgracia más. Fue el único del campo de concentración de Ivanovo a quien se dio la orden de marcha.

Zecke había ido a parar al campo de Ivanovo, situado a doscientos kilómetros al este de Moscú. Habían pasado algunos años desde su llegada al campo de Elsterwerda. Primero, la interminable marcha a pie a las minas de potasa de Rüdersdorf; luego, una temporada en el hospital de Frankfurt an der Oder, y luego el viaje a Moscú, donde durante meses seguidos fue interrogado en la Lubianka, y finalmente el traslado al campo de Ivanovo.

El campo de concentración...

Allí estaban los restos del "Comité nacional de la Alemania libre": el mariscal de campo Von Paulus, los generales Seydlitz, Von Daniels, Schlömer, Korfes y todos aquellos que incluso el nombre habían perdido. Generales de un ejército que bajo su mando se redujo de trescientos treinta mil soldados a noventa mil, y luego, en los campos de concentración, se redujo nuevamente hasta llegar a los tres mil. Generales que no eran odiados por la catástrofe a que habían conducido a sus hombres, sino a causa de su posterior juego político, que los doscientos restantes generales del campo, así como la mayor parte de los oficiales y soldados, no les perdonaban. Ahora se sentían derrotados y despreciados, y antes, cuando la fundación del "Comité Nacional", durante la luna de miel con las autoridades soviéticas, habían representado el papel de colaboradores, de futuros miembros del gobierno, a causa de lo cual habían comenzado las intrigas y las rencillas entre ellos; pero luego, en el momento mismo de terminarse la guerra, fueron arrojados al campo de concentración, donde se les demostró que no habían sido más que un instrumento de la propaganda soviética. La disolución del "Comité Nacional" significó la automática caída en desgracia. Y tras las alambradas del campo de Ivanovo se les daba una triste comida de agradecimiento por "los servicios

prestados", comida que consistía en sopa de col y puré de mijo. De vez en cuando un prisionero era requerido para algo —para ser ahorcado o para ocupar un alto puesto político en Alemania—, y el oficial de guardia le hacía empacar sus cosas y en un santiamén era sacado del campo.

Aquella vez le tocó al coronel Zecke. Zecke metió sus cosas en la mochila y, acompañado del oficial de guardia, atravesó el campo.

Angustiadas miradas le acompañaron a su paso por el campo.

Sonó una voz:

—*¡Otschen, otschen, otschen karascho!* Prisrak Stalingrada...

"Prisrak Stalingrada (el fantasma de Stalingrado) entró en la sala y declaró contra los criminales nazis", escribió el corresponsal ruso de *Izvestia* cuando la comparecencia del mariscal von Paulus ante el Tribunal Internacional de Nüremberg. Pero más que al mariscal, aquellas palabras iban dirigidas al esqueleto de largas piernas torcidas que era el general de artillería Walter von Seydlitz. "*Otschen, otschen*", se había oído gritar una y otra vez. "*Otschen, otschen, otschen, otschen*" (muy bien, muy bien, muy bien), le habían repetido sin cesar desde el día en que el Comité Nacional fue disuelto y en que, en compañía de otros militares, fue trasladado al campo de Ivanovo. Y aquellas palabras, repetidas por él de un modo mecánico, eran la expresión de su profunda desesperación.

Zecke pensaba que aquel hombre estaba acabado. Todos, poco más o menos, estaban acabados. Habían prestado sus nombres en favor de la mayor maniobra propagandística rusa de la guerra. Habían sido utilizados, exprimidos y arrojados. Jugaban al bridge, a pelota, y durante semanas, meses y años yacían y paseaban por el campo hasta que un día, con los ojos vidriosos, la barba crecida y el rostro terroso, se tumbaban para no levantarse más. Una descarga de ametralladora hubiera sido algo mucho más misericordioso que todo aquello.

La puerta del campo se cerró tras Zecke.

En el tren, sentado junto al oficial que le acompañaba, continuó con sus pensamientos. Habían sido utilizados, exprimidos y luego arrojados. Se decía que el "sistema" tenía algún parecido con la iglesia primitiva, pero en el "sistema" no cabía la misericordia ni el perdón. Desde Vladivostok hasta Magdeburg, en el Elba, había sido borrada la misericordia.

Un paisaje sin horizontes, ni árboles, ni arbustos. La tierra parecía correr bajo las ruedas del tren. ¡Por fin se movía de nuevo!

—¿Tiene usted fuego? —le dijo el comandante que estaba sentado frente a él—. ¿Quién es usted? ¡Ah, un alemán! Vaya, *¿domoi?*

—Sí; *domoi*, a casa.

Zecke respondió lo que el otro esperaba que contestara, aunque el concepto de "ir a casa" se le antojaba de momento bastante vago.

—Yo acabado vacaciones. También estoy en Alemania —dijo el comandante—. Allí siempre mucho trabajo en desmontar fábricas. Los alemanes buenos trabajadores. Una vez decir las cosas, basta. Si repites órdenes se enfadan. No les gusta que estés borracho.

El comandante pidió a Zecke que le prestara hilo y aguja e inmediatamente se quitó la guerrera y se cosió una tirilla limpia en el cuello.

—*Nie kulturni*, si se viaja con un cuello sucio —dijo.

Una pequeña estación.

Una campesina entró en el vagón.

—¡Bandidos, ladrones, caníbales!...

Lanzaba improperios contra los empleados de la estación, que no querían dejarla montar en el tren.

—Es verdad: una vida de perro. ¿Y todo para qué? ¿Para qué hay trenes, sino para que en ellos suban los koljosos? ¡Venid al pueblo y ved lo que aquí ocurre! Después de la siega teníamos grano, como es natural, pero el molino no funcionaba. Ahora funciona el molino y no tenemos grano. Lo hemos entregado todo. Sí, lo entregamos por unanimidad, pues cualquiera se atreve a opinar por su cuenta en las reuniones. Cualquiera no levanta la mano en señal de asentimiento...

—No escuchar; *prostiji liudif* (gente sencilla) —dijo a Zecke el oficial que le acompañaba.

—No tiene importancia.

—Sí; los rusos son así —dijo el comandante—. Los rusos siempre protestan, pero piensan lo contrario de lo que dicen.

—Dime, hijito, ¿cómo quieres que vivamos sin pan? ¿Qué ocurrirá? ¿Qué piensan los que mandan?

Comenzó a anochecer sobre los campos.

Una escuálida luz se encendió en el vagón. Rostros desdibujados, labios hinchados, viejas botas de campaña. Una densa atmósfera. Olor a gente apiñada, a sopa de coles, a mazorca. Las ruedas rodaban, se detenían, volvían a rodar, volvían a detenerse y rodaban de nuevo.

K'Berlín, dormoi, a casa... ¡Quién lo hubiera dicho!

Zecke se dirigía a Berlín como un capitán de barco que llevara órdenes selladas en su bolsillo. Y Zecke no podía imaginarse lo que le aguardaba en Berlín.

Un pasajero no dejaba de toser en el vagón. Parecía como si estuviera agonizando. La campesina se despertó: "¡Ah, Dios mío, qué vida más perra!"

—No te quejes más, Babka; tú no puedes comprender lo que ocurre.

—Antes teníamos cerdos en otoño y en otoño hacíamos la matanza. Aquéllos sí que eran buenos tiempos. ¡Ah, entonces todavía cantaban los pájaros!

—Déjalos estar...

Zecke se durmió. Cuando despertó ya era de día. Un sargento que había subido al tren la tarde anterior y que por lo visto también iba a casa, había calentado agua y estaba preparando un té. Era un sargento de Sanidad que había caído prisionero cuando los últimos combates de Berlín. Era el sargento Wustmann, que en las listas especiales figuraba, no como hijo, sino como hermano de un político socialdemócrata que ocupaba un puesto en el departamento cultural de la zona de ocupación soviética.

Llegaron a Moscú. Salieron de la estación, atravesaron la ciudad y fueron a otra estación, de donde partían los trenes hacia el Oeste. Tras un día y una noche de viaje llegaron a Brest, donde llovía a cántaros.

Pero Brest no era una puerta abierta al mundo y tampoco era un puesto de frontera en el que tuvieran lugar las formalidades de rigor y estuviera uno obligado a detenerse algunas horas o quizá incluso todo un día. No; lo que allí les aguardaba era otro campo de concentración rodeado de alambradas, con torres de vigilancia, con oscuros barracones de madera, con un comandante, con un periódico mural, con un barracón en el que los recién llegados eran puestos en cuarentena, con una prisión, con revista a la mañana y revista al

anochecer, con unas horas de trabajo... Una vida sin horizontes.

Tras haber llenado los impresos de rigor y haber pasado por el baño y el despiojamiento, al ser instalado con el sargento Wustmann en un pequeño barracón de madera, se dio cuenta Zecke de la existencia que allí le aguardaba.

Era una estancia pequeña, bastante oscura y muy sucia. La ventana estaba tapada con un papel de periódico.

Wustmann fue acompañado a la estancia contigua. La puerta entre ambas habitaciones quedó abierta.

—¿De dónde vienes? —le preguntaron a Wustmann.

—De la estación.

—Nos suponemos que no habrás venido a pie desde la península de Crimea o del lago Ladoga.

—Sea como fuere, lo importante es que vuelvo a estar metido en la mierda de siempre, y, la verdad, me había imaginado que...

—Sí; también nosotros nos imaginamos...

En la habitación de al lado había dos hombres. Uno estaba sentado sobre la mesa y el otro permanecía medio tumbado sobre su jergón. Eran dos enfermos leves. Los demás hombres se habían ido al trabajo. No se trataba de dos "plenni" rapados al cero, sino de dos viejos comunistas escogidos, dos antiguos antifascistas, de los que en pequeños grupos eran traídos a Alemania.

Aquella gente procedía de los campos de concentración del Cáucaso, de Murmansk, de Besarabia, de Ucrania y de Siberia. En aquel momento había allí veintiocho hombres, y Wustmann y Zecke se enteraron de que tan pronto fueran ciento quince serían llevados a Alemania.

—¿Y tú, es decir, vosotros dos, de dónde venís? —preguntó Wustmann.

—Yo vengo de Wolsk; Paul también viene de allí.

Emil Nolte y Paul Loose —el sargento Loose, que, al igual que Wustmann, había caído prisionero en 1945, cuando la lucha final.

—¿Qué os ocurre? ¿Por qué habéis sido dados de baja?

—Estamos agotados a causa del largo viaje.

—¿Del viaje?

—¡Hombre! No todo el mundo aguanta un viaje como éste, sentado sobre los topes. Paul estaba tan agotado que tuvimos que atarle sobre el tope en que viajaba.

—¿Y por qué viajabais sobre los topes?

—¿Acaso has venido tú en un coche cama?

—Nuestro acompañante se quedó con el dinero de los billetes. Éramos cinco compañeros, y el tipo se metió el dinero en el bolsillo.

Zecke fue llamado a las oficinas del campo, pero no al departamento de recepción, sino al despacho de la cuarta sección. Allí tuvo que hacer otra declaración sobre su pasado. Luego, una vez terminada la declaración, el comandante jefe de la oficina le dijo que debería permanecer en el campo hasta que fuera organizado el próximo transporte. Desde luego, no estaba obligado a ir a trabajar y también podía dejar de asistir a las clases de formación política. Se le daría una habitación para él solo y podría disponer de su tiempo como mejor le pareciera. Al día siguiente se informó Zecke de la vida que se llevaba en aquel campo.

Era un campo de tránsito, la mayoría de cuyos hombres eran militantes del Partido que, conducidos por viejos comunistas, regresaban a Alemania. Cada

mañana se organizaban columnas de trabajadores que no regresaban hasta el anochecer. Por lo demás, la vida en aquel lugar era muy parecida a la que se llevaba en los demás campos. Los cocineros se quedaban las mejores tajadas, los encargados de las duchas robaban el jabón y las toallas a los recién llegados, los enfermeros se quedaban con las medicinas de los pacientes y se las vendían luego a la población civil, los viejos militantes mantenían el orden, cazaban lo más sabroso de la sopa y corrían de un lado a otro vestidos de uniforme y calzados con botas altas.

Nada de particular: como en todas partes.

Un atardecer, como de costumbre, estaba sentado Zecke en la habitación contigua a la suya. Un tipo delgado explicaba cómo había sido hecho prisionero. Los nazis le habían metido en un campo de concentración. Trabajaba cerca de Königsberg. Un día pudo escapar. Se hizo con un uniforme de soldado de infantería y se pasó al ejército rojo. "Naturalmente, creí que sería tratado como un prisionero de honor." Aquellas palabras de prisionero de honor desencadenaron una carcajada general, pues cada uno de quienes le escuchaban había pensado lo mismo y sufrido luego el mismo desengaño.

—No es necesario que continúes: sabemos el resto de la historia.

Koppmann, sin embargo, prosiguió.

Hizo un informe acerca del primer campo de concentración en que estuvo y de la "mortal corrupción" que reinaba entre los comunistas del mismo. Zecke conocía centenares de historias parecidas a aquélla.

—Para el "plenni" Koppmann —prosiguió— no había nunca un trabajo fácil y nunca, al repartirse el pan, consiguió una punta de la barra. Aquella gente quería acabar conmigo. Un día, sin embargo, llegó una comisión procedente de Moscú, y yo me dije que aquella era mi ocasión. Hice todo cuanto pude para llamar la atención de la comisión. Al declarar conté mis antecedentes: lucha antifascista, miembro del Partido, etc. Salí airoso del examen, pues, tal como puede demostrarse, las cuestiones que se me preguntaron las sabía yo desde 1942. Y también supe contestar qué es lo que ocurría en Buchenwald. Breve: los mandos del campo fueron cambiados. A partir de entonces, fuimos los auténticos militantes.

—¿Y los nuevos elementos también acabaron por corromperse?

—Sí, pero no en seguida, sino al cabo de algún tiempo.

—Claro: lo que manda son las circunstancias.

—Lo curioso, sin embargo, es que para unos las circunstancias significan hambre y miseria, mientras que para otros, en cambio, significan botas altas, buenos pantalones y guerreras de primera calidad.

—Los nazis me tuvieron en un campo de concentración, y esa cicatriz no me la hicieron en la guerra, sino cuando la lucha de clases en Alemania. Creo, pues, que tengo derecho a llevar unos buenos pantalones, a calzar un par de botas decentes y a tener un trozo de jabón.

—No; no es esto. Tu pasado no cuenta respecto a los derechos que ahora puedas tener.

—¿Tú crees? Pero tú, por lo que veo, llevas unos espléndidos "breeches", August.

—Es cierto... Pero los "breeches" han salido de la sastrería de un campo y las botas de la zapatería del mismo sitio. Y todo ello no debo agradecerlo a mi pasado, sino a mi comportamiento en un campo de cinco mil hombres. Sin embargo...

El hombre se levantó. Su rostro tenía ahora una expresión de cólera.
Todo el mundo calló.

—¿Qué, August?

Meerkatz encendió un cigarrillo y prosiguió muy despacio:

—No se trata aquí de recibir recompensas, sino de sacrificarse. Vivimos en una época de sacrificio y es posible que...

—Bueno, ya te lo has pensado bastante, August. Di de una vez lo que tengas que decir.

Una sombra pasó por el rostro de Meerkatz. Sabía que era una herejía, pero no pudo callarse.

—Quizá hubiera sido mejor regresar aquí con unos pantalones y unos zuecos parecidos a los que llevaba cuando me entregué a los rusos —dijo.

Sus compañeros se echaron a reír.

August Meerkatz con zuecos: aquello sí que era una figura sensacional.

EL SARGENTO LOOSE

—Sí; tenías razón: mientras fuiste prisionero de guerra no pudiste hacer nada mejor que leer el manifiesto comunista, el imperialismo de Lenin y la historia de la revolución rusa —dijo al día siguiente el sargento Loose al sanitario Wustmann, cuando los demás se habían marchado al trabajo—. No podías haber hecho nada mejor, pues todo eso se ha convertido en un tema mundialmente debatido. Y si quieres adoptar la adecuada posición histórica del momento (y estoy seguro que así lo deseas) debes conocer esas cuestiones. La adecuada posición histórica: también esos creen haberla adoptado...

Lanzó una mirada a la puerta tras la que estaba Zecke, de quien había oído decir que había pertenecido al comité de generales de Moscú.

—También esos creían haber adoptado la posición más justa y desde su puesto se hartaron de escribir obras de propaganda y de gritar por los altavoces: "¡Terminad esa guerra criminal!" "¡Deponed las armas!" "¡Venid a nosotros!" "¡Venid para que nosotros...!" No; será mejor que no hablemos de ello; pero sí te digo que quien ha sobrevivido a esa durísima primera etapa puede trabajar hasta el final en la reconstrucción del país, y bien mirado es justo y así debe ser: volveremos a reconstruir lo que hemos estropeado. Pero de noche, cuando oigo silbar mis bronquios, me parece que no todo es como debería ser. En las hojas de propaganda se decía que los prisioneros de guerra serían tratados decorosamente. En nuestras manos está el progreso y la paz, se decía en aquellas hojas, pero ahora resulta que son los coroneles y los generales quienes nos lo recuerdan. ¡Si todo hubiera sucedido como estaba escrito sobre el papel y si todo no se hubiera salido del recto camino! Yo, la verdad, no sé a veces dónde está la derecha y dónde la izquierda. Antes, quiero decir antes del año 1933, la cosa estaba clara: a un lado estaban los explotados y a otro los explotadores. "Dos campos enemigos, dos clases frente a frente", decía Marx, y la cosa era evidente. Y cuando navegabas y no

llevabas más que un saco a la espalda, cuando trabajabas junto a una grúa y el dinero que llevabas a casa no te alcanzaba para nada, sabías exactamente a cuál de los dos bandos pertenecías. Entonces ingresabas en el Partido Comunista, formabas parte de una célula, participabas en movimientos de agitación y todo estaba en orden. Formabas en las filas de los explotados y tu ideal era el ideal del siglo. Todo, entonces, era simple. Las cosas comenzaron a complicarse cuando te interesabas por la alta política. Pues tu ideal empezaba a tambalearse cuando llegabas al país donde, según decían, estaba a punto de ser realizado. ¿Por qué te estaré contando todo esto? No; no lo hago para criticar sin ton ni son. Ya sé que no piensas esto de mí. He pasado una mala noche y tú eres una de esas personas con las que se puede hablar. Todos, a veces, nos encontramos decaídos, pero esto pasa. ¿Qué pensarías tú si hubieras llegado desde el Volga cabalgando sobre un tope al que hubieras estado atado con una cuerda (que, al fin y al cabo, no era más que papel prensado) y durante todo el viaje hubieras estado pensando que de un momento a otro podías caer entre las ruedas? Te aseguro que en tales circunstancias piensa uno en muchas cosas. Sí; uno acaba entonces por maldecir a su padre, a su madre y al día en que nació y al día en que ingresó en el Partido. Pero luego viene lo peor, que es el mareo; entonces dejas de maldecir y acabas por no pensar en nada. Si ladeas la cabeza ves la tierra llana y estirada, de la que ascienden nubes de polvo y humo, que te irritan los ojos y te taponan las narices y que también podrían ser inmensas olas azules sobre las que te sientes deslizar y que a veces te aprietan el estómago hasta sacar de él lo que no tienes. Y además vienen luego las palpitaciones, que no has adquirido a causa de haber fumado demasiado, sino que has adquirido en Volsk, cuando picabas piedra de sol a sol. Y en un momento dado la tierra y las olas desaparecen y te quedas sin aire y eres presa de un miedo terrible. De día el cielo está negro y de noche ves en él trazos de fuego. Cuando los frenos chirrían y el tren se detiene, el aire deja de silbar, desaparece el peso sobre tu estómago y puedes volver a respirar, y se te ocurre pensar que te llamas Paul Loose y que tu nombre figura en una lista oficial y que en realidad eres un antifascista, un hombre de suerte que pertenece a la clase privilegiada y que todos los demás, cientos de miles de hombres, te envidian profundamente y que sin vacilar traicionarían a su mismo Dios para poder estar en tu lugar. Y tú, entonces, te echas a reír, porque no puedes hacer nada más que eso, y ríes hasta sentir que te ahogas. Y Emil, que está a tu lado, comprueba el estado de la cuerda y, con sumo cuidado, te pasa su mano por la cabeza y te dice: "Por Dios, Paul, no pierdas la razón, no vayas a volverte loco; ya verás como todo esto pasa. Vamos a casa. Y en casa, en Magdeburg, está tu Emma, que te aguarda. No hagas que llame a su puerta para decirle: Un saludo de Paul; pero resulta que se cayó del tope poco antes de llegar a Magdeburg. En realidad, estaba harto de todo". Y entonces te echas a reír de otro modo y ríes de una manera natural. Emma ya es otra cosa; Emma es la idea a la que te agarras con todas tus fuerzas, y es que Emma... Bueno, eso ya es harina de otro costal. Y las ruedas se ponen de nuevo en movimiento y tu corazón vuelve a palpar, y mientras estás atado al tope y te parece tener una piedra de molino suspendida al cuello te dices que Emil tiene razón y que ahora que estás tan cerca de Magdeburg no puedes caerte al suelo. Una vez, cuando iba camino de casa y ya estaba a punto de reunirme con mi Emma, las cosas me salieron mal. Fue cuando la caída de Lübben. Me cogieron en Zossen y tuve que

participar en los últimos combates de Berlín. Pero eso ya es otra historia. Mientras estás sobre el tope no tienes más remedio que pensar en forma dialéctica, y la verdad es que no puedes culpar a la gran Unión Soviética de que un sargento se haya quedado con el dinero del viaje de cinco "plenni", que ahora, por no tener billetes, deben viajar sobre los topes. Y si ese sargento no se ha emborrachado con el dinero, sino que con él ha comprado una olla para su casa, puedes pensar que también tú has contribuido a la santa causa y has procurado por el engrandecimiento de la Unión Soviética. Ya ves, amigo, que cada cosa tiene, por lo menos, dos aspectos.

Loose fue interrumpido.

El coronel Zecke entró en la habitación y devolvió unos periódicos que le habían prestado. Eran periódicos del Berlín Oriental. Al cogerlos Loose y echarlos a un lado, Zecke descubrió un ejemplar del *Telegraph* y un ejemplar del *Tagesspiegels*.

—Me gustaría leerlos —dijo Zecke.

—Aquí no leemos esos periódicos. Unos muchachos los han traído por puro descuido. Creo que los han traído de la estación de Brest. Ya se hace usted cargo, coronel.

—Sí, claro que sí —respondió Zecke.

Loose le entregó los periódicos, pero le rogó que los leyera allí mismo. Y Zecke se sentó a la mesa, junto a los dos hombres.

Paul Loose trajo una cajita de madera, un cuchillo y comenzó a tallar la caja.

Calló durante un rato y luego prosiguió:

—Abedul de Carelia —dijo—. La madera no la he traído de allí, pues no he estado en Carelia. Como sabes, yo he estado en la parte baja del Volga y allí no hay madera. No sólo no crece madera, sino que tampoco la llevan allí. Por lo menos, que yo sepa, no la han llevado allí durante los últimos treinta años. Ya puedes suponerte el aspecto que en tales circunstancias presentan los techos de las casas, que son de vigas de madera de la época de los zares. Basta arrojar tu gorra contra los techos de las casas para comprobar que todos están podridos. Por suerte, dado lo seco del clima, las vigas aguantan mucho, pero al cabo de treinta años no hay viga que resista. Te digo que en aquella región no hay madera, ni tan sólo encuentras allí las cuatro tablas necesarias para la caja que cada uno ha de menester. Y ya no me refiero ahora a los "vojeni plenni", sino a los campesinos del Volga, que son enterrados sin las cuatro maderas, sin rezos y sin un sacerdote que les acompañe a la tumba. En cierta ocasión, al ver cómo enterraban a su vecino sin ninguna clase de ceremonias, me dijo un koljose: "Ya ves: lo llevan a enterrar como si fuese un animal". Y tú, entonces, piensas en el sentido de aquella frase. Y te das cuenta que aquel hombre desearía oír de nuevo la campanilla de la iglesia que desde hace treinta años ha dejado de sonar, y te das cuenta de que aquel hombre quisiera volver a oír los rezos junto a la tumba y quisiera que alguien le dijera que el alma es inmortal. Un hombre de unos cincuenta años; una generación con otras ideas. Una generación que poco a poco va desapareciendo. Perdón usted, coronel, también usted debe tener alrededor de cincuenta años.

—Sí; tengo algo más que cincuenta años, y es cierto: mi generación tiene unas ideas que ahora han dejado de contar.

—Sí; pero, ¿qué importa eso? Ahora todo el mundo habla de un modo superficial e incierto. Ahora todo el mundo quiere jabón y cepillo de dientes, un

sombrero de panamá en la cabeza y una goma de mascar en la boca, y buena comida al mediodía y a la noche, ropa limpia, calcetines gruesos en invierno, zapatos ligeros en verano: una idea que todos conocemos...

Wustmann sabía que estaba en lo cierto.

Y Zecke, también.

—Pero ahora estábamos hablando acerca de esta cajita y acerca de la madera de abedul. Pues, como decía, en el bajo Volga no hay madera. Las vallas, que habían sido plantadas en tiempo de Catalina II, hace tiempo que han desaparecido. Las casas de los Kulaks están frías. Pero la culpa no es, como dicen los enemigos de la clase obrera, del Régimen; los culpables son las gentes que no quieren conformarse con la falta de madera y no saben adaptarse a las condiciones de la Naturaleza. El Régimen no pretende compensar las fallas de la Naturaleza. Pero de todos modos puede hacer crecer bosques, e incluso lo ha hecho movilizándolo al efecto colonias de la NKVD, que replantaron grandes extensiones de terreno. Pero ocurrió que en el momento oportuno se vio que faltaban alambradas para protegerlas. La comisión planificadora se había olvidado de las alambradas, por lo cual fue mandada a un campo de concentración y fusilada. Así, pues, también hay que hablar de los imbéciles. Como es natural, en invierno llegaron los conejos y se comieron los arbolillos recién plantados. Se llegó a la conclusión de que lo mejor era continuar haciendo lo que hasta entonces se había hecho, es decir, aprovechar la corriente del río para el traslado de la madera. En este sentido, el Régimen hace lo que puede: de una manera metódica, empleando tanta inteligencia como pólvora, ha exterminado grandes masas de enemigos del pueblo. Hay que convenir, sin embargo, que acerca de todo ello se tiene una idea muy equivocada, pues los enemigos del pueblo crecen en todas partes como los hierbajos en el monte, e incluso se encuentran en el ministerio encargado del transporte fluvial; esos son los que impiden que la madera, tan abundante en los bosques del Norte, llegue al Sur, donde la tierra está pelada. Existe otra variante de enemigos del pueblo, gracias a la cual, es decir, a sus manejos, no sólo existe esa enorme escasez de madera a que antes me refería, sino que la inexistencia de cerillas parece ser una de las directrices del Partido; y esa gente es la que hace talar hasta el último árbol de los bosques del Norte, que son una bendición de Dios (ellos no los consideran del pueblo, sino una dádiva de Dios), y exportan la madera a cambio de oro, y mientras tanto el cristiano del Sur vive en casas de techo podrido, y no tiene las cuatro tablas de que antes hablábamos y mira las cerillas de madera como si fueran objetos raros. Bueno; ahora ya sabes de qué clase de madera es esa cajita: un trozo de abedul de Carelia, áspero como nuestro aliso, que sin que nadie le guiara, gozando de una anárquica libertad, bajó un día por las aguas del Volga y fue a parar precisamente a mis manos. Y yo hice de él esta cajita para mi Emma.

Wustmann y Zecke, que desde hacía un rato había dejado de leer en los periódicos, comprendieron lo que Loose acababa de explicarles, pues tenían una idea acerca del problema maderero de Rusia. Zecke comprendió además que el sargento Loose había exagerado algunas cosas, pero que en general había dicho lo que poco más o menos tenía preparado, aunque a través de su relato se descubrían cosas que quería guardar en silencio. Zecke sabía que cuando un "plenni" trabaja cerca del Volga y parte piedras para la producción de cemento no tiene ninguna oportunidad de andar libre de un puesto a otro, ni

de sentarse tranquilamente a la orilla del río, a no ser que esté agonizando o que haya recibido una pedrada en la cabeza. El sargento Loose, sin embargo, por lo que se desprendía de su relato, había estado sentado tranquilamente junto a las aguas del Volga, contemplando la orilla de enfrente, donde desde los tiempos de Catalina II hasta ayer mismo habían vivido unos ochocientos mil alemanes, que luego habían desaparecido misteriosamente, al ser condenados a trabajos forzados en la tala de los grandes bosques del Norte, donde, con sus mujeres e hijos, fueron muriendo poco a poco. Y Loose estaba, sin embargo, sentado junto al agua, mirando el desierto paisaje, pensando en el ir y venir de los pueblos, en las guerras y revoluciones y en ciertas medidas administrativas dictadas por las autoridades soviéticas. Y mientras estaba embargado en tales pensamientos, la corriente del río procedente del Norte le trajo una dádiva: aquel trozo de abedul. Y cuando un hombre corriente viaja sobre un tope, aguanta un rato y luego se busca un rincón en la garita del guardafrenos o en el furgón del carbón, y si todos los puestos están ocupados y no le queda más remedio que permanecer sobre el tope llega un momento en que se cae de él, se rompe la cabeza y asunto acabado. Loose, empero, aguanta ocho días sobre el tope, al que está atado con una cuerda de papel, y habla por los codos y llega luego a Brest, donde te cuenta una bonita historia, y cuando entras en su habitación lo encuentras con un cuchillo en la mano y con él talla una hermosa historia acerca de su cajita de abedul. Y aquella madera sobre la que tantas horas se habían movido las manos de Loose, quien abstraído en sus pensamientos la había ido cubriendo de jeroglíficos, se había convertido en un objeto extraño y curiosísimo. En realidad, el gran problema de entonces eran los jeroglíficos y su interpretación, y es posible que aquel hombre hubiera cifrado sus experiencias en aquellos signos.

Una de aquellas tardes, Meerkatz, Koppmann y un individuo llamado Schwender se sentaron bajo la gran lámpara de petróleo frente al sargento Loose. Los demás hombres estaban tendidos sobre sus colchonetas, fumaban, bostezaban o dormían. Meerkatz, Koppmann y Schwender se habían reunido con Loose para hablar sobre algo referente a la cajita de abedul. Paul Loose, marinero, trabajador portuario, miembro del Partido desde 1928, había sido un simple militante sin función específica, por lo que no había sido perseguido ni encerrado en algún campo de concentración. Loose había formado en el ejército y combatido desde el principio al final en toda la campaña del Este, participando en las retiradas del Donetz al Dnieper y del Vístula al Oder, y siendo hecho prisionero cuando el desastre final.

Max Schwender quería una exacta explicación de todo y se esforzaba en tratar el asunto como si estuvieran en una reunión del Partido. "Ya que la historia ha sido puesta sobre el tapete —indicó—, creo que es a Loose a quien corresponde aclarar las cosas. Antiguo miembro del Partido y sargento, él es quien debe tomar la palabra."

Se trataba de un sangriento episodio de la guerra y se pretendía dilucidar si cuando el encuentro con unas unidades del Ejército Rojo las cosas habían sucedido conforme al espíritu del Partido o habían sido la expresión de la "lucha de clases". Schwender cogió la cajita de abedul y, al ver la mirada de reproche que le lanzó Wustmann, la volvió a dejar sobre la mesa.

—Déjalo estar —dijo Meerkatz—; al fin y al cabo no ha sido él quien ha suscitado la cuestión. Además, en todo caso, podemos dejar las cosas tal como están.

Meerkatz no tenía demasiado interés en aquella reunión, en la que se imitaban los procedimientos del Partido. Aquellas parodias solían acabar mal, y todos estaban excesivamente enfangados y los hilos de los que pendían en aquel campo eran demasiado delgados para comprometerse en algo.

—Digo que Loose es quien debe tomar la palabra —repitió Schwender.

—Bien, como queráis, pero yo quisiera que nuestra conversación tuviera el tono de una charla entre camaradas.

Schwender volvió a coger la cajita, a la que dio vueltas entre sus manos y contempló las diferentes escenas talladas en cada uno de sus recuadros. Un recuadro —el que Loose había dejado para cuando su regreso a Magdeburg— había quedado sin tallar. Y cuando Loose se quedaba contemplando aquel espacio en el que el cuchillo no había hecho ninguna incisión, cuando Loose se hundía en aquel vacío le parecía ver lo que en él había de figurar...: un rostro; pero no un rostro cualquiera, pues eso apenas si expresaba algo. Se trataba de un rostro determinado, entrañablemente unido a él, siempre esperado. "Las velas bien tirantes, suspendido sobre misteriosas profundidades, llegarás, etcétera." Aquello era lo que tenía que expresar. "¡Ha llegado la hora; estad preparados!" Y esto también, y otras cosas además. Naufragio y salvación; una apoteosis. "¡Ha llegado la hora! ¡Estad preparados para la travesía! ¡O-eh!" Aquello era lo que debía expresar en aquella pequeña superficie lisa. Pero quizá únicamente se limitara a fijar allí una exclamación: ¡O-eh!, y en aquel grito debía quedar todo resumido. Pero aquel estúpido, aquel cochero (aunque, bien mirado, un cochero también es un trabajador transportista), tenía la cajita entre sus manos y trataba de imponer allí la disciplina del Partido. "¡Aparta tus manos de esta caja; esto es algo "privado"; no tienes por qué meterte en este asunto!" Sí, ya sabía que el procedimiento administrativo, una vez puesto en movimiento, no se detenía ante nada, ni ante la vida de uno mismo. Al ser despertado por las mañanas —lo cual solía ocurrir hacia las cuatro de la mañana— si no te levantas inmediatamente, te vuelcan las tablas del camastro. "¿Y tú qué haces? Querida Emma: hubiera sido muy hermoso, pero tenía que suceder así. Mi conciencia del Partido se ha convertido en algo muy hondo. Aquí, en manos de los dirigentes, estoy perfectamente bien y esto debe servirte de consuelo." Eso es lo que dices y no aquello de "My home is my castle", pues si tal dijeras serías un propietario de una antigua casa, serías alguien que gozaría de caducados privilegios. En una palabra: serías un fósil. Y eso sí que no lo eres. No, no lo eres, porque no tienes nada que ver con viejas heredades de casas y privilegios, ni con los fosilizados restos de una sociedad entontecida cuyos miembros no te llegan a la altura del zapato. Y como miembro consciente de una determinada clase social también te dices que eres un simple afiliado, sin ninguna función específica en el Partido. Y si al Max —al Max Schwender, de Berlín-Rummelsburg— se le ocurre preguntarte acerca del significado del recuadro vacío de la cajita, tal como corresponde a un disciplinado miembro del Partido, estás obligado a hacerle saber tu secreto y a contarle todo, desde "La travesía por mar" y "Olas, estrellas y cielo", hasta "Las velas tirantes" y "Yo he surcado lejanos mares". Estás obligado a contarle todo, pero lo de Emma, no; eso tiene que quedar aparte, sin que nadie lo roce, pues a nadie importa nada.

Schwender contempló el recuadro vacío de la cajita y luego se la alargó a Koppmann, quien después de haberle echado una rápida mirada la devolvió a Schwender.

—Vosotros también opináis así, ¿no es verdad? —preguntó Schwender. Sí, los otros dos también opinaban como él. Y Schwender añadió:

—La cosa, pues, no tiene importancia.

—¡Stop! —gritó Loose—. ¡Eso pasa de la raya! ¡Al contrario, la cosa puede tener una gran importancia! Ahora todavía no hay nada. Pero luego se hará.

—¿Qué es lo que se hará?

—Muchas cosas... En casa, una silla, una mesa, una cama...

—Sí, mucho es...

—Entonces, todo queda cifrado en una exclamación: ¡O-eh!

Schwender se pasó la mano por la cabeza, miró la cajita, echó una mirada a Loose, miró a los demás y contempló de nuevo la cajita.

Meerkatz se encogió de hombros. Koppmann dijo:

—¿Así quieres grabar aquí la palabra O-eh?

—Sí.

—¿Qué opináis vosotros? —preguntó Schwender.

—Un marinero, trabajador transportista y demás —dijo Koppmann—; la verdad: eso huele mal.

—Es posible que un trabajador transportista no procediera así, pero un marinero ya es otra cosa —dijo Meerkatz.

—Bueno, si tú quieres, August, puedes seguir adelante. Número dos; pero no creo que entienda nada de eso —dijo Schwender al tiempo que alargaba la caja a Koppmann.

Koppmann movió la cabeza.

Meerkatz dijo:

—Bien, un marinero. ¿Por dónde has viajado, Paul?

—Líneas de Levante. Hansa de Bremen. Cargamento de plátanos. De Valparaíso a Adelaida; luego las islas de los Cocos, mar de Timor... Entonces no me faltaba ni un solo cabello en la cabeza.

—¡Mar de Timor! —exclamó Koppmann—. Bueno, las cosas pueden complicarse. ¿Quién es el que ha comenzado con todo eso! —prosiguió, y echó una mirada de enfado a Wustmann.

—Deja en paz a Wustmann —dijo Loose—. Wustmann todavía no ha dado un paso fuera del recto camino del Partido. Ahora es repatriado por ser hijo y hermano de un dirigente del Partido Socialista Alemán. Ha oído hablar poco de Marx y Engels; en todo caso, menos, desde luego, que acerca de Carlos I. En el campo estuvo estudiando la interminable serie de locuras que se han cometido desde el "viejo Fritz" hasta nuestro Adolfo; se hizo un pequeño lío y yo le ayudé a poner sus ideas en orden.

—¡Eso no tiene nada que ver con lo que ahora estamos tratando!

—Pues, sí; tiene mucho que ver.

—Además, ya no debe decirse "viejo Fritz", que suena de un modo excesivamente familiar, sino Federico II. Eso ya deberías saberlo.

—Debo decirte que no estás en la línea justa y que te inclinas demasiado a la izquierda. La línea justa es ser patriota y nacional. Ya verás como Wustmann y el coronel de ahí al lado te dicen lo mismo.

—¡No bromees!

—Pues no bromeo; hablo absolutamente en serio. Puedes pensar en "internacional", pero debes argumentar en "nacional".

—¡Dejad esas tonterías!

—No son tonterías; son cosas muy serias. Es esta una lección que todavía

debes aprender —dijo Meerkatz—. Pero, prosigamos con la maldita cajita. ¡Hay que ver qué libreta de apuntes te has fabricado! ¡Nadie podrá descifrar el significado de las hendiduras y cortes que ahí has hecho! ¿Crees que has hecho una obra de arte?

—Arte o no arte, es cosa que ahora no nos interesa.

—Pues tampoco nos interesa lo concerniente al recuadro vacío, ni lo que hay en los otros recuadros. En mi opinión, lo que nos interesa es otra cosa. ¿Qué es ello, Paul?

—Habéis comenzado por el final, es decir, por el número seis, que está vacío y en el que pondremos ¡O-eh!; esto ya lo sabéis.

—Sí, ya lo sabemos.

—El número cinco se titula "Caballo de fuego", y representa la marcha hasta aquí.

—Sí, ya comprendemos.

—El número cuatro se titula "Ciento veintiséis por ciento", y representa el campamento del cemento. Fijaos en esto, en esta línea: significa el nivel de vida de un sin trabajo normal, que disfruta de las comodidades corrientes, es decir, en cuya casa tiene water, papel higiénico y demás, y este grumo de aquí abajo somos nosotros, un veintiséis por ciento bajo la raya.

—Puede pasar; también lo comprendemos.

—El número tres se titula "Kaputt", y significa el primer campo de concentración.

—Sí, se reconoce muy bien. Mira, Max —dijo Koppmann, volviéndose hacia Schwender—, la raya larga es un individuo, y las dos cortas son dos individuos más. Y estos dos llevan a este otro cogido por la cabeza y los pies. Sabemos de qué va. Esta escena la hemos presenciado muchas veces.

—Sí, este fue nuestro primer campo de concentración.

—Bueno, continúa. ¿Qué significa el número dos?

—El número dos se titula: "Coche de niño volcado". La escena ocurrió en Lübben; en la carretera que va de Lübben hacia el Oeste. Ocurrió en el mes de mayo, cuando la época de los espárragos, yo pensé que...

—Piensas demasiado, y esto es todo lo que hasta ahora tengo que decirte acerca de tu cajita de abedul. Espárragos y cochecillos de niño: todo esto no tiene ninguna importancia y además no tiene nada que ver con lo que estamos tratando.

—Yo ya dije que no era necesario hablar de todas esas tonterías, pero ahora que ya ha empezado, dejad que termine.

—Bueno; pero ves al grano y habla con sentido crítico.

—Hablando con sentido crítico, debo decir que en realidad no quería caer prisionero. Antes, cuando estaba en los pantanos de Pinsk, sí que quería pasarme y llegar a la patria socialista. Pero luego, cuando el encuentro de Holunderbusch, se me pasaron las ganas y ni diez caballos hubiesen conseguido arrastrarme hacia allí. Y en Lübben me ocurrió otro tanto: lo importante era pasar el Elba, aunque por el camino tuviera uno que dejarse una pierna o perder medio trasero. Y una vez en la otra orilla, aunque me hubiera quedado sin cabeza, no me habría detenido, pues lo único que quería era huir de los rusos. A decir verdad, hay que confesar que estaba tan loco como los demás. A pesar de encontrarme cerca de Magdeburg, llegué a olvidarme de la ciudad. Allí estábamos, y la orden era: irrumpir hacia el Oeste. Había allí gentes de todas partes y condiciones, de Prusia Oriental, de Schwerin y de Pomerania,

y familias con carros, bicicletas y coches de niños cargados con maletas y paquetes. Una mujer se tiende en la cuneta y tiene una criatura. Ruido de tanques. Un coche de niño que vuelca: cacerolas, camas y paquetes, todo rueda por el suelo. La parturienta grita: "¡Ayudadme!" Pero nadie tiene tiempo para detenerse y todo el mundo pasa de largo. Y nosotros nos quedamos allí, parapetados tras un caballo muerto, un coche de niño y un montón de maletas, y disparamos. Y junto a nosotros hay unas mujeres. Desde hacía unos días que no se separaban de nosotras. Nos levantamos, vemos que nos disparan de todas partes y nos volvemos a echar al suelo. A las mujeres no se les ocurre tumbarse. Las mujeres corren con los cabellos revueltos al aire y de vez en cuando, sin detenerse, se vuelven hacia nosotros y nos miran. Y una nos grita: "¿Os habéis vuelto cobardes?" Pero nosotros nos volvemos a levantar y echamos a correr de nuevo. Nos disparan y luego, con palas y palos, nos golpean y allí estuvimos hasta el anochecer...

Allí estuvimos hasta el anochecer...

Aquello era lo que efectivamente había ocurrido en Lübben. Luego, empero, él se había escabullido y en la carretera 96 fue atrapado de nuevo. En el canal de Teltow había visto volar un puente por los aires. Luego había servido de ametrallador en un coche en el que iba el comandante Hasse, del que finalmente se deshizo para volver a ser detenido al poco rato. Luego había estado en el bunker más hondo de Berlín...

Pero acerca de todo aquello no podía hablar y dio un rodeo en su narración.

¿Qué le ocurría a Loose? Le faltaban las palabras. Se pasó el dorso de la mano por la frente, y al mirársela luego vio que estaba empapada de sudor.

—Allí estuvimos hasta el anochecer—dijo, y calló todo lo referente a su visita al bunker más hondo de Berlín, y su maniobra de meterse en una columna de prisioneros que atravesaba la Wilhelmstrasse, y tampoco dijo que el primer sitio donde se congregaron los prisioneros de guerra fue en el Gendarmenmarkt—, y luego, durante la noche, marchamos en dirección a Königswusterhausen.

Aquello volvía a ser cierto.

—El campamento estaba junto a las canteras de cal de Rüdersdorf... Bueno, ya sabéis: toda la Wehrmacht estaba allí, y no sólo la Wehrmacht, sino muchas mujeres, miembros de las Juventudes hitlerianas, enfermeras, profesores universitarios, taberneros, almirantes retirados: toda Alemania estaba allí hambrienta y sedienta, aguardando a ser transportada. Y cada uno de los que estábamos allí pensábamos que ya nada peor nos podía ocurrir.

"Un día llegó un tren de carga. El tren constaba de ciento veinte vagones. Montamos en él. No os podéis imaginar la carga de aquellos ciento veinte vagones. Yo creo que, al igual que una persona poco consciente de su condición, hasta el propio Carlos Marx hubiese dicho: "Que Dios les perdone". Únicamente os diré que las puertas de los vagones fueron cerradas en Königswusterhausen y no volvieron a ser abiertas hasta catorce días después, cuando nos encontrábamos muy adentro de Rusia. Los que pudimos nos arrastramos hacia la luz. Muchos, empero, habían quedado inmóviles y nosotros tuvimos que sacar fuerzas de flaqueza para descargarlos. El comandante del campo llegó, echó una mirada sobre nuestro pequeño grupo y se fijó en el montón de cadáveres que había junto a cada vagón. ¿Y sabéis lo que hizo? Mandó detener al jefe de la expedición. Luego, hablándonos en

alemán, nos rogó que disculpáramos las malas condiciones en que habíamos hecho el viaje. Y a mí, que ni el hambre, ni la sed, ni el haber estado medio desnudos entre nuestros propios excrementos, ni el que el jefe de la expedición fuera detenido (en Königswusterhausen nos había dicho: ¡ya veréis lo que hago con vosotros!), me había hecho llorar, al oír las disculpas del comandante y ver de qué manera relampagueaban sus ojos, se me saltaron las lágrimas. Aquel comandante hizo todo lo posible para rehacernos. Se pasaba el día yendo de un barracón a otro e interesándose por cada uno de nosotros. Como os digo, incluso dándonos de comer él mismo hizo cuanto pudo por rehacernos. Luego trabajamos en una fundición de acero. Trabajábamos sin trajes ni guantes apropiados, hasta caer agotados. Había dos turnos: uno de día y otro de noche. Por muy fuerte que fueras, en quince días estabas listo para ser enterrado. Pero ese es otro capítulo. Eso pertenece al capítulo de las reparaciones...

—No creo que hayamos llegado tan lejos como para cargar nuestros muertos a cuenta de los rusos.

Era un hombre que acababa de incorporarse en su camastro y que de pronto se metió en la conversación.

—Nadie lo hace, y Paul no puede contarnos que en Königswusterhausen montó en un tren de lujo, emprendió un viaje de turismo y que al llegar a Siberia llevó una existencia regalada. Todos sabemos que un campo de concentración no es precisamente una guardería infantil.

—Nos basta con saber lo que a nosotros concierne, es decir, provocación de guerra, campos de concentración, fusilamientos de judíos... Ahí tenéis una larga lista de hechos sobre los que hablar.

—Sí, es cierto; pero Paul dice...

—¡Paul no tiene nada que decir!

August Meerkatz se volvió hacia aquel tipo y le dijo:

—Oye, Atze: ¿no acabas de decir que en vuestro campo de concentración de Siberia las mujeres prusianas morían como moscas? Si Paul ha realizado un viaje como el que acaba de contar, ahora no ha hecho más que hablar acerca de un suceso real, y eso no puede molestar a nadie. Si hubiera callado, significaría que, en el fondo, estaba de acuerdo con el jefe de la expedición. Yo creo que únicamente podemos estar conformes con el comandante del campo, que hizo detener al jefe de la expedición. Ahora volvemos a Alemania...

—Sí; pero con estas habladurías es posible que nos quedemos a mitad de camino.

—Eso es lo que te preocupa.

—Soy un antiguo militante del Partido Socialista alemán y abogo en favor de la fusión de los dos Partidos, por eso me pusieron en la lista de los repatriados, y ahora no quiero echarlo todo a perder a causa de esas estúpidas conversaciones.

—Entonces será muy conveniente que distingas entre lo que es un principio y una casualidad. Nosotros vamos ahora a Alemania y cuando nos pregunten (pues quién duda que la madre preguntará al hijo, y el hermano al hermano y la mujer al esposo), ¿qué hemos de contestar? ¿Que no sabemos nada? ¿Que no hemos visto nada? ¿Acaso podemos taparnos los oídos? No, eso es imposible. La pregunta quedará formulada a pesar de tener nosotros taponados los oídos y el corazón, y si no la sabemos contestar, nada sabremos responder en Alemania. No, no, nosotros sabemos y hemos visto; hemos visto

cosas inhumanas.

—En el país donde el hombre ha sido explotado por el hombre, no puede hablarse de nada inhumano.

—No hace falta que nos lo digas a nosotros; pero cuéntale eso a las mujeres de Berlín y del Ruhr y harás un triste favor a tu causa. No por combatir una cosa la harás desaparecer. Nosotros queremos establecer la realidad que se oculta tras todas las apariencias. Si alguien dice "las mujeres prusianas morían como moscas", debo suponer que eso ocurría de verdad. Nuestra gente se muere en las minas de carbón y en las serrerías y en el Moor. Pero en medio de toda aquella catástrofe había que tener la convicción de que por encima de tanta calamidad había una mano ordenadora. Aquella mano estaba a veces muy lejos de nosotros y nosotros sabíamos que sus órdenes no siempre eran cumplidas y otras eran mal interpretadas. En todas partes hay almas nobles, y también las había allí. Allí había la hermana Chura, que robaba las gasas y el algodón; pero también estaban las hermanas Tania y Sonia, a las que en una noche vi yo sacar veintidós cadáveres del hospital y vi vaciar ochenta cubos llenos de excrementos de enfermos atacados del tifus, a quienes poco antes, a falta de toallas, habían lavado con sus propias manos. Allí había el jefe de la expedición, de quien acabamos de hablar, pero también había el comandante, que hizo todo lo posible para rehacernos y que incluso, como se ha dicho, a los más graves les metía la comida en la boca. Y otro ejemplo, todavía. Sí, quiero contároslo. He aquí que, camino del despiojamiento, un hombre cae al suelo, entre la porquería. Yo sé que aquel hombre no sólo ha caído a causa de la debilidad, yo sé que no sólo ha caído a causa del hambre, yo sé que aquel hombre le está abandonando la esperanza y se siente absolutamente solo y no tiene a nadie con quien hablar; yo sé que aquel hombre desfallece a causa de la necesidad que siente de encontrar un aliento amigo. Un puñetazo en el rostro hubiera significado algo humano para él. Y allí estaban unos campesinos rusos, y si no pensara conforme a los principios marxistas, os diría que en las almas de aquellas gentes brillaba una luz. Vieron al hombre caído y se acercaron a él y le dijeron *nitchevo*... No importa, no importa, hijito, dijeron al tiempo que volvían a levantar al caído. Así era aquello. Hemos tenido muchos encuentros como ése y estas experiencias nos ayudarán a contestar cuando se nos hagan preguntas acerca de nuestro pasado. No hay que rehuir las preguntas porque ellas tratan de llegar al fundamento de las cosas, y por esto, por una cuestión de principios, estamos nosotros obligados a responder.

Meerkatz se interrumpió. La puerta se abrió. Entró uno de los responsables del campo. Le acompañaba uno de sus ayudantes.

—He visto que todavía tenáis la luz encendida.

Echó una mirada a su alrededor. Sólo cuatro colchonetas estaban desocupadas. Y cuatro eran los hombres sentados alrededor de la mesa. De eso se percató al momento.

—Valientes muchachos, ¿qué hacéis ahí sentados? ¿Qué es eso que tenéis sobre la mesa?

—Es una cajita de rape. Ya lo ves.

—Me parece un poco grande... Al ver la luz encendida me imaginé que algo ocurría.

Echó una mirada a la cajita y a Loose y se marchó.

—A ver si termináis con vuestras habladurías —dijo alguien detrás de ellos.

—No importa la manera como uno llega a ver las cosas claras —dijo Meerkatz—. Cada cual lo hace a su manera y Loose lo ha conseguido con un cuchillo y un trozo de madera sobre el que ha tallado "caballo de fuego", "ciento veintiséis por ciento", "Kaputt" y "cochecillo de niño". Y ya que Loose nos ha explicado todo hasta el número dos, bien podemos oír lo referente al número uno.

—Sí, falta el número uno.

—Al fin y al cabo, para eso nos hemos reunido. Estoy por decir que hasta ahora no hemos hecho más que desviarnos de la cuestión principal.

—Paul no necesita, ni siquiera desviarse, ni pretende desviar a nadie.

—¿Otro que se mete? —dijo Schwender al tiempo que se giraba y miraba hacia Nolte, que se había incorporado sobre su jergón.

Lo que al principio había sido una manifestación del espíritu de clase estaba a punto de convertirse en una charla de carácter general.

—Hubiéramos debido pasar la velada jugando a cartas.

—Sí, hubiera sido mejor.

—Bueno, bueno; a ver, Paul, comienza con el número uno.

—Como os decía, empecé a tener horror a los rusos en los pantanos de Pinsk, en la región de Olevsk y Slavetchno. El número uno se titula el "crac".

—Apenas si se puede reconocer aquí, sobre la madera.

—He dicho que comencé a sentir horror.

—Nada de parcialidades —opinó Meerkatz.

—De acuerdo.

—Pues, cuenta.

—Los pantanos de Pinsk. Retirada. El frente del centro había sido roto. Pero apenas nos hubimos metido en las nuevas trincheras, cuando nuestro jefe, que ya había ideado nuevos planes, quiso volver a atacar hacia el Este. Así, pues, se acerca a nosotros —eso ocurrió en Olevsk —y nos dice: "Voluntarios para una patrulla". Yo pienso que por fin ha llegado mi hora. Y me ofrezco como voluntario. A la mañana siguiente —todavía era completamente oscuro— salimos de nuestras trincheras. Vamos en dirección a Slavetchno. Yo, en mi calidad de suboficial, llevo el mando. La dirección me importaba un pepino: me era indiferente ir hacia Gomel, hacia Vitebsk o hacia Moscú. A Iván —pensaba yo— lo encontrarás de todos modos y ya te sabrás salir de las dificultades propias del primer momento. Luego todo habrá acabado: te desmovilizarán y, por fin, estarás en tu gran patria. Avanzamos entre la niebla. A veces oímos el glogló del agua y otras tropezamos con un árbol solitario, cuyas ramas se levantan hacia el cielo como si se estuviera hundiendo y pidiera auxilio. Cumplimos con lo ordenado y consideramos aquel árbol como una posible posición. Luego digo a mis hombres, que eran cinco: "Bueno, ahora marchémonos". Emprendimos el camino de regreso. El paisaje está desierto. Lo mejor hubiera sido encontrar un sitio donde escondernos y aguardar la noche. Pero allí no hay nada. Descansamos un rato. Al levantarnos, digo: "¡Maldita sea! Me he torcido el pie". Y los otros, como es natural, me creen sin dudar. "No os preocupéis —les digo—. Puedo andar. Iré despacio." Y, cojeando, echo a andar. Los otros van treinta o cuarenta pasos delante de mí. Comienza a salir el sol y el cielo se tiñe de rojo. No hay allí un bosquecillo, ni siquiera unos arbustos. De pronto, veo unas matas. ¡Ah!, pienso, esta es mi ocasión. Y me escondo. Y he aquí que se presenta Iván. Ante los otros, como surgidos del suelo, aparecen seis u ocho individuos. Mis hombres

se quedan atónitos. Suena un disparo. Los rusos, bien apretadas las armas contra el pecho, se acercan. Unos esgrimen las culatas de sus fusiles. A los míos no les queda más remedio que levantar los brazos. Y así lo hacen, pero no todos, desde luego. El pequeño hamburgués, un tipo realmente notable que sabe algo de ruso, levanta las manos y grita: "Stalin, sdrasdvuitie!". Y luego, en seguida, vuelve a gritar: "Vochd sdrasdvuitie!". Otro, a su vez, grita: "¡Viva Moscú!". Pero el de sdrasdvuitie recibe un tremendo culatazo en la cabeza. Y al que acaba de gritar "¡Viva Moscú!" le hunden la cara, entre los ojos, con una pala. Estalla una granada de mano. Los rusos también reciben lo suyo, pero como son más no tardan en imponerse. El hamburgués queda tumbado boca arriba. A su lado está el estudiante de Leipzig. Y yo, desde mi escondrijo, presencio toda la escena. Los rusos "acaban" con los caídos. Uno a uno les hunden las palas en el cuello. Y yo sin moverme tras los arbustos. Yo, que tengo conciencia de clase, que estaba a punto de pasarme... Los otros ya han terminado. Antes de marcharse registran a los muertos. En estos casos siempre puede uno quedarse con algún reloj o un par de botas. Pero, de pronto, yo comienzo a disparar mi fusil ametrallador. No sé, en realidad, lo que hago. Dejo de disparar y arrojo unas bombas de mano. Vuelvo a darle al fusil ametrallador. Caen un ruso. Otro trata de escapar, pero también cae. Un tercero logra escabullirse. Yo disparo sin cesar, con rabia. Ellos abren fuego contra mí. Las balas me llegan por los costados y por detrás. Pero yo logro abrirme paso. Y, por fin, me uno a los míos. ¡Y pensar que había querido pasarme, que había querido ir a la gran patria! Y entonces, al pensar en eso, sentí un íntimo, profundo "crac", como si algo se me hubiera roto...

—¿Un "crac"?

—Sí... —murmuró Koppmann.

—¡Hum! —rezongó Schwender.

Meerkatz echó una mirada a Schwender y a Koppmann y descubrió una sonrisa en los ojos de sus compañeros. Aquellos hombres habían sido demasiado zarandeados por la realidad, estaban demasiado cerca del sudor y de la porquería para poder dirimir la cuestión que allí se acababa de plantear. Meerkatz sabía la respuesta que, en teoría, correspondía a aquel caso y no le costaba ningún esfuerzo imaginarse un colegio diferente al que ellos formaban en aquel momento. Una auténtica troika como la de Moscú y como la que ahora funcionaba en Berlín. Podía imaginarse a aquellos otros tres hombres y sabía que la respuesta hubiese sido: "hubieras tenido que levantar las manos". Y probablemente Loose hubiera respondido: "¿Aunque solamente lo hubiera hecho para salvar el pellejo?". A lo que se le hubiera respondido: "Naturalmente, para conservar tu pellejo". Meerkatz se imaginaba oír aquella respuesta e incluso le parecía oírla pronunciada en dialecto sajón.

—Bueno, Schwender, Koppmann —dijo al ver que sus dos compañeros guardaban silencio.

—Dinos lo que piensas, Koppmann —dijo Schwender.

—Es difícil... Consideradas las cosas de una manera seria, es difícil decir lo que Loose hubiera debido hacer.

—Lo mejor será que dejemos el asunto como está —dijo Meerkatz.

Meerkatz no quería profundizar más. Y en realidad todo aquello no podía pasar de una vaga discusión teórica.

—A veces uno siente como un "crac" interior —dijo, y con aquellas palabras pareció dar por terminado el asunto.

Los otros se enteraron de que Loose, tras haberse incorporado a su unidad, fue ascendido y recompensado con la cruz de hierro.

—Se ha hecho tarde y mañana por la mañana debemos ir a la estación.

—Sí; lo mejor será que nos echemos a descansar.

EL EXPERIMENTO ZECKE

Alemanes, húngaros, austríacos, italianos... miles de hombres procedentes del campo de concentración central, y otros miles procedentes de otros lugares, llegaban cada mañana formados en largas columnas, a los diferentes lugares de trabajo. Allí había grandes solares, depósitos de arena gruesa y tejares. En algunas partes se trabajaba según métodos primitivos: con el barro, las tejas eran hechas a mano y luego se ponían a secar al sol. Grupos de "plenni" rapados al cero trabajaban junto a los depósitos de barro, a los montones de piedra y arena, a las bocas de los hornos, a las máquinas de moler cemento, a las rampas de carga y a los camiones. Una gran multitud de prisioneros y numerosas brigadas de hombres procedentes de los campos de concentración de tránsito, trabajaban en los alrededores de la estación, donde terminaba la ancha vía rusa y comenzaba la más estrecha vía occidental. Cuando la época del pacto germano-soviético, la estación de Brest-Litovsk había sido el lugar por el que Rusia enviaba a Alemania azúcar, trigo, nafta y mantequilla. En 1945, tras el desastre alemán, la estación de Brest-Litovsk volvió a tener extraordinaria importancia, pues por ella se efectuaban los mayores transportes hacia el Este. Los trenes de las "reparaciones" se daban cita allí, donde convergían más de cien vías, y con gran estrépito de frenos se detenían en un andén. Brigadas de prisioneros de guerra alemanes y de trabajadores rusos cargaban y descargaban sin cesar aquellos trenes. "¡Vaaa-aaá! ¡Vaaa-aaá!"

"Los transportes soviéticos son los más adelantados del mundo." "Los trenes de las 'reparaciones' exigen que multipliquemos nuestra capacidad de trabajo." "Hagamos también que la batalla de los transportes termine con una completa victoria."

August Meerkatz echó una involuntaria mirada a uno de los muchos cartelones de propaganda, pero no se percató de lo que leía. Fue como una mirada al cielo, o sobre el ancho paisaje o al ensordecedor trajín de la estación.

"¡Vaaa-aaá! ¡Vaaa-aaá!"

Con palos y cuerdas y a los gritos de "¡Vaaa-aaá!" "¡Cuidado!" y "¡Listo!", un grupo de trabajadores acababa de descargar una prensa. La prensa estaba en el andén y debía ser colocada sobre un soporte. "Vosotros aguantad por ahí y nosotros empujaremos por este lado... No, así no. ¡Cuidado, que se va a caer de lado!... ¡Nitchevo! ¡Vale, vale!... ¡Vaaa-aaá!" La máquina, que pesaba más de media tonelada, se movió y, tal como alguien había previsto, cayó de costado. Se rompieron unas palancas y los mandos de precisión. "Nitchevo, hubiera podido suceder algo peor. Vayamos a por otra."

La siguiente era una máquina excavadora y la otra una rotativa.

"Propiedad del pueblo", dice en un cartel. Coches con la dirección rota, una prensa con las palancas torcidas, una rotativa medio desmontada, y telares, fresadoras y aparatos eléctricos que estaban allí sufriendo los rigores de la lluvia, el sol, el polvo y el viento.

Meerkatz estaba como ausente de todo aquello.

"Trabajas para ti mismo..." Aquellas frases, multiplicadas a través de potentes altavoces, resonaban en la estación y no hacían más que aumentar el desbarajuste que allí reinaba. August Meerkatz se encontraba allí entre aquel tumulto y no hacía más que pensar en la historia que Loose contó a propósito de su cajita de abedul. Y aquello era una nueva etapa de su vida en la que, por fin, se encontró a sí mismo.

"Aumentad el nivel de nuestro trabajo." "Alcanzad y sobrepasad las normas de producción..." Sí; desde tiempo atrás que nos sobrepasamos en cuanto a la voluntad de reconstruir, a la disciplina y a la devoción. Nos hemos sobrepasado tanto que nos hemos quedado con la piel y los huesos, y no solamente nosotros, sino incluso los viejos militantes, los jefes de los campos de concentración, los encargados de la vigilancia, y todos los demás. Aquellos... Allí estaban apiñados junto a la maquinaria y a los productos alimenticios y a la producción industrial, que dentro de un momento a otro iba a emprender el viaje a Rusia. Allí estaban, junto a un largo tren que los acababa de traer del interior de Rusia. Era una pequeña parte del millón de prisioneros de guerra alemanes que Molotov había prometido repatriar. Seres anónimos que al abrir las puertas de los vagones se les veía tumbados en el interior de los mismos como moscas medio muertas. Envueltos en harapos, llevando viejos cacharros de cocina en la mano, algunos repatriados cruzaban las vías en busca de agua. Los prisioneros aguardaban la orden de trasladarse a otro tren que, sobre una vía más estrecha, les condujera a la zona oriental. Una partida de hombres tuberculosos, diftéricos, ictéricos y atacados de malaria, era lo único que volvía a Alemania por aquella estación que había presenciado el tránsito hacia Rusia de puentes de ferrocarril, emisoras de radio, laboratorios de química, calefacciones centrales, alfombras, lavadoras mecánicas, ventanales de iglesia, cuadros antiguos, y viejos manuscritos, planchas de acero, máquinas de escribir y todo cuanto hubiera podido salir de las manos del hombre.

Peor, sin embargo, que la extenuación física, cuyo dramático ejemplo se ofrecía en aquellos repatriados, era la extenuación espiritual... Aquello no se le había ocurrido a él, sino a Auschug, el pobre, desgraciado Auschug, con quien había militado en una célula berlinesa y que ahora también estaba en el campo de concentración. Auschug esgrimía a veces unos argumentos terribles que uno, sin embargo, debía saber refutar, pues de lo contrario hubiera sentido abrirse el suelo bajo sus pies.

"¿Qué clase de suelo pisamos?", se preguntaba Auschug.

"Esclavitud y estupidez", se respondía él mismo.

Auschug está amargado, y la verdad es que para ello tiene sus motivos. Había vivido una larga odisea y un día fue descargado junto a otros moribundos en esta estación. El tren procedía de Berlín, o mejor dicho, de Oranienburg, del campo de concentración de Oranienburg. Pues los campos de concentración continuaban funcionando exactamente igual que antes.

Y a pesar de todo había que salir de aquel infierno.

—Tovarich Meerkatz.

Meerkatz fue llamado a la oficina de un jefe. Recibió órdenes para

proceder a la descarga de nuevos vagones. Al regresar tuvo que buscar a sus hombres, que se habían dispersado.

Algunos de ellos estaban junto a los vagones de los repatriados.

—¡Vaya gentuza! —dijo uno.

—Este tren está lleno de saboteadores —comentó otro.

—Se han puesto enfermos para no tener que trabajar. Han rehusado la comida para llegar en ese estado de lástima a sus casas. Únicamente han comido mazorcas.

—¿Dices que han comido mazorcas?

—Sí; pero no han querido comer nada más.

—¡Trenes lleno de saboteadores! Y pensar que esos tipos regresan ahora a sus casas...

—Bueno, ya habéis dicho bastantes tonterías —dijo Meerkatz—. Dejad de curiosear. El trabajo nos espera, ¡davai!

Veinte o treinta trenes cargados hasta los topes habían entrado aquel día en la estación, en la que reinaba un movimiento y una actividad comparable a la de un puerto de mediana categoría o a la de un gran centro ferroviario. Pero allí no había grúas ni aparatos para proceder a las operaciones de carga y descarga que debían efectuarse conforme a los métodos más primitivos.

—¡Davai!

"Trabajas para ti mismo y cuanto más empeño pongas en tu trabajo, tanto más rica será la sociedad soviética", decía alguien a través de un altavoz.

—¡Davai!

—¡Vaaa-vaaá!

Mientras Meerkatz trabajaba con sus hombres en la estación de Brest-Litovsk, donde procedían a descargar un vagón abarrotado de vías de ferrocarril, el coronel Zecke estaba en el despacho de la "cuarta sección", ante un comandante soviético. Sobre la mesa, frente al comandante, había una gruesa carpeta. Era el expediente Zecke.

—*Saditje*. Siéntese usted.

La secretaria sacaba punta a un lápiz.

El interrogatorio comenzó con las mismas preguntas que le habían formulado centenares de veces y cuyas respuestas, como de costumbre, eran cuidadosamente anotadas. Procedencia social, formación, época de cadete, frentes durante la primera guerra mundial, ingresó en la Reichswehr, Rapallo y el pacto secreto germano-ruso, cooperación entre la Reichswehr y el Ejército Rojo, Rusia.

Era agotador repetir una vez más aquel programa tan trillado de la segunda guerra mundial, del movimiento subversivo del 20 de julio, de cómo fue detenido y de los oficiales que conoció en los campos de concentración. Zecke fue hablando con voz monótona.

El comandante se detuvo al llegar a la cuestión de Rapallo.

El comandante estableció un paralelo entre el tratado de Rapallo de 1925 y el ¡alto el fuego! convenido en 1812 entre el general Yorck Von Wartenburg y el general ruso Von Diebitsch. El comandante hizo que Zecke opinara sobre aquel supuesto paralelo histórico, para así conocer su íntima manera de pensar.

—Los acontecimientos históricos tienen generalmente un carácter único, por lo que resulta un poco arriesgado establecer paralelos entre ellos —dijo

Zecke.

—¿No reconoce usted, señor Zecke, cierto parecido entre ambas situaciones?

—En cierto modo, quizá sí pueda haber cierta analogía entre ellas —respondió Zecke.

—Bien —dijo el mayor.

Zecke comprendió que aquello era una censura.

—Bien; el general Yorck Von Wartenburg ha pasado a la historia de Rusia como un héroe y libertador. Von Wartenburg es considerado como un precursor de Bismarck y de los políticos alemanes que en 1925 firmaron el tratado de Rapallo. El espíritu de Tauroggen alentaba en Rapallo y también en el pacto germano-soviético, pero ese espíritu fue desechado más tarde por Hitler.

—Ya le he dicho antes que sus paralelismos se me antojaban algo aventurados, comandante.

El comandante hizo una mueca de disgusto.

—Establezcamos esta premisa: sin Yorck Von Wartenburg y sin el acuerdo entre Wartenburg y el general ruso Diebitsch, Prusia no hubiera vuelto a nacer.

En aquel momento se abrió la puerta y un coronel soviético entró en la estancia. El comandante, la taquígrafa y Zecke se levantaron. El coronel se detuvo un momento ante Zecke, se inclinó ligeramente y dijo:

—legorov.

De momento, Zecke no comprendió: el coronel se acababa de presentar. Era algo desusado. Él se inclinó a su vez y dijo:

—Zecke.

Todos se sentaron de nuevo. El interrogatorio prosiguió.

—Sin Tauroggen no hubiera habido el Reich prusiano-alemán, ni tampoco Bismarck, ni el imperio alemán —dijo el mayor—. Sin un nuevo Tauroggen, es decir, sin una estrecha colaboración entre Alemania y la Unión Soviética, no habrá reconstrucción alemana.

El coronel legorov participó de pronto en la conversación.

Tenía los ojos de un color gris acerado, los cabellos rubios y unos rasgos finos e inteligentes. Hablaba alemán con ligero acento eslavo.

—Entonces Napoleón había derrotado a Prusia. ¿No cree usted, coronel Zecke, que las negociaciones entre el general ruso Diebitsch y el general prusiano Yorck Von Wartenburg hicieron cambiar el rumbo de las cosas? ¿No cree usted que existe un estrecho paralelo entre la situación de Prusia, deshecha tras la paz de Tilsit, y la de Alemania en 1945? ¿No cree usted que una estrecha colaboración germano-soviética, sería muy beneficiosa para Alemania?

—¿Se dirige usted al prisionero de guerra Zecke, coronel legorov?

—Me dirijo a usted, coronel Zecke. Le hablo de soldado a soldado, de oficial a oficial, de hombre a hombre, y quisiera conocer su opinión general.

—Como coronel Zecke debo responderle: el general ruso Von Diebitsch negoció con el general prusiano Yorck Von Wartenburg, como puede negociarse con un general que está al frente de sus tropas. Yorck, sin embargo, negoció con Diebitsch como una potencia puede negociar con otra. Maniobrando entre los ejércitos de Napoleón y los ejércitos rusos, las fuerzas de Yorck podían significar en un momento dado lo que hiciera inclinar la balanza hacia uno u otro lado. Aquella situación de Prusia no tiene nada que ver con la en que hoy, frente a la Unión Soviética, se encuentra Alemania.

—¿Cuáles son las diferencias, coronel Zecke, que usted establece entre aquella situación y la de hoy día?

—Si usted, coronel legorov, me habla de soldado a soldado, de hombre a hombre, y no de vencedor a vencido, ni de señor a prisionero, no es necesario que le recuerde a usted la situación en la que se encuentra mi país, ocupado por las tropas soviéticas, y tampoco es necesario que trate de explicarle el triste papel que hoy día hubiera tenido que desempeñar un Yorck. Estoy muy lejos de dar la misma categoría moral a Napoleón y a Stalin, y tampoco coloco en un mismo nivel a Napoleón y a Hitler. Y no lo hago porque siento un gran respeto por la grandeza, la voluntad, el poder y los objetivos de Napoleón. Creo que el paralelismo es inadecuado.

"Lo que Napoleón hizo con Prusia tras la paz de Tilsit resulta un granito de arena comparado con lo que Stalin está ahora haciendo en Alemania, aparte de que Napoleón no persiguió a la población civil de Prusia... Respecto a la línea fronteriza del Oder-Neisse, de un nuevo Tauroggen y de una colaboración germano-soviética, hay mucho que hablar. Usted, coronel legorov, es soldado de una gran potencia que, gracias a la victoria, acaba de anexionarse una tercera parte de mi país y procede a la evacuación y traslado de grandes masas de población civil. Usted es soldado. Si estuviera en mi lugar, ¿qué pensaría usted, coronel legorov, de un soldado que, habida cuenta de las circunstancias en que actualmente se encuentra Alemania y el pueblo alemán, jugara con la idea de un nuevo Tauroggen?

Una expresión de ira asomó en el rostro del comandante.

¿Es que no debo detener inmediatamente a este sinvergüenza?, parecía preguntar su mirada. Pero el coronel legorov no se inmutó lo más mínimo. En tono tranquilo y reposado le respondió:

—Hay oficiales alemanes, camaradas suyos, que no solamente juegan con la idea de un nuevo Tauroggen, sino que han emprendido el camino hacia Tauroggen. ¿Duda usted, acaso, de los sentimientos patrióticos y el sentido de responsabilidad hacia su pueblo del mariscal Von Paulus?

—El mariscal Von Paulus obra, supongo yo, de acuerdo con su conciencia y yo procedo de acuerdo con la mía. Sólo los idiotas y sinvergüenzas pueden hablar hoy de Tauroggen y aplicar a la realidad presente el acuerdo entre Yorck y Diebitsch.

—¿Incluye usted entre esa gente al señor Von Paulus y al señor Pieck?

—La respuesta se la dejo a usted mismo, coronel legorov.

El comandante parecía no poderse contener por más tiempo. Semejaba un bulldog a punto de saltar sobre su presa.

—Estoy de acuerdo con usted —concedió el coronel legorov, en el mismo tono tranquilo y reposado de siempre—; estoy de acuerdo con usted en que todavía existen muchas dificultades que vencer para que la colaboración sea algo efectivo; pero las cosas no sólo deben mirarse desde un punto de vista lateral: conviene verlas en su conjunto internacional. Sólo una tercera parte del territorio alemán está ahora bajo dominio soviético; las otras dos terceras partes están bajo dominio occidental. Creo que para llegar a crear una efectiva colaboración germano-soviética es preciso antes allanar muchos problemas. ¿Cuáles son, a su juicio, los problemas más urgentes a resolver?

—Alemania debe reparar los daños causados durante la estancia de Hitler en el Poder. Además, debe suprimirse la frontera del Oder-Neisse, debe procederse a la devolución de las provincia anexionadas, a la repatriación de

los prisioneros de guerra y a la ayuda a la población civil; sin todo eso es inútil hablar de colaboración.

El comandante no pudo contenerse más. Descargó un puñetazo sobre la mesa y gritó:

—*Idi k'thortju*, vete al diablo, *jub tvoi!*...

Y la conversación terminó con aquel ex abrupto.

El coronel legorov se levantó y se inclinó ligeramente.

—Muchas gracias, coronel Zecke. Uno de estos días se terminará la Conferencia de Londres. Procuraré que reciba usted los periódicos para que se informe de lo ocurrido.

Zecke salió de la oficina. No sabía qué opinar acerca de aquella conversación. "*K'thortju*"... No se trataba de una broma. Pensó en el cortés legorov y estuvo a punto de mandarlo al diablo.

Transcurrieron algunos días. No fue llamado nuevamente a declarar. Y no sucedió nada particular: continuó en el campo como hasta entonces. Un día vio cómo cuarenta hombres uniformados al mando de un teniente coronel entraban en el campo. Iban formados de cuatro en fondo, marcando el paso. Incluso llevaban una bandera y cantaban: "Más alto, más alto... pese al odio y al escarnio... cada hélice entona su canción... defendemos a la Unión Soviética..."

Aquellos cuarenta miembros de la Policía Popular, que habían sido instruidos en Rusia, completaban el momentáneo envío de repatriados. El nombre de Zecke no había sido borrado de la lista. El día en que llegó la orden de trasladarse a la estación, el coronel continuaba entre el grupo de repatriados. Había recibido los periódicos que hablaban acerca de la Conferencia de Londres, que se terminó sin haberse llegado a ninguna conclusión práctica. Y no solamente había recibido periódicos editados en la zona oriental, sino que le habían entregado periódicos franceses e ingleses. Estaban en la estación.

Allí estaban todos... Zecke, Koppmann, Meerkatz, Wustmann y también Loose. Tenían que aguardar. Un tren vacío que acababa de llegar del Este estaba preparado en uno de los andenes. Era un tren de carga al que en seguida fueron enganchados dos vagones para viajeros. Por fin se les dio la orden de ocupar sus puestos. Desde su asiento, tras la ventanilla, Zecke vio cómo los refugiados descendían del tren en que habían llegado, atravesaban las vías y montaban en los vagones que habían de conducirlos a la patria... No todos pudieron hacerlo por sus propios medios. Muchos podían permanecer de pie, pero eran incapaces de caminar, y muchos, por su parte, tenían que ser llevados en brazos de sus camaradas. Todos estaban enfermos; algunos estaban enfermos de gravedad y unos cuantos no eran más que moribundos. Lo que les mantenía en pie era el deseo de no morir en Brest, para poder ser enterrados en Alemania. El trasbordo no sirvió de nada, pues los repatriados tuvieron que apearse de nuevo y formar entre las vías de la estación. Lo peor que podía ocurrir era quedarse allí en calidad de "incapaces para viajar"; por eso, incluso los más graves, hicieron un esfuerzo supremo para descender del vagón en que se hallaban y para formar luego entre las vías. Procuraban mantenerse lo más tiesos posible. Pero cometieron una trágica equivocación. Pues, a causa del gran número de bajas habidas en los campos de concentración de Brest, y debido al enorme movimiento de trenes y mercancías, la estación de Brest estaba necesitada de más trabajadores. La estación había consumido más de catorce o veinte trenes de repatriados que

en los campos de concentración de Rusia habían sido dados por inútiles para el trabajo, y algunos de ellos, no muchos, se habían recuperado. Y allí estaban ahora aquellos presuntos repatriados, con las rodillas apretadas y el pecho salido para así causar buena impresión al médico militar. El médico del principal campo de concentración ya había hablado acerca del asunto con los jefes de columna, con quienes estuvo bebiendo unos vasitos de vodka. No era necesario proceder a un minucioso reconocimiento de los recién llegados. No había tiempo para ello. Cada vez que el médico tropezaba con un par de ojos que no estaban completamente hundidos en las órbitas o reparaba en una cabeza que no caía completamente desplomada sobre el pecho, desabrochaba la camisa del prisionero y pellizcaba la piel del mismo a la altura del esternón y procuraba un trabajador más para la estación. Un par de días en la enfermería y el paciente quedaba apto para engrosar una brigada de trabajadores. Así, antes de que los hombres volvieran a subir al tren, fueron retenidos muchos prisioneros.

Por fin acabó la escena. El hombre de la gorra colorada hizo al maquinista la señal de partida. Las ruedas comenzaron a rodar. El tren salió de la estación y, ya sobre vías alemanas, se dirigió hacia el Oeste.

Increíble... A todos, tanto a los enfermos que yacían sobre el suelo de los vagones de carga, como a los militantes que ocupaban los departamentos de viajeros, a todos les parecía increíble. Había habido pueblos a lo Potemkin, ¿por qué, pues no podía haber viajes, estaciones y trenes que se deslizaran sobre las vías alemanas al estilo de aquellos pueblos de engaño? Aquella noche cruzaron un río que algunos dijeron ser el Neisse, y una gran ciudad que se quedó atrás, envuelta por la oscuridad de la noche, dijeron que era Varsovia. El viaje continuó. Pasaron ante pequeñas ciudades, en cuyas estaciones todavía se veían los letreros alemanes. Y no sucedió nada de particular. No se dio la orden —tan temida— de detenerse ni de regresar.

Una mañana gris. Calles mojadas.

Las ruedas giraban muy despacio. Junto al tren caminaban unas mujeres, mujeres alemanas, que les gritaban: "¿No tenéis un poco de pan?" ¿No se percataban de que aquel tren compuesto de cuarenta vagones estaba lleno de antiguos prisioneros de guerra, que volvían deshechos y hambrientos? Sí; se daban cuenta de ello, pero no obstante, con sus depauperados chiquillos en brazos, se apiñaban junto a los vagones y mendigaban y se arrojaban al suelo cuando algún "plenni" les tiraba un trozo de pan seco. Era un espectáculo inusitado y a quienes lo presenciaban —como Zecke, Meerkatz y Wustmann, que contemplaban la escena desde un vagón de carga —les parecía peor que todo lo que habían visto en los campos de concentración.

Se apearon en la estación de Frankfurt an der Oder. En compañía de los demás, Zecke atravesó el puente de madera y se dirigió hacia Gronenfeld. Vio la plaza engalanada con banderas, dispuesta para recibir a los repatriados y escuchó el discurso de bienvenida que pronunció un dirigente del SED llegado de Berlín: "Volvéis a estar en Alemania. No todo es como seguramente habréis imaginado. Todavía hay muchas cosas que hacer. El pueblo alemán ha contraído una gran deuda, y esa deuda debe ser reparada. Estamos orgullosos de vosotros, pues con vuestro trabajo en Rusia habéis contribuido a pagar parte de esa deuda. Ya sabéis lo que es la economía planificada..."

Zecke escuchó el discurso y luego, como los demás, se dirigió a la estación, donde recibió el billete para, libre de toda vigilancia, dirigirse a Berlín.

Sus compañeros subieron al tren de Berlín. Y cuando se disponía a montar en un vagón, sintió una mano sobre su hombro derecho. Y alguien le dijo:

—Tiene usted que acompañarme, coronel Zecke.

Tiene usted que acompañarme... Una puerta se cerró de golpe, la puerta de las oficinas militares de la estación de Gronenfeld, la puerta del enrejado compartimiento de un vagón que se deslizaba sobre una vía alemana, la puerta del "Cuervo Negro" que le llevó desde la estación de Moscú a la Lubianka, la puerta de una celda de la Lubianka, en la que día y noche ardía una luz y en donde se acababa por perder la noción del tiempo.

Ninguna diferencia entre el día y la noche. Días, semanas y meses recorriendo una y otra vez el mismo camino subterráneo, los mismos pasillos que conducían al despacho donde prestaba declaración. Siempre el mismo programa... Vida de cadete, primera guerra europea, segunda guerra, Reichswehr, Rapallo, Hitler, el 20 de julio. Y vuelta a la celda. El centinela te ofrece un cigarrillo (tiene la orden de ofrecerte un cigarrillo) y te da lumbre y tú no sabes si en aquel momento va a sonar el disparo liberador.

Más días, semanas, meses.

No se oye ninguna voz humana, no se ve ningún rostro... Cada vez que se abre una puerta, los pasillos aparecen desiertos. Pasillos, escaleras, puertas... Silencio. Se abre la puerta de la celda. Las señales luminosas del pasillo indican camino libre. Esta vez caminas en otra dirección a la acostumbrada. Sales a un patio. El "Cuervo Negro" te lleva a la estación. Oyes el pitido de una locomotora. Subes a un vagón y eres metido en una especie de jaula. A través de un ventanuco enrejado, puedes ver el cielo y distingues el día de la noche. Una tempestad de nieve. Silencio. El tren atraviesa un inmenso desierto de nieve.

Un campo de concentración. Un campo de oficiales...

Unos hombres envueltos en harapos, metidos en la nieve hasta las rodillas y con las manos puestas en la alambrada, miran hacia el oeste, siempre hacia el oeste. Y en sus ojos todavía brilla la esperanza. Y los centinelas permanecen inmóviles en sus garitas. Y de pronto también tú te encuentras entre aquella gente, metido en la nieve, mirando hacia el Oeste y pensando en Alemania, como ellos.

—*¡Davai*, Zecke: traslado!

Otra vez el tren y la jaula. La nieve se funde. El viaje dura varios días. El "Cuervo Negro" aguarda en la estación Jaroslavski de Moscú. Al final de las calles de Moscú aguarda la Lubianka.

La Lubianka, la casa del silencio, que antiguamente fue un gran establecimiento comercial, se ha convertido ahora en una gigantesca prisión situada en medio de Moscú. Una prisión llena de contrastes y de sorpresas. Hay allí celdas individuales y despachos para recibir declaraciones, cuyas ventanas están cubiertas con cortinas de color amarillo. También hay secciones en las que los presos hacen vida en común. En aquellas secciones estuvieron detenidos los traficantes de divisas extranjeras y los poseedores de oro, a quienes, después de haber sido sometidos a diferentes torturas, se les obligó a entregar cuanto tenían. Los traficantes dejaron las celdas a detenidos políticos, quienes también pagaron allí sus culpas. También hay despachos dotados de luz indirecta. Oficinas bien iluminadas con mesas apropiadas para dibujar planos de obras. En una de aquellas oficinas, y al frente de un estado mayor de ingenieros, estuvo trabajando, tras habersele conmutado la pena de muerte,

Ramsin. También hay viviendas para los guardianes de la GPU, que visten y se comportan como criados. También hay armarios provistos de gruesas puertas de madera que de pronto, cuando uno menos lo espera, se abren y ofrecen la entrada a espléndidos comedores con mesas bien provistas. Hay allí muchas, muchísimas sorpresas.

Zecke volvió a la Lubianka. Esta vez, sin embargo, no fue conducido a una celda de castigo, sino a una pequeña habitación junto a la que había un baño. Una estantería repleta de libros: "De la guerra", de Clausewitz; "El arte de la guerra", de Delbrück; "Historia de la infantería", de Rüstow, y libros y revistas militares de los Estados Unidos, de Inglaterra y de Francia, y los "Discursos a la nación alemana" de Fichte, y muchas obras sobre historia de Alemania, y libros de Clemenceau y Churchill, y los protocolos de Yalta, Casablanca y Teherán. Pero ningún libro de literatura. Una tupida cortina verde colgaba ante su ventana. Descorrió la cortina y vio que tras ella había una gran pared pintada de blanco. Dejó de preocuparle su destino. Un día, al salir de la celda y estirarse él la guerrera, le dijo el centinela: "Eso ya no tiene importancia". Y aquellas palabras no le causaron la más mínima impresión. Le mandaron detenerse en medio de un pasillo desierto y cuando esperaba oír sonar el disparo liberador se abrió una puerta y, de pronto, se encontró ante una joven dentista vestida de blanco. La dentista, que posiblemente era una detenida, le revisó la boca.

Leía los periódicos, y de vez en cuando echaba una ojeada a algún libro. La verdad es que todavía se interesaba por cuestiones militares y políticas.

Pero, ¿por qué se continuaba interesando por todo aquello? ¿Por qué se interesaba si sabía que nunca más había de volver? Sí; su vida terminaría allí, en aquella prisión.

La muerte le aguardaba en aquella cárcel. Estaba seguro de ello. ¿Por qué no se suicidaba? ¿Por motivos religiosos? Quizá.

Volvió a ser llamado a declarar. Un largo camino a través de desiertos pasillos y de infinidad de puertas. El despacho de siempre. Pero junto al conocido empleado de la GPU había un oficial del ejército. Inmediatamente conoció a aquel hombre. Era legorov, de la Cuarta Sección del Ejército Rojo. legorov había ascendido, ahora era capitán general. El general legorov se levantó e hizo una ligera inclinación ante Zecke. El coronel Zecke correspondió al saludo. Parecía que era ayer cuando hablaron en el campo de concentración de Brest-Litovsk.

—Siéntese usted, por favor, coronel Zecke.

Zecke y legorov se sentaron a una mesa redonda. El empleado de la GPU continuó ante su pequeño escritorio, casi oculto tras la lámpara. Sobre la mesa estaba la carpeta del expediente Zecke.

Fue la primera declaración de una serie de interrogatorios llevados a cabo día y noche, ininterrumpidamente. En realidad, empero, más que de interrogatorios se trataba de conversaciones acerca de Alemania.

¿Qué podía significar Zecke para el amable legorov? Zecke era algo así como un preparado cuyas reacciones eran cuidadosamente estudiadas a través de potentes microscopios. A través de Zecke eran estudiadas las posibles reacciones del pueblo alemán, su capacidad de resistencia, su fuerza de oposición, su voluntad de resistencia. Zecke reaccionaba de un modo espontáneo, con entera libertad, pues por aquel entonces se sentía como un habitante del reino de las sombras, de un reino del que ya no podría salir

jamás. Por eso hablaba sin preocuparse de nada y contestaba a cuantas preguntas se le formulaban como hubiera podido responder a un juez sobrenatural. Hablaba sin embellecer las respuestas, ni disimular ninguna cuestión.

El capitán general legorov podía felicitarse, pues hubiera sido muy difícil encontrar un preparado mejor que aquél. Personalmente, no deseaba nada malo a Zecke y cuando su encuentro en Brest-Litovsk tampoco deseó causarle ningún mal. Él se había limitado a escribir un informe objetivo acerca de su conversación, y en el informe había hecho constar que, una vez puesto en libertad, Zecke debería ser considerado como un enemigo en potencia. Luego, cuando la batalla política de Berlín, le volvieron a traer el expediente Zecke, lo cual le causó una gran sorpresa. Fue entonces cuando se enteró de que Zecke continuaba siendo prisionero de guerra y que se hallaba en un campo situado más allá de los Urales. Ascendió y fue trasladado a Moscú, y ordenó que Zecke fuera ingresado en la Lubianka.

Zecke habló acerca de su educación y de sus experiencias. Poco a poco, sin embargo, las conversaciones fueron girando en torno al tema de Berlín, acerca de su posible destino en aquella lucha política que acababa de comenzar, y que fácilmente podía degenerar en una pugna armada. Zecke no opinaba con menos justeza que Downing Street o el Quai d'Orsay, pues tenía una gran experiencia política y sus puntos de vista estaban exentos de cualquier consideración personal. Y el ruso se aprovechaba de la capacidad analítica de Zecke, a quien proporcionaba toda clase de periódicos y noticias de la antigua capital alemana.

Desde su celda de la Lubianka, Zecke tenía la mirada fija en Berlín, bajo cuyos escombros continuaba latiendo el corazón de Alemania.

¿Acaso la civilización occidental no había surgido de entre las ruinas de tres famosas ciudades? ¿No surgió el monoteísmo de las ruinas de Jerusalén? ¿No nació la pasión por la filosofía y el amor a la verdad y a la belleza de las ruinas de Atenas? ¿No creció la idea del Derecho y el afán de una política mundial de entre las ruinas de Roma?

¿Qué surgiría de entre las ruinas de Berlín?

Berlín está condenada, está muerta, está cubierta de sudarios... Y legorov y una legión de legorovs se dedican a remover las piedras y pretenden acabar con lo que todavía palpita bajo las mismas...

Condenada..., y la ciudad no quiere aceptar la condena, no quiere darse por muerta: así es como legorov ve el problema.

Berlín fue el más frecuente tema de conversación entre Zecke y legorov: Berlín entre el Este y el Oeste, el punto neurálgico de la guerra fría, la ciudad sumida en la oscuridad, el hambre y el frío. El caballo de Troya había quedado en medio de la ciudad y, uno tras otro, sus ocupantes habían tenido que salir de él.

¿Qué habían hecho los rusos en Berlín?

Habían instalado a un alcalde que, por su edad y su falta de recursos, no podía hacer nada, y a un jefe de policía que pertenecía a la policía secreta rusa, y a un jefe de administración que todavía guardaba en un armario de su casa el uniforme de capitán del Ejército ruso, y a un director general de propaganda, y a un director general de trabajo, y a un director general...

¿Y qué había salido de la panza del caballo troyano? Poetas que hablaban un falso lenguaje, políticos dirigidos, gentes a quienes los berlineses no

testimoniaban la más mínima confianza.

Uno de los oficiales que había precedido a legorov en los interrogatorios sostuvo que el partido Comunista sería la fuerza política más operante de Berlín, opinión que no fue compartida por Zecke.

Las elecciones de Berlín demostraron, sin embargo, que los comunistas estaban en franca minoría y que los berlineses no confiaban en el llamado "Partido de la Unidad".

Berlín había sido saqueado a conciencia y, durante semanas y meses, habían sido violadas sus mujeres y ahora ya no admitía consejos de nadie. Y el único recurso —un mal recurso, desde luego— era la fuerza. Grigori Malenkov había dicho:

"Estamos aquí, en el corazón de Europa, y los latidos de este corazón son oídos desde muy lejos". Y había añadido: "Lo cual no quiere decir que nosotros..."

Que nosotros, aquí... Ese era el motor que ponía las cosas en marcha.

Los viejos militantes irrumpieron contra los quioscos de periódicos. Periódicos y libros occidentales fueron quemados en las calles. Unos concejales fueron perseguidos y tuvieron que refugiarse en Schöneberg, en el sector occidental.

Berlín estaba como cogido entre el Este y el Oeste. Y aquello sólo era el principio. Y el Oeste quería dominar, humillar al Este.

—Rixdorf contra Schöneberg: eso es imposible —fue el comentario que hizo Zecke.

En sus manos tenía un periódico berlinés en el que aparecía una fotografía de la Plaza de la República atestada de gente. Doscientas mil personas apiñadas en aquella plaza. Un bosque de paraguas abiertos. Y, bajo los paraguas y las capuchas de los abrigos y de los impermeables, bajo las gorras y los sombreros, aparecían unos rostros contraídos y hoscos.

—Fíjese usted, general, en esos rostros. Ese tipo de los lentes debe ser un estudiante, ese otro debe ser un empleado de ferrocarriles, y ese un trabajador, como ese otro, y ese un mutilado de guerra, y ese un antiguo oficial, y esa señora una actriz o quizá una modista. Fíjese usted, general, en esos rostros... en todos y cada uno de ellos se ven las huellas del hambre. No nos dejaremos engañar, parecen decir esos rostros. Y esa gente no parece dispuesta a corear las ovaciones preparadas con anterioridad. Ninguno de ellos secundará las manifestaciones organizadas. Estudie usted, general, las fisonomías. Fíjese en esa modista y en esa señora; esa gente puede ser violada (y en realidad todas esas mujeres han sido violadas innumerables veces), pero ahora vuelven a tener conciencia de su personalidad. Esas doscientas mil personas reunidas bajo la lluvia son los representantes de Berlín, incluso del Berlín oriental. Esa gente ha recibido su lección. Sus soldados, general, y también sus funcionarios han dado a esa gente una inolvidable lección acerca del comunismo. Lo que ocurrió en 1945 —acerca de lo cual puede usted informarse perfectamente, general— es cosa que ya han olvidado. Si los saqueos y los robos y las violaciones hubieran durado unas semanas, o un mes, o un par de meses, la cosa hubiera sido considerada como un hecho fatal, propio de las circunstancias, y al cabo hubiera sido olvidado. Pero el saqueo sistemático, el robo organizado, el latrocinio extendido hasta los objetos de uso diario, la puesta en circulación de una moneda sin valor adquisitivo, la aparición de unos prisioneros de guerra convertidos en fantasmas, todo eso es una lección

realmente inolvidable. Esa gente, o gran parte de esa gente, mejor dicho, había considerado al comunismo como una especie de comunión espiritual presidida por la más alta idea de la vida. Usted sabe, general, lo bien dispuestos que en un momento dado estuvieron los berlineses. Usted sabe, general, cuántos comunistas de salón había entre los actores, artistas e incluso entre los banqueros. Sin contar, claro está, a los trabajadores. Por algo se llamaba a nuestra capital el "Rojo Berlín". Sí; desde luego, había mucha gente que no creía posible la realización de esa idea. Pero hoy día todos opinan que esa comunicación implica algo así como venderse el alma al demonio, general. "No, gracias", dicen hoy los berlineses cuando se les habla del comunismo. A todo el mundo oirá usted decir lo mismo, general.

El empleado de la GPU continuaba sentado en su mesa de trabajo, medio oculto tras la lámpara. Ninguna de aquellas "blasfemias" lograban inmutarle lo más mínimo. El general de la Cuarta Sección Especial quería saber hasta dónde llegaba Zecke en sus apreciaciones.

El capitán general legorov cogió un cigarrillo y ofreció otro a Zecke.

—El general Hambre y el general Frío también tendrán algo que decir en ese asunto, y ya sabe usted que ambos son viejos aliados nuestros —dijo legorov.

—El hambre y el frío son en Rusia dos grandes fuerzas elementales, pero en Berlín son dos medios insuficientes para lo que ustedes pretenden conseguir.

Y el hambre y el frío no aparecieron como dos fuerzas elementales, sino como el resultado de un juego minuciosamente estudiado. Un día se "rompió" el puente de la autopista que cruzaba el Elba. Razones técnicas impiden que se realice el transporte fluvial. Los trenes quedan detenidos y los vagones desaparecen en la zona oriental. Largos trenes cargados de alimentos van siendo arrinconados en la estación de Helmstedt. Los cargamentos desaparecen. Al cabo de unos días vuelve a ser abierto el tráfico. Pero inmediatamente es prohibido de nuevo. Las vías fluviales, las carreteras y las vías férreas quedan interceptadas. Es el juego del gato y el ratón.

Y, por fin, el bloqueo.

Es cortado el fluido eléctrico que procede del sector oriental. El bloqueo...: hambre, frío, oscuridad. No hay esperanzas para los viejos. No hay alimentos para los recién nacidos. Y todo sucede a la vista del mundo entero. La verdad y la mentira del comunismo son puestas al descubierto. Todo el mundo puede comprobarlas.

—A mí, coronel Zecke, me interesan otros aspectos de la cuestión berlinesa. A mí, personalmente, me interesa: a) la capacidad del puente aéreo; b) la posibilidad de una complicación del conflicto; c) ¿cuál será el comportamiento de la población respecto a Norteamérica y Francia en caso de guerra? ¿Puede el Ejército Rojo contar con actos de sabotaje producidos en la retaguardia enemiga? ¿Tiene usted la bondad de darme su opinión acerca de todo ello, señor Zecke?

—Yo creo que si en estos momentos en que el hambre y el frío ya no son una amenaza, sino una tremenda realidad; en esta hora en que los viejos, los débiles y los niños mueren a docenas, nadie confía en la ayuda soviética y los dos millones de berlineses de la zona occidental confían en el socorro de las Potencias occidentales, quiere decir que la Unión Soviética ha conseguido, mediante el bloqueo de Berlín, el más bajo nivel de su popularidad.

—El puente aéreo, coronel Zecke, continúa siendo algo hipotético, algo en lo que no conviene confiar demasiado. Nunca se ha probado de alimentar a dos millones de personas mediante un procedimiento semejante.

—Sí, mi general, se trata de una empresa sin precedentes, para la cual, por otra parte, quizá no se esté demasiado bien preparado. Por eso es tan de admirar lo que hasta ahora se ha hecho, que no es poco. Piense usted, general, que esa empresa se inicia ahora, de pronto, de una manera súbita. Cuando al principio de la operación, el general norteamericano de Berlín contaba con unos veinte aviones de carga. Pero inmediatamente se le prometió la ayuda del Pentágono. Los ingleses y los franceses secundaron inmediatamente. Y los berlineses, y con ellos todos los alemanes, se convirtieron en aliados en esa lucha contra el hambre, el frío y el comunismo. Créame usted: el puente aéreo es un símbolo milagroso. Se trata de una empresa sin precedentes, de una empresa que cada día moviliza a más gente y, lo que es más, moviliza los resortes espirituales de hombres y mujeres. Pilotos, observadores, telegrafistas, mecánicos y el personal de tierra y otros muchos hombres y mujeres de la ciudad bloqueada, todo el mundo se ha puesto manos a la obra y colabora para el éxito de esa empresa. Norteamericanos, ingleses, franceses y alemanes trabajan juntos, como camaradas.

Gentes de las islas Gaum, del mar Caribe, de África del Sur y de Nueva Zelanda se han citado bajo el cielo de Berlín. Una maravilla de organización técnica, pero también, general, un milagro. De esa manera se construían las catedrales en la Edad Media. Será algo peligroso hacer maniobras aéreas cerca del pasillo aéreo. No creo que sea ese el sitio más indicado para que los cazas rusos demuestren la potencia de sus motores. Por lo que he leído, los norteamericanos consideran esas acciones de la aviación rusa como una prueba del nerviosismo que a la Unión Soviética le produce la "guerra fría". Los norteamericanos están seguros de que a Rusia no le interesa la guerra. Sí, ya sé que un "Yak" acaba de chocar con un avión inglés de pasajeros. Ya sé que el choque ha ocurrido sobre Berlín y que los dos aparatos han caído incendiados. De una parte, un piloto soviético sacrificado; de otra, treinta y cuatro víctimas. Un "accidente", o como la diplomacia rusa haya calificado al suceso, que sobrepasa los límites de la "guerra fría". Un segundo y un tercer caso como ese y ya verá, general —es mi opinión, desde luego—, como la "guerra fría" se convierte en una guerra "caliente". Y la Unión Soviética debería cargar con la responsabilidad de haber iniciado una guerra mundial, la tercera guerra mundial, general legorov.

—¿Cómo juzgaría usted la situación militar caso de que los americanos se decidieran a atacar, señor Zecke?

—Hace un momento, al hablarle del puente aéreo, me he esforzado en demostrarle que, aún en el caso de verse obligados a dar el primer paso, los norteamericanos no serán considerados como atacantes. La situación militar de los norteamericanos en el Continente es más bien débil, pues hasta el momento no se han ocupado de preparar un próximo ataque, sino que se han dedicado a organizar la paz. Los norteamericanos, general, han desmovilizado a sus soldados de tierra y aire y los han enviado a sus casas. En este momento no tienen suficientes soldados para cubrir un frente como el que inmediatamente se crearía. Y tampoco disponen de bastantes cañones para ello. Pero gozan de un inmenso crédito moral y a base de él podrían movilizar

grandes fuerzas en el país y en todo el mundo. En un momento, pues, estarían dispuestos para la guerra.

—Quisiera que usted me respondiera de un modo concreto a mi pregunta, coronel Zecke.

—Hablando concretamente, general, debo decirle que, cuando la guerra, los norteamericanos sólo movilizaron una parte de su potencial militar y que únicamente una parte de esa parte fue empleada en Europa. Quisiera rogarle, general, que tratara usted de imaginarse lo que sería Norteamérica caso de verse empeñada en una lucha a vida o muerte. La inmensa capacidad económica de los Estados Unidos está fuera de toda duda. Y, gracias a su situación política, el país puede aumentar su capacidad de producción hasta un nivel realmente insospechado. Claro que la Unión Soviética haría otro tanto. Pero le sería muy difícil igualarse, en ese sentido, a los Estados Unidos. Tras el período del veto soviético en la Organización de las Naciones Unidas, tras la colonización de los Balcanes, la anexión de Polonia, de Checoslovaquia y de Prusia Oriental y del bloqueo de Berlín las simpatías de todo el mundo se han decantado en favor de los norteamericanos.

Lo que Zecke añadió después de haber dicho estas palabras fue considerado como un sacrilegio.

—Acerca de la potencia industrial de la Unión Soviética, general, la cosa está clara: basta recordar la ayuda que Norteamérica tuvo que prestar a la Unión Soviética cuando la última guerra. Las tremendas crisis del Ejército Rojo fueron superadas gracias a los envíos de los Estados Unidos, general. Podemos imaginarnos la suerte del paciente ruso sin la ayuda norteamericana.

Con aquello bastaba. El general legorov se levantó e hizo a Zecke una ligera inclinación de cabeza. Y Zecke fue reconducido a su celda.

El milagro del puente aéreo se convirtió en una espléndida realidad. Unos mil aviones aterrizaban diariamente en Tempelhof, Gatow y Tegel y aseguraban la subsistencia de los berlineses.

La primera ayuda espontánea se había convertido en una acción de gran envergadura y de absoluta precisión. Los berlineses no hicieron caso de los rumores esparcidos por la propaganda soviética y según los cuales Berlín sería ocupado por divisiones de mogoles y tártaros, que repetirían los horrores del año 45, si los ciudadanos de Berlín no arrojaban de su ciudad a los ocupantes occidentales. Nadie, en el sector occidental de Berlín, hizo caso de tales rumores. Y en todas las casas hubo algo que comer y un par de velas con que alumbrarse.

"Ya hemos pasado lo peor; de ahora en adelante las cosas sólo pueden mejorar", decían los berlineses. "Está visto que el bloqueo mejor organizado resulta un fracaso, y que siempre es mejor estar bloqueado por los rusos y verse socorrido por los norteamericanos, que ser bloqueados por éstos y tener que ser socorridos por aquéllos." Así se consolaban los berlineses. Apretaron las hebillas de sus cinturones y, pese al bloqueo y a los rumores de la propaganda soviética, fueron a las elecciones. Ernst Reuter, el nuevo alcalde, dijo: "¿Rendirse? Es mucho mejor vivir con la amenaza del hambre y del frío a vivir con la seguridad de una inacabable esclavitud."

El hombre de la Lubianka rezaba para que el puente aéreo se mantuviera firme y para que el ejemplo de Berlín cundiera por todo el mundo.

¿No había sido la noche bastante larga? ¿No estaban maduros los corazones de las gentes? Tras dos guerras mundiales, ¿no estaba Europa

dispuesta a la gran prueba? ¡Qué fuerza, qué renacimiento podía surgir de entre aquellos trescientos millones de europeos que vivían sin fronteras políticas! ¿No deben a veces los pueblos quemar las naves tras sí y comenzar de nuevo allí donde se encuentran? Los corazones estaban dispuestos para ello, pero no así las cabezas. Zecke se paseaba de un lado a otro de su pequeña habitación. Cada día leía los principales periódicos europeos. Y veía que los pueblos no quemaban las naves, sino que se agarraban a los tablones del naufragio. Roces y dificultades entre Inglaterra y los Estados Unidos; dificultades entre Francia y Alemania. El petróleo persa, la cuestión del Sarre, reunificación de Alemania...

¿Quo vadis, Europa?

Zecke estudiaba apasionadamente la marcha de los acontecimientos. Además trabajaba en una monografía sobre ciudades sitiadas. El estudio comenzaba con el sitio de Troya por los griegos, seguía con el de Cartago por los romanos y el de Viena por los turcos y terminaba con el de Berlín por los rusos.

La puerta se abrió. Entró un centinela de la GPU.

—Zecke: *davai*, traslado. ¡Deje usted todo eso aquí; no necesitará usted nada!

Atravesó el gran patio de la entrada, donde el "Cuervo Negro" le estaba aguardando. Y otra vez en la estación Jaroslavski. Y otro interminable viaje.

Esta vez no fue llevado a un campo de concentración. Por lo visto se le consideraba demasiado podrido para poder compartir la suerte de los otros prisioneros de guerra. Sabía demasiadas cosas. Y fue relegado a un pequeño pueblo del Este. En el pueblo sólo había rusos, muchos de los cuales eran antiguos condenados a trabajos forzados, que rehuían cualquier clase de contacto con él. Le fue entregada una vieja y destartada cabaña. No tenía ni una manta con que cubrirse. Y tampoco tenía su mochila, que había quedado, al igual que los lentes, en la Lubianka. Y sin lentes se encontraba perdido. Estaba tendido sobre el suelo de la cabaña. Caía una tempestad de nieve. Unas ratas andaban por los rincones. Las gruesas paredes de la Lubianka ya no le separaban del resto del mundo. Pero ahora estaba apartado de sus semejantes, arrinconado en un extremo del mundo. Salió del pueblo. Nadie le dijo nada. Una estepa. Ningún árbol, ningún matorral. Viento. Nieve. Aquel viento era muy perjudicial para su pecho, debilitado tras los años de cautiverio. Continuó avanzando. Llegó a un altozano. Todo estaba desierto. Se había imaginado el fin de su vida de un modo muy diferente a aquel... Pero lo cierto era que la puerta había sido cerrada tras él desde hacía ya mucho tiempo. No era más que una sombra, una sombra solitaria. Durante su última estancia en un campo de prisioneros todavía había sido un fantasma entre fantasmas; un fantasma que en compañía de otros fantasmas podía acercarse a las alambradas y quedarse allí mirando hacia el Oeste. Incluso podía entonces decir y escuchar algunas palabras. A veces podía hablar con Vilshofen, aquel hombre de cara de pájaro. Manfred Vilshofen, un hombre de su misma edad, con una carrera parecida a la suya y con unos ideales semejantes a los suyos. Pues también los fantasmas pueden tener ciertos ideales. Un día alguien dijo: "Vilshofen, *davai*, traslado". Y Vilshofen desapareció para siempre entre la nieve. Le pareció que aquella era la última voz que había sonado junto a él. En cierta ocasión, con un libelo de propaganda entre las manos, le había dicho Vilshofen: "¡El falso camino de Prusia! Sí, aquel camino fue una equivocación,

cosa que todavía no está demostrada, pues no hay que olvidar que hace ciento cincuenta años fue recorrido por los franceses y hace trescientos, por los suecos. Si es un camino equivocado, no sólo lo es para Alemania, sino para toda Europa, y por él pasaron los herederos de Carlomagno y los sucesores de los carolingios."

"¿Quo vadis, Europa?", había dicho Vilshofen antes de desaparecer entre la nieve.

—Zecke, ¡traslado! —gritó alguien.

Otro largo viaje. La Lubianka. La misma celda. Sobre la mesa estaban sus lentes. Libros y periódicos. El puente aéreo sobre Berlín había dejado de funcionar. El bloqueo ruso había terminado. En Berlín había ahora una "campaña de la libertad" y en aquella campaña había una inscripción que decía: "*That this world under God shall have a new birth of freedom*". Pero la guerra fría continuaba. Y en Corea había comenzado la guerra caliente.

Más conversaciones con el general legorov.

Y, de pronto ¡traslado!

Otra vez en un pueblo del lejano Este. Rostros mogoles. La gente hablaba en chino o en un dialecto chino. La cuestión del idioma no tenía para él ninguna importancia. Su existencia transcurría ahora de la Lubianka a uno de aquellos pueblos del silencio, de donde volvía a la Lubianka, y así sucesivamente.

Cuando su última estancia en la Lubianka le habían proporcionado periódicos y revistas norteamericanos y franceses sobre la guerra de Corea. ¿Qué podía él opinar acerca de todo aquello? ¿Qué interés podía tener legorov en sus opiniones? Nada más evidente que la debilidad militar de los norteamericanos en Corea. La debilidad militar de los norteamericanos en Corea podía ser el símbolo de la debilidad de todo el mundo occidental, y la causa de ella podía ser —así se lo había dicho a legorov— la multiplicidad de opiniones que se producían en las altas esferas políticas; pero aquella debilidad también podía ser la expresión de la prudencia occidental frente a una situación extraordinariamente grave. Los norteamericanos y los ingleses no querían echar aceite a la hoguera. Y sacar conclusiones sobre la capacidad militar de los Estados Unidos, habida cuenta la actuación de éstos en la guerra de Corea, era algo tan descabellado como juzgar acerca de la potencia del Ejército Rojo a través de la guerra con Finlandia.

Hombres y mujeres mogoles. Gentes con piernas delgadas como perros de caza. Los mogoles levantaron sus tiendas y se marcharon. Restos de un campamento. La estepa.

¿Era aquella la situación definitiva?

Un día, estando en la catedral de Novgorod, se conmovió ante el espectáculo de un sarcófago de cristal en el que descansaban los restos de una princesa sueca muerta en Rusia. Las iglesias, los castillos y los museos de Rusia están llenos de cuadros de pintores italianos cuyos restos nadie sabe dónde descansan. ¡Cuántos destinos —pintores, comerciantes, soldados, trabajadores y profesores— han desaparecido en la inmensidad de Rusia! Las estepas rusas se adentran hacia el Este hasta nadie sabe dónde. Y son un inmenso cementerio. Y en aquel cementerio todavía quedaba sitio para los huesos de un coronel prusiano. Las huellas del coronel iban a perderse, entre el viento y el polvo, en aquel impresionante desierto.

Pero no sucedió así.

Una nubecilla de polvo. La nubecilla se fue acercando. Un jinete. Un

miembro de la GPU.

—Zecke: ¡traslado!

Hasta llegar a la estación de Jaroslavski de Moscú, todo transcurrió como de costumbre. Pero el "Cuervo Negro" no le condujo a la Lubiánka, sino que, después de atravesar el centro mismo de la ciudad, embocó una ancha avenida. Unos pasos sobre la calle asfaltada. Un estrecho pasadizo entre dos altas casas. El pasadizo era tan estrecho que los hombros tocaban a una y otra pared. Treinta o cuarenta pasos. Una plazoleta cerrada por pequeños edificios. Jardincillos y flores en las ventanas. Zecke fue introducido en un chalet. Una cocina, una habitación y una estancia de regulares dimensiones. La puerta se cerró tras él. Una anciana le trajo té, pan y mantequilla. Y luego, sin decir palabra, desapareció.

Estaba inquieto, pero acabó por dormirse.

Prisrak en Ivanovno, Vilshofen en los Urales y Zecke en Moscú. ¿Quo vadis?

Despertó y vio que no se encontraba en una habitación de ventanas enrejadas. La puerta estaba entreabierta. La anciana entró y le trajo agua caliente para el afeitado. Un máquina de afeitar, jabón y toallas. Apenas había terminado de afeitarse cuando alguien llamó a la puerta. Entró el general legorov, que vestía de paisano.

—Buenos días, coronel Zecke. ¿Sería usted tan amable de almorzar conmigo?

—Muchas gracias, general legorov.

La conversación discurrió sobre temas generales. Y lo mismo sucedió durante las otras visitas de legorov. El general no le hizo ninguna pregunta concreta. Y tampoco se refirió a la nueva situación de Zecke, el cual, por su parte, no hizo ninguna pregunta.

¿Dónde se encontraba?

¿Se hallaba en medio de la ciudad o en uno de sus barrios extremos? Ninguna de las ventanas daba a la plaza. Una serie de pabellones y un largo barracón dividido en varios compartimientos, cada uno de los cuales tenía una puerta de entrada particular. Muchos de sus vecinos no eran rusos. Pero todos, tanto en sus fisonomías como en su manera de moverse, tenían algo en común. En algunos pabellones vivían matrimonios. Todas las mujeres tenían el mismo aspecto inteligente y deportivo. Zecke sospechó que se trataba de altos empleados y de agentes que, tras años de servir en el extranjero, volvían a Moscú. Nunca había la misma gente. Cada día se marchaban unos y llegaban otros. Una mañana se marchó su vecino —un hombre de unos cuarenta años, con barba y lentes, probablemente un oficial vestido de paisano— y por la noche llegó una pareja. La vieja criada preparaba la comida para él y el matrimonio vecino. Pero nunca hacía ningún comentario. Se presentaron un sastre y un zapatero, quienes le tomaron las medidas. Al cabo de una semana le enviaban un traje y un par de zapatos.

Así transcurrieron algunas semanas. Zecke vestía traje nuevo, calzaba zapatos recién estrenados y llevaba camisas limpias y corbatas de buena calidad. Una mañana se presentó el general legorov. Vestía de paisano, como de costumbre. El general legorov le entregó un billete de tren. Era un billete para ir de Moscú a Berlín.

No le entregó ningún otro documento. No, no necesitaba tarjeta de identidad. Zecke iría con él en calidad de acompañante. Eso fue lo que le dijo

legorov.

Al mediodía abandonaron el pabellón. Un coche les condujo hasta la estación de Rusia Blanca. El exprés azul de Berlín estaba formado junto al andén. Se instalaron en un departamento reservado. En el departamento había dos literas y una mesilla adosada junto a la ventanilla.

El tren se puso en marcha.

Fili: allí había instalado Napoleón su cuartel general en 1812 y desde allí vio cómo ardía Moscú. Fili quedó atrás y el tren aceleró la marcha. La Lubianka —el pueblo del silencio—, la Lubianka, ¡el carrusel de la muerte! ¡Pero aquella vez el tren no marchaba hacia el Este, sino hacia el Oeste! ¡1945! Ahora estábamos en 1953.

¡Era el 15 de junio de 1953! El muerto se acaba de levantar, y come y bebe.

legorov encargó la comida. Parecía tranquilo. A veces descabezaba un sueño. Apenas probó bocado. Al hacerse de noche se fue espabilando. Miraba a Zecke de un modo pensativo. Pasaron unas horas. Llamó al camarero y mandó servir una cena fría: mantequilla, pollo asado, vino del Caspio, cerveza y vodka.

—*Da Sdarowje, Gospodin Zecke!* ¡Salud, señor Zecke! legorov volvió a llenar los vasos. Bebió tres o cuatro vasos seguidos. Pareció que estaba ligeramente borracho. Había sido una fatalidad que tras su primer encuentro en Brest-Litovsk fuera arrojado al reino de las sombras. Siempre se había mostrado correcto y siempre mantuvo cierta expresión de simpatía. Y él, por su parte, le había hablado con absoluta franqueza, sin ninguna clase de reservas.

Aquello pertenecía a la época de la Lubianka y de los pueblos del silencio. Ahora, empero, todo era diferente. El tren avanzaba hacia el Oeste y al oeste de la Lubianka todo era diferente.

Se mostraba reservado.

El muerto se levanta... pero tampoco es eso. En realidad, va a Berlín como si estuviera muerto; va a Berlín como consejero de un capitán general de la IV Sección Especial del Ejército Rojo.

¿Cuál era su obligación?

¿Qué es lo que legorov espera de él? Él nunca le ha dado informes acerca de antiguos oficiales de la Wehrmacht, que hoy son inspectores y generales de la Policía Popular o que ocupan importantes cargos en el Gobierno. No puede ser que legorov espere ahora de él tales informes.

legorov hablaba y Zecke guardaba silencio. Aquel día habían cambiado los papeles. legorov hablaba y bebía.

—Yo le conozco a usted, Zecke, como nadie le conoce y como usted mismo no se ha llegado a conocer. Sé todo acerca de usted, incluso muchas cosas que usted mismo ha olvidado. Conozco toda su vida, desde su niñez hasta su celda en la Lubianka. Sé todo lo que usted ha pensado y ha hecho. Si yo pudiera adoptar su físico me convertiría en un Zecke más auténtico que usted mismo. Pero usted, Zecke, no me conoce a mí. Usted sólo conoce mi careta. Usted únicamente ve la máquina que todo lo registra y que anota cada estremecimiento de su corazón. ¿Quién es ese legorov? ¿Hay algo humano en él?, se pregunta usted. Una vez hubo un niño que se llamaba Volodia. ¿Era ya una máquina el pequeño Volodia? ¿Acaso había nacido muerto? ¿Qué crees, Zecke? Habla...

Zecke permaneció callado.

—Usted calla, coronel Zecke. Usted quiere ahora mostrarse "chitry" y eso no le cuadra a usted. Usted no sabe desempeñar ese papel. Bien; continúe usted callado; puede taparse los oídos con cera. Puede usted creer que el capitán general legorov, que lleva treinta y cinco años en el Ejército Rojo, no es más que una parte de la máquina y que ya vino al mundo como un agente de la IV Sección Especial. ¡Ajajá!...

La botella estaba vacía.

legorov se levantó, salió al pasillo del vagón y gritó:

—¡Camarero!

El camarero trajo otra botella.

—¡Ah, Zecke!, ¿cuando chico no pidió usted nunca libros de K. Zucker y de J. Plenge? ¿No le he enviado yo nunca esos libros? Sí; la verdad es que esos libros no tenían nada que ver con nuestros temas. Cuando niño leí muchas historias de indios y debo confesarle que me sentí particularmente atraído por las historias de los últimos mohicanos. Más tarde me sentí profundamente atraído por la historia del último caballero andante, Don Quijote de la Mancha. Hoy día, sin embargo, únicamente se puede soñar en Europa desde una celda de la Lubianka. En realidad... existen demasiadas Europas: existe la ONU, la OTAN, el consejo de Estrasburgo, el Benelux... Y mucho de todo eso no es más que papel y oficinas con sus correspondientes presupuestos. Y hay unos señores que obran como si tuvieran que vivir mil años. Y mientras tanto nosotros vamos apagando una luz tras otra. Mientras usted, coronel Zecke, estaba metido en la celda de la Lubianka y pensaba en Europa, yo hacía viajes a Praga, Varsovia, Budapest y Viena. Ciudades que están ahora sumidas en la oscuridad. ¿Por qué se hace tanto ruido a causa de lo sucedido en Berlín? ¿Es que París, Milán y Ámsterdam no notan junto a sí la misma mano que está a punto de estrangular a Berlín? La mano está puesta sobre todo el continente. El día que esa mano se cierre...

Abrió la puerta de golpe.

—¡Camarero: otra botella!

—Regresaba muy triste de cada viaje. También estuve en París... La gente está allí sentada alrededor de mesitas de café y bebe un brebaje de color amarillo. Las mujeres, los jóvenes y los hombres con barba no hacen más que hablar. Siempre están hablando. ¿Y acerca de qué? Dicen que ya no creen en nada. No creen en ningún pintor, en ningún político. No creen en Dios, ni en el Emperador, ni en ningún gobierno... Hasta ese punto se sienten libres... Y las casas están llenas de gente y están ahítas de libertad. Y luz, mucha luz... ¿Cree usted que en Roma, en tiempos del emperador Aurelio, poco antes de la invasión de los bárbaros, irradiaban los candelabros tanta luz como la que ahora hay en París? Las ciudades sumidas en la oscuridad me causan una profunda tristeza, pero las ciudades muy iluminadas también me causan una gran pena. Ya ve usted que soy un hombre perdido. ¿Quién soy yo? ¿Quién he sido? ¿Sabe usted quién fue Vladimir Nikolaievitch legorov? Un hombre que tenía fe y que creía en la eficacia de esos señores que, armados de grandes carteras, van de una conferencia a otra. Créame usted, Zecke: Volodia también fue un pequeño bebé. Un bebé que no tenía las mejillas redondas, como las tenía el pequeño Zecke. No; Volodia no tenía las mejillas redondas. Tenemos la misma edad, coronel Zecke. Hemos nacido en 1901. Usted nació en Berlín y yo nací en Moscú. El eje Berlín-Moscú. Bueno; eso ya ha pasado. Ahora sólo hay Moscú-Moscú-Moscú: el eje del mundo. ¿Que quiere usted que le cuente del

pequeño Volodia? Hay muy poco que contar. Aquí no hay una familia de oficiales, ni una tradición. En Moscú, no lejos del Obchechitie, en el barrio donde usted ha habitado estas últimas semanas y que antiguamente pertenecía al extrarradio, se levantaban unas casas miserables, en las que la gente se alumbraba con lámparas de petróleo y en las que no había agua corriente. Madre iba a buscar el agua a la fuente. En realidad las cosas no han cambiado demasiado. Las paredes de la calle Gorki no son más que una fachada tras la cual... En ninguna parte se piensa con más ahínco en la libertad que tras las rejas de una prisión. En ninguna parte puede uno desear que todo el mundo goce de agua corriente y luz eléctrica como en aquel barrio extremo de Moscú. ¿Conoce usted el asilo nocturno de que habla Máximo Gorki? ¡Qué ocurrencia! No me acordaba que cuando usted frecuentaba el instituto tuvo ocasión de ver una adaptación teatral de esa obra. Volodia creció en una casa como el asilo nocturno de Gorki. El padre era campesino y siempre, incluso en su época de obrero, continuó pensando como un campesino. Apenas le conocí. A veces se emborrachaba y entonces, cuando estaba bebido, solía gritar. Luego se sentía muy abatido. Cayó en 1914, cuando la guerra. ¡Golod y Cholod! ¡Hambre y frío! Primero la guerra y luego la revolución. Volodia creció entre las barricadas. ¡Zecke, en cambio, creció en condiciones muy diferentes! Zecke disponía de agua corriente, de luz y de bibliotecas. Guerra, guerra civil, Ejército Rojo. Al joven legorov le parecía todo aquello muy natural. Ahora se cumplirán treinta y cinco años de cuando la llamada de Trotski y Tujachewski: ¡Ingresad en el Ejército Rojo!

Trotski, Tujachewski... ¡Hay que hablar en voz baja, Volodia! ¿Hemos pasado Brest? Pero, es igual, tanto da: ya no hay fronteras. El oído del Kremlin está en todas partes. Bueno, pues hablemos más bajo todavía. ¿Qué estábamos diciendo? ¿Con quién hablaba? ¡Ah, sí, le hablaba a una tumba, es decir, te hablaba a ti, Zecke! En ti puedo tener confianza. Es preciso hablar, por lo menos una vez. Sí, está bien; confieso que yo esperaba que me diera usted información acerca de von Paulus y Seydlitz (Prisrak Stalingrada: usted empleó esta expresión en cierta ocasión); pensamos que, puesto en Berlín, el muerto podría sernos de alguna utilidad. Pero usted no ha contestado a mis preguntas; usted ha callado y no ha dicho nada sobre von Paulus, Seydlitz, Lenski y Vincent Müller. "Este se lo regalo a usted", me dijo usted, Zecke, durante un interrogatorio. Se trataba de cierto ministro del interior de un "Land" oriental. Sí; un antiguo comandante hitleriano. Aquellas palabras fueron toda la información que usted nos dio acerca de sus antiguos camaradas. Ya sé, ya sé que puedo confiar en usted. Con usted puedo hablar tranquilamente. A su lado estoy tan seguro como si ya tuviera ocho pies de tierra sobre mi cuerpo. "¡Ingresad en el Ejército Rojo! ¡Salvad la patria del proletariado y libradla de los soldados blancos y de los intervencionistas!", decía la llamada de Tujachewski. Intervencionistas... Ahora somos nosotros los intervencionistas y nuestros soldados blancos son Ulbricht, Pieck y Grotewohl. ¡Cuántas vueltas da el mundo! Zecke no dijo ni una sola palabra.

Callaba y pensaba: "¿Se trata de un interrogatorio? ¿Se trata de repetir ahora la escena de Brest?"

En su borrachera, legorov parecía adivinar sus pensamientos. "No, querido Zecke, está usted completamente equivocado. ¿A qué había de servir otro interrogatorio? El expediente Zecke está definitivamente cerrado. Zecke no será entregado a nadie más: de eso le respondo yo. El nombre ha sido borrado

y, una vez terminada nuestra misión, yo haré que el nombre acabe de desaparecer. ¿Dónde estábamos? ¡Ah, sí!: ¡Volodia en el Ejército Rojo! Instrucción, marchas forzadas, la batalla. La batalla de Busuluk fue la primera gran victoria sobre un ejército regular. *Da sdrastwuet Raboteni Krestnianski Krasnaia Armia*". ¡Saludo al Ejército Rojo de trabajadores y campesinos! ¡*Da sdrastwuet Lenina!* ¡*Da sdrastwuet Trotzka!* ¡*Da sdrastwuet Tujachewski!*... ¿Ha dicho usted Tujachewski? Volodia *durak*... ¿Quiere usted que le diga cuántas veces estuvieron con Tujachewski y lo que luego hicieron con él? legorov lo sabe. Tujachewski... ¿Qué se ha hecho de Tujachewski y de Trotski? ¿Quién los mató? ¿Los generales blancos?

Hizo una pausa y continuó:

—¡Hable usted, Zecke! ¡Diga quién mató a Tujachewski! Pero usted no quiere hablar. Bueno; ahora soy yo quien tiene la palabra. Pero dejemos a Vladimir Nikolaievich, dejemos al capitán general legorov aparte. Mañana volverá a estar en su sitio. Pero, ¿dónde estábamos? Ah, sí, en la batalla de Busuluk, junto al Volga. Stenka Rasin llevando el uniforme del Ejército Rojo. Bandera roja y en la bandera la hoz y el martillo. La liberación. ¡Ah, querido Zecke; tú eres nuestra desgracia! ¿Qué ha resultado de todo aquello? ¿Qué han hecho de nosotros?

El tren se detuvo. Estaban en la estación de Brest. Gente que iba de un lado a otro del pasillo. La policía de fronteras pedía la documentación de los viajeros.

legorov declamaba unos versos de la época de la guerra civil:

*Y los matorrales de la estepa murmuraban,
como nosotros, de noche,
y cuando los días lluviosos,
soportábamos el hambre
y el frío...*

La puerta se abrió. Aparecieron un capitán y un sargento. El capitán echó una mirada a la mesilla sobre la cual había un montón de platos vacíos y unas cuantas botellas.

legorov continuó recitando:

*Condúcenos, Budionni,
a la batalla.
Que el trueno retumbe,
que nos rodee un mar de fuego,
pues nuestra vida es una lucha,
una lucha incansable...*

El capitán cogió el documento que le ofreció legorov, lo leyó y lo devolvió. Saludó. Su rostro quedó como petrificado. Luego dio media vuelta y cerró la puerta tras sí.

—Nuestra vida es lucha... Lucha, pero, ¿para qué? ¿Para apagar la luz de algunas ciudades? ¡Ah, querido Zecke! La verdad es que no sé quién es más de compadecer: usted o yo. Usted, que va montado en el carrusel Lubianka-Siberia-Lubianka, o yo, que soy uno de los que mueven el carrusel. No sé quién es más digno de compasión: usted, que mañana todavía será útil para

algo, o yo, que he sonsacado de usted todo cuanto he podido y mañana mismo ya no serviré para nada. ¿Quién es más digno de compasión, señor Zecke: usted, que está muerto, pero cuyo corazón todavía se inquieta por la estructura de la sociedad del día de mañana, o el joven trabajador de Moscú, el miserable soldado del Ejército Rojo, el muchacho que a los dieciocho años mandaba un batallón y que a los veinte estudiaba en la escuela de oficiales de Moscú; el joven que ascendió bajo las órdenes de Radek, Primakov y Bersin y que poco a poco fue situándose en los puestos clave de la máquina y que ahora, al pensar en los hombres y en los pueblos, se da cuenta de que no tiene ninguna concepción social, de que ya no piensa nada?... ¿Quién es más de compadecer, Zecke? ¡Dígallo, dígallo! ¿Conoce usted a Radek? Claro; qué tonto soy; claro que conoce usted a Radek. ¿Qué se ha hecho de Radek? ¿Qué se ha hecho de Primakov, nuestro general, el director de la escuela de oficiales? ¿Quién disparó con tanta puntería? ¿El Imperialismo? Radek: ¡Peng! Primakov: ¡Peng! Tujachewski: ¡Peng! El mariscal Blücher, y el otro, mi jefe de la Cuarta Sección Especial, que se llamaba legorov, igual que yo, y Iakir, Ulorovich, Rykov, Bucharin: ¡Peng, peng, peng, peng!...

Hizo otra pequeña pausa.

—Aprendí alemán e inglés. En 1923 estaba en Alemania. Actuaba de agitador en el Ruhr. El jefe era William Zaisser. Mañana nos encontraremos con Zaisser en Berlín. Es un viejo conocido mío. Estuvimos en China. Mi jefe en China era el capitán general Besin, que en 1938 fue llamado a Moscú. La Lubianka: una puerta se abre, aparece una dentista, ya sabe (pero usted no sabe que Volodia intervino en su caso), Bersin se sienta en la silla de la dentista y ¡peng! Todos cayeron: Tujachewski, Blücher, Iakir... pero Vladimir Nikolaievich no cayó. ¿Por qué? ¿Acaso Vladimir Nikolaievich era peor que los demás? Sí; a la fuerza tenía que haber sido peor. Pero cuando estaba en China era un tipo sin importancia para ser llamado a Moscú. Por eso conservó la vida. ¿O acaso eso que va de un sitio a otro y que viste el uniforme de capitán general no es el viejo Volodia? Otra pausa.

—¡Zecke, señor Zecke, coronel Zecke! ¡Camarada Zecke! Dime dónde está la derecha y dónde la izquierda. Ayer Tujachewski y Clara Zetkin... ¿Y hoy? ¿Qué ocurrirá hoy? Maldita sea la boca que diga *tovarich* a Ulbricht. Mira mi mano derecha. Esta mano no fue ensuciada por Wrangel ni por Denikin, pero sí lo ha sido por Pieck, Ulbricht y los demás comparsas. Mira mi mano: ¡está sucia! Pero yo saco toda la porquería de un golpe y te ofrezco mi mano a ti, camarada Zecke. Camarada Zecke: vamos a Berlín. Mañana, cuando despiertes, estaremos en Berlín.

El tren se detuvo en la estación de la Friedrichstrasse. Eran las diez del día 16 de junio de 1953.

—Debo rogarle, coronel Zecke, que durante nuestra estancia en Berlín no se aparte usted de mi lado. También le ruego que si, a causa de una repentina ausencia mía, me veo obligado a encerrarle, no se considere usted mi prisionero y acepte la cosa como una medida puramente circunstancial.

"Como nosotros, de noche y cuando los días lluviosos..." Parecía haberlo olvidado: la conversación, las confidencias, el apretón de manos. Pero no lo había olvidado; lo había dejado de lado. Por lo demás, le hablaba en el mismo tono de siempre: educado y cortés.

—Primero iremos a ver al ministro Zaisser y luego, señor Zecke, le pondré al corriente de nuestra misión en Berlín.

Berlín estaba cubierto de un cielo gris oscuro. Era martes: un día como otro cualquiera. Un tren procedente de Moscú. Oficiales y paisanos que se apean de los vagones y marchan por el andén. Ordenanzas que aguardaban. La estación de la Friedrichstrasse todavía no había sufrido los efectos de los acontecimientos que habían de dar al traste con las disposiciones que para aquel día habían sido dictadas en Karlshorst, en la embajada soviética, en los ministerios y en la central de la SED y que, además, tenían que cambiar los planes del capitán general legorov.

Un teniente coronel aguardaba a legorov. Era un oficial que no pertenecía a la Cuarta Sección Especial y que había sido encargado de acompañarle durante su estancia en Berlín.

Allí estaba el puente de Weidendamm y las gaviotas, arrulladas por un viento primaveral, igual que cuando el sombrero de paja de cierto niño voló sobre la barandilla del puente y cayó al agua. El coche no atravesó el puente, sino que marchó junto a la orilla derecha del río. Más allá estaba el Lustgarten, la Catedral y el Schloss... Él ha visto varias fotografías de todo ello y sabe qué aspecto tienen las ruinas, El Schloss casi ha desaparecido, lo mismo que otras mil piedras históricas, testigos del pasado prusiano. La Bruderstrasse: un inmenso espacio vacío, un buen lugar para grandes concentraciones. Había visto fotografías de todo ello, pero ahora es cuando se enfrenta ante la misma realidad. Atraviesa Berlín sentado en compañía de un capitán general vestido de paisano y de un teniente coronel que va de uniforme.

Por la Konigstrasse —que ya no se llama así, sino Rathausstrasse— se acercan grupos de manifestantes. Banderas, puños levantados.

Escolares montados en bicicletas, mujeres con paraguas, hombres vestidos con trajes de trabajo. Trabajadores, cada vez más trabajadores. El coche en que iban Zecke, legorov y Judanov avanzó despacio y, al cabo de un momento, aceleró la marcha.

¿Qué significaba aquello?

Trabajadores del ramo de la construcción... Venían de la Stalin-Allee. Una hora antes, cuando se dirigía a la estación, Judanov había visto cómo los obreros que trabajaban en las casas de la Stalin-Allee abandonaban los andamios y se concentraban en medio de la calle, dispuestos a organizar una manifestación.

—¿Qué significa eso, camarada teniente coronel?

—Una manifestación, camarada general.

Una manifestación previamente organizada, o, mejor dicho, ordenada, desde luego. La policía popular está al corriente de ello. Nadie hubiera podido imaginarse que se trataba de una manifestación espontánea. Y los policías dejaban paso a los manifestantes, hacían detener los coches a un lado de la calle y desviaban el tráfico hacia las calles laterales.

El coche en que iban Judanov, legorov y Zecke se detuvo. La gente pasaba junto al coche. Banderas, pancartas. Dos hombres sostenían una gran pancarta en la que ponía: "¡Elecciones libres!" En otros carteles se leía: "No queremos un ejército de! Pueblo; queremos mantequilla".

Era algo excesivo. La verdad es que aquello era jugar con fuego.

"¡Abajo Pieck!"

Abajo Pieck, abajo Ulbricht... Aquel tema no le era desconocido a legorov. Aquel tema había sido tratado por él con ciertas personalidades del Partido (y para eso tenía ahora que ponerse en contacto con Zaisser), pero eso lo había

discutido él en Moscú, a puerta cerrada, y ahora estaban en Berlín y en medio de la calle.

—¡Nos hemos equivocado de camino, general: estamos en el sector norteamericano!

Zecke estaba como borracho y se sentía como legorov se debía haber sentido la noche pasada. Veía las cosas entre nieblas. Respiraba pesadamente. Pero aquél era el aire de Berlín. Y aquellos rostros eran los rostros de los berlineses. Y aquellas voces eran las voces de los berlineses. La Lubianka, un pueblo del silencio, Siberia, el sector norteamericano... ¿Dónde se hallaba?

—No; no nos hemos equivocado de camino, general.

Esas casas derruidas, esas calles laterales, esa plaza era la Alexanderplatz. Allí, en aquella casa, vivía cierta mujer cuyo nombre nunca conoció. La casa había sido bombardeada... Y aquella mujer estaba ahora aquí, entre esta riada de personas que convergía al quiosco de la esquina. Se sonrió. Era un espectáculo inesperado. Comenzó a arder el quiosco de periódicos. Unos periódicos volaron por los aires. La mujer, aquella mujer (o quizá era otra mujer cualquiera) cogió un periódico y leyó: "Crece la confianza de las gentes en el Gobierno". Una múltiple y ruidosa carcajada.

Chispas. Llamas. Zecke se sonrió de nuevo. legorov dijo:

—¿Es que esa gente ha perdido la razón?

—No, general.

—¿Qué significa eso, camarada teniente coronel? legorov se volvió hacia los manifestantes.

—¿Qué ocurre?

—¡Al gobierno!

Un individuo alzó la voz sobre los demás:

—Uníos, amigos: ¡queremos ser libres!

¡Monstruoso! ¡Incomprensible! ¿Va ahora a repetirse lo sucedido en noviembre de 1918? El coche en que iban legorov, Judanov y Zecke tomó la Dircksenstrasse y llegó Karlshorst. No era noviembre de 1918, sino que era el 16 de junio de 1953. Otro mundo... ¿Manifestaciones, revuelta, levantamiento? ¡Imposible! ¡Absolutamente imposible! Pronto estarán encerrados los mil o dos mil exaltados.

—¿Por qué respiraba usted de esa manera, Zecke?

—No sé; quizá fuera debido al aire de Berlín.

—Bueno; ya estamos en Karlshorst, coronel Zecke. Piense usted en lo que le he dicho y, por favor, no se considere usted detenido. Se trata de una pura formalidad —dijo legorov, al tiempo que cerraba la puerta de la habitación a la que había hecho pasar a Zecke y se metía la llave en el bolsillo derecho de la guerrera.

En Berlín se estaba llevando a cabo una gran manifestación.

El teléfono no deja de sonar en los despachos de la Cuarta Sección Especial del Ejército Rojo. Y ocurría allí lo contrario de lo que habitualmente sucedía; es decir, que en vez de dar órdenes, se pedían noticias. El jefe de la Cuarta Sección Especial se sintió humillado al tener que informarse acerca de los sucesos ante el general legorov, enviado especial de Moscú.

—¿Qué ocurre? ¿Qué sucede?

La central del SED no estaba al corriente de nada. En los ministerios tampoco podían informar.

—Se trata de una manifestación que probablemente ha organizado el FDGB. Pero no sabemos nada.

¿Y el FDGB?

—El FDGB tampoco sabía nada. Una delegación iba ahora camino del ministerio. Se trataba del mínimo de trabajo fijado últimamente.

¡Vaya delegación! Los miembros de la Policía Popular eran abucheados, los periódicos oficiales volaban por los aires y los retratos de Stalin eran arrancados de las paredes en las calles. Eso lo había visto legorov.

—¿Dónde están los responsables? ¿Quiénes son los responsables? ¿Se trata de Ulbricht, de Grotewohl y de Pieck?

El teléfono volvió a sonar. Al cabo de un rato se tuvo la respuesta.

Ulbricht llegó a Karlshorst. Se presentó ante el jefe de la Sección Política de la Comisión Soviética y le habló acerca del "nuevo curso" de la "República Democrática Alemana". Otto Grotewohl, el Primer Ministro, había ido a la emisora de Radio Berlín, que estaba en Grunau, donde pensaba pronunciar un discurso. Wilhelm Pieck estaba de permiso en Ak-Mechet, donde pasaba una convalecencia. Y Zaisser, el ministro de Seguridad, se hallaba en Halle, a donde había ido en el curso de un viaje de inspección. legorov habló con él por teléfono, y lo citó para el día siguiente.

Zaisser no pareció sorprenderse. Tiempo atrás había observado en Berlín ciertos síntomas de levantamiento. En Eberswalde, Zwickau, Leuna y otras ciudades había una atmósfera de creciente intranquilidad. Esa atmósfera se había creado gracias a las medidas dadas por Ulbricht respecto a la producción mínima de los obreros.

El general legorov repasó a su cuartel general, bebió un té en compañía de Zecke, informó a éste acerca de las últimas noticias y le preguntó su opinión.

—Usted ha estudiado todo el material que se refiere a Alemania y está perfectamente informado acerca de la situación. Dígame, pues, Zecke: ¿cree que ese movimiento podrá ser sofocado por medios pacíficos?

—Mire usted, general legorov: Scheidemann, el dirigente socialdemócrata, dijo en cierta ocasión que las gentes que en 1919 habían irrumpido en un consejo formado por trabajadores y soldados, tenían los rostros pintados para así acentuar su aspecto de miseria. Pues bien, general, las gentes que hemos visto pasar junto a nuestro coche no llevaban los rostros pintados. Los dos hombres que sostenían el cartel en que ponía "Queremos elecciones libres" tenían un aspecto tan miserable, una tal expresión de hambre y de desesperación comparable sólo con el aspecto que presentan ciertas gentes de China. El aspecto de esas gentes es la causa de la revolución. No creo en la posibilidad de arreglar las cosas "por las buenas". La desesperación es demasiado acuciante. No creo que esa riada la pueda usted contener con las manos y hasta quizá no la detenga ni con los tanques.

Los tanques... Había que evitar los tanques.

—Aquí no estamos en Alma-Ata ni en Ferghana. "La generosa y comprensiva Unión Soviética disparando contra los trabajadores." Ese es un cuadro que no debemos ofrecer al mundo occidental.

—Ha quedado planteada la cuestión de la verdad y la mentira del comunismo, y esa cuestión debe ser ahora resuelta.

—Ya sé lo que usted entiende por mentira del comunismo, pero ignoro qué entiende usted por verdad del comunismo.

—Su antagónica actitud, su postura polémica ante ciertos errores del

capitalismo, ha dicho el ruso Nicolás Berdiaef, que en un tiempo formó en sus filas, general legorov.

—Sí; Berdiaef es uno de los escritores que está en nuestro índice. Pero, dígame: ¿no ve usted nada creador en el comunismo?

—No, general legorov. El crecimiento industrial de su país no es una prueba de ello. La revolución industrial rusa es algo que ustedes han hecho según la pauta capitalista, y la verdad es que, en ese asunto, el capitalismo les lleva a ustedes una gran ventaja. Por lo demás, desde la terminación de la guerra, el comunismo es una fuerza destructora.

—Pero, ¿de qué se trata ahora en Berlín?

—Se trata del pan nuestro de cada día; pero también se trata de que ese pan pueda ser comido en paz y en libertad. En cierta ocasión ya le dije, general, que Berlín es un punto neurálgico en el que se cifran hechos de gran trascendencia política. Los habitantes del Berlín occidental han decidido no comer el pan soviético y no ser esclavos. Han sufrido frío y hambre y han resistido los efectos del bloqueo, y con todo ello han defendido su dignidad de hombres y su libertad. Y esos son los sentimientos que, como era de esperar, se están ahora manifestando en los habitantes del Berlín oriental.

El teniente coronel, a quien legorov había enviado en busca de información, regresó acompañado de un testigo presencial de los sucesos. legorov mandó que se presentara. Era alemán y hablaba algo de ruso. Había ido con los manifestantes hasta el ministerio.

—La calle estaba llena de gente. Los manifestantes caminaban con los puños en alto. Pisotearon el retrato del Presidente de la República. Llegaron a la casa de los ministerios. "¡Queremos hablar con Pieck y con Ulbricht!, gritaron. Salió una mujer y todos la abuchearon. "¡Queremos hablar con Ulbricht, el de la barbilla, la cabrita siberiana!"..., gritaron. Se presentó entonces un ministro. Selbmann. El ministro dijo:

"Compañeros..."

"No somos tus colegas."

"Yo también soy trabajador..."

"Pues lo has olvidado."

"Tú no eres un trabajador, has traicionado a los trabajadores."

"¡Trabajadores! ¡Mirad mis manos!", dijo Selbmann.

"¡Están muy gorditas!"

Silbaron y gritaron: "¡Abajo! ¡Dimitid! ¡Fuera Ulbricht! ¡Fuera Grotewohl! ¡Que dimita el gobierno!" Entonces apareció el redactor de un periódico. Creo que el tipo se llama Wittstock. Ensartó unas cuantas consignas. Y la cosa se puso más fea todavía. Fue un espectáculo grotesco.

—¿De manera que es un espectáculo grotesco?

Judanov echó una larga mirada a Gnotke.

Gnotke no informó con su acostumbrada frialdad, sino que habló de un modo apasionado, cosa que nunca hasta entonces había hecho.

—Y mañana habrá paro general —dijo al terminar su informe.

Acompañado de Zecke y de Judanov, legorov asistió aquella noche a una asamblea en la que debían hablar Grotewohl y Ulbricht.

La asamblea se celebraba en el "Teatro de los cinco mil", donde antiguamente había trabajado Max Reinhardt, donde había estado el circo Schumann y donde también se habían celebrado grandes mítines revolucionarios.

Allí, en aquel teatro, en 1933, Zecke había visto "El crucero Potemkin", y "Weber", de Gerhart Hauptmann, y "Florián Geyer", y "La muerte de Dantón", de Büchner. Recordaba que la mañana de un domingo Isadora Duncan había bailado allí la Internacional. Él había ido allí con Lena. Algunas mañanas solían ir al teatro, y luego iban a comer al "Shwarze Ferkel" o al "Adlon" de Unter den Linden. Lena... Pensar que estaba a unas estaciones de metro de distancia. No tenía noticias de Lena ni de Agathe. Nunca había recibido carta de ellas.

Zecke, legorov, Judanov y el capitán Budin, todos ellos vestidos de paisano, ocuparon un palco. Contemplaron la platea. Unos rostros se volvieron hacia ellos. Se produjo un murmullo en la sala. Unas cuatro mil personas —los más fieles entre los fieles— se habían congregado en el teatro. La Duncan había bailado allí la Internacional y muchos de los asistentes la habían visto bailar. Estarían entre aquella gente Meerkatz, Loose, Schwender, August, Emil y el Paul que tiempo atrás habían estado con él en el campo de concentración de Brest-Litovsk en espera de ser trasladados a Berlín. En un momento dado creyó reconocer a August Meerkatz.

En efecto, August Meerkatz estaba allí. Y también estaba Paul Loose.

Meerkatz avanzó por el pasillo y tomó asiento junto a Loose. Desde su llegada a Berlín, tras haber recibido un empleo político en la Lothringer Strasse, habían estado en contacto. Loose tenía un empleo en la portería de la casa de los ministerios (donde su mujer estaba al frente de una cantina), y Meerkatz trabajaba en la distribución del periódico "Täglichen Rundschau", de inspiración comunista. Meerkatz y Loose se saludaron con una mirada. No se dijeron nada. Una mirada de inteligencia era el saludo que intercambiaban entre sí los miembros de aquella Fronda. En la sala había una atmósfera cargada. Aquella noche tenía que hablar el tipo de la barbilla. Tenía que pronunciar un discurso y dar cuenta de los sucesos y decir si el "nuevo curso" era algo realmente importante o no pasaba de ser una simple maniobra. Aquella noche, por otra parte, el tipo de la barbilla estaba obligado a hacer un análisis de los sucesos y a exponer la necesaria orientación que debía subsanar las faltas políticas cometidas y volver las cosas a la justa línea política.

Bajo la luz de los reflectores, Ulbricht, Grotewohl, Iendretzki, Ackermann y Zaisser aparecieron en el escenario. Así, pues, no han sido eliminados como se decía.

—¡Camaradas!...

¿Qué está diciendo Iendretzki? ¿Es que no ha ocurrido nada en Berlín? ¿Acaso los obreros de la construcción que trabajan en la Stalin-Allee no han ido a vociferar ante los ministerios? ¿Acaso no han sido pisoteados y destrozados los retratos de los dirigentes del Politburó? ¿Acaso no está anunciada la huelga general para mañana?

—Parece como si en Berlín reinara el orden.

—Este discurso lo tenía preparado desde hace un par de días —observó el teniente coronel Judanov. —Veremos lo que dice Grotewohl.

Grotewohl también decepcionó a los oyentes. Bueno, al fin y al cabo, Grotewohl no era uno de los consagrados por los dirigentes de Moscú.

Habló Ulbricht.

legorov encendió un cigarrillo.

Un hombre a lo Himmler. ¿Hubiera hablado así, en esta ocasión, el compinche de Hitler?

Judanov se encogió de hombros.

—Quizá el señor Zecke pueda decirnos algo acerca de esto.

—...y está fuera de duda que el Partido y el Gobierno se han apuntado grandes éxitos. Desde el descombro de las ruinas que nos dejó la guerra hitleriana, hasta la construcción de nuevas casas y el nivel de vida que hemos conseguido dar a la población, media una gran distancia. Y no solamente hemos conseguido realizar los objetivos económicos que nos propusimos, sino que, en muchos aspectos, los hemos sobrepasado. Ciertamente que la economía agrícola...

Media hora llevaba hablando de aquella manera. En la platea comenzó a producirse cierto nerviosismo; muchos asistentes hablaban entre sí. Murmullos. Interrupciones.

Ilegorov había llegado al límite de su paciencia.

¿No ha sido anunciada la huelga general? ¿La huelga general de los obreros berlineses no se propagará a toda la zona? ¿No tendrá que ser sofocada la rebelión por el Ejército Rojo? ¿Qué harían entonces las Potencias mundiales? ¿Bordeamos ahora los comienzos de la tercera guerra mundial? ¿Acaso el próximo acontecimiento internacional será el lanzamiento de una bomba atómica sobre Berlín? Estaba perdiendo el tiempo. Ilegorov ordenó a Judanov y a Budin que continuaran allí y luego, acompañado de Zecke, salió del teatro. Atravesaron la Frankfurter Allee, que estaba llena de miembros de la Policía Popular y cuyos nuevos edificios daban a la calle el aspecto de una copia provinciana de la calle Gorki de Moscú.

A su lado estaba Zecke.

Zecke... Un experimento. Zecke era como una hoja en blanco, pues se había mantenido al margen de las intrigas y de las secretas ambiciones de los antiguos oficiales hitlerianos. El experimento Zecke tenía que comenzar a funcionar en el momento preciso, y el momento, a juzgar por los sucesos del día, había llegado. Zecke era como un sismógrafo que debía ser aprovechado y que luego, una vez hubiera prestado los servicios que de él se esperaban, se haría desaparecer.

Preguntó a Zecke la opinión que le merecía todo aquello y únicamente obtuvo algunas respuestas vagas.

—Una humanidad sin destino: esa parece ser la meta del DDR y de muchos otros partidos.

Era ya muy entrada la noche cuando Ilegorov, que estaba en un despacho de Karlshorst, se enteró de la actitud de Ulbricht.

Ulbricht había adoptado ciertas medidas preventivas, pero por lo visto estaba convencido de que no se iba a una revolución. Los obreros, según él, estaban al lado del Gobierno. Lo que había ocurrido en la Stalin-Allee era obra de agentes provocadores. El intento revolucionario había sido dominado. La huelga general no tendría lugar.

¡Qué podía decirse a todo aquello! El primer hombre del país trataba de minimizar la crisis, lo cual quería decir que aquel hombre no podía continuar en el puesto que ocupaba.

—Mientras yo les estoy hablando —y ahora son las dos de la madrugada —, ese hombre está desalojando la sede del Partido. Esto significa que también él cree en la posibilidad de que los manifestantes traten de apoderarse de la Central. Está claro que nosotros no podemos confiarnos en la Policía Popular. Por eso el general Gretchko ha movilizó las divisiones acorazadas número 12 y 24; es decir, unos seiscientos tanques y unos quince mil hombres.

Dentro de una hora, esto es, a las tres de la madrugada, estarán en marcha los motores de los tanques y cada hombre ocupará su puesto.

La situación era muy seria.

Karlshorst no cesó de comunicar noticias a Moscú. También legorov habló con su jefe, a quien puso al corriente de la situación.

"La cuestión Zaisser queda aplazada", le dijeron de Moscú. Cuando los ánimos estén calmados estaremos mejor informados...

legorov comenzó a darse cuenta de que la situación podía ser dominada con relativa facilidad.

"Quédese usted donde está, legorov", le ordenaron de Moscú. "Es preciso que se haga todo lo posible para evitar derramamientos de sangre. No se hará ni un solo disparo sin previa orden del ministerio de la Guerra. El ministro Bulganin es el único que tiene la palabra."

legorov todavía fumó un cigarrillo en compañía de Zecke. Abrió la ventana. Llovía. Un relámpago y un trueno.

—Este es el relámpago... y a su luz veremos mañana lo que ocurre en la República Democrática Alemana. Acabo de parafrasear una cita de Lenin, coronel Zecke. "Aquello fue el relámpago que mejor que nada nos permitió ver la realidad", dijo Lenin refiriéndose al levantamiento de Kronstadt.

Al día siguiente resultó imposible trasladarse en coche a la ciudad. Un oficial aconsejó a legorov que dispusiera de una patrulla de seis tanques para llegarse a la casa de los ministerios. Y legorov montó en el tanque del jefe de la patrulla. Zecke le acompañó. El jefe de la patrulla, que era un comandante, tenía órdenes de no hacer fuego contra los manifestantes. Si los manifestantes disparaban contra él debía retroceder y volver a Karlshorst. legorov y Zecke veían la calle a través de sendas escotillas. Altas casas con pequeñas ventanas y minúsculos balconillos: eso era la antigua Frankfurter Allee, convertida ahora en la Stalin-Allee. A pesar de las precauciones adoptadas por la policía, los trabajadores habían vuelto a congregarse, y formados en largas columnas se dirigían hacia el centro de la ciudad. El día antes sólo se habían manifestado los trabajadores de la construcción, pero ahora había allí trabajadores de todos los gremios. Nadie hacía caso de la lluvia. Los tanques tomaron el puente de Jannowitz y se adentraron por la Walltrasse. La calle estaba llena de gigantescos retratos de Stalin, Pieck y Grotewohl, que habían sido arrojados al suelo y pisoteados. El Spittelmarkt, al que confluían cuatro calles, era un hervidero humano. A cada momento llegaban nuevos manifestantes. legorov y Zecke observaban los rostros de los manifestantes. La gente caminaba ante los tanques y sólo cuando ya casi los tenía encima se apartaba algo para dejarlos pasar. Todo el mundo gritaba. Los tanques avanzaban muy despacio. El ruido de las cadenas quedaba ahogado por el griterío: "¡Abajo Pieck!" "¡Abajo Ulbricht!" "¡No queremos ser esclavos!" Era un espectáculo inusitado: nadie tenía miedo.

—No tienen miedo —dijo el comandante tanquista—. Parece mentira.

Y luego, asomándose por la escotilla del tanque, dijo a los manifestantes:

—Lo mejor será que se retiren ustedes. Pueden tener un disgusto.

—*Ivan, go home!* —le contestó un hombre.

La radio del tanque anunció:

"Los manifestantes están destrozando las barreras que limitan el sector soviético de la ciudad. La bandera roja acaba de ser arriada de la Puerta de Brandenburgo. Una columna de obreros procedente de los barrios del norte

atraviesa el sector francés y se dirige hacia el sector soviético."

Zecke se fijó en un grupo de manifestantes que acababan de volcar un coche. Un quiosco de periódicos estaba ardiendo. Las banderas rojas eran arrancadas de las casas. Cinco o seis policías dispararon al aire. Gritos, puños cerrados. Una bandera encendida fue arrojada a una ventana de la casa de los ministerios.

Los tanques comenzaron a ser apedreados.

El hecho fue comunicado a Karlshorst.

"Los manifestantes adoptan una actitud agresiva. Nos arrojan piedras y nos atacan armados de hierros." Karlshorst contestó: "Prohibido hacer uso de las armas."

Los tanques se detuvieron. Unos policías hacían guardia junto a la entrada de la casa. Ilegorov y Zecke se apearon del tanque. De otro tanque descendieron el teniente coronel Judanov y el capitán Budin. Aquellos dos hombres no se apartaban de ellos. Ilegorov comenzó a sentirse molesto por la presencia de aquellos dos oficiales que no pertenecían a su Sección.

En la entrada, Zecke se cruzó con el general Vicent Müller. Al caer prisionero, el general ingresó inmediatamente en el "Comité de la Alemania Libre" y ahora estaba agregado a Karlshorst y vestía uniforme de general de la Policía Popular. El general no reconoció a Zecke, que vestía de paisano. Un poco después se cruzó Zecke con el director general profesor doctor Wittstock, pero Wittstock no le reconoció. No era extraño, pues no en vano había Zecke pasado ocho años montado en el carrusel de la muerte. Y el carrusel continuaba girando y Zecke todavía no se había apeado de él. Quizá nunca podría apearse del mismo. Esta vez, en lugar de haber sido deportado al Este, había sido llevado al Oeste. Y también aquí, en el Oeste tropezaba con seres grotescos y almas muertas. Wittstock iba de un lado a otro escuchando y repitiendo las noticias procedentes de la calle. Estaba exaltado e iba dejando una estela de inquietud y nerviosismo. También vio a Vicco Splüge, que se volvió hacia él e incluso le hizo un gesto con la mano, pero Zecke comprendió que le habla confundido con alguien. Así, pues, también Splüge se encontraba entre aquella gente. Seguramente trabajaría en alguna compañía de propaganda, al igual que antes, cuando Hitler. Splüge hablaba y gesticulaba ante un grupo de periodistas.

Tropezó con Loose.

—¡Hombre, coronel!

Un apretón de manos.

—Hay aquí una atmósfera muy cargada, coronel. Bueno, veremos lo que ocurre. Ven, Emma.

Zecke dio la mano a la mujer de Loose. La escena tenía lugar en la cantina. Las mesillas estaban ocupadas por funcionarios y secretarias. La mujer permanecía tras el mostrador y vestía un delantal blanco. "Lo he hecho para Emma" (la cajita de abedul). De manera que aquella mujer era Emma... Tenía un rostro joven y simpático, muy diferente al de las secretarias, que parecían muñecas pintarrajeadas.

—Un buen amigo de Brest-Litovsk. Ya sabes —dijo Loose. Se puso la gabardina. —Al combate —dijo.

Los miembros del Partido habían recibido órdenes de Pankov: "Es preciso ponerse rápidamente en contacto con el pueblo. Todos los jefes de grupo, los funcionarios y secretarias deberán salir a la calle y mezclarse con los

camaradas y las camaradas que acaban de desviarse. Demostrad lo que sois capaces de hacer y lo que el Partido os ha enseñado". Pero como los jefes de grupo, los funcionarios y las secretarías demostraban estar muy ocupados, los propagandistas y hombres de acción fueron enviados a la calle. Y uno de ellos era Loose.

—Adiós, Emma.

La entrada estaba llena de gente. Apenas se veían uniformes militares. Muchas mujeres hablaban por teléfono: preguntaban por sus maridos, cuyo paradero, por lo visto, ignoraban. Se oía hablar alemán y ruso. Los que llegaban traían noticias de la calle. Un recién llegado dijo:

—Camaradas: los manifestantes no son alemanes, sino norteamericanos. Todos ellos han venido del sector occidental. Yo mismo he visto cómo los oficiales norteamericanos incitaban a venir a la gente de su sector.

—Los americanos son muy tontos, pero no vaya usted a creer que son tan estúpidos como para hacer semejante tontería.

Oficiales soviéticos, simples soldados y miembros de la Policía Popular iban de un lado a otro. Aquello parecía un nido de hormigas. La atmósfera estaba llena de humo y olía a tabaco.

—La manifestación es un voto clarísimo. Si los manifestantes se imponen tendrá que ser cambiado el Gobierno.

Atravesaron la entrada y se dirigieron hacia la escalera. La escalera estaba llena de grupos de mujeres que gritaban y sollozaban. Judanov, Budin y el comandante tanquista siguieron a Iegorov y Zecke.

El comandante tanquista iba en busca del general Dibrova, a quien debía presentarse. Inmediatamente se formó un corro a su alrededor: "¿Qué ha visto usted, camarada comandante? ¿Qué ocurre?" "Mucho y nada", respondió, con sumo tacto, el comandante tanquista. Todos querían saber de qué manera había comenzado la sublevación. No sabían nada, pues desde el comienzo de las manifestaciones, es decir, desde el día anterior, no habían salido del edificio. También allí estaba la atmósfera cargada de humo. Los ceniceros estaban llenos de colillas. Iegorov y Zecke tomaron asiento. Los demás permanecieron en pie. Los teléfonos estaban ocupados. De un momento a otro iban a reunirse los miembros del Gobierno. Se estaba aguardando al general Dibrova.

Aquello era el relámpago...

Paul Loose estaba en la calle. Las risas, las miradas de compasión y las amenazas, pero sobre todo su propia inseguridad, hicieron que bien pronto dejara de hablar en favor del Partido. Se le atragantaron las consignas. "¡Abajo Grunzewohl! ¡Abajo la cabra siberiana!", gritó de pronto Loose. En un instante se había dado cuenta de la falsedad de su posición. "¡Queremos elecciones libres! ¡Muera el tío de la barba! ¡Somos hombres y no micos!", gritaban las gentes. Una columna de manifestantes irrumpió contra un cordón de policía. Las porras de los policías cayeron sobre los manifestantes, quienes a su vez replicaron con fuertes golpes. Las mujeres esgrimieron sus paraguas contra los guardias. La policía fue reforzada. Llegaron unas escuadras compuestas por muchachos de la "Juventud Comunista". Eran muchachos de trece y catorce años. "Lo mismo que cuando Hitler." "Arroja ese palo, muchacho, y vete a casa." "¡Traidores!, ¿no os dais vergüenza?" "¿No veis que somos trabajadores?" "¡Formad con nosotros!" Algunos policías no sabían qué hacer. Muchos de ellos tenían de diecisiete a dieciocho años. Se abrieron las primeras

filas de los manifestantes y tras ellos surgieron grupos de hombres armados con picos, palas y hierros. Los trabajadores se lanzaron contra los policías, quienes echaron a correr tratando de ponerse a salvo en las calles laterales. El cordón de policía había sido roto por diferentes lugares y los manifestantes continuaron avanzando. Uno de los manifestantes era Paul Loose. Había olvidado que tenía un empleo en la portería del edificio del Gobierno y que había sido enviado a la calle para hacer entrar en razón a los manifestantes.

—¡Loose! ¡Te has vuelto loco!

Max Schwender estaba junto a él.

—¡Tú eres el loco y el traidor! ¿Has olvidado de qué manera nos molían a palos?

Aquello era el relámpago...

La luz del relámpago había llegado hasta lo más profundo del corazón de August Meerkatz. De pronto cesó la larga lucha interior que desde hacía tiempo venía sosteniendo. Hasta entonces había obedecido a ciegas, pero a partir de aquel momento se sentía dueño de sí mismo. Los antiguos ideales se le habían convertido en frases huecas. Vio como un militante que quería dirigir la palabra a los manifestantes era arrojado como un pelele al río y le pareció que una parte de la gigantesca burocracia se ahogaba en el agua. Acababa de caer un ídolo. No tienes por qué adorar dioses extraños... Tu propia razón te basta. Presenció como en la frontera de la Chausseestrasse fueron rotas las vallas que señalaban el límite del sector soviético. Se habían acabado las fronteras en Berlín y en Alemania. Y se habían acabado las vallas que se interponían en el camino de la razón y la justicia. Del brazo de los trabajadores del acero de Henningsdorf marchaba August Meerkatz por la Chausseestrasse, a través del Oranienburger Tor y a lo largo de Unter den Linden. Así pasó ante la embajada soviética, a cuya fachada de mármol miró. Trabajadores del Estado, funcionarios del Estado: marionetas del Estado. "¡Abajo las consignas! ¡Elecciones generales! ¡Reunificación de Alemania!" "¡El hambre y la privación elevados a la categoría del sistema!" "¡Abajo, abajo, abajo!" Aquello era el relámpago.

Caen las vallas que señalan la frontera del sector soviético. Arden unos edificios. Uniformes de la Policía y carpetas de documentos son arrojados por unas ventanas. Los manifestantes entran en el edificio y son arrojados de él por la Policía Popular. La bandera de la Unión Soviética es arriada de la Puerta de Brandenburgo. La bandera es rota a pedazos... Interminables columnas de manifestantes. Aquí hay veinte mil, allí cuarenta o cincuenta mil, más allá sesenta mil. Todo Berlín está en la calle... Loose, Meerkatz, Hallen, el zapatero Haderer; todos... Y también está August Gnotke. "Soy culpable", gemía Gnotke. "Cada uno de nosotros es culpable. Cada uno de nosotros puede ser acusado. Cada uno de nosotros está maldito", le consolaba alguien.

Aquello era el relámpago...

El general Dibrova entró en la sala donde se había reunido el Gobierno. Nadie habló. Los gritos de los manifestantes llegaban hasta la sala. Ninguno de los presentes se atrevía a hablar.

El comandante tanquista se presentó a su jefe.

El general revisaba unos documentos: acuerdos del SED, órdenes a la Policía Popular, informes... Aquellos documentos ya no tenían ningún interés.

Un alto funcionario se atrevió a hablar.

—Camarada general: díganos, por favor, cuál es su opinión. ¿Qué va a

ocurrir? ¿Qué ha visto usted durante su viaje de inspección?

El general se sonrió.

—No tiene ningún motivo para estar intranquilo. Debemos esperar a los camaradas Ulbricht y Zaisser. Luego les hablaré yo.

Se volvió hacia el comandante tanquista.

—Camarada comandante, pregunte usted si los dos camaradas han salido de Karlshorst.

El comandante cogió un teléfono y pidió que le pusieran en comunicación con la central. Los reunidos comenzaron a hablar en voz alta y el comandante para oír lo que decían por teléfono, tuvo que taparse con el dedo índice el oído que tenía desocupado. Ninguno de los asistentes tomaba asiento. Unos se paseaban junto a la gran mesa que había en el centro de la sala, y otros formaban pequeños grupos. Se fumaba un cigarrillo tras otro.

Grotewohl, el primer ministro, entró en la sala e inmediatamente se formó un círculo a su alrededor. No podía dar ninguna noticia; se encogió de hombros. Trató de alisarse el cabello, que en seguida volvió a caerle sobre la frente. Apenas se libraba de un grupo era rodeado por otro.

—Camarada general, los dos camaradas han salido de Karlshorst en un "T-34" y están a punto de llegar.

El general tamborileó nerviosamente sobre la mesa. Grotewohl se había sentado a su lado y le estaba hablando. El general, sin embargo, parecía no escucharle.

—Realice usted otro servicio de patrulla —ordenó al comandante tanquista. Se oyó ruido de cadenas. Unos tanques se detuvieron ante el edificio.

Ulbricht y Zaisser se apearon de un tanque, entraron precipitadamente en la casa, subieron la escalera y entraron en la sala. El general Dibrova habló primero.

—Tras el tercer viaje de inspección —dijo —puedo decirles que mi impresión es que la situación solamente podrá ser despejada si logramos limpiar las calles. Y eso únicamente puede conseguirse a base de entrar en acción ahora mismo. El capitán general Gretchko me ha dado ya la conveniente autorización para ello. Desde luego, hay que proceder con la máxima prudencia. Pero es indispensable que limpiemos las calles.

Ulbricht movió la cabeza en señal de asentimiento.

Grotewohl trató nuevamente de alisarse el cabello. Dijo que el empleo de la fuerza no era aconsejable en aquellos momentos.

Zaisser permaneció en silencio.

Los manifestantes volvieron a gritar bajo las ventanas del edificio gubernamental.

—Camarada comandante: puede usted patrullar con sus tanques inmediatamente —ordenó el general.

Ulbricht dijo que no había que temer el empleo de medidas radicales. También él acababa de solicitar permiso para obrar de un modo enérgico.

—¡Hay que hacer un escarmiento y no debemos aplazar el castigo! —dijo Zaisser.

—Deberíamos hacer fusilar a unos cuantos paisanos y dar luego la noticia por la Radio. Un lenguaje aleccionador. ¿Comprende usted, camarada?

El representante de la Radio inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—La lógica no sirve para nada en estos momentos, pues la gente se halla demasiado exaltada para hacer caso de razonamientos. Lo que conviene es

hacer un buen escarmiento.

Grotewohl limpió sus lentes, que no tenían ni una mota de polvo.

—Creo que conviene evitar el empleo de la fuerza. El Gobierno se encuentra en una situación muy delicada.

El ministro Selbmann, a quien los trabajadores habían abucheado el día anterior, asintió a estas palabras.

—Señores: ustedes no se dan cuenta de la situación. La situación debe ser despejada por gente bregada.

El "bregado" Ulbricht sonrió al general...

Zecke continuaba en la cantina. Pero no estaba solo: Budin se había quedado junto a él. Budin sabía que debía vigilar a aquel alemán que hablaba el ruso como él mismo. De la misma manera que Judanov vigilaba a legorov. Zecke y legorov se habían separado y lo mismo habían tenido que hacer Judanov y Budin. Budin se levantó, dio una vuelta por la entrada del edificio, fue de un grupo a otro, subió al piso superior, se detuvo en la antesala del salón donde se celebraba la reunión gubernamental, escuchó lo que allí se decía y volvió a la cantina, donde estaba Zecke.

Bueno, al fin y al cabo no hay cada día una revolución, ni se proclama el estado de guerra. Pero lo cierto era que Bulganin, el ministro de la Guerra, había dado su conformidad para que los tanques patrullaran por las calles y disolvieran a los manifestantes. "Terminantemente prohibido derramar sangre. Cuando no haya más remedio, se disparará al aire. Si fuera necesario, el comandante de la plaza dará la orden de disparar contra la multitud", dijo el general Dibrova, y sus palabras fueron repetidas a todos los jefes de unidad.

No, no se trataba de provocadores occidentales. Los manifestantes eran trabajadores, gente descontenta que trataba de defenderse. A los campesinos se les expropiaban sus campos y a muchos trabajadores se les retira la cartilla de racionamiento. La antigua burguesía está siendo triturada. Los trabajadores tienen que trabajar más y cobran menos. Más trabajo y menos comida. Budin lo sabía y muchos de los tanquistas soviéticos, también.

Budin se encontró en la cantina con un capitán tanquista amigo suyo, a quien invitó a beber una copita.

—¿Has visto tanques occidentales en nuestro sector?

—No; sólo he visto trabajadores. Hemos cometido muchas equivocaciones y ahora se defienden. ¿No crees que es justo?

Budin se encogió de hombros y miró a su alrededor. Se dio cuenta que un paisano acababa de sentarse a la mesa de Zecke.

—Somos seiscientos mil soldados —prosiguió el otro—. Queremos comer, fumar, beber y hacernos con el resto. ¡Es demasiado! Los alemanes no quieren ni pueden pagar todo eso.

—¿Opinas que los sucesos han sido provocados por trabajadores y no por agentes occidentales?

—Es una cuestión de obreros. ¿No lo crees así?

—No.

—¿Y por eso debemos disparar contra ellos?

Budin no respondió.

—Debo hacer algo —dijo al cabo de un rato. Fue a la mesa de Zecke.

—Un viejo conocido mío: *tovarich* Splüge, de la Información —presentó Zecke.

Budin se bebió otra copita y echó una larga mirada a su alrededor. Altos

funcionarios, secretarias, señoras... La gente comía y bebía... El fin del mundo.

Una noticia cayó como una bomba.

—Camaradas: Nuschke, el representante del Primer Ministro, acaba de pasarse al sector norteamericano. Las circunstancias son algo oscuras, pero en todo caso...

—¿Está usted seguro, camarada?

Maldiciones. Nerviosismo. Desconcierto. Una mujer se echó a llorar.

Budin se levantó y fue a dar otra vuelta. Zecke y Splüge permanecieron sentados. Al cabo de un momento se acercó Wittstock, con quien Zecke había vuelto a hablar poco antes.

—¿Habéis oído? ¡Nuestro hombre era un sinvergüenza!

—¿Nuestro? —preguntó Zecke.

—Bueno, tú opinas que...

Zecke no podía decir lo que opinaba. La ocasión tampoco era demasiado propicia para entrar en explicaciones. En realidad, Splüge y Wittstock creían que trabajaba para el Gobierno. Splüge estaba borracho y Wittstock estaba a punto de ahogarse.

—Yo he conservado mi casa en el sector norteamericano —murmuró Wittstock antes de despedirse.

Sonó una ráfaga de ametralladora.

El eco de los disparos aumentó el desconcierto en la cantina. Wittstock volvió a la mesa de sus amigos. Estaba pálido. Otra ráfaga.

—Herbert, esto es el final. Sabía que esto tenía que ocurrir. Te lo había dicho.

Otra ráfaga, y otra, y otra.

La escena había ahora cambiado en las calles. Aparecieron nuevas unidades de la Policía Popular. Y también aparecieron camiones cargados con soldados soviéticos. Los "T-34" disparaban ráfagas de ametralladora.

Alguien gritaba a través de un altavoz:

—¡Despejad las calles! ¡Quedan prohibidos los grupos de más de tres personas! ¡Quienes ataquen a las fuerzas soviéticas serán juzgados por un tribunal militar!

Pero los manifestantes no habían realizado todavía sus propósitos.

Veinte mil hombres irrumpieron en la central del SSD, en la Friedrichstrasse. Al igual que en otras partes, carpetas, papeles y muebles fueron arrojados por las ventanas. Los funcionarios y empleados se refugiaron en los pisos superiores, donde se parapetaron tras improvisadas barricadas?

—¿Por qué nos perseguís? ¡Estamos en nuestra ciudad; somos trabajadores; tenemos el derecho de protestar ante la injusticia! —gritaba Meerkatz a un teniente que asomaba por la torreta de un tanque.

—Se nos ha dicho que todo esto era obra de agentes provocadores. ¿Dónde están los "enemigos"?

—¿Enemigos? ¿Agentes provocadores? Aquí no hay más que trabajadores.

—¿Acaso estáis oprimidos?

—¡Qué pregunta! Desde hace veinticinco años vivimos en la opresión!

Llegó otro oficial.

—Todo eso no nos interesa. ¡Tenemos orden de actuar! Meerkatz siguió su camino...

En 1917, los cosacos que, con los sables desenvainados, iban a cargar

contra la multitud apiñada en el Nevskiprospekt, se pusieron de parte de los manifestantes. ¡Si ahora los tanques hicieran otro tanto, el mundo cambiaría en un solo día! ¿Qué sentido tenía eso de levantar los puños contra los tanques y de arrancar y pisotear los retratos de los dirigentes comunistas? Cuando las cosas llegan a este punto hay que adueñarse de las centrales eléctricas, de las estaciones, de los medios de transporte. Pero los trabajadores se encontraban sin nadie que les dirigiera y se dispersaban en acciones aisladas que no respondían a un plan previamente organizado. La manifestación había comenzado como un incendio en el monte y se propagaba sin rumbo fijo.

El viejo zapatero Haderer, de Weissensee, llevaba la bandera de 1894 y de 1918. Atada a lo alto de un largo palo la había llevado, a través de la Landsberger Strasse y la Alexanderplatz, desde Weissensee hasta la Puerta de Brandenburgo, donde ya ondeaba la enseña negro-roja-amarilla. Los tanques irrumpieron contra la multitud, que fue dispersada, y Haderer se encontró en medio de un pequeño grupo que permaneció a su lado. Haderer y sus compañeros continuaron avanzando. Sonaron unos disparos. Las balas cayeron junto a los manifestantes. Así vio Gnotke a Haderer. Unter den Linden fue despejado, pero a los pocos momentos volvía a estar lleno de manifestantes. La Policía Popular avanzó tras los tanques soviéticos y los manifestantes volvieron a ser dispersados hacia las calles laterales. Haderer, sin embargo, prosiguió su camino. Unos policías se le acercaron. Trataron de quitarle la bandera, pero él se resistió. Llegaron más policías. Todo ocurrió en un par de segundos. Haderer fue arrojado al suelo. Cayó la bandera. Se produjo un revuelo. Como un saco de patatas, Haderer fue arrojado sobre un camión. Los policías golpearon furiosamente a cuantos se ponían a su alcance. Y también golpearon y pisotearon a quienes habían caído al suelo y no podían defenderse ni escapar. Gnotke fue en socorro de su amigo. Pegó con todas sus fuerzas. Y renegó en alemán y en ruso. La ola de policías se alejó de aquel lugar. Y el cadáver de Gnotke quedó tendido sobre el asfalto. Unos manifestantes cubrieron su cuerpo con la bandera negro-roja-amarilla.

Hubo muertos y heridos... Accidentes de la manifestación...

Los tanquistas y las tropas de infantería tenían orden de disparar, en último término, al aire. El jefe de la guarnición había amenazado varias veces con retirar a la Policía Popular de las calles si volvía a disparar sus armas contra los manifestantes.

En Unter den Linden, no lejos del Arsenal Nacional, yacía el cadáver de un hombre cubierto con la bandera negro-roja-amarilla, junto al que había una cruz hecha con dos listones. Al igual que en 1945, los tanques soviéticos atravesaron la Puerta de Brandenburgo con los cañones a punto de disparar. Y aquí, en la frontera del sector, cayó otra víctima. ¡Adiós, Emma! El sexto recuadro de la cajita de abedul quedó en blanco. Nada fue grabado en aquel recuadro: ni los trazos de un viaje por mar, ni olas, ni estrellas, ni tan siquiera la exclamación ¡O-eh! Paul Loose, que había perdido la cabeza y no sabía si continuaba sumido en la noche hitleriana o participaba en un levantamiento contra los rusos, luchaba contra los "enemigos de la clase trabajadora". Loose trató de inutilizar la cadena de un tanque con un hierro. Pero su gabardina se enredó con la cadena y Loose cayó ante el tanque y fue estrujado por él.

—¡Lástima! —dijo el general Dibrova.

El general fue informado de los sucesos.

—...Un manifestante cayó en la Puerta de Brandenburgo ante un "T-34" y

fue aplastado. Fue un desgraciado accidente.

—¡Lástima!

—Camarada comandante, diga usted que es preciso evitar que se produzcan más víctimas. Y comuniqué esta orden a los jefes de la Policía Popular.

El general se volvió a Zaisser y le dijo:

—Ahí tiene usted a una víctima. Por mí, hubiera usted podido disponer de otra más. Que la gente se entere de lo sucedido.

Grotewohl volvió a referirse a la difícil situación del Gobierno y dijo que también debía hacerse saber que el Gobierno había solicitado al Alto Comisario la puesta en libertad del detenido.

Zaisser se echó a reír.

Grotewohl se comportaba como siempre: como si no tuviera que adoptar alguna decisión, dijo el consejero del SED, nombrado por el Alto Comisario. Los rusos habían seguido empleando los mismos métodos de los alemanes, pero Grotewohl estaba obligado a conocer la eficacia de los mismos.

—¡Usted, Grotewohl, no conoce a su pueblo!

Alguien entregó un comunicado al general. Se trataba de la Policía Popular. El general enrojeció. La Policía Popular huía ante los manifestantes y se escabullía hacia donde podía, o bien, sin haber recibido órdenes para ello, abría fuego contra la gente.

—La Policía Popular debe ser inmediatamente retirada de las calles — ordenó el general.

Los miembros del Gobierno dieron muestras de gran nerviosismo. ¡Otro instrumento que se les quitaba de las manos! Rostros pálidos, miradas encendidas, gestos descompuestos. Uno comenzó a abrir y cerrar la tapa de su reloj de bolsillo; otro tamborileaba sobre la mesa; otro... ¡Gente digna de lástima! Quizá ya estaban condenados a desaparecer.

El general se levantó y se dirigió hacia un gran mapa mural de Alemania. ¿Hasta dónde se había desparramado la agitación?

Halle, Wolfen, Merseburg, Bitterfeld, Magdeburg, Jena, Gera, Chemnitz... Toda la zona estaba en movimiento. Luchas callejeras, manifestaciones, detenciones. Los tanques habían tenido que cargar en Rostock, Eisleben, Sangerhausen, Nordhausen, Apolda, Calbe y Wernigerode. En Schwerin y en Stern, la policía había cometido una verdadera matanza. En Leuna ardían las fábricas. La situación era grave. El incendio había tomado proporciones realmente alarmantes.

Unos tanques se detuvieron ante el edificio.

Los "condenados" se acercaron a las ventanas.

Vieron cómo el coronel Kotzuba, el jefe de protocolo de Semjonov, el Alto Comisario, se apeaba de un tanque. Un minuto después les comunicó Kotzuba que el Alto Comisario deseaba reunirse con ellos. Así, pues, todavía no habían sido apartados del juego político. Todavía se contaba con ellos. Podían respirar.

¡LEVÁNTATE!

El relámpago ha iluminado la escena, pero nadie ha visto la realidad de la misma. El SED no es más que un montón de escombros. Esa es la verdad del asunto. Los figurones podían ser eliminados, o sustituidos, o agrupados de otra manera: nada cambiaría con todo ello. El régimen del SED no representa nada auténtico: ni la realidad del país, ni las aspiraciones y necesidades de los trabajadores.

La "República Democrática Alemana" ha dejado de existir. El Gobierno es como una hoja seca caída al suelo. Eso ya lo había dicho Zecke. Zecke ya está ahora de más. No es necesario echar un vistazo al sismógrafo cuando el terremoto deja sentir sus efectos. Toda Alemania, desde el Elba hasta el Oder-Neisse, estaba en movimiento. Sí, la moraleja de todo aquello es que todavía podían producirse movimientos elementales. Y hoy se producían en Alemania y mañana podían registrarse en Rusia. Esa era la lección que el Kremlin podía deducir. Zecke, pues, ya no tenía razón de ser.

El capitán general Iegorov había tenido un día muy agitado.

Reuniones, arranques de frenesí, discusiones, condenas a muerte, y todo aquello enmarcado en el panorama de una ciudad agitada por la revolución. En todas las partes era vigilado: en la embajada Soviética, en el cuartel general del general Gretchko, en el Ministerio de la Gobernación, en la calle, en el despacho del general Dibrova. El teniente coronel Judanov siempre estaba pegado a su lado: en el comedor, a las horas del almuerzo; en el lavabo, cuando se lavaba las manos, y siempre aparentaba estar a su servicio, dispuesto a ayudarme en mis pequeñas cosas.

Pero, no; todavía no estaba maduro para caer.

Volodia no estaba todavía en la situación de aquellos que habían sido estrangulados por aquella mano. Por otra parte, todavía podía utilizar la comunicación directa con el Kremlin. En el momento en que quiso hablar con Moscú, el teniente coronel Judanov desapareció discretamente de su lado. Quedaba Zecke.

Iegorov se fue a la cantina. Allí saludó a un viejo camarada. Aquel hombre era mucho más joven que él y no había estado en la batalla de Busuluk, no había conocido la época en que los soldados del Ejército Rojo iban descalzos, ni había servido bajo las órdenes de Tujachewski, ni de Primakov. Se levantó, se metió en un tanque y dio una vuelta por la ciudad. El aire que entraba por la torreta le despejó. Se sintió mejor. Unos disparos sonaron a lo lejos...

La liberación de los pueblos...

Había que cerrar el expediente Zecke. ¿Es que la Verdad, la Justicia, la Moral, la Razón y el Honor no eran más que palabras vanas, o algo sin sentido, o cosa de sueño? ¿No había Cristo nacido también para Rusia?

Zecke soñaba con la posibilidad de una sociedad diferente. ¿Tenía él que acabar con aquel sueño? ¿Debía dejar a Zecke en libertad? Si Zecke quedaba en libertad, ¿no significaba una esperanza, una posibilidad?

Encontró a Zecke en la cantina.

Parecía que el diablo anduviera suelto. Nadie quería cargar con la responsabilidad de lo sucedido y cada cual acusaba a su vecino. Habían querido ir demasiado aprisa y habían perdido la confianza del pueblo. Y la catástrofe se había producido. Uno decía: "Sí, la verdad es que he cometido muchas equivocaciones, pero siempre he procedido de buena fe". Y otro le contestaba: "Tranquilízate: nadie tendrá en cuenta tu buena fe". Zecke se encontraba en medio de aquella confusión. Una mujer joven y rubia se acercó a

él. Tenía el rostro descompuesto. Casi se arrojó a sus brazos. "Usted es un viejo amigo suyo; usted le conoce desde hace años: diga usted que no es verdad, que no es cierto... ¡Paule: no, no puede ser cierto!"

Apareció Wittstock.

—No, Herbert; no hemos hablado como antaño solíamos hablar: con el corazón abierto —dijo Wittstock, y echó una rápida mirada a su alrededor—. Pareces desorientado. Yo sé un camino. Ven; salgamos de aquí. En un momento estaremos en el sector norteamericano.

—Venga usted conmigo, por favor, señor Zecke —le dijo legorov.

Zecke se levantó y, sin despedirse de Wittstock, salió de la cantina en compañía de legorov.

—Bien hecho —dijo legorov—, haces bien en no volverte. Aquí no hay más que un montón de escombros que alguien se encargará de barrer.

Entraron en un despacho. Tomaron asiento. ¿Qué debía decirle?

No había palabras para expresar lo que debía comunicarle. "Debemos cerrar el expediente Zecke. No, así no. Aquello no era un comienzo apropiado."

—Vengo de la cantina —dijo él—; de la cantina de Karlshorst. Allí me han preguntado: "¿Qué desea usted, camarada general?" "Nada —he respondido yo—, no tengo apetito." El camarero se me ha quedado mirando. Yo he echado una mirada a mi alrededor. Ninguno de los comensales parecía tener apetito. También nosotros debíamos pagar el levantamiento de ustedes. En Magdeburg, en Chemnitz, en Berlín y en Rostov han sido fusilados una docena de los nuestros. Escuché una conversación. "¿Qué vas a hacer?", preguntó un individuo a su vecino. "Quizá me haga berlinés", respondió el otro. No era una broma. Estoy seguro de ello. Yo era quien hizo la pregunta. Pero yo no puedo convertirme en berlinés.

Calló unos momentos.

—Pero usted sí puede, Zecke.

legorov señaló hacia la Potsdamer Platz.

—Para usted Berlín no es algo quimérico: es una realidad.

Otro silencio.

—Venga usted conmigo.

Y el muerto salió de su tumba...

Montaron en un tanque. Las calles estaban vacías. En algunos cruces vivaqueaban soldados soviéticos. De vez en cuando se oían algunos disparos. El tanque se detuvo ante un descampado. Se apearon del tanque. Veinte pasos.

—No se alarme —dijo al tiempo que sacaba la pistola.

Disparó al suelo. Luego cogió a Zecke por los brazos y le besó en la boca.

—¡Corre, Zecke!...

Al llegar al otro lado de la calle y estar en la otra orilla de aquel mundo en ruinas, oyó el ruido de las cadenas de un tanque que se alejaba hacia el Este.

legorov se dirigió a Karlshorst, donde iba a celebrarse una reunión presidida por el Alto Comisario. Llegó algo tarde. Pero dado que no era el jefe de la Sección Política de Berlín, sino un enviado de Moscú, su falta de puntualidad no significaba nada grave. La sala se hallaba profusamente iluminada. Allí estaban los representantes alemanes del DDR. Ya se habían reconocido culpables, y habían admitido sus yerros, y habían confesado sus

equivocaciones.

El Alto Comisario alzó su pálida mano y aceptó la proposición de redactar una nota de protesta. Se volvió hacia el general Dibrova y, en voz muy baja, le dijo:

—Los comandantes militares del sector británico y del sector norteamericano no dejarán de protestar hasta que les dirija una enérgica respuesta. Así, pues, camarada general, mañana mismo le presentaré un enérgico escrito de protesta que usted deberá firmar inmediatamente.

"Protestaremos de que nuestros esfuerzos para mantener el orden y la prosperidad en Berlín hayan sido torpedeados por los occidentales con el envío de agentes provocadores. Esas afirmaciones las apoyaremos con declaraciones que, en este sentido, harán nuestros propios agentes.

—Aparte de esto —continuó diciendo—, estoy seguro de que el camarada Zaisser hará todo lo posible para dar con los verdaderos culpables. Y el gobierno de la DDR no deberá cometer más equivocaciones como esa de exigir un mínimo de trabajo imposible de realizar.

Los camaradas alemanes aceptaron la reprimenda del Alto Comisario y en el fondo se alegraron de que las cosas no hubieran ido más lejos. Fueron despedidos.

Los altos oficiales soviéticos permanecieron en la sala.

El Alto Comisario estaba cansado y tenía el aspecto de un hombre enfermo. Se volvió hacia Dibrova y le hizo graves reproches. El Alto Comisario abandonó el tono conciliador con que había hablado a los alemanes. Los altos oficiales tenían la culpa de que el ejército no hubiera actuado con la energía que era de esperar.

—He visto docenas de oficiales tanquistas que en vez de proceder contra los manifestantes se dedicaban a fotografiarles. ¿Qué pretendían hacer con esas fotografías? ¿Enviarlas a casa?

Cedió la palabra al capitán general Gretchko.

Gretchko sorprendió a todo el mundo menos a legorov, cuya Sección había preparado un informe a toda prisa.

Gretchko dijo:

—Si se piensa que muchos oficiales soviéticos se han hecho culpables de traición y motín, se comprende que la Policía Popular alemana haya procedido de esa manera tan desgraciada. Ha habido unidades enteras que han desobedecido la orden de disparar contra los manifestantes. El comportamiento de algunas unidades del segundo ejército acorazado ha sido más que lamentable.

Su discurso fue quizá demasiado corto.

Semjonov volvió a hacer uso de la palabra.

—La experiencia nos ha demostrado que las tropas del Ejército Rojo acantonadas en Alemania llevan una vida demasiado fácil. Tanto los soldados como los oficiales no piensan más que en divertirse. Por eso, camaradas, puedo anticiparles que en muchas unidades se celebrarán consejos de guerra. Únicamente una buena "purga" acabará en el futuro con ese lamentable espectáculo.

El Alto Comisario salió de la sala sin despedirse de nadie.

Los oficiales se quedaron anonadados.

Era algo más de medianoche.

Y el muerto salió de la tumba... Y sus manos y sus pies estaban envueltos

en un paño y un sudario cubría su rostro. Y ahora..., tras haber escapado en un tanque soviético, con el que había pasado ante las patrullas del Ejército Rojo y que le había depositado a poca distancia del sector norteamericano, tras haber sido acompañado por un general de la IV Sección Especial que se había despedido de él con un beso en la boca, ¿cómo iba a declarar ante el correspondiente tribunal?

Caminó por unas calles en ruinas y desembocó luego en un pobre *broadway* bordeado de tiendas iluminadas con luces "neón", tras las que se adivinaba un mundo en ruinas. De vez en cuando se cruzaba con personajes de Kafka, como Wittstock, Splüge y aquel poeta que tanto gritaba en la cantina. ¿Acaso no era más que un espejo en el que se reflejaban unos personajes que avanzaban hacia la nada? En la Lubianka, sin embargo, había llegado a la conclusión de que entre estas casas medio derruidas la razón continuaba más despierta que nunca. Estaba en medio de Berlín y apenas podía imaginarse que un oscuro telón separaba a la ciudad en dos mitades. Una mitad de Berlín había hablado claramente al resistir el frío, el hambre y el bloqueo, y la otra mitad acababa de hablar ahora. Y en las dos partes se había pronunciado la misma palabra.

La luz de un farol iluminó un rostro de mujer. A través del colorete y la pintura descubrió él el sufrido semblante de una mujer que había vivido aquella guerra. Y en aquel momento, ante aquella visión fugaz —que Dios le perdonara — pensó en la señora Putlitzer, en la señora Halen, en Agathe y en Lena. Más adelante, en otra calle, se cruzó con otros rostros como aquél.

Inocentes culpables. Seres proscritos y perseguidos. Pecadores e infames. Brujas y buscadores de brujas. Sombras medievales en la época de la bomba atómica.

Berlín había sido desgarrado y la ciudad se había convertido en un cráter y aquel cráter había hablado.

Hephatha.

Más no podía decir la sangrienta sima. *Hephatha...* Levántate. Escucha. "Cuando la sal se vuelve insípida..."

El agua podrida corrompe el agua viva. El monstruo se alimenta de virtudes maltrechas. Yo he conocido un secreto del monstruo. Y el secreto es que no tiene moral y únicamente tiene dientes. Y tampoco tiene ninguna preocupación. El monstruo se traga todo y de esa manera desaparecen todas las necesidades. El monstruo se engulle todas las verdades y todas las certezas: las grandes y las pequeñas, las maduras y las que no lo están. Y también se engulle a los pueblos menores de edad y a los pueblos maduros, y los hombres, las mujeres y los niños no son para él más que pequeños bocados.

Un mundo sin compasión. El hombre no es más que materia: así quedan contestadas todas las preguntas.

Zecke entró en una taberna y se sentó ante una mesa. Unos hombres hablaban con el patrón, que estaba tras el mostrador.

—Un vaso de cerveza —dijo Zecke.

Una frase que no había dicho desde mucho tiempo atrás y que, sin embargo, se convirtió inmediatamente en una realidad. La patrona, una mujer de amable aspecto, como Emma Loose, le trajo un vaso de cerveza que colocó ante él.

Hephatha...

Únicamente cuando el mundo de la moral y el mundo de la técnica se fundan uno en el otro, comenzará la nueva época. Justicia, sabiduría, valentía, honor... La nueva época tiene que basarse en la virtud, y todo comienzo implica el comienzo de la auténtica moral.

Incluso hay rollos de arenques a la marinera, igual que antes.

—Eso no puede conovernos —dijo uno de los hombres.

—Veremos que gallo nos cantará ahora —dijo otro; y aquello era un comentario a los sucesos del día anterior y podía tomarse como la posición del Oeste ante lo ocurrido.

Pero el tiempo había pasado y aquella noche se le exigiría el alma al Oeste.

¡Levántate! ¡Escucha!

En siete días deberás realizar el quehacer, pues en siete días se espera que realices tu obra.

Índice

PRIMERA PARTE

¡A BERLÍN!.....	6
EN LOS SÓTANOS.....	30
QUEMEMOS TODO ESTO.....	42
FINIS GERMANIAE!.....	51
LA DESBANDADA.....	68

SEGUNDA PARTE

CHARLA EN TONO FAMILIAR.....	74
TIEMBLA LA MANO DEL MAGO.....	82
LAS HORAS CONTADAS.....	91
BAAL ABRE LA BOCA.....	96
UN REFUGIO.....	116
HUIR.....	120
EN EL HOSPITAL 122.....	130
CIELOS Y TIERRA CALLARON.....	139
LAS MARIONETAS DE LA CANCELLERÍA.....	147
LA CARTA.....	157
LA VISITA DEL RUSO.....	165
DOLORES.....	175
LAS CENIZAS.....	184

TERCERA PARTE

LA PESADILLA.....	195
IVÁN.....	201
LOS CAMINOS INCIERTOS.....	205
RUSOS EN LA CANCELLERÍA.....	218
HABÍA LLEGADO LA HORA.....	223
EMPEZAR DE NUEVO.....	237

CUARTA PARTE

EL PRESIDENTE DEL "LAND".....	252
LOS QUE CAMBIAN.....	267
EL PRESIDENTE QUIERE DIMITIR.....	273
OPERACIÓN TRASLADO.....	285
LA ESPERANZA PERDIDA.....	293
LA BARRERA SE ALZA.....	303

QUINTA PARTE

A CASA.....	324
EL SARGENTO LOOSE.....	329
EL EXPERIMENTO ZECKE.....	342
¡LEVÁNTATE!.....	380